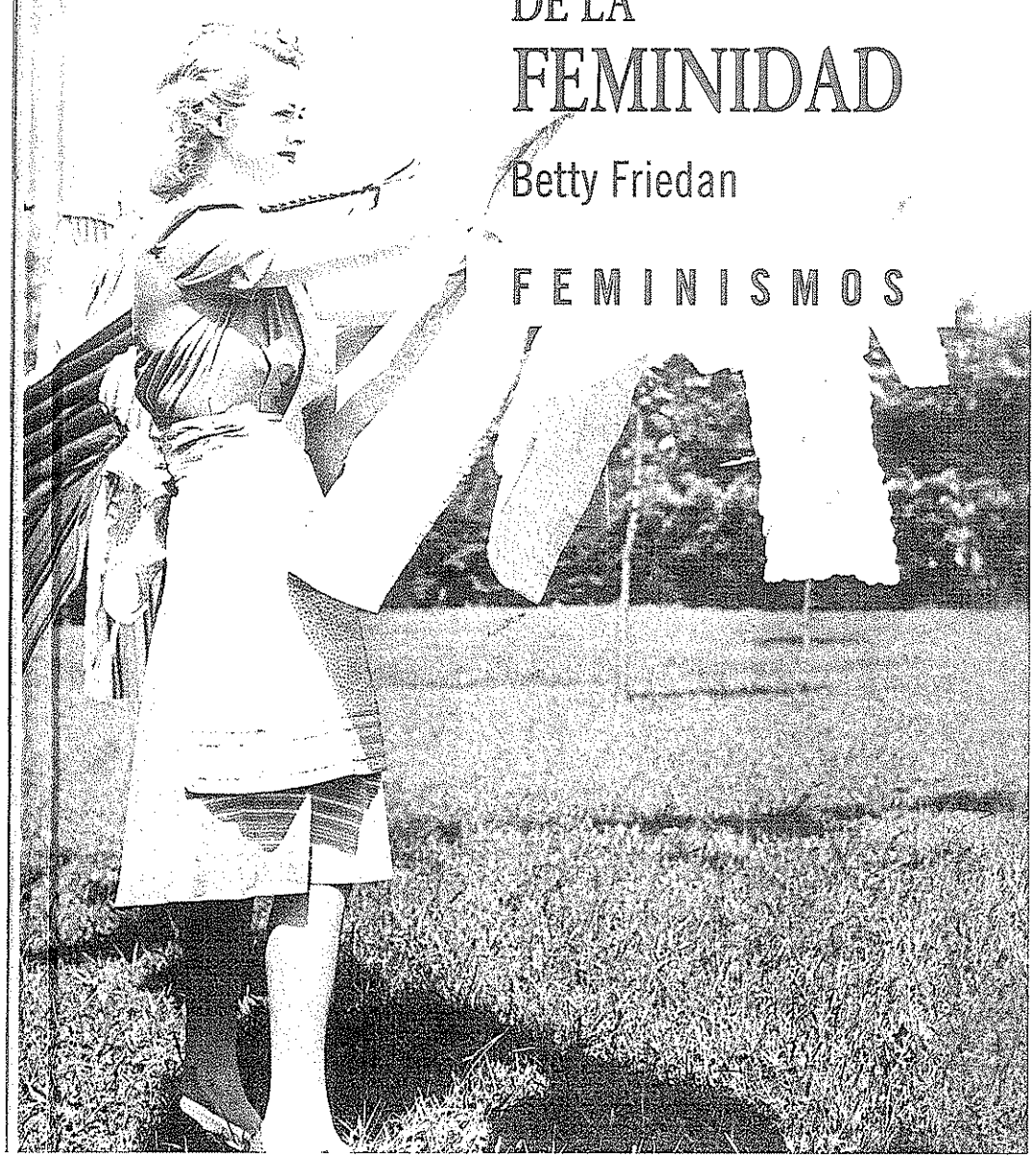
LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD

Betty Friedan

FEMINISMOS



Filosofía
Arte / Literatura
Antropología
Ciencia / Medicina
Derecho / Política
Clásicos / Biografías
Economía / Sociología
Psicología / Psicoanálisis
Geografía / Historia
Cine / Comunicación
Educación
Teoría feminista
Lingüística

0164100

ISBN 978-84-376-2617-8

La mística de la feminidad es un clásico del pensamiento feminista que se publicó originalmente en Estados Unidos en 1963. Se trata sobre todo de un libro de investigación respaldado por un abundante trabajo descriptivo, y sólo como consecuencia de esto se acaba convirtiendo en un libro militante, lo que lo aproxima al otro gran clásico del siglo XX, *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir.
Friedan llama «mística de la feminidad» a esa imagen de lo «esencialmente femenino», eso de lo que hablan y a lo que se dirigen las revistas para mujeres, la publicidad y los libros de autoayuda. Es una horma moral, fabricada en esos años, en la que se pretende, como en un lecho de Procusto, hacer vivir a todas las mujeres. Es algo inauténtico que, si se intenta llevar a cabo, produce consecuencias cada vez más graves. Comienza por un difuso malestar y termina por producir enfermedades verdaderas. Precisamente el libro comienza con un capítulo titulado «El malestar que no tiene nombre». Estamos ante un libro extraordinariamente influyente que ha resultado ser decisivo en el acompañamiento de uno de los cambios sociales más determinantes del siglo XX: la posición y autoconciencia de las mujeres como grupo.

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE IGUALDAD
SECRETARÍA GENERAL DE POLÍTICAS DE IGUALDAD
INSTITUTO DE LA MUJER

La mística de la feminidad

Betty Friedan

BIBLIOTECA MAYOR

La mística de la feminidad

Traducción de Magalí Martínez Solimán

EDICIONES CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
INSTITUTO DE LA MUJER

Feminismos

Consejo asesor:

Paloma Alcalá: Profesora de enseñanza media
Montserrat Cabré: Universidad de Cantabria
Cecilia Castaño: Universidad Complutense de Madrid
Giulia Colaizzi: Universitat de València
Mª. Ángeles Durán: CSIC
Isabel Martínez Benlloch: Universitat de València
Mary Nash: Universidad Central de Barcelona
Verena Stolcke: Universidad Autónoma de Barcelona
Amelia Valcárcel: UNED
Instituto de la Mujer

Dirección y coordinación: Isabel Morant Deusa: Universitat de València

Título original de la obra:
The Feminine Mystique

1.ª edición, 2009

Diseño de cubierta: aderal

Ilustración de cubierta: © Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

N.I.P.O.: 803-09-073-2
© 1997, 1991, 1974, 1963 by Betty Friedan
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 42.878-2009
I.S.B.N.: 978-84-376-2617-8
Tirada: 2.000 ejemplares
Printed in Spain
Impreso en Huertas I. G., S. A.
(Fuenlabrada) Madrid

A todas las nuevas mujeres
y a los nuevos hombres

Presentación

AMELIA VALCÁRCEL

Estamos ante un libro extraordinariamente influyente. Esta obra ha resultado ser decisiva en el acompañamiento de uno de los cambios sociales más determinantes del siglo XX: la posición y autoconciencia de las mujeres como grupo. Por ello tendrá que ser objeto de minuciosos trabajos. Con todo, lo que sigue no pretende ser un estudio introductorio, sino una modesta y mera presentación.

La mística de la feminidad es un clásico del pensamiento feminista que se publicó originalmente en Estados Unidos en 1963. Se trata sobre todo de un libro de investigación respaldado por un abundante trabajo descriptivo. Sólo como consecuencia de esto se acaba convirtiendo en un libro militante. Y eso lo aproxima al otro gran clásico del siglo XX, *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. Betty Friedan publicó su libro en febrero de 1963, pero había trabajado en él desde 1957. Lo empezó en «el medio del camino de la vida», a los treinta y seis años, cuando era un ama de casa de barrio residencial con tres hijos. *La mística* comenzó como un artículo, uno algo largo que, por cierto, ninguna revista femenina quiso publicar.

Friedan partía de una sensación: «paulatinamente llegué a darme cuenta de que existe algo equivocado en la manera en que las mujeres norteamericanas intentan vivir hoy día sus vidas». Ese «algo equivocado» producía una grave desazón a las mujeres. Cuando se puso a la tarea, Betty Friedan ejercía de articulista *free lance* porque había sido expulsada de su empleo formal al nacer su segundo hijo. Era lo normal. Ni a ella le pareció raro. Pero cuenta que en una reunión de antiguas alumnas de

Smith[1], donde tanta chica prometedora había estudiado, decidió pasar una encuesta para saber cómo sus compañeras se sentían con sus vidas. En sí misma percibía «un malestar que no tenía nombre».

«Hice suficientes investigaciones como para comprobar que la mística de la feminidad estaba afectando a todas las mujeres, no sólo a un puñado de chicas de Smith con demasiados estudios»[2]. En efecto, estudió sobre todo a la clase moralmente creativa, la clase media. Allí se producía «el malestar que no tenía nombre». Y ése fue el título que le puso a ese largo y primer artículo que nadie quería publicar. Tal malestar no llegaba a ser depresión; era una especie de insatisfacción creciente. Y, sin embargo, aquellas mujeres «lo tenían todo»: una carrera, una casa en las afueras con su barbacoa en el jardín, marido, tres o cuatro hijos... Y un porvenir de más de lo mismo: más camas por hacer, más cenas por preparar, más listas de la compra para anotar... La vida completa en ese mismo marco y las revistas femeninas para instruirlas en cómo vivirla. Ellas no tenían otro horizonte. ¿Era eso todo? Daba la impresión de que la vida, la de verdad, quedaba un poco más allá.

Todas pertenecían a una generación que no había tenido que pelear la agenda sufragista. Tenían derechos políticos y se habían sentado en las aulas universitarias, todo ello sin mover un dedo. Otras lo habían peleado una generación antes. Friedan había nacido en 1921 en una ciudad provinciana, Peoria. En 1921 se acababa de ganar la Gran Guerra y la otra grande, la Depresión, todavía no asomaba las orejas. Betty tenía una madre algo periodista que se había casado con un buen joyero, que atendía a sus hijos y que colaboraba esporádicamente en el periódico local. Nacía con un cómodo guión vital: su vida estaba asegurada. Bueno, no todo era tan idílico. La familia era judía y sus abuelos escaparon de la Europa antisemita. Pero se habían labrado una posición. Vendían anillos de boda, relojes heredables de mesa y pared, porcelana y plata en una «especie de Tiffany's del Medio Oeste». La mayor de las tres hijas del matrimonio podía aspirar a más.

Para ello la universidad, tan reciente para las mujeres, era un paso nuevo. Era parte de ese «algo más» que la familia Goldstein apreciaba. Y como ella, las de sus doscientas compañeras. Eran una generación que podía «aspirar a más». ¿A más de qué? A más de lo mismo. Si llega a ser un chico se habría dicho de ella, porque es un tópico que se emplea con magnanimidad, que era uno de esos niños judíos extraordinariamente inteligentes. Pero no era un niño. Tenía otra plantilla vital asignada. Crecería en agrado y bondad para encontrar un novio afín y dar continuidad, bajo otro apellido, a la familia. Betty Goldstein había de convertirse en «Betty X». De seguro sería una excelente señora apreciada por toda la comunidad. Porque lo más importante seguía siendo lo de siempre, casarse y tener hijos. Y con carrera o sin ella, votando o quedándose en casa, con ambición o resignadamente, las mujeres no tenían otro horizonte vital que la familia. Ellas habían cambiado porque sus oportunidades habían crecido, pero el horizonte de valor que presidía sus vidas permanecía siendo el mismo.

Betty era una niña muy lectora, «con un gran sentido de la justicia», que salió de Peoria para estudiar en la universidad y sólo volvió de visita. Se suponía entonces que las jóvenes estudiaban, sin demasiado empeño, para dar un lustre a su posición verdadera, esposas y madres. Esto el sufragismo nunca lo había aceptado del todo, pero jamás tampoco lo había desmentido, por si las moscas. Las jóvenes talentos que estudiaron durante la Segunda Guerra Mundial iban rodando en un vehículo del que no conocían bien el alcance: de casa al colegio, del colegio a la universidad y de la universidad a casa. A su casa; a cuidar a los suyos y ocuparse de la carrera profesional de su marido; a estar guapas y presentables; a ser expertas intendentes de cocinas de ensueño. Y, sobre todo, a estar contentas. Todas con Doris Day por modelo y santa patrona. Betty, que ya había pasado a llamarse Friedan, cumplía con el modelo.

Con estos mimbres, la vida en los cincuenta se volvió muy mentirosa. Cuando estas chicas se casaban, los jefes las ponían en la calle; sus maridos no eran todos Rock Hudson, el delicioso marido de la ficción (a decir verdad, ni siquiera el propio Rock Hudson lo era tampoco), y las reuniones para practicar el ensamblado de *tuppers* y la compra perfecta de cosméticos Avon acababan por deprimirlas. Cocina, niños y cepillado diario y prolijo de pelo acababan por llenar los hospitales de enfermas con un síndrome antes no conocido. Tenían «un malestar» que las familias no entendían y los médicos trataban a su buen entender. Era ese ya citado «malestar que no tiene nombre».

La mística de la feminidad comienza, ya se dijo, con un capítulo que lleva ese título. Friedan llama «mística de la feminidad» a esa imagen de lo «esencialmente femenino», eso de lo que hablan y a lo que se dirigen las revistas para mujeres, la publicidad y los libros de autoayuda. Es una horma moral, fabricada en esos años, en la que se pretende, como en un lecho de Procusto, hacer vivir a todas las mujeres. Es algo inauténtico que, si se intenta llevar a cabo, produce consecuencias cada vez más gra-

[1] En aquel momento, la mejor y más importante institución universitaria femenina (en aquellos años ni Harvard ni Yale admitían a mujeres).

[2] Betty Friedan, *Mi vida hasta ahora,* Madrid, Cátedra, 2003, págs. 174-175.

ves. Comienza por un difuso malestar y termina por producir enfermedades verdaderas. Dice que le siguió la pista, como periodista que era, entrevistando a cuanta gente tuviera que ver con ella, como agente o como paciente. Quince años llevaba creciendo y nadie decía una palabra sobre ese malestar. Y, sin embargo, había datos.

Abundaban clínicas que trataban malestares femeninos inespecíficos. Las mujeres se casaban cada vez más jóvenes, abandonaban más sus estudios, tenían más hijos, se desvivían por ser lo suficientemente femeninas, costara lo que costara, tiñéndose el pelo, pasando hambre para adelgazar y soñando con la decoración de su cocina. Y esto lo hacían las hijas y herederas de las sufragistas. El culmen de su ambición consistía en ser ama de casa en un barrio residencial. ¿Qué estaba pasando? Se pontificaba desde las revistas que «lo femenino se había impuesto y vuelto por sus fueros», a pesar de las nuevas conquistas. Nadie puede imponer leyes a la naturaleza. Y así, escribe Friedan, «quince años después de la Segunda Guerra Mundial, esta mística de la perfección femenina se convirtió en el centro de la cultura contemporánea norteamericana».

Lo que encontró al seguirle la pista al fenómeno fue una maniobra sin precedentes: ésa es la otra parte descriptiva de la mística de la feminidad. Con el auxilio de los empleadores, la industria y los medios, toda una generación de mujeres, cuyos novios y maridos habían hecho la guerra, fue persuadida u obligada a que dejase sus empleos y volviera a la situación tradicional en el matrimonio. Para alcanzarlo se llegó a un consenso autoconsciente que no tenía precedentes. Por una parte los varones que volvían del frente necesitaban esos empleos que tenían las mujeres, por lo tanto había que desalojarlas. Pero, por otra, esas mujeres no estaban de acuerdo en dejarlos, y menos en reactivar la vida que habían vivido sus madres. Luego tuvieron que ser convencidas. Las revistas femeninas se encargaron de este asunto. Y en la trama de fondo estaba la reactivación de la producción fabril: la industria bélica y pesada necesitaba nuevos objetivos en tiempo de paz. Había que diversificarla. Las líneas blancas y los hogares tecnificados, siempre hasta cierto punto, fueron la respuesta. Mujeres «femeninas» en sus casas, de nuevo, abandonando por propia iniciativa el mundo profesional que conocían y para el que estaban perfectamente preparadas.

Era el dominio completo de la popular serie *Embrujada.* Una chica atractiva, capaz de lo que quiera, desea únicamente ser una *moderna* ama de casa. Friedan, que había querido escapar, marchando de Peoria, de lo que por entonces llamaba Beauvoir «un destino (el femenino) fangoso», decidió estudiar el síndrome. Sus conclusiones recibieron el Putlizer. La primera edición de *La mística de la feminidad* fue de tres mil ejemplares;

con el tiempo alcanzaría los tres millones. Es, en efecto, el libro de cabecera de la Tercera Ola del Feminismo.

«En aquellos años —escribe Friedan—, el *éxito,* incluso para las sofisticadas mujeres de la clase media, consistía en ser una *feliz ama de casa...* ¿Qué era lo que movía todo aquello? ¿Qué hacía que la mística pareciera inevitable, absolutamente irreversible, y que cada mujer pensara que estaba sola ante "el malestar que no tiene nombre", sin darse cuenta jamás de que había otras muchas mujeres a las que no les producía el menor orgasmo sacar brillo al suelo del cuarto de estar?» Y Friedan busca en su memoria: «Recuerdo que estando sentada en el porche de mi propia casa del barrio residencial de Grandview me puse a pensar que el gran negocio de Estados Unidos es *el negocio.* Lo que tenía embobadas a las mujeres con aquella imagen de la *feliz ama de casa* no era otra cosa que los anuncios de la televisión, los seriales... y aquellas revistas femeninas que habían corrido la voz de que "las mujeres de carrera" eran unos monstruos, y que denostaban a las mujeres que se atrevieran siquiera a soñar con otras metas»[3].

Lo que Friedan investigó y vio primero fue el conglomerado en el cual psicoterapeutas, industriales y publicistas habían diseñado una forma de vida inhabitable para un enorme número de mujeres, así como las razones de fondo por las que lo habían hecho. Tanto ella, como Mr. Friedan, con el que continuó casada largo tiempo a pesar de que le levantaba la mano, estuvieron convencidos de que el libro había sido el detonante del feminismo de los setenta. Porque, además de fundar la asociación más poderosa del feminismo de los setenta, el NOW, ella continuó toda su vida siendo autora y autora respetada y de éxito. *La segunda fase, La fuente de la edad* y su autobiografía, *Mi vida hasta ahora,* son sus más importantes obras traducidas al español. Esta edición de *La mística de la feminidad* pretende poner de nuevo al alcance un clásico que fue editado en España en 1965. Entonces su introducción la realizó una persona muy notable y todavía poco estudiada, Lilí Álvarez. Me siento en el deber de rescatar sus planteamientos para dar a conocer el contexto de recepción de esta obra: Álvarez hace una magnífica introducción en la que narra las claves del libro con precisión grande. Sabe perfectamente encuadrarlo y le da la importancia que con el tiempo llegaría a tener. «Sin saberlo, una nación paga el éxito de su economía con el fracaso y el desasosiego de sus mujeres», diagnostica Álvarez. Pero cree que la sociedad española no está al nivel de la que Friedan describe, por lo tanto, imagina que no propiciará o amparará el movimiento de mujeres que es tan potente en

[3] *Mi vida hasta ahora,* Madrid, Cátedra, 2003, pág. 175.

los Estados Unidos. Escribe: «aún para nosotras no ha amanecido la hora difícil y arriesgada del despertar más consciente y humano»[4]. Sin embargo, lo cierto es que *La mística* fue traducida porque ese movimiento y su despertar apuntaban ya en nuestro país, aunque las condiciones sociales no fueran idénticas a las norteamericanas. Lo que me lleva a tener que buscar una línea de fondo común a la que Friedan dio voz para una situación concreta, la suya, pero que sobrepasaba las circunstancias estadounidenses. El Nobel Gary Becker pretendió que el cambio en la situación de las mujeres fue un efecto colateral del desarrollo de la sociedad industrial. La economía de la producción externa hizo ineficaz al hogar productivo. Pero lo cierto es que el hogar de la mística de la feminidad tenía sus objetivos económicos fuera de él y estuvo promovido por la diversificación industrial. Y, sin embargo, con independencia de la extensión del modelo (que en España no se produjo hasta décadas después), la rebelión de las mujeres contra la línea patriarcal de fondo, que *La mística* estudiaba en el caso concreto estadounidense, tuvo lugar en todo Occidente y ahora, en este mismo tiempo, distribuye sus ondas por tipos civilizatorios bien distintos del nuestro.

El asunto, en consecuencia, no es meramente económico, sino más profundo: cuándo y cómo el patriarcado se hizo visible. Y ello tuvo bastante que ver con sus observadoras, mujeres que ya comenzaban a poseer el utillaje intelectual que lo develaba y que comenzaban también a perder las complicidades que con él habían establecido. Y, desde luego, Friedan fue una de las autoras que contribuyó decisivamente a ello. Esta obra suya y también *El segundo sexo*, al que hereda y pasa a la práctica, son imprescindibles para entender el mundo en que vivimos, y su novedad más radical: la libertad y expectativas nuevas de las mujeres, la agenda actual de la democracia feminista.

Este libro de Friedan se escribió, cierto, exactamente antes de que el feminismo radical de los setenta construyera la primera parte de la agenda feminista, que hoy actúa en un mundo global. En otro de sus libros, *La segunda fase,* la autora intenta dar unas pinceladas sobre aquel movimiento, que, aunque tienen bastante de caricatura, son poderosas: *«Lo personal es político* era el lema; no había que afeitarse las piernas ni los sobacos, había que negarse a ir al salón de belleza o ponerse maquillaje, era preciso oponerse a que el hombre pagase la cuenta del restaurante o le abriese la puerta a la mujer, y negarse a hacer el desayuno o la comida o a lavar los calcetines del marido»[5]. El movimiento fue un estallido fulgurante de libertad, sobre todo de libertad de palabra, que fue la que efectivamente se tomó. Friedan y Gloria Steinem, más tarde Kate Millet y Shulamith Firestone, que iniciaron una senda mundializadora en clave contracultural, fueron sus destacadas portavoces en Norteamérica. Greer, que tuvo y mantuvo con Friedan una relación bastante tensa, hizo el puente con los restos del imperio británico. Pero lo que desataban hervía ya en todas partes.

Realmente fue una suerte que ninguna revista quisiera aquel artículo. Igual que lo fue que Betty no cumpliera el programa establecido y se escapara de Peoria. Todas salimos un poco con ella aquel día, invisibles, aunque no se notara entonces que nos llevaba. Tras casi cuarenta años convendría reflexionar sobre la revolución sesentaiochista y las novedades que aportó. Sugiero que tomar el feminismo como línea conductora puede ser más fecundo que investigar en terrenos menos novedosos. Si bien Friedan analizó su etapa radical en un par de ocasiones, su autobiografía y la ya citada *Segunda fase,* la misma cercanía con los hechos le impidió sacar conclusiones claras y generalizables. Se sentía demasiado implicada y creía seriamente que este libro suyo había sido la causa verdadera del asombroso despertar que la Tercera Ola fue.

¿Qué hubiera pasado si Friedan se hubiese quedado en Peoria? Es un riesgo afirmarlo, pero los grandes procesos sociales no se pueden parar, ni siquiera con maniobras tan poderosas y orquestadas como la que *La mística* pone al descubierto. Otra joven madre, igualmente aguda, perspicaz y enfadada, lo habría pensado y puesto negro sobre blanco. No se puede condenar el talento. Esa otra enseñanza la difundió, sin embargo, Friedan cuando tocaba ya las costas de la vejez, en su genial *La fuente de la edad.* Tanto ella como Beauvoir reflexionaron sobre la vejez, lo que no deja de ser curioso. Y en ese libro encuentro su asombrosa definición de la depresión como «enfado con uno mismo». Ése era también el malestar por el talento prohibido de las mujeres. Transcribo del mismo libro un párrafo esclarecedor: «En los primeros años del movimiento feminista, cuando logramos despojarnos de las supercherías femeninas y empezamos a tomarnos a nosotras mismas en serio, en los grupos de "toma de conciencia" donde hablábamos de nuestra propia experiencia como mujeres tal como es, reconocimos posibilidades en nosotras mismas que no nos habíamos atrevido a nombrar hasta que las oímos en labios de otra. Lo personal es político, dijimos cuando empezamos a avanzar para romper las barreras que nos habían mantenido aisladas de

[4] El prólogo, excelente, fechado en 1965, prácticamente al año y pico siguiente de la edición estadounidense, fue publicado con la primera traducción española de *La mística de la feminidad* en Barcelona, Sagitario, 1965.

[5] *La segunda fase,* Barcelona, Plaza & Janés, 1983, pág. 49.

la sociedad. En aquella época no teníamos modelos, porque nuestras madres y las mujeres que nos habían precedido no se habían enfrentado al camino que ahora se nos abría. Teníamos que ser los modelos unas de otras»[6]. Así vivió su generación, con obligada desmemoria, los cambios profundos que estaban protagonizando. Ahora, uno de los grandes trabajos del feminismo es precisamente establecer la cronología de la autoconciencia de las mujeres y los marcos en que ha llegado a producirse. Éste es un libro fundamental para ello.

[6] *La fuente de la edad,* Barcelona, Círculo de Lectores, 1994, pág. 756.

Metamorfosis: dos generaciones después

Estamos acercándonos a un nuevo siglo —y a un nuevo milenio— y son los hombres los que tienen que progresar hacia una nueva manera de pensarse a sí mismos y de concebir la sociedad. Lamentablemente las mujeres no podemos hacerlo por ellos, ni seguir avanzando mucho más sin ellos. Resulta impresionante darnos cuenta de lo que las mujeres hemos hecho para cambiar las propias posibilidades que la vida nos brinda y de cómo estamos cambiando los valores de cada una de las partes de nuestra sociedad desde que superamos la mística de la feminidad, hace apenas dos generaciones. Pero no puede ser que esto lo sigan haciendo las mujeres solas. La cambiante situación de los varones está introduciendo un nuevo elemento de urgencia, que constituye una amenaza para las mujeres si los hombres no lo superan. ¿Se verán las mujeres obligadas a renunciar a su empoderada identidad como personas o se volverán a unir a los hombres en alguna visión nueva de las posibilidades humanas que cambie el mundo de los varones en el que tanto han peleado por entrar?

Pensemos, desde la perspectiva del nuevo empoderamiento de las mujeres, en los asombrosos cambios que se han producido desde aquella época sobre la que yo escribí, hace tan sólo tres décadas, cuando a las mujeres sólo se las definía por su relación de género* con los varones —esposa de, obje-

* El presente texto pone de manifiesto cómo entre 1997, fecha de redacción de este análisis introductorio, y 1963, año de la publicación del libro *The Feminine Mystique,* se ha introducido y difundido el concepto de «género» (en inglés, *gender)* como categoría de análisis, para designar aquello que, antes de la década de 1970, se engloba bajo el concepto «sexo». Más adelante en el texto aparecen entre otros los conceptos de «política sexual» *(sexual politics)* y rol sexual *(sexual role),* a los que hoy, y por el significado que les da la autora, aludiríamos en términos propios de la época en la que Betty Friedan escribe su obra. Obsérvese sin embargo que, ya entonces, *gender* se utilizaba en algunas expresiones, como por ejemplo «brecha de género» *(gender gap). [N de la T.]*

to sexual, madre, ama de casa— y nunca como personas que se definieran a sí mismas en virtud de sus propias acciones en la sociedad. Esa imagen, que yo denominé «la mística de la feminidad», estaba tan omnipresente —nos llegaba a través de las revistas femeninas, las películas y los anuncios televisivos, así como de todos los medios de comunicación y de los manuales de psicología y sociología—, que cada mujer pensaba que estaba sola y que la culpa era suya y sólo suya si no tenía un orgasmo mientras enceraba el suelo del salón de su casa. Independientemente de lo mucho que hubiese deseado tener aquel marido, aquellas criaturas, aquella casa de dos plantas de barrio residencial y todos sus electrodomésticos, lo cual se suponía que era el no va más del sueño de cualquier mujer en aquellos años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, esa mujer a veces sentía que anhelaba algo más.

Yo lo denominé «el malestar que no tiene nombre», porque por aquel entonces se le echaba la culpa a las mujeres de un montón de problemas —no tener el fregadero lo suficientemente blanco, no haber planchado a la perfección la camisa del marido, que las criaturas se hicieran pis en la cama, las úlceras del esposo, su propia ausencia de orgasmos. Pero no había un nombre para aquel malestar que nada tenía que ver ni con el marido, ni con las criaturas, ni con la casa, ni con el sexo— era el malestar del que yo había oído hablar a tantas mujeres después de haber pasado yo misma una buena temporada haciendo de ama de casa de barrio residencial, cuando me echaron de mi trabajo en el periódico al quedarme embarazada, y sintiéndome en cualquier caso culpable, como nos hacían sentir a las mujeres que trabajábamos fuera de casa, por menoscabar la masculinidad de su marido y su propia feminidad y por descuidar la crianza de los hijos. No fui capaz de acallar el gusanillo de escribir y, por ello, como si me diera en secreto a la bebida por las mañanas, porque ninguna otra mamá en mi mundo del barrio residencial «trabajaba», escribía como *freelance* para las revistas femeninas artículos sobre las mujeres y sus criaturas, la lactancia materna, el parto natural, sus casas y las modas. Si se me ocurría escribir sobre una mujer artista o un asunto político, los editores me contestaban invariablemente: «Las mujeres estadounidenses no se identificarán.» Por supuesto, los editores de las revistas femeninas eran varones.

En aquella época, todos los aspectos de cada ámbito y de cada profesión los definían varones, que eran prácticamente los únicos que ocupaban cargos de catedráticos, grandes abogados, directores generales y ejecutivos de empresas, expertos médicos, académicos, directores de hospitales y de clínicas. No había «voto femenino»; las mujeres votaban lo que decían sus maridos. Ningún encuestador, ningún candidato político, hablaba de los «temas femeninos»; a las mujeres no se las tomaba en serio, y tampoco las mujeres se tomaban en serio a sí mismas. El aborto no era algo de lo que se hablara en los periódicos. Era un delito sórdido que avergonzaba, aterrorizaba y con frecuencia mataba a las mujeres, y quienes lo practicaban corrían el riesgo de ir a la cárcel. Tuvimos que superar la mística de la feminidad y proclamar que las mujeres éramos *personas,* ni más ni menos; y en virtud de ello reclamábamos poder disfrutar de nuestros derechos humanos para participar en la corriente general de la sociedad, tener las mismas oportunidades de acceder a un salario y a una formación y tener voz propia en las grandes decisiones que afectaban a nuestro destino, para que se visibilizara el malestar de las propias mujeres y para que las mujeres empezaran a tomarse en serio su propia experiencia.

Pensemos que, en el verano de 1996, las mujeres atletas que competían por una medalla olímpica —en deportes tan variados como tenis, atletismo, fútbol, baloncesto, kayak o bicicleta de montaña— en todas las pruebas deportivas imaginables, fueron prácticamente la principal atracción de aquel evento, el objetivo de los programas de televisión emitidos en las horas de mayor audiencia. En mis tiempos de juventud, o en los de mi hija, no había representantes femeninas en los principales deportes —en los centros de enseñanza, a las chicas no las entrenaban en serio para ningún deporte, sólo a los chicos—, hasta que el movimiento de mujeres reivindicó y consiguió el final de la discriminación en la educación, incluido el entrenamiento deportivo, gracias al Título 9 de la Ley de Derechos Civiles, del mismo modo que el Título 7 prohibía la discriminación en el empleo —igualdad de oportunidades en el trabajo y en el deporte, en la medida de las capacidades de cada persona, tanto hombres como mujeres.

Pensemos que, en 1996, el tema del aborto como decisión libre de cada mujer constituía el principal motivo de división en el seno del Partido Republicano. Mucho antes el movimiento de mujeres había proclamado el derecho básico de cualquier mujer a elegir en qué momento deseaba tener descendencia; mucho antes el Tribunal Supremo había proclamado que ese derecho era tan inalienable como cualquiera de los demás derechos contenidos en la Constitución y en la Declaración de Derechos, puesto que originalmente los habían redactado los ciudadanos, que eran varones; mucho antes el Partido Demócrata se había comprometido a defender el derecho a elegir, y mucho antes el derecho canónico, fundamentalista, había luchado encarnizadamente desde la retaguardia, acosando y bombardeando las clínicas en las que se practicaba el aborto. En el pasado, el Partido Republicano había llegado a ganar las elecciones a fuerza de avivar los temores y el odio en torno al tema del

aborto. En 1996 la demanda de su plataforma de que promoviera una enmienda a la Constitución que permitiera volver a criminalizar el aborto, haciendo que prevaleciera la vida del feto sobre la de la madre, alejó a muchas mujeres y a muchos varones republicanos, último intento desesperado por volver a dar marcha atrás. Al quedar claro que las mujeres, que en aquellos tiempos ya figuraban en los censos electorales, superando cada vez más en número a los varones, serían las que elegirían al siguiente presidente de Estados Unidos, pasaron a la agenda política como temas serios, además de la opción política, otros como los permisos de maternidad, el derecho de las mujeres a poder permanecer ingresadas en los hospitales más de cuarenta y ocho horas después de dar a luz y el derecho de los padres a tomarse unas horas libres para acompañar a sus criaturas al dentista o para acudir a una reunión en el colegio.

Aunque algunos medios de comunicación, anuncios publicitarios y películas siguen tratando de definir a las mujeres única o principalmente como objetos sexuales, la mayor parte de la sociedad estadounidense ya no lo considera elegante, ni tan siquiera aceptable. Lejos de seguir acallándose o invisibilizándose, la violencia contra las mujeres y otras formas menos patentes de acoso sexual se consideran ahora delitos lo suficientemente serios como para acabar con la carrera de un senador o para cuestionar a un tribunal superior de justicia o incluso a un presidente. De hecho, la obsesión con este tipo de acusaciones, que surgieron como una expresión del reciente empoderamiento de las mujeres, por parte de los medios de comunicación, de los periodistas sensacionalistas del mundo político e incluso de algunas feministas, se utiliza en la actualidad casi como un medio para desviar la atención de otros asuntos. En el punto de mira del acoso sexual, la política sexual está obsesionada con lo que en realidad bien pudiera ser un peligroso síntoma de la creciente rabia y frustración masculinas debidas a la ansiedad que genera la situación económica, los recortes de plantilla, la congelación de los salarios y el estancamiento o la regresión del desarrollo de la carrera profesional. Recordemos que la política sexual se inició como reacción frente a la mística de la feminidad. Aquello fue una explosión de rabia y de ira acumuladas contra los desprecios que las mujeres habían tenido que soportar cuando eran totalmente dependientes de los varones, rabia que descargaban en sus propios cuerpos y, encubiertamente, en sus maridos y en sus hijos. Esa rabia alimentó las primeras batallas del movimiento de mujeres y fue cediendo con cada avance que las mujeres consiguieron hacia su propio empoderamiento, su condición de personas plenas, su libertad.

Pero la política sexual alimenta ahora la política del odio y la creciente polarización de Estados Unidos. También enmascara las verdaderas amenazas contra el empoderamiento de las mujeres y el de los varones: la cultura corporativa de la codicia, la desvalorización de los puestos de trabajo que afecta incluso a los varones blancos con estudios universitarios, que han tenido que soportar una disminución de sus ingresos de casi un 20 por 100 en los últimos cinco años, por no hablar de la minoría de cuello azul y de la población con niveles de estudio inferiores[1]. Una reacción adversa de los varones, azuzados por los medios de comunicación y por quienes se dedican a sembrar el odio, puede conducir a que nuevamente las mujeres se conviertan en el chivo expiatorio. Sin embargo las mujeres ya no son las víctimas pasivas que antaño sentían que eran. No será fácil volverlas a encerrar en la mística de la feminidad, aunque algunas mujeres muy astutas como Marta Stewart están haciéndose de oro con elaboradas actividades de decoración y de cocina para hacer en casa, vendiendo ocupaciones de mentirijillas propias de la mística de la feminidad como si fueran lo más *in*.

El hecho es que, en la actualidad, las mujeres han asumido el 50 por 100 de la carga de llevar un sueldo a casa en aproximadamente el 50 por 100 de los hogares[2]. Hoy en día, las mujeres representan el 50 por 100 de la fuerza laboral[3]. El 59 por 100 de las mujeres trabaja en empleos fuera de casa, incluidas entre ellas madres de criaturas pequeñas[4]. Y los salarios de las mujeres constituyen en la actualidad el 72 por 100 del de los varones[5]. En los escalafones más altos no hay igualdad: la mayoría de los directores generales, grandes abogados, directores de hospitales, catedráticos, miembros de los gabinetes ministeriales, jueces y jefes de policía siguen siendo varones. No obstante, las mujeres están ahora representadas en todos los escalafones por debajo del más alto. Y hoy en día es mayor el número de estadounidenses que trabajan para empresas que pertenecen o son dirigidas por mujeres que para empresas del Fortune 500.

Pero resulta inquietante saber que la reducción de la brecha salarial de género sólo se ha debido en un tercio (34 por 100) al aumento de los rendimientos del trabajo de las mujeres; la mayor parte de esta reducción (66 por 100) se debe a una disminución de los ingresos de los varones[6].

[1] *New York Times,* 11 de febrero de 1994. Datos del US Census Bureau recopilados por F. Levy (MIT) y R. Murnane (Harvard).

[2] «Women: The New Providers», Whirlpool Foundation Study, Families and Work Institute, mayo de 1995.

[3] «Employment and Earnings», Bureau of Labor Statistics, enero de 1996.

[4] Datos del US Census Bureau de los informes de población actuales, 1994.

[5] National Committee on Pay Equity, datos del US Census Bureau de los informes de población actuales, 1996.

[6] «The Wage Gap: Women's and Men's earnings», Institute for Women's Policy Research, 1996.

Y mientras un número creciente de mujeres está engrosando en los últimos años las filas del mercado de trabajo, son cada vez más los hombres que han salido o se han visto expulsados de él.

Los varones —primero aquellos pertenecientes a minorías, ahora los varones blancos, primero los de cuello azul, ahora los mandos intermedios— han sido las principales víctimas de los recortes de plantilla en las empresas. Porque se han eliminado los puestos de trabajo de cuello azul y los mandos intermedios, ocupados fundamentalmente por varones, y ello no sólo a consecuencia de la incorporación tecnológica sino por el afán cortoplacista de incrementar el valor de las acciones, deshaciéndose las empresas de los varones, que son los que cobran sueldos más altos y que tienen las mayores participaciones en beneficios. Los empleos de las mujeres en el sector servicios, como las profesiones sanitarias, constituyen la parte de la economía que está creciendo, pero esos trabajos cada vez se contratan más externamente, a través de fórmulas laborales temporales o eventuales, sin derecho a participación en beneficios.

Muchos puestos de trabajo ocupados por mujeres, particularmente los eventuales, no dan pie a desarrollar una brillante carrera profesional; sin embargo, todas las encuestas ponen de manifiesto que las mujeres actuales están bastante satisfechas con sus vidas complejas, en las que deben conciliar el trabajo, la carrera y sus diversas opciones referentes al matrimonio y a la maternidad. Las mujeres siguen sintiendo ese entusiasmo, conscientes de que sus oportunidades son mucho mayores que las que tuvieron sus madres, desde que superaron la mística de la feminidad. Pero la política sexual que nos ayudó a superar la mística de la feminidad no es relevante ni adecuada, incluso se ha convertido en un medio para desviar la atención de otros asuntos, tales como hacer frente a las crecientes y preocupantes desigualdades económicas o la brecha cada vez mayor entre ricos y pobres, que ahora constituyen una amenaza tanto para hombres como para mujeres.

Los varones, cuya identidad masculina se ha definido en términos de su éxito en el contexto de la competitividad, de tumbar al vecino, ya no pueden contar con el desarrollo continuo ni con el ascenso permanente en su carrera profesional. Cuando las reducciones de plantilla no les afectan directamente, atañen a algún hermano, primo, amigo o colaborador. Y ahora dependen en mayor medida de los ingresos de sus mujeres. La verdadera y creciente discrepancia, que afecta tanto a mujeres como a hombres, es la desigualdad cada vez mayor entre los ingresos de la gente muy rica —el 10 por 100 que se sitúa en los niveles más altos, que controla en la actualidad los dos tercios de la riqueza de Estados Unidos— y los del resto de las personas, como usted y como yo, hombres y

mujeres. En la última década, el 80 por 100 de la población trabajadora de Estados Unidos ha visto cómo sus ingresos se congelaban o disminuían[7]. La única razón por la que no hay más familias abocadas a la pobreza es que en algunas de ellas trabajan tanto el hombre como la mujer. Pero en la cultura actual de la codicia, donde a todos nos dicen que podemos enriquecernos a través de la bolsa, es más fácil distraer la sensación de ansiedad e inseguridad, creciente según las encuestas entre la población estadounidense, hombres y mujeres —a pesar de la excelente marcha de la bolsa y de los beneficios de las empresas y de que el índice Dow Jones esté alcanzando permanentemente máximos históricos—, con temas como la política sexual y las guerras raciales e intergeneracionales. Es más fácil desviar la ira volviendo a hombres y mujeres, a blancos y negros, a jóvenes y viejos, unos contra otros, que hacer frente al excesivo poder de la codicia corporativa.

Me gustaría presenciar cómo hombres y mujeres montan una nueva campaña de ámbito nacional a favor de la reducción de la semana laboral, como se hizo hace más de medio siglo cuando se peleó por la semana de 40 horas; tal vez podrían plantearse ahora las 30 horas semanales, lo que facilitaría a hombres y mujeres la conciliación de la vida profesional y personal, particularmente para aquellos que tienen criaturas pequeñas y que no deberían estar trabajando 80 horas semanales, como hacen algunos. Una jornada laboral de seis horas, los padres y las madres trabajando mientras las criaturas están en la escuela, adaptándose también a las necesidades de hombres y mujeres que desde la juventud tendrán que compatibilizar el trabajo con los estudios y la formación continua, y de las personas de más de sesenta años de edad, que sabemos que necesitan nuevas vías para poder seguir aportando su experiencia a la sociedad en lugar de dejar que ésta se pierda cuando les señalamos su camino hacia las residencias para mayores. Más trabajo para todo el mundo y nuevas definiciones de lo que significa el éxito para las mujeres y para los hombres.

Las viejas guerras siguen dividiéndonos. En la fábrica de Mitsubishi en Normal, Illinois, a dieciséis kilómetros de Peoria, donde yo me crié, un grupo de mujeres ha presentado la mayor demanda por acoso sexual de la historia, contra unos hombres que supuestamente les sometieron a maltrato físico, agrediéndolas en nalgas y pechos y llamándolas con

[7] *Washington Post,* 27 de septiembre de 1994. Datos procedentes de «Corporate Downsizing, Job Elimination, and Job Creation», AMA Survey, 1994. También *The Downsizing of America: The New York Times Special Report,* Nueva York, Random House, 1996.

nombres obscenos («guarra», «puta») y negándose a darles la formación y el apoyo que necesitaban para poder realizar unos trabajos que no eran tradicionalmente desempeñados por mujeres. En esa parte de Illinois, donde no prosperaron las reivindicaciones tras la huelga de Caterpillar, aquellos puestos de trabajo en Mitsubishi eran los únicos aceptables que quedaban. Los hombres se vieron claramente amenazados cuando las mujeres empezaron a acceder a ellos. Yo me sentí orgullosa de NOW [National Organization for Women], la Organización Nacional para las Mujeres (a cuya fundación contribuí cuando me di cuenta de que necesitábamos un movimiento que nos ayudara a superar la mística de la feminidad y a participar en calidad de iguales en la corriente general de la sociedad), cuando fuimos a Japón a recabar el apoyo de cuarenta y cinco organizaciones japonesas de mujeres y a plantear nuestras reivindicaciones ante la sede de la matriz de Mitsubishi. Pero la victoria de las mujeres sobre el acoso de los varones no será duradera, no se afianzará, mientras hombres y mujeres no aborden en beneficio mutuo las *causas* de esa inseguridad y de esa rabia.

Aun así, el nuevo poder de las mujeres es palpable en todo el mundo, como quedó claro en 1995 en la conferencia de Beijing. Al no conseguir el gobierno autoritario chino que se celebraran las Olimpiadas en su país, se ofreció para acoger la Conferencia Mundial de las Mujeres de Naciones Unidas, convencido de que las mujeres se dedicarían a ir de compras y a posar para hacerse bonitas fotografías ante pintorescas vistas de China. Cuando 40.000 de ellas pertenecientes a organizaciones de mujeres activas en todo el mundo solicitaron visados y protestaron ante las embajadas chinas al ver que se les denegaban, el gobierno chino trató de quitar de en medio la Conferencia no gubernamental, confinándola a un suburbio aislado. Pero no pudieron detener a las mujeres del mundo. A las mujeres tibetanas les dijeron que sólo podían manifestarse en un parque infantil; éstas, a las que les habían denegado el visado, convocaron a la CNN a ese parque y, vestidas de negro, contaron su historia al mundo entero. Hillary Rodham Clinton proclamó que «los derechos de las mujeres son derechos humanos» ante el mundo entero. En aquella época las delegadas oficiales ante la conferencia de Naciones Unidas eran por supuesto ya mujeres, mujeres empoderadas, pero veinte años antes las delegaciones las formaban hombres o las esposas y secretarias de funcionarios varones que ocupaban sus escaños oficiales cuando había votaciones importantes. En aquella ocasión las mujeres no sólo proclamaron el derecho de las mujeres a controlar su propia sexualidad y su maternidad como un derecho humano universal, sino que también declararon que la mutilación genital de las niñas era un crimen contra la humanidad. Bajo la mística de la feminidad, varones de todo el mundo daban por hecho que tenían derecho a pegar o a maltratar a sus mujeres. Ahora, en Estados Unidos y, después de Beijing, en el mundo entero, ya no pueden otorgarse ese derecho. En Estados Unidos, el Departamento de Justicia ha creado una estructura en la que se forma a los agentes de policía para que sepan actuar en los casos de violencia contra las mujeres.

Al parecer, la violencia contra las mujeres está creciendo en Estados Unidos, en parte porque las mujeres están denunciando casos de maltrato que normalmente aceptaban pasivamente como vergüenza privada, pero tal vez también porque la creciente frustración y desesperación de los varones se está descargando contra las mujeres. Estudios e informes de California, Connecticut y otros lugares ponen de manifiesto un aumento de los casos de abuso sexual y de violencia contra las mujeres, así como de suicidio, maltrato infantil y divorcio, a consecuencia de las reducciones de plantilla en las empresas, la ausencia de una red social comunitaria y la falta de dedicación y de preocupación por asuntos de mayor calado en la década del «yo». Pero ahora las mujeres están preocupadas por asuntos que van más allá de su propia seguridad. Fue la preocupación por las familias, no sólo las de cada una sino las de personas más pobres o más desafortunadas, la que suscitó la reacción de las mujeres estadounidenses en 1996 contra la amenaza del gobierno republicano de recortar el gasto sanitario, asistencial y orientado al estado de bienestar —seguridad social, becas de estudio, campañas de inmunización infantil y protección del medio ambiente. El discurso feminista consiguió que las mujeres no votaran a aquellos políticos que amenazaban el bienestar de la infancia, de la tercera edad y de las personas enfermas o pobres. Las mujeres no se dejaron engañar por argumentos que esgrimían «equilibrar el presupuesto» ante el peligro de acabar con programas públicos que protegen a las criaturas y a las personas mayores, enfermas o pobres, a cambio de reducir los impuestos que pagan los más ricos. Una década después del movimiento de mujeres, un estudio realizado por el Eagleton Institute de la Rutgers University puso de manifiesto que la presencia de incluso sólo dos mujeres más en el gobierno de un Estado cambia la agenda política, no sólo en el sentido de una mayor protección de los derechos de las mujeres, sino en el de una mayor atención a las preocupaciones vitales básicas —la vida de las criaturas y de las personas mayores, enfermas o pobres.

Y de este modo, paradoja o círculo que se cierra, o tesis trascendente, en estos treinta y tantos años, las mujeres, que han superado la mística de la feminidad accediendo a la participación política y económica y

a su empoderamiento en la corriente principal de la sociedad, no están adoptando en mayor medida el modelo masculino sino que están expresando en la esfera pública algunos valores que solían manifestarse o permitirse exclusivamente en el ámbito privado del hogar. La mística contra la que tuvimos que rebelarnos cuando se utilizaba para confinarnos en el hogar, para impedirnos que desarrolláramos y aprovecháramos nuestra plena capacidad como personas en la sociedad, distorsionó esos valores reales que las mujeres están ahora asumiendo, con renovado poder y entusiasmo, tanto en el ámbito privado del hogar como en la sociedad en general. Y con ello están cambiando las dimensiones política y personal del matrimonio, de la familia y de la sociedad que comparten con los varones.

El matrimonio, que solía constituir la única vía de que disponían las mujeres para acceder a una función social y a un sostén económico, es ahora una opción libre para la mayoría de las mujeres, al igual que para los varones. Ya no define íntegramente a una mujer, como nunca definió a los varones; las mujeres suelen mantener ahora su apellido de solteras o marido y mujer adoptan un apellido compuesto por los de cada uno de ellos. Para superar la mística de la feminidad, parte del discurso feminista radical al parecer le declaró la guerra al matrimonio, a la maternidad y a la familia. La tasa de divorcios de los matrimonios de la mística de la feminidad, de aquella década de 1950, se disparó en las décadas comprendidas entre 1960 y 1980. Antes, independientemente de quién interpusiera la demanda de divorcio, siempre era el hombre el único que gozaba de la independencia económica y social necesaria para divorciarse. Desde entonces, son muchas las mujeres que pueden salir de matrimonios desafortunados, y de hecho lo hacen. En algunos casos, las mujeres se rebelaron contra el exiguo papel que la mística de la feminidad les asignaba, rompiendo directamente su matrimonio. Pero en otros casos el matrimonio se transformó en una nueva forma de igualdad y de estabilidad, al volver las mujeres a estudiar, a ingresar en las facultades de derecho, al desarrollar una carrera profesional seria y al empezar a compartir la carga de aportar un sueldo a la unidad familiar, cosa que anteriormente era responsabilidad exclusiva e ineludible del varón. Y los hombres empezaron a compartir las tareas del cuidado de las criaturas y de la casa, que anteriormente habían sido coto exclusivo y definitorio, así como responsabilidad —y ámbito de poder— de las mujeres.

Ha sido fascinante presenciar todos estos cambios, los nuevos problemas y las nuevas alegrías, y su desarrollo. El discurso feminista conceptualizó «la política del trabajo en el ámbito doméstico», que la mayoría de las mujeres empezaron a practicar en sus vidas diarias. Los hombres todavía no están asumiendo responsabilidades plenamente *equivalentes* en relación con el cuidado de las criaturas y de la casa, como tampoco a las mujeres se las trata de manera equivalente en muchos lugares de trabajo. Me encantó un artículo de portada publicado hace unos años en *The New York Times* que declaraba que «Los hombres estadounidenses no hacen el 50 por 100 de las tareas domésticas». Qué maravilla, pensé, que el *Times* pudiera siquiera concebir como posible, como deseable, como materia digna de una portada de periódico, que los hombres estadounidenses *asuman* el 50 por 100 de dichas tareas —aquellos hijos de la mística de la feminidad, cuyas madres les preparaban el bocadillo y recogían los calzoncillos sucios que dejaban tirados por el suelo. A mí me parecía un progreso que aquellos hombres que antaño «ayudaban» (asando las hamburguesas en la barbacoa mientras ella limpiaba la taza del váter) incluso estuvieran haciendo el 20 por 100 de esas tareas. Ahora, según los últimos datos, los hombres en Estados Unidos asumen el 40 por 100 de las tareas domésticas y del cuidado de las criaturas[8]. Dudo que estén planchando demasiado, pero tampoco lo hacen ya las mujeres. He visto informes que dicen que las ventas de todos aquellos jabones que supuestamente las mujeres tenían que echar a todos los electrodomésticos para que funcionaran veinticuatro horas al día cayeron en picado durante aquellos años. Y las familias empezaron a comprar bombillas de 25 vatios para que no se viera tanto el polvo, hasta que llegaba el sábado, día en que limpiaban la casa todos juntos. Pero no me gustó demasiado leer recientemente que el 35 por 100 de las familias en Estados Unidos sólo comparten una comida diaria.

El hecho es que la tasa de divorcios ha dejado de crecer tan abruptamente. Y la mayoría de los divorcios actuales se dan entre gente muy joven, no entre quienes han vivido todos estos cambios. En la segunda década después del movimiento de mujeres, leí unas estadísticas de un instituto de estudios sobre la población de Princeton, según el cual son más numerosas que nunca las parejas estadounidenses que tienen relaciones sexuales más frecuentes y placenteras[9]. En las investigaciones que realicé hace mucho tiempo para *La mística de la feminidad,* vi datos de otras épocas que mostraban que a cada década de avance de las mujeres hacia la igualdad con los hombres, el grado de satisfacción de la relación

[8] «Women's Voices: Solutions for a New Economy», Center for Policy Alternatives, 1992.

[9] «Contraceptive Practice and Trends in Coital Frequency», Princeton University Office of Population Research, *Family Planning Perspectives,* vol. 12, núm. 5, octubre de 1980.

sexual entre mujeres y hombres aumentaba. En la actualidad hay muchos datos que ponen de manifiesto que la igualdad está muy relacionada con un buen matrimonio duradero —aunque también es posible que entre iguales se discuta más. En las reuniones de la American Sociological Association que se celebraron en agosto de 1995, me pidieron que hablara del futuro del matrimonio. Yo veía ese futuro desde la perspectiva de las nuevas fortalezas de las mujeres y de los hombres, y de los nuevos desafíos para la sociedad. Así por ejemplo, en todas las discusiones acerca de si los hombres se hacían cargo lo suficiente del cuidado de las criaturas y de las tareas domésticas, recientemente he oído a mujeres que admiten que no les gusta mucho cuando los hombres asumen tanta responsabilidad que las criaturas acaban acudiendo primero a papá con las notas o cuando se han hecho pupa. «Ni me planteaba que fuera Ben el que lo llevara al médico», me dijo mi amiga Sally. «Eso es cosa mía.» En el papel de las mujeres en la familia había mucho poder que ni siquiera las feministas supieron ver, según los parámetros masculinos. Es necesario realizar más estudios para ver qué fortalezas se incorporan a la familia cuando mamás y papás comparten ese poder de educar.

Siempre estamos oyendo hablar y hablando de los problemas: la tensión que tener que conciliar el trabajo fuera de casa y la familia supone para las mujeres; las carencias que tienen las criaturas cuando crecen en una familia monoparental o monomarental. No oímos hablar de los estudios que se realizan en el Wellesley Center for Research on Women, que ponen de manifiesto que conciliar trabajo y familia reduce el estrés en las mujeres y que es mejor para su salud mental que el antiguo rol que les obligaba a elegir entre uno y otra, y que la salud mental de las mujeres ya no se deteriora rápidamente después de la menopausia como solía pasar antes. No oímos hablar de los diferentes tipos de fortalezas y de apoyo que las familias monomarentales o monoparentales requieren y podrían conseguir de sus comunidades. Pero existe una nueva conciencia de que algo debe cambiar ahora en la estructura de la sociedad, porque los horarios y las condiciones de trabajo y de formación profesional siguen basándose en el tipo de vida de los varones del pasado, cuyas esposas se ocupaban de los detalles cotidianos. Las mujeres no tienen esposas que hagan eso por ellas, pero tampoco las tienen la mayoría de los hombres en la actualidad. Por ello, conseguir que los entornos de trabajo promuevan estrategias de conciliación se ha convertido en un tema político y colectivo del que se está tomando conciencia y que está presente en la negociación colectiva —horario flexible, rotación en el puesto de trabajo, permisos de maternidad y paternidad. Resulta que las empresas más punteras en términos de tecnología y de resultados también son las que

han adoptado planes o políticas de conciliación para su personal. Estados Unidos se ha quedado a la zaga en esta materia si se compara con otros países industrializados; el 98 por 100 de las criaturas de edades comprendidas entre tres y cuatro años en Francia y Bélgica están escolarizadas en escuelas infantiles o centros preescolares[10]. Estados Unidos fue el último de los países industrializados, exceptuando Sudáfrica, que aprobó una política de permisos de maternidad y paternidad, y ello sólo después de que Bill Clinton accediera a la presidencia.

También hay una sensación creciente de que, para educar a una criatura, hace falta algo más que una mamá y un papá. «Hace falta un pueblo entero», decía la primera dama Hillary Rodham Clinton en un *best-seller* publicado en 1996. Existe una nueva percepción del valor de la diversidad y de la necesidad que tienen todas las familias de contar con una comunidad más amplia y más fuerte. Nada tiene que ver con el modelo individualista de familia de la década de 1960 de los barrios residenciales, aislada y encorsetada en la mística de la feminidad; y no sólo por las múltiples variantes existentes —algunas parejas tienen criaturas después de cumplidos los cuarenta, hombres y mujeres con buenas carreras profesionales; otras, cuyos miembros son veinteañeros o treintañeros, hacen malabarismos con el trabajo, la carrera, la formación, la casa y el cuidado de los hijos pequeños; a veces las mujeres se toman uno o dos años de baja por maternidad, o el hombre, si se lo puede permitir, y también los que son papás o mamás solos —sino porque se cuenta más que nunca con el apoyo de los abuelos y abuelas, de los grupos de juego organizados con otros padres y madres, o de las guarderías de la empresa, de la iglesia o de la comunidad. Y cada vez más hombres y mujeres, ya vivan solos o juntos, jóvenes y viejos, siguen nuevos modelos. La reciente campaña para legalizar el matrimonio de personas del mismo sexo pone de manifiesto el poderoso atractivo de un compromiso emocional duradero, incluso para hombres o mujeres que se apartan de las normas sexuales convencionales.

En 1994-1995, en el Woodrow Wilson International Center for Scholars de la Smithsonian en Washington, D.C., dirigí un seminario para responsables políticos que pretendía realizar un análisis más allá de las políticas de igualdad, de las políticas identitarias, más allá del género —en busca de un nuevo paradigma para las mujeres, los hombres y la comunidad. En 1996, nos centramos en «volver a enmarcar los valores de la

[10] Sheila B. Kamerman y Alfred J. Kahn, *Starting Right: How America Neglects Its Youngest Children and What We Can Do About It,* Nueva York, Oxford University Press, 1995.

familia» en el contexto de las nuevas realidades económicas. Nunca he estado de acuerdo con esa aparente polarización entre el feminismo y las familias. La reciente campaña reaccionaria sobre los «valores de la familia», demagógico retorno a la vieja mística de la feminidad, es básicamente un ataque contra el aborto, el divorcio y, sobre todo, los derechos y la autonomía de las mujeres. Pero existen valores reales relacionados con la familia, con la maternidad y la paternidad y los vínculos entre generaciones, con todas nuestras necesidades de dar y recibir amor y alimento, que preocupan a nivel público y privado a las mujeres de hoy en día y que constituyen el quid de la cuestión de la brecha de género en 1996. Hay que preguntarse cuándo los hombres abandonarán la cultura de la codicia y dirán: «¿Es esto todo?»

El antiguo divisionismo —mujeres frente a hombres— ya no tiene interés; de hecho se ha superado. Igual que los Playboy Clubs se cerraron a los pocos años de iniciarse el movimiento de mujeres —obviamente, a las mujeres les dejó de parecer sexy hacer de «conejitas»—, en 1997 la revista *Esquire* está teniendo problemas. Y el director de *Ms.* y de *Working Mother* ha puesto en venta ambas revistas: todo aquello había sido revolucionario hacía veinte años, dijo, pero ahora forma parte de la sociedad. La revista *New Yorker,* famosa por marcar tendencias, la dirige ahora una mujer, y ha dedicado su edición especial de aniversario de 1996 a las mujeres. En la campaña electoral de 1996, tanto Hillary Rodham Clinton como Elizabeth Dole hicieron gala del poder al que una mujer accede cuando tiene una brillante carrera propia, aunque también trataron de disimularlo. Ambas centraron su poder en los temas femeninos tradicionales —la Cruz Roja, la infancia—, pero con la nueva sofisticación política y la maquinaria organizativa con la que las mujeres dirigen ahora estas cuestiones. Ya no era posible ocultar la nueva imagen de matrimonio entre iguales que proyectaba la Casa Blanca —a pesar de todo el revuelo que se produce cuando la voz de una nueva y poderosa Primera Dama se hace oír en las más altas esferas políticas. A ambos lados del espectro político existe una clara conciencia de una asociación entre mujeres y hombres que ha superado ampliamente la mística de la feminidad.

Al mismo tiempo, la nueva e histórica brecha de género entre mujeres y hombres en la campaña electoral presidencial augura un inexorable cambio en la agenda política nacional, que incorporará preocupaciones que solían despreciarse al considerarse como «temas de mujeres». Así pues, como consecuencia del creciente poder político de las mujeres, la antigua mística de la feminidad se está transformando ahora en una nueva realidad política sin precedentes y en una prioridad para ambos partidos.

Fue el *Wall Street Journal* el que primero informó de ello en titulares (el 11 de enero de 1996): «Escisión histórica entre hombres y mujeres en la carrera hacia la presidencia». El *Journal* decía:

> De mantenerse la tendencia actual, en las elecciones presidenciales de 1996 la escisión entre hombres y mujeres será la mayor de la historia reciente. De hecho, podría tratarse de las primeras elecciones de la era moderna en las que hombres y mujeres como género respaldan la carrera presidencial desde posiciones diferentes.
>
> «Las elecciones de 1996 se caracterizan actualmente por una brecha de género de proporciones históricas», dice Peter Hart, un analista del Partido Demócrata que colabora en las encuestas de *The Wall Street Journal* / NBC News [...].
>
> De hecho, en una encuesta del *Journal* / NBC News realizada a principios del mes pasado, el presidente y el senador Dole estaban prácticamente empatados entre los varones estadounidenses; en cambio, entre las mujeres, el presidente aventajaba al senador Dole, con un apoyo respectivo del 54 por 100 frente al 36 por 100.

El *Journal* también apuntaba:

> La fuerza del presidente entre las votantes femeninas, que ha aumentado a raíz de un vivo debate sobre el presupuesto, es la principal razón de su recuperación en las encuestas más recientes. «En esencia —dice el Sr. Hart— la fuerza actual del presidente procede íntegramente de las mujeres, que en este momento se están inclinando tan claramente por los Demócratas que hasta los constructores, tradicionalmente un grupo de apoyo del Partido Republicano, están respaldando al presidente Clinton [...].
>
> Cuando se les pide que nombren los principales temas a los que ha de hacer frente el país, los hombres citan, con una probabilidad que prácticamente dobla la de las mujeres, el déficit presupuestario o la reducción del gasto público, y ésas son las dos prioridades del Partido Republicano. En cambio las mujeres hablan con mucha mayor probabilidad de los problemas sociales tales como la educación o la pobreza [...].
>
> Los intentos de recortar el presupuesto de Medicare* [...] y la disputa acerca del gasto social ha afectado a mujeres de todas las edades, que suelen asumir mayores responsabilidades en el cuidado de los

* Medicare es el principal programa federal de asistencia sanitaria para personas de 65 años de edad o más y personas con discapacidades específicas, que se financia a través del Departamento de Salud y Servicios Sociales del Gobierno federal. *[N. de la T.]*

BIBLIOTECA MAYOR

más jóvenes y de los mayores. Esto a menudo les hace preocuparse en mayor medida que los hombres cuando se anuncian recortes en los programas sociales dirigidos a estos colectivos.

Es significativo que sean estos grandes temas sociales y no los temas de «carácter» o de género los que ahora definan la brecha entre hombres y mujeres, aun cuando las nuevas frustraciones de los varones se hayan convertido en el objetivo de las políticas del odio, como las que desplegó Pat Buchanan en las primarias del Partido Republicano. Los gurús políticos de ambos bandos estaban desconcertados: las viejas presunciones acerca del poder final que el macho blanco seguía ostentando todavía persistían, pero con dificultades, puesto que cada vez más hombres blancos estaban coincidiendo con todavía más hombres negros en estas preocupaciones. Y tanto las viejas como las nuevas instancias políticas se dieron perfecta cuenta de ello: no podían ganar sin las mujeres, que habían dejado de ser apoyos simbólicos y pasivos para convertirse en agentes políticos activos. Porque las mujeres eligieron al presidente de Estados Unidos en 1996 con una brecha de género del 17 por 100. Y ahora, por primera vez, tenemos a una mujer en el cargo de secretaria de Estado.

Resulta impresionante ver cómo estas ondas empiezan a transformar el paisaje político. Un montón de Republicanos han acabado uniéndose a los Demócratas para votar a favor del aumento del salario mínimo. Los Republicanos se están batiendo en retirada tras sus brutales ataques contra Medicaid, Medicare, Head Start*, la subvención de alimentos, la vacunación infantil, las becas de estudios, la protección del medio ambiente e incluso las acciones positivas. Las preocupaciones concretas de la vida diaria, las preocupaciones de las mujeres, están ahora en primera línea, por delante de las ideas abstractas del equilibrio presupuestario. Y existe un nuevo movimiento que se enfrenta a las nuevas realidades concretas resultantes de las diferencias salariales crecientes que afectan por igual en Estados Unidos a hombres y mujeres y a sus hijos, y que alimentan la política del odio. Me alegró poder unirme en 1996 a otras mujeres jóvenes y líderes, participantes en el nuevo liderazgo militante de la

* Véase la nota anterior para Medicare. Medicaid es un programa del mismo Departamento y de similares características reservado a las personas con menores ingresos. Head Start es un programa de este mismo Departamento, de lucha contra la pobreza y dirigido principalmente a la infancia, que proporciona servicios generales de educación, nutrición, salud y atención a la infancia para familias con escasos ingresos. *[N. de la T.]*

AFL-CIO*, que tiene pensado denunciar públicamente el creciente abismo entre los niveles de renta y defender un «salario mínimo» para toda la ciudadanía, alejándose de la dialéctica de las mujeres contra los hombres. Las mujeres y los hombres de ahora tienen que hacer frente juntos a los excesos de la cultura de la codicia y del brutal y desbocado poder de las corporaciones, que amenazan nuestra supervivencia. Es preciso que se definan y se midan de una manera nueva los resultados de la competitividad y del éxito corporativo y personal, y las prioridades del presupuesto nacional. El bienestar de las personas, el *bien común,* ha de estar por encima de esa exigua medida del incremento del precio de las acciones del próximo trimestre, de las crecientes compensaciones a los ejecutivos e incluso de nuestro «tema específico» particular. Y algunos varones que son directores generales y políticos empiezan a darse cuenta de ello.

Pero las mujeres están empezando a impacientarse. El Hollywood Women's Political Committee, que había recaudado millones de dólares para apoyar la elección de los senadores liberales y del presidente Clinton, votó en desbandada para protestar contra el hecho de que el dinero fuera la fuerza dominante en la política estadounidense, y contra la traición de los políticos que apoyaron la llamada reforma del estado de bienestar, que abolía la ayuda a las familias con hijos dependientes.

Una nueva tecnología para el control de la natalidad incluso más avanzada que el RU486, así como un creciente consenso nacional, pronto harán que todo el tema del aborto quede desfasado. Por muy importante que fuera, nunca debió convertirse en una prueba de la «especificidad del tema» para el movimiento de mujeres. Los portavoces médicos y los asesores políticos de los presidentes y de los dos partidos políticos siguen sin darse cuenta de la envergadura del nuevo empoderamiento de las mujeres, que es total, pues de lo contrario no habrían recomendado la aprobación y firma de una ley sobre el bienestar que condenó a un millón de criaturas a una situación de pobreza.

Para el movimiento de mujeres, en este país, es preciso implicarse ahora en otros temas de elección. Y esta elección tiene que ver con los distintos modelos de vida familiar y de carrera profesional y con los medios económicos con que deben poder contar los hombres y las mujeres

* AFL-CIO: siglas de la Federación Norteamericana del Trabajo-Congreso de Organizaciones Industriales, la mayor federación norteamericana de organizaciones empresariales. *[N. de la T.]*

de todas las edades y razas para tener la posibilidad de «elegir» en su vida, y que esto no les esté reservado a las personas muy ricas —la posibilidad de elegir cómo vivir y cómo morir.

La paradoja sigue creciendo, abriendo un debate nuevo y muy serio acerca de los verdaderos valores de la experiencia de las mujeres que la mística de la feminidad había soterrado. Últimamente se habla mucho del tercer sector, de la virtud cívica, y los profesores de Harvard y otras personas están descubriendo que los verdaderos vínculos que hacen que una sociedad siga floreciendo no son necesariamente la riqueza, el petróleo, el comercio ni la tecnología, sino los vínculos del compromiso ciudadano, las *asociaciones voluntarias* que los observadores a partir de De Tocqueville consideraron como la savia de la democracia norteamericana. La decadencia de estas organizaciones se achaca en parte a la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo. Nadie supo valorar realmente todos aquellos años en los que las mujeres se encargaron gratuitamente de las PTA*, de los *Scouts*, de las parroquias y hermandades y de la Ladies Village Improvement Society**. Ahora que las mujeres han aprendido a tomarse en serio a sí mismas y que se les paga y se las toma en serio, este trabajo comunitario, que brilla por su *ausencia* en los Estados Unidos de 1996, también se ha empezado a tomar en serio. Algunos especialistas en ciencias sociales y gurús políticos, tanto de izquierdas como de derechas, defienden que el tercer sector puede asumir gran parte de las responsabilidades de promoción del bienestar que son competencia de los gobiernos. Pero las mujeres, que han constituido el tercer sector, saben que éste no puede asumir por sí solo las responsabilidades de mayor envergadura de la administración. Nuestra democracia requiere que se desarrolle un nuevo sentido de la responsabilidad compartida entre lo público y lo privado, lo ciudadano y lo corporativo.

En 1996 regresé a Peoria para colaborar en el panegírico a mi mejor amiga del instituto y del *college,* Harriet Vance Parkhurst, madre de cinco hijos, miembro de una comisión republicana y demócrata convencida. Harriet volvió a Peoria después de la Segunda Guerra Mundial, se casó

* PTA, siglas de *Parent Teacher Association,* asociación de padres y profesores. *[N. de la T.]*

** Sociedad de Mujeres para la Mejora del Pueblo, asociación de mujeres existente en distintos pueblos y ciudades de Estados Unidos, las primeras fundadas a finales siglo XIX, con el fin de introducir mejoras de todo tipo en sus pueblos, fundamentalmente vinculadas con los servicios educativos, sociales y culturales, y también con las infraestructuras básicas para la ciudadanía. Muchas todavía existen en la actualidad. *[N. de la T.]*

con un compañero de clase que llegó a ser senador republicano del Estado y, al tiempo que criaba y educaba a sus cinco retoños, presidió y respaldó todas las campañas y nuevas causas de la comunidad, desde un museo y una orquesta sinfónica hasta Head Start y los derechos de las mujeres. Con ocasión de la muerte de Harriet se publicaron en los periódicos de Peoria artículos de portada y largos editoriales. No era ni rica ni famosa, no mostraba signo masculino alguno de poder. Me agrada pensar que aquel homenaje serio y nuevo a una mujer que *lideró la comunidad,* alimentando todos aquellos vínculos que durante mucho tiempo se dio por hecho que les correspondía mantener a las mujeres, no era sólo un tributo personal a mi querida amiga, sino un nuevo signo de la seriedad con la que se consideran ahora las aportaciones de las mujeres, antaño ocultas, trivializadas por la mística de la feminidad.

En otro sentido también, lo que me mueve ahora es la ampliación del círculo, desde que superamos la mística de la feminidad, y no las luchas de lo uno o lo otro, la filosofía del yo gano tú pierdes. En una de esas eternas evaluaciones de la situación de las mujeres, una periodista me pregunta: «¿Cuál es la principal batalla que han de librar ahora las mujeres, quién está ganando, quién está perdiendo?» Y se me antoja que esa pregunta casi suena obsoleta; no es ésa la manera de plantear la cuestión. Las mujeres libraron una gran batalla, en el Congreso y en los Estados, para que se tomara en serio el cáncer de mama y para que los seguros médicos cubrieran las mamografías. Pero actualmente la mayor amenaza contra la salud de las mujeres es el cáncer de pulmón y los anuncios publicitarios utilizan temas feministas para enganchar a las mujeres al tabaco mientras que los hombres están abandonando el hábito de fumar.

En las tiendas de libros y bibliotecas existen ahora grandes secciones con una plétora de obras que analizan todos los aspectos de la identidad femenina en cada periodo histórico y en la más remota nación o tribu, interminables variaciones sobre el tema de *Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus** y sobre cómo comunicarse entre sí («No se enteran»). Las universidades exclusivamente masculinas prácticamente han desaparecido en Estados Unidos. Los tribunales han decretado que el Virginia Military Institute y el Citadel** no podrán recibir financiación pública a menos que proporcionen a las mujeres un entrenamiento equivalente al de los varones y no segregado; en cambio el nuevo intento de defender que los *colleges* y los institutos exclusivamente de chicas

* Título de la obra de John Gray, Barcelona, Debolsillo, 2003. *[N. de la T.]*

** Academias militares de Estados Unidos, la primera en el Estado de Virginia, la segunda en el de Carolina del Sur. *[N. de la T.]*

son mejores para las mujeres, que las pobrecillas nunca van a aprender a levantar la voz si tienen que estudiar y competir con los varones, es para mí reaccionario y regresivo y de una mojigatería obsoleta.

En los *colleges* y universidades, desde el más pequeño hasta Harvard, Yale y Princeton, los estudios de mujeres no sólo se enseñan como disciplina seria e independiente, sino que ahora en cada área están surgiendo nuevas dimensiones del pensamiento y de la historia porque personas expertas en cada materia analizan la experiencia de las mujeres, antaño un «continente oscuro». En junio de 1996 la primera conferencia nacional dedicada a escritoras norteamericanas del siglo XIX, celebrada en el Trinity College de Hartford, recibió candidaturas de 250 ponencias. El nivel de interés y sofisticación de aquellas ponencias era «absolutamente inimaginable» hace diez años, dijeron los organizadores de la conferencia. La escritoras del siglo XIX «abordaron los grandes problemas sociales y políticos de su época, tales como la esclavitud, el capitalismo industrial y, después de la guerra civil, la segregación racial», afirmaba Joan D. Hedrick, una catedrática de historia del Trinity College cuya biografía de Harriet Beecher Stowe ganó el premio Pulitzer el año pasado. «Las mujeres no tenían derecho al voto en aquellos tiempos —la única vía con que contaban para representarse a sí mismas era la escritura.» Pero aquellas escritoras fueron ignoradas y tildadas de deconstruccionistas masculinas y sus seguidoras feministas erradicaron, en el canon postmoderno, lo que el profesor Paul Lauter ha denominado «la idea del sentimiento, la idea de las lágrimas, la idea de que la literatura te conmueva, la idea de ser político».

Y ahora las mujeres están volviendo a introducir estos grandes temas y *preocupaciones vitales,* más allá de las abstracciones muertas, en la política, y no sólo las letras. Por ello las mujeres han dejado de ser hoy un «continente oscuro» en la literatura y en el resto de disciplinas académicas, si bien algunas eruditas feministas siguen debatiendo la «historia del victimismo». En una reseña de *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity* del eminente historiador George L. Mosse *(The New Republic,* 10 de junio de 1996), Roy Porter dice:

> Lo que queda oculto de la historia hoy en día es lo masculino. No es que se hayan pasado por alto los logros de los hombres. La investigación histórica siempre se ha centrado en las vidas de los hombres —hojalatero, sastre, soldado, marinero, hombre rico, mendigo [...]. El propio término de «hombre» podría tener automáticamente una doble función, aplicándose igualmente a los varones y al conjunto de los seres humanos [...], cuando quienes han subido al escenario de la historia han sido casi invariablemente varones. Ser un hombre —actuar en el teatro del trabajo, la política, el poder— se asumía sencillamente como algo natural; y cuando algunos pacifistas o contestatarios cuestionaban los rasgos supuestamente masculinos, como por ejemplo la lucha, los marchitos varones europeos blancos que controlaban la academia y las ondas radiofónicas se las ingeniaban para descalificar aquellas críticas, considerándolas histéricas o utópicas, basándose en la máxima de que un hombre ha de hacer lo que ha de hacer [...]. Fue el movimiento de mujeres, cosa nada sorprendente, el primero que sometió la masculinidad a un interrogatorio exhaustivo.

Pero hasta la fecha los libros que hablan de la mística de la masculinidad y los llamados «estudios de hombres» y el «movimiento de hombres» han sido con demasiada frecuencia una copia literal a la inversa de la «liberación de las mujeres» —y por lo tanto, por definición, han carecido de autenticidad. O han sido una adopción revisionista desesperada del machismo obsoleto, raquítico y brutal— por el que sin embargo se siente atraída la juventud —que en Estados Unidos al parecer todavía define la masculinidad. Es posible que Robert Bly incite a los hombres a que se les salten las lágrimas con su poesía, pero en aquellos campamentos en el bosque les hacía hacer ejercicios tribales en los que se golpeaban el pecho en una interpretación del hombre de las cavernas, al tiempo que hacían resonar los tambores vestidos con taparrabos de falsa piel de león. Aquellos milicianos obsesionados con las armas han amenazado los mismísimos cimientos de la sociedad con esa masculinidad obsoleta. Las feministas nos hemos obsesionado tanto con la fuerza liberadora de nuestra propia autenticidad, al superar la desfasada mística de la feminidad y al adoptar las nuevas posibilidades de nuestra propia condición de personas, que últimamente hemos considerado a los hombres principalmente como nuestros opresores —jefes, maridos, amantes, policías— o como los que no asumían su parte de las tareas domésticas y del cuidado de las criaturas, de la *relación* y de los sentimientos que ahora les exigíamos, incluso mientras aprendíamos una profesión y los juegos del poder político y empezábamos a cargar con la responsabilidad de traer un sueldo a casa, que antes sólo se les asignaba a los varones. Esas carreras profesionales y corporativas en línea recta, que siguen estructuradas en función de las vidas de los varones del pasado, cuyas esposas se ocupaban de todos los detalles de la vida cotidiana, plantean, ahora lo sabemos, problemas reales y a veces insuperables para las mujeres de hoy en día. Lo que no hemos percibido es la crisis, la creciente desesperación de los varones, que todavía se definen en el marco de unas carreras profesionales y corporativas que ya no son fiables, pues están sometidas a reducciones de plantilla, devaluadas y han dejado de ser para toda la vida.

Porque sabemos que los hombres tienen todo ese poder (¡los hombres blancos de antaño lo tuvieron!), no nos tomamos en serio (y ellos no admiten que sea un asunto muy serio) los ocho años que las mujeres estadounidenses llevan de ventaja a los varones en esperanza de vida: setenta y dos años tan sólo la de los hombres en la actualidad, ochenta la de las mujeres.

La investigación que revisé para mi libro de 1993, *The Fountain of Age,* ponía de manifiesto que existen dos factores fundamentales que contribuyen a una vida larga y llena de vitalidad: tener un propósito y un proyecto que requieran la puesta en juego nuestras capacidades, estructuren nuestros días y nos hagan seguir moviéndonos como integrantes de nuestra cambiante sociedad; y también vínculos de intimidad. Pero los varones, cuyo proyecto quedaba plasmado a través de esa carrera para toda la vida con la que ya no se puede contar, se encuentran ahora ante el caos. Necesitan la flexibilidad que las mujeres se vieron abocadas a desarrollar al tener que conciliar de alguna manera la crianza de los hijos, la profesión, el trabajo y la familia, inventando un modelo de vida cambiante a medida que pasaban los años. Para esa larga vida de ahora, los hombres necesitan desesperadamente familiarizarse con los hábitos de crear y mantener vínculos de intimidad y de compartir sentimientos, asuntos que antes se consideraban propios de las mujeres. Porque, a fin de cuentas, hagámonos a la idea de que es preciso reconsiderar aquello que solía aceptarse universalmente —el varón como referente de todas las cosas. Hoy en día tanto los hombres como las mujeres se sitúan en la corriente general de la sociedad y definen sus términos. Las normas, las definiciones, los raseros que nos aplicamos, tienen que cambiar, están cambiando, porque la nueva realidad compartida de mujeres y hombres está desechando los vestigios obsoletos de la mística de la feminidad y de su pareja, el machismo.

De este modo, en una política en la que el poder electoral de las mujeres, del que han adquirido conciencia recientemente, supera el de los varones, las preocupaciones —el cuidado de las criaturas y de las personas mayores, la enfermedad y la salud, la decisión de cuándo tener descendencia y de si tenerla, *los valores de la familia*— definen en la actualidad la agenda más que las viejas ideas abstractas del déficit y de los misiles de la muerte. En agosto de 1996, *The New York Times* hablaba de una crisis en el mundo de la moda: las mujeres ya no compran prendas de grandes diseñadores, los hombres sí. Los anuncios publicitarios venden «la noche en que le toca cocinar a papá», perfumes y cosméticos para varones. El bebé que llevan en la mochila les hace a los jóvenes lo suficientemente fuertes para mostrarse tiernos. Tal vez esos hombres hayan crecido a partir del niño-hombre que hasta ahora había constituido la definición de la masculinidad. Y esas mujeres atletas, que centraron la atención en las Olimpiadas de 1996, ¿qué normas van a cambiar? Los anuncios publicitarios y las revistas de moda tal vez sigan presentando mujeres-niñas norteamericanas prepubescentes o vendiendo pechos rellenos de silicona que ni siquiera responden al roce humano —pero a las jóvenes que ahora están creciendo también se les ofrecen zapatillas de deporte y nuevos ideales referentes a la fuerza física. ¿Dejarán de necesitar las mujeres a los hombres para ser más altas, más fuertes y ganar más dinero?

Los hombres y las mujeres en edad adulta, que ya no están obsesionados con la juventud, que por fin se han hecho mayores para esos juegos tan infantiles y esos rituales obsoletos de poder y sexo, pueden ser cada vez más auténticamente ellos mismos. Y no fingen que los hombres sean de Marte ni que las mujeres sean de Venus. Incluso comparten sus respectivos intereses y hablan en una jerga común de trabajo, amor, juego, criaturas y política. Ahora podemos empezar a vislumbrar las nuevas posibilidades humanas, una vez que mujeres y hombres pueden al fin ser ellos mismos, conocerse unos a otros por lo que son en realidad y definir los términos y las medidas del éxito, del fracaso, de la alegría, del triunfo, del poder y del bien común, conjuntamente.

BETTY FRIEDAN
Washington, D.C., Abril de 1997

Introducción a la edición del décimo aniversario

Hace ahora una década que se publicó *La mística de la feminidad* y hasta que empecé a escribir aquel libro ni siquiera era consciente del problema de la mujer. Recluidas como lo estábamos en aquella mística, que nos mantenía en la pasividad y el aislamiento y nos impedía ver nuestros verdaderos problemas y posibilidades, yo, al igual que otras mujeres, pensaba que no era «normal» porque no tenía un orgasmo cuando enceraba el suelo de la cocina. Al escribir aquel libro me convertí en una excéntrica —pero he de reconocer que, durante el agónico periodo en el que terminé de redactarlo, en 1963, nunca enceré el suelo.

Cada una de nosotras pensaba hace diez años que era un poco rarita si no sentía ese misterioso placer orgásmico que los anuncios te auguraban cuando encerabas el suelo de la cocina. Por mucho que disfrutáramos de ser la mamá de Junior y Janey o de Emily, o la esposa de B. J., si también albergábamos ambiciones, ideas acerca de nosotras mismas como personas por derecho propio —pues eso, que éramos sencillamente unas excéntricas, unas neuróticas, e íbamos y le confesábamos nuestro pecado o nuestra neurosis al cura o al psicoanalista, empeñadas en amoldarnos. Aunque sentíamos que tenía que haber algo más en nuestras vidas que compartir los sándwiches de crema de cacahuete con las criaturas, aunque echarle jabón a la lavadora no nos hiciera revivir nuestra noche de bodas, aunque conseguir que los calcetines y las camisas quedaran de un blanco deslumbrante no era exactamente una experiencia que marcara un hito en nuestras vidas, aun cuando nos sintiéramos culpables ante aquel acusador tono grisáceo, no nos lo confesábamos unas a otras.

Algunas de nosotras (en 1963, la mitad de las mujeres en Estados Unidos) ya habíamos cometido el imperdonable pecado de trabajar fuera de casa para contribuir al pago de la hipoteca o de la cuenta de la tienda de ultramarinos. Las que lo hacían se sentían además culpables por traicionar su feminidad, por menoscabar la masculinidad de sus esposos, por descuidar la crianza de los hijos al atreverse a trabajar por dinero, independientemente de la cantidad que se necesitara. No podían reconocer, ni siquiera a sí mismas, que se sentían mal por cobrar la mitad de lo que se le habría pagado a un hombre por el mismo trabajo, o porque siempre se las ignorara en los ascensos, o por tener que escribir el informe por el que *a él* le reconocían y ascendían.

Una vecina mía del barrio residencial en el que vivíamos, llamada Gertie, se estaba tomando un café conmigo cuando llamó a la puerta el agente del censo; yo estaba entonces escribiendo *La mística de la feminidad*. «¿Ocupación?», me preguntó. «Sus labores», le contesté. Gertie, que me había animado en mis esfuerzos por escribir y por vender artículos para las revistas, meneó la cabeza y dijo tristemente: «Deberías tomarte a ti misma más en serio.» Dudé y luego le dije al funcionario: «En realidad soy escritora.» Pero por supuesto, entonces era, y sigo siendo, como todas las mujeres casadas de Estados Unidos, independientemente de lo *demás* que hagamos entre las nueve de la mañana y las cinco de la tarde, una ama de casa. Por supuesto, las mujeres solteras no contestaban «sus labores» cuando venía el agente del censo, pero aun en su caso la sociedad estaba menos interesada en saber lo que aquellas mujeres estaban haciendo como personas en el mundo que en preguntar: «¿Por qué una chica tan simpática como tú todavía no se ha casado?» Y de aquel modo, a ellas tampoco se las animaba a que se tomaran a sí mismas en serio.

El hecho de que llegara a escribir un libro da la sensación de ser un accidente absolutamente pasajero pero, por otra parte, toda mi vida me había preparado para escribir aquel libro. Al final encajaron todas las piezas. En 1957, cuando estaba empezando a aburrirme soberanamente escribiendo artículos sobre la lactancia materna y cosas por el estilo para *Redbook* y el *Ladies' Home Journal,* dediqué un tiempo desmesurado a diseñar un cuestionario para mis compañeras licenciadas de Smith de la promoción de 1942, con la intención de rebatir la idea entonces en boga de que los estudios no nos habían preparado para nuestro rol como mujeres. Pero el cuestionario me planteó más preguntas de las que en mi caso resolvió —los estudios *no* nos habían orientado exactamente hacia el papel que las mujeres estaban tratando de desempeñar, al parecer. Empecé a sospechar que lo que estaba equivocado era, no esos estudios, sino

ese papel. *McCall's* me encargó un artículo basado en mi cuestionario para las alumnas de Smith, pero luego el director de la revista, durante aquel gran periodo de la «unidad», rechazó el texto horrorizado, a pesar de los esfuerzos soterrados de las editoras de la revista. Los editores varones de *McCall's* dijeron que aquello no podía ser cierto.

A continuación me encargaron el mismo artículo para el *Ladies' Home Journal*. En aquella ocasión fui yo quien lo retiré, porque lo reescribieron y acabaron diciendo justamente lo contrario de lo que en realidad yo estaba tratando de explicar. Volví a intentarlo con *Redbook*. Poco a poco iba entrevistando a más mujeres, psicólogas, sociólogas, asesoras matrimoniales y otras por el estilo, y me iba convenciendo de que estaba tras la pista de algo. ¿Pero qué era? Necesitaba un nombre para aquello, fuera lo que fuera, que nos impedía disfrutar de nuestros derechos, que nos hacía sentirnos culpables por cualquier cosa que hiciéramos, *no* en calidad de esposas de nuestros maridos ni de madres de nuestros hijos, sino como nosotras mismas, como personas. Necesitaba un nombre para describir aquel sentimiento de culpa. A diferencia de la culpa que las mujeres solían sentir en relación con sus necesidades sexuales, la culpa que sentían en aquel caso se refería a necesidades que no encajaban con la definición de género de las mujeres, con la mística de la plenitud femenina —la mística de la feminidad.

El editor de *Redbook* le dijo a mi agente: «A Betty se le ha ido la olla. Siempre ha realizado un buen trabajo para nosotros, pero esta vez sólo las amas de casa más neuróticas podrían identificarse con lo que ha escrito.» Abrí la carta de mi agente en el metro en el que iba a llevar a los niños al pediatra. Me bajé del metro, llamé a mi agente y le dije: «Tendré que escribir un libro para conseguir que esto se publique.» Lo que estaba escribiendo amenazaba los mismísimos cimientos del mundo de las revistas femeninas —la mística de la feminidad.

Cuando Norton contrató la publicación del libro, pensé que tardaría un año en terminarlo, y tardé cinco. Ni siquiera lo habría empezado si la Biblioteca Pública de Nueva York no hubiera abierto, justo en aquel momento, la Sala Frederic Lewis Allen, en la que aquellas personas que estuvieran escribiendo un libro podían contar gratuitamente con una mesa, durante periodos de seis meses. Contraté a una canguro tres días a la semana y me iba en autobús desde el condado de Rockland hasta la ciudad; de alguna manera conseguí prorrogar los seis meses por un total de dos años en la sala Allen, aunque a la hora de la comida tenía que soportar muchas bromas por parte de otros escritores que se habían enterado de que estaba escribiendo un libro sobre las mujeres. Luego, en cierto modo, el libro se apoderó de mí, me empezó a obsesionar, pretendió es-

cribirse a sí mismo, y me llevé los papeles a casa y seguí escribiendo en la mesa del comedor, en el sofá del salón, en el embarcadero de un vecino a orillas del río; seguía escribiendo mentalmente cuando paraba para llevar a los niños a alguna parte o para hacer la cena y volvía a la brecha una vez que se habían acostado.

Nunca había experimentado nada tan poderoso, tan verdaderamente místico, como las fuerzas que daban la sensación de apoderarse de mí cuando estaba escribiendo. *La mística de la feminidad*. El libro procedía de algún lugar profundamente arraigado en mi interior y toda mi experiencia confluía en él: las quejas de mi madre, mi propia formación en psicología gestáltica y freudiana, la beca a la que me sentía culpable de haber renunciado, la temporada en la que trabajé como periodista, que me enseñó a seguir las claves del trasfondo económico oculto de la realidad, mi éxodo a un barrio residencial y todas las horas que pasé con otras madres haciendo la compra en el supermercado, llevando a los niños a nadar y charlando delante de un café. Incluso los años dedicados a escribir para las revistas femeninas, cuando nadie cuestionaba la doctrina de que las mujeres no podían identificarse con *nada* que no tuviera que ver con el hogar —ni con la política, ni con las artes, ni con la ciencia, ni con los acontecimientos grandes o pequeños, ni con la guerra, ni con la paz, ni en Estados Unidos, ni en el mundo— a menos que se pudieran plantear a través de la experiencia femenina como esposa o mujer o traducirse a alguna faceta doméstica. ¡Ya no podía escribir dentro de aquel marco! El libro que entonces estaba escribiendo desafiaba la propia definición de aquel universo —lo que yo había optado por llamar la mística de la feminidad. Al ponerle nombre, sabía que no era en absoluto el único universo posible para las mujeres, sino una manera antinatural de confinar nuestras energías y nuestra visión. Pero cuando empecé a seguir las pistas y claves a partir de las palabras de otras mujeres y de mis propios sentimientos, a través de la psicología, de la sociología y de la historia reciente, reconstruyendo —a través de las páginas de las revistas para las que había escrito— por qué y cómo se había producido aquello, la incidencia real que estaba teniendo en las mujeres, en sus criaturas, incluso en el sexo, las implicaciones de todo ello salieron a la luz, y eran fantásticas. Yo misma me sorprendí de lo que estaba escribiendo: ¿adónde me llevaría? Tras terminar cada capítulo, una parte de mí se preguntaba: ¿estaré chiflada? Pero también tenía una creciente sensación de serenidad, de fuerza, de confianza en mi intuición a medida que las claves iban encajando, que debe de ser el mismo tipo de sensación que experimenta una persona de ciencia cuando centra su atención en un descubrimiento en algunos de esos relatos de intriga científica basados en hechos reales.

Sólo que esto no era meramente abstracto y conceptual. Significaba que yo misma y todas las demás mujeres que yo conocía habían estado viviendo una mentira, y que todos los médicos que nos trataban y los expertos que nos estudiaban estaban perpetuando aquella mentira, y que nuestros hogares y centros de enseñanza e iglesias, nuestras políticas y nuestras profesiones, se habían construido en torno a aquella mentira. Si las mujeres eran realmente *personas* —ni más, ni menos—, entonces era preciso cambiar todas las cosas que les impedían ser personas plenas en nuestra sociedad. Y las mujeres, una vez que hubieran superado la mística de la feminidad y se tomaran en serio como personas, se darían cuenta de que las habían erigido sobre un falso pedestal, incluso las habían glorificado como objetos sexuales, lo cual era una infravaloración.

Pero si hubiese sido consciente de lo fantásticamente deprisa que aquello iba a suceder en realidad —en menos de diez años— tal vez me habría asustado tanto que igual habría dejado de escribir. Da miedo cuando abres un nuevo camino que nadie ha pisado antes que tú. No sabes lo lejos que te va a llevar hasta que vuelves la vista atrás y te das cuenta de lo lejos, lo lejísimo que has llegado. Cuando la primera mujer me pidió, en 1963, que le firmara su ejemplar de *La mística de la feminidad,* diciéndome lo que ahora ya me han repetido cientos, incluso miles de ellas, «Me cambió la vida», escribí: «Valor para todas nosotras en nuestra nueva andadura.» Porque no hay vuelta atrás en este camino. Ha de cambiarte la vida; la mía, desde luego, me la cambió.

BETTY FRIEDAN
Nueva York, 1973

Prefacio y agradecimientos

Poco a poco, sin llegar a verlo claro durante cierto tiempo, me he ido dando cuenta de que hay algo muy poderoso en la manera en que las mujeres de Estados Unidos están tratando de vivir su vida hoy en día. Al principio lo sentía como un punto de interrogación en mi propia vida, como esposa y madre de tres criaturas, con cierto sentimiento de culpa, y por lo tanto con cierta desgana, casi a pesar mío, utilizando mis capacidades y mis estudios en un trabajo que me hizo salir de casa. Fue aquel punto de interrogación personal el que me condujo, en 1957, a pasar gran parte de mi tiempo elaborando un cuestionario pormenorizado para mis compañeras de *college,* quince años después de que nos graduáramos de Smith. Las respuestas que ofrecieron 200 mujeres a aquellas preguntas íntimas y abiertas me llevaron a pensar que lo que no encajaba no tenía que ver con los estudios, contrariamente a lo que entonces se creía. Los problemas que tenían, y el grado de satisfacción que sentían con su vida, y yo con la mía, así como la manera en que el hecho de estudiar había contribuido a ello, sencillamente no encajaban con la imagen de la mujer estadounidense moderna tal como se describía en las revistas femeninas, como se estudiaba y analizaba en las aulas y en las clínicas, como se la alababa y se la condenaba a través de una continua avalancha de palabras, desde las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial. Había una extraña discrepancia entre la realidad de nuestras vidas como mujeres y la imagen a la que estábamos tratando de amoldarnos, la imagen que yo di en llamar la mística de la feminidad. Me preguntaba si otras mujeres también experimentaban aquel desgarro esquizofrénico y lo que significaba.

Y por ello me puse a husmear en los orígenes de la mística de la feminidad y en sus efectos en las mujeres que la vivieron o crecieron en su

marco. Mis métodos eran sencillamente los de una reportera tras la pista de una historia, salvo que no tardé en darme cuenta de que aquella no era una historia común. Porque el asombroso modelo que empezó a despuntar, cuando una clave me iba conduciendo a la siguiente en amplios campos del pensamiento y la vida modernos, no sólo cuestionaba la imagen convencional de las mujeres sino también las presunciones básicas de la psicología acerca de éstas. Encontré unas cuantas piezas del rompecabezas en estudios de mujeres anteriores; pero no muchas, porque en el pasado las mujeres se habían estudiado desde la perspectiva de la mística de la feminidad. El provocador estudio de Mellon sobre las mujeres de Vassar, los planteamientos de Simone de Beauvoir con respecto a las mujeres francesas, los trabajos de Mirra Komarovsky, A. H. Maslow y Alva Myrdal. Todavía más interesante me pareció el creciente corpus de nuevo pensamiento psicológico sobre la identidad masculina, de cuyas implicaciones para las mujeres al parecer no se tenía conciencia. Encontré pruebas adicionales interrogando a quienes trataban las enfermedades y los problemas de las mujeres. Y descubrí el desarrollo de la mística hablando con directores de las revistas femeninas, con investigadores especializados en publicidad motivacional y con expertos en mujeres de los campos de la psicología, el psicoanálisis, la antropología, la sociología y la educación familiar. Pero el rompecabezas no empezó a completarse hasta que entrevisté con cierta profundidad, en sesiones de duración comprendida entre dos horas y dos días, a ochenta mujeres que se encontraban en algún momento crucial de su ciclo vital —jóvenes estudiantes de instituto o de universidad que abordaban o eludían la cuestión de su identidad; jóvenes amas de casa y madres que, de tener razón la mística, no debían plantearse tal cuestión y que, por lo tanto, no tenían un nombre para el problema que les afectaba; y mujeres que a los cuarenta se disponían a imprimir un nuevo rumbo a su vida. Aquellas mujeres, algunas de ellas torturadas, otras serenas, me proporcionaron las claves definitivas y expresaron la acusación más condenatoria de la mística de la feminidad.

Sin embargo, no podría haber escrito este libro sin la ayuda de muchas personas expertas, tanto eminentes teóricos como trabajadores prácticos de este campo, y, de hecho, sin la colaboración de muchas personas que a su vez creen en la mística de la feminidad y han contribuido a perpetuarla. Me ayudaron muchos directores y directoras pasados y presentes de revistas femeninas, entre ellos Peggy Bell, John English, Bruce Gould, Mary Ann Guitar, James Skardon, Nancy Lynch, Geraldine Rhoads, Robert Stein, Neal Stuart y Polly Weaver; Ernest Dichter y el personal del Institute for Motivational Research; y Marion Skedgell, que fue directora de Viking Press y me facilitó datos de un estudio inacabado sobre heroínas de ficción. Entre los científicos conductistas, teóricos y terapeutas de este campo, estoy en gran deuda con William Menaker y John Landgraf de la New York University; con A. H. Maslow de Brandeis, con John Dollard de Yale y con William J. Goode de Columbia; con Margaret Mead; con Paul Vahanian del Teachers College, con Elsa Siipola Israel y Eli Chinoy de Smith. Y con el Dr. Andras Angyal, psicoanalista de Boston, el Dr. Nathan Ackerman de Nueva York, el Dr. Louis English y la Dra. Margaret Lawrence del Rockland County Mental Health Center; con muchas personas del campo de la salud mental del condado de Westchester, entre ellas Mrs. Emily Gould, el Dr. Gerald Fountain, la Dra. Henrietta Glatzer y Marjorie Ilgenfritz del Guidance Center de New Rochelle; el Rev. Edgar Jackson; el Dr. Richard Gordon y Katherine Gordon del condado de Bergen, Nueva Jersey; el difunto Dr. Abraham Stone, la Dra. Lena Levine y Fred Jaffe de la Planned Parenthood Association, el personal del James Jackson Putnam Center de Boston, la Dra. Doris Menzer y el Dr. Somers Sturges del Peter Bent Brigham Hospital, Alice King del Alumnae Advisory Center y el Dr. Lester Evans del Commonwealth Fund. También quiero expresar mi agradecimiento a las educadoras y educadores que con valentía combaten la mística de la feminidad y que me dieron valiosas ideas: Laura Bornholdt de Wellesley, Mary Bunting de Radcliffe, Marjorie Nicolson de Columbia, Esther Lloyd-Jones del Teachers College, Millicent McIntosh del Barnard y Esther Raushenbush del Sarah Lawrence, Thomas Mendenhall de Smith, Daniel Aaron y muchos otros miembros del cuerpo de docentes de Smith. Ante todo estoy agradecida a las mujeres que compartieron sus problemas y sentimientos conmigo, empezando por las 200 mujeres de Smith de la promoción de 1942, así como a Marion Ingersoll Howell y Anne Mather Montero, que colaboraron conmigo en el cuestionario con el que inicié mi investigación.

Sin esa fantástica institución que es la Biblioteca Pública de Nueva York, con su Sala Frederick Lewis Allen, que proporciona a cualquier escritor un lugar de trabajo tranquilo y un acceso permanente a distintas fuentes de investigación, esta madre de tres criaturas probablemente nunca habría empezado a escribir un libro, y mucho menos habría conseguido acabarlo. Lo mismo cabe decir del apoyo lleno de sensibilidad que me prestó mi editor, George P. Brockway, mi redactor, Burton Beals, y mi agente, Martha Winston. En un sentido más amplio, este libro nunca habría llegado a escribirse si yo no hubiera tenido una formación nada convencional en psicología, que le debo a Kurt Koffka, Harold Israel, Elsa Siipola y James Gibson de Smith; a Kurt Lewin, Tamara Dembo y al res-

to de personas de su grupo de entonces de Iowa; y a E. C. Tolman, Jean Macfarlane, Nevitt Sanfort y Erik Erikson de Berkeley —una formación liberal en el mejor sentido de la palabra, con el objetivo de ser aprovechada, aunque no lo llegara a hacer tal como lo había previsto originalmente.

Las reflexiones e interpretaciones, tanto a nivel teórico como práctico, y los valores implícitos de este libro, son inevitablemente míos. Pero sean o no definitivas las respuestas que aquí presento —y hay muchas preguntas que los investigadores sociales tendrán que seguir analizando— el dilema de las mujeres estadounidenses es real. En el momento actual, muchos expertos, finalmente obligados a reconocer este problema, están redoblando sus esfuerzos para que las mujeres se adapten a él desde la perspectiva de la mística de la feminidad. Seguramente mis respuestas molesten a estos expertos y a muchas mujeres también, pues suponen un cambio social. Pero no tendría sentido que yo hubiera escrito este libro si no creyera que las mujeres pueden influir en la sociedad, del mismo modo que se ven influidas por ella; que, a fin de cuentas, una mujer, de la misma manera que un hombre, tiene el poder de elegir y de construir su propio paraíso o su propio infierno.

Grandview, Nueva York
Junio de 1957-julio de 1962

CAPÍTULO PRIMERO

El malestar que no tiene nombre

El malestar ha permanecido enterrado, acallado, en las mentes de las mujeres estadounidenses, durante muchos años. Era una inquietud extraña, una sensación de insatisfacción, un anhelo que las mujeres padecían mediado el siglo XX en Estados Unidos. Cada mujer de los barrios residenciales luchaba contra él a solas. Cuando hacía las camas, la compra, ajustaba las fundas de los muebles, comía sándwiches de crema de cacahuete con sus hijos, los conducía a sus grupos de exploradores y exploradoras y se acostaba junto a su marido por las noches, le daba miedo hacer, incluso hacerse a sí misma, la pregunta nunca pronunciada: «¿Es esto todo?»

Porque durante más de quince años no hubo una palabra para aquel anhelo entre los millones de palabras escritas sobre las mujeres, para las mujeres, en las columnas, los libros y los artículos de expertos que les decían a las mujeres que su papel consistía en realizarse como esposas y madres. Una y otra vez las mujeres oían, a través de las voces de la tradición y de la sofisticación freudiana, que no podían aspirar a un destino más elevado que la gloria de su propia feminidad. Los expertos les explicaban cómo cazar y conservar a un hombre, cómo amamantar a sus criaturas y enseñarles a asearse, cómo hacer frente a la rivalidad entre hermanos y a la rebeldía de los adolescentes; cómo comprar una lavadora, hornear el pan, cocinar caracoles para gourmets y construir una piscina con sus propias manos; cómo vestirse, qué imagen dar y cómo actuar para resultar más femeninas y hacer que el matrimonio fuera más estimulante; cómo evitar que sus esposos murieran jóvenes y que sus hijos

se convirtieran en delincuentes. Se les enseñaba a sentir pena por las mujeres neuróticas, poco femeninas e infelices que querían ser poetisas o médicas o presidentas. Aprendieron que las mujeres femeninas de verdad no aspiraban a tener una carrera ni unos estudios superiores ni derechos políticos —la independencia y las oportunidades por las que luchaban las trasnochadas feministas. Algunas mujeres, tras cumplir los cuarenta o los cincuenta, todavía recordaban haber renunciado dolorosamente a aquellos sueños, pero las mujeres más jóvenes ni siquiera se lo planteaban. Miles de voces expertas aplaudían su feminidad, su adaptación, su nueva madurez. Todo lo que tenían que hacer era dedicar su vida desde su más tierna adolescencia a encontrar un marido y a traer hijos al mundo.

A finales de la década de 1950, la edad media a la que las mujeres contraían matrimonio descendió hasta los 20 años y siguió bajando todavía más. Catorce millones de muchachas estaban prometidas ya a los 17 años de edad. La proporción de mujeres matriculadas en *colleges* en relación con la de hombres había disminuido desde el 47 por 100 de 1920 hasta el 35 por 100 de 1958. Un siglo antes, las mujeres habían luchado por poder acceder a la universidad; ahora las chicas acudían a los *colleges* para conseguir marido. A mediados de la década de 1950, el 60 por 100 de éstas abandonaban el *college* para casarse o porque temían que un exceso de formación académica pudiera constituir un obstáculo para casarse. Los *colleges* construyeron residencias para «estudiantes casados», pero quienes las ocupaban casi siempre eran los maridos. Se diseñó una nueva titulación para las esposas, que respondía a las siglas de «Ph. T.»*, para que apoyaran a sus maridos mientras estudiaban.

Las jóvenes estadounidenses empezaron a casarse mientras estaban en el instituto. Y las revistas femeninas, que se lamentaban de las tristes estadísticas acerca de estos matrimonios tan prematuros, pidieron que en los institutos se crearan cursos matrimoniales y que hubiera consejeros matrimoniales. Las chicas empezaron a tener novio formal a los doce y trece años de edad, al principio de los estudios secundarios. Los fabricantes sacaron al mercado sujetadores con rellenos de espuma para niñas de diez años. Y un anuncio de la época de un vestido de niña, publicado en *The New York Times* en el otoño de 1960, decía: «Ella también puede unirse al club de las cazahombres.»

A finales de la década de 1950, la tasa de natalidad en Estados Unidos estaba a punto de superar la de India. Al movimiento a favor del control de la natalidad, rebautizado como Planned Parenthood*, le pidieron que encontrara un método mediante el cual las mujeres a las que se les había advertido que un tercer o un cuarto bebé podría nacer muerto o con malformaciones lo pudieran tener de todos modos. Los especialistas en estadística estaban particularmente desconcertados ante el fabuloso incremento del número de nacimientos entre estudiantes de los *colleges*. Cuando antes solían tener dos hijos, ahora tenían cuatro, cinco o seis. Aquellas mujeres que en algún momento se habían planteado estudiar una carrera ahora estaban haciendo carrera criando bebés. En 1956 la revista *Life* alababa con satisfacción la tendencia de las mujeres estadounidenses a reintegrarse a la vida doméstica.

En un hospital de Nueva York, una mujer sufrió un ataque de nervios cuando se enteró de que no podría amamantar a su bebé. En otros hospitales, algunas pacientes enfermas de cáncer se negaron a tomar un medicamento del que la investigación había puesto de manifiesto que podía salvarles la vida, porque se decía que tenían efectos secundarios que podría afectar a su feminidad. «Sí sólo tengo una vida, quiero vivirla de rubia», proclamaba un anuncio que podía verse en el periódico, en las revistas y en carteles en las tiendas, con una fotografía a toda plana de una hermosa y frívola mujer. Y por todo Estados Unidos, tres de cada diez mujeres se teñían el pelo de rubio. Sustituían la comida por un producto en polvo denominado Metrecal para adelgazar y tener la misma talla que las jóvenes modelos. Los departamentos de compras de los grandes almacenes informaban de que, desde 1939, las mujeres estadounidenses habían bajado de tres a cuatro tallas. «Las mujeres están decididas a adaptarse a las prendas de ropa, en lugar de ser al revés», comentaba un comercial.

Los interioristas diseñaban cocinas con murales de mosaico y pinturas originales, porque las cocinas habían vuelto a ser el centro de la vida de las mujeres. Coser en casa se convirtió en una industria multimillonaria. Muchas mujeres dejaron de salir de casa, excepto para ir a la compra, hacer de chófer para sus hijos o atender los compromisos sociales junto a su marido. Las jóvenes crecían en Estados Unidos sin tener nunca un trabajo fuera de casa. A finales de la década de 1950, de repente se observó un fenómeno sociológico: un tercio de las mujeres estadounidenses estaban trabajando, pero la mayoría de ellas ya no eran jóvenes y muy pocas estaban desarrollando una carrera profesional. Eran en su mayoría mujeres casadas que desempeñaban trabajos a tiempo parcial,

* Juego de palabras con Ph. D., doctorado. Ph. T. corresponde a «Putting Husband Through», mandar al marido a la Universidad. *[N. de la T.]*

* Planificación familiar. *[N. de la T.]*

de dependientas o secretarias, para contribuir a pagar los estudios de su marido o de sus hijos o para ayudar a pagar la hipoteca. O eran viudas que tenían que mantener a una familia. Cada vez eran menos las mujeres que accedían a trabajos profesionales. La escasez de personal en las profesiones de enfermería, trabajo social y enseñanza provocó una crisis en casi todas las ciudades estadounidenses. Preocupados por el liderazgo de la Unión Soviética en la carrera espacial, los científicos observaron que en Estados Unidos la principal fuente de materia gris desaprovechada era la de las mujeres. Pero las chicas no estudiaban física: no era «femenino». Una chica rechazó una beca de ciencias en la John Hopkins para aceptar un empleo en una inmobiliaria. Según dijo, lo único que quería era lo que quería cualquier otra muchacha estadounidense: casarse, tener cinco hijos y vivir en una bonita casa en un barrio residencial.

El ama de casa de los barrios residenciales: imagen soñada de la joven mujer estadounidense y envidia, según se decía, de todas las mujeres del mundo. El ama de casa estadounidense, liberada por la ciencia y los electrodomésticos, que hacían el trabajo por ella, de la carga de las tareas domésticas, de los peligros del parto y de las enfermedades que habían padecido sus abuelas. Estaba sana, era hermosa, tenía estudios y sólo tenía que preocuparse por su marido, su casa y su hogar. Había encontrado la auténtica realización femenina. En su calidad de ama de casa y de madre, se la respetaba como socia de pleno derecho y en pie de igualdad con el hombre en el mundo de éste. Gozaba de libertad para elegir el automóvil, la ropa, los electrodomésticos y los supermercados; tenía todo aquello con lo que cualquier mujer siempre soñó.

En los quince años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, esta mística de la plenitud femenina se convirtió en el apreciado núcleo que se perpetuaba a sí mismo de la cultura estadounidense contemporánea. Millones de mujeres plasmaban en su vida el modelo de aquellas bonitas imágenes del ama de casa estadounidense de los barrios residenciales, que despedía a su marido con un beso frente a un gran ventanal, que llevaba a un montón de niños a la escuela en una gran ranchera y que sonreía mientras pasaba la nueva enceradora eléctrica por el inmaculado suelo de la cocina. Aquellas mujeres horneaban su propio pan, cosían su ropa y la de las criaturas, tenían la lavadora y la secadora funcionando todo el día. Cambiaban las sábanas dos veces por semana en lugar de una sola, aprendían a hacer ganchillo en las clases para adultos y sentían pena por sus pobres madres frustradas que habían soñado con tener una carrera. Su único sueño era ser perfectas esposas y madres; su mayor ambición era tener cinco hijos y una casa preciosa, su única lucha cazar y conservar a su esposo. No pensaban en los problemas no femeninos del

mundo, ajenos al ámbito doméstico; querían que los hombres tomaran las principales decisiones. Se enorgullecían de su papel como mujeres y escribían sin modestia en la casilla del formulario del censo «Ocupación: sus labores.»

Porque durante más de quince años, las palabras escritas para las mujeres, y las palabras que las mujeres utilizaban cuando hablaban unas con otras mientras sus maridos estaban sentados en otro rincón de la habitación y hablaban de negocios o de política o de fosas sépticas, se referían a los problemas con sus hijos e hijas o cómo hacer para que sus maridos estuvieran contentos o para mejorar la educación de sus hijos, preparar un plato de pollo o hacer fundas para los muebles. Nadie se planteaba si las mujeres eran inferiores o superiores a los hombres; eran sencillamente diferentes. Palabras tales como «emancipación» y «carrera» sonaban extrañas y embarazosas; nadie las había utilizado durante años. Cuando una mujer francesa llamada Simone de Beauvoir escribió un libro titulado *El segundo sexo,* un crítico estadounidense comentó que obviamente aquella señora «no tenía ni idea de lo que era la vida» y que además, estaba hablando de mujeres francesas. En Estados Unidos, el «malestar de las mujeres» ya no existía.

Si una mujer tenía un problema en las décadas de 1950 y 1960, sabía que algo no iba bien en su matrimonio o que algo le pasaba a ella. Pensaba que las demás mujeres estaban satisfechas con sus vidas. ¿Qué clase de mujer era ella si no sentía aquella misteriosa plenitud encerando el suelo de la cocina? Estaba tan avergonzada de tener que reconocer su insatisfacción que nunca llegaba a saber cuántas mujeres más la compartían. Si intentaba contárselo a su marido, éste no tenía ni idea de lo que estaba hablando. En realidad, ella misma tampoco lo entendía demasiado. Porque durante más de quince años a las mujeres estadounidenses les resultó más difícil hablar de aquel malestar que de sexo. Ni los psicoanalistas tenían un nombre para aquello. Cuando una mujer acudía al psiquiatra en busca de ayuda, como lo hicieron muchas de ellas, solía decirle: «Me siento tan avergonzada», o «Debo de ser una neurótica sin remisión». «No sé qué es lo que les pasa a las mujeres de hoy en día», comentaba preocupado un psiquiatra de un barrio residencial. «Sólo sé que algo va mal, porque la mayoría de mis pacientes resulta que son mujeres. Y su malestar no es de tipo sexual.» Sin embargo, la mayoría de las mujeres que padecían este malestar no iban al psiquiatra. «En realidad no pasa nada», se decían a sí mismas una y otra vez. «No hay ningún problema.»

Pero una mañana de abril de 1959, oí a una madre de cuatro hijos, que estaba tomando café con otras cuatro madres en un barrio residen-

cial a unos veinticinco kilómetros de Nueva York, referirse en un tono de resignada desesperación al «malestar». Y las otras sabían, sin mediar palabra, que no estaba hablando de un problema que tuviera con su marido, ni con sus hijos, ni con su casa. De repente se dieron cuenta de que todas compartían el mismo malestar, el malestar que no tiene nombre. De manera titubeante, se pusieron a hablar de él. Más tarde, después de que hubieran recogido a sus hijos de la escuela y de la guardería y los hubieran llevado a casa para que echaran la siesta, dos de las mujeres lloraron de puro alivio al saber que no estaban solas.

Poco a poco empecé a darme cuenta de que el malestar que no tiene nombre lo compartía un sinnúmero de mujeres en Estados Unidos. Como redactora de revistas, solía entrevistar a mujeres acerca de sus problemas con los hijos, el matrimonio, la casa o la comunidad. Pero al cabo de un tiempo empecé a identificar los signos reveladores de este otro malestar. Aquellos mismos signos los advertí en las casas de campo de las afueras de la ciudad y en las casas de dos pisos de Long Island, Nueva Jersey y el condado de Westchester; en las casas coloniales de una pequeña ciudad de Massachusetts; en los patios de las casas de Memphis; en los apartamentos de las afueras y de los centros de las ciudades; en los cuartos de estar de las casas del Medio Oeste. A veces percibía el malestar, no en mi calidad de periodista, sino como ama de casa de un barrio residencial, porque durante aquella época yo misma estaba criando a mis tres retoños en el condado de Rockland, Nueva York. Oí ecos del malestar en los dormitorios de los *colleges* y en las salas de las maternidades semiprivadas, en las reuniones de las PTA y en los almuerzos de la Leage of Women Voters*, en los cócteles que se celebraban en los barrios residenciales, en las rancheras que esperaban en la estación a que llegara el tren y en fragmentos de conversaciones que llegaban a mis oídos en Schrafft's**. Las titubeantes palabras que oía en boca de otras mujeres, en las tranquilas tardes en las que los críos estaban en el colegio o en las serenas veladas en las que los maridos llegaban tarde a casa porque tenían que trabajar, creo que lo comprendí como mujer mucho antes de que me diera cuenta de las implicaciones sociales y psicológicas del malestar.

* Liga de Mujeres Votantes. *[N. de la T.]*

** Famosa cadena de restaurantes, originalmente chocolaterías y heladerías, cuyos locales eran centros de encuentro habituales y enclaves característicos del paisaje urbano, particularmente en Nueva York y Boston. *[N. de la T.]*

¿Y qué era ese malestar que no tenía nombre? ¿Qué palabras utilizaban las mujeres cuando trataban de expresarlo? A veces una mujer decía: «Me siento como vacía... incompleta.» O decía: «Me siento como si no existiera.» En ocasiones acallaba esa sensación tomando tranquilizantes. En otras pensaba que se trataba de un problema con el marido o con los hijos, o que lo que en realidad necesitaba era volver a decorar la casa o trasladarse a un barrio mejor o tener una aventura amorosa o un nuevo bebé. A veces acudía al médico con síntomas que apenas acertaba a describir: «Una sensación de cansancio... Me enfado tanto con los niños que me asusta... Siento ganas de llorar sin que haya ninguna razón para ello.» (Un médico de Cleveland lo denominó el «síndrome del ama de casa».) Algunas mujeres me decían que les salían grandes ampollas sanguinolentas en las manos y en los brazos. «Yo lo llamo la plaga del ama de casa», decía un médico de familia de Pennsylvania. «Últimamente lo observo con enorme frecuencia entre esas jóvenes mujeres con cuatro, cinco o seis criaturas que se entierran a sí mismas entre los pucheros. Pero no es consecuencia del uso de detergentes y no lo cura la cortisona.»

A veces algunas mujeres me decían que aquel sentimiento se hacía tan agobiante que salían de casa corriendo y se echaban a andar por las calles. O que se quedaban en casa y lloraban. O que sus hijos les contaban un chiste y que no se reían porque ni siquiera lo oían. Hablé con mujeres que habían pasado años en el diván del psicoanalista, trabajando su «adaptación al rol femenino», sus bloqueos frente a su «realización como esposa y como madre». Pero el tono de voz desesperado de aquellas mujeres y la mirada en sus ojos eran el mismo tono y la misma mirada que tenían otras mujeres, que seguramente no padecían aquel problema, aunque sí sentían una extraña desesperación.

Una mujer con cuatro hijos que había abandonado el *college* a los diecinueve años de edad para casarse me dijo:

> He intentado hacer todo lo que se supone que deben hacer las mujeres —tener pasatiempos, dedicarme a la jardinería, los encurtidos, enlatar verduras, tener una intensa relación social con mis vecinas, participar en comités, organizar meriendas de la PTA. Puedo hacerlo todo, y me gusta, pero eso no te da nada en qué pensar, ninguna sensación de quién eres tú. Nunca he ambicionado tener una carrera. Todo lo que quería era casarme y tener cuatro hijos. Adoro a los niños y a Bob y me encanta mi casa. Nunca hay ningún problema al que pueda ponerle nombre. Pero estoy desesperada. Empiezo a sentir que no tengo personalidad. Todo lo que hago es servir la comida y lavar pantalones y hacer camas; soy una persona a la que siempre puedes recurrir cuando necesitas algo. Pero ¿quién soy yo?

Una madre de veintitrés años de edad que vestía vaqueros me dijo:

> Me pregunto por qué me siento tan insatisfecha. Gozo de buena salud, mis hijos son monísimos, tengo una casa nueva preciosa y dinero suficiente. Mi marido tiene un buen futuro como ingeniero electrónico. Y no siente nada de lo que siento yo. Dice que tal vez necesite unas vacaciones, que nos vayamos a Nueva York a pasar el fin de semana. Pero no es eso. Siempre pensé que teníamos que hacerlo todo juntos. No puedo sentarme a leer un libro a solas. Si los críos están echando la siesta y tengo una hora para mí, me dedico a recorrer la casa a la espera de que se despierten. No me muevo hasta que sé adónde va el resto de la gente. Es como si desde que eras niña siempre hubiera alguien o algo que rigiera tu vida: tus padres, el *college,* enamorarte, tener un bebé o mudarte de casa. Luego, una buena mañana, te despiertas y no hay nada que desear.

Una joven de una urbanización de Long Island me dijo:

> Tengo la sensación de que no hago más que dormir y no sé por qué estoy tan cansada. Esta casa es bastante más fácil de limpiar que el apartamento sin agua caliente en el que vivíamos cuando yo trabajaba. Los niños están en la escuela todo el día. No es por trabajar. Es como si no me sintiera viva.

En 1960, el malestar que no tiene nombre reventó como un forúnculo, destrozando la imagen de la feliz ama de casa estadounidense. En los anuncios de televisión, las hermosas amas de casa seguían sonriendo tras los barreños llenos de espuma y en un relato de portada de *Time* sobre «La mujer de los barrios residenciales, un fenómeno estadounidense» disentían: «Se lo están pasando demasiado bien... como para pensar que deberían sentirse desgraciadas.» Pero de repente se empezó a hablar de la infelicidad real del ama de casa estadounidense en los medios de comunicación —desde *The New York Times* y *Newsweek* hasta *Good House keeping* y la cadena de televisión CBS («El ama de casa atrapada»)—, aunque casi todo el mundo que aludía a aquel tema hallaba alguna razón superficial para restarle importancia. Se atribuía a la incompetencia del personal de los servicios técnicos de las casas de electrodomésticos *(The New York Times)* o a las largas distancias que había que recorrer para llevar a los niños en coche a sus actividades en los barrios residenciales *(Time)* o a demasiadas reuniones de las PTA *(Redbook).* Algunas personas decían que era el problema de siempre, los estudios: cada vez más mujeres cursaban estudios académicos, lo cual por naturaleza las incapacitaba para ser felices en su papel de amas de casa. «El camino de Freud a Frigidaire, de Sófocles a Spock, ha resultado ser algo accidentado», informaba el *New York Times* (28 de junio de 1960). «Muchas mujeres jóvenes —aunque desde luego no todas— cuya educación las sumió en un mundo de ideas sienten que se ahogan en casa. Tienen la sensación de que su existencia rutinaria no se corresponde con la formación que han recibido. Como si fueran presas, se sienten cual desechos. En el último año, el malestar de las amas de casa con estudios ha proporcionado la materia prima de docenas de discursos pronunciados por las desconcertadas directoras de los *colleges* femeninos, que sostienen, en vista de las quejas, que dieciséis años de estudios es una preparación realista para la vida matrimonial y la maternidad.»

Había una gran simpatía por el ama de casa con estudios («Cual esquizofrénica de dos cabezas [...] en cierta ocasión escribió un ensayo sobre los poetas de Graveyard; ahora le escribe notas al lechero. En otros tiempos determinaba el punto de ebullición del ácido sulfúrico; ahora determina su punto de ebullición con el representante del servicio técnico que debió de haber llegado mucho antes [...]. Con frecuencia el ama de casa se ve abocada a los gritos y a las lágrimas [...]. Al parecer nadie, y mucho menos ella misma, valora el tipo de persona en el que se ha convertido en el proceso de pasar de poetisa a bruja»).

Los especialistas en economía doméstica sugerían que las amas de casa necesitaban mayor preparación para desempeñar su papel, por ejemplo talleres en los institutos para aprender a usar los electrodomésticos. Los educadores de los *colleges* proponían que hubiera más grupos de discusión sobre gestión doméstica y familia, que prepararan a las mujeres para su transición a la vida doméstica. Una avalancha de artículos se publicó en las revistas de gran difusión, ofreciendo «Cincuenta y ocho maneras de hacer que tu matrimonio sea más estimulante». No pasaba un solo mes sin que algún psiquiatra o sexólogo publicara un nuevo libro en el que ofrecía asesoramiento técnico para alcanzar una mayor plenitud a través del sexo.

Un humorista bromeaba en el *Harper's Bazaar* (julio de 1960) acerca de que el malestar podía resolverse privando a las mujeres de su derecho al voto. («En la era anterior a la 19.ª enmienda, la mujer estadounidense era plácida, se sentía protegida y segura de su papel en la sociedad norteamericana. Dejaba todas las decisiones políticas en manos de su esposo y éste, a su vez, delegaba en ella todas las decisiones familiares. Hoy en día las mujeres deben tomar las decisiones políticas y las del hogar, y eso es demasiado para ellas»).

Cierto número de educadores sugirieron muy en serio que se dejara de admitir a las mujeres en las universidades y *colleges* que ofrecieran

carreras de cuatro años: con la creciente crisis universitaria, los chicos necesitaban con más urgencia que nunca, para trabajar en la era atómica, la educación que las chicas no tendrían ocasión de utilizar como amas de casa.

El malestar también se descartaba con soluciones drásticas que nadie podía tomarse en serio. (Una escritora propuso en *Harper's* que se reclutara a las mujeres obligatoriamente para que sirvieran como enfermeras y canguros.) Y todo ello se edulcoraba con las panaceas tradicionales: «El amor es la respuesta», «La única respuesta es la ayuda interior», «El secreto de la plenitud: las criaturas», «Un medio privado para la plenitud intelectual», «Para curar este dolor de muelas del alma: la sencilla fórmula de entregarse en cuerpo y alma a Dios»[1].

El malestar se descartaba diciéndole al ama de casa que no se daba cuenta de la suerte que tenía siendo su propia jefa, no teniendo que fichar, no teniendo ningún joven ejecutivo que la presionara en el trabajo. ¿Y qué, si no era feliz? ¿Acaso pensaba que los hombres eran felices en este mundo? ¿De verdad, en su fuero interno, todavía quería ser un hombre? ¿Acaso no sabía aún la suerte que tenía de ser mujer?

En último término, el malestar también se descartaba encogiéndose de hombros y diciendo que no tenía solución: aquello era lo que significaba ser mujer, y ¿qué era lo que les pasaba a las mujeres estadounidenses que no eran capaces de aceptar su rol con dignidad? Tal como decía *Newsweek* (7 de marzo de 1960):

> Se siente insatisfecha con un montón de cosas con las que las mujeres de otros países tan sólo pueden soñar. Su insatisfacción es profunda, penetrante e insensible a los remedios superficiales que se le ofrecen por doquier [...]. Un ejército de exploradores profesionales ya ha trazado el mapa de las principales fuentes del trastorno [...]. Desde el inicio de los tiempos, el ciclo femenino ha definido y limitado el rol de la mujer. Según las palabras que se le atribuyen a Freud: «La anatomía es el destino.» Aunque ningún grupo de mujeres ha flexibilizado tanto estas restricciones naturales como las esposas estadounidenses, da la sensación de que todavía no son capaces de aceptarlas de buena gana [...]. Una joven madre con una maravillosa familia, con encanto, talento e inteligencia, es capaz de despreciar su papel disculpándose: «¿Que a qué me dedico? —le oirán decir—. A nada, soy una simple ama de casa.» Al parecer, unos buenos estudios han dado a esta clase de mujeres la capacidad de apreciar del valor de todas las cosas excepto el de ellas mismas.

[1] Véase el número del 75.° aniversario de *Good Housekeeping*, mayo de 1960, «The Gift of Self», simposio de Margaret Mead, Jessamyn West *et al.*

Y así, no les quedaba más remedio que aceptar el hecho de que «La infelicidad de las mujeres estadounidenses no es más que el último de los derechos de las mujeres que éstas han conquistado», y adaptarse a la feliz ama de casa que *Newsweek* identificó y suscribir sus palabras: «Deberíamos congratularnos de la maravillosa libertad de la que todas gozamos y estar orgullosas de nuestra vida actual. He ido al *college* y he trabajado, pero ser ama de casa es el papel más satisfactorio y la mayor recompensa [...]. Mi madre nunca participó en los negocios de mi padre [...], no podía salir de casa ni librarse de nosotros, sus hijos. Pero yo estoy en pie de igualdad con mi marido; puedo irme con él a sus viajes de negocios y a los eventos sociales que tienen que ver con su trabajo.»

La alternativa que se ofrecía era una opción que pocas mujeres contemplaban. Según las comprensivas palabras del *New York Times,* «Todas reconocen sentirse profundamente frustradas a veces por la falta de privacidad, la carga física, la rutina de la vida familiar, el confinamiento al que ésta las somete. Sin embargo, ninguna renunciaría a su hogar ni a su familia si tuviera que volver a empezar.» *Redbook* comentaba: «A pocas mujeres les gustaría decirles a su marido, a sus hijos o a la comunidad que ahí se quedan y marcharse a vivir por su cuenta. Las que lo hacen tal vez sean personas de gran talento, pero raras veces esas mujeres alcanzan el éxito.»

El año en que en Estados Unidos se desbordó la insatisfacción de las mujeres, también se decía *(Look)* que los más de 21 millones de ellas que eran solteras, viudas o divorciadas no dejaban de buscar frenética y desesperadamente a un hombre incluso después de haber cumplido los cincuenta. Y la búsqueda comenzaba temprano —el 70 por 100 de las mujeres de Estados Unidos contraen actualmente matrimonio antes de haber cumplido los veinticuatro años de edad. Una hermosa secretaria de veinticinco años pasó por treinta y cinco puestos de trabajo distintos en seis meses con la vana esperanza de encontrar marido. Las mujeres pasaban de un club político a otro, se matriculaban en cursos nocturnos de contabilidad o navegación, aprendían a jugar al golf o a esquiar, se apuntaban sucesivamente a distintas congregaciones religiosas e iban solas a los bares, en su incesante búsqueda de un hombre.

De los miles de mujeres, cada vez más numerosas, que entonces acudían a consulta psiquiátrica privada en Estados Unidos, las casadas manifestaban estar insatisfechas con su matrimonio y las solteras padecían ansiedad y, en último término, depresión. Por extraño que parezca, cierto número de psiquiatras afirmaba que, en su experiencia, las pacientes que eran solteras eran más felices que las casadas. Así que las puertas de todas aquellas hermosas casas de los barrios residenciales se entreabrie-

ron, permitiendo vislumbrar a incontables miles de amas de casa estadounidenses que sufrían en solitario un malestar del que de repente todo el mundo hablaba, y que todo el mundo empezaba a dar por hecho, como uno de esos problemas irreales en la vida en Estados Unidos, que nunca pueden resolverse —como la bomba de hidrógeno. Ya en 1962, la delicada situación del ama de casa estadounidense, que se sentía atrapada, se había convertido en un tema de conversación social a nivel nacional. Números enteros de revistas, columnas de periódico y libros eruditos y frívolos, conferencias sobre educación y debates en televisión se dedicaban a abordar el tema.

Aun así, la mayoría de los hombres y algunas mujeres seguían sin saber que el malestar era real. Pero aquellos que le hicieron frente con honestidad se dieron cuenta de que todos los remedios superficiales, los amables consejos, las palabras de reprimenda y las de ánimo, estaban en cierto modo sumiendo el malestar en la irrealidad. Se estaba empezando a oír una amarga risa procedente de las mujeres estadounidenses. Se las admiraba, envidiaba y compadecía, se teorizaba sobre su situación hasta la saciedad ofreciéndoles soluciones drásticas u opciones absurdas que nadie podía tomarse en serio. Los crecientes ejércitos de consejeros matrimoniales y pedagógicos, psicoterapeutas y psicólogos de pacotilla proponían todo tipo de recomendaciones sobre cómo adaptarse a su papel de ama de casa. A las mujeres de Estados Unidos de mediados del siglo XX no se les ofrecía otra vía para realizarse. La mayoría se adaptaban a su papel y sufrían o ignoraban el malestar que no tiene nombre. Para una mujer puede resultar menos doloroso no tener que oír la extraña e insatisfecha voz que la perturba en su interior.

Ahora ya no es posible ignorar esa voz, hacer caso omiso de la desesperación de tantas mujeres estadounidenses. Esto no es lo que significa ser mujer, independientemente de lo que digan los expertos. Hay una razón para el sufrimiento humano: tal vez la razón no se haya encontrado porque no se han planteado las preguntas adecuadas o porque no se ha insistido lo suficiente. No acepto la respuesta de que el malestar no existe, porque las mujeres estadounidenses han gozado de lujos con los que mujeres de otras épocas y lugares ni siquiera pudieron soñar; parte de la extraña novedad del malestar es que no se puede entender desde el prisma de los eternos problemas materiales del hombre: la pobreza, la enfermedad, el hambre, el frío. La mujer que padece este malestar tiene un hambre que los alimentos no pueden saciar. Persiste en mujeres cuyos maridos son tanto médicos internos o abogados en prácticas que se matan a trabajar como prósperos médicos y grandes juristas;

en mujeres de trabajadores y de ejecutivos, que ganan 5.000 y 50.000 dólares anuales respectivamente. No se debe a la falta de ventajas materiales; incluso es posible que mujeres aquejadas por graves problemas de hambre, pobreza o enfermedad no lo padezcan. Y las mujeres que creen que se resolverá con más dinero, una casa más grande, un segundo coche o trasladarse a un barrio mejor, a menudo acaban descubriendo que eso incluso empeora las cosas.

Hoy en día ya no es posible achacar el malestar a la pérdida de feminidad, no se puede decir que los estudios, la independencia y la igualdad con los hombres han socavado la feminidad de las mujeres estadounidenses. He oído a tantas mujeres tratar de negar esa voz interna de insatisfacción porque no encajaba con la bonita imagen de feminidad que los expertos daban de ella. De hecho, creo que ésta es la primera clave del misterio: el malestar no puede entenderse según los términos generalmente aceptados con los que los científicos han estudiado a las mujeres, con los que los médicos han tratado sus enfermedades, con los que los consejeros las han asesorado y con los que los escritores las han descrito. Las mujeres que padecen este malestar, cuya voz interior las está turbando, han vivido toda su vida buscando la realización femenina. No son mujeres de carrera (aunque las mujeres de carrera posiblemente tengan otros problemas); son mujeres cuya mayor ambición ha sido el matrimonio y los hijos. Para las mayores de entre ellas, aquellas hijas de la clase media norteamericana, no había otro sueño posible. Las que han cumplido los cuarenta y los cincuenta, que en algún momento tuvieron otro sueño, renunciaron a él y se lanzaron con entusiasmo a la vida de ama de casa. Para las más jóvenes, las nuevas esposas y madres, éste ha sido su único sueño. Son ellas las que abandonan el instituto y el *college* para casarse o las que trabajan durante algún tiempo en una ocupación que realmente no les interesa, hasta que se casan. Esas mujeres son muy «femeninas» en el sentido habitual del término, y sin embargo siguen padeciendo el malestar.

¿Las mujeres que acabaron el *college,* las mujeres que un día tuvieron un sueño que iba más allá de ser amas de casa, son las que más lo padecen? Según los expertos, sí; pero escuchemos el testimonio de estas cuatro mujeres:

> Mis días son muy completos y también muy aburridos. Lo único que hago es enredar. Me levanto a las ocho, preparo el desayuno, friego los platos, almuerzo, lavo más platos, hago la colada y por la tarde limpio la casa. Luego viene la cena y después me siento unos minutos antes de que llegue la hora de mandar a los niños a la cama [...]. Esto es todo

lo que llena mis días. Son iguales que los días de cualquier otra mujer. Monótonos. La mayor parte del tiempo estoy persiguiendo a los críos.

Dios mío, ¿que qué hago con mi tiempo? Pues, me levanto a las seis. Visto a mi hijo y le doy el desayuno. Después friego los platos, y baño y doy de comer al bebé. Luego almuerzo y mientras los niños echan la siesta, coso o remiendo o plancho y hago todas las demás cosas que no he podido hacer antes del mediodía. A continuación preparo la cena para toda la familia y mi marido mira la televisión mientras yo friego los platos. Después de acostar a los niños, me cojo los rulos y luego me voy a la cama.

El problema es ser siempre la mamá de los niños o la mujer del pastor y no ser nunca yo misma.

Una película sobre cualquier mañana típica en mi casa sería como una vieja comedia de los Hermanos Marx. Friego los platos, llevo a toda prisa a los chicos mayores al colegio, salgo corriendo al jardín a arreglar los crisantemos, me meto en casa a hacer una llamada en relación con una reunión del comité, ayudo al niño pequeño a construir un fortín, dedico quince minutos a leer los titulares del periódico para estar bien informada, luego bajo corriendo a la lavandería donde, en la colada que hago tres veces a la semana, hay suficiente ropa como para vestir a un poblado primitivo durante todo un año. A mediodía estoy lista para ingresar en la celda acolchada de un psiquiátrico. Muy poco de lo que he hecho ha sido realmente necesario o importante. Las presiones externas me tienen martirizada durante todo el día. Y sin embargo me considero una de las amas de casa más relajadas de la vecindad. Muchas de mis amigas tienen una actividad todavía más frenética. En los últimos sesenta años hemos recorrido todo un círculo y el ama de casa estadounidense está otra vez atrapada en una jaula para ardillas. Aunque la jaula sea ahora una casa de campo moderna con grandes ventanales o un apartamento con las últimas comodidades, la situación no es menos dolorosa que cuando su abuela estaba todo el día con el bastidor de bordar en la mano, sentada en su saloncito de oro y terciopelo, despotricando contra los derechos de las mujeres.

Las dos primeras mujeres no fueron nunca al *college*. Vivían en urbanizaciones en Lewittown, Nueva Jersey y Tacoma, Washington, y fueron entrevistadas por un equipo de sociólogos que estudiaban la situación de las esposas de los trabajadores[2]. La tercera, la mujer de un pastor, escribió en el cuestionario de la decimoquinta reunión de su promoción del *college* que nunca tuvo ambiciones con respecto a su carrera, pero que ojalá las hubiera tenido[3]. La cuarta, que era doctora en Antropología, es ahora una ama de casa de Nebraska con tres hijos[4]. Sus palabras indican a todas luces que las amas de casa de todos los niveles educativos sienten la misma desesperación.

El hecho es que nadie hoy despotrica contra los «derechos de las mujeres», a pesar de que son cada vez más las mujeres que han ido al *college*. En un estudio reciente de todas las promociones del Barnard College[5], una significativa minoría de mujeres graduadas de las primeras promociones achacaban al hecho de haber cursado estudios el que les hubieran inducido a querer tener «derechos»; las promociones posteriores achacaban a sus estudios que les hubieran inducido a soñar con tener una carrera, pero las que se habían graduado más recientemente acusaban a su institución de hacerles sentir que no era suficiente con ser simplemente ama de casa y madre; no querían sentirse culpables por no leer libros o por no participar en actividades de la comunidad. Pero, aunque los estudios no son la causa del malestar, el hecho de que en cierto modo estas mujeres se ceben en la educación sí que puede ser una clave.

Si el secreto de realizarse como mujer es tener bebés, nunca tantas mujeres, libres de elegir, han tenido tantos bebés en tan pocos años con tantas ganas. Si la respuesta es el amor, nunca las mujeres lo han buscado con tanta determinación. Y sin embargo existe la creciente sospecha de que el malestar tal vez no sea sexual, aunque en cierto modo debe de estar relacionado con el sexo. He oído hablar a muchos médicos de la existencia de nuevos problemas sexuales entre marido y mujer —un apetito sexual en las esposas tan grande que sus maridos no consiguen satisfacerlo. «Hemos convertido a la mujer en una criatura sexual», dijo un psiquiatra en la clínica de asesoramiento matrimonial Margaret Sanger.

[2] Lee Rainwater, Richard P. Coleman y Gerald Andel, *Workingman's Wife*, Nueva York, 1959.

[3] Betty Friedan, «If One Generation Can Ever Tell Another», *Smith Alumnae Quarterly*, Northampton, Massachusetts, invierno de 1961. Tomé conciencia por primera vez del «malestar que no tiene nombre» y de su posible relación con lo que acabé denominando la «mística de la feminidad» en 1957, cuando preparé un exhaustivo cuestionario y realicé una encuesta entre mis propias compañeras del Smith College quince años después de su graduación. Este cuestionario lo utilizaron luego distintas promociones de alumnas de Radcliffe y de otros *colleges* femeninos, obteniendo resultados similares.

[4] Jhan y June Robbins, «Why Young Mothers Feel Trapped», *Redbook*, septiembre de 1960.

[5] Marian Freda Poverman, «Alumnae on Parade», *Barnard Alumnae Magazine*, julio de 1957.

«No tiene otra identidad que la de esposa y madre. No sabe quién es como persona. Espera todo el día que su marido vuelva a casa para que la haga sentir viva. Y ahora es el marido el que no tiene interés. Es terrible para una mujer estar allí tumbada, noche tras noche, a la espera de que su marido la haga sentirse viva.» ¿Por qué hay semejante oferta de libros y artículos que ofrecen asesoramiento sexual? El tipo de orgasmo sexual del que Kinsley halló un dato estadístico revelador entre las recientes generaciones de mujeres estadounidenses al parecer no ha acabado con el malestar.

Por el contrario, se observan nuevas neurosis entre las mujeres —y problemas que todavía no se han diagnosticado como neurosis— que Freud y sus seguidores no acertaron a predecir, con síntomas físicos, distintas formas de ansiedad y mecanismos de defensa semejantes a los causados por la represión sexual. Entre las crecientes generaciones de hijos e hijas cuyas madres siempre han estado presentes, conduciéndolos a todas partes y ayudándolos con los deberes, se observan nuevos y extraños problemas, como la incapacidad de soportar el dolor o de tener una disciplina o de perseguir de manera duradera un objetivo de cualquier tipo: un devastador hastío vital. Los educadores cada vez están más preocupados por la dependencia y la falta de confianza en sí mismos de los muchachos y muchachas que acceden hoy en día a la educación superior. «Libramos una batalla permanente para hacer que nuestros estudiantes asuman su hombría», decía un decano de Columbia.

En la Casa Blanca se celebró una conferencia sobre el deterioro físico y muscular de los niños y las niñas en Estados Unidos: ¿se les estaba atendiendo en exceso? Los sociólogos observaron la sorprendente organización de las vidas de los niños y las niñas de los barrios residenciales: las clases, las fiestas, los entretenimientos, el juego y los grupos de estudio que se organizaban para ellos. Una ama de casa de un barrio residencial de Portland, Oregón, se extrañaba de que los jóvenes «necesitaran» salir a entretenerse con los grupos de exploradores y exploradoras. «Esto no es un barrio de chabolas. Los chicos tienen grandes espacios para jugar ahí fuera. Creo que la gente está tan aburrida que organiza a los chicos y luego trata de enganchar a todo el mundo para que haga lo mismo. Y las pobres criaturas no tienen tiempo para estar sencillamente tumbadas en la cama y sumidas en sus ensoñaciones.»

¿Puede relacionarse el malestar que no tiene nombre de alguna manera con la rutina doméstica del ama de casa? Cuando una mujer trata de expresar el malestar con palabras, con frecuencia se limita a describir la vida cotidiana que lleva. ¿Qué es lo que hay en esa retahíla de incómodos detalles domésticos que pueda causar semejante sentimiento de desesperación? ¿Se siente atrapada sencillamente por las enormes exigencias de su papel como ama de casa moderna: esposa, amante, madre, enfermera, consumidora, cocinera, chófer, experta en decoración de interiores, en cuidado infantil, en reparación de electrodomésticos, en restauración de muebles, en nutrición y en educación? Su día está fragmentado pues tiene que ir corriendo del friegaplatos a la lavadora, del teléfono a la secadora, de la ranchera al supermercado, de dejar a Johnny en el campo de entrenamiento del equipo local a llevar a Janey a clase de ballet, de llevar a arreglar el cortacésped a recoger a su marido al tren de las siete menos cuarto. Nunca puede dedicarle más de quince minutos a nada; no tiene tiempo de leer un libro, sólo revistas; y aunque tuviera tiempo, ha perdido la capacidad de concentración. Al final del día, está tan terriblemente cansada que a veces su marido tiene que tomarle el relevo y acostar a los niños.

Este terrible cansancio que llevó a que tantas mujeres decidieran consultar al médico en la década de 1950 indujo a uno de ellos a investigarlo. Para su sorpresa, descubrió que sus pacientes que padecían el «cansancio del ama de casa» dormían más de lo que una persona adulta necesita dormir —hasta diez horas diarias— y que en realidad la energía que invertían en las tareas domésticas no suponía ningún reto para su capacidad. El verdadero malestar seguramente tendría que ver con otra cosa, pensó —acaso con el aburrimiento. Algunos médicos les aconsejaron a sus pacientes que salieran de casa durante todo un día, que fueran al cine a la ciudad. Otros les prescribieron tranquilizantes. Muchas amas de casa de los barrios residenciales ingerían tranquilizantes como quien toma caramelos para la tos. «Te despiertas por la mañana y sientes como si no tuviera ningún sentido seguir otro día más así. De modo que te tomas un tranquilizante, porque te ayuda a que no te importe tanto que no tenga sentido.»

Es fácil darse cuenta de los detalles concretos que hacen sentirse atrapada al ama de casa de los barrios residenciales, las continuas exigencias con respecto a su tiempo. Pero las cadenas que la atrapan sólo existen en su propia mente y en su propia alma. Son cadenas hechas de ideas falsas y de hechos malinterpretados, de verdades incompletas y de opciones irreales. No se ven ni se sacuden fácilmente.

¿Cómo puede una mujer ver toda la verdad dentro de los límites de su propia vida? ¿Cómo puede creer en esa voz interior suya, cuando niega las verdades convencionales y comúnmente aceptadas que han regido su existencia? A pesar de ello, las mujeres con las que he hablado, que finalmente están escuchando esa voz interior, dan la sensación de estar

caminando a tientas, de una manera increíble, a través de una verdad que ha desafiado a los expertos.

Creo que los expertos de muchos campos han estado analizando fragmentos de esa verdad en sus microscopios durante mucho tiempo sin darse cuenta de ello. Encontré fragmentos de ese tipo en algunas investigaciones nuevas y en algunos planteamientos teóricos recientes en psicología, ciencias sociales y biología, cuyas implicaciones para las mujeres al parecer nunca se han analizado. Encontré muchas claves hablando con personas que trabajan en los barrios residenciales: médicos, ginecólogos, tocólogos, médicos clínicos infantiles, pediatras, consejeros de estudio de instituto, catedráticos de universidad, consejeros matrimoniales, psiquiatras y sacerdotes —y les pregunté, no sobre sus planteamientos teóricos, sino sobre su experiencia real en su contacto con las mujeres estadounidenses. Adquirí conciencia de la existencia de un corpus creciente de pruebas, gran parte del cual no se ha dado a conocer públicamente porque no encaja con los modos de pensamiento actuales sobre las mujeres: son pruebas que ponen en tela de juicio el estándar de la normalidad femenina, de la adaptación femenina, de la realización femenina y de la madurez femenina al que la mayoría de las mujeres tratan de amoldarse.

Empecé a ver bajo una nueva y extraña luz a la sociedad estadounidense regresando a los matrimonios precoces y a las familias numerosas que están causando el boom demográfico; la reciente tendencia a volver al parto natural y a la lactancia materna; el modelo establecido de los barrios residenciales y las nuevas neurosis, los trastornos del carácter y los problemas sexuales de los que informan los médicos. Empecé a ver nuevas dimensiones en los viejos problemas que durante mucho tiempo se han dado por supuestos entre las mujeres: las dificultades menstruales, la frigidez sexual, la promiscuidad, el miedo a quedarse embarazada, la depresión postparto, la elevada incidencia de las crisis nerviosas y de los suicidios entre mujeres de edades comprendidas entre los veinte y los cuarenta años, la crisis de la menopausia, la llamada pasividad e inmadurez de los varones estadounidenses, la discrepancia entre la capacidad intelectual de las mujeres según las pruebas que se realizan en la infancia y sus logros en la edad adulta, la incidencia cambiante del orgasmo sexual adulto entre las mujeres estadounidenses y la persistencia de problemas en la psicoterapia y en la educación de las mujeres.

Si no me equivoco, el malestar que no tiene nombre que perturba las mentes de tantas mujeres estadounidenses de hoy en día no es una cuestión de pérdida de la feminidad ni de demasiados estudios ni de las exigencias de la vida doméstica. Es mucho más importante de lo que nadie

reconoce. Es la clave de esos otros problemas nuevos y viejos que llevan años torturando a las mujeres y a sus maridos e hijos, y desconcertando a los médicos y a los responsables del mundo educativo. Bien pudiera ser la clave de nuestro futuro como nación y como cultura. No podemos seguir ignorando esa voz que resuena en el interior de las mujeres y que dice: «Quiero algo más que mi marido, mis hijos y mi hogar.»

Capítulo 2

La feliz ama de casa, heroína

¿Por qué son tantas las esposas estadounidenses que han sufrido durante tantos años esa dolorosa insatisfacción que no tiene nombre, cada una de ellas pensando que estaba sola? «Se me saltan las lágrimas de puro alivio al saber que otras mujeres comparten mi desasosiego interior», me escribió una joven madre de Connecticut cuando empecé a ponerle palabras a aquel malestar[1]. Una mujer de una ciudad de Ohio escribió: «En los momentos en que sentía que la única respuesta posible consistía en consultar a un psiquiatra, momentos de rabia, amargura y frustración general demasiado numerosos como para siquiera mencionarlos, no tenía ni idea de que cientos de otras mujeres estaban pasando por lo mismo que yo. Me sentía absolutamente sola.» Una ama de casa de Houston, Texas, escribió: «Ha sido la sensación de estar prácticamente sola con mi malestar la que me lo hizo tan difícil. Doy gracias a Dios por mi familia y mi hogar y por la oportunidad que me ha dado de cuidar de ellos, pero mi vida no podía limitarse a eso. Saber que no soy un bicho raro y que puedo dejar de avergonzarme por querer algo más es como un despertar.»

Aquel penoso silencio culpable, y el tremendo alivio que supone exteriorizar al fin un sentimiento, son signos psicológicos habituales. ¿Qué

[1] Betty Friedan, «Woman Are People Too!», *Good Housekeeping*, septiembre de 1960. Las cartas que recibí de mujeres de todo Estados Unidos en respuesta a este artículo tenían semejante carga emocional que quedé convencida de que «el malestar que no tiene nombre» en ningún caso se limitaba a las graduadas de los *colleges* de la Ivy League femenina.

necesidad, qué parte de ellas mismas podrían estar reprimiendo hoy en día tantas mujeres? En esta era postfreudiana, las sospechas se centran inmediatamente en el sexo. Pero esta nueva turbación de las mujeres al parecer no tiene que ver con el sexo; de hecho, les resulta mucho más difícil hablar de ello que de sexo. ¿Acaso podría existir otra necesidad, una parte de ellas mismas que hubieran enterrado tan profundamente como las mujeres victorianas enterraron el sexo?

Si así fuera, podría darse el caso de que una mujer no supiera lo que es, como tampoco sabían las mujeres victorianas que tenían necesidades sexuales. La imagen de mujer decente que regía las vidas de las damas de la época victoriana sencillamente no contemplaba el sexo. ¿Acaso la imagen que rige la vida de las mujeres estadounidenses también descarta alguna cosa, la orgullosa imagen pública de la chica estudiante de instituto que se echa novio, de la universitaria enamorada, del ama de casa de barrio residencial con un marido que va y viene y un coche ranchera lleno de criaturas? Esa imagen —que han creado las revistas femeninas, los anuncios, la televisión, el cine, las novelas, las columnas de periódico y los libros de expertos en matrimonio y familia, en psicología infantil y en adaptación sexual, así como de quienes han popularizado la sociología y el psicoanálisis— da forma a la vida actual de las mujeres y refleja sus sueños. Tal vez ofrezca una clave que permita comprender el malestar que no tiene nombre, de la misma manera que un sueño permite comprender un deseo que el soñador no nombra. En el oído interno, un contador Geiger hace click cuando la imagen muestra una discrepancia demasiado grande con la realidad. Ese contador Geiger resonó en mi propio oído interno cuando no conseguí encajar la desesperación callada de tantas mujeres en la imagen del ama de casa estadounidense moderna que yo misma estaba contribuyendo a forjar, al escribir en las revistas femeninas. ¿Qué es lo que falta en la imagen que conforma la aspiración de la mujer estadounidense de realizarse como esposa y como madre? ¿Qué falta en la imagen que refleja y crea la identidad de las mujeres en Estados Unidos hoy en día?

A principios de la década de 1960, *McCall's* fue la revista femenina que más rápidamente creció. Sus contenidos eran una representación bastante precisa de la imagen de la mujer estadounidense que ofrecían, y en parte creaban, las revistas de mayor difusión. A continuación presento el contenido editorial de un número típico de *McCall's* (julio de 1960):

1. Un artículo de portada sobre «la creciente calvicie en las mujeres», debida a un exceso de peinado y de tinte.

2. Un largo poema sobre un niño, titulado «Un chico es un chico», impreso en tipo de letra redondilla.
3. Un breve relato acerca de una adolescente que no va al *college* y que le roba el marido a una brillante universitaria.
4. Un breve relato sobre las levísimas sensaciones de un bebé cuando tira su biberón de la cuna.
5. La primera de las dos partes de un relato íntimo «actualizado» del duque de Windsor sobre «Cómo la duquesa y yo vivimos ahora y a qué dedicamos nuestro tiempo. La influencia de la ropa en mí y viceversa».
6. Un breve relato de una chica de diecinueve años de edad que acude a una escuela de seducción a aprender cómo mover las pestañas y a perder al tenis. («Tienes diecinueve años, y según las normas al uso en Estados Unidos, ahora yo tengo derecho a cederte, legal y económicamente, a algún joven imberbe que te instalará en un apartamento de habitación y media en el Village mientras aprende las argucias de la venta de bonos. Y ningún joven imberbe lo hará mientras tú le tires voleas a su revés»).
7. La historia de una pareja en su luna de miel en Las Vegas, que van de una habitación a otra porque duermen en habitaciones separadas después de haber discutido sobre el juego.
8. Un artículo sobre «Cómo superar el complejo de inferioridad».
9. Un relato titulado «El día de la boda».
10. La historia de una madre adolescente que aprende a bailar rock-and-roll.
11. Seis páginas de lujosas fotografías de modelos vestidas con ropa de pre-mamá.
12. Cuatro glamorosas páginas sobre cómo «bajar de talla como lo hacen las modelos».
13. Un artículo sobre los retrasos de los aviones.
14. Patrones para coser en casa.
15. Patrones con los que hacer «Biombos: la magia que te embruja».
16. Un artículo titulado «Una aproximación enciclopédica al tema de encontrar un segundo marido».
17. Una «alabanza a la barbacoa» dedicada «al gran caballero norteamericano que aparece, tocado con el gorro de cocinero y sosteniendo el tenedor en la mano, en una terraza o porche trasero, en un patio o jardín trasero en cualquier lugar del país, contemplando cómo su asado gira en el espeto. Y a su esposa, sin la cual (a veces) la barbacoa nunca podría llegar a ser el deslumbrante éxito del verano que sin duda es...».

También estaban las columnas fijas «prácticas» de portada sobre nuevos medicamentos y los avances de la medicina, sobre hechos relacionados con el cuidado infantil, columnas escritas por Clare Luce y Eleanor Roosevelt, y una columna dedicada a las cartas de las lectoras, titulada «Palmaditas y sartenes»*.

La imagen de la mujer que emerge de esta estupenda revista es joven y frívola, casi infantil; sedosa y femenina; pasiva; alegremente satisfecha en un mundo de dormitorio y cocina, de sexo, bebés y hogar. La revista desde luego no descarta el sexo: la única pasión, el único anhelo, el único objetivo que se le permite a una mujer es la búsqueda de un hombre. Está llena de productos alimentarios, de ropa, de cosméticos, de muebles y de cuerpos de mujeres jóvenes, pero ¿dónde queda el mundo del pensamiento y de las ideas, la vida de la mente y del espíritu? En la imagen de la revista, las mujeres no trabajan excepto en casa, y también hacen ejercicio físico para mantener el cuerpo hermoso y para conseguir y conservar a un hombre.

Aquella era la imagen de la mujer estadounidense el año en que Castro lideró la revolución en Cuba y en que a los hombres se les entrenaba para viajar al espacio; el año en que el continente africano vio nacer nuevas naciones y en que un avión cuya velocidad es superior a la del sonido interrumpió una Conferencia Cumbre; el año en que los artistas se manifestaron delante de un gran museo en protesta contra la hegemonía del arte abstracto; los físicos exploraban el concepto de la antimateria; los astrónomos, gracias a los nuevos radiotelescopios, tuvieron que modificar sus teorías acerca del universo en expansión; los biólogos dieron un gran paso adelante en la química fundamental de la vida; y la juventud negra de las escuelas del sur obligó a Estados Unidos, por primera vez desde la guerra civil, a hacer frente a un momento de verdad democrática. Pero aquella revista, que se publicaba para más de cinco millones de mujeres estadounidenses, la mayoría de las cuales habían ido al instituto y la mitad de las cuales al *college,* no hacía prácticamente alusión al mundo más allá del hogar. En la segunda mitad del siglo XX en Norteamérica, el mundo de las mujeres se limitaba a su propio cuerpo y a su belleza, a seducir a los hombres, a parir hijos, a cuidar físicamente y a servir a su marido y a sus hijos y a ocuparse del hogar. Y aquello no era una anomalía de un único número de una única revista.

* El nombre en inglés de la sección es «Pats and Pans», un juego de palabras con «Pots and pans», forma habitual de aludir al conjunto de pucheros y sartenes de una cocina. *[N. de la T.]*

Una noche fui a una reunión de escritores de revista, en su mayoría hombres, que trabajábamos para todo tipo de revistas, incluidas las dedicadas a las mujeres. La encabezaba un dirigente de la lucha contra la segregación. Antes de que éste hablara, otro hombre subrayó las necesidades de la gran revista para mujeres que dirigía:

> Nuestras lectoras son amas de casa a jornada completa. No les interesan los grandes temas públicos del momento. No les interesan los asuntos nacionales ni los internacionales. Sólo les interesa la familia y el hogar. No les interesa la política, a menos que esté relacionada con una necesidad inmediata del hogar, como el precio del café. ¿El humor? Ha de ser ligero, no entienden la sátira. ¿Los viajes? Prácticamente hemos renunciado a hablar de ellos. ¿Los estudios? Ese tema plantea algún problema. Su propio nivel educativo está subiendo. En general todas han pasado por el instituto, y muchas por el *college*. Están enormemente interesadas por la educación de sus hijos —las matemáticas de cuarto. Sencillamente no puedes escribir para las mujeres sobre ideas o grandes temas del momento. Por eso publicamos un 90 por 100 de temas prácticos y un 10 por 100 de asuntos de interés general.

Otro editor se adhirió a este planteamiento, añadiendo en tono de queja: «¿No puedes contarnos algo más aparte de que "hay un cadáver en el armario"? ¿Ninguno de vosotros es capaz de inventarse una nueva crisis para las mujeres? Siempre nos interesa el sexo, por supuesto.»

Llegados a este punto, los escritores y los editores se pasaron una hora escuchando a Thurgood Marshall, que habló de un reportaje sobre la lucha contra la segregación racial y su posible incidencia en las elecciones presidenciales. «Qué le vamos a hacer si no puedo hablar de esa historia», dijo un editor. «Pero no hay manera de relacionarla con el mundo femenino.»

Los estaba escuchando cuando una frase alemana me resonó en la cabeza: «Kinder, Küche, Kirche»*, el eslogan con el que los nazis decretaron que las mujeres debían volver a limitarse a su rol biológico. Pero no estábamos en la Alemania nazi. Aquello era América. El mundo entero se abría a las mujeres estadounidenses. ¿Por qué entonces su imagen negaba el mundo? ¿Por qué limitaba a las mujeres a «una pasión, un rol, una ocupación»? No hacía mucho tiempo que las mujeres habían soñado con la igualdad y luchado por ella, por ocupar un lugar propio en el mundo. ¿Qué había sido de sus sueños? ¿Cuándo decidieron las mujeres renunciar al mundo y regresar al hogar?

* «Niños, cocina, iglesia», en alemán en el original. *[N. de la T.]*

Un geólogo saca una muestra de lodo del fondo del océano y observa las capas de sedimentos, tan finas como una hoja de afeitar, depositadas a lo largo de los años —cada una es testimonio de los cambios acontecidos en la evolución geológica de la tierra, tan grandes que no se advertirían a lo largo de la vida de una única persona. Durante muchos días estuve sentada en la Biblioteca Pública de Nueva York, volviendo una y otra vez a examinar los tomos encuadernados de revistas femeninas de los últimos veinte años. Descubrí un cambio en la imagen de la mujer estadounidense, y en los confines del mundo femenino, tan fino y misterioso como los cambios que revelan las capas de sedimentos del océano.

En 1939, las heroínas de los relatos que se publicaban en las revistas femeninas no siempre eran jóvenes, pero en cierto sentido eran más jóvenes que los personajes de ficción de hoy en día. Era jóvenes de la misma manera que lo ha sido siempre el héroe norteamericano: eran las Nuevas Mujeres, que creaban con alegre espíritu una nueva identidad para las mujeres —una vida propia. Las rodeaba un aura de devenir, de progreso hacia un futuro que iba a ser diferente del pasado. La mayoría de las heroínas de las cuatro principales revistas femeninas (por aquel entonces el *Ladies' Home Journal, McCall's, Good Housekeeping* y *Woman's Home Companion)* eran mujeres de carrera —mujeres de carrera felices, orgullosas, aventureras y atractivas— que amaban a los hombres y eran amadas por ellos. Y el espíritu, la valentía, la independencia y la determinación —la fuerza de carácter de la que hacían gala en su trabajo como enfermeras, maestras, artistas, actrices, redactoras publicitarias y dependientas— formaban parte de su encanto. Había un aura clara que decía que su individualidad era algo digno de ser admirado, que no resultaba poco atractivo para los varones, que los hombres se sentían atraídos por ellas en razón tanto de su ingenio y de su carácter como de su aspecto físico.

Aquéllas eran las revistas femeninas de mayor tirada —en su apogeo. Las historias eran convencionales, tipo chica conoce chico o chica caza a chico. Pero con frecuencia ese tema no era el principal de la historia. Aquellas heroínas, cuando encontraban a su hombre, solían estar avanzando hacia algún objetivo o alguna visión propia, debatiéndose con algún problema de trabajo o del mundo. Y esa Nueva Mujer, menos sedosamente femenina, tan independiente y decidida a encontrar una vida nueva y propia, era la heroína de un tipo distinto de historia de amor. Era menos agresiva en su afán por encontrar a un hombre. Su apasionada implicación en el mundo, su propio sentido de sí misma como individua, su confianza en sí misma, le daba un sabor distinto a su relación con el hombre.

La protagonista y el protagonista de uno de esos relatos se conocen y se enamoran en una agencia publicitaria en la que ambos trabajan. «No quiero encerrarte en un jardín detrás de una tapia», dice el protagonista. «Quiero que camines junto a mí de la mano, y juntos podremos conseguir todo lo que nos propongamos» («A Dream to Share» [Un sueño que compartir], *Redbook,* enero de 1939). Eran jóvenes porque el futuro se abría ante ellos. Pero, en otro sentido, daban la sensación de ser mucho mayores, mucho más maduros que la joven heroína actual, ama de casa infantil y juguetona. Una de ellas, por ejemplo, es una enfermera («Mother-in-Law» [Suegra], *Ladies' Home Journal,* junio de 1939). «Era adorable, pensaba él. No tenía ni un ápice de la hermosura de los libros de estampas, pero sus manos eran fuertes, su porte era orgulloso y había un aire de nobleza en su barbilla levantada y en sus ojos azules. Había vivido por su cuenta desde que había abandonado la formación, hacía nueve años. Se había ganado la vida y no necesitaba atender a otra cosa que no fuera su corazón.»

Una protagonista se escapa de casa cuando su madre le insiste en que debe hacer su presentación en sociedad en lugar de participar en una expedición como geóloga. Su apasionada determinación de vivir su propia vida no le impide a esta Nueva Mujer amar a un hombre, pero reafirma su rebeldía con respecto a sus padres; del mismo modo que el joven héroe con frecuencia tiene que marcharse de casa para madurar. «Eres más valiente que ninguna de las chicas que he conocido jamás. Tienes lo que hay que tener», dice el chico que la ayuda a fugarse («Have a Good Time, Dear» [Que lo pases bien, cariño], *Ladies' Home Journal,* mayo de 1939).

Con frecuencia surgía un conflicto entre el compromiso con el trabajo y el hombre. Pero la moral en 1939 dictaba que si honraba su compromiso consigo misma, no perdería al hombre, si éste era el adecuado para ella. Una joven viuda («Between the Dark and the Daylight» [Entre la oscuridad y la luz del día], *Ladies' Home Journal,* febrero de 1939) está sentada en su oficina, preguntándose si debe quedarse a corregir el importante error que ha hecho en su trabajo o acudir a una cita que tiene con un hombre. Piensa en su matrimonio, en el bebé, en la muerte de su marido... «el tiempo posterior a ésta, en el que luchó por tener las ideas claras, no tuvo miedo de aceptar trabajos nuevos y mejores, de confiar en sus propias decisiones». ¡Cómo va a esperar su jefe que renuncie a una cita! Pero se queda en la oficina. «Ellos darían la vida por esta campaña. No puedo fallarle.» Y además, encuentra a su hombre —¡el jefe!

Es posible que aquellos relatos no fueran gran literatura. Pero la identidad de sus protagonistas al parecer también revelaba algo sobre las amas de casa que, entonces tanto como ahora, leían las revistas femeni-

nas. Aquellas revistas no estaban escritas pensando en mujeres de carrera. Las heroínas de la Nueva Mujer eran el referente de las amas de casa de ayer; reflejaban los sueños, mostraban como en un espejo el anhelo de identidad y un sentido de lo posible que ya tenían las mujeres entonces. Y si las mujeres no podían tener esos sueños para ellas mismas, los querían para sus hijas. Querían que sus hijas fueran algo más que amas de casa, que salieran al mundo que se les había negado a ellas.

Es como recordar un sueño que ha caído en el olvido, volver a capturar la memoria de lo que una carrera significaba para las mujeres antes de que «mujer de carrera» se convirtiera en un insulto en Estados Unidos. Por supuesto, un trabajo significaba dinero al final de la gran Depresión. Pero las lectoras de aquellas revistas no eran las mujeres que accedían a esos puestos de trabajo; una carrera significaba algo más que un empleo. Al parecer significaba hacer algo, ser alguien por ti misma, y no sólo existir en y a través de los demás.

Hallé la última muestra evidente de la apasionada búsqueda de una identidad individual que la carrera al parecer simbolizó en las décadas anteriores a la de 1950 en un relato denominado «Sarah and the Seaplane» [Sara y el hidroavión] *(Ladies' Home Journal,* febrero de 1949). Sarah, que durante diecinueve años ha interpretado el papel de la hija dócil, está aprendiendo a escondidas a pilotar un avión. Echa de menos sus clases de vuelo cuando acompaña a su madre a una serie de eventos sociales. Uno de los anfitriones, un médico ya mayor, le dice: «Mi querida Sarah, todos los días, a cada instante, estás cometiendo un suicidio. No hacerte justicia a ti misma es un delito mayor que el de no agradar a los demás.» Advirtiendo que la joven oculta algo, le pregunta si está enamorada. «Le resultó difícil contestar. ¿Enamorada? ¿Enamorada del apuesto Henry [el instructor de vuelo], de natural tan bondadoso? ¿Enamorada del agua reluciente y de las alas alzándose en el instante de libertad, y de la visión del mundo, sonriente e ilimitado? "Sí —contestó—. Creo que lo estoy"».

A la mañana siguiente, Sarah pilota en solitario. Henry «se ha bajado, cerrando de golpe la portezuela de la cabina y haciendo que el hidroavión se meciera en las olas. Estaba sola. Tuvo un momento de pánico en el que todo lo que había aprendido se borró de su mente, en el que tuvo que acostumbrarse a estar sola, totalmente sola en la cabina que ya le resultaba familiar. Luego respiró profundamente y de repente una maravillosa sensación de dominio la hizo sentarse erguida y sonriente. ¡Estaba sola! Sólo tenía que rendir cuentas a sí misma y era autónoma.

"Puedo hacerlo" —se dijo en voz alta. El viento se arremolinó en las boyas produciendo centelleantes reflejos y luego, sin esfuerzo, el hidroavión se alzó libre y salió volando». Ni siquiera su madre consigue impedir que se saque la licencia de vuelo. «No temo descubrir mi propia forma de vida», dice. Ese día en la cama sonríe en sueños, recordando lo que Henry le ha dicho: «Eres mi chica.»

«¡La chica de Henry! Sarah sonrió. No, no era la chica de Henry. Era Sarah. Y con eso bastaba. Habiendo empezado tan tarde, le iba a llevar un tiempo llegar a conocerse a sí misma. Entonces, medio en sueños, se preguntó si al final de ese tiempo necesitaría a alguien más y quién sería.»

Y luego de repente la imagen se desdibuja. La Nueva Mujer, que vuela libre, vacila en pleno vuelo, se estremece en medio del cielo azul bañado por el sol y se precipita de vuelta a las confortables paredes del hogar. El mismo año en que Sarah pilotaba sola el avión, el *Ladies' Home Journal* imprimía el prototipo de los innumerables himnos a la «Ocupación: sus labores» que empezaban a aparecer en las revistas de mujeres, himnos que resonaron a lo largo de toda la década de 1950. Suelen comenzar con una mujer que se queja de que, cuando tiene que escribir «sus labores» en la casilla del cuestionario del censo, le entra complejo de inferioridad. («Según lo escribo me doy cuenta de que aquí estoy, una mujer de mediana edad, con una formación universitaria, y nunca he hecho nada con mi vida. No soy más que una ama de casa»). Luego el autor del himno, que de alguna manera nunca es una ama de casa (en este caso se trata de Dorothy Thompson, periodista, corresponsal extranjera y famosa columnista, *Ladies' Home Journal,* marzo de 1949), suelta una carcajada. Tu problema, le reprocha, es que eres experta en una docena de carreras a la vez. «Podrías escribir: gerente de empresa, cocinera, enfermera, chófer, costurera, interiorista, contable, encargada del servicio de comidas, maestra, secretaria particular —o sencillamente anotar: filántropa [...]. Durante toda tu vida has estado desperdiciando tu energía, tus habilidades, tus talentos, tus servicios, por amor.» Pero aun así, el ama de casa se queja, tengo casi cincuenta años y nunca he hecho lo que esperaba hacer en mi juventud —dedicarme a la música—, he desaprovechado la educación que recibí en el instituto.

Ja, ja, se ríe la señora Thompson, ¿acaso tus hijos no tienen buen sentido musical gracias a ti? Y todos aquellos años en los que tu marido estaba terminando su gran obra, ¿acaso no mantuviste un hogar con 3.000 dólares anuales y cosiste tú misma la ropa de tus hijos y la tuya, y empapelaste el salón tú misma? ¿Acaso no vigilabas el mercado como si fueras un águila en busca de las mejores ofertas? Y durante el tiempo libre, ¿acaso no mecanografiaste y releíste los manuscritos de tu marido, planificaste los festivales para equilibrar el déficit de la parro-

quia, tocaste duetos de piano con los críos para que ensayar se les hiciera más divertido, leíste sus libros en el instituto para poder seguir sus estudios? «Pero toda esa vida vicaria, a través de los demás...», suspira el ama de casa. «Tan vicaria como la de Napoleón Bonaparte», se burla la señora Thompson, «o la de una reina. Me niego rotundamente a compartir esa autocompasión tuya. Eres una de las mujeres de mayor éxito que conozco».

En cuanto al hecho de no ganar dinero, prosigue el razonamiento, que el ama de casa haga la cuenta de lo que valen sus servicios. Las mujeres son capaces de ahorrar más dinero con su talento para la administración dentro del hogar de lo que son capaces de llevar a él trabajando fuera de casa. En cuanto al desánimo que les entra a las mujeres, aburridas de realizar las tareas domésticas, tal vez la genialidad de algunas de ellas se haya frustrado, aunque «un mundo lleno de mujeres que fueran grandes genios, pero en el que habría pocas criaturas, no tardaría en perecer [...]. Los grandes hombres son hijos de grandes madres».

Y se le recuerda al ama de casa estadounidense que en la Edad Media los países católicos «elevaron a la delicada y discreta María a la categoría de Reina de los Cielos y construyeron sus más hermosas catedrales en alabanza de "Notre Dame —Nuestra Señora—" [...]. La persona que crea hogar, la que alimenta a las criaturas y crea el entorno de éstas, es la constante recreadora de la cultura, la civilización y la virtud. Al dar por supuesto que está haciendo una gran labor de administración y una actividad creativa, es justo que escriba su ocupación con orgullo: "sus labores"».

En 1949, el *Ladies' Home Journal* también publicó *Masculino y femenino* de Margaret Mead. Todas las revistas se estaban haciendo eco de *La mujer moderna: el sexo perdido* de Farnham y Lundberg, que se publicó en 1942 y que advierte que las carreras profesionales y académicas estaban conduciendo a la «masculinización de las mujeres con consecuencias tremendamente graves para el hogar, los niños dependientes de él y la capacidad de la mujer, así como la de su marido, de conseguir satisfacción sexual».

De este modo la mística de la feminidad empezó a difundirse por todo el país, injertándose en viejos prejuicios y cómodos convencionalismos que tan fácilmente le dan al pasado poder sobre el futuro. Detrás de la nueva mística aparecían conceptos y teorías engañosos por su sofisticación y por asumir la verdad comúnmente aceptada. Aquellas teorías eran supuestamente tan complejas que no estaban al alcance de todo el mundo, sólo de unos pocos iniciados, y por consiguiente eran irrefutables. Será preciso atravesar esa pared de misterio y considerar con mayor

detenimiento esos complejos conceptos, esas verdades aceptadas, para comprender plenamente lo que les ha pasado a las mujeres estadounidenses.

La mística de la feminidad afirma que el más alto valor y el único compromiso de las mujeres es la realización de su propia feminidad. Afirma que el gran error de la cultura occidental, a lo largo de la mayor parte de su historia, ha sido minusvalorar esa feminidad. Afirma que esa feminidad es tan misteriosa e intuitiva y está tan próxima a la creación y al origen de la vida que la ciencia artificial nunca será capaz de comprenderla. Pero por muy especial y diferente que sea, en ningún caso es inferior a la naturaleza del varón; incluso en algunos aspectos podría ser superior. El error, afirma la mística, la raíz de los males de las mujeres en el pasado, es que éstas envidiaban a los hombres y trataban de ser como ellos en lugar de aceptar su propia naturaleza, que sólo puede hallar la plenitud a través de la pasividad sexual, la dominación masculina y el nutricio amor maternal.

Pero la nueva imagen que esta mística les ofrece a las mujeres estadounidenses es la vieja imagen de «Ocupación: sus labores». La nueva mística convierte a las madres —amas de casa, que nunca tuvieron ocasión de ser otra cosa, en referente para todas las mujeres; presupone que la historia ha alcanzado una cúspide final y gloriosa aquí y ahora en lo que se refiere a las mujeres. Por debajo de tan sofisticadas trampas, sencillamente convierte algunos aspectos concretos, delimitados y domésticos de la existencia femenina —tal como la vivían las mujeres cuyas vidas estaban limitadas, por necesidad, a cocinar, limpiar, lavar y parir— en una religión, un modelo de vida que han de seguir todas las mujeres, pues de lo contrario niegan su feminidad.

De «realizarse como mujer» sólo había una definición para las mujeres estadounidenses después de 1949: la madre-ama de casa. Tan deprisa como en un sueño, la imagen de la mujer estadounidense como individua cambiante y en crecimiento en un mundo cambiante quedó hecha añicos. Su vuelo en solitario para encontrar su propia identidad quedó olvidado en la búsqueda apresurada de la seguridad de la «unidad». Su mundo sin límites quedó reducido a las confortables paredes del hogar.

La transformación, que se refleja en las páginas de las revistas femeninas, era claramente visible en 1949 y fue avanzando a lo largo de la década de 1950. «La feminidad empieza en casa», «Tal vez sea un mundo de hombres», «Ten criaturas mientras eres joven», «Cómo cazar a un hombre», «¿Debo dejar de trabajar cuando me case?», «¿Estás preparando a tu hija para que sea una buena esposa?», «Carreras en el hogar»,

«¿Tienen que hablar tanto las mujeres?», «Por qué los soldados prefieren a esas chicas alemanas», «Lo que las mujeres pueden aprender de nuestra madre Eva», «La política, un mundo verdaderamente de hombres», «Cómo conservar la felicidad en el matrimonio», «No temas casarte joven», «El doctor habla sobre la lactancia materna», «Nuestro bebé nació en casa», «Para mí la cocina es poesía», «La empresa de administrar un hogar».

A finales de 1949, sólo una de cada tres heroínas de las revistas femeninas era una mujer de carrera —y se la solía presentar en el momento en que renunciaba a su carrera y descubría que lo que de verdad anhelaba era ser ama de casa. En 1958, y nuevamente en 1959, revisé número tras número las tres principales revistas femeninas (la cuarta, *Woman's Home Companion,* había dejado de publicarse) sin encontrar a una sola protagonista que tuviera una carrera o se dedicara a algún trabajo, arte, profesión o misión en el mundo, que no fuera «Ocupación: sus labores». Sólo una de cada cien heroínas tenía un empleo; hasta las más jóvenes habían dejado de trabajar en nada que no fuera cazar marido[2].

Esas nuevas y felices amas de casa, heroínas de aquellos relatos, parecen extrañamente más jóvenes que las ardientes chicas de carrera de las décadas de 1930 y 1940. Dan la sensación de ser cada vez más jóvenes —por su aspecto y por una especie de dependencia infantil. No tienen una visión de futuro, excepto en lo referente a tener un bebé. La única figura que crece en su mundo es la criatura. Las amas de casa heroínas son eternamente jóvenes, porque su propia imagen *acaba* en el parto. Como Peter Pan, tienen que permanecer jóvenes mientras sus hijos crecen con el mundo. Tienen que seguir dando a luz nuevos bebés, porque la mística de la feminidad dice que es la única vía que tiene la mujer de ser una heroína. He aquí un ejemplo típico procedente de un relato titulado «The Sandwich Maker» [La productora de bocadillos] *(Ladies' Home Journal,* abril de 1959). En el instituto estudió economía doméstica, aprendió a cocinar, nunca ejerció ningún trabajo y sigue jugando a la niña novia, aunque ahora tiene tres criaturas propias. Su problema es el dinero. «Oh, no, esas cosas tan aburridas de los impuestos o los acuerdos económicos bilaterales o los programas de ayuda al exterior. Toda esa juerga se la dejo a mi representante constitucionalmente electo en Washington, y que Dios le ampare.»

El problema es que tiene una asignación de 42,10 dólares. Odia tener que pedirle a su marido dinero cada vez que necesita un par de zapatos, pero él no se fía de lo que ella vaya a hacer con una cuenta de crédito. «¡Ay, me encantaría tener algo de dinerito para mis gastos! En realidad, no hace falta que sea mucho. Unos cuantos cientos de dólares al año bastarían perfectamente. Lo suficiente para quedar de vez en cuando a comer con alguna amiga, para permitirme unas medias de extravagantes colores, unas cuantas cositas sin importancia, sin tener que recurrir a Charley. Pero por desgracia, Charley tenía razón. Nunca había ganado un dólar en mi vida y no tenía ni idea de cómo se ganaba dinero. Así que lo único que hice durante mucho tiempo fue darle vueltas al tema mientras seguía cocinando, limpiando, cocinando, lavando, planchando, cocinando.»

Por fin llega la solución —preparará bocadillos para otros hombres que trabajan en la fábrica de su marido. Con ello gana 52,50 dólares semanales, sólo que se le olvida tener en cuenta los gastos, y no calibra lo que es una gruesa*, por lo que tiene que esconder 8.640 bolsas para bocadillos detrás del horno. Charley le dice que está haciendo unos bocadillos demasiado elaborados. Ella le explica: «Sí sólo pongo jamón con el pan de centeno, no soy más que una productora de bocadillos, y eso no me interesa. Los extras, los toques especiales, lo convierten por así decir en una labor creativa.» Así que corta, envuelve, pela, sella, unta el pan, empezando al alba y no acabando nunca, por 9 dólares de beneficio neto, hasta que acaba asqueándola el olor a comida; un día baja tambaleándose por las escaleras después de haberse pasado la noche en vela, porque tiene que cortar salchichón para las ocho tarteras abiertas. «Aquello fue demasiado —Charley bajó inmediatamente después y, tras echarme un rápido vistazo, corrió a buscarme un vaso de agua.» Entonces se da cuenta de que está otra vez embarazada.

«Las primeras palabras coherentes de Charley fueron: "Voy a cancelar tus encargos. Eres una madre. Ése es tu trabajo. No tienes que ganar dinero además de eso." ¡Todo era tan maravillosamente sencillo! "Sí, jefe", farfullé obediente, francamente aliviada.» Aquella noche él le lleva a casa una chequera; confiará en ella y la autorizará en la cuenta bancaria. Así que decide no decir nada de las 8.640 bolsas para bocadillos.

[2] En la década de 1960, de vez en cuando aparecía en las revistas femeninas una heroína que no era una «feliz ama de casa». Un editor de *McCall's* lo explicaba en los siguientes términos: «A veces publicamos un relato poco convencional únicamente por lo que aporta de entretenimiento.» Una novelita de estas características, escrita por Noel Clad para *Good Housekeeping* (enero de 1960), se titula «Men Against Women» [Los hombres contra las mujeres]. Su heroína —una feliz mujer de carrera— casi pierde a su hijo y también a su marido.

* Doce docenas. *[N. de la T.]*

En cualquier caso, acabará utilizándolas para envolver los bocadillos que los cuatro niños se lleven cada día de aquí a que el pequeño vaya a la universidad.

El camino desde Sarah y el hidroavión hasta la productora de bocadillos se recorrió en tan sólo diez años. En aquellos diez años, la imagen de la mujer estadounidense al parecer sufrió una ruptura esquizofrénica. Y esa ruptura en la imagen va mucho más allá de la salvaje obliteración de la carrera de los sueños de las mujeres.

En épocas anteriores, la imagen de la mujer también estaba rota en dos —la mujer buena y pura sobre un pedestal y la puta de los deseos de la carne. La ruptura en la nueva imagen abre una fisura diferente— la mujer femenina, cuya bondad incluye los deseos de la carne, y la mujer de carrera, cuya maldad incluye todos los deseos del yo autónomo. La nueva moraleja femenina es el exorcismo del sueño prohibido de tener una carrera, la victoria de la heroína sobre Mefistófeles: el demonio, primero bajo la forma de una mujer de carrera, que amenaza con llevarse al marido o a la criatura de la heroína, y finalmente el demonio dentro de la propia heroína, el sueño de la independencia, la insatisfacción del espíritu e incluso la sensación de una identidad autónoma que es preciso exorcizar para conseguir o mantener el amor del marido y de la criatura.

En un relato publicado en *Redbook* («A Man Who Acted Like a Husband» [Un hombre que actuaba como un marido], noviembre de 1957) la protagonista, la novia-niña, «una morenita con pecas» cuyo apodo es «Junior» recibe la visita de Kay, su compañera de habitación en la universidad, que es «una chica verdaderamente atractiva, con muy buena cabeza para los negocios [...]. Llevaba el pelo color caoba recogido en un moño alto atravesado con dos palillos que lo sostenían». Kay no sólo está divorciada, sino que también ha dejado a su hijo con la abuela mientras ella trabaja para la televisión. Este demonio encarnado en una mujer de carrera tienta a Junior con el señuelo de un trabajo que le impedirá amamantar a su bebé. Incluso disuade a la joven madre de acudir a atender a su bebé cuando éste llora a las dos de la mañana. Pero se lleva su merecido cuando George, el marido, descubre al infeliz bebé sin tapar, en medio de una corriente helada que se cuela por la ventana abierta, con la mejilla toda ensangrentada. Kay, reformada y arrepentida, renuncia a su trabajo, recupera a su hijo y empieza una nueva vida. Y Junior, que disfruta dándole el pecho a su bebé a las dos de la mañana —«Me siento feliz, feliz, feliz. Soy una simple ama de casa»—, se pone a soñar con la criatura, que crecerá para convertirse a su vez en una ama de casa como ella.

Una vez apartada de en medio la mujer de carrera, el ama de casa comprometida con la comunidad se convierte en el demonio que hay que

exorcizar. Hasta la PTA adquiere una connotación sospechosa, y no digamos cuando el compromiso es con alguna causa internacional (véase «Almost a Love Affair» [Casi una aventura amorosa], *McCall's*, noviembre de 1955). Luego le toca el turno al ama de casa que sencillamente tiene sus propias ideas. La protagonista de «I Didn't Want to Tell You» [No te lo quería decir] *(McCall's*, enero de 1958) aparece comprobando el saldo en su chequera por sí misma y discutiendo con su marido acerca de algún detalle doméstico sin importancia. Resulta que está perdiendo a su marido, que se desvive por una «viudita indefensa» cuyo principal atractivo consiste en que no es capaz de «entender» lo que es una póliza de seguro ni una hipoteca. La mujer engañada dice: «Seguro que tiene un gran atractivo sexual. Y ¿qué armas tiene una esposa para luchar contra eso?» Pero su mejor amiga le advierte: «Estás simplificando demasiado las cosas. Te olvidas de lo indefensa que Tania puede sentirse, y de lo agradecida que le está al hombre que la ayuda...»

«No podría depender de nadie ni aun queriendo», contesta la esposa. «Cuando me fui del *college* conseguí un trabajo mejor que la media y siempre he sido una persona bastante independiente. No soy una pobre mujercita indefensa ni puedo fingir que lo sea.» Pero esa noche aprende a hacerlo. Oye un ruido que bien pudiera ser el de un ladrón; aunque sabe que sólo es un ratón, llama indefensa a su marido y recupera el amor de éste. Cuando él la reconforta tras el ataque de pánico fingido, ella murmura que, por supuesto, él tenía razón cuando discutieron por la mañana. «Se tumbó en el mullido lecho, sonriendo con dulce y secreta satisfacción, sin apenas remordimientos.»

El final del camino, en sentido casi literal, es la desaparición de la heroína, directamente, como individuo autónomo y sujeto de su propia historia. El final del camino es la «unidad», donde la mujer no tiene ningún yo independiente que ocultar, ni siquiera con remordimiento; existe sólo por y a través de su marido y de sus hijos.

Acuñado por los editores de *McCall's* en 1954, los publicistas, sacerdotes y editores de periódicos aprovecharon ávidamente el concepto de «unidad» como movimiento de dimensión espiritual. Durante algún tiempo, se convirtió prácticamente en un objetivo nacional. Pero enseguida se suscitó una dura crítica social y se hicieron amargos chistes acerca de la «unidad» como sustituto de objetivos humanos más amplios —de los hombres. Las mujeres fueron duramente censuradas por empujar a sus maridos a hacer las tareas domésticas en lugar de dejarles abrir nuevos caminos en el país y en el mundo. ¿Por qué —ésta era la pregunta generalizada— unos varones con la capacidad de un hombre de estado, un antropólogo, un físico, un poeta, habrían de fregar platos y cam-

biar pañales por las noches durante la semana o los sábados por la mañana, cuando podrían aprovechar esas horas extra para asumir mayores compromisos con la sociedad?

Resulta significativo que las críticas sólo aludieran a que a los hombres se les pedía que compartieran «el mundo de las mujeres». Pocas cuestionaban las fronteras de ese mundo para las mujeres. Nadie al parecer recordaba que en otros tiempos se había pensado que tenían la capacidad y la visión de cualquier hombre de estado, poeta o físico. Pocos vieron la gran mentira de la unidad para las mujeres.

Tomemos por ejemplo el número de pascua de 1954 de *McCall's*, que anunciaba la nueva era de la unidad, entonando un réquiem por los días en los que las mujeres lucharon por la igualdad política y la conquistaron, y las revistas femeninas «te ayudaban a hacerte con amplias áreas de la vida que antes le estaban prohibidas a tu sexo». El nuevo estilo de vida en el que «hombres y mujeres cada vez en mayor número se casaban a una edad más temprana, tenían criaturas cada vez más jóvenes, formaban familias más numerosas y alcanzaban la mayor de la satisfacciones» con sus propias casas, es un estilo de vida en el que «hombres, mujeres y niños consiguen cosas juntos [...], no como mujeres solas ni como hombres solos, aislados unos de otros, sino como una familia, compartiendo una experiencia común».

El ensayo ilustrado que describe con detalle este estilo de vida se titula «el lugar del hombre es el hogar». Describe, como nueva imagen e ideal, a una pareja de Nueva Jersey con tres criaturas en una casa de dos pisos con techumbre de tablillas de madera gris. Ed y Carol han «centrado sus vidas casi completamente en torno a sus hijos y a su hogar». Los vemos haciendo la compra en el supermercado, haciendo bricolaje, vistiendo a los niños, desayunando todos juntos. «Luego Ed se une al grupo que comparte coche y se marcha a la oficina.»

Ed, el marido, elige los colores de la casa y toma las principales decisiones relacionadas con la decoración. Aparece una lista de las tareas que a Ed le gusta hacer: enredar por la casa haciendo cosas como pintar, elegir muebles, alfombras y cortinas, secar los platos, leer cuentos a los niños y acostarlos, trabajar en el jardín, dar de comer, vestir y bañar a los niños, acudir a las reuniones de la PTA, cocinar, comprar ropa para su mujer, ir a la tienda de ultramarinos.

A Ed no le gustan las siguientes tareas: quitar el polvo, pasar la aspiradora, terminar los trabajos que empieza, colgar las cortinas, fregar las cacerolas, las sartenes y los platos, ir a recoger a los niños, quitar la nieve o pasar el cortacésped, cambiar pañales, llevar a la canguro a casa, hacer la colada, planchar. Por supuesto, Ed no hace esas tareas.

> Por el bien de todos los miembros de la familia, ésta necesita a alguien que sea el cabeza de familia. Es decir Papá, no Mamá [...]. Las criaturas de ambos sexos tienen que aprender, identificar y respetar las capacidades y funciones de cada sexo [...]. Él no es un mero sustituto de la madre, aun cuando esté dispuesto a ocuparse en parte de bañar, dar de comer, reconfortar y jugar. Es un vínculo con el mundo exterior en el que trabaja. Si en ese mundo muestra interés, valentía, tolerancia y espíritu constructivo, transmitirá esos valores a sus hijos.

Por aquellos tiempos hubo muchas sesiones editoriales desesperadas en *McCall's*. «De repente, todo el mundo buscaba la trascendencia espiritual de la unidad, y esperaba que nosotros constituyéramos algún movimiento religioso a partir de la vida que todo el mundo había estado llevando durante los últimos cinco años —meterse en casa, darle la espalda al mundo—, pero nunca pudimos encontrar una manera de mostrarlo que no fuera un bodrio», recuerda un antiguo editor de *McCall's*.

> Siempre acababa reduciéndose a «mira qué bueno es papá que está ahí fuera en el jardín encargándose de la barbacoa». Ponemos varones en las fotografías de moda y en las de los productos alimentarios e incluso en las de los perfumes. Pero desde el punto de vista editorial es todo muy frío.
>
> Nos han llegado artículos de psiquiatras que no pudimos publicar porque habrían sido una bomba: todas esas parejas descansando todo el peso en sus hijos. Pero ¿qué otra cosa podías hacer en eso de la unidad además de cuidar a los hijos? Nos mostrábamos patéticamente agradecidos cuando encontrábamos cualquier otra cosa en la que pudiéramos mostrar a papá fotografiado con mamá. A veces solíamos preguntarnos qué les ocurriría a las mujeres si los hombres se ocuparan de la decoración, de cuidar a los hijos, de cocinar y todas esas cosas que solían ser su feudo. Pero no podíamos mostrar a mujeres saliendo de casa y desarrollando una carrera profesional. La ironía de todo ello era que lo que queríamos hacer era dejar de publicar cosas para las mujeres en cuanto mujeres, y editar para los hombres y las mujeres indistintamente. Queríamos publicar para las personas, no para las mujeres.

Pero, habiéndoseles impedido unirse a los hombres en el mundo, ¿pueden las mujeres ser personas? Habiéndoseles prohibido ser independientes, han acabado tragadas por una imagen de dependencia tan pasiva que ellas mismas quieren que sean los hombres los que tomen las decisiones, incluso en casa. La frenética ilusión de que la unidad puede impregnar de contenido espiritual el aburrimiento de la rutina doméstica, la necesidad de un movimiento religioso que compense la falta de identidad, revelan lo mucho que han perdido las mujeres y lo vacía que está esa

imagen. El hecho de que los hombres compartan las tareas domésticas, ¿puede compensar a las mujeres por el mundo que han perdido? Pasar juntos la aspiradora por el salón, ¿puede darle al ama de casa algún misterioso propósito nuevo en la vida?

En 1956, en el clímax de aquella unidad, los aburridos editores de *McCall's* publicaron un articulito titulado «The Mother Who Ran Away» [La madre que salió corriendo]. Para su sorpresa, dio lugar al mayor índice de lectura hasta entonces registrado. «Fue nuestro momento de verdad», dijo un antiguo editor. «De repente nos dimos cuenta de que todas aquellas mujeres en casa con sus tres retoños y otro de camino eran profundamente infelices.»

Pero para entonces la imagen de la mujer estadounidense, «Ocupación: sus labores», se había solidificado en una mística indiscutida que no admitía preguntas y que conformaba la misma realidad que distorsionaba.

Para cuando empecé a escribir para las revistas femeninas, en la década de 1950, los editores sencillamente daban por hecho y los escritores aceptaban como un hecho inmutable de la vida que a las mujeres no les interesaba la política, la vida fuera de Estados Unidos, los temas nacionales, el arte, la ciencia, las ideas, las aventuras, la educación, ni siquiera sus propias comunidades, excepto cuando se las podían vender bajo el prisma de sus emociones como esposas y como madres.

La política, para las mujeres, pasó a ser la ropa que llevaba Mamie Eisenhower y la vida familiar de los Nixon. Por cuestión de conciencia o por sentido del deber, el *Ladies' Home Journal* podía publicar una serie de artículos como la titulada «Political Pilgrim's Progress» [El progreso político del peregrino*], en la que aparecían mujeres que trataban de mejorar las escuelas y los parques de recreo de sus hijos. Pero en el gremio se pensaba que, ni siquiera vista a través del prisma de amor materno, les llegaba a interesar demasiado la política. Todo el mundo conocía el índice de lectura de aquellos artículos. Un editor de *Redbook* trató ingeniosamente de suscitar el interés de las mujeres por la bomba atómica mostrando las emociones de una esposa cuyo marido solía navegar por áreas contaminadas.

Los hombres que publicaban revistas de mujeres llegaron a la conclusión de que «las mujeres no son capaces de asimilar una idea, un tema, en estado puro. Es preciso traducírselo en términos que puedan entender como mujeres». Esto lo entendían tan bien quienes escribían para

* Alusión a la novela de John Bunyan, *El progreso del peregrino,* publicada originalmente en inglés *(The Pilgrim's Progress)* en 1678, que constituye una alegoría del camino que hay que recorrer en la vida en búsqueda de la salvación. *[N. de la T.]*

las revistas femeninas que un experto en parto natural envió un artículo a una de las más importantes titulado: «Cómo dar a luz en un refugio atómico». «El artículo no estaba bien escrito», me comentó un editor, «pues de lo contrario tal vez lo habríamos comprado». Según la mística, a las mujeres, en su misteriosa feminidad, tal vez les interesaran los detalles biológicos concretos de dar a luz en un refugio atómico, pero nunca desde la perspectiva abstracta del poder de la bomba atómica para destruir a la raza humana.

Semejante idea, por supuesto, se convierte en una profecía que se cumple por sí sola. En 1960, un perspicaz psicólogo social me mostró algunos datos estadísticos que al parecer demostraban de forma fehaciente que a las mujeres estadounidenses de menos de treinta y cinco años de edad no les interesaba la política. «Es posible que tengan derecho a votar, pero ninguna sueña con presentarse como candidata», me dijo. «Si escribes un artículo político, no lo leerán. Tienes que traducirlo a temas que puedan entender —los idilios, el embarazo, el cuidado de las criaturas, el mobiliario de casa, la ropa. Publica un artículo sobre economía o sobre la cuestión racial, sobre los derechos civiles, y pensarás que las mujeres nunca han oído hablar de estos temas.»

Tal vez no hubieran oído hablar de ellos. Las ideas no son como los instintos naturales, que brotan en la mente en estado puro. Se comunican a través de la educación, de la palabra impresa. Las nuevas y jóvenes amas de casa, que abandonan el instituto y el *college* para casarse, no leen libros, según revelan las encuestas del campo de la psicología. Sólo leen revistas. Las revistas actuales dan por hecho que a las mujeres no les interesan las ideas. Pero volviendo a los tomos encuadernados de la biblioteca, descubrí que, en las décadas de 1930 y 1940, algunas revistas de gran difusión, como el *Ladies' Home Journal,* contenían cientos de artículos sobre el mundo más allá del hogar. «El primer reportaje de las relaciones diplomáticas estadounidenses previas a la declaración de la guerra»; «¿Puede Estados Unidos tener paz después de esta guerra?», por Walter Lippman; «Stalin a medianoche», por Harold Stassen; «El general Stilwell informa sobre China»; artículos sobre los últimos días de Checoslovaquia por Vincent Sheean; la persecución de los judíos en Alemania; el New Deal; el relato de Carl Sandburg del asesinato de Lincoln; las historias de Faulkner sobre el Missisipi; y la lucha de Margaret Sanger a favor del control de la natalidad.

En la década de 1950, prácticamente no publicaban más que aquellos artículos que les pudieran ser de utilidad a las mujeres en su calidad de amas de casa, que describieran a las mujeres como amas de casa o con los que las mujeres se pudieran identificar en el plano puramente feme-

nino, como los duques de Windsor o la princesa Margarita. «Si nos llega un artículo sobre una mujer que hace cualquier cosa que conlleve cierto grado de aventura, fuera de lo establecido, algo por sí misma, nos imaginamos que debe de tratarse de una mujer terriblemente agresiva, neurótica», me comentó un editor del *Ladies' Home Journal*. Margaret Sanger nunca publicaría artículos en esta revista hoy en día.

En 1960, vi estadísticas que ponían de manifiesto que las mujeres menores de treinta y cinco años no podían identificarse con una ardiente heroína que trabajaba en una agencia publicitaria y que convencía al chico de que se quedara y luchara por sus principios en la gran ciudad en lugar de volver corriendo a casa a la seguridad de un negocio familiar. Estas jóvenes amas de casa tampoco podían identificarse con un joven pastor, que, movido por su fe, desafiaba los convencionalismos. Pero no les costaba nada identificarse con un joven que a los dieciocho años se había quedado paralítico («Cuando recobré la conciencia descubrí que no podía ni moverme ni hablar. Sólo podía mover un dedo de una mano.» Con la ayuda de la fe y de un psiquiatra, «ahora estoy encontrando razones para vivir una vida tan plena como me sea posible»).

El hecho de que, como puede confirmarlo cualquier editor, las nuevas lectoras amas de casa se puedan identificar plenamente con quienes padecen ceguera, sordera, alguna discapacidad física, una parálisis cerebral o física o un cáncer, o que esté agonizando, ¿nos revela algo de ellas? Este tipo de artículos sobre personas que no pueden ver o hablar o moverse constituyeron durante mucho tiempo un elemento básico de las revistas femeninas de la era de la «Ocupación: sus labores». Están escritos con todo lujo de detalles de gran realismo repetidos una y otra vez, y sustituyen los artículos sobre el país, el mundo, las ideas, los grandes temas, el arte y la ciencia; ocupan el lugar de los relatos sobre mujeres decididas y aventureras. Y ya sea la víctima un varón, una mujer o un niño, cuando la muerte viviente es un cáncer incurable o una parálisis galopante, la lectora ama de casa se siente identificada.

Cuando escribía para aquellas revistas, los editores no dejaban de recordarme que «las mujeres *tienen que* sentirse identificadas». En cierta ocasión quise escribir un artículo sobre una artista. Así que la describí cocinando, yendo a la compra, enamorándose de su marido y pintando una cuna para su bebé. Me salté las horas que dedicaba a la pintura, su verdadero trabajo —y lo que éste le hacía sentir. A veces podías arreglártelas para escribir acerca de una mujer que no fuera de verdad una ama de casa si conseguías que *sonara* a ama de casa, si obviabas su compromiso con el mundo fuera del hogar, o el planteamiento intelectual o espiritual que perseguía personalmente. En febrero de 1949, el *Ladies' Home Journal* publicó un artículo titulado «Poet's Kitchen» [La cocina de la poetisa], en el que se mostraba a Edna St. Vincent Millay cocinando. «A partir de ahora espero no volver a oír que las tareas domésticas tienen menos categoría que cualquier otra, porque si una de las mayores poetisas de nuestros días, y de todos los tiempos, puede hallar la belleza en sencillas labores del hogar, con ello se pone fin a la vieja controversia.»

Las únicas «mujeres de carrera» que siempre eran bienvenidas a las páginas de las revistas femeninas eran las actrices. Pero su imagen también se vio sometida a una transformación drástica: de ser un individuo complejo de fiero temperamento, profundidad interior y una misteriosa mezcla de alma y sexualidad, pasó a convertirse en objeto sexual, en novia con cara de niña o en ama de casa. Pensemos por ejemplo en Greta Garbo, Marlene Dietrich, Bette Davis, Rosalind Russel o Katherine Hepburn. Y luego en Marilyn Monroe, Debbie Reynolds o Brigitte Bardot y en «I love Lucy»*.

Cuando escribías sobre alguna actriz para una revista femenina, escribías sobre ella en su calidad de ama de casa. Nunca la presentabas haciendo o disfrutando su trabajo como actriz, a menos que al final hubiera pagado por ello perdiendo a su marido o a su hijo, o admitiendo de alguna otra manera su fracaso como mujer. Un perfil publicado en *Redbook* de Judy Hollyday (junio de 1957) describía cómo «una brillante mujer empieza a encontrar en su trabajo la felicidad que nunca ha encontrado en la vida». En la pantalla, nos dicen, interpreta «con calidez y convicción el papel de una mujer inteligente y madura y futura mamá, papel que no se parece en nada a ningún otro que haya representado anteriormente». Debe encontrar su realización en su carrera porque está divorciada de su marido y tiene «un fuerte sentimiento de no ser una mujer como es debido [...]. El hecho de que haya triunfado como actriz casi sin pretenderlo y que haya fracasado como mujer es una frustrante ironía en la vida de Judy».

De una manera bastante extraña, al generalizarse la mística de la feminidad, negándoles a las mujeres la posibilidad de tener una carrera o cualquier compromiso fuera del hogar, la proporción de mujeres estadounidenses que trabajaban fuera de casa aumentó hasta un ratio de una de cada tres. Ciertamente, dos de cada tres seguían siendo amas de casa, pero ¿por qué, cuando las puertas de todo el mundo por fin se habían

* Serie televisiva norteamericana (1951-1957) protagonizada por Lucie Ball, que interpreta en esta comedia el papel de una divertida ama de casa. *[N. de la T.]*

abierto a todas las mujeres, la mística les negaba los sueños que habían movido a las mujeres durante un siglo?

Una mañana encontré una clave, sentada en el despacho de una editora de una revista femenina —una mujer que, siendo mayor que yo, recordaba los días en los que se había creado la vieja imagen y que había observado cómo dicha imagen iba quedando desplazada por la nueva. La vieja imagen de la ardiente chica de carrera había sido creada en gran medida por escritoras y editoras, que eran mujeres, me dijo. La nueva imagen de la mujer como ama de casa y madre ha sido creada en gran medida por escritores y editores, que son hombres.

«La mayor parte del material solía proceder de escritoras», me dijo, casi con nostalgia. «Al regresar los hombres jóvenes de la guerra, un gran número de escritoras tuvieron que abandonar su actividad. Las mujeres jóvenes empezaron a tener un montón de criaturas y dejaron de escribir. Los nuevos escritores eran todos varones que habían regresado de la guerra, que habían estado soñando con su casa y con una acogedora vida hogareña.» Uno a uno, los creadores de las alegres heroínas que eran «chicas de carrera» de la década de 1930 empezaron a jubilarse. A finales de la década de 1940, los escritores que no habían conseguido cogerle el tranquillo a escribir en el contexto de la nueva imagen del ama de casa habían abandonado el campo de las revistas de mujeres. Los nuevos profesionales de las revistas eran hombres y unas cuantas mujeres que se sentían cómodas escribiendo de acuerdo con la fórmula del ama de casa. Otra gente empezó a reunirse en privado en las redacciones de las revistas femeninas: había un nuevo tipo de escritora que vivía de acuerdo con la imagen del ama de casa o fingía hacerlo; y había un nuevo tipo de editora de revista, menos interesada por las ideas que habían de llegar a las mentes y a los corazones de las mujeres que por venderles cosas que interesaran a los anunciantes —de electrodomésticos, detergentes o lápices de labios. Ahora, la voz cantante en la mayoría de estas revistas la llevan los hombres. Las mujeres suelen aplicar las fórmulas, las revistas editan las secciones «prácticas» para mujeres, pero las propias fórmulas, que han dictado la nueva imagen del ama de casa, son fruto de mentes masculinas.

También durante las décadas de 1940 y 1950, los escritores serios de ficción de uno y otro sexo desaparecieron de las revistas femeninas de gran difusión. De hecho, la ficción de cualquier clase que fuera quedó sustituida casi por completo por distintos tipos de artículos. Ya no los antiguos artículos sobre grandes temas o ideas, sino la nueva modalidad «práctica». A veces aquellos artículos homenajeaban el arte de algún poeta o la sinceridad de alguna reportera en cruzada sobre cómo hacer

un bizcocho o comprar una lavadora y los milagros que la pintura puede hacer en un cuarto de estar o sobre dietas, medicamentos, ropa y cosméticos para amoldar el cuerpo a un determinado canon de belleza física. A veces trataban ideas muy sofisticadas: los nuevos avances de la psiquiatría, la psicología infantil, el sexo y el matrimonio, la medicina. Se daba por supuesto que las lectoras podían comprender aquellas ideas, que se dirigían a sus necesidades como esposas y como madres, pero sólo si se expresaban a través de detalles físicos concretos, se traducían en términos de la vida diaria de una ama de casa media con una lista concreta de lo que se debía hacer y de lo que no. Cómo hacer que tu marido esté contento; cómo resolver el problema de que tu hijo se haga pis en la cama; cómo mantener a la muerte alejada de tu botiquín...

Pero hay un detalle muy curioso. Dentro de su estrecho abanico, aquellos artículos de las revistas femeninas, ya se tratara de temas prácticos y claros para el ama de casa o de informes documentales acerca de ésta, casi siempre eran de mejor calidad que los artículos de ficción de estas mismas revistas. Estaban mejor escritos, eran más honestos y más sofisticados. Esta observación la hacían una y otra vez las lectoras inteligentes y los desconcertados editores, así como los propios escritores. «Los escritores de ficción serios se han vuelto demasiado intelectuales. Son inaccesibles para nuestras lectoras, por lo que nos quedan los escritores de fórmula», comentaba un editor de *Redbook*. Y sin embargo, en los viejos tiempos, escritoras y escritores serios como Nancy Hale e incluso William Faulkner llegaron a escribir para las revistas femeninas y no se consideraban inaccesibles. Tal vez la nueva imagen de la mujer no permitía la honestidad interna, la profundidad de percepción y la verdad humana tan esenciales para una buena ficción.

Como mínimo, la ficción requiere que haya un héroe o, cosa bastante comprensible en el caso de las revistas femeninas, una heroína que es un «yo» en busca de algún objetivo o sueño humano. Existe un límite en el número de historias que pueden escribirse acerca de una chica que busca chico, o de un ama de casa que busca un montón de pelusas de polvo debajo del sofá. Por consiguiente los artículos prácticos se imponen, sustituyendo la honestidad interna y la verdad necesarias para la ficción por una profusión de detalles domésticos honestos, objetivos, concretos y realistas —el color de las paredes o del lápiz de labios, la temperatura exacta del horno.

A juzgar por las revistas femeninas actuales, da la sensación de que los detalles concretos de la vida de las mujeres son más interesantes que sus pensamientos, ideas y sueños. ¿O acaso la riqueza y el realismo de los detalles, la minuciosa descripción de los pequeños acontecimien-

tos, enmascaran la falta de sueños, el vacío de ideas, el terrible tedio que se ha instalado en las vidas de las amas de casa estadounidenses?

Estaba sentada en el despacho de otra veterana, una de las pocas mujeres que quedaban en el cargo de editora en el mundo de las revistas femeninas, ahora tan mayoritariamente dominado por los varones. Ésta explicó su contribución a la creación de la mística de la feminidad. «Muchas de nosotras fuimos psicoanalizadas», recordaba. «Y empezamos a sentirnos molestas por ser nosotras mismas mujeres de carrera. Teníamos ese terrible temor de estar perdiendo nuestra feminidad. Nos dedicamos a buscar vías para ayudar a las mujeres a que aceptaran su rol femenino.»

Si las editoras de verdad no eran capaces de alguna manera de abandonar sus propias carreras, con todavía más motivo debían «ayudar» a otras mujeres a realizarse como esposas y como madres. Las pocas mujeres que todavía participan en conferencias editoriales no se han sometido a la mística de la feminidad en sus propias vidas. Pero el poder de la imagen que han contribuido a crear es tal que muchas de ellas se sienten culpables. Y si se han perdido algo en relación con el amor o con los hijos, se preguntan si ha sido por culpa de sus carreras.

Detrás de su mesa asestada de cosas, una editora de *Mademoiselle* decía preocupada: «Casi da la sensación de que las chicas que invitamos ahora como becarias a nuestra redacción nos compadecen. Porque somos mujeres de carrera, supongo. En un almuerzo de trabajo que tuvimos con la última hornada, les pedimos que nos dijeran una tras otra sus planes de carrera. Ninguna de las veinte levantó la mano. Cuando pienso en lo que trabajé para aprender este oficio y en lo mucho que me apasionaba, me pregunto si estaríamos locas entonces.»

A la vez que las editoras se vendían a sí mismas su propia lista engañosa de mercancías, una nueva hornada de escritoras empezaron a escribir sobre sí mismas como si fueran «meras amas de casa», abundando en un cómico mundo de travesuras infantiles y de excéntricas lavadoras y de noches de los padres en la PTA. «Después de hacer la cama de un muchacho de doce años semana tras semana, la ascensión al Everest parecería un ridículo anticlímax», escribe Shirley Jackson *(McCall's,* abril de 1956). Cuando Shirley Jackson, que ha sido una escritora la mar de capaz durante toda su vida adulta, dedicada a una labor mucho más exigente que la de hacer las camas, y Jean Kerr, que es autora teatral, y Phyllis McGinley, que es poetisa, se representan como amas de casa, es posible que aludan o no al ama de llaves o a la muchacha, que son las que en realidad hacen las camas. Pero implícitamente niegan la visión y la satisfacción del trabajo duro que intervienen en sus historias, poemas y

obras de teatro. Niegan las vidas que llevan, no como amas de casa, sino como personas.

Son buenas artesanas, las mejores de entre esas Escritoras Amas de Casa. Y parte de su trabajo resulta muy divertido. Las cosas que ocurren con las criaturas, el primer cigarrillo de un muchacho de doce años, la liguilla de béisbol y la banda musical del jardín de infancia, todo ello está contado con mucha gracia; son hechos que ocurren en la vida real de las mujeres que son escritoras y también de las mujeres que sólo son amas de casa. Pero hay algo en relación con las Escritoras Amas de Casa que no resulta nada divertido —como con el Tío Tom o con Amos 'n' Andy*. «Ríete», le dicen las Escritoras Amas de Casa al ama de casa de verdad, «si te sientes desesperada, vacía, aburrida, atrapada por la rutina de hacer las camas, hacer de chófer y fregar los platos. ¿Acaso no te parece divertido? Todas hemos caído en la misma trampa». ¿Acaso las amas de casa de verdad disipan a través de la risa sus sueños y su sensación de desesperación? ¿Acaso piensan que sus capacidades frustradas y sus vidas tan limitadas son una broma? Shirley Jackson hace las camas, ama a su hijo y se ríe de él —y escribe otro libro. Las obras de Jean Kerr se interpretan en Broadway. La broma no va con *ellas*.

Algunas de las nuevas Escritoras Amas de Casa *viven* la imagen; *Redbook* nos dice que la autora de un artículo sobre «La lactancia materna», una mujer llamada Betty Ann Countrywoman, «quería ser médica. Pero justo antes de licenciarse de Radcliffe *cum laude,* se echó atrás aterrada ante la perspectiva de que semejante dedicación pudiera apartarla de lo que de verdad quería, que era casarse y formar una gran familia. Se matriculó en la Escuela de Enfermería de la Universidad de Yale y luego se hizo novia de un joven psiquiatra el día de su primera cita. Ahora tienen seis hijos de edades comprendidas entre 2 y 13 años, y la señora Countrywoman es instructora de lactancia materna en la Liga a favor de la Maternidad de Indianápolis» *(Redbook,* junio de 1960). Dice lo siguiente:

> Para la madre, la lactancia materna se convierte en un complemento del acto de la creación. Le da una mayor sensación de plenitud y le permite participar en una relación tan próxima a la perfección como cualquiera que una mujer pueda esperar alcanzar [...]. El mero

* Personajes afroamericanos, el primero protagonista de la novela de Harriet Beecher Stowe, *La cabaña del tío Tom* y los otros dos creados por Freeman Gosden y Charles Correll, de un serial radiofónico de la década de 1920 que se popularizó posteriormente a través de la televisión. *[N. de la T.]*

> hecho de dar a luz, sin embargo, no satisface en sí mismo esa necesidad y ese anhelo [...]. La maternidad es una forma de vida. Le permite a una mujer expresar su total individualidad con los tiernos sentimientos, las actitudes protectoras y el amor entregado de la mujer maternal.

Cuando la maternidad, una realización que se ha considerado sagrada desde tiempos inmemoriales, se define como una forma de vida total, ¿deben las mujeres negarse a sí mismas el mundo y el futuro que se abre ante ellas? ¿O ese rechazo del mundo les *obliga* a hacer de la maternidad una forma de vida total? La línea entre la mística y la realidad se desvanece; las mujeres reales encarnan la ruptura en la imagen. En el espectacular número de *Life* de las navidades de 1956, dedicado íntegramente a la «nueva» mujer estadounidense, vemos, no cual villana de las revistas femeninas sino como un hecho documentado, a la típica «mujer de carrera: ese error fatal difundido por el feminismo», que recurre a la «ayuda» de un psiquiatra. Es brillante, ambiciosa y atractiva y tiene una esmerada educación; gana más o menos el mismo sueldo que su marido; pero se la representa como una mujer tan «frustrada» o «masculinizada» por su carrera que su castrado, impotente y pasivo marido se muestra sexualmente indiferente ante ella, al tiempo que se niega a asumir responsabilidades y ahoga en el alcohol su masculinidad destruida.

Luego está la insatisfecha mujer de barrio residencial que monta en cólera en la reunión de la PTA; deprimida hasta caer enferma, destruye a sus hijos y domina a su marido al que envidia por estar metido en el mundo de los negocios, fuera del ámbito doméstico. «La esposa, si ha trabajado antes de casarse, o al menos si ha sido educada para realizar algún tipo de trabajo intelectual, se halla en una situación lamentable cuando se ve abocada a ser una "mera ama de casa" [...]. Su despecho puede inducirla a causar tanto daño en la vida de su marido y de sus hijos (y en la suya propia) como si fuera una mujer de carrera y, de hecho, a veces incluso más.»

Y finalmente, en resplandeciente y sonriente contraste, están las nuevas madres-amas de casa, que aprecian el hecho de ser «diferentes», su «feminidad única», la «receptividad y pasividad implícita en su naturaleza sexual». Consagrada a su propia belleza y a su capacidad de gestar y alimentar a sus criaturas, son las «mujeres femeninas, con auténticas actitudes femeninas, que los hombres admiran por su capacidad milagrosa, cual don divino, sensacionalmente única, de llevar falda, con todo lo que este hecho implica». Alegrándose mucho por el «resurgimiento de la familia obsoleta que tiene entre tres y cinco hijos y vive en una zona estupenda, los barrios residenciales de la clase alta y media-alta», *Life* dice:

> Aquí, entre unas mujeres que podrían ser las más indicadas para realizar una «carrera», se hace cada vez más hincapié en los valores de la crianza y el cuidado de la casa. Cabría pensar [...] que porque estas mujeres están mejor informadas y son más maduras que la media, han sido las primeras en darse cuenta de las desventajas del «feminismo» y en reaccionar contra ellas [...]. Los estilos de las ideas así como de la moda y de la decoración tienden a filtrarse desde estos lugares hacia el grueso de la población [...]. Ésta es la tendencia contraria que tal vez acabe por destruir la tendencia dominante y disruptiva hasta convertir el matrimonio en lo que debería ser: una auténtica asociación en la que [...] los hombres son hombres, las mujeres mujeres, y ambos sienten una serena, agradable y reconfortante confianza en quiénes son —y están absolutamente encantados de estar casados con una persona del sexo opuesto.

Look se regocijaba aproximadamente en la misma época (16 de octubre de 1956) de lo siguiente:

> La mujer estadounidense está ganando la batalla de los sexos. Como una adolescente, está creciendo y desconcertando a quienes la critican [...]. Ha dejado de ser una inmigrante psicológica en el mundo de los varones, y trabaja, de una manera más bien informal, constituyendo un tercio de la mano de obra en Estados Unidos, no tanto con el objetivo de forjarse una «gran carrera» sino más bien como una vía para llenar su ajuar o para comprar una nueva nevera para casa. Generosamente cede los mejores trabajos a los varones. Esta extraordinaria criatura también se casa más joven que nunca, tiene más hijos y su aspecto y su comportamiento son mucho más femeninos que los de la muchacha «emancipada» de la década de 1920 e incluso de la de 1930. Tanto la mujer del obrero siderúrgico como la del jugador de béisbol de la liga juvenil hacen igualmente las tareas domésticas [...]. Hoy en día, si elige una opción desfasada y se ocupa amorosamente del jardín y de un número récord de criaturas, merece mayores alabanzas que nunca.

En la nueva Norteamérica, el hecho es más importante que la ficción. Las imágenes documentales de *Life* y de *Look* de mujeres reales que dedican su vida a los hijos y a la casa se muestran como un ideal, la manera en que las mujeres deberían ser: se trata de algo poderoso, que no debe pasarse por alto como las heroínas de los artículos de ficción de las revistas femeninas. Cuando una mística es poderosa, convierte el hecho en su propia ficción. Se alimenta de los mismos hechos que podrían contradecirla y se filtra por todos los rincones de la cultura, desconcertando incluso a los críticos sociales.

Adlai Stevenson, en un discurso de bienvenida en Smith College en 1955, que se publicó en el *Woman's Home Companion* (septiembre de 1955), despreciaba el deseo de las mujeres con estudios de desempeñar su propio papel político en «la crisis de la época». La participación de las mujeres modernas en la política tiene lugar a través de su papel como esposas y madres, dice el portavoz del liberalismo democrático: «Las mujeres, especialmente las que tienen estudios, gozan de una oportunidad única de influenciarnos a nosotros, los hombres y los niños.» El único problema es que la mujer no acierta a darse cuenta de que su verdadero papel en la crisis política es el de esposa y madre.

> Una vez inmersas en los apremiantes y particulares problemas de las labores domésticas, muchas mujeres se sienten frustradas y muy alejadas de los grandes temas y de los incitantes debates para cuya comprensión y disfrute las ha capacitado su educación. Antes escribían poemas. Ahora escriben la lista de la lavandería. Antes discutían de arte y de filosofía hasta altas horas de la noche. Ahora están tan cansadas que se quedan dormidas en cuanto han acabado de fregar los platos. Con frecuencia se produce una sensación de contracción, de horizontes que se cierran y de oportunidades perdidas. Habían esperado desempeñar su papel en la crisis de su época. Pero lo que hacen es lavar pañales.
>
> La cuestión es que, tanto si hablamos de África, del islam o de Asia, las mujeres «nunca han tenido tantas posibilidades» como vosotras. En resumen, lejos de que la vocación del matrimonio y de la maternidad os aleje de los grandes temas de nuestros tiempos, ésta os vuelve a situar en su mismísimo centro y os otorga una responsabilidad infinitamente más profunda y más íntima que la que asumen la mayoría de quienes aparecen en los titulares y están en el candelero y viven inmersas en semejante torbellino de grandes acontecimientos que acaban perdiendo totalmente la capacidad de discernir qué asuntos son los que verdaderamente importan.

El papel político de la mujer consiste en «inspirar en sus hogares una visión del significado de la vida y de la libertad [...], contribuir a que su marido descubra valores que darán sentido a sus especializados quehaceres diarios [...], enseñar a sus hijos el carácter único de cada ser humano individual».

> Vuestra tarea, como esposas y madres, la podéis hacer en el cuarto de estar con un bebé en el regazo o en la cocina con un abrelatas en la mano. Si sois listas, tal vez incluso podáis practicar vuestras artes del ahorro con ese hombre que nada sospecha y que está viendo la televisión. Creo que es mucho lo que podéis hacer con respecto a nuestra crisis desde el humilde papel de ama de casa. No podría desearos mejor vocación que ésta.

Por consiguiente, la lógica de la mística de la feminidad redefinió la mismísima naturaleza del malestar de la mujer. Cuando la mujer se veía como una persona de ilimitado potencial humano, igual al hombre, cualquier cosa que le impidiera alcanzar su pleno potencial era un problema que había que resolver: barreras para la educación superior y participación política, discriminación o prejuicios ante la ley o la moral. Pero ahora que la mujer sólo se ve desde la perspectiva de su rol sexual, las barreras para alcanzar su pleno potencial, los prejuicios que niegan su plena participación en el mundo, han dejado de ser problemas. Los únicos problemas que existen en la actualidad son aquellos que puedan entorpecer su adaptación al rol de ama de casa. Por eso la carrera es un problema, la educación es un problema, el interés por la política, incluso el mismísimo reconocimiento de la inteligencia de las mujeres y de su individualidad es un problema. Por último está el malestar que no tiene nombre, un vago e indefinido deseo de «algo más» que fregar platos, planchar, castigar y alabar a los niños. En las revistas femeninas, se resuelve bien tiñéndose el pelo de rubia bien teniendo otro bebé. «Recordad, cuando todas éramos niñas, todas soñábamos con llegar a "ser algo"», dice una joven ama de casa en el *Ladies' Home Journal* (febrero de 1960). Jactándose de haber desgastado en siete años seis ejemplares del libro del Dr. Spock sobre el cuidado del bebé, exclama: «¡Tengo mucha, mucha suerte! ¡ME SIENTO TAN FELIZ DE SER MUJER!»

En una de estas historias («Holiday» [Día libre], *Mademoiselle,* agosto de 1949), el médico le prescribe a una joven esposa desesperada que salga de casa un día a la semana. Sale de compras, se prueba vestidos, se mira en el espejo preguntándose cuál le gustará a su esposo, Sam.

> Siempre Sam, como un coro griego que le hablara en la nuca. Como si ella no tuviera criterio propio, un discernimiento que fuera indiscutiblemente suyo [...]. De repente no podía distinguir una falda tableada de otra acampanada con suficientes argumentos como para tomar una decisión. Se miró en el espejo de cuerpo entero: se vio alta y comprobó que tenía las caderas más rellenitas y que las líneas de la cara se le empezaban a caer. Tenía veintinueve años, pero se sentía como una mujer de mediana edad, como si muchos años hubieran transcurrido y sin embargo no quedara gran cosa por llegar [...], cosa que resultaba ridícula, puesto que Ellen apenas tenía tres añitos. Todo su futuro estaba por planificar y tal vez se planteara tener otro bebé. No era cuestión de aplazarlo demasiado.

BIBLIOTECA MAYOR

Cuando la joven ama de casa de «The Man Next to Me» [El hombre que está a mi lado] *(Redbook,* noviembre de 1948) descubre que su sofisticada cena no le ayuda al final a su marido a que le suban el sueldo, se siente desesperada. («Deberías decir que te ayudé. Deberías decir que sirvo para algo [...]. La vida era como un rompecabezas al que le faltara una pieza, y yo era aquella pieza y no podía imaginar cuál era mi lugar en todo aquello»). Así que se tiñe el pelo de rubio y cuando su marido reacciona positivamente en la cama a ese nuevo «yo rubio», ella experimenta «una nueva sensación de paz, como si hubiese respondido a una pregunta en mi interior».

Una y otra vez, las historias de las revistas femeninas insisten en que la mujer sólo puede alcanzar la plenitud en el momento de dar a luz. Borran los años en los que ya no puede tener la esperanza de gestar, aun cuando ella siga intentándolo repitiendo el acto sexual una y otra vez. En la mística de la feminidad, la mujer no tiene otra vía para soñar con la creación o con el futuro. No hay otra manera que le permita siquiera soñar consigo misma, excepto como madre de sus hijos y esposa de su marido. Y los reportajes presentan nuevas y jóvenes amas de casa, crecidas bajo la mística, que ni siquiera se plantean esa «pregunta en mi interior». Una de ellas, descrita en «How America Lives» [Así es como vive América] *(Ladies' Home Journal,* junio de 1959), dice: «Si no quiere que lleve un determinado color o cierto tipo de vestido, entonces en realidad yo tampoco quiero. La cuestión es que cualquier cosa que él quiera es también la que yo quiero [...]. No creo en los matrimonios en los que todo va a medias.» Tras salir del instituto y renunciar a un puesto de trabajo para casarse con dieciocho años, cosa de la que nunca se ha arrepentido, «nunca trató de entrometerse en la conversación cuando los hombres estaban hablando. Nunca discutía por nada con su marido [...]. Pasaba mucho tiempo mirando por la ventana la nieve, la lluvia y el lento abrirse de los primeros lirios. Un gran pasatiempo y consuelo era [...] el bordado: pequeñas puntadas con hilo de oro o de seda que requieren una concentración infinita».

No hay problema, según la lógica de la mística de la feminidad, para una mujer como ésa que no tiene deseos propios, que se define exclusivamente como esposa y madre. El problema, si es que existe, sólo puede ser de sus hijos o de su marido. Es el marido el que se queja al asesor matrimonial *(Redbook,* junio de 1955): «Desde mi punto de vista, el matrimonio consiste en ser dos, cada uno viviendo su propia vida y luego reuniéndolas. Me da la sensación de que Mary cree que los dos deberíamos vivir una sola vida: la mía.» Mary insiste en ir con él a comprarle camisas y calcetines, le dice al dependiente la talla y el color que necesitan.

Cuando llega a casa por la noche, ella le pregunta con quién ha comido a mediodía, dónde, de qué hablaron. Cuando él protesta, ella le replica: «Pero cariño, quiero compartir tu vida, formar parte de todo lo que haces, y nada más [...]. Quiero que seamos uno, tal como se expresa en el rito matrimonial...» No le parece razonable al marido que «dos personas puedan ser siempre una, tal como lo plantea Mary. Bien pensado, es sencillamente ridículo. Y además, tampoco me gustaría. No quiero estar tan unido a una persona que no pueda tener un pensamiento o hacer algo que sea exclusivamente mío».

La respuesta al «problema de Pete», según la doctora Emily Mudd, la famosa asesora matrimonial, es hacerle *sentir* a Mary que está viviendo su vida: invitarla a la ciudad a comer con la gente de su oficina de vez en cuando, pedir su plato preferido de ternera por ella y tal vez encontrarle alguna «actividad física sana», como nadar, para que libere el exceso de energía. El hecho de que Mary no tenga una vida propia no es problema de ella.

El no va más de la felicidad del ama de casa lo alcanza finalmente esa ama de casa de Texas que se describe en «How America Lives» *(Ladies' Home Journal,* octubre de 1960), que está «sentada en un sofá de raso color verde pálido mirando la calle por el ventanal. Incluso a esa hora de la mañana (son apenas las nueve), lleva colorete, polvos y carmín, y su vestido de algodón está impecable». Dice con orgullo: «A las ocho y media, cuando el más pequeño de mis hijos sale para la escuela, toda mi casa está ya limpia y recogida y yo estoy vestida para todo el día. Puedo irme a jugar al bridge, a las reuniones del club o quedarme en casa leyendo, escuchando a Beethoven o simplemente holgazaneando.»

«A veces se lava y se seca el pelo antes de sentarse a la mesa de bridge a la una y media de la tarde. Las mañanas en las que tiene partida de bridge en casa son las más atareadas, porque tiene que sacar las mesas, las cartas, los contadores, preparar café fresco y organizar el almuerzo [...]. Durante los meses de invierno, a veces juega hasta cuatro veces a la semana desde las nueve y media de la mañana hasta las tres de la tarde [...]. Janice siempre procura estar en casa antes de que sus hijos regresen de la escuela a las cuatro.»

Esta nueva y joven ama de casa no se siente frustrada. Estudiante destacada en el instituto, casada a los dieciocho años de edad, nuevamente casada y embarazada a los veinte, tiene la casa con la que soñó durante siete años y que planificó con todo detalle. Está orgullosa de su eficacia como ama de casa, pues a las ocho y media de la mañana ya lo tiene todo hecho. La limpieza general la deja para el sábado, cuando su marido se va de pesca y sus hijos se han ido con los exploradores («No

hay nada más que hacer. No hay partida de bridge. El día se me hace muy largo»).

«"Me encanta mi casa" —dice— [...]. La pintura gris pálido del cuarto de estar y del comedor en forma de L tiene ya cinco años, pero sigue en perfecto estado [...]. La tapicería de damasco color melocotón claro, amarillo y verde agua sigue inmaculada después de ocho años de uso. "A veces me siento demasiado pasiva, demasiado conforme", comenta Janice ingenuamente, al tiempo que contempla el brazalete con los grandes diamantes de la familia que lleva puesto incluso cuando ha mandado el reloj a arreglar [...]. Su pertenencia predilecta es su cama con dosel de tafetán rosa y columnas torneadas: "Me siento como la reina Isabel durmiendo en esa cama", dice feliz. (Su marido duerme en otra habitación porque ronca.)

"Estoy tan agradecida por todas estas bendiciones —dice—. Un marido maravilloso, unos hijos muy guapos que serán buenos partidos, una casa grande y confortable [...]. Me siento agradecida porque tengo buena salud, porque creo en Dios y porque dispongo de bienes materiales como dos coches, dos televisores y dos chimeneas."»

Mirando preocupada esta imagen, me pregunto si no es preferible tener unos cuantos problemas que sentir esa sonriente y vacua pasividad. Si estas mujeres jóvenes que viven la mística de la feminidad son felices, ¿hemos llegado al final del camino? ¿O están presentes en esta imagen las semillas de algo peor que la frustración? ¿Existe una creciente divergencia entre esta imagen de la mujer y la realidad humana?

Consideremos, como síntoma, el creciente énfasis en el glamour que hacen las revistas femeninas: el ama de casa con los ojos maquillados mientras pasa la aspiradora —«The Honor of Being a Woman» [El honor de ser mujer]. ¿Por qué la «Ocupación: sus labores» exige que se cubra con tanto glamour año tras año? El afectado glamour es en sí mismo un punto de interrogación: la señora protesta demasiado*.

La imagen de la mujer de otros tiempos requería una creciente mojigatería para seguir negando el sexo. Esta nueva imagen exige al parecer cada vez menos profundidad y que se dé cada vez más importancia a las cosas: dos coches, dos televisores, dos chimeneas. Páginas enteras de las revistas femeninas están llenas de verduras pantagruélicas —remolachas, pepinos, pimientos verdes, patatas—, descritas como una aventura

* «The lady doth protest too much...», frase que pronuncia la reina en *Hamlet,* de Shakespeare, Acto 3, Escena 2. *[N. de la T.]*

amorosa. El tamaño mismo al que se representan se aumenta hasta que acaban pareciendo una cartilla de párvulos. El nuevo *McCall's* da por hecho sin ambages que las mujeres carecen de cerebro y son como sedosos gatitos, el *Ladies' Home Journal,* competidor acérrimo del anterior, elige al cantante de rock Pat Boone como consejero de adolescentes; *Redbook* y las demás agrandan el tipo de la letra. ¿Significa el tamaño de la letra que las nuevas mujeres jóvenes, a las que tratan de seducir todas las revistas, sólo tienen el cerebro de una parvulita? ¿O es que acaso trata de ocultar la trivialidad de los contenidos? Dentro de los confines de lo que actualmente se suele aceptar como el mundo de las mujeres, es posible que un editor ya no sea capaz de pensar en nada destacado que hacer excepto reproducir a toda página una patata asada o describir una cocina como si fuera el Salón de los Espejos: al fin y al cabo, la mística de la feminidad le prohíbe abordar cualquier gran idea. Pero ¿a ninguno de esos hombres que dirigen las revistas femeninas se les ocurre que el malestar de éstas pueda deberse a la pequeñez de la imagen con la que están truncando la mente de las mujeres?

Hoy en día todos tienen dificultades: las revistas de gran tirada, que rivalizan ferozmente unas con otras y con la televisión para llegar a más y más millones de mujeres que comprarán las cosas que sus anunciantes venden. Esta frenética carrera, ¿induce acaso inevitablemente a los hombres que diseñan las imágenes a ver únicamente a las mujeres como consumidoras de bienes? ¿Les obligará a competir al final por vaciar la mente de las mujeres de pensamientos humanos? El hecho es que las dificultades de los creadores de imágenes dan la sensación de estar en proporción directa con la creciente vacuidad de su imagen. Durante los años en los que esa imagen ha limitado el mundo de las mujeres al ámbito doméstico, ha recortado su papel para reducirlo al de ama de casa, cinco de las revistas de mayor difusión dirigidas a las mujeres han dejado de publicarse; las demás están a punto de hacerlo.

El creciente hastío que les produce a las mujeres la vacua y limitada imagen de las revistas femeninas bien pudiera ser la esperanzadora señal del divorcio entre esta imagen y la realidad. Pero existen síntomas más violentos en aquellas mujeres que están comprometidas con dicha imagen. En 1960, los editores de una revista especialmente orientada a la feliz ama de casa joven —o más bien a las nuevas parejas jóvenes (las esposas no se consideran como algo separado de sus maridos e hijos)— publicaron un artículo en el que se preguntaba: ¿Por qué se sienten atrapadas las jóvenes madres? («Why Young Mothers Feel Trapped?», *Redbook,* septiembre de 1960). Como truco promocional, invitaron a madres jóvenes que padecían este problema a que les escribieran

contando su caso a cambio de 500 dólares. Los editores se quedaron estupefactos al ver que recibían 24.000 respuestas. ¿Se puede reducir la imagen de una mujer hasta tal punto que se convierta en sí misma en una trampa?

Una editora de una de las principales revistas femeninas, al darse cuenta de que las amas de casa estadounidenses tal vez necesitaran desesperadamente algo que ampliara su mundo, trató durante algunos meses de convencer a sus colegas masculinos para que introdujeran en la revista ciertas ideas de fuera del ámbito doméstico. «Optamos por no hacerlo», dijo el hombre que tomaba las decisiones finales. «Las mujeres están tan completamente divorciadas del mundo de las ideas en sus vidas actuales que no podrían soportarlo.» Tal vez sea una pregunta irrelevante, pero ¿quién hizo que se divorciaran? Tal vez estos Frankenstein ya no tengan poder para detener al monstruo femenino que han creado.

Yo contribuí a crear esa imagen. He observado a las mujeres estadounidenses tratando de amoldarse a ella durante quince años. Pero ya no puedo negar que ahora conozco sus terribles implicaciones. No es una imagen inocua. Tal vez no existan términos psicológicos que describan el daño que está haciendo. ¿Pero qué ocurre cuando las mujeres tratan de vivir de acuerdo con una imagen que les hace negar sus mentes? ¿Qué ocurre cuando las mujeres crecen con una imagen que las induce a negar la realidad del mundo cambiante?

Los detalles materiales de la vida, la carga diaria de tener que cocinar y limpiar, que satisfacer las necesidades físicas del marido y de los hijos —éstos son los que de hecho definían el mundo de una mujer hace un siglo, cuando los norteamericanos eran pioneros y cuando la frontera norteamericana delimitaba el territorio conquistado. Pero las mujeres que viajaron al oeste en los vagones de tren también compartían el objetivo pionero. Ahora las fronteras norteamericanas son de la mente y del espíritu. El amor, los hijos y el hogar son cosas buenas, pero no son lo único que hay en el mundo, aun cuando la mayoría de las palabras que ahora se escriben para las mujeres pretendan trasladar esa idea. ¿Por qué habría de aceptar una mujer esa imagen de una vida a medias en lugar de acceder a su parte de la totalidad del destino humano? ¿Por qué habrían de intentar las mujeres convertir las tareas domésticas en «algo más» en lugar de moverse por las fronteras de su propia época, como las mujeres norteamericanas se movieron junto a sus maridos por las viejas fronteras?

Una patata asada no es tan grande como el mundo, y pasar la aspiradora por el cuarto de estar —con o sin maquillaje— no es un trabajo que requiera tanta materia gris ni tanta energía como para constituir un reto para la plena capacidad de cualquier mujer. Las mujeres son seres humanos, no muñecas de trapo ni animales. En tiempos remotos el hombre supo que era distinto del resto de animales por su capacidad intelectual de producir una idea, una visión, y de adaptar el futuro a ésta. Comparte la necesidad de alimentarse y de reproducirse con otros animales, pero cuando ama lo hace como hombre, y cuando descubre y crea y da forma a un futuro distinto de su pasado, es un hombre, un ser humano.

Éste es el verdadero misterio. ¿Por qué tantas mujeres estadounidenses, con la capacidad y la educación necesaria para descubrir y crear, volvieron al hogar para buscar «algo más» en las tareas domésticas y en la crianza de los hijos? Porque, paradójicamente, en los mismos quince años en los que la ardiente Nueva Mujer ha sido sustituida por la Feliz Ama de Casa, los límites del mundo humano se han ampliado, el ritmo al que el mundo cambia se ha acelerado y la propia naturaleza de la realidad humana se ha liberado cada vez más de las necesidades biológicas y materiales. ¿Les impide la mística a las mujeres estadounidenses crecer con el mundo? ¿Les obliga a negar la realidad, del mismo modo que una mujer en un hospital psiquiátrico debe negar la realidad para creer que es una reina? ¿Condena a las mujeres a ser personas desplazadas, cuando no virtualmente esquizofrénicas, en nuestro complejo y cambiante mundo?

No deja de ser algo más que una extraña paradoja el que, ahora que todas las profesiones por fin han abierto sus puertas a las mujeres en Estados Unidos, «mujer de carrera» se haya convertido en una palabra malsonante; que ahora que cualquier mujer que tenga capacidad para ello pueda acceder a la educación superior, los estudios sean objeto de semejante sospecha que cada vez son más las que abandonan el instituto y el *college* para casarse y tener hijos; y que cuando tantos roles en la sociedad moderna están al alcance de su mano, las mujeres se limiten tan insistentemente a un único rol. ¿Por qué, con la eliminación de todas las barreras legales, políticas, económicas y educativas que en otros momentos impidieron que las mujeres tuvieran las mismas oportunidades que los hombres, una persona por derecho propio, un individuo libre para desarrollar su propio potencial, habría de aceptar esta nueva imagen que insiste en que ella no es una persona sino una «mujer», por definición privada de la libertad de la existencia humana y de tener voz en el destino de la humanidad?

La mística de la feminidad es tan poderosa que las mujeres se desarrollan sin darse cuenta ya de que tienen deseos y capacidades que la mística prohíbe. Pero semejante mística no se hace fuerte en una nación entera en unos pocos y cortos años, invirtiendo las tendencias de todo un siglo, sin una causa. ¿Qué es lo que le da a la mística su poder? ¿Por qué regresaron las mujeres al hogar?

Capítulo 3

La crisis de identidad de las mujeres

He descubierto algo extraño entrevistando a mujeres de mi propia generación a lo largo de los últimos diez años. Cuando éramos jóvenes, muchas de nosotras no éramos capaces de imaginar cómo seríamos cuando tuviéramos más de veinte años. No teníamos ninguna imagen de nuestro propio futuro, de nosotras como mujeres.

Recuerdo el letargo de una tarde de primavera de 1942 en el campus de Smith, cuando llegué a un terrorífico punto muerto en mi propia visión del futuro. Unos días antes, me había llegado la noticia de que me habían concedido una beca de estudios. Mientras me felicitaban, por debajo de mi emoción sentí una extraña inquietud; había una pregunta en la que no quería pensar.

«¿Es realmente esto lo que quiero ser?» La pregunta me dejó aturdida, fría y sola, desconectándome de las chicas que hablaban y estudiaban en la soleada colina detrás de la residencia del *college*. Pensaba que quería ser psicóloga. Pero si no estaba segura, ¿qué era lo que quería ser? Sentía que el futuro se acercaba y no acertaba a verme en él en absoluto. No tenía ninguna imagen de mí misma, más allá del *college*. Había venido a los diecisiete años de edad de una ciudad del Medio Oeste y era una chica insegura; los vastos horizontes del mundo y de la vida intelectual se habían abierto ante mí. Había empezado a saber quién era y lo que quería. Ya no podía dar marcha atrás. No podía volver a casa, a la vida de mi madre y de las mujeres de nuestra ciudad, circunscrita a la casa, el bridge, las compras, los hijos, el marido, las obras de caridad y la ropa. Pero ahora que había llegado el momento de

forjar mi propio futuro, de dar el paso decisivo, de repente no sabía lo que quería ser.

Acepté la beca, pero a la primavera siguiente, bajo el sol californiano, para mí desconocido, de otro campus, la pregunta se me volvió a plantear y no conseguí sacármela de la cabeza. Había conseguido otra beca que me comprometía a investigar para mi doctorado, con vistas a realizar una carrera de psicóloga profesional. «¿Era eso lo que realmente quería ser?» La decisión en aquel momento me aterrorizaba. Viví en el terror de la indecisión durante muchos días, incapaz de pensar en nada más.

La pregunta no era importante, me dije a mí misma. El único asunto que me importaba aquel año era el amor. Caminábamos por las colinas de Berkeley y un chico dijo: «Con esto no puede haber nada entre nosotros. Nunca me darán una beca como la tuya.» ¿Acaso pensé que, si seguía adelante, estaría optando irrevocablemente por la fría soledad de aquella tarde? Renuncié a la beca, aliviada. Pero después, durante muchos años, fui incapaz de leer ni una sola palabra de aquella ciencia de la que en cierto momento pensé que se nutriría mi futura vida profesional; el recuerdo de aquella pérdida me resultaba demasiado doloroso.

Nunca pude explicar —apenas lo sabía yo misma— por qué había renunciado a aquella carrera. Vivía en el presente, trabajaba para algunos periódicos sin ningún proyecto en particular. Me casé, tuve hijos, vivía de acuerdo con la mística de la feminidad como ama de casa de un barrio residencial. Pero aun así la pregunta me obsesionaba. No veía propósito alguno en mi vida, no encontraba la paz, hasta que por fin le hice frente y me fabriqué mi propia respuesta.

Descubrí, hablando en 1959 con estudiantes de los últimos cursos de Smith, que la pregunta no ha dejado de aterrorizar a las chicas hoy en día. Sólo que la respuesta que le dan no era en absoluto, para mi generación, transcurrida media vida, una respuesta válida. Aquellas chicas, en su mayoría estudiantes de los últimos cursos, estaban sentadas en el salón de la residencia universitaria, tomando café. La situación no era muy distinta de la de cierta tarde en la que yo era estudiante de último curso, salvo que muchas más chicas llevaban una anillo en la mano izquierda. Les pregunté a las que estaban más cerca de mí lo que habían pensado ser. Las que estaban prometidas hablaron de bodas y apartamentos y de conseguir un trabajo como secretaria mientras el marido terminaba la carrera. Las demás, después de un silencio hostil, contestaron con evasivas haciendo alusión a algún trabajo o a algún estudio de licenciatura, pero ninguna tenía un plan concreto. Una rubia con cola de caballo me preguntó al día siguiente si me había creído las cosas que habían dicho. «Ninguna

de ellas era cierta», me dijo. «No nos gusta que nos pregunten lo que queremos hacer. Ninguna de nosotras lo sabe. A ninguna de nosotras le gusta siquiera pensar en ello. Las que se van a casar enseguida son las afortunadas. No hace falta ni que se lo planteen.»

Pero observé que muchas de las chicas prometidas en matrimonio, sentadas en silencio alrededor del fuego mientras les preguntaba a las demás acerca de los puestos de trabajo que les gustaría tener, también daban la sensación de estar furiosas por algo. «No quieren pensar en no seguir», me dijo mi informadora de la coleta. «Saben que no van a utilizar los estudios. Serán esposas y madres. Puedes decir que vas a seguir leyendo e interesándote por la comunidad. Pero no es lo mismo. En realidad no seguirás. Saber que vas a parar ahora y que no vas a seguir y utilizar todo lo que has aprendido resulta decepcionante.»

En cambio, oí las palabras de una mujer quince años después de que hubiera abandonado el *college;* era esposa de un médico, madre de tres hijos, y dijo tomando un café en su cocina de Nueva Inglaterra:

> Lo triste era que nadie nunca nos miraba cara a cara y nos decía: «Tienes que decidir lo que quieres hacer con tu vida, además de ser la esposa de tu marido y la madre de tus hijos.» Nunca me detuve a pensarlo hasta que cumplí los treinta y seis y mi marido estaba tan ocupado con su consulta que ya no podía dedicarse a mí todas las noches. Los tres chicos pasaban el día en el colegio. Yo seguía intentando quedarme embarazada a pesar de la incompatibilidad de nuestros Rh. Después de dos abortos, me dijeron que debía parar. Pensé que mi propio crecimiento y evolución se habían terminado. Siempre supe de niña que iba a crecer e ir al *college* y que luego me casaría y eso es lo único en lo que una chica debe pensar. Después de eso, tu marido determina y llena tu vida. Sólo cuando me sentí tan sola, siendo la esposa de un médico, que no hacía más que chillarles a los niños porque no llenaban mi vida, comprendí que tenía que hacer mi propia vida. Todavía tenía pendiente decidir lo que quería ser. No había terminado de desarrollarme. Pero tardé diez años en darme cuenta de ello.

La mística de la feminidad permite a las mujeres ignorar la cuestión de su identidad, e incluso les incita a ello. La mística establece que pueden contestar a la pregunta: «¿Quién soy?» diciendo: «La mujer de Tom [...]. La mamá de Mary». Pero no creo que la mística pudiera ejercer semejante poder sobre las mujeres estadounidenses si a éstas no les diera miedo hacer frente a ese vacío aterrador que les incapacita para verse a sí mismas después de los veintiún años de edad. La verdad —y no sé cuánto tiempo lleva siendo la verdad, no estoy segura, pero fue verdad

para mi generación y es verdad para las jóvenes de hoy— es que la mujer estadounidense ya no tiene una imagen privada que le diga quién es o quién puede ser o quién quiere ser.

La imagen pública, la de los anuncios de las revistas y de la televisión, se ha diseñado para vender lavadoras, polvos preparados para hacer bizcochos, desodorantes, detergentes, cremas de cara rejuvenecedoras y tintes para el pelo. Pero el poder de esta imagen, en la que las empresas se gastan millones de dólares en publicidad en todos los medios, procede de lo siguiente: las mujeres estadounidenses ya no saben quiénes son. Tienen una dolorosa necesidad de contar con una nueva imagen que les ayude a encontrar su identidad. Como los investigadores motivacionales les dicen continuamente a los anunciantes, las mujeres estadounidenses están tan inseguras acerca de quiénes deberían ser que acuden a esa deslumbrante imagen pública para decidir todos y cada uno de los detalles de sus vidas. Buscan una imagen que ya no tomarán de sus madres.

En mi generación, muchas de nosotras sabíamos que no queríamos ser como nuestra madre, aun cuando la amáramos. No podíamos evitar ver su decepción. ¿Acaso entendíamos, o siquiera percibíamos, la tristeza, el vacío, que les hacía aferrarse demasiado a nosotras, tratar de vivir nuestras vidas, controlar la vida de nuestros padres, pasarse el día de compras o anhelando cosas que al parecer nunca conseguían satisfacerlas, por mucho dinero que costaran? Extrañamente, muchas madres que amaban a sus hijas —y la mía era una de ellas— tampoco querían que éstas se convirtieran en lo que eran ellas. Sabían que necesitábamos algo más.

Pero aunque presionaban, insistían y luchaban para ayudarnos a que tuviéramos estudios, aun cuando hablaran con nostalgia de carreras a las que ellas no habían tenido acceso, no podían ofrecernos una imagen de lo que podíamos llegar a ser. Sólo podían decirnos que sus vidas estaban demasiado vacías, demasiado atadas al hogar; que los niños, la cocina, la ropa, el bridge y las obras de caridad no bastaban. Una madre puede decirle a su hija con insistencia: «No seas una simple ama de casa como yo.» Pero esa hija, sintiendo que su madre ha estado demasiado frustrada como para disfrutar del amor de su esposo y de sus hijos, podrá pensar: «Yo lograré lo que mi madre no alcanzó, me realizaré como mujer», y no aprender nunca la lección de la vida de su madre.

Recientemente, entrevistando a chicas estudiantes de instituto que habían empezado con grandes expectativas y mucho talento pero que de repente habían abandonado los estudios, empecé a verle una nueva dimensión al problema del acomodamiento femenino. Aquellas chicas, según daba la sensación inicial, sólo estaban siguiendo la típica curva de la

adaptación femenina. Si antes les había interesado la geología o la poesía, ahora sólo les interesaba ser populares; para conseguir gustarles a los chicos, según habían concluido, era mejor ser como todas las demás chicas. Analizándolo de más cerca, me di cuenta de que aquellas chicas estaban tan aterradas de llegar a ser como sus madres que no eran capaces de verse en absoluto a sí mismas. Les daba miedo crecer. Tenían que copiar en sus menores detalles la imagen acuñada de la chica popular —negando sus mejores cualidades por miedo a la feminidad tal como la veían en sus madres. Una de esas chicas, de diecisiete años de edad, me dijo:

> Lo único que quiero a toda costa es sentirme como las demás chicas. Nunca consigo superar esa sensación de ser una neófita, una no iniciada. Cuando me levanto y tengo que cruzar la habitación, es como si fuera una principiante o como si tuviera una terrible aflicción, y nunca voy a aprender. A la salida del instituto voy al sitio más frecuentado de la localidad y me pasó las horas allí sentada hablando de ropa y de peinados y del twist, aunque tampoco es que me interesen tanto, y me supone un gran esfuerzo. Pero he descubierto que soy capaz de gustarles —sencillamente haciendo lo que hacen ellas, vistiéndome como ellas, hablando como ellas, renunciando a hacer cosas que sean diferentes. Supongo que incluso he empezado a conseguir no ser diferente por dentro.
>
> Solía escribir poesía. Los del departamento de orientación dicen que tengo una gran capacidad creativa y que debería ser la primera de la clase y labrarme un gran futuro. Pero ese tipo de cosas no son las que necesitas para ser popular. Lo importante para una chica es ser popular.
>
> Ahora salgo con un chico tras otro, y me supone semejante esfuerzo, porque no soy yo misma con ellos. Te hace sentir todavía más sola. Y además, me temo adónde me va a llevar. Muy pronto, todas mis diferencias se habrán desvanecido y seré el tipo de chica que podría ser ama de casa.
>
> No quiero pensar en crecer. Si tuviera criaturas, querría que siempre tuvieran la misma edad. Si tuviera que ver cómo crecen, me vería a mí misma haciéndome mayor y no querría. Mi madre dice que no puede dormir por las noches, se pone enferma de preocupación por lo que yo pueda estar haciendo. Cuando era pequeña, no me dejaba cruzar la calle sola, cuando otros niños llevaban un montón de tiempo haciéndolo.
>
> No consigo verme a mí misma casada y con hijos. Es como si yo misma no tuviera ninguna personalidad. Mi madre es como una roca cuyas aristas han suavizado las olas, como un vacío. Le ha entregado

tanto de sí misma a su familia que no queda nada, y está resentida con nosotros porque no le damos lo suficiente a cambio. Pero a veces da la sensación de que no hay nada. Mi madre no tienen ningún propósito en la vida, excepto el de limpiar la casa. No es feliz y no le hace feliz a mi padre. Si no se preocupara en absoluto de sus hijos, el resultado sería el mismo que preocuparse demasiado. Nos hace desear lo contrario. No creo que sea realmente amor. Cuando era pequeña y corría toda emocionada a contarle que había aprendido a hacer el pino, nunca me escuchaba.

Últimamente me miro en el espejo y me da terror parecerme a mi madre. Me asusta descubrir que hago sus mismos gestos, que hablo como ella o cualquier otra cosa. Soy distinta de ella en tantísimos aspectos... pero si soy como ella en uno tal vez acabe siendo como ella en todo. Y eso me horroriza.

O sea, que la joven de diecisiete años estaba tan asustada de convertirse en una mujer como su madre que le dio la espalda a todas las cosas que había en su interior y a todas las oportunidades que la habrían convertido en una mujer diferente, para copiar desde fuera a las chicas «populares». Al final, presa del pánico por perderse a sí misma, le dio la espalda a su propia popularidad y desafió el buen comportamiento convencional por el que habría ganado una beca para ir a la universidad. A falta de una imagen que la habría ayudado a crecer como mujer auténtica consigo misma, se refugió en el vacío *beatnik*.

Otra chica, una estudiante de primer año de *college* de Carolina del Sur, me dijo:

No quiero sentir interés por una carrera a la que tendré que renunciar.

Mi madre desde los doce años de edad quería ser periodista y he vivido su frustración durante veinte años. No quiero que me interese el mundo de los negocios. No quiero que me interese nada que no sea mi hogar y ser una maravillosa esposa y madre. Tal vez estudiar sea una desventaja. Incluso los chicos más listos de mi ciudad sólo quieren a una chica dulce y mona. Sólo que a veces me pregunto cómo me sentiría si fuera capaz de estirarme y estirarme y estirarme y aprender todo lo que quisiera y no tener que reprimirme.

Su madre, casi todas nuestras madres, era ama de casa, aunque muchas de ellas habían iniciado una carrera o deseado iniciarla o lamentado renunciar a ella. Fuera lo que fuera lo que nos dijeran, nosotras, que teníamos ojos y oídos y un cerebro y un corazón, sabíamos que sus vidas

estaban en cierta manera vacías. No queríamos ser como ellas, pero ¿qué otro modelo teníamos?

El único otro tipo de mujer que yo conocía, cuando estaba creciendo, era el de las profesoras de instituto, solteronas; la bibliotecaria; la única mujer que era médica en nuestra ciudad, que llevaba el pelo corto como un hombre; y algunas de mis profesoras del *college*. Ninguna de aquellas mujeres vivía en el cálido centro de la vida como yo lo había conocido en casa. Muchas de ellas ni se habían casado ni tenían hijos. Me daba miedo llegar a ser como ellas, incluso como aquellas que me enseñaron de verdad a respetar mi propia inteligencia y a utilizarla, a sentir que tenía un papel que desempeñar en el mundo. Nunca conocí a ninguna mujer, cuando estaba creciendo, que utilizara su inteligencia, desempeñara su propio papel en el mundo y también amara y tuviera hijos.

Creo que éste ha sido el meollo desconocido del malestar de las mujeres en Estados Unidos durante mucho tiempo, esa carencia de una imagen privada. Las imágenes públicas que desafían el sentido común y tienen muy poco que ver con las propias mujeres fueron capaces de dar forma a una parte demasiado grande de sus vidas. Aquellas imágenes no habrían tenido semejante poder si las mujeres no hubiesen sufrido una crisis de identidad.

Durante muchos años, sociólogos, psicólogos, analistas y educadores han señalado ese extraño y terrorífico punto de inflexión que las mujeres estadounidenses alcanzan —a los dieciocho, a los veintiuno, a los veinticinco, a los cuarenta y uno. Pero creo que no se ha comprendido lo que era. Se ha llamado una «discontinuidad» en la adaptación cultural; se ha llamado la «crisis de rol» de la mujer. Se ha achacado a los estudios, que hicieron que las chicas estadounidenses crecieran sintiéndose libres e iguales a los chicos —lo que suponía hacer cosas tales como jugar al béisbol, montar en bicicleta, conquistar la geometría y los comités universitarios, marcharse al *college,* salir al mundo para buscar un empleo, vivir solas en un apartamento en Nueva York, Chicago o San Francisco, poner a prueba y descubrir sus propios poderes en el mundo. Todo eso les dio a las chicas la sensación de que podían ser y hacer lo que quisieran, con la misma libertad que los chicos, decían las voces críticas. No les preparó para su papel de mujeres. La crisis se produce cuando se ven obligadas a amoldarse a dicho papel. La alta tasa actual de ansiedad y de crisis nerviosas entre las mujeres de edades comprendidas entre los veinte y los treinta años suele atribuirse a esta «crisis del rol». Si a las chicas se las educara para que ejercieran su rol de mujeres, no sufrirían esa crisis, dicen los partidarios de la adaptación.

Pero creo que sólo han visto media verdad.

¿Qué pasaría si el terror que siente una chica de veintiún años de edad cuando tiene que decidir quién va a ser no fuera más que el terror a crecer —a crecer como a las mujeres no se les ha permitido antes hacerlo? ¿Qué pasaría si el terror que siente una chica de veintiún años de edad fuera el terror a la libertad de decidir su propia vida, sin nadie que le ordene qué camino ha de seguir, la libertad y la necesidad de seguir caminos que las mujeres antes no fueron capaces de tomar? ¿Qué pasaría si aquellas que eligieran el camino de la «adaptación femenina» —eludiendo ese terror casándose a los dieciocho, olvidándose de sí mismas a través de la crianza de los hijos y de los pormenores de llevar una casa— simplemente se negaran a crecer, a hacer frente a la cuestión de su propia identidad?

La mía fue la primera generación universitaria en tirarse de cabeza a la nueva mística de la plenitud femenina. Antes de aquello, aunque la mayoría de las mujeres de hecho acababan siendo amas de casa y madres, el objetivo de los estudios era descubrir la vida intelectual, perseguir la verdad y ocupar un lugar en el mundo. Existía la sensación, que ya estaba perdiendo brillo cuando yo fui al *college,* de que nosotras seríamos las Nuevas Mujeres. Nuestro mundo sería mucho más amplio que el hogar. El 45 por 100 de mis compañeras de clase de Smith tenían planes de carrera. Pero recuerdo que, incluso entonces, algunas de las de los últimos cursos, víctimas de los azotes de ese deprimente temor al futuro, envidiaban a las pocas que lo eludían casándose inmediatamente.

Aquellas a las que envidiábamos entonces están padeciendo ese terror ahora que han cumplido los cuarenta. «Nunca decidí qué tipo de mujer era. Demasiada vida personal durante mis años de *college*. Me habría gustado estudiar más ciencia, historia, política, haber profundizado más en la filosofía», escribió una de ellas en un cuestionario de los que les pasamos a las alumnas, quince años más tarde. «Sigo intentando encontrar la roca sobre la que construir. Ojalá hubiese terminado el *college*. Pero lo dejé para casarme.» «Ojalá hubiese desarrollado una vida propia más profunda y creativa y no me hubiese prometido y casado a los diecinueve. Esperaba que el matrimonio fuera lo ideal, incluido un marido entregado al cien por cien, y fue un gran golpe descubrir que las cosas no son así», escribía una mujer, madre de seis hijos.

Muchas mujeres de la generación más joven de esposas que se casan a una edad temprana nunca padecieron ese terror solitario. Pensaron que no tenían que elegir, que buscar en el futuro y planificar lo que querían hacer con sus vidas. Sólo tenían que esperar a ser elegidas, observando pasivamente el fluir del tiempo hasta que el marido, los bebés o la nueva casa decidían lo que iba a ser el resto de sus vi-

das. Asumieron sin roces su rol sexual como mujeres antes de que supieran quiénes eran. Son estas mujeres las que más padecen el malestar que no tiene nombre.

Mi tesis es que el núcleo del malestar de las mujeres hoy en día no es sexual sino que se trata de un problema de identidad —una atrofia o un evadirse del crecimiento que perpetúa la mística de la feminidad. Mi tesis es que, del mismo modo que la cultura victoriana no les permitía a las mujeres aceptar o satisfacer sus necesidades sexuales básicas, nuestra cultura no les permite a las mujeres aceptar o satisfacer la necesidad básica de crecer y desarrollar su potencial como seres humanos, necesidad que no se define exclusivamente a través de su rol sexual.

Los biólogos han descubierto recientemente un «suero de la juventud» que, suministrado como alimento a las larvas de orugas, impide que maduren y se conviertan en polillas. Las expectativas de la plenitud femenina con las que las revistas, la televisión, el cine y los libros que han popularizado las medias verdades psicológicas, así como los padres, profesores y consejeros que aceptan la mística de la feminidad, alimentan a las mujeres, actúan como un tipo de suero de la juventud, manteniendo a la mayoría de las mujeres en el estado de larva sexual e impidiéndoles alcanzar la madurez que potencialmente tienen. Y cada vez hay más pruebas de que la incapacidad de la mujer de crecer para desarrollar del todo su identidad ha perjudicado su plenitud sexual en lugar de enriquecerla, la ha condenado virtualmente a ser una mujer castradora de su marido y de sus hijos y ha causado neurosis, o un malestar que todavía está sin identificar como neurosis, equivalente al que causa la represión sexual.

En todos los hitos de la historia de la humanidad los hombres han tenido crisis de identidad, aunque quienes las vivieron no les dieron ese nombre. Sólo en tiempos recientes los teóricos de la psicología, la sociología y la teología han aislado este malestar y le han dado un nombre. Pero se considera un problema masculino. Para el hombre, se define como la crisis del crecimiento, de la elección de su identidad, «la decisión acerca de lo que uno es y va a ser» en palabras del brillante psicoanalista Erik H. Erikson:

> A la gran crisis de la adolescencia la he denominado crisis de identidad; se produce en ese periodo del ciclo vital en el que cada joven debe crear para sí mismo alguna perspectiva y dirección básicas, alguna unidad de funcionamiento, a partir de los remanentes efectivos de su infancia y de las esperanzas de su anticipada edad adulta; debe detectar algún parecido significativo entre lo que ha conseguido ver en sí

mismo y lo que su conciencia agudizada le dice que los demás consideran y esperan que llegue a ser [...]. En algunas personas, en algunas clases, en algunos periodos de la historia, la crisis será mínima; en otras personas, clases y periodos, la crisis quedará claramente señalada como un periodo crítico, una especie de «segundo nacimiento», y puede verse agravada bien por grandes neurosis bien por un malestar ideológico dominante[1].

En este sentido, la crisis de identidad en la vida de un hombre posiblemente refleje, o inicie, un renacimiento o una nueva fase en el desarrollo de la humanidad. «En algunos periodos de su historia y en algunas fases de su ciclo vital, el hombre necesita una nueva orientación ideológica con la misma urgencia y la misma dependencia con las que necesita el aire y el alimento», dice Erikson, interpretando bajo este nuevo prisma la crisis del joven Martín Lutero, que abandonó un monasterio católico a finales de la Edad Media para forjar una nueva identidad para sí mismo y para el hombre occidental.

La búsqueda de una identidad no es nueva en el pensamiento norteamericano —aunque en cada generación, cada hombre que escribe sobre ella la vuelve a descubrir. En Estados Unidos, desde el principio, se ha entendido que los hombres se deben lanzar al futuro; el ritmo siempre ha sido demasiado rápido para que la identidad del hombre pudiera detenerse. En cada generación, muchos hombres han padecido sufrimiento, infelicidad e incertidumbre porque no podían utilizar como imagen del hombre que querían ser la de su padre. La búsqueda de una identidad de los jóvenes que no pueden volver a casa siempre ha sido un tema fundamental para los escritores norteamericanos. En Estados Unidos siempre se ha considerado adecuado, bueno, que los hombres sufrieran estas agonías del crecimiento para buscar y encontrar su propia identidad. El chico granjero se iba a la ciudad, el hijo del sastre se hacía médico, Abraham Lincoln aprendió a leer él solo —todas estas son algo más que historias del paso de pobre a rico. Formaban parte integrante del sueño americano. El problema para muchos era el dinero, la raza, el color, la clase, que constituían un obstáculo para poder elegir— y no lo que llegarían a ser si tuvieran libertad de elección.

[1] Erik H. Erikson, *Young Man Luther, A Study in Psychoanalysis and History,* Nueva York, 1958, págs. 15 y ss. Véase también Erikson, *Childhood and Society,* Nueva York, 1950, y Erikson, «The Problem of Ego Identity», *Journal of the American Psychoanalytical Association,* vol. 4, 1956, págs. 56-121.

Incluso hoy en día un joven aprende bastante pronto que tiene que decidir quién quiere ser. Si no lo decide a finales del bachillerato, en el instituto o en la universidad, de alguna manera tiene que resolverlo antes de cumplir veinticinco o treinta años de edad, pues de lo contrario está perdido. Pero esta búsqueda de una identidad se considera un problema mayor ahora porque cada vez son más los chicos que no aciertan a encontrar referentes en nuestra cultura —en sus padres o en otros varones— que les ayuden en su búsqueda. Las viejas fronteras han sido conquistadas y los límites de lo nuevo no están tan claramente marcados. Cada vez son más los jóvenes estadounidenses que hoy día sufren una crisis de identidad al no encontrar ningún referente de hombre que les merezca la pena seguir, a falta de un propósito que de verdad les permita desarrollar plenamente sus capacidades humanas.

Pero ¿por qué los teóricos no han detectado esta misma crisis de identidad en las mujeres? En términos de los viejos convencionalismos y de la nueva mística de la feminidad no se espera que las mujeres crezcan y tengan que descubrir quiénes son, que elegir su identidad humana. La anatomía constituye el destino de las mujeres, dicen los teóricos de la feminidad; la identidad de las mujeres la determina su biología.

¿Pero es esto cierto? Cada vez más mujeres se están haciendo esta pregunta. Como si despertaran de un coma, se preguntan: «¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo aquí?» Por primera vez en su historia, las mujeres están adquiriendo conciencia de una crisis de identidad en sus propias vidas, crisis que empezó hace muchas generaciones, se ha agravado con cada generación sucesiva y no se solucionará hasta que ellas, o sus hijas, se adentren por una vía desconocida y forjen para sí mismas y para sus vidas una nueva imagen, la que tantas mujeres necesitan hoy tan desesperadamente.

En cierto sentido que va más allá de la vida de cualquier mujer individual, creo que ésta es la crisis de las mujeres que están creciendo —un hito que marca la transición desde una inmadurez que se ha dado en llamar feminidad hacia la identidad humana plena. Creo que las mujeres tuvieron que sufrir esta crisis de identidad, que empezó hace unos cien años, y siguen teniendo que padecerla hoy, sencillamente para llegar a ser personas plenas.

Capítulo 4

La apasionada travesía

Fue la necesidad de una nueva identidad la que lanzó a las mujeres, hace un siglo, a una apasionada travesía, esa vilipendiada y malinterpretada travesía que las sacaba de casa.

Desde hace cierto tiempo se ha puesto de moda hacer escarnio del feminismo como una de esas bromas pesadas de la historia: sentir conmiseración, reírse de aquellas anticuadas feministas que lucharon por los derechos de las mujeres a una educación superior, al desarrollo de la carrera profesional y al voto. Eran unas víctimas neuróticas de la envidia del pene que querían ser hombres, según se dice ahora. En su lucha por la libertad de las mujeres de participar en las principales tareas y decisiones de la sociedad en pie de igualdad con los hombres, negaron su naturaleza misma como mujeres, cuya plenitud sólo se alcanza a través de la pasividad sexual, la aceptación de la dominación masculina y la maternidad nutricia.

Pero si no me equivoco, es esta primera travesía la que encierra la clave de gran parte de lo que les ha ocurrido a las mujeres desde entonces. El hecho de no reconocer la existencia real de la pasión que movió a aquellas mujeres a abandonar sus hogares en busca de una nueva identidad o, si se quedaban en casa, a anhelar amargamente algo más, constituye uno de esos extraños puntos ciegos de la psicología contemporánea. El suyo fue un acto de rebeldía, un violento rechazo de la identidad femenina tal como estaba definida. Fue la necesidad de una nueva identidad la que indujo a aquellas apasionadas feministas a forjar nuevas sendas para las mujeres. Algunas de aquellas sendas fueron inesperadamen-

te dificultosas, otras eran callejones sin salida y otras tal vez fueran falsas, pero la necesidad que tuvieron las mujeres de encontrar nuevas sendas era real.

En aquella época el problema de la identidad era nuevo para las mujeres, verdaderamente nuevo. Las feministas estaban siendo pioneras a la vanguardia de la evolución de las mujeres. Tuvieron que demostrar que las mujeres eran humanas. Tuvieron que hacer añicos, en ocasiones con violencia, la figurilla de porcelana que representaba el ideal femenino del siglo XIX. Tuvieron que demostrar que la mujer no era un Espejo pasivo y vacío, un objeto decorativo recargado e inútil, un animal descerebrado, una cosa de la que otros pudieran disponer, incapaz de hacer oír su voz en su propia existencia, antes de que pudieran siquiera empezar a luchar por los derechos que las mujeres necesitaban para convertirse en seres humanos en pie de igualdad con los varones.

El eterno femenino, la mujer infantil, el sitio de la mujer es el hogar [...]. Eso es lo que les decían. Pero el hombre estaba cambiando; su lugar se hallaba en el mundo y el mundo se estaba ampliando. La mujer se estaba quedando atrás. La anatomía era su destino; podía morir al dar a luz o vivir para llegar a los treinta y cinco o parir a los doce, mientras que el hombre controlaba su destino con esa parte de su anatomía que ningún otro animal posee: su mente.

Las mujeres también tenían mente. Y también tenían la necesidad humana de crecer. Pero el trabajo que alimenta la vida y hace que avance ya no se hacía en casa, y a las mujeres no se las formaba para comprender el mundo y trabajar en él. Recluida en el hogar, como una niña más entre sus niños, pasiva, sin que ninguna parte de su existencia estuviera bajo su propio control, una mujer sólo podía existir agradando al hombre. Dependía totalmente de la protección de éste en un mundo en cuyo diseño no participaba. El mundo masculino. Nunca pudo crecer para plantear preguntas humanas tan sencillas como «¿Quién soy? ¿Qué es lo que quiero?».

Aun cuando el hombre la amaba como niña, como muñeca, como objeto decorativo; aun cuando le diera rubíes, sedas y terciopelos; aun cuando estuviera calentita en su casa, segura con sus hijos, ¿acaso no iba a anhelar algo más? En aquella época el hombre la definía tan totalmente como objeto —ella misma nunca se definía como sujeto, como «yo»— que ni siquiera se suponía que tuviera que disfrutar del acto sexual o participar activamente en él. «Gozó de ella [...]. Halló solaz en ella», se solía decir. ¿Acaso es tan difícil comprender que la emancipación, el derecho a la humanidad plena, fue lo suficientemente importante para ciertas generaciones de mujeres, algunas de las cuales todavía están vivas o han muerto recientemente, como para que algunas lucharan con uñas y dientes, fueran a la cárcel e incluso murieran por ello? Y por el derecho al crecimiento humano, algunas mujeres negaron su propia sexualidad, el deseo de amar y de ser amadas por un hombre, y de tener hijos.

El hecho de que la pasión y el juego del movimiento feminista procediera de unas brujas amargadas y sedientas de sexo que odiaban a los hombres, de mujeres castradoras y asexuadas tan consumidas por la envidia del órgano masculino que querían cortárselo a todos los hombres, o destruirlos, reivindicando sus derechos únicamente porque no tenían la capacidad de amar como mujeres, es una perversión de la historia que curiosamente nunca se ha cuestionado. Mary Wollstonecraft, Angelina Grimké, Ernestine Rose, Margaret Fuller, Elizabeth Cady Stanton, Julia Ward Howe y Margaret Sanger amaron todas, fueron amadas y se casaron; al parecer muchas vivieron con pasión sus relaciones con su amante o su marido, en una época en la que la pasión en las mujeres se prohibía tanto como la inteligencia; con la misma pasión con la que luchaban para que las mujeres tuvieran oportunidad de crecer y de alcanzar toda su dimensión humana. Pero si éstas, y otras como Susan Anthony, cuya fortuna o amarga experiencia la alejó del matrimonio, lucharon para que las mujeres tuvieran oportunidad de realizarse como tales, no con respecto al hombre, sino como individuas, fue por una necesidad tan real y acuciante como la necesidad de amar («Lo que la mujer necesita —dice Margaret Fuller— no es actuar o gobernar como mujer, sino crecer como ser vivo, discernir como intelecto, vivir libre como alma y desarrollar estos poderes sin impedimentos, tal como le fueron dados»).

Las feministas sólo contaban con un modelo, un referente, una visión de un ser humano pleno y libre: el varón. Porque hasta muy recientemente, sólo los varones (aunque tampoco todos ellos) han gozado de la libertad y la educación necesarias para desarrollar plenamente todas sus capacidades, para abrir nuevos caminos y crear y descubrir, y para trazar nuevas sendas para futuras generaciones. Sólo los varones tenían derecho al voto: la libertad de dar forma a las principales decisiones de la sociedad. Sólo los varones tenían la libertad de amar y de gozar del amor y de decidir por sí mismos y ante los ojos de su Dios acerca de las cuestiones del bien y del mal. ¿Querían las mujeres gozar de aquellas libertades porque querían ser varones? ¿O lo querían porque también eran humanas?

Henrik Ibsen se dio cuenta simbólicamente de que en eso consistía el feminismo. Cuando en la obra *Casa de muñecas* de 1879 dijo que la mujer era sencillamente un ser humano, marcó un hito en la literatura. En

aquellos tiempos victorianos, miles de mujeres de clase media de Europa y América se vieron reflejadas en Nora. Y en 1960, casi un siglo después, millones de amas de casa estadounidenses, que vieron la obra por televisión, también se vieron a sí mismas cuando oyeron decir a Nora:

> Siempre fuiste tan amable conmigo. Pero nuestro hogar no ha sido más que un cuarto de los juguetes. Yo he sido tu esposa-muñeca, del mismo modo que en casa yo era de niña la muñeca de papá; y aquí nuestros hijos han sido mis muñecas. A mí me parecía muy divertido cuando jugabas conmigo, del mismo modo que a ellos les parecía divertido cuando jugaba con ellos. Eso es lo que ha sido nuestro matrimonio, Torvald [...].
>
> ¿Qué capacidad tengo para criar a los niños? [...] Hay otra tarea que debo hacer primero. Debo tratar de educarme a mí misma —y tú no eres el hombre más indicado para ayudarme a hacerlo. Debo hacerlo por mí misma. Y por eso te voy a dejar ahora [...]. Tengo que estar a solas si es que pretendo comprenderme a mí misma y comprender todo lo que tiene que ver conmigo. Por esa razón no puedo permanecer más tiempo junto a ti...

Su desconcertado marido le recuerda a Nora que «el deber más sagrado» de las mujeres es atender a su esposo y a sus hijos. «Antes que nada, eres esposa y madre», le dice. Nora le contesta:

> Creo que antes que nada soy un ser humano dotado de razón, igual que lo eres tú —o en cualquier caso, que debo tratar de convertirme en uno. Sé perfectamente, Torvald, que la mayoría de la gente pensaría que tienes razón, y que las ideas de este tipo son las que están en los libros; pero ya no puedo contentarme con lo que la mayoría de la gente dice o con lo que puede leerse en los libros. He de pensar las cosas por mí misma y tratar de comprenderlas...

Es un lugar común de nuestra época que algunas mujeres dedicaron medio siglo a luchar por los «derechos» y el otro medio a preguntarse si al fin y al cabo querían disfrutar de ellos. Los «derechos» levantan sospechas entre aquellas personas que han crecido después de haber sido conquistados. Pero al igual que Nora, las feministas tuvieron que conquistar esos derechos antes de que pudieran empezar a vivir y a amar como seres humanos. No fueron muchas las mujeres —ni tampoco lo son ahora— que entonces se atrevieron a darle la espalda a sus hogares y a sus maridos e iniciar la búsqueda que planteaba Nora. Pero muchas de ellas, tanto antes como ahora, debieron encontrar su existencia de amas de casa tan vacía que ya no podían disfrutar del amor de su marido y de sus hijos.

Algunas de ellas —e incluso unos pocos hombres que se dieron cuenta de que a la mitad de la humanidad se le había negado el derecho a realizarse como personas plenas— decidieron cambiar las condiciones que tenían prisioneras a las mujeres. Aquellas condiciones se resumieron con ocasión de la primera Convención de los Derechos de la Mujer de Seneca Falls en Nueva York en 1848, que recogió una lista de quejas de las mujeres contra los hombres:

> [El varón] la ha obligado a someterse a las leyes en cuya redacción no tiene voz [...]. A la que está casada, a los ojos de la ley la ha convertido en un difunto civil. La ha privado de cualquier derecho de propiedad, incluso del salario que cobra [...]. En el contrato matrimonial, se ve obligada a prometerle obediencia a su marido, que se convierte a todos los efectos y para todos los fines en su amo —pues la ley le otorga el poder de privarla de su libertad y de castigarla [...]. Le cierra el paso a todas las vías de riqueza y distinción que considera más honrosas para sí mismo. No se la conoce como maestra de teología, medicina o derecho. Le ha negado cualquier posibilidad de acceder a una educación rigurosa y todas las universidades le están cerradas [...]. Ha creado una falsa sensación pública al presentar al mundo un código moral, distinto para hombres y para mujeres, según el cual los comportamientos moralmente condenables que excluyen a las mujeres de la sociedad no sólo se toleran en el caso del hombre sino que se consideran de escasa importancia. Le ha usurpado la prerrogativa del propio Jehová, reclamando como derecho propio la asignación a la mujer de un ámbito de actuación, cuando eso es asunto de la conciencia y del Dios de cada mujer. Se ha empeñado de todas las maneras posibles en destruir su confianza en sus propios poderes, en rebajar su autoestima y en que se preste a llevar una vida dependiente y abyecta.

Éstas eran las condiciones que las feministas decidieron abolir hace un siglo, condiciones que hacían que las mujeres fueran lo que eran: «femeninas», tal como esto se definía entonces y todavía se sigue definiendo.

No es casualidad que la lucha para liberar a las mujeres empezara en Estados Unidos en las postrimerías de la guerra de independencia ni que se consolidara con el movimiento para la liberación de los esclavos[1]. Thomas Paine, portavoz de la Revolución norteamericana, fue de los pri-

[1] Véase Eleanor Flexner, *Century of Struggle: The Woman's Rights Movement in the United States,* Cambridge, Massachusetts, 1959. Esta historia definitiva del movi-

meros en condenar en 1775 la situación de las mujeres, «incluso en aquellos países en los que puede considerarse que son más felices, limitadas en sus deseos y en la disposición de sus bienes, privadas de la libertad y de la voluntad por las leyes, esclavas de la opinión [...]». Durante la Revolución, unos diez años antes de que Mary Wollstonecraft encabezara el movimiento feminista en Inglaterra, una mujer estadounidense, Judith Sargent Murray, dijo que la mujer necesitaba saber cómo plantearse nuevos objetivos y que crecería alcanzándolos. En 1837, el año en que la universidad de Mount Holyoke abrió sus puertas para brindarles a las mujeres su primera oportunidad de acceder a una formación académica equivalente a la de los varones, las mujeres también celebraban su primera convención nacional contra la esclavitud en Nueva York. Las mujeres que iniciaron formalmente el movimiento por los derechos de las mujeres en Seneca Falls se congregaron al ver cómo les negaban escaños en la convención contra la esclavitud en Londres. Ocultas tras una cortina en la galería, Elizabeth Stanton, a la sazón en su luna de miel, y Lucretia Mott, una recatada madre de cinco hijos, decidieron que los esclavos no eran los únicos que necesitaban libertad.

Dondequiera y cuandoquiera que en el mundo haya habido un pronunciamiento a favor de la libertad humana, las mujeres han conquistado un fragmento de ésta para sí. No fue la lucha de los sexos lo que estaba en juego en la Revolución francesa, en la liberación de los esclavos en Norteamérica, en el derrocamiento del zar en Rusia, en la expulsión de los británicos de India; pero cuando la idea de la libertad humana mueve la mente de los hombres también mueve la mente de las mujeres. La cadencia de la Declaración de Seneca Falls se inspira directamente en la Declaración de Independencia:

> Cuando, en el transcurso de los acontecimientos humanos, se hace necesario que una parte de la familia humana ocupe entre los pueblos de la tierra una posición diferente a la que anteriormente ocupó [...]. Consideramos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres y las mujeres fueron creados iguales.

El feminismo no era ninguna broma de mal gusto. La revolución feminista tuvo que darse sencillamente porque a las mujeres se las frenó en una fase de la evolución que quedaba muy por debajo de su capacidad humana. «Las funciones domésticas de la mujer no agotan sus capacidades», predicaba el reverendo Theodore Parker en Boston en 1853. «Hacer que la mitad de la raza humana consagre su energía a las funciones de ama de casa, esposa y madre es un monstruoso desperdicio del material más precioso que Dios jamás haya creado.» Y cual hilo brillante y a veces peligroso que recorriera la historia del movimiento feminista, también se hallaba la idea de que la igualdad de las mujeres era necesaria para liberar tanto a los hombres como a las mujeres y permitir su plenitud sexual[2]. Porque la degradación de la mujer también degradaba el matrimonio, el amor y todas las relaciones entre mujeres y hombres. Después de la revolución sexual, según dijo Robert Dale Owen, «el monopolio del sexo perecerá con el resto de monopolios injustos; y las mujeres no estarán limitadas a una sola virtud, a una sola pasión, a una sola ocupación»[3].

Las mujeres y los hombres que iniciaron aquella revolución previeron «una cantidad nada despreciable de ideas falsas, de tergiversaciones y de ridículo». Y las padecieron. Las primeras que hablaron en público a favor de los derechos de las mujeres en Estados Unidos —Fanny Wright, hija de un noble escocés, y Ernestine Rose, hija de un rabino— fueron calificadas respectivamente de «ramera roja de infidelidad» y de «mujer mil veces más vil que una prostituta». La declaración de Seneca Falls suscitó tal avalancha de comentarios —«Revolución», «Insurrección entre las mujeres», «El reino de las enaguas», «Blasfemia»— por parte de los periódicos y de los representantes de la Iglesia que las más pusiláni-

miento a favor de los derechos de las mujeres en Estados Unidos, publicado en 1959 en el momento álgido de la era de la mística de feminidad, no recibió la atención que merece, ni por parte de eruditos ni de lectores inteligentes. En mi opinión, habría que exigir que lo leyeran todas las chicas que ingresan en un *college* en Estados Unidos. Una de las razones por las que la mística prevalece es que muy pocas mujeres que en la actualidad no hayan cumplido los cuarenta conocen los hechos relacionados con el movimiento a favor de los derechos de las mujeres. Estoy en deuda con Miss Flexner por muchas claves factuales que, de no ser por sus indicaciones, seguramene habría pasado por alto en mi intento por llegar a la verdad que se oculta detrás de la mística de la feminidad y la monstruosa imagen que ofrece de las feministas.

[2] Véase Sidney Ditzion, *Marriage, Morals and Sex in America – A History of Ideas*, Nueva York, 1953. Este extenso ensayo biográfico del bibliotecario de la Universidad de Nueva York documenta la continua interrelación entre los movimientos a favor de la reforma social y sexual en Norteamérica y, de manera específica, entre el movimiento de hombres para una mayor autorrealización y por la plenitud sexual y el movimiento a favor de los derechos de las mujeres. Los discursos y otros textos compilados revelan que tanto los hombres como las mujeres que lo lideraron con frecuenta plantearon el movimiento para la emancipación de las mujeres desde la perspectiva de «crear un equilibrio justo de poder entre los sexos» para una «expresión más satisfactoria de la sexualidad para ambos sexos».

[3] *Ibíd.*, pág. 107.

mes retiraron su firma. Las escabrosas noticias que hablaban de «amor libre» y de «adulterio legalizado» competían con fantásticos relatos de sesiones en los tribunales, sermones en la iglesia y operaciones quirúrgicas interrumpidas porque a una abogada, a una pastora o a una médica se les había antojado de pronto obsequiar a su marido con un bebé.

A cada paso del camino, las feministas tuvieron que enfrentarse a la idea de que estaban violando la naturaleza que Dios había dado a las mujeres. Las convenciones a favor de los derechos de las mujeres eran interrumpidas por predicadores que blandían Biblias y citaban las Santas Escrituras: «San Pablo dijo que [...] la cabeza de cada mujer es el hombre...» «Que vuestras mujeres guarden silencio en las iglesias, pues a ellas no les está permitido hablar...» «Y si han de aprender algo, que se lo pregunten a sus maridos en casa; porque es una vergüenza que las mujeres hablen en la iglesia...» «Mas yo no soporto que una mujer enseñe, ni usurpe autoridad al hombre, sino que esté en silencio; pues Adán fue el primero creado y luego fue Eva...» «San Pedro dijo: por lo tanto vosotras, esposas, estaréis sujetas a vuestros maridos.»

Reconocerles a las mujeres los mismos derechos que a los hombres destruiría aquella «naturaleza más dócil y afable que no sólo les hace achicarse ante la confusión y la batalla de la vida pública, sino que las descalifica para ella», profirió hipócritamente un senador de Nueva Jersey en 1866. «Ellas tienen una misión más elevada y más sagrada. La de moldear en la intimidad el carácter de los futuros hombres. Su misión, en casa y a través de acicates y de amor, consiste en calmar las pasiones de los hombres cuando vuelven al hogar de la batalla de la vida y no en sumarse a la contienda para echar más leña a las mismísimas llamas.»

«No da la sensación de que les baste haberse privado a sí mismas de sexualidad, sino que quieren hacerlo con todas las hembras del país», dijo un miembro de la asamblea legislativa de Nueva York contrario a una de las primeras peticiones de reconocerle a la mujer casada el derecho a la propiedad y al salario. Alegando que «Dios creó al hombre como representante de la raza» y luego «tomo de su costado la materia para crear a la mujer» y la puso a su lado entregándosela en matrimonio como «una carne, un ser», la asamblea denegó con petulancia la petición: «un poder superior a aquel del que emanan los actos legislativos ha emitido el mandato de que hombre y mujer no son iguales»[4].

[4] Yuri Suhl, *Ernestine L. Rose and the Battle for Human Rights,* Nueva York, 1959, pág. 158. El texto presenta un vívido relato de la lucha por el derecho de la mujer casada a la propiedad y a administrar su propio salario.

El mito de que aquellas mujeres eran «monstruos antinaturales» se basaba en la creencia de que destruir la inferioridad de las mujeres dictada por Dios supondría la destrucción del hogar y convertiría a los hombres en esclavos. Este tipo de mitos surgen en cualquier clase de revolución que consiga que una nueva porción de la familia humana progrese hacia la igualdad. La imagen de las feministas como feroces e inhumanas devoradoras de hombres, ora expresada como una ofensa a Dios ora en los términos modernos de la perversión sexual, es bastante parecida al estereotipo del negro como animal primitivo o del sindicalista como anarquista. Lo que la terminología sexual oculta es el hecho de que el movimiento feminista fuera una revolución. Y por supuesto que hubo excesos, como en cualquier revolución, pero los excesos de las feministas eran en sí mismos una demostración de la pertinencia de esa revolución. Surgían de la degradante realidad de la vida de las mujeres, de la impotente sumisión que disimulaba un delicado decoro que convertía a las mujeres en objetos de un desprecio tan escasamente velado por los hombres que hasta sentían desprecio por sí mismas, y eran un apasionado repudio de la misma. Obviamente, costó mayor esfuerzo librarse de ese desprecio propio y ajeno que de las condiciones que lo habían provocado.»

Por supuesto que envidiaban a los hombres. Algunas de las primeras feministas se cortaron el pelo, llevaban *bloomers* y trataron de emular a los hombres. Considerando las vidas que habían visto llevar a sus madres, considerando su propia experiencia, aquellas mujeres apasionadas tenían buenas razones para rechazar la imagen convencional de la mujer. Algunas incluso rechazaron el matrimonio y la maternidad para sí mismas. Pero al darle la espalda a la vieja imagen femenina, al luchar por su liberación y por la de todas las mujeres, algunas de ellas se convirtieron en mujeres de un tipo distinto. Se convirtieron en seres humanos plenos.

Hoy en día el nombre de Lucy Stone sugiere la imagen de una furia devoradora de hombres, ataviada con pantalones y blandiendo un paraguas. Al hombre que la amaba le costó mucho tiempo convencerla de que se casara con él, y aunque ella lo amaba a él y mantuvo viva la llama de su amor durante su larga vida, nunca llevó su apellido. Cuando nació, su dulce madre gritó: «¡Vaya, cuánto lo siento: es una niña! La vida de las mujeres es tan dura...» Poco antes de dar a luz a aquella niña en 1818, esta madre, en su alquería del oeste de Massachusetts, había ordeñando ocho vacas porque una súbita tormenta había requerido todas las manos disponibles en el sembrado: era más importante salvar la cosecha que proteger a una madre a punto de dar a luz. Aunque esta dul-

ce y cansada madre asumía el interminable trabajo de la granja y tuvo nueve hijos, Lucy Stone creció con la convicción de que «en casa sólo se cumplía una voluntad, y era la de mi padre».

Se rebeló contra el hecho de haber nacido niña, si es que eso suponía ser tan insignificante como lo decía la Biblia, como lo decía su madre. Se rebeló porque alzaba la mano para pedir la palabra en las reuniones de la parroquia y, una y otra vez, la ignoraban. En el círculo de costura de la parroquia, donde estaba haciendo una camisa para ayudar a un joven a entrar en el seminario de teología, oyó a Mary Lyon hablar de la educación para las mujeres. Dejó la camisa a medio acabar y, a los dieciséis años de edad, empezó a enseñar en la escuela a cambio de un dólar semanal y estuvo ahorrando su sueldo durante nueve años hasta que tuvo bastante dinero para ir a la universidad. Quería formarse para «defender no sólo al esclavo sino a la humanidad sufriente de cualquier lugar. Deseo especialmente trabajar para mejorar la condición de mi propio sexo». Pero en Oberlin, donde fue una de las primeras mujeres que se licenciaron del «curso normal», tuvo que practicar la oratoria en secreto en los bosques. Incluso en Oberlin tenían prohibido a las chicas hablar en público.

Lavarles la ropa a los hombres, arreglar sus habitaciones, servirles la mesa, escuchar sus discursos, pero ellas a su vez permanecer respetuosamente calladas en las asambleas públicas: a las mujeres matriculadas en Oberlin se las preparaba para ejercer una maternidad inteligente y para ser esposas debidamente sumisas[5].

Lucy Stone era una mujer de aspecto menudo, con una voz dulce y clara capaz de acallar a una muchedumbre violenta. Los sábados y los domingos solía pronunciar discursos abolicionistas, pues era agente de la Sociedad contra la Esclavitud, y a favor de los derechos de las mujeres el resto de la semana por su propia cuenta —y hacía frente y se imponía a hombres que la amenazaban con porras o le tiraban libros de oración y huevos a la cabeza; en cierta ocasión, en medio del invierno, metieron una manguera por la ventana y la regaron con agua helada.

En una ciudad, se difundió la noticia habitual de que una mujer corpulenta y masculina, que calzaba botas, fumaba puros y juraba como un carretero, había llegado para pronunciar un discurso. Las damas que acudieron a oír a aquella extravagante se quedaron boquiabiertas al ver a

[5] Flexner, *op. cit.*, pág. 30.

Lucy Stone, menuda y delicada, enfundada en un vestido de seda negra con un cuello de encaje blanco, «prototipo de la gracia femenina [...] fresca y hermosa como la mañana»[6].

Su voz ofendió de tal modo a las fuerzas partidarias de la esclavitud que el *Boston Post* publicó un duro poema que prometía que «las vehementes trompetas de la fama resonarán» para alabar al hombre que «con un beso de boda le cierre la boca a Lucy Stone». Ésta consideraba que «el matrimonio es para la mujer un estado de esclavitud». Aun después de que Henry Blackwell fuera en pos de ella desde Cincinnati hasta Massachusetts («Era como una locomotora desde el día en que nació», se quejaba él), prometiera «repudiar la supremacía de la mujer o del hombre en el matrimonio» y le escribiera: «Te conocí en el Niágara y me senté a tus pies junto a la catarata, mirando las oscuras aguas con un anhelo apasionado e insatisfecho que no compartía con nadie en mi corazón y que nunca conocerás ni entenderás», y pronunciara un discurso a favor de los derechos de las mujeres; aun después de haber reconocido ella que lo amaba y haberle escrito «No hay prácticamente nada que puedas decirme que yo no sepa acerca del vacío de una vida solitaria», la decisión de casarse con él siguió causándole cegadoras jaquecas.

En su boda, el pastor Thomas Higginson contaba que «la heroica Lucy lloró como cualquier novia de pueblo». El pastor también dijo: «Nunca celebro una ceremonia matrimonial sin tener cada vez la sensación de la iniquidad de un sistema en el que marido y mujer son uno, y ese uno es el marido.» Y luego envió a los periódicos, para que otras parejas se inspiraran en él, el pacto que Lucy Stone y Henry Blackwell sellaron con un apretón de manos antes de los votos matrimoniales:

> Al tiempo que reconocemos nuestro mutuo afecto asumiendo públicamente la relación de marido y mujer [...] consideramos que es nuestro deber declarar que este acto no implica por nuestra parte sanción alguna ni promesa voluntaria de obediencia a aquellas leyes vigentes del matrimonio que se niegan a reconocer a la mujer como un ser independiente y racional y que le confieren al marido una superioridad ofensiva y contra natura[7].

Lucy Stone, su amiga la hermosa reverenda Antoinette Brown (que luego se casaría con el hermano de Henry), Margaret Fuller, Angelina

[6] Elinor Rice Hays, *Morning Star, A Biography of Lucy Stone,* Nueva York, 1961, pág. 83.

[7] Flexner, *op. cit.*, pág. 64.

Grimké, Abby Kelly Foster —todas ellas se resistieron a casarse a temprana edad y de hecho no se casaron hasta que, en su lucha contra la esclavitud y a favor de los derechos de las mujeres, no empezaron a encontrar una identidad como mujeres que sus madres no habían conocido. Algunas de ellas, como Susan Anthony y Elizabeth Blackwell, nunca se casaron; Lucy Stone conservó su nombre de soltera, fruto de un temor más que simbólico de que convertirse en esposa era morir como persona. El concepto que se conoce como «femme couverte»* que figuraba en la ley, suspendía el «ser mismo o la existencia legal de una mujer» tras el matrimonio. «Para una mujer casada, su nuevo yo es su superior, su compañero, su amo.»

Si bien es cierto que las feministas eran «mujeres decepcionadas», como sus enemigos decían ya entonces, lo cierto es que casi todas las mujeres que vivían en aquellas condiciones tenían sobradas razones para sentirse decepcionadas. En uno de los discursos más conmovedores de su vida, Lucy Stone dijo en 1855:

> Desde los primeros años a los que es capaz de remontarse mi memoria, me he sentido decepcionada como mujer. Cuando, con mis hermanos, trataba de llegar a las fuentes del conocimiento, me reprobaban diciéndome: «Esto no es adecuado para ti; no es propio de una mujer» [...] en la educación, en el matrimonio, en la religión, en todo, la decepción es lo que espera a las mujeres. Dedicaré toda mi vida ha hacer más profunda esta decepción en el corazón de cada mujer hasta que ésta ya no pueda resistirlo más[8].

A lo largo de su vida, Lucy Stone presenció la transformación radical de las leyes de prácticamente todos los Estados con relación a las mujeres y cómo los institutos y los dos tercios de los *colleges* de Estados Unidos les abrían sus puertas. Su marido y su hija, Alice Stone Blackwell, dedicaron su vida, tras la muerte de Lucy en 1893, a la batalla inacabada por la conquista del voto femenino. Al final de su apasionada travesía, pudo decir que se alegraba de haber nacido mujer. La víspera del decimoséptimo cumpleaños de su hija, le escribió:

> Confío en que mi madre verá y sabrá lo feliz que soy de haber nacido, en una época en la que había tanto por hacer y en la que pude echar una mano. ¡Mi querida y anciana madre! Tuvo una vida muy dura y lamentó haber dado a luz a otra niña que tendría que compartir y padecer la dura vida de una mujer [...]. Pero me siento absolutamente dichosa de que esa niña fuera yo[9].

En algunos hombres, en algunas épocas de la historia, la pasión por la libertad ha sido tan fuerte como las pasiones habituales del amor sexual, o más. El que esto fuera el caso de muchas de aquellas mujeres que lucharon para liberar a las mujeres es sin duda un hecho, independientemente de cómo se explique la fuerza de esa otra pasión. A pesar de las caras de pocos amigos y de las burlas de sus maridos y padres, a pesar de la hostilidad, cuando no del maltrato liso y laso, al que se vieron sometidas por su comportamiento tan «poco femenino», las feministas prosiguieron con su cruzada. Ellas mismas sufrieron la tortura de las dudas de la introspección a cada paso del camino. Unas amigas le escribieron a Mary Lyon que no era propio de una dama viajar por toda Nueva Inglaterra con un bolso de terciopelo verde, recaudando dinero para fundar su universidad para mujeres. «¿Qué es lo que estoy haciendo que no sea adecuado?», preguntó. «Viajo en diligencia o en tren sin carabina [...] Mi corazón está apenado y me duele el alma de tanta vacua mojigatería, de tan remilgada nadería. Estoy haciendo un gran trabajo, no puedo dejarlo.»

La adorable Angelina Grimké se sintió desvanecer cuando aceptó lo que se suponía era una broma y resultó ser hablar ante la cámara de Massachusetts sobre las peticiones contra la esclavitud, siendo la primera mujer que compareció ante un órgano legislativo. Una carta pastoral denunció su comportamiento nada femenino:

> Llamamos su atención acerca de los peligros que en la actualidad al parecer amenazan el carácter femenino, causando un extendido y duradero perjuicio [...]. El poder de una mujer es su dependencia, que emana de la conciencia de esa debilidad que Dios le ha concedido para protegerla [...]. Pero cuando se atribuye el lugar y el tono del hombre como reformador público [...], su carácter se convierte en algo contra natura. Si la cepa, cuya fuerza y belleza radica en descansar sobre el emparrado y disimular sus racimos, decide acceder a la independencia y a la capacidad de dar sombra del olmo, no sólo dejará de dar fruto sino que caerá en la vergüenza y en el deshonor, cubriéndose de polvo[10].

* Literalmente, «mujer cubierta», en francés en el original, término arcaico que se refiere a la situación legal de la mujer casada, bajo la tutela o «cobertura» de su marido. *[N. de la T.]*

[8] Hays, *op. cit.*, pág. 136.

[9] *Ibíd.*, pág. 285

[10] Flexner, *op. cit.*, pág. 46.

Algo más que el desasosiego y la frustración la indujeron a negarse a «callar por vergüenza» e hizo que las amas de casa de Nueva Inglaterra caminaran tres, seis o doce kilómetros en las tardes de invierno para ir a escucharla.

La identificación emocional de las mujeres estadounidenses con la lucha por la liberación de los esclavos podrá o no dar testimonio del fomento inconsciente de su propia rebelión. Pero es un hecho innegable que, al organizar actividades, hacer peticiones y hablar en público a favor de la liberación de los esclavos, las mujeres estadounidenses aprendieron a liberarse a sí mismas. En el sur, donde la esclavitud mantenía a las mujeres encerradas en casa y donde éstas no tenían acceso a los estudios ni a la labor de las pioneras ni a las batallas sociales por la educación, la vieja imagen de la feminidad reinaba incólume y había pocas feministas. En el norte, las mujeres que participaron en el Underground Railroad* o que colaboraron de alguna otra manera en la liberación de los esclavos, nunca volvieron a ser las mismas. El feminismo también se extendió con los vagones del ferrocarril por el oeste, donde la frontera prácticamente equiparó a las mujeres con los hombres desde el principio (Wyoming fue el primer estado que les concedió el voto). Individualmente, las feministas al parecer no tenían más razones que el resto de mujeres de su época para envidiar u odiar a los hombres. Pero lo que sí que tenían era respeto por sí mismas, valor y fuerza. Ya amaran u odiaran a los hombres, escaparan de ellos o sufrieran humillaciones por parte de éstos en sus propias vidas, se sentían identificadas con las mujeres. Las mujeres que aceptaban unas condiciones degradantes para ellas sentían desprecio por sí mismas y por todas las mujeres. Las feministas que combatieron aquellas condiciones se liberaron de ese desprecio y tenían menos razones para envidiar a los hombres.

La convocatoria de aquella primera Convención de los Derechos de la Mujer tuvo lugar porque una mujer con estudios, que ya había participado en la transformación de la sociedad en su calidad de abolicionista, se vio abocada a hacer frente a las cargas y al aislamiento de una ama de casa en una pequeña ciudad. Al igual que la mujer graduada del *college* con seis hijos del barrio residencial de hoy, Elizabeth Cady Stanton se trasladó junto a su marido a la pequeña ciudad de Seneca Falls y vivió las agonías de una existencia dedicada a cocinar, coser, lavar y cuidar de cada bebé. Su marido, un líder abolicionista, solía estar mucho fuera por motivos de trabajo. Ella escribió lo siguiente:

> Ahora entiendo las dificultades prácticas a las que la mayoría de las mujeres tenían que enfrentarse por el aislamiento al que la obligaban de las tareas domésticas y por la imposibilidad de un mayor desarrollo al estar en contacto durante la mayor parte de su vida con los criados y los niños [...]. El descontento general que sentían con la parte que les había tocado [...] y la mirada agotada y ansiosa de la mayoría de ellas me impresionaron, produciéndome la acuciante sensación de que era preciso tomar algunas medidas activas [...]. No era capaz de imaginar qué hacer ni por dónde empezar —lo único que se me ocurrió fue un encuentro público para protestar y debatir[11].

Puso un único anuncio en los periódicos y muchas amas de casa y sus hijas, que nunca habían conocido otro tipo de vida, acudieron en carruajes desde unos ochenta kilómetros a la redonda para oírla hablar.

Por muy distintas que fueran sus raíces sociales o psicológicas, todas las que encabezaron la lucha por los derechos de las mujeres, al principio y al final, también compartían algo más que una inteligencia común, se alimentaban de algo más que de la educación habitual para su época. De otro modo, cualesquiera que fueran sus emociones, no habrían sido capaces de ver más allá de los prejuicios que habían justificado la degradación de las mujeres ni de ponerle palabras a su voz disidente. Mary Wollstonecraft estudió por su cuenta y luego fue formada por el grupo de filósofos ingleses que en aquella época reivindicaba los derechos del hombre. A Margaret Fuller le enseñó su padre a leer a los clásicos de seis lenguas y luego participó en el grupo trascendentalista encabezado por Emerson. El padre de Elizabeth Cady Stanton, un juez, le procuró a su hija la mejor educación que entonces se podía recibir, y la completó permitiéndole acudir como oyente a sus clases de derecho. Ernestine Rose, la hija del rabino que se rebeló contra la doctrina de su religión, que decretaba la inferioridad de la mujer con respecto al hombre, se formó en el «pensamiento libre» con el gran filósofo utópico Robert Owen. También desafío la costumbre religiosa ortodoxa para casarse con el hombre al que amaba. Siempre insistió, en los días más áridos de la lucha por los derechos de las mujeres, que el enemigo de las mujeres no era el hombre. «No luchamos contra el hombre en sí sino sólo contra unos malos principios.»

* En Estados Unidos en el siglo XIX, red informal de rutas secretas y casas seguras que utilizaron los esclavos negros con la ayuda del movimiento abolicionista para llegar a aquellos Estados en los que ya se había abolido la esclavitud, así como a Canadá. *[N. de la T.]*

[11] *Ibíd.*, pág. 73.

Aquellas mujeres no eran devoradoras de hombres. Julia Ward Howe, brillante y hermosa hija de la alta sociedad neoyorkina, que estudió intensamente todas las materias que le interesaron, escribió la canción abolicionista *The Battle Hymn of the Republic* anónimamente porque su marido consideraba que debía dedicar su vida a él y a sus seis hijos. No participó en el movimiento sufragista hasta 1868, cuando conoció a Lucy Stone, que «durante mucho tiempo había sido objeto de una de mis aversiones imaginarias. Cuando miré su dulce y femenino rostro y oí su voz sincera, sentí que el objeto de mi aversión había sido un simple fantasma, invocado por mis tontas y absurdas distorsiones... Sólo pude decirle: "Estoy de su lado"»[12].

La ironía de aquel mito de la devoradora de hombres es que los denominados excesos de las feministas procedían de su impotencia. Si se considera que las mujeres no tienen derechos ni merecen disfrutar de ninguno, ¿qué otra cosa pueden hacer por sí mismas? Al principio parecía que lo único que podían hacer era hablar. Celebraron convenciones de los derechos de las mujeres cada año a partir de 1848, en ciudades pequeñas y grandes, de ámbito nacional y estatal, una y otra vez —en Ohio, Pennsylvania, Indiana, Massachusetts. Podían hablar hasta el día del juicio sobre los derechos de los que no gozaban. Pero, ¿cómo conseguirían las mujeres que los legisladores les dejaran conservar y administrar sus propios sueldos o conseguir la tutela de sus hijos después del divorcio, si ni siquiera tenían derecho al voto? ¿Cómo podían financiar u organizar una campaña para reclamar el voto cuando no tenían dinero propio, cuando ni siquiera gozaban del derecho a la propiedad?

El propio temor a la opinión pública que aquella dependencia tan completa generaba en las mujeres hacía que cada paso para salir de su elegante prisión resultara doloroso. Aun cuando trataban de cambiar las condiciones que tenían posibilidad de cambiar, se ponían en ridículo. Los atuendos tremendamente incómodos que las «damas» llevaban entonces eran un símbolo de su cautiverio: corsés tan apretados que apenas podían respirar, una docena de faldas y de enaguas, que en conjunto pesaban entre cinco y seis kilogramos, tan largas que iban barriendo la suciedad de la calle. El espectro de las feministas apoderándose de los pantalones de los varones fue en parte consecuencia del traje Bloomer —una camisola, una falda hasta las rodillas y unos pololos. Elizabeth Stanton lo llevó, primero con toda intención y luego porque le resultaba muy cómodo para hacer las tareas de casa, del mismo modo que las jóvenes actuales se ponen pantalones cortos o sueltos. Pero cuando las feministas se pusieron el traje Bloomer en público como símbolo de su emancipación, las bromas groseras, proferidas por los editores de periódicos, por los holgazanes de las esquinas y por los niños pequeños resultaron insufribles para su sensibilidad femenina. «Nos vestimos así para sentirnos más libres, pero qué es la libertad física comparada con el cautiverio intelectual», dijo Elizabeth Stanton, renunciando a llevar su traje Bloomer. La mayoría, entre ellas Lucy Stone, dejaron de llevarlo por una razón femenina: no sentaba demasiado bien, excepto a la hermosa y extremadamente delgada señora Bloomer en persona.

Aun así, era preciso superar aquel vano remilgo, en las mentes de los varones, en las mentes de otras mujeres y en las suyas propias. Cuando decidieron reclamar el derecho de las mujeres casadas a la propiedad, la mitad del tiempo hasta las mujeres les daban con la puerta en las narices añadiendo el petulante comentario de que tenían marido y no necesitaban leyes que las protegieran. Cuando Susan Anthony y sus capitanas recogieron 6.000 firmas en diez semanas, la Asamblea del Estado de Nueva York las recibió con carcajadas. A modo de escarnio, la Asamblea recomendó que, puesto que a las damas siempre les correspondían los «mejores bocados» en la mesa, el mejor asiento en el carruaje y elegir el lado de la cama en el que preferían dormir, «si es que existe alguna desigualdad u opresión, son los caballeros los que la padecen». Sin embargo, rechazarían las solicitudes de «compensación», excepto en el caso de que tanto el marido como la mujer hubieran firmado la petición. «En tal caso, recomendaban que las partes solicitaran la aplicación de una ley que les autorizara a intercambiarse los trajes, que el marido pudiera llevar las enaguas y la mujer llevara los pantalones.»

Lo insólito es que en aquellas circunstancias las feministas llegaran a conseguir algo —no ser unas brujas amargadas sino unas mujeres cada vez más entusiastas que sabían que estaban haciendo historia. Hay más temple que amargura en una Elizabeth Stanton, que todavía tuvo hijos después de haber cumplido los cuarenta, y que le escribía a Susan Anthony que éste de verdad sería el último y que la juerga no había hecho más que empezar: «Ánimo, Susan, no estaremos en la flor de la vida hasta que hayamos cumplido los cincuenta.» Dolorosamente insegura y preocupada por su aspecto físico —no por cómo la trataban los varones (tenía sus pretendientes) sino porque tenía una bellísima hermana mayor y una madre que consideraban el estrabismo como una tragedia— Susan Anthony fue, de entre todas las líderes feministas del siglo XIX, la única que encajaba con el mito. Se sintió traicionada cuando las demás empezaron a casarse y a tener hijos. Pero a pesar de su resentimiento, no era

[12] Hays, *op. cit.*, pág. 221.

una solterona amargada con un gato en el hombro. Viajaba sola de una ciudad a otra, clavando ella misma los carteles que anunciaban sus discursos, utilizando al máximo sus habilidades para organizar, ejercer presión y dar conferencias y se abrió un camino propio en un mundo cada vez más grande.

A lo largo de su vida, aquellas mujeres cambiaron la imagen femenina que había provocado la degradación de la mujer. En una reunión, mientras los hombres se burlaban de la idea de confiar el voto a mujeres tan inútiles que había que llevarlas en brazos para atravesar un charco lleno de barro y ayudarlas a subir a los carruajes, una orgullosa feminista llamada Sojourner Truth levantó su brazo negro y dijo:

> ¡Mirad este brazo! He cavado y plantado y guardado la cosecha en los graneros [...]. ¿Y acaso no soy una mujer? Podría trabajar y comer tanto como un hombre —si tuviera trabajo y comida— y también soportar los latigazos [...]. He parido trece hijos y he visto cómo la mayoría de ellos eran vendidos como esclavos; y cuando lloré con dolor de madre nadie me ayudó excepto Jesús. ¿Y acaso no soy una mujer?

Aquella imagen de vano remilgo también quedó socavada por el creciente número de mujeres, miles de ellas, que trabajaban en las fábricas de ladrillo rojo: las trabajadoras textiles de Lowell, que tenían que soportar unas condiciones de trabajo durísimas, las cuales, en parte como consecuencia de la supuesta inferioridad de las mujeres, eran todavía peores para ellas que para los hombres. Pero aquellas mujeres, que después de doce o trece horas de trabajo en la fábrica todavía tenían que hacer tareas domésticas en casa, no podían ponerse a la cabeza de aquella apasionada travesía. La mayoría de las feministas que lideraban el movimiento eran mujeres de clase media, empujadas por un conjunto de razones a formarse y a hacer añicos aquella imagen vacía.

¿Qué fue lo que les indujo a seguir? «He de soltar de alguna manera la energía que tengo acumulada», escribía Louisa May Alcott en su diario cuando decidió presentarse voluntaria como enfermera en la Guerra Civil norteamericana. «Una travesía la mar de interesante, por un mundo nuevo, lleno de impresionantes vistas y sonidos, nuevas aventuras, y una creciente conciencia de la gran tarea que había emprendido. Rezaba mientas atravesaba el país, blanco de tiendas y fervoroso de patriotismo y ya rojo de sangre. Un tiempo solemne, pero estoy contenta de estar viviéndolo.»

¿Qué les indujo a seguir? Sola y asediada por la duda, Elizabeth Blackwell, con aquella inaudita y monstruosa determinación de llegar a

ser médica, ignoró las risitas —y las insinuaciones— para poder hacer sus disecciones anatómicas. Luchó por poder presenciar la disección de los órganos reproductores, pero decidió no participar en el desfile inaugural del curso porque le parecía impropio de una dama. Rechazada incluso por sus colegas médicos, escribió:

> Soy una mujer y también soy médico [...]. Ahora comprendo por qué esta vida nunca ha sido vivida anteriormente. Es dura, no hay apoyo, pero tiene un elevado propósito: vivir contra cualquier género de oposición social [...]. Debería divertirme un poco de vez en cuando. La vida es demasiado seria[13].

A lo largo de un siglo de luchas, la realidad reveló la falsedad del mito según el cual la mujer usaría sus derechos para dominar vengativamente al hombre. Al conquistar el derecho a una educación equivalente a la de los varones, el derecho a hablar en público y a la propiedad, así como el derecho a realizar un trabajo, a tener una profesión y a administrar sus propios ingresos, las feministas sintieron que existían menos motivos para estar resentidas con los hombres. Pero todavía quedaba una batalla por librar. Como dijo Carey Thomas, el brillante primer presidente del Bryn Mawr College, en 1908:

> Las mujeres son la mitad del mundo, pero hasta hace un siglo [...] vivían una vida en penumbra, una media vida aislada, y miraban al exterior y veían a los hombres como si fueran sombras que caminaran. Era un mundo de hombres. Las leyes eran leyes de hombres, el gobierno un gobierno de hombres, el país un país de hombres. Ahora las mujeres han conquistado el derecho a la educación superior y a la independencia económica. El derecho a convertirse en ciudadanas del Estado es la siguiente e inevitable consecuencia de la educación y del trabajo fuera de casa. Hemos llegado hasta ese punto; hemos de ir más lejos. No podemos dar marcha atrás[14].

El problema era que el movimiento a favor de los derechos de las mujeres se había vuelto casi demasiado respetable; pero, sin el derecho al voto, las mujeres no podían conseguir que ningún partido político las tomara en serio. Cuando Harriet Blatch, hija de Elizabeth Stanton, volvió a casa en 1907 tras enviudar de un inglés, se encontró con que el movimiento en el que su madre la había educado se había quedado anquilo-

[13] Flexner, *op. cit.*, pág. 117.
[14] *Ibíd.*, pág. 235.

sado en el té con pastas. Había visto las tácticas que las mujeres utilizaban en Inglaterra para dramatizar el tema, que también había quedado en tablas: interrumpir a los oradores en las reuniones públicas, provocar deliberadamente a la policía, hacer huelgas de hambre en la cárcel —el tipo de resistencia dramática no violenta que Gandhi utilizó en India o al que los Freedom Riders* recurren ahora en Estados Unidos cuando las tácticas legales no permiten acabar con la segregación racial. Las feministas estadounidenses nunca tuvieron que recurrir a los extremos de sus equivalentes inglesas, que habían sido denostadas durante más tiempo que ellas. Pero dramatizaron el tema del voto hasta que suscitaron una oposición mucho más violenta que la sexual.

Del mismo modo que la lucha para la liberación de las mujeres se vio espoleada por la lucha para liberar a los esclavos en el siglo XIX, en el siglo XX contó con el acicate de las luchas por la reforma social, de Jane Addams y Hull House, la utilización del movimiento sindical y las grandes huelgas para protestar contra unas condiciones de trabajo intolerables en las fábricas. Para las chicas de la Triangle Shirtwaist**, que trabajaban a cambio de unos míseros seis dólares a la semana hasta horas tan intempestivas como las diez de la noche, a las que se multaba por hablar, por reírse o por cantar, la igualdad les importaba más que la educación o que el derecho al voto. Aguantaron en los piquetes meses de terrible frío y hambre; docenas de ellas fueron golpeadas por la policía y llevadas a las comisarías en furgones. Las nuevas feministas recaudaron dinero para pagar la fianza y la comida de las huelguistas, del mismo modo que sus madres habían prestado su ayuda al Underground Railroad.

Tras los gritos de «salvemos la feminidad» y «salvemos el hogar» se vislumbraba la influencia de la maquinaria política, que temblaba ante la mera idea de lo que aquellas mujeres con ansias reformistas podrían hacer si conseguían el voto. Al fin y al cabo, las mujeres estaban tratando de cerrar las tabernas. Los fabricantes de alcohol y otros negocios, en

* Freedom Riders [Viajeros de la Libertad] denominación dada a los grupos de activistas norteamericanos activos entre mediados de las décadas de 1950 y 1960, que luchaban por los derechos civiles y contra la segregación racial a través de la acción directa, en particular emprendiendo marchas por la libertad *(Freedom Rides)* en transporte público. *[N. de la T.]*

** Fábrica textil de la ciudad de Nueva York fabricante de blusas para mujer, tristemente célebre por el incendio que sufrió en 1911 y que causó la muerte de 146 personas, principalmente mujeres jóvenes que trabajaban en la misma en condiciones de suma precariedad. *[N. de la T.]*

particular los que utilizaban mano de obra infantil y femenina muy mal pagada, hicieron abiertamente presión en Washington contra la enmienda a favor del sufragio femenino. «Los hombres del aparato de los partidos no confiaban en absoluto en su capacidad para controlar y ganarse a un electorado que les parecía relativamente poco susceptible de soborno, más militante e interesado por reformas que iban desde el control de la red de alcantarillado hasta la abolición del trabajo infantil y, lo peor de todo, las políticas de "limpieza"»[15]. Y en el Sur los congresistas señalaban que el sufragio de las mujeres también significaba el de las mujeres negras.

La batalla final por el voto la libraron en el siglo XX un número creciente de mujeres con estudios universitarios, encabezadas por Carrie Chapman Catt, hija de la pradera de Iowa, educada en el Estado de Iowa, que era profesora y periodista y cuyo marido, un exitoso ingeniero, apoyaba firmemente su lucha. Un grupo que luego se llamó el *Woman's Party** aparecía continuamente en los titulares a cuenta de los piquetes de manifestantes delante de la Casa Blanca. Después de estallar la Primera Guerra Mundial, hubo mucho revuelo por el tema de las mujeres que se encadenaron a la verja de la Casa Blanca. Maltratadas por la policía y los tribunales, iniciaron huelgas de hambre en la cárcel y finalmente fueron martirizadas pues las forzaron a comer. Muchas de aquellas mujeres eran cuáqueras y pacifistas; pero la mayoría de las feministas apoyaron la guerra aun cuando seguían luchando por los derechos de las mujeres. No encajan en absoluto con el mito de la feminista devoradora de hombres que prevalece en la actualidad, mito que lleva apareciendo continuamente desde los días de Lucy Stone hasta el presente, siempre que alguien tiene una razón para oponerse a que las mujeres salgan del ámbito doméstico.

En aquella batalla final, las mujeres estadounidenses realizaron, durante un periodo de cincuenta años, 56 campañas de referéndum para votantes masculinos; 480 campañas para que las cámaras legislativas votaran las enmiendas sobre el sufragio; 277 campañas para que las convenciones nacionales de los partidos incluyeran entre sus políticas el sufragio femenino; 30 campañas para que las convenciones presidenciales de los partidos incluyeran el sufragio femenino entre los puntos de su programa; y 19 campañas con 19 Congresos sucesivos[16]. Alguien tuvo que organizar todos aquellos desfiles, discursos, peticiones, reuniones, y ejer-

[15] *Ibíd.*, pág. 299.

* Partido de la Mujer. *[N. de la T.]*

[16] *Ibíd.*, pág. 173.

cer presión ante los legisladores y congresistas. Las nuevas feministas ya no eran un puñado de mujeres entregadas; miles, millones de mujeres estadounidenses con maridos, niños y hogares dedicaban todo el tiempo que podían a la causa. La desagradable imagen de las feministas de hoy se parece menos a las propias feministas que a la imagen que han forjado los intereses que tan acérrimamente se opusieron al voto de las mujeres en un Estado tras otro, ejerciendo presión, amenazando a los legisladores con la ruina de sus empresas o de su carrera política, comprando votos, incluso robándolos, hasta que 36 Estados hubieron ratificado la enmienda e incluso después de ello.

Las que libraron la batalla ganaron algo más que unos derechos sobre papel mojado. Se deshicieron del espectro del desprecio propio y ajeno que había degradado a las mujeres durante siglos. Alexa Ross Wylie, una feminista inglesa, describe primorosamente la alegría, la sensación de entusiasmo y la recompensa personal que supuso aquella la batalla:

> Para mi sorpresa, descubrí que las mujeres, a pesar de ser patizambas y de que durante siglos la pierna de una mujer respetable ni siquiera se pudiera mencionar, eran capaces en un instante de correr más aprisa que cualquier policía londinense. Su puntería, con un poco de práctica, llegó a ser lo suficientemente buena como para atinar a lanzar verduras pochas a los ojos de los ministros y su ingenio lo suficientemente agudo para tener a Scotland Yard dando vueltas y haciendo el ridículo más absoluto. Su capacidad para la organización improvisada, para la discreción y la lealtad, su desprecio iconoclasta de las clases sociales y el orden establecido, fueron una revelación para todas las personas implicadas, pero especialmente para ellas mismas [...].
>
> El día en que, con un golpe directo a la mandíbula, envié a un corpulento oficial del Departamento de Investigaciones Criminales al foso de la orquesta en el teatro en el que estábamos celebrando nuestros beligerantes mítines fue el día en el que alcancé mi propia mayoría de edad [...]. Puesto que no era ningún genio, el episodio no me podía convertir en uno, pero me permitió llegar a ser lo que en realidad era hasta el máximo de mis posibilidades [...].
>
> Durante dos años de aventura, salvaje y a veces peligrosa, trabajé y luché junto con mujeres vigorosas, felices y bien adaptadas que reían francamente y no disimuladamente, que caminaban libremente y no a tientas, que eran capaces de ayunar más que Gandhi y salir del ayuno con una sonrisa y una broma. Dormí en suelos duros entre duquesas mayores, robustas cocineras y jóvenes dependientas. A menudo estábamos cansadas, heridas y asustadas. Pero estábamos más contentas de lo que lo habíamos estado jamás. Compartíamos una alegría de vivir que nunca anteriormente habíamos conocido. La mayoría de mis compañeras de lucha eran esposas y madres. Y en su vida doméstica ocurrieron cosas extrañas. Los maridos llegaban a casa por la noche con más entusiasmo [...]. En cuanto a los hijos, su actitud cambió rápidamente de una afectuosa tolerancia hacia la pobre y querida mamá a una sorpresa maravillada. Liberados de la asfixia del amor materno, porque ellas estaban demasiado ocupadas para hacer mucho más que preocuparse un poco por ellos, descubrieron que su madre les gustaba. Era una mujer estupenda. Tenía agallas [...]. Aquellas mujeres que se habían mantenido apartadas de la lucha —lamento decir que la amplia mayoría de ellas— y que estaban siendo Mujercitas más que de costumbre, odiaban a las luchadoras con la envenenada rabia de la envidia...[17].

¿Volvieron realmente las mujeres al hogar como reacción contra el feminismo? El hecho es que, para las mujeres nacidas después de 1920, el feminismo era agua pasada. Terminó como movimiento fundamental en Estados Unidos cuando se conquistó ese derecho final: el voto. En las décadas de 1930 y 1940, el tipo de mujer que luchaba por los derechos de las mujeres seguía interesándose por los derechos humanos y la libertad —de los negros, de los trabajadores explotados, de las víctimas de Franco en España y de Hitler en Alemania. Pero a ninguna le preocupaban demasiado los derechos de las mujeres: todos se habían conquistado. Y sin embargo el mito de la devoradora de hombres prevalecía. A las mujeres que hacían gala de cualquier tipo de independencia o de iniciativa se las llamaba «Lucy Stone». «Feminista», como «mujer de carrera», se convirtió en una palabra peyorativa. Las feministas habían destruido la vieja imagen de la mujer, pero no pudieron borrar la hostilidad, los prejuicios y la discriminación que seguían existiendo. Tampoco pudieron pintar la nueva imagen de aquello en lo que la mujer se podía convertir cuando creciera en condiciones que dejaran de considerarla inferior con respecto a los varones, dependiente, pasiva, incapaz de pensar o de tomar decisiones.

La mayoría de las chicas que crecieron durante los años en los que las feministas estaban eliminando las causas de aquella denigrante «remilgada nadería» habían tomado su imagen de mujer de sus madres, que seguían atrapadas en ella. Aquellas madres probablemente fueran el verdadero modelo del mito de la devoradora de hombres. La sombra del desprecio propio y ajeno que podía transformar a una dulce ama de casa en una dominante arpía también convirtió a algunas de sus hijas en ira-

[17] Ida Alexis Ross Wylie, «The Little Woman», *Harper's*, noviembre de 1945.

cundas copias del varón. Las primeras mujeres empresarias y las primeras profesionales fueron consideradas unas extravagantes. Se sentían inseguras con su nueva libertad, algunas de ellas tal vez asustadas de mostrarse dulces o amables, de amar, de tener hijos, porque tenían miedo de perder su preciada independencia, porque temían volver a caer en la trampa como lo habían hecho sus madres. Y consolidaron el mito.

Pero las hijas que crecieron con los derechos que las feministas habían conquistado no podían volver a esa vieja imagen de remilgada nadería, ni tenían las razones de sus tías o de sus madres para ser iracundas copias del hombre, o para tener miedo a amarlos. Habían llegado sin darse cuenta a un punto de inflexión en la identidad femenina. Habían superado realmente la vieja imagen; por fin eran libres de ser lo que eligieran ser. Pero ¿qué opciones se les ofrecían? En aquella esquina, la feroz feminista devoradora de hombres, la mujer de carrera —sin amor, sola. En esta esquina, la dulce esposa y madre— amada y protegida por su esposo, rodeada por sus amantes hijos. Aunque muchas hijas siguieron la apasionada travesía que habían iniciado sus abuelas, miles de otras se retiraron, víctimas de una elección equivocada.

Las razones de su elección eran, por supuesto, más complejas que el mito feminista. ¿Cómo acabaron por descubrir las mujeres chinas, después de que durante muchas generaciones les vendaran los pies, que eran capaces de correr? Las primeras mujeres cuyos pies se liberaron de los vendajes seguramente sentirían tal dolor que a algunas les asustaría ponerse de pie, y mucho más caminar o correr. Aunque cuanto más caminaban, menos les dolían. ¿Pero qué habría ocurrido si, antes de que la primera generación de muchachas chinas hubiera crecido sin que les vendaran los pies, los médicos, con la esperanza de evitarles el dolor y la angustia, les hubieran dicho que se los volvieran a vendar? ¿Y si los maestros les hubieran dicho que caminar con los pies vendados resultaba muy femenino, la única manera en que una mujer podía caminar si pretendía que un hombre la amara? ¿Y si los eruditos les hubieran dicho que serían mejores madres si no podían caminar demasiado lejos porque así no se separarían de sus hijos? ¿Y si los vendedores ambulantes, al descubrir que las mujeres que no podían caminar compraban más baratijas, hubieran difundido fábulas acerca de los peligros de correr y de la bendición de llevar los pies vendados? ¿Acaso no crecerían muchas niñitas chinas, si así hubiera sido, deseosas de que les vendaran los pies y no sintiendo nunca la menor tentación de caminar o de correr?

La verdadera broma que la historia les ha gastado a las mujeres estadounidenses no es la que hace que la gente se burle, con sofisticación freudiana barata, de las feministas muertas. Es la broma que el pensamiento freudiano le ha gastado a las mujeres que están vivas, tergiversando la memoria de las feministas y convirtiéndolas en el fantasma tragahombres de la mística de la feminidad, marchitando el mismísimo deseo de ser algo más que una mera esposa y madre. Animadas por la mística a eludir su crisis de identidad, autorizadas a escapar directamente de dicha identidad en nombre de la plenitud sexual, las mujeres están volviendo a vivir con los pies vendados según la vieja imagen de la feminidad glorificada. Y es la misma vieja imagen, a pesar de su resplandeciente traje nuevo, que atrapó a las mujeres durante siglos e hizo que las feministas se rebelaran.

Capítulo 5

El solipsismo sexual de Freud

No sería del todo cierto decir que empezó con Sigmund Freud. En realidad, en Estados Unidos no empezó hasta la década de 1940. Y por otra parte, no fue tanto un comienzo como la prevención de un final. A las feministas en cruzada, a la ciencia y a la educación, y en definitiva al espíritu democrático, no les fue tan fácil erradicar los viejos prejuicios —las mujeres son animales, no llegan a ser humanas, son incapaces de pensar como los hombres, nacieron exclusivamente para criar y servir a los varones. En la década de 1940, sencillamente volverían a aparecer con disfraz freudiano. La mística de la feminidad sacaba su poder del pensamiento freudiano; porque fue una idea nacida en la mente de Freud la que condujo a las mujeres, y a quienes las estudiaban, a malinterpretar las frustraciones de sus madres y el rencor y las incompetencias de sus padres, hermanos y maridos, así como sus propias emociones y posibles opciones en la vida. Es una idea freudiana, plasmada sólidamente en un hecho aparente, la que ha atrapado a tantas mujeres estadounidenses de hoy.

La nueva mística es mucho más difícil de cuestionar para la mujer moderna que los viejos prejuicios, en parte porque la mística la difunden los propios agentes del ámbito de la educación y de las ciencias sociales que se supone son los principales enemigos del prejuicio, en parte porque la naturaleza misma del pensamiento freudiano lo hace prácticamente invulnerable a cualquier cuestionamiento. ¿En qué cabeza cabe que una mujer estadounidense con estudios, que no es psicoanalista, aspire a cuestionar una verdad freudiana? Sabe que el descubrimiento por parte

de Freud de los mecanismos inconscientes de la mente fue uno de los grandes avances del afán de conocimiento del ser humano; sabe que la ciencia que se ha construido sobre ese descubrimiento ha ayudado a muchos hombres y mujeres con su malestar. Le han enseñado que sólo tras pasar por varios años de formación psicoanalítica es alguien capaz de comprender el significado de la verdad freudiana. Incluso es posible que sepa cómo la mente humana se resiste inconscientemente a esa verdad. ¿Cómo puede pretender hollar el suelo sagrado al que sólo acceden los psicoanalistas?

Nadie puede cuestionar la genialidad básica de los descubrimientos de Freud ni su contribución a nuestra cultura. Tampoco yo cuestiono la eficacia del psicoanálisis tal como lo practican hoy en día los freudianos o los antifreudianos. Pero cuestiono, desde mi propia experiencia como mujer, y desde mi conocimiento de otras mujeres como periodista, la aplicación de la teoría freudiana de la feminidad a las mujeres de hoy en día. Cuestiono su utilización, no en la terapia, sino tal como se ha filtrado en las vidas de las mujeres norteamericanas a través de las revistas populares y de las opiniones e interpretaciones de quienes se llaman expertos. Considero que gran parte de la teoría freudiana sobre las mujeres está obsoleta, constituye un obstáculo a la verdad que necesitan las mujeres en Estados Unidos hoy en día y es una causa fundamental del tan generalizado malestar que no tiene nombre.

Hay aquí muchas paradojas. El concepto freudiano de superego le ayudó al hombre a liberarse de la tiranía de los «debería», de la tiranía del pasado, que le impide al niño convertirse en adulto. Sin embargo el pensamiento freudiano contribuyó a crear un nuevo superego que paraliza a las mujeres modernas estadounidenses con estudios —una nueva tiranía de los «debería» que encadena a las mujeres a una vieja imagen, les impide elegir y crecer y les niega su identidad individual.

La psicología freudiana, con su énfasis en la necesidad de liberarse de una moralidad represiva para conseguir la plenitud sexual, formó parte de la ideología de la emancipación de las mujeres. La perdurable imagen estadounidense de la «mujer emancipada» fue la de la chica a la moda de los años 1920: la antes pesada melena cortada a lo *garçonne,* las rodillas descubiertas, haciendo ostentación de su nueva libertad yéndose a vivir a un estudio en Greenwich Village o en Chicago cerca del North Side, conduciendo un coche, bebiendo y fumando y teniendo aventuras sexuales —o hablando de ellas. Sin embargo en la actualidad, por razones muy alejadas de la vida del propio Freud, el pensamiento freudiano se ha convertido en el baluarte ideológico de la contrarrevolución sexual en Estados Unidos. Sin la nueva autoridad que la definición freudiana de

la naturaleza sexual de las mujeres le dio a la imagen convencional de la feminidad, no creo que hubiese sido tan fácil desviar a varias generaciones de mujeres con entusiasmo y con estudios de la reveladora realización de quiénes eran y de lo que podían llegar a ser.

El concepto de «envidia del pene», que Freud acuñó para describir un fenómeno que observó en las mujeres —es decir, las mujeres de la clase media que eran sus pacientes en Viena en la era victoriana— se aprovechó en este país en la década de 1940 como explicación literal de todo lo que le pasaba a la mujer estadounidense. Muchos de quienes predicaban la doctrina de la feminidad amenazada, haciéndole dar marcha atrás al movimiento de las mujeres estadounidenses que avanzaban hacia su independencia e identidad, nunca supieron de su origen freudiano. Muchos de los que lo aprovecharon —no los pocos psicoanalistas sino los muchos divulgadores, sociólogos, educadores, manipuladores de las agencias publicitarias, escritores de revista, expertos infantiles, asesores matrimoniales, pastores y autoridades de postín— posiblemente no supieran lo que el propio Freud quería decir con envidia del pene. Sólo es preciso saber lo que Freud *estaba* describiendo en aquellas mujeres victorianas para comprender la falacia que supone aplicar literalmente su teoría de la feminidad a las mujeres de hoy en día. Y sólo hace falta saber *por qué* lo describió de aquella manera para comprender que gran parte de ello se ha quedado obsoleto y ha sido contradicho por el conocimiento que forma parte del pensamiento de cualquier científico social hoy en día, pero que no se conocía en tiempos de Freud.

Se suele aceptar generalmente que Freud fue un observador sumamente perspicaz y preciso de importantes problemas referentes a la personalidad humana. Pero a la hora de describir e interpretar dichos problemas, fue prisionero de su propia cultura. Estaba creando un nuevo marco para nuestra cultura pero no pudo sustraerse del marco de la suya propia. Ni siquiera su genialidad pudo darle entonces el conocimiento de los procesos culturales con los que los hombres que no son genios crecen en la actualidad.

La relatividad del físico, que en años recientes ha cambiado todo nuestro planteamiento del conocimiento científico, es más dura y, por lo tanto, más fácil de entender que la relatividad del experto en ciencias sociales. Decir que ningún científico social puede liberarse del todo de la cárcel de su propia cultura no es un eslogan, sino una afirmación fundamental acerca de la verdad; éste sólo puede interpretar lo que observa en el marco científico de su propia época. Esto es cierto incluso en el caso de los grandes innovadores. No pueden evitar traducir sus observaciones revolucionarias a un lenguaje y unas normas que han sido determinadas

por el progreso de la ciencia hasta ese momento. Incluso los descubrimientos que crean nuevas normas son relativos al punto de mira de su creador.

El conocimiento de otras culturas, el hecho de comprender la relatividad cultural, que forma parte del marco de los científicos sociales de nuestra propia época, no le eran familiares a Freud. La investigación moderna ha puesto de manifiesto que mucho de lo que Freud creía ser biológico, instintivo e inmutable es en realidad consecuencia de unas causas culturales específicas[1]. Mucho de lo que Freud describía como característico de la naturaleza humana universal era sólo característico de determinados hombres y mujeres de la clase media europea a finales del siglo XIX.

Por ejemplo, la teoría freudiana del origen sexual de las neurosis procede del hecho de que muchas de las pacientes a las que observó inicialmente padecían histeria—y en aquellos casos, descubrió que la causa de ésta era la represión sexual. Los freudianos ortodoxos siguen creyendo en el origen sexual de todas las neurosis y, puesto que buscan recuerdos sexuales inconscientes en sus pacientes y traducen lo que oyen en símbolos sexuales, consiguen en cualquier caso encontrar lo que están buscando.

Pero el hecho es que los casos de histeria tal como los observó Freud son mucho menos frecuentes hoy en día. En tiempos de Freud, evidentemente, la hipocresía cultural obligaba a reprimir el sexo. (Algunos teóricos sociales sospechan incluso que la propia ausencia de otras preocupaciones en aquel agonizante imperio austrohúngaro provocó la preocupación sexual de los pacientes de Freud)[2]. Desde luego, el hecho de

[1] Clara Thompson, *Psychoanalysis: Evolution and Development,* Nueva York, 1950, págs. 131 y ss.: «Freud no sólo recalcó lo biológico más que lo cultural, sino que también desarrolló una teoría cultural propia basada en su teoría biológica. Dos obstáculos le dificultaban la comprensión de la importancia de los fenómenos culturales que veía y registraba. Estaba demasiado implicado en el desarrollo de sus teorías biológicas como para dedicar excesivo tiempo a otros aspectos relacionados con los datos que había recopilado. Por lo tanto le interesba principalmente aplicar a la sociedad humana su teoría de los instintos. Tras empezar por dar por supuesta la existencia de un instinto de muerte, por ejemplo, desarrolla a continuación una explicación de los fenómenos culturales que observa, relacionados con dicho instinto. Puesto que no tenía acceso a ninguna perspectiva desde el conocimiento de culturas comparadas, no podía evaluar los procesos culturales como tales [...]. La investigación moderna ha puesto de manifiesto que gran parte lo que Freud consideró como biológico era una reacción contra cierto tipo de cultura y no una característica de la naturaleza humana universal.»

[2] Richard La Piere, *The Freudian Ethic,* Nueva York, 1959, pág. 62.

que su cultura negara el sexo centró el interés de Freud en él. Luego desarrolló su teoría describiendo todas las fases del crecimiento como fases sexuales, encajando todos los fenómenos que observaba bajo epígrafes sexuales.

Su intento por traducir todos los fenómenos psicológicos en términos sexuales y por interpretar todos los problemas de la personalidad adulta como producto de fijaciones sexuales en la infancia también es en parte fruto de sus propios antecedentes médicos y del enfoque de la causalidad implícito en el pensamiento científico de su época. Tenía la misma falta de seguridad que con frecuencia afecta a los científicos del comportamiento humano a la hora de tratar los fenómenos psicológicos en sus propios términos. Algo que podía describirse en términos psicológicos, vinculado a un órgano de la anatomía, parecía más cómodo, sólido, real y científico a medida que Freud progresaba por el territorio ignoto de la mente inconsciente. Ernest Jones, su biógrafo, dijo que «Freud hizo un intento desesperado por aferrarse a la seguridad de la anatomía cerebral»[3]. De hecho, tuvo la capacidad de ver y de describir los fenómenos psicológicos de una forma tan vívida que, aunque sus conceptos recibieron nombres que tomó prestados de la fisiología, la filosofía o la literatura —envidia del pene, ego, complejo de Edipo— daban la sensación de tener una realidad física concreta. Los hechos psicológicos, según Jones, eran «tan reales y concretos para él como lo son los metales para un metalúrgico»[4]. Esta capacidad se convirtió en una fuente de gran confusión y sus conceptos fueron transmitidos por pensadores de menor nivel.

Toda la superestructura de la teoría freudiana se basa en el estricto determinismo que caracterizó el pensamiento científico de la era victoriana. En la actualidad, el determinismo ha sido sustituido por una perspectiva más compleja de causa y efecto, en términos de los procesos y fenómenos físicos y psicológicos. Desde esta nueva perspectiva, los científicos conductistas no necesitan tomar prestado ningún lenguaje propio de la fisiología para explicar los acontecimientos psicológicos ni para darles una supuesta realidad. Los fenómenos sexuales no son ni más ni menos reales que, por ejemplo, el fenómeno de Shakespeare escribiendo *Hamlet,* que no puede «explicarse» en realidad reduciéndolo a términos sexuales. Ni siquiera el propio Freud puede explicarse a través de su propio programa determinista y fisiológico, a pesar de que su biógrafo vincule su genialidad, su «divina pasión por el conocimiento» a

[3] Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud,* Nueva York, 1953, vol. I, pág. 384.

[4] *Ibíd.,* vol. II (1955), pág. 432.

una insaciable curiosidad sexual, cuando aún no había cumplido tres años de edad, por lo que su madre y su padre hacían juntos en el dormitorio[5].

En la actualidad, biólogos, expertos en ciencias sociales y cada vez más psicoanalistas ven la necesidad o el impulso del crecimiento como necesidad humana básica, tan básica como el sexo. Las fases «oral» y «anal» que Freud describe en términos del desarrollo sexual —la criatura obtiene placer sexual primero a través de la boca, mamando el pecho de su madre, y luego a través del tránsito intestinal— se consideran ahora fases del crecimiento humano, marcadas por las circunstancias culturales y las actitudes de los padres tanto como por el sexo. Cuando crecen los dientes, la boca puede morder y chupar. También crecen los músculos y el cerebro; la criatura adquiere la capacidad de control, de dominio, de entendimiento; y su necesidad de crecer y aprender, a los cinco, veinticinco o cincuenta años de edad, puede verse satisfecha, negada, reprimida, atrofiada, evocada o acallada por su cultura del mismo modo que sus necesidades sexuales.

Los especialistas de la infancia confirman hoy en día la observación de Freud de que los problemas entre la madre y su hijo en las fases iniciales a menudo se dan en el contexto de la alimentación; más tarde en el aprendizaje del aseo. Y sin embargo en Estados Unidos en los últimos años se ha producido un notable descenso de los «problemas de alimentación» de las criaturas. ¿Acaso se ha modificado el desarrollo instintivo del niño? Imposible, si por definición la fase oral es instintiva ¿Acaso la cultura ha eliminado la alimentación como tema central de los problemas de la primera infancia —por la importancia que se le da en Estados Unidos a la permisividad en la atención a las criaturas o sencillamente por el hecho de que, en nuestra próspera sociedad, la comida ya no le causa tanta ansiedad a las madres? Debido a la propia influencia de Freud en nuestra cultura, los padres con una educación suelen tener cuidado en no ejercer una presión que pueda ser causa de conflicto cuando enseñan a sus hijos a asearse. En la actualidad es más probable que ese tipo de conflictos surjan cuando la criatura aprende a hablar o a leer[6].

En la década de 1940, los expertos en ciencias sociales y psicoanalistas estadounidenses ya habían empezado a dar una nueva interpretación a los conceptos freudianos a la luz de su creciente conciencia cultural. Pero, curiosamente, esto no impidió la aplicación literal de la teoría freudiana de la feminidad a las mujeres estadounidenses.

[5] *Ibíd.*, vol. I, págs. 7-14, 294; vol. II, pág. 483.

[6] Bruno Bettelheim, *Love Is Not Enough: The Treatment of Emotionally Disturbed Children,* Glencoe, III, 1950, págs. 7 y ss.

El hecho es que, para Freud, todavía más que para el editor actual de Madison Avenue, las mujeres eran una especie extraña, inferior, que no llegaba a la categoría de humana. Las veía como muñecas infantiles que existían únicamente en función del amor de un hombre, para amar al hombre y satisfacer sus necesidades. Era el mismo tipo de solipsismo inconsciente que hizo que, durante muchos siglos, el hombre sólo viera el sol como un objeto brillante que giraba alrededor de la tierra. Freud creció con esa actitud integrada en él a través de su cultura —no sólo la cultura de la Europa victoriana, sino la cultura judía en la que los hombres repiten diariamente la plegaria: «Te doy las gracias, Señor, por no haberme hecho mujer», y las mujeres rezan sumisas: «Te doy las gracias, Señor, por haberme creado según tu voluntad.»

La madre de Freud era la bonita y dócil esposa de un hombre que le doblaba la edad; su padre gobernaba la familia con una autoridad autocrática tradicional en las familias judías durante aquellos siglos de persecución en los que los padres raras veces eran capaces de ejercer su autoridad en el ámbito público. Su madre adoraba al joven Sigmund, su primer hijo, y pensó que estaba místicamente destinado a la gloria; daba la sensación de que sólo existía para satisfacer su menor deseo. Los propios recuerdos de Freud acerca de los celos sexuales que sentía con respecto a su padre, cuyos deseos ella también satisfacía, fueron la base de su teoría del complejo de Edipo. Con su esposa, igual que con su madre y sus hermanos, sus necesidades, sus deseos, sus apetitos, eran el sol en torno al que giraba toda la casa. Cuando el ruido que hacían sus hermanas cuando ensayaban en el piano interrumpía sus estudios, «el piano desaparecía», recordaría Anna Freud años más tarde, «y con ello todas las oportunidades de sus hermanas de llegar a ser músicas».

Freud no consideraba que aquella actitud constituyera problema alguno ni la causa de ningún malestar para las mujeres. Por naturaleza la mujer debía ser gobernada por un hombre, y la enfermedad de ésta consistía en envidiar al hombre. Las cartas de Freud a Martha, su futura esposa, escritas durante los cuatro años de su noviazgo (1882-1886) tienen el mismo tono complaciente y condescendiente de Torvald en *Casa de Muñecas,* cuando le reprocha a Nora su pretensión de ser humana. Freud estaba empezando a investigar los secretos del cerebro humano en el laboratorio en Viena; Martha, «dulce niña» suya, debía esperar durante cuatro años bajo la custodia de su madre, hasta que él pudiera ir a por ella y llevársela. A través de estas cartas podemos ver que para él la identidad de ella se definía como la del ama de casa-niña, aunque ella había dejado de ser niña y todavía no era ama de casa.

Mesas y sillas, camas, espejos, un reloj que le recuerde a la feliz pareja el paso del tiempo y un sillón para una hora de agradable ensoñación, alfombras para ayudar al ama de casa a mantener los suelos limpios, ropa de cama atada con hermosos lazos en los armarios y vestidos de última moda y sombreros con flores artificiales, cuadros en las paredes, vasos de diario y otros para el vino y las ocasiones especiales, bandejas y platos... y la mesa de coser y la confortable lámpara, y todo lo demás debe conservarse en perfecto orden, pues de lo contrario el ama de casa, que ha dividido su corazón en pedacitos, uno para cada mueble, empezará a inquietarse. Y ese objeto debe ser testigo del relevante trabajo que asegura la buen marcha del hogar, y aquel otro objeto, testigo de la percepción de la belleza, de los queridos amigos a los que nos gusta recordar, de las ciudades que uno ha visitado, de las horas que desea recordar... ¿Acaso vamos a atar nuestros corazones a esas cositas insignificantes? Sí, sin duda alguna [...].

Sé, al fin y al cabo, lo dulce que eres, cómo puedes convertir una casa en un paraíso, cómo compartirás mis intereses, lo alegre y meticulosa que serás. Te dejaré administrar la casa todo lo que quieras y tú me compensarás con tu dulce amor y elevándote por encima de todas esas debilidades por las que se suele despreciar a las mujeres. En la medida en que mis actividades lo permitan, leeremos juntos lo que queramos aprender y te iniciaré en aquellas cosas que no pueden interesar a una chica mientras no esté familiarizada con su futuro compañero y la ocupación de éste...[7].

El 5 de julio de 1885, le reprocha que siga yendo a visitar a Elise, una amiga que, a todas luces, es menos recatada que ella con respecto a los hombres:

¿A santo de qué viene ahora que te creas que ya eres tan madura que esa relación no puede perjudicarte en ningún modo? [...] Eres demasiado complaciente, y eso es algo que tengo que corregir, porque lo que haga uno de nosotros también se cargará en la cuenta del otro. Eres mi mujercita preciosa y, aunque cometas algún error, no por eso lo eres menos [...]. Pero tú ya sabes todo esto, mi dulce niña...[8].

La combinación victoriana de caballerosidad y condescendencia que hallamos en las teorías científicas de Freud sobre las mujeres queda explícita en una carta que le escribió el 5 de noviembre de 1883, en la que

[7] Ernest L. Freud, *Letters of Sigmund Freud,* Nueva York, 1960, carta 10, pág. 27; carta 26, pág. 71; carta 65, pág. 145.

[8] *Ibid.,* carta 74, pág. 60; carta 76, págs. 161 y ss.

se burla de las opiniones de John Stuart Mill sobre la «emancipación femenina y la cuestión de las mujeres en su conjunto»:

De todo su planteamiento nunca se deduce que las mujeres sean seres diferentes —no diremos inferiores, sino más bien lo contrario— de los hombres. Considera que la supresión de las mujeres es análoga a la de los negros. Cualquier muchacha, incluso sin sufragio o capacidad legal, cuya mano besa un hombre y por cuyo amor éste está dispuesto a lo que sea, podría haberle corregido. Realmente no conduce a nada pensar en mandar a las mujeres a la batalla por la existencia exactamente igual que si fueran varones. Si, por ejemplo, pensara en mi dulce y delicada niña en términos de una competidora, acabaría diciéndole, como lo hice hace diecisiete meses, que estoy enamorado de ella y que le ruego que se retire de la lucha a la sosegada y nada competitiva actividad de mi hogar. Puede ser que los cambios en la educación supriman todas las tiernas actitudes de una mujer, necesitada de protección y sin embargo tan victoriosa, y que pueda ganarse la vida como un hombre. También es posible que en tal supuesto no hubiera justificación para que uno se lamentara de la desaparición de la cosa más deliciosa que el mundo puede ofrecernos —nuestro ideal de la feminidad. Creo que cualquier reforma de las leyes y de la educación se vendría abajo ante el hecho de que, mucho antes de la edad en la que un hombre puede conquistar una posición en la sociedad, la Naturaleza ha determinado el destino de la mujer a través de la belleza, el encanto y la dulzura. La ley y la costumbre tienen mucho que darle a las mujeres que les ha sido negado, pero la posición de las mujeres será sin duda lo que es: en la juventud un tesoro adorado, en la madurez una esposa amada[9].

Puesto que todas las teorías de Freud se basaban, supuestamente, en su penetrante e interminable psicoanálisis de sí mismo, y puesto que la sexualidad era el centro de todas sus teorías, algunas paradojas sobre su propia sexualidad parecen pertinentes. Sus escritos, como lo han señalado muchos especialistas, prestan una atención mucho mayor a la sexualidad infantil que a la expresión madura de la misma. Jones, su principal biógrafo, señalaba que, incluso para su época, era increíblemente casto, puritano y moralista. En su propia vida el sexo le interesó relativamente poco. Sus únicos amores fueron tan solo la adorada madre de su juventud, un romance a los dieciséis años con una joven llamada Gisele, que no fue sino producto de su fantasía, y su compromiso con Martha a los

[9] Jones, *op. cit.,* vol. I, págs. 176 y ss.

veintiséis. Los nueve meses en los que ambos vivieron en Viena no fueron demasiado felices porque ella, obviamente, se sentía incómoda y asustada ante él; pero, separados por una confortable distancia durante cuatro años, vivieron una «gran pasión» a través de 900 cartas de amor. Después de contraer matrimonio, al parecer la pasión se desvaneció enseguida, aunque sus biógrafos señalan que era un moralista demasiado rígido para buscar su satisfacción sexual fuera del matrimonio. La única mujer en la que, de adulto, centró las violentas pasiones del amor y del odio que era capaz de sentir fue Martha, durante los primeros años de su compromiso. Después de aquella época, sus emociones se centraron en los hombres. Como dice Jones, su respetuoso biógrafo: «La desviación de la media por parte de Freud a este respecto, así como su marcada bisexualidad mental, bien pudieran haber influenciado hasta cierto punto sus planteamientos teóricos»[10].

Otros biógrafos menos reverentes, e incluso el propio Jones, señalan que, considerando las teorías de Freud desde la perspectiva de su propia vida, nos viene a la cabeza la puritana y vieja solterona que ve sexo por todas partes[11]. Es interesante observar que su principal queja con su dócil amita de su casa es que ésta no fuera lo suficientemente dócil; y sin embargo, interesante ambivalencia, que ella no se sintiera «cómoda» con él, que no fuera capaz de ser su «compañera de fatigas».

> Pero, como Freud habría de descubrir con dolor, ella no era un corazón dócil y tenía una firmeza de carácter que no se prestaba fácilmente a ser moldeada. Su personalidad estaba plenamente desarrollada y perfectamente integrada: merecía justificadamente el mayor cumplido del psicoanalista por su perfecta «normalidad»[12].

Esto nos permite vislumbrar la «intención [de Freud], que nunca habría de cumplir, de moldearla a su perfecta imagen», cuando le escribió que debía «convertirse en una niña, un ángel, de apenas una semana, que enseguida perdería cualquier acritud». Pero luego se reprocha:

[10] *Ibíd.*, vol. II, pág. 422.

[11] *Ibíd.*, vol. I, pág. 271: «Sus descripciones de las actividades sexuales son tan realistas que a muchos lectores les parecen casi secas y totalmente carentes de calidez. Por todo lo que sé de él, diría que hacía gala de un interés personal menor que el interés medio por lo que suele ser un tema apasionante. Nunca la referencia a un tema sexual ha reflejado en él ningún entusiasmo o deleite [...]. Siempre ha dado la impresión de ser una persona extraordinariamente casta —la palabra «puritana» no estaría fuera de lugar— y todo lo que sabemos de las primeras fases de su desarrollo confirma esta idea.»

[12] *Ibíd.*, vol. I, pág. 102.

> La amada no sólo ha de convertirse en una muñeca, sino también en una buena compañera a la que todavía le quede una palabra cariñosa cuando el estricto maestro haya llegado a la cúspide de su sabiduría. Y yo he estado tratando de reprimir su franqueza, para que se reserve su opinión hasta que esté segura de la mía[13].

Como señala Jones, a Freud le disgustó que ella no superara su principal prueba, la «total identificación con él, sus opiniones, sus sentimientos y sus intenciones. Ella no sería realmente suya mientras él no pudiera percibir su "sello" en ella». Freud «incluso reconoció que le «resultaba aburrido cuando ya no podía encontrar nada que arreglar en la otra persona». Y subraya nuevamente que el amor de Freud «sólo podía liberarse y mostrarse en condiciones muy favorables... Probablemente a Martha le asustara su dominante enamorado y con frecuencia se refugiaba en el silencio»[14].

Así que, al final, le escribió: «Renuncio a lo que exigí. No necesito una compañera de fatigas, que es en lo que tenía la esperanza de poder convertirte. Soy lo suficientemente fuerte para luchar solo [...]. Sigues siendo para mí una criatura dulce, preciosa y amada»[15]. Con ello se ponía fin obviamente «al único periodo de su vida en el que estas emociones [el amor y el odio] se centraron en una mujer»[16].

El matrimonio fue convencional, pero sin esa pasión. Tal como describe Jones:

> Pocos matrimonios podrán haber ido mejor. Martha sin duda era una excelente esposa y madre. Era una admirable administradora —de esa rara clase de mujeres capaces de conservar indefinidamente a la servidumbre— pero nunca fue el tipo de ama de casa que antepone las cosas a las personas. Siempre prevalecía la comodidad y el bienestar de su marido [...]. No se esperaba de ella que fuera capaz de seguir, mejor de lo que lo podía hacerlo el resto del mundo, los volubles vuelos de la imaginación de él[17].

Ella estaba tan consagrada a las necesidades físicas de su esposo como la más entregada de las madres judías, y organizaba cada comida siguiendo un horario estricto que se adaptaba a lo que mejor le iba a «der

[13] *Ibíd.*, vol. I, págs. 110 y ss.

[14] *Ibíd.*, vol. I, pág. 124.

[15] *Ibíd.*, vol. I, pág. 127.

[16] *Ibíd.*, vol. I, pág. 138.

[17] *Ibíd.*, vol. I, pág. 151.

BIBLIOTECA MAYOR

Papa». Pero nunca soñó con compartir su vida en calidad de igual. Tampoco Freud la consideraba la tutora más adecuada de sus hijos, en particular en lo referente a la educación de éstos, en caso de que él muriera. Se recordaba a sí mismo un sueño en el que se le olvida pasar a buscarla para ir al teatro. Sus asociaciones «implican que puede admitirse un despiste en asuntos de escasa relevancia»[18].

Aquella sumisión ilimitada de las mujeres que la cultura de tiempos de Freud daba por supuesta, la total falta de oportunidades para actuar con independencia o para tener una identidad personal, causaba al parecer con frecuencia la incomodidad y la inhibición en la esposa y la irritación en el esposo que caracterizó al matrimonio de Freud. Como Jones lo resume, la actitud de Freud hacia las mujeres «probablemente pudiera calificarse de anticuada, y sería fácil adscribirla a su entorno social y al periodo en el que vivió más que a factores personales de ningún tipo».

> Cualesquiera que fueran sus opiniones intelectuales al respecto, hay muchas indicaciones de su actitud emocional en sus textos y en su correspondencia. Sin duda sería exagerado decir que consideraba al sexo masculino como los señores de la creación, pues no había ni un atisbo de arrogancia ni de superioridad en su temperamento, pero tal vez quepa describir su visión del sexo femenino como aquel cuya principal función es ser ángeles que atienden las necesidades y que aseguran el bienestar de los varones. Sus cartas y su opción amorosa indican claramente que sólo tenía un tipo de objeto sexual en su mente, uno femenino y delicado...

No cabe duda de que a Freud la psicología de las mujeres le parecía más enigmática que la de los hombres. En cierta ocasión le dijo a Marie Bonaparte: «La gran pregunta a la que nunca se ha contestado y que yo todavía no he sido capaz de elucidar, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es ¿qué es lo que desea una mujer?»[19].

Jones observaba asimismo:

> A Freud también le interesaba otro tipo de mujer, de un estilo más intelectual y tal vez más masculino. Mujeres de este tipo desempeñaron en varias ocasiones un papel en su vida, accesorio al de sus amigos masculinos aunque de un calibre más fino, pero no le atraían eróticamente[20].

Entre aquellas mujeres se incluían su cuñada, Minna Bernays, mucho más inteligente e independiente que Martha, y otras que más tarde fueron psicoanalistas o se adhirieron al movimiento psicoanalítico: Marie Bonaparte, Joan Riviere y Lou Andreas-Salomé. Sin embargo, ni los idólatras ni los biógrafos hostiles sospechan que jamás pensara en buscar satisfacción sexual fuera de su matrimonio. Por lo tanto, al parecer el sexo era completamente ajeno a sus pasiones humanas, que expresó a lo largo de los últimos años productivos de su dilatada vida a través de su pensamiento y, en menor medida, de amistades con los hombres y con aquellas mujeres a las que consideraba sus pares y, por lo tanto, «masculinas». En cierta ocasión dijo: «Siempre me pareció extraño no poder entender a alguien en mis propios términos»[21].

A pesar de la importancia del sexo en la teoría de Freud, las palabras de éste dan la impresión de que el acto sexual le parecía algo degradante; si las propias mujeres se veían tan degradadas, a ojos del hombre, ¿cómo podía aparecer el sexo bajo ninguna otra luz? Por supuesto, aquella no era su teoría. Para Freud, era la idea del incesto con la madre o con la hermana la que le hacía al hombre «considerar el acto sexual como algo degradante, que ensucia y contamina algo más que el cuerpo»[22]. En cualquier caso, Freud daba por supuesta la degradación de las mujeres

[18] Helen Walker Puner, *Freud, His Life and His Mind,* Nueva York, 1947, pág. 152.

[19] Jones, *op. cit.,* vol. II, pág. 121.

[20] *Ibíd.,* vol. I, págs. 301 y ss. Durante los años en los que Freud estaba gestando su teoría sexual, antes de que su propio y heróico psicoanálisis lo liberara de una apasionada dependencia con respecto a una serie de varones, sus emociones se centraban en un deslumbrante otorrinolaringólogo llamado Fliess. Se trata de una coincidencia de la historia que resultó funesta para mujeres, porque Fliess había propuesto, y había obtenido, la adhesión durante toda su vida de Freud a una fantástica «teoría científica» que reducía todos los fenómenos de vida y de la muerte a la «bisexualidad», expresada en términos matemáticos a través de una tabla periódica basada en el número 28, duración en días del ciclo menstrual de la mujer. Freud ansiaba los encuentros con Fliess «como si tuviera que saciar su hambre y su sed». En una ocasión le escribió: «Nadie puede sustituir la relación con un amigo que exige un lado particular de mi ser, tal vez femenino. Incluso después de que Freud se psicoanalizara, seguía pensando que se moriría el día que había predicho Fliess en su tabla periódica, en la que todo se podía deducir en términos del número femenino 28 y del número masculino 23, número de días desde el final de un periodo menstrual y el principio del siguiente.»

[21] *Ibíd.,* vol. I, pág. 320.

[22] Sigmund Freud, «Degradation in Erotic Life», en *The Collected Papers of Sigmund Freud,* vol. IV.

—y esto constituye la clave de su teoría de la feminidad. La fuerza motora de la personalidad de la mujer, según la teoría de Freud, era su envidia del pene, que le hace sentirse tan despreciada a sus propios ojos «como a los ojos del niño, y más tarde tal vez del hombre» y conduce, en la feminidad normal, a desear el pene de su marido, un deseo que nunca llega a satisfacerse plenamente hasta que posee un pene dando a luz un hijo. En resumen, no es más que un *«homme manqué»,* un hombre al que le falta algo. Como lo explica la eminente psicoanalista Clara Thompson, «Freud nunca se liberó de la actitud victoriana hacia las mujeres. Aceptó como parte inevitable del destino de ser mujer la limitación de las perspectivas y de la existencia en la vida victoriana [...]. El complejo de castración y la envidia del pene, dos de las ideas más elementales de todo su pensamiento, son conceptos postulados partiendo del supuesto de que las mujeres son biológicamente inferiores a los varones»[23].

¿A qué se refería Freud con su concepto de envidia del pene? Porque incluso quienes comprenden que Freud no puedo eludir su cultura no cuestionan que refirió con sinceridad lo que observó en el seno de ésta. A Freud le parecía tan unánime entre las mujeres de la clase media de la Viena de aquella era victoriana el fenómeno denominado envidia del pene que basó en él toda su teoría de la feminidad. En una conferencia sobre «La psicología de las mujeres», afirmó:

> El niño adquiere el complejo de castración después de haber aprendido, al ver los órganos genitales femeninos, que el órgano sexual que tanto valora no forma necesariamente parte del cuerpo de todas las mujeres [...] y por lo tanto, a partir de ese momento, es víctima de la ansiedad de la castración, que le proporciona la principal fuerza motriz para su ulterior desarrollo. El complejo de castración en la niña también forma parte de la observación de los órganos genitales del otro sexo. Ésta se da cuenta enseguida de la diferencia y, todo hay que reconocerlo, de su importancia. Se siente muy desaventajada y con frecuencia declara que a ella también le gustaría tener algo parecido, por lo que es víctima de la envidia del pene, que deja huellas imborrables en su desarrollo y en la formación de su carácter, e incluso en las instancias más favorables, no se supera sin un gran gasto en energía mental. El hecho de que la niña admita que carece de pene no significa que acepte su ausencia fácilmente. Por el contrario, durante mucho tiempo siente el deseo de tener algo parecido y cree en esa posibilidad durante un número extraordinario de años; e incluso, en un momento en el que su conocimiento de la realidad la ha llevado a abandonar desde hace tiempo el afán por satisfacer ese deseo, por saberlo inalcanzable, el psicoanálisis pone de manifiesto que sigue persistiendo en el inconsciente y consume una cantidad considerable de energía. Al fin y al cabo, su deseo tan imperioso de tener un pene tal vez contribuya a los motivos que inducen a una mujer adulta a acudir a la terapia, y lo que espera, bastante razonablemente, de la misma, como la capacidad de realizar una carrera intelectual, puede identificarse con frecuencia como una modificación de ese deseo reprimido[24].

«El descubrimiento de su castración marca un hito en la vida de la niña», seguía diciendo Freud. «Se siente herida en su amor propio por la comparación desfavorable con el niño, que está mucho mejor dotado.» Su madre, y todas las mujeres, quedan desvalorizadas a sus ojos, del mismo modo que ellas quedan desvalorizadas a ojos del hombre. Esto conduce bien a una total inhibición sexual y neurosis, bien a un «complejo de masculinidad» en el que se niega a renunciar a la actividad «fálica» (es decir, a la «actividad que suele ser característica del macho») o a la «feminidad normal», en la que los propios impulsos de la niña que la inducen a actuar se ven reprimidos, y se vuelve hacia su padre para satisfacer su deseo del pene. «No obstante, la situación femenina sólo se estabiliza cuando el deseo del pene queda sustituido por el deseo de tener una criatura, en el que la criatura ocupa el lugar del pene.» Cuando jugaba con muñecas, aquello «no era en realidad una expresión de su feminidad», puesto que era actividad, no pasividad. El «deseo femenino más imperioso, el deseo de un pene, sólo queda satisfecho si la criatura es un varón, que trae puesto el anhelado pene [...]. La madre puede trasladar a su hijo toda la ambición que tuvo que acallar en ella, y puede esperar obtener de él la satisfacción de todo lo que le ha quedado de su complejo de masculinidad»[25].

Pero su deficiencia inherente, y la envidia del pene resultante, es tan difícil de superar que el superego de la mujer —su conciencia, sus ideales— nunca están tan plenamente formados como los del hombre; «las mujeres tienen un escaso sentido de la justicia, y esto sin duda está relacionado con la preponderancia de la envidia en su vida mental». Por el mismo motivo, el interés de las mujeres por la sociedad es menor que el de los hombres y «su capacidad para la sublimación de los instintos es

[23] Thompson, *op. cit.*, pág. 133.

[24] Sigmund Freud, «The Psychology of Women», en *New Introductory Lectures on Psychoanalysis,* trad. al inglés de W. J. H. Sprott, Nueva York, 1933, págs. 170 y ss.

[25] *Ibíd.*, pág. 182.

menor». Finalmente, Freud no pude evitar mencionar «una impresión que tenemos una y otra vez a partir del trabajo psicoanalítico»: ni siquiera el psicoanálisis puede hacer demasiado por las mujeres, debido a la deficiencia inherente de la feminidad.

> Un hombre de unos treinta años parece un joven y, en cierto sentido, un individuo que no ha acabado de desarrollarse, del que esperamos que sea capaz de hacer buen uso de las posibilidades de desarrollo que el psicoanálisis le brinda. Pero una mujer de aproximadamente la misma edad frecuentemente nos llama la atención por su rigidez e inmutabilidad psicológicas [...]. Ninguna vía se abre ante ella para su ulterior desarrollo; es como si todo el proceso se hubiese realizado y no admitiera influencia alguna en el futuro; como si, de hecho, el difícil desarrollo que conduce a la feminidad hubiese agotado todas las posibilidades del individuo, incluso cuando conseguimos eliminar el sufrimiento resolviendo su conflicto neurótico[26].

¿A qué estaba haciendo referencia en realidad? Si uno interpreta la «envidia del pene» como se han reinterpretado otros conceptos freudianos, a la luz de nuestro nuevo conocimiento, a saber, que lo que Freud consideraba como biológico solía ser una reacción cultural, vemos simplemente que la cultura victoriana les dio a las mujeres muchas razones para envidiar a los hombres: de hecho, creó las mismas condiciones contra las que lucharon las feministas. Si una mujer a la que se negaba la libertad, el estatus social y los placeres que se les reservaban a los varones deseara en secreto poder acceder a todas esas cosas, en el lenguaje taquigráfico del sueño podría desear ser un hombre y podría verse a sí misma con esa cosa en particular que hacía que los hombres fueran inequívocamente diferentes —el pene. Por supuesto, tendría que aprender a mantener ocultas su envidia y su rabia: jugar a ser una niña, una muñeca, un juguete, porque su destino dependía del varón seductor. Pero por debajo es posible que todavía se cebara en ella, incapacitándola para el amor. Si se despreciaba en secreto y envidiaba al hombre por todo lo que ella no era, tal vez pudiera experimentar todas las sensaciones del amor o incluso sentir una sumisa adoración, pero ¿sería capaz de amar con libertad y alegría? No podemos explicar la envidia del hombre ni el desprecio de sí misma que siente una mujer por una mera negativa a aceptar su deformidad sexual, a menos que pensemos que la mujer, por naturaleza, es inferior al hombre. En ese caso, por supuesto, su deseo de ser igual a él es neurótico.

[26] *Ibíd.*, pág. 184.

Ahora se suele aceptar de manera generalizada que Freud nunca prestó suficiente atención, incluso en los hombres, al desarrollo del ego o yo: «el impulso para dominar, controlar o llegar a unos términos satisfactorios con el entorno»[27]. Los psicoanalistas que se han liberado del sesgo freudiano y se han adscrito a otros científicos conductistas para estudiar la necesidad humana de crecimiento están empezando a pensar que ésta es la necesidad humana básica y que cualquier interferencia con ella, en cualquier dimensión, es una fuente de perturbaciones psíquicas. La sexual es tan sólo una de las dimensiones del potencial humano. Es preciso recordar que Freud pensaba que todas las neurosis tenían un origen sexual; veía a las mujeres exclusivamente desde la perspectiva de su relación sexual con los hombres. Pero todas aquellas mujeres en las que advirtió problemas sexuales sin duda debían de tener graves problemas de bloqueo del crecimiento, un crecimiento carente de una identidad humana plena —un yo inmaduro e incompleto. La sociedad tal como era entonces, al negar de manera explícita la educación y la independencia, impedía que las mujeres se desarrollaran de acuerdo con su potencial pleno, o que atendieran a aquellos intereses e ideales que podrían haber estimulado su crecimiento. Freud se dio cuenta de esas deficiencias pero sólo fue capaz de explicarlas como cuota que pagaban las mujeres por su «envidia del pene». Consideraba que la envidia que las mujeres sentían de los hombres era *sólo* una enfermedad sexual. Consideraba que a las mujeres que ansiaban en secreto equipararse con los hombres no les debía gustar ser objeto de éstos; y con ello al parecer estaba describiendo un hecho. Pero cuando despreció el afán de igualdad de las mujeres tildándolo de «envidia del pene», ¿acaso no estaba afirmando su propia opinión de que en realidad las mujeres nunca podrían llegar a ser iguales a los hombres, del mismo modo que tampoco podrían nunca tener el pene de éstos?

Freud no tenía ningún interés por cambiar la sociedad, sino que pretendía ayudar a los hombres y a las mujeres a adaptarse a ella. Por ello refiere un caso de una solterona de mediana edad a la que consiguió li-

[27] Thompson, *op. cit.*, págs. 12 y ss.: «La guerra de 1914-1918 hizo que se prestara todavía más atención a las pulsiones del ego [...]. Por aquella época, se empezó a analizar otra idea [...], que era que la agresión, al igual que el sexo, podría ser un importante impulso reprimido [...]. El problema más desconcertante era cómo incluirla en la teoría de los instintos [...]. Al final Freud lo resolvió mediante su segunda teoría de los instintos. La agresión halló su lugar como parte del instinto de muerte. Es interesante señalar que Freud no dio mayor importancia a la autoafirmación habitual, es decir, el impulso de dominar, controlar o adaptarse satisfactoriamente al entorno.»

brar de un complejo sintomático que le impedía participar en la vida en ningún aspecto desde hacía quince años. Liberada de estos síntomas, se «sumió en un torbellino de actividades con el fin de desarrollar sus talentos, que en ningún caso eran pequeños, y conseguir algo de disfrute, de recreo y de éxito en la vida antes de que fuera demasiado tarde». Pero todos sus intentos se vieron frustrados cuando se dio cuenta de que no había un lugar para ella. Puesto que no podía volver a caer en sus síntomas neuróticos, empezó a sufrir accidentes; se hizo esguinces en el tobillo, en el pie, en la muñeca. Una vez psicoanalizado también aquello, «en lugar de accidentes, contrajo en ocasiones algunas enfermedades leves como catarro, dolor de garganta, enfriamiento o inflamaciones reumáticas, hasta que al final, cuando tomó la decisión de resignarse a permanecer inactiva, todo aquel asunto se terminó»[28].

Aunque Freud y sus contemporáneos consideraban que las mujeres eran inferiores por naturaleza, por irrevocable determinación divina, la ciencia no justifica en la actualidad semejante planteamiento. Ahora sabemos que aquella inferioridad se debió a que no tuvieron acceso a una educación, a que estaban confinadas en el hogar. Ahora que la ciencia ha puesto de manifiesto que las mujeres son igual de inteligentes que los varones y que se ha demostrado que tienen las mismas capacidades que éstos en todos los ámbitos excepto en lo referente a la pura fuerza física, cualquier teoría basada de manera explícita en la inferioridad natural de la mujer se consideraría tan ridícula como hipócrita. Pero este planteamiento es el que constituye el fundamento de la teoría de Freud sobre las mujeres, a pesar de la máscara de verdad sexual atemporal que disimula sus planteamientos hoy en día.

Debido a que los seguidores de Freud sólo fueron capaces de ver a las mujeres según la imagen que su maestro había dado de ellas —inferiores, infantiles, indefensas, incapaces de ser felices a menos que se amoldaran a ser el objeto pasivo del hombre —quisieron ayudar a las mujeres a liberarse de su envidia reprimida, de su neurótico deseo de ser iguales. Quisieron ayudar a las mujeres a realizarse sexualmente como mujeres afirmando su inferioridad natural.

Pero la sociedad, que había definido aquella inferioridad, había cambiado drásticamente cuando los seguidores de Freud traspusieron, plasmándolos en la Norteamérica del siglo XX, tanto las causas como los remedios para la condición que Freud había denominado envidia del pene. A la luz de nuestro conocimiento de los procesos culturales y del crecimiento humano, cabría presumir que unas mujeres que han crecido con los derechos, la libertad y la educación que se les negaron a las mujeres victorianas deberían ser diferentes de la mujer a la que Freud pretendía curar. Cabría presumir que tendrían muchas menos razones para envidiar a los hombres. Pero Freud fue interpretado para las mujeres estadounidenses en unos términos curiosamente tan literales que el concepto de envidia del pene adquirió una vida mística propia, como si existiera independientemente de las mujeres en las que se había observado. Es como si la imagen victoriana que Freud tenía de las mujeres se tornara más real que las mujeres del siglo XX a las que se les aplicó. Estados Unidos se agarró a la teoría de la feminidad de Freud de una manera tan literal que no se establecía ninguna diferencia entre las mujeres actuales y las de la era victoriana. Las injusticias reales que la vida infligía a las mujeres hace un siglo en relación con los varones se descartaban como meras racionalizaciones de la envidia del pene. Y las oportunidades reales que la vida ofrece a las mujeres ahora, comparadas con las de las mujeres de entonces, quedan prohibidas en nombre de la envidia del pene.

La aplicación literal de la teoría freudiana puede apreciarse en estos pasajes de *Modern Women: The Lost Sex* [Mujeres Modernas: el sexo perdido], obra de la psicoanalista Marynia Farnham y del sociólogo Ferdinand Lundberg, que ha sido parafraseada *ad nauseam* en las revistas y en los cursos prematrimoniales, hasta que la mayoría de sus afirmaciones han pasado a formar parte de la verdad convencional y aceptada de nuestra época. Equiparando el feminismo con la envidia del pene, afirman categóricamente:

> El feminismo, a pesar de la validez externa de su programa político y gran parte (aunque no todo) de su programa social, estaba gangrenado en su núcleo [...]. La orientación dominante de la formación y el desarrollo femeninos en la actualidad [...] no incita precisamente al desarrollo de aquellos rasgos necesarios para alcanzar el placer sexual: la receptividad y la pasividad, una disposición a aceptar la dependencia sin miedo ni resentimiento, con una profunda introversión y una disposición a aceptar el fin último de la vida sexual —la impregnación [...]
>
> No está entre las capacidades del organismo femenino alcanzar sentimientos de bienestar por la vía de la satisfacción masculina [...]. El error de las feministas es que trataron de lanzar a las mujeres por la vía esencialmente masculina de las hazañas, fuera de la vía femenina del cuidado [...].
>
> La norma psicológica que empieza a dibujarse es, pues, la siguiente: cuantos más estudios tiene una mujer, mayor es la probabilidad de que padezca trastornos sexuales más o menos graves. Cuanto

[28] Sigmund Freud, «Anxiety and Instinctual Life», en *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, pág. 149.

mayores son los trastornos sexuales en un determinado grupo de mujeres, menos hijos tienen éstas [...]. El destino les ha reservado el favor que imploraba para sí Lady Macbeth; han sido privadas de sexualidad, no sólo a la hora de parir, sino también en su disfrute del placer[29].

De este modo, los divulgadores de Freud arraigaron todavía más profundamente en los cimientos pseudocientíficos la esencia de su prejuicio tradicional no reconocido contra las mujeres. Freud era perfectamente consciente de su propia tendencia a construir un enorme corpus de deducciones partir de un solo hecho —método fértil y creativo pero que constituía una hoja de doble filo, por el riesgo de que se malinterpretara ese hecho aislado. Freud le escribió a Jung en 1909:

> Su conjetura de que una vez que yo me haya ido mis errores tal vez se adoren como reliquias sagradas me divirtió enormemente, pero no lo creo así. Por el contrario, opino que mis seguidores se apresurarán en demoler lo antes posible todo lo que no sea seguro y razonable de lo que deje tras de mí[30].

Pero con respecto al tema de las mujeres, los seguidores de Freud no sólo agravaron sus errores sino que, en su tortuoso afán por encajar sus observaciones acerca de mujeres reales en su marco teórico, zanjaron algunas de las preguntas que él mismo había dejado abiertas. Así, por ejemplo, Helene Deutsch, cuya obra definitiva en dos volúmenes, *The Psychology of Women – A Psychoanalitical Interpretation,* se publicó en 1944, no es capaz de situar el origen de todos los trastornos femeninos en la envidia del pene como tal. Y por ello hace lo que al propio Freud le parecía poco adecuado, que era equiparar «feminidad» con «pasividad» y «masculinidad» con «actividad», no sólo en el ámbito sexual sino en todos los ámbitos de la vida.

> Al tiempo que reconozco plenamente que la posición de la mujer está sujeta a influencia externa, me atrevo a decir que las identidades fundamentales «femenina-pasiva» y «masculina-activa» se dan en todas las culturas y razas conocidas en diversas formas y en diversas proporciones cuantitativas.

[29] Marynia Farnham y Ferdinand Lundberg, *Modern Woman: The Lost Sex,* Nueva York y Londres, 1947, págs. 142 y ss.

[30] Ernest Jones, *op. cit.,* vol. II, pág. 446.

> Con mucha frecuencia una mujer se resiste a esta característica que le dicta su naturaleza y, a pesar de determinadas ventajas que extrae de ella, hace gala de muchos modos de comportamiento que sugieren que no está del todo satisfecha con su propia constitución [...] la expresión de esta insatisfacción, combinada con sus intentos de remediarla, producen en la mujer el «complejo de masculinidad»[31].

El «complejo de masculinidad» tal domo la Dra. Deutsch lo pulió, se deriva directamente del «complejo de castración femenino». Por lo tanto, la anatomía sigue siendo el destino, la mujer sigue siendo un «homme manqué». Por supuesto, la Dra. Deutsch menciona de pasada que «Con respecto a la niña, sin embargo, el entorno ejerce una influencia inhibidora en relación tanto con las agresiones que padece como con su actividad.» Por tanto, la envidia del pene, la deficiente anatomía femenina y la sociedad «dan la impresión de confluir para producir la feminidad»[32].

La feminidad «normal» se alcanza, sin embargo, únicamente en la medida en que la mujer renuncie finalmente a todos los objetivos activos propios, a toda su «originalidad» propia, para identificarse y realizarse a través de las actividades y objetivos de su marido o de su hijo. Este proceso puede sublimarse de una manera no sexual —por ejemplo, la mujer que realiza la investigación básica para alimentar los descubrimientos de sus superiores, varones. La hija que dedica su vida a su padre también está realizando una «sublimación» femenina satisfactoria. Sólo la actividad por su propia cuenta o la originalidad, basada en la igualdad, merece el oprobio del «complejo de masculinidad». Esta brillante seguidora femenina de Freud afirma categóricamente que las mujeres que en 1944 habían alcanzado gran prestigio en Estados Unidos por actividades propias en varios campos lo habían hecho a expensas de su realización como mujeres. No cita nombres, pero dice que todas ellas padecieron el «complejo de masculinidad».

¿Cómo podía una muchacha o una mujer que no era psicoanalista no tener en cuenta aquellos presagios que, en la década de 1940, de repente empezaron a oírse en boca de todos los oráculos del pensamiento más sofisticado?

Sería absurdo sugerir que la manera en que las teorías freudianas se utilizaron para lavarle el cerebro a dos generaciones de mujeres estadou-

[31] Helene Deutsch, *The Psychology of Woman – A Psychoanalytical Interpretation,* Nueva York, 1944, vol. I, págs. 224 y ss. [Trad. esp.: *La psicología de la mujer,* 2 vols., Buenos Aires, Losada, 1977.]

[32] *Ibíd.,* vol. I, págs. 251 y ss.

nidenses con estudios formaba parte de una conspiración del psicoanálisis. Lo hicieron divulgadores bienintencionados y distorsionadores involuntarios; conversos ortodoxos y efímeros cantamañanas; quienes sufrían y quienes curaban, así como quienes hacían del sufrimiento un negocio; y, ante todo, lo hizo una confluencia de fuerzas y necesidades características del pueblo norteamericano en aquel momento en particular. De hecho, la aceptación literal en la cultura norteamericana de la teoría freudiana de la realización femenina contrastaba de una manera tragicómica con la lucha personal de muchos psicoanalistas estadounidenses por reconciliar lo que veían que les pasaba a sus pacientes femeninas con la teoría de Freud. La teoría decía que las mujeres debían ser capaces de realizarse como esposas y como madres, y que para ello bastaba que eliminaran a través del psicoanálisis sus «afanes masculinos», su «envidia del pene». Pero la cosa no era tan sencilla. «No sé por qué las mujeres de Estados Unidos están tan insatisfechas», insistía un psicoanalista de Westchester. «Da la sensación de que, de alguna manera, es muy difícil erradicar la envidia del pene en las mujeres estadounidenses.»

Un psicoanalista de Nueva York, uno de los últimos que se formaron en el Instituto Psicoanalítico del propio Freud en Viena, me dijo:

> Después de veinte años psicoanalizando a mujeres estadounidenses, me he visto una y otra vez en la situación de tener que aplicar la teoría de la feminidad de Freud a la vida psíquica de mis pacientes, aunque mi intención no fuera hacerlo de aquel modo. He llegado a la conclusión de que la envidia del pene simplemente no existe. He visto a mujeres que son perfectamente expresivas, desde el punto sexual, vaginal, y que sin embargo no son maduras, no se sienten integradas ni realizadas. Tuve una paciente en el diván durante casi dos años antes de conseguir que hiciera frente a su verdadero problema: a ella no le bastaba ser únicamente ama de casa y madre. Un día soñó que estaba dando clase en un aula. No pude achacar simplemente el tremendo anhelo que traducía el sueño de aquella ama de casa a la envidia del pene. Era la expresión de su propia necesidad de autorrealización madura. Le dije: «No puedo liberarla a usted de ese sueño a través del psicoanálisis. Debe usted hacer algo al respecto.»

Este mismo hombre le enseña a los psicoanalistas jóvenes en su curso de postgrado en una gran universidad del Este: «Si el paciente no encaja con lo que dicen el manual, tira el manual y escucha al paciente.»

Pero muchos psicoanalistas tiraron el manual *a* sus pacientes y las teorías freudianas empezaron a aceptarse como hechos ciertos incluso por parte de mujeres que nunca se habían tumbado en el diván de un psicoanalista y que sólo sabían lo que habían leído u oído. A día de hoy, la cultura popular no ha asimilado que la creciente y generalizada frustración de las mujeres estadounidenses tal vez no tenga nada que ver con la sexualidad femenina. Es cierto que algunos psicoanalistas modificaron drásticamente las teorías para que encajaran con sus pacientes, o incluso las descartaron por completo, pero estos hechos nunca llegaron a calar en la conciencia pública. A Freud se le aceptó de una manera tan rápida y total a finales de la década de 1940 que durante más de diez años nadie siquiera cuestionó que las mujeres estadounidenses con estudios se apresuraran a volver al hogar. Cuando al final hubo que revisar la situación porque algo obviamente no estaba yendo bien, las preguntas se plantearon tan totalmente dentro del marco freudiano que sólo era posible dar una respuesta: la educación, la libertad y los derechos no son buenos para las mujeres.

La aceptación exenta de crítica de la doctrina freudiana en Estados Unidos se debió, al menos en parte, a la solución que proporcionaba a preguntas incómodas sobre realidades objetivas. Después de la Depresión, después de la guerra, la psicología freudiana se convirtió, mucho más que en una ciencia del comportamiento humano, en una terapia para el sufrimiento. Se convirtió en una ideología norteamericana en la que cabía todo, en una nueva religión. Llenó el vacío de pensamiento y propósito de muchas personas para las que Dios o la bandera o la cuenta bancaria ya no bastaban, y que sin embargo estaban cansadas de sentirse responsables por los linchamientos y los campos de concentración y los niños de India y África que se morían de hambre. Proporcionaba una cómoda vía de escape de la bomba atómica, de McCarthy y de todos los desconcertantes problemas que podían quitarle el buen sabor a los filetes, a los coches, a los televisores en color y a las piscinas de los jardines de atrás de las casas. Nos dio permiso para suprimir las preguntas incómodas que planteaba un mundo más amplio e ir en pos de nuestro propio placer personal. Y aunque la nueva religión psicológica —que hacía del sexo virtud, eliminaba cualquier pecado del vicio privado y arrojaba sospechas sobre las elevadas aspiraciones de la mente y del espíritu— tuvo un efecto personal más devastador en las mujeres que en los hombres, nadie lo planificó para que así fuera.

La psicología, preocupada durante mucho tiempo por su propio complejo de inferioridad científica, obsesionada durante mucho tiempo por los pequeños y concretos experimentos de laboratorio que dieron la ilusión de reducir la complejidad humana al sencillo y medible comportamiento de los ratones en un laberinto, se convirtió en una cruzada fertilizadora que se extendió por los campos yermos del pensamiento nortea-

mericano. Freud fue el líder espiritual, sus teorías eran la Biblia. ¡Y lo importante y emocionante que todo ello resultaba! Su misteriosa complejidad formaba parte del atractivo que tenía para los aburridos estadounidenses. Y aunque parte de ello siguió siendo impenetrablemente misterioso, ¿quién iba a admitir que no alcanzaba a comprenderlo? Norteamérica se convirtió en el centro del movimiento psicoanalítico, cuando los psicoanalistas freudianos, jungianos y adlerianos huyeron de Viena y de Berlín y nuevas escuelas florecieron gracias a las crecientes neurosis y los dólares de los norteamericanos.

Pero la práctica del psicoanálisis como terapia no fue la principal responsable de la mística femenina. Fue una creación de los escritores y editores de los medios de comunicación, de los investigadores motivacionales de las agencias de publicidad y, por detrás de éstos, de los divulgadores y traductores del pensamiento freudiano en los *colleges* y en las universidades. Las teorías freudianas y pseudofreudianas se asentaron por doquier, como una fina ceniza volcánica. La sociología, la antropología, la educación e incluso el estudio de la historia y la literatura se empaparon de pensamiento freudiano y quedaron transfiguradas por éste. Los misioneros más fervientes de la mística de la feminidad fueron los funcionalistas, que se bebieron a Freud a tragos para abrir sus nuevos departamentos de «Educación para la vida familiar y matrimonial». Los cursos prácticos sobre el matrimonio que se les impartían a las estudiantes estadounidenses de *college* les enseñaban a «desempeñar el papel» de mujeres —el viejo rol se convirtió en una nueva ciencia. Los movimientos relacionados con éste fuera de los *colleges*— la educación de los padres, los grupos de estudio infantiles, los grupos de estudio sobre maternidad prenatal y la educación en salud mental —difundieron el nuevo superego psicológico por todo el país, sustituyendo al bridge y a la canasta como entretenimiento para mujeres casadas jóvenes y con estudios. Y aquel superego freudiano funcionó para un creciente número de jóvenes e impresionables norteamericanas, tal como Freud dijo que el superego funcionaba: perpetuando el pasado.

> El ser humano no vive nunca del todo en el presente; las ideologías del superego perpetúan el pasado, las tradiciones de la raza y los pueblos, que se rinden, aunque lentamente, a la influencia del presente y a los nuevos desarrollos; y, mientras funcionen a través del superego, desempeñan un papel importante en la vida del ser humano, con bastante independencia de las condiciones económicas[33].

[33] Sigmund Freud, «The Anatomy of th Mental Personality», en *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, pág. 96.

La mística de la feminidad, que la teoría freudiana elevó a la categoría de religión científica, tocó un único registro superprotector, que limitaba la existencia y negaba el futuro de las mujeres. Los pensadores más avanzados de nuestra época les dijeron a las chicas que crecieron jugando al béisbol, haciendo de canguros y dominando la geometría —casi lo suficientemente independientes, casi lo suficientemente autosuficientes, como para hacer frente a los problemas de la era de la fisión-fusión— que volvieran al hogar y vivieran sus vidas como si fueran Noras, confinadas a la casa de muñecas por el prejuicio victoriano. Y su propio respeto y temor reverencial ante la autoridad de la ciencia —la antropología, la sociología y la psicología comparten ahora esa autoridad— les impidió cuestionar la mística de la feminidad.

Capítulo 6

El letargo funcional, la protesta femenina y Margaret Mead

En lugar de destruir los viejos prejuicios que limitaron la vida de las mujeres, la ciencia social en Estados Unidos se limitó a darles una nueva autoridad. Por un curioso proceso circular, los planteamientos de la psicología, de la antropología y de la sociología, que deberían haber sido poderosos instrumentos para liberar a las mujeres, de alguna manera se anularon unos a otros, atrapándolas en medio, en un punto muerto.

Durante los últimos veinte años, bajo el impacto catalizador del pensamiento freudiano, especialistas del psicoanálisis, la antropología, la sociología, la psicología social y otras áreas de las ciencias conductuales han celebrado seminarios profesionales y conferencias financiadas por distintas fundaciones en muchos centros universitarios. La fertilización cruzada al parecer ha hecho florecer su conocimiento, pero también ha dado lugar a algunos híbridos extraños. Cuando los psicoanalistas se pusieron a reinterpretar conceptos freudianos tales como la personalidad «oral» y «anal» a la luz de un concepto, tomado de la antropología, según el cual seguramente operaran los procesos culturales en la Viena de Freud, los antropólogos se marcharon a las islas de los Mares del Sur para trazar el mapa de la personalidad tribal de acuerdo con unas tablas con las categorías literales de «oral» y «anal». Armados con «consejos psicológicos para especialistas del campo de la etnología», los antropólogos y antropólogas a menudo encontraron aquello que iban buscando. En lugar de traducir, de cribar el sesgo cultural *sacándolo* de las teorías de Freud, Margaret Mead y otros expertos que fueron pioneros en el campo de la cultura y la personalidad consolidaron el error al adaptar sus

propias observaciones antropológicas a los epígrafes freudianos. Pero nada de esto habría tenido ese efecto paralizador para las mujeres de no haber sido por la coetánea aberración de los científicos sociales estadounidenses denominada funcionalismo.

El funcionalismo, originalmente centrado en la antropología y la sociología culturales y que se extendía hasta abarcar el campo aplicado de la educación para la vida familiar, empezó como un intento de convertir las ciencias sociales en algo más «científico», al adoptar de la biología la idea de estudiar las instituciones como si fueran músculos o huesos, en términos de su «estructura» y «función» en el cuerpo social. Al estudiar una institución exclusivamente desde la perspectiva de su función dentro de su propia sociedad, los especialistas en ciencias sociales pretendían evitar los juicios de valor de escaso fundamento científico. En la práctica, el funcionalismo era menos un movimiento científico que un juego de palabras científico. «La función es» solía traducirse por «la función debería ser»; los científicos sociales no reconocían sus propios prejuicios, disfrazados de funcionalismo, como tampoco los psicoanalistas reconocían los suyos, disfrazados de teoría freudiana. Al dar un significado absoluto y un valor moralista a los términos genéricos de «rol de la mujer», el funcionalismo provocó entre las mujeres estadounidenses una especie de letargo profundo —como el de Blancanieves, que espera a que el Príncipe la despierte mientras alrededor de ese círculo mágico el mundo sigue moviéndose.

Los y las especialistas en ciencias sociales que, en nombre del funcionalismo, cerraron aquel círculo tan estrecho en torno a las mujeres estadounidenses, también compartían aparentemente cierta actitud que yo denomino «la protesta femenina». Si es que existe algo que podamos denominar la protesta masculina —el concepto psicoanalítico que se arroga el funcionalismo para describir a las mujeres que envidian a los hombres y quieren ser hombres y que por lo tanto niegan que sean mujeres y se vuelven más masculinas que los propios hombres—, su equivalente puede identificarse hoy en día como una protesta femenina, en la que intervienen tanto hombres como mujeres, que niegan lo que las mujeres son en realidad y exacerban lo que significa «ser mujer» más allá de cualquier límite razonable. La protesta femenina, en su fórmula más directa, es sencillamente un medio para proteger a las mujeres de los peligros que tiene asumir la verdadera igualdad con los hombres. Pero ¿por qué habría de asumir ningún especialista en ciencias sociales, hombre o mujer, con una superioridad manipuladora casi divina, la protección de las mujeres contra el sufrimiento que pueda generarles su propio crecimiento?

Ese afán por proteger suele sofocar el ruido de las puertas que se cierran en las narices de las mujeres; suele encerrar un auténtico prejuicio,

aun cuando se practique en nombre de la ciencia. Cuando su anticuado abuelo fruncía el entrecejo al ver que Nora se había puesto a estudiar cálculo porque quería ser física, al tiempo que murmuraba: «El lugar de las mujeres es el hogar», Nora soltaba una risita de impaciencia y decía «¡Abuelo, que estamos en 1963!». Pero no se ríe ante el fino y cortés profesor universitario de sociología que fuma en pipa, ni ante el libro de Margaret Mead ni ante el manual de referencia definitivo en dos tomos sobre la sexualidad femenina cuando le dicen exactamente lo mismo. El complejo y misterioso lenguaje del funcionalismo, la psicología freudiana y la antropología cultural le ocultan el hecho de que lo dicen sin mucho más fundamento que el abuelo.

Así que nuestra Nora sonríe ante la carta de la reina Victoria, escrita en 1870: «La reina tiene el mayor interés en reclutar a quienquiera que esté dispuesto a aliarse de viva voz o por escrito en contra de esa disparatada y perversa locura de los "derechos de las mujeres", con todos sus horrores correspondientes, a la que se está librando su pobre y débil sexo, olvidando todo concepto de sensibilidad femenina y de decoro [...]. Se trata de un tema que enfurece tanto a la reina que no puede contenerse. Dios ha creado al hombre y a la mujer distintos —así que dejemos que cada uno siga ocupando su propia posición.»

Pero no sonríe cuando lee en *Marriage for Moderns**:

> Los sexos son complementarios. Es el mecanismo de mi reloj el que mueve las manecillas y me permite decir qué hora es. ¿Significa eso que el mecanismo es más importante que la caja? [...] Ninguno de los dos es superior al otro, ni inferior. Cada uno ha de juzgarse según sus propias funciones. Juntos constituyen una unidad de funcionamiento. Lo mismo sucede con los hombres y las mujeres —juntos constituyen una unidad de funcionamiento. Ninguno está realmente completo sin el otro. Son complementarios [...]. Cuando el hombre y la mujer se dedican a las mismas ocupaciones o realizan funciones comunes a ambos, puede suceder que la relación de complementariedad se quebrante[1].

Este libro se publicó en 1942. Las chicas lo han utilizado como libro de texto durante los últimos veinte años. Bajo el disfraz de un estudio sociológico, o de asignaturas como «Matrimonio y vida familiar»

* *El matrimonio para gente moderna,* obra de 1942 de Henry A. Bowman que contó con varias ediciones posteriores hasta 1974, y que propone soluciones prácticas para las situaciones del matrimonio desde una perspectiva cristiana. *[N. de la T.]*

[1] Henry A. Bowman, *Marriage for Moderns,* Nueva York, 1942, pág. 21.

o «Adaptación a la vida», se les ofrecen consejos tales como los siguientes:

> Sin embargo, sigue siendo un hecho que vivimos en un mundo real, un mundo del presente y del futuro inmediato en los que se apoya la pesada mano del pasado, un mundo en el que la tradición sigue imponiéndose y en el que las costumbres ejercen una influencia mayor que cualquier teórico de la materia [...], un mundo en el que la mayoría de los hombres y mujeres se casan y en el que la mayoría de las mujeres casadas son amas de casa. Hablar de lo que podría hacerse si la tradición y las costumbres se cambiaran radicalmente, o de lo que podrá ocurrir en el año 2000, tal vez constituya un ejercicio mental interesante, pero no ayuda a la juventud de hoy a adaptarse a los aspectos ineludibles de la vida ni a incrementar en nivel de satisfacción en sus matrimonios[2].

Por supuesto, este «adaptarse a los aspectos ineludibles de la vida» niega la velocidad a la que están cambiando en la actualidad las condiciones de vida —así como el hecho de que muchas chicas que se están adaptando a sus veinte años, tal como ahí se dice, seguirán vivas en el año 2000. Este funcionalista advierte de manera específica contra cualquier enfoque que plantee las «diferencias entre hombres y mujeres», excepto el «adaptarse» a esas diferencias tal como existen ahora. Y si, como nuestra Nora, una mujer se plantea hacer carrera, el autor sacude el dedo para avisarnos:

> Por primera vez en la historia, muchas jóvenes estadounidenses han de plantearse las siguientes preguntas: ¿Acaso voy a prepararme voluntariamente para una carrera que ocupará toda mi vida y me relegará a la soltería? ¿O he de prepararme para una vocación temporal a la que renunciaré cuando me case y asuma las responsabilidades del cuidado de la casa y de la maternidad? ¿O acaso voy a intentar combinar la carrera con mis labores de ama de casa? [...] La inmensa mayoría de las mujeres casadas son amas de casa [...].
>
> Si una mujer es capaz de encontrar una forma adecuada de expresarse a sí misma a través de una carrera más que con el matrimonio, pues muy bien. Sin embargo, muchas mujeres jóvenes no tienen en cuenta el hecho de que existen muchas carreras que no facilitan ningún medio ni proporcionan oportunidad alguna para expresarse a sí mismas. Además, no se dan cuenta de que sólo una minoría de mujeres, como una minoría de varones, tiene algo que merezca particularmente la pena expresar[3].

Y así, Nora se queda con la alentadora sensación de que, si opta por una carrera, también está eligiendo la soltería. Por si se hace alguna ilusión de poder combinar el matrimonio con una carrera, el funcionalista advierte:

> ¿Cuántos individuos [...] consiguen compaginar dos carreras? No muchos. Una persona excepcional podría hacerlo, pero una persona corriente no. El problema de combinar la maternidad y las labores domésticas con otra carrera es especialmente peliagudo, puesto que es probable que ambos propósitos requieran cualidades de naturaleza distinta. El primero, para funcionar, requiere abnegación; el segundo, autosuperación. El primero requiere cooperación; el segundo, competitividad [...]. Hay mayores oportunidades de ser felices si el marido y la mujer se complementan mutuamente que si se produce una duplicidad de funciones...[4].

Y por si acaso a Nora le queda alguna duda acerca de si renunciar a sus ambiciones de tener una carrera, se le ofrece una reconfortante racionalización:

> Una mujer que es un ama de casa eficaz debe saber un poco de pedagogía, de interiorismo, de cocina, de dietética, de consumo, de psicología, de fisiología, de relaciones sociales, de recursos comunitarios, de moda, de electrodomésticos, de economía doméstica, de higiene y un montón de cosas más [...]. Su función se asemeja más a la de un médico de cabecera que a la de un especialista [...].
>
> La mujer joven que opta por hacer carrera en el hogar no debe tener ningún sentimiento de inferioridad [...]. Cabría decir, como lo hacen algunos, que: «Los hombres hacen carrera porque las mujeres se ocupan del hogar». Cabría decir que las mujeres no tienen que asumir la carga de ganar un sueldo y que son libres de dedicar su tiempo al importantísimo cometido de las labores del hogar, porque los hombres se especializan en ganar un sueldo. Cabría decir que juntos, el proveedor de alimentos y el ama de casa forman una combinación complementaria de primera categoría[5].

[2] *Ibíd.*, págs. 22 y ss.

[3] *Ibíd.*, págs. 62 y ss.

[4] *Ibíd.*, págs. 74-76.

[5] *Ibíd.*, págs. 66 y ss.

Este libro de texto sobre el matrimonio no es el más sutil de los de su género. Resulta casi demasiado evidente que su argumento funcional no se apoya en ninguna cadena de hechos científicos. (Porque no tiene mucha base científica afirmar que «así son las cosas y por lo tanto así es como deberían ser».) Pero refleja la esencia del funcionalismo tal como impregnó toda la sociología de aquel periodo en Estados Unidos, independientemente de que el sociólogo se considerara a sí mismo o no «funcionalista». En algunos *colleges* que nunca se rebajaron a dar las «lecciones de desempeño de roles» del denominado curso sobre la familia funcional, a las jóvenes se les mandaba leer el reconocido «análisis de los roles sexuales en la estructura social de Estados Unidos» de Talcott Parsons, que no contemplaba otra alternativa para las mujeres que no fuera el papel de «ama de casa», modelado en distinto grado por la «domesticidad», el «glamour» y su condición de «buena compañera».

> Tal vez no sea excesivo afirmar que, sólo en casos muy excepcionales, un hombre adulto puede respetarse a sí mismo y gozar de una posición respetada por los demás sin «ganarse la vida» desempeñando un rol profesional reconocido [...]. En el caso del rol femenino, la situación es radicalmente diferente [...]. La condición fundamental de la mujer es la de ser la esposa de su marido y la madre de los hijos de éste...[6].

Parsons, un sociólogo altamente respetado y el principal teórico funcionalista, describe con perspicacia y precisión las fuentes de tensión de esta «segregación de los roles sexuales». Señala que el aspecto «doméstico» del rol de ama de casa «ha perdido importancia hasta el punto de que apenas da para constituir una ocupación plena para una persona sana»; que el «modelo del glamour» está «inevitablemente asociado a una edad relativamente joven» y por lo tanto «se producen tensiones graves resultantes del problema de la adaptación cuando la mujer se va haciendo mayor»; que el modelo de la «buena compañera» —que incluye el cultivo «humanista» de las artes y el bienestar de la comunidad— «padece una falta de institucionalización plena de su condición [...]. Sólo quienes tienen mayor iniciativa e inteligencia son capaces de adaptarse de manera plenamente satisfactoria en este sentido». Afirma que «está clarísimo que en el rol femenino adulto hay bastante tensión e inseguridad, por lo que cabe esperar que se produzcan manifestaciones ampliamente generalizadas en forma de comportamiento neurótico». Pero Parsons advierte:

> Por supuesto, una mujer adulta puede seguir el modelo masculino y optar por una carrera en los campos del desempeño profesional compitiendo directamente con los varones de su propia clase. Sin embargo, cabe observar que, a pesar de lo mucho que ha avanzado la emancipación de las mujeres del modelo doméstico tradicional, sólo una pequeña fracción de ellas ha llegado muy lejos en este sentido. También está claro que su generalización sólo sería posible si se produjeran grandes alteraciones en la estructura de la familia.

La verdadera igualdad entre hombres y mujeres no resultaría «funcional»; el *statu quo* sólo puede mantenerse si la esposa y madre es exclusivamente ama de casa o, como mucho, si tiene un «empleo» y no una «carrera» que podría llegar a otorgarle una condición equivalente a la de su marido. Por lo tanto, Parson considera que la segregación de los sexos es «funcional» en la medida en que mantiene la estructura social tal como es, lo que al parecer constituye la principal preocupación del funcionalismo.

> La igualdad de oportunidades total es claramente incompatible con cualquier solidaridad positiva en la familia [...]. En la amplia mayoría de los casos en los que las mujeres casadas tienen un empleo fuera del hogar, éstas trabajan en ocupaciones que no compiten directamente en cuanto a estatus con las del resto de varones de su propia clase. Los intereses de las mujeres y las normas de valoración que se les aplican se orientan mucho más, en nuestra sociedad, al adorno personal [...]. Se sugiere que esta diferencia está funcionalmente relacionada con el mantenimiento de la solidaridad familiar en nuestra estructura de clases[7].

Incluso la eminente socióloga Mirra Komarovsky, cuyo análisis funcional de cómo las muchachas aprenden a «desempeñar el rol femenino» en nuestra sociedad es francamente brillante, no puede eludir el rígido molde que impone el funcionalismo: adaptarse al *statu quo*. Porque limitar el campo de investigación personal a la función de una institución en un determinado sistema social, sin considerar otras alternativas, es fuente de un número infinito de racionalizaciones para todas las desigualda-

[6] Talcott Parsons, «Age and Sex in the Social Structure of the United States», en *Essays in Sociological Theory,* Glencoe, Illinois, 1949, págs. 223 y ss.

[7] Talcott Parsons, «An Analytical Approach to the Theory of Social Stratification», *op. cit.*, págs. 174 y ss.

des e injusticias de ese sistema. No es de sorprender que los científicos sociales empezaran a confundir su propia función con la de ayudar a los individuos a «adaptarse» a su «rol» en ese sistema.

> Un determinado orden social sólo puede funcionar si la amplia mayoría de los individuos que lo componen se ha adaptado de alguna manera al lugar que les corresponde en la sociedad y realizan las funciones que se espera de ellos [...]. Las diferencias en la educación de ambos sexos [...] están obviamente relacionadas con sus respectivos roles en la vida adulta. La futura ama de casa se entrena para su rol en el hogar, mientras que el chico se prepara para el suyo dándosele mayor independencia fuera del hogar, colocándose como «repartidor de periódicos» o en algún «trabajo de verano». Un proveedor de alimentos se beneficiará desarrollando su independencia, dominio, agresividad y competitividad[8].

El riesgo de la «educación tradicional» de las chicas, desde el punto de vista de esta socióloga, es su posible «fracaso a la hora de desarrollar en la muchacha la independencia, los recursos propios y ese grado de autoafirmación que la vida le demandará» —en su papel como esposa. De ahí la advertencia funcional:

> Aun cuando el padre o la madre consideren acertadamente [*sic*] que determinados atributos del rol femenino carecen de valor, ponen a la muchacha en riesgo obligándola a alejarse demasiado de los usos comúnmente aceptados de su época [...]. Los pasos que los progenitores han de dar para preparar a sus hijas a que respondan a las exigencias económicas y a que asuman las responsabilidades familiares de la vida moderna —esos pasos mismos tal vez despierten aspiraciones y desarrollen hábitos que están en conflicto con determinados rasgos de su rol femenino, tal como éstos se definen en la actualidad. La propia educación académica que ha de convertir al ama de casa con estudios de *college* en un estímulo para su familia y su comunidad puede llegar a desarrollar en ésta intereses que se verán frustrados en otras fases de su vida como ama de casa [...]. Corremos el riesgo de despertar intereses y capacidades que, una vez más, son contrarios a la definición actual de la feminidad[9].

Más adelante cita el caso reciente de una chica que quería ser socióloga. Era novia de un soldado que no quería que su futura mujer trabajara. La propia chica esperaba no encontrar un empleo demasiado interesante en el campo de la sociología.

> Sentía que un trabajo poco satisfactorio le facilitaría el amoldarse finalmente a los deseos de su futuro marido. Dada la necesidad que el país tenía de trabajadores cualificados, dada su incertidumbre con respecto a su propio futuro, a pesar de sus intereses actuales, aceptó un empleo rutinario. Sólo el futuro dirá si su decisión ha sido prudente. Si su prometido regresa del frente, si llegan a casarse, si él es capaz de ganar lo suficiente para mantener a la familia, sin la ayuda de ella, si los sueños frustrados de la muchacha no se vuelven contra ella, entonces no lamentará su decisión [...].
>
> En el momento histórico actual, la muchacha más adaptada probablemente sea la que es lo suficientemente inteligente como para tener buenas notas en la escuela pero no tan brillante como para sacar sobresalientes en todo [...]; la que es competente, pero no en áreas relativamente nuevas para las mujeres; la que sabe ser independiente y ganarse la vida, pero no tanto como para competir con los varones; la que es capaz de hacer bien algún trabajo (en el supuesto de que no se case o si por otras razones no tiene más remedio que trabajar) pero no está tan identificada con una profesión como para necesitar ejercerla para ser feliz[10].

Por tanto, en nombre de la adaptación a la definición cultural de la feminidad —en la que obviamente esta brillante socióloga no cree personalmente (la palabra «acertadamente» la delata)— acaba prácticamente refrendando la permanente *infantilización* de la mujer estadounidense, excepto en la medida en que tiene la consecuencia no intencionada de «dificultar la transición del rol de hija al de esposa en mayor medida que la del de hijo al de esposo».

> Básicamente, damos por supuesto que, en la medida en que la mujer siga siendo más «infantil», menos capaz de tomar decisiones por sí misma, más dependiente de uno de sus progenitores o de ambos para iniciar y canalizar su comportamiento y sus actitudes, siga estando más estrechamente vinculada a ellos como para que le resulte difícil separarse de ellos o enfrentarse a su desaprobación [...], o en la medida en que muestre otros indicios de una falta de emancipación emocional —en esa medida, probablemente le resulte más difícil que al varón adaptarse a la norma cultural de lealtad primaria a la familia que más tarde funde. Por supuesto, puede darse el caso de que el único efecto

[8] Mirra Komarovsky, *Women in the Modern World, Their Education and Their Dilemmas*, Boston, 1953, págs. 52-61.

[9] *Ibíd.*, pág. 66.

[10] *Ibíd.*, págs. 72-74.

de una mayor protección sea crear en la mujer una dependencia generalizada que transferirá a su marido y que le permitirá aceptar de mejor grado el rol de esposa en una familia que todavía conserva muchos rasgos patriarcales[11].

En una serie de estudios halla indicios de que, de hecho, las estudiantes de *college* son más infantiles y dependientes y están más estrechamente vinculadas a sus progenitores que los chicos, y no maduran, como los chicos, aprendiendo a ser independientes. Pero no halla pruebas —en veinte textos de psiquiatría— de que existan, como sería lógico, más problemas con los suegros del esposo que con los de la esposa. Obviamente, sólo con una prueba de esa naturaleza podría un funcionalista cuestionar sin ambages la infantilización deliberada de las muchachas estadounidenses.

El funcionalismo fue una salida fácil para los sociólogos de Estados Unidos. No cabe duda de que éstos describían las cosas «tal como eran», pero al hacerlo eludieron la responsabilidad de construir una teoría a partir de los hechos o de tratar de buscar una verdad más profunda. También esquivaron la necesidad de formular preguntas y respuestas que inevitablemente suscitarían controversia (en una época en la que, en los círculos académicos tanto como en el país en su conjunto, la controversia no se veía con buenos ojos). Dieron por hecho un presente eterno y fundamentaron su razonamiento en la negación de la posibilidad de que existiera un futuro distinto del pasado. Por supuesto, su razonamiento sólo podría mantenerse mientras el futuro no cambiara. Como ha señalado C. P. Snow, la ciencia y los científicos tienen la mirada orientada hacia el futuro. Los especialistas en ciencias sociales que enarbolaban el estandarte del funcionalismo tenían la mirada tan rígidamente clavada en el presente que negaban el futuro; sus teorías hacían valer los prejuicios del pasado y de hecho con ello impedían el cambio.

Los propios sociólogos han llegado recientemente a la conclusión de que el funcionalismo resultaba más bien «molesto» porque en realidad no decía nada en absoluto. Como señalaba Kingsley Davis en su discurso presidencial sobre «El mito del análisis funcional como método especial en sociología y antropología» ante la American Sociological Association en 1959:

[11] Mirra Komarovsy, «Functional Analysis of Sex Roles», *American Sociological Review,* agosto de 1950. Véase igualmente «Cultural Contradictions and Sex Roles», *American Journal of Sociology,* noviembre de 1946.

> Los sociólogos y los antropólogos llevan ahora más de treinta años discutiendo sobre el «análisis funcional» [...]. Por muy estratégico que haya podido resultar en el pasado, en la actualidad ha llegado a ser más un obstáculo que una lanzadera para el progreso científico [...]. La idea de que el funcionalismo no puede manejar el cambio social porque plantea una sociedad integrada y estática es cierta por definición...[12].

Lamentablemente, los objetos femeninos del análisis funcional se vieron gravemente afectados por el mismo. En una época de grandes cambios para las mujeres, en una época en la que la educación, la ciencia y las ciencias sociales deberían haber ayudado a las mujeres a beneficiarse de esos cambios, el funcionalismo transformó «las cosas como son» de las mujeres, o «las cosas como eran», en un «las cosas como deben ser». Quienes perpetraron la protesta femenina y dieron más importancia al hecho de ser mujer de lo que nunca se le había dado, en nombre del funcionalismo o por cualquier otro conjunto de razones personales o intelectuales, les cerraron a las mujeres las puertas del futuro. En medio de toda aquella preocupación por la adaptación, se olvidó una verdad: las mujeres se estaban adaptando a un estado inferior al de sus capacidades plenas. Los funcionalistas no aceptaron plenamente el argumento freudiano según el cual «la anatomía es el destino», pero aceptaron con los brazos abiertos una definición igualmente restrictiva de la mujer: la mujer es lo que la sociedad dice que es. Y la mayoría de los antropólogos funcionalistas estudiaron sociedades en los que el destino de la mujer venía definido por la anatomía.

[12] Kingsley Davis, «The Myth of Functional Analysis as a Special Method in Sociology and Anthropology», *American Sociological Review,* vol. 24, núm. 6, diciembre de 1959, págs. 757-772. Davis señala que el funcionalismo acabó asimilándose en mayor o menor medida a la propia sociología. Hay pruebas obvias de que, en los propios estudios de sociología de los últimos años, se convence a las estudiantes de *college* de que se limiten a su rol sexual tradicional «funcional». Un informe sobre la condición de las mujeres en la sociología profesional, «The Status of Women in Professional Sociology» (Sylvia Fleis Fava, *American Sociological Review,* vol. 25, núm. 2, abril de 1960) pone de manifiesto que, mientras que la mayor parte del estudiantado en clases de sociología de la universidad está compuesto por mujeres, entre 1949 y 1958 se produjo un claro descenso tanto en el número como en la proporción de licenciaturas en sociología conseguidas por mujeres (los 4.143 títulos de 1949 pasaron a 3.200 en 1955 y a 3.606 en 1958). Y mientras que la mitad de los dos tercios de licenciaturas universitarias en sociología correspondían a mujeres, éstas sólo sacaban entre el 25 y el 43 por 100 de las maestrías y sólo entre el 8 y el 19 por 100 de los doctorados. El número de mujeres con titulación de postgrado universitario ha descendido drásticamente durante la era de la mística de la feminidad, pero en el ámbito de la sociología, en comparación con otros campos, la tasa de «mortalidad» ha sido particularmente elevada.

La autora que más influyó en la mujer moderna, en términos tanto del funcionalismo como de la protesta femenina, fue Margaret Mead. Su trabajo sobre la cultura y la personalidad —libro tras libro, estudio tras estudio— ha tenido una profunda incidencia en las mujeres de mi generación, en las de la generación anterior y en las de la generación actual. Ha sido, y sigue siendo, el símbolo de la intelectual en Norteamérica. Ha escrito millones de palabras en los treinta y pico años transcurridos entre *Adolescencia y cultura en Samoa* de 1928 y su último artículo sobre las mujeres estadounidenses en el *New York Times Magazine* o en *Redbook*. La estudian, en las aulas de los *colleges*, alumnas matriculadas en antropología, sociología, psicología, pedagogía y matrimonio y vida familiar; en las universidades, quienes aspiran a enseñar a chicas y a aconsejar a las mujeres; en facultades de medicina, las y los futuros pediatras y psiquiatras; incluso en las escuelas de teología, los jóvenes sacerdotes progresistas. Muchachas y mujeres de todas las edades la leen en las revistas femeninas y en los suplementos dominicales de los periódicos, en los que publica con la misma facilidad que en las revistas especializadas. La propia Margaret Mead es su mejor divulgadora —y su influencia se ha hecho sentir en prácticamente todos los estratos del pensamiento estadounidense.

Pero su influencia, para las mujeres, ha sido una paradoja. Toda mística toma lo que precisa de cualquier pensador de la época. La mística de la feminidad posiblemente haya tomado de Margaret Mead su visión de la infinita variedad de los modelos sexuales y de la enorme plasticidad de la naturaleza humana, una visión basada en las diferencias de sexo y temperamento que la antropóloga identificó en tres sociedades primitivas: la arapesh, en la que tanto hombres como mujeres son «femeninos» y «maternales» en su personalidad y pasivos sexualmente porque a ambos se les educa para que sean cooperativos, no agresivos y para que respondan a las necesidades y a los requerimientos de los demás; la mundugumor, en la que tanto el esposo como la esposa son violentos y agresivos y presentan una sexualidad positiva, «masculina»; y la tchambouli, en la que la mujer es la socia dominante, que gestiona de manera impersonal, y el hombre es el menos responsable y el emocionalmente dependiente.

> Si estas actitudes innatas, que tradicionalmente hemos considerado femeninas —tales como la pasividad, la receptividad y la disposición a cuidar de las criaturas— pueden adscribirse con tanta facilidad al modelo de comportamiento masculino en una determinada tribu, y en otra pueden proscribirse tanto para la mayoría de las mujeres como para la mayoría de los hombres, ya no hay ningún fundamento para que consideremos que tales aspectos del comportamiento están vinculados a los sexos [...]. El material sugiere que podemos afirmar que gran parte de los rasgos de la personalidad que hemos calificado como masculinos o femeninos, cuando no la totalidad de los mismos, están tan débilmente ligados al sexo como lo está el atuendo, los modales y la forma del peinado que una sociedad en un determinado periodo asigna a alguno de los sexos[13].

De estas observaciones antropológicas posiblemente traslada a la cultura popular una visión auténticamente revolucionaria de las mujeres, que finalmente se ven facultadas para desarrollar sus capacidades plenas en una sociedad que ha sustituido las definiciones arbitrarias de los sexos por un reconocimiento de los dones individuales y genuinos que se dan en personas de ambos sexos. Esta visión la tuvo en más de una ocasión:

> Cuando se acepta que la de escribir es una profesión que perfectamente pueden desempeñar personas de uno u otro sexo, a quienes tienen talento para escribir no se les debe impedir que lo hagan en virtud de su sexo, y tampoco hay motivo para que estas personas, si escriben, duden de su masculinidad o de su feminidad esenciales [...] y en esto es en lo que podemos hallar un modelo general para construir una sociedad que sustituya las diferencias reales por otras arbitrarias. Hemos de reconocer que, por debajo de la clasificación superficial del sexo y la raza, existen las mismas potencialidades, recurrentes de generación en generación, y que sólo acaban pereciendo porque la sociedad no tiene cabida para ellas.
>
> Del mismo modo que la sociedad permite ahora la práctica de un determinado arte a los miembros de uno u otro sexo, también podría permitir el desarrollo de muchos dones innatos distintos. Dejaría de empeñarse en hacer que los chicos se peleen y que las chicas permanezcan pasivas, o en que todos, chicos y chicas, se peleen [...]. A ninguna criatura se la moldearía implacablemente según un modelo de comportamiento, sino que habría muchos modelos, en un mundo que habría aprendido a permitir que cada individuo siguiera el modelo más en consonancia con sus facultades[14].

Pero ésta no es la visión que la mística tomó de Margaret Mead; ni tampoco es la visión que ella misma sigue ofreciendo. Cada vez más, en

[13] Margaret Mead, *Sex and Temperament in Three Primitive Societies,* Nueva York, 1935, págs. 279 y ss.

[14] Margaret Mead, *From the South Seas,* Nueva York, 1939, pág. 321.

sus propios textos, su interpretación se desdibuja, se ve sutilmente transformada en una glorificación de las mujeres en su rol femenino —tal como lo define su función sexual biológica. En ocasiones da la sensación de que pierde su propia conciencia antropológica de la maleabilidad de la personalidad humana y de que contempla los datos antropológicos desde el punto de vista freudiano— la biología sexual lo determina todo, la anatomía es el destino. A veces da la sensación de que argumenta, desde la perspectiva funcional: aunque el potencial de la mujer es tan grande y variado como el ilimitado potencial humano, es mejor preservar las limitaciones biológicas sexuales que establece cada cultura. A veces afirma ambas cosas en la misma página, e incluso hace sonar la alarma, advirtiendo de los peligros a los que se enfrenta una mujer cuando trata de desarrollar un potencial humano que su sociedad ha definido como masculino.

> La diferencia entre ambos sexos tiene que ver con las importantes condiciones sobre cuya base hemos construido las múltiples variedades de la cultura humana que dan a los seres humanos su dignidad y estatura [...]. A veces alguna de esas cualidades se ha asignado a uno de los sexos, otras veces al otro. En unos momentos se piensa que son los chicos los que son infinitamente vulnerables y que necesitan un cuidado particularmente entregado, en otros momentos se cree que son las chicas [...]. Alguna gente considera que las mujeres son demasiado débiles para trabajar fuera de casa; otros opinan que las mujeres son portadoras adecuadas de cargas pesadas «porque sus cabezas son más fuertes que las de los hombres». [...] Algunas religiones, incluidas nuestras religiones europeas tradicionales, le han asignado a las mujeres un rol de rango inferior en la jerarquía religiosa; otras han construido toda su relación simbólica con el mundo sobrenatural sobre imitaciones masculinas de las funciones naturales de las mujeres [...]. Ya estemos tratando asuntos pequeños o grandes, las frivolidades de los adornos y los cosméticos o la inviolabilidad del lugar que ocupa el hombre en el universo, hallamos esta gran variedad de maneras, a veces sencillamente contradictorias unas con otras, de modelar los roles de ambos sexos.
>
> Pero siempre encontramos ese modelado. No conocemos ninguna cultura que haya afirmado de forma articulada que no hay diferencia entre hombres y mujeres excepto en la manera en que contribuyen a la creación de las siguientes generaciones; que, por lo demás, en todos los aspectos son sencillamente seres humanos con dones variables, ninguno de los cuales puede asignarse en exclusiva a uno de los sexos.

> ¿Estamos ante un imponderable que no debemos osar desacatar porque está tan profundamente arraigado en nuestra naturaleza biológica de mamíferos que hacerlo conduciría al malestar individual y social? ¿O con un imponderable que, aunque no esté tan profundamente arraigado, sigue siendo tan conveniente socialmente y está tan comprobado que sería poco económico cuestionarlo —un imponderable que dice que, por ejemplo, es más fácil dar a luz y criar hijos si moldeamos el comportamiento de los sexos de manera muy distinta, enseñándoles a caminar y a vestirse y a actuar de formas diferentes y a que se especialicen en trabajos de naturaleza distinta?[15].
>
> También debemos preguntarnos: ¿cuáles son las posibilidades que brindan las diferencias entre los sexos? [...] Dado que los chicos han de vivir y asimilar a una edad temprana el trauma de saber que nunca podrán gestar, desde la seguridad incontrovertible de que es un derecho innato de las mujeres, ¿en qué medida es esto un acicate para su ambición creativa y para su dependencia del éxito? Dado que las niñas tienen un ritmo de crecimiento que hace que su propio sexo les parezca inicialmente menos seguro que el de sus hermanos y por ello les da una impresión falsa de un logro compensatorio que casi siempre se desvanece ante la certidumbre de la maternidad, ¿existe alguna probabilidad de que esto suponga una limitación para su sentido de la ambición? ¿Y qué posibilidades positivas conlleva también todo ello?[16].

En estas páginas de *Masculino y femenino,* libro que se convirtió en la piedra angular de la mística de la feminidad, Margaret Mead delata su orientación freudiana, aunque cautamente preceda cada afirmación de hechos aparentemente científicos a través de la expresión «dado que». Pero se trata de un «dado que» muy significativo. Porque cuando las diferencias entre los sexos se convierten en el fundamento de tu enfoque de la cultura y de la personalidad, y cuando das por hecho que la sexualidad es la fuerza rectora de la personalidad humana (supuesto que has tomado de Freud) y cuando, además, como especialista en antropología, sabes que no hay diferencias sexuales que sean ciertas en todas las culturas excepto aquellas que están implicadas en el acto de la procreación, inevitablemente le darás a esa diferencia biológica, la diferencia en el papel reproductor, una creciente importancia en la determinación de la personalidad femenina.

[15] Margaret Mead, *Male and Female,* Nueva York, 1955, págs. 16-18.
[16] *Ibíd.,* pág. 26.

Margaret Mead no ocultó el hecho de que, después de 1931, las categorías freudianas, basadas en las zonas del cuerpo, eran parte del material que se llevaba a sus estudios de campo antropológicos[17]. Por ello empezó a equiparar «aquellos aspectos asertivos, creativos, productivos de la vida de los que depende la superestructura de una civilización» con el pene y a definir la creatividad femenina en términos de la «receptividad pasiva» del útero.

> A la hora de hablar de hombres y mujeres, me interesaré por las diferencias básicas entre ellos, la diferencia en sus roles reproductivos. A partir de estos cuerpos diseñados para desempeñar roles complementarios para la perpetuación de la raza, ¿qué diferencias de funcionamiento, de capacidad, de sensibilidad, de vulnerabilidad se derivan? ¿Qué relación guarda lo que los varones son capaces de hacer con el hecho de que su rol reproductivo se limite a un único acto, y qué relación guarda lo que las mujeres son capaces de hacer con el hecho de que su rol reproductivo requiera nueve meses de gestación y, hasta hace poco tiempo, muchos meses de lactancia? ¿Cuál es la contribución de cada sexo, visto en sí mismo y no como una mera versión imperfecta del otro?
>
> Viviendo en el mundo moderno, vestidos y abrigados, obligados a transmitir nuestra percepción de nuestros cuerpos en términos de símbolos remotos tales como bastones, paraguas y bolsos, es fácil perder la perspectiva de la inmediatez del plano del cuerpo humano. Pero cuando se vive entre los pueblos primitivos, donde las mujeres sólo llevan un mínimo delantal hecho con alguna hoja, que incluso se quitan cuando se insultan o cuando se bañan en grupo, y los hombres sólo llevan un taparrabos de corteza raspada [...] y los bebés no llevan nada en absoluto, las comunicaciones básicas [...] que se producen entre los cuerpos se convierten en algo muy real. En nuestra propia sociedad, hemos inventado ahora un método terapéutico que permite deducir de los recuerdos de la persona neurótica, o de las fantasías a las que ha dado rienda suelta la persona psicótica, cómo el cuerpo humano, sus entradas y salidas, originalmente dieron forma a la visión del mundo del individuo al ir creciendo[18].

[17] Margaret Mead, *op. cit.*, notas de las págs. 289 y ss.: «No empecé a trabajar en serio con las zonas del cuerpo hasta que visité a los arapesh en 1931. Aunque estaba bastante familiarizada con la obra básica de Freud sobre este tema, no había comprendido cómo podía aplicarse en la práctica hasta que leí el primer informe de campo de Geza Roheim, «Psychoanalysis of Primitive Culture Types» [Psicoanálisis de los tipos de culturas primitivas] [...]. Entonces pedí que me mandaran de casa extractos de la obra de K. Abraham. Después de conocer el tratamiento sistemático que Erik Homburger Erikson da a estas ideas, se convirtieron en parte integrante de mi bagaje teórico.»

De hecho, la lente de «la anatomía es el destino» dio la sensación de ser particularmente adecuada para analizar las culturas y personalidades de Samoa, de los manus, arapesh, mundugumor, tchambouli, iatmul y de Bali; adecuada como probablemente nunca llegó a serlo, en esa formulación, en la Viena de finales del siglo XIX o en la América del siglo XX.

En las civilizaciones primitivas de las islas de los Mares del Sur, la anatomía seguía siendo el destino cuando Margaret Mead las visitó por primera vez. La teoría de Freud según la cual los instintos primitivos del cuerpo determinan la personalidad adulta podía ser demostrada convincentemente. Los objetivos complejos de las civilizaciones más evolucionadas, en las que el instinto y el entorno están cada vez más controlados y transformados por la mente humana, no constituían entonces la matriz irreversible de cualquier vida humana. Debió de resultar mucho más fácil observar las diferencias biológicas entre hombres y mujeres como fuerza básica de la vida de aquellas gentes primitivas que no llevaban ropa. Pero sólo si una va a esas islas con la lente freudiana ante los ojos, aceptando antes de empezar lo que algunos antropólogos irreverentes llaman la teoría del rollo de papel higiénico de la historia, puede deducir al observar el rol de cuerpo desnudo, masculino o femenino, en las civilizaciones primitivas, una lección para las mujeres modernas que parte del supuesto de que el cuerpo desnudo puede determinar de la misma manera el curso de la vida y de la personalidad humanas en una civilización moderna compleja.

Los antropólogos y las antropólogas de hoy en día tienen menos tendencia a considerar las civilizaciones primitivas como un laboratorio para la observación de nuestra propia civilización, un modelo a escala en el que todo lo irrelevante se hubiera borrado; ocurre que la civilización no es tan irrelevante.

Debido a que el cuerpo humano es el mismo entre las tribus primitivas de los Mares del Sur que en las ciudades modernas, cualquier antropólogo o antropóloga que parte de una teoría psicológica que reduce la personalidad y la civilización humanas a las analogías del cuerpo puede

[18] Margaret Mead, *op. cit.*, págs. 50 y ss.

acabar recomendándole a las mujeres modernas que vivan a través de sus cuerpos de la misma manera que lo hacen las mujeres de los Mares del Sur. El problema es que Margaret Mead no pudo recrear un mundo de los Mares del Sur en el que pudiéramos vivir: un mundo en el que tener un bebé fuera el pináculo del éxito humano. (Si la reproducción fuera el hecho fundamental y único de la vida humana, ¿padecerían todos los hombres «envidia del útero»?)

> En Bali, las niñas de entre dos y tres años de edad caminan la mayor parte del tiempo con sus tripitas intencionadamente abombadas, y las mujeres mayores les dan un golpecito juguetón al pasar diciéndoles: «Embarazada», de broma. De ese modo las niñas aprenden que, aunque los signos de su pertenencia a su propio sexo sean débiles, sus pechos no sean más que unos botoncitos del mismo tamaño que los que tienen sus hermanos, sus genitales un mero pliegue que pasa desapercibido, algún día estarán embarazadas, algún día tendrán un bebé y tener un bebé es, en definitiva, uno de los logros más emocionantes y destacados que se les puede presentar a los niños pequeños en estos mundos sencillos, en algunos de los cuales los edificios más grandes tienen apenas cuatro metros y medio de alto y en el que el barco más grande apenas sobrepasa los seis metros. Además, la niña aprende que tendrá un bebé, no porque sea fuerte ni enérgica ni porque se esté iniciando, no porque trabaje y luche y se esfuerce y al final consiga su propósito, sino sencillamente porque es una niña en lugar de un niño, y las niñas se hacen mujeres y al final —si preservan su feminidad— tienen bebés[19].

Para cualquier mujer estadounidense del siglo XX que compita en un campo que requiera iniciativa, energía y trabajo y en el que a los hombres les molesten sus éxitos, para cualquier mujer con menos voluntad y capacidad para competir que Margaret Mead, cuán tentadora es la visión de ésta de ese mundo de los Mares del Sur en el que una mujer tiene éxito y es envidiada por el hombre por el mero hecho de ser mujer.

> En nuestra visión occidental de la vida, la mujer, creada de la costilla del hombre, como mucho puede luchar por imitar sin éxito los poderes superiores y las vocaciones más elevadas del varón. Sin embargo, el tema fundamental del culto de iniciación es que las mujeres, debido a su capacidad para gestar criaturas, detentan el secreto de la vida. El rol del hombre es indeterminado, indefinido y tal vez sea innecesario. Mediante un gran esfuerzo el varón ha de hallar una vía para compensarse a sí mismo por su inferioridad básica. Equipado con varios instrumentos misteriosos de hacer ruido, cuya potencia radica en el hecho de que en realidad quienes oyen los sonidos desconocen su forma —es decir, que las mujeres y las criaturas nunca han de saber que en realidad son flautas de bambú o troncos huecos [...]— consiguen que los niños varones se separen de las mujeres, los identifican como seres incompletos y a su vez convierten a los niños en hombres. Es cierto que las mujeres crean seres humanos, pero sólo los hombres pueden crear hombres[20].

Bien es verdad que esta sociedad primitiva tenía una «frágil estructura, protegida por interminables tabúes y precauciones» —la vergüenza de las mujeres, su tembloroso temor, su indulgencia con la vanidad masculina— y sólo podía sobrevivir mientras todos se atuvieran a las normas. «El misionero que le enseña las flautas a las mujeres ha conseguido romper la cultura»[21]. Pero Margaret Mead, que podría haber enseñado a los hombres y a las mujeres de Estados Unidos las «flautas» de sus propios tabúes, precauciones, vergüenzas, temores e indulgencia con la vanidad masculina, arbitrarios y tambaleantes, no utilizó su conocimiento en este sentido. A partir de la vida tal como era —en Samoa y Bali, donde todos los hombres envidiaban a las mujeres— defendió un ideal para las mujeres estadounidenses que daba una nueva realidad a la tambaleante estructura del prejuicio sexual, la mística de la feminidad.

El lenguaje es antropológico, la teoría que se afirma como un hecho es freudiana, pero el anhelo es el de un regreso al jardín del Edén: un jardín en el que las mujeres sólo precisan olvidarse del «descontento divino» consecuencia de su educación para volver a un mundo en el que los logros masculinos no son más que un magro sustituto de la gestación.

> El problema recurrente de la civilización es el de definir el rol masculino de una manera lo suficientemente satisfactoria —ya consista en construir jardines o en cuidar del ganado, en matar animales o en matar enemigos, en construir puentes o en manejar acciones de Bolsa— para que el macho consiga alcanzar, en el transcurso de su vida, una sensación firme de logro irreversible que aquello que ha aprendido de niño acerca de la satisfacción de gestar una criatura le ha permitido vislumbrar. En el caso de las mujeres, para alcanzar esa sensación de logro irreversible sólo es preciso que las normas sociales estableci-

[19] *Ibíd.*, págs. 72 y ss.

[20] *Ibíd.*, págs. 84 y ss.

[21] *Ibíd.*, pág. 85.

das les permitan desempeñar su rol biológico. Si las mujeres han de estar inquietas y en busca de algo, aunque sea con respecto a la gestación, la inquietud se ha de provocar a través de la educación[22].

Lo que la mística de la feminidad tomó de Margaret Mead no fue su visión del gran potencial humano inexplorado de las mujeres, sino esa glorificación de la función sexual femenina que de hecho ha sido explorada en todas las culturas, pero que raramente, en las culturas civilizadas, se ha valorado tanto como el ilimitado potencial de la creatividad humana, tan amplia y mayoritariamente desplegado por el varón. La visión que la mística tomó de Margaret Mead era la de un mundo en el que las mujeres, por el mero hecho de ser mujeres y de traer criaturas al mundo, se granjearían el mismo respeto que se merecen los varones por sus logros creativos —como si tener útero y pechos les confiriera a las mujeres una gloria que los varones nunca pueden alcanzar, aun cuando trabajen toda su vida para crear. En semejante mundo, todas las demás cosas que las mujeres puedan hacer o ser son meros sustitutos del hecho de concebir una criatura. La feminidad se convierte en algo más que la definición que de ella hace la sociedad; se convierte en un valor que la sociedad debe proteger de la destructiva embestida de la civilización, como al búfalo en extinción.

Las elocuentes páginas de Margaret Mead provocaron que muchas mujeres en Estados Unidos envidiaran la serena feminidad de las mujeres de Samoa, con sus pechos desnudos, y trataran de convertirse en lánguidas salvajes, liberando sus pechos de los sostenes de la civilización y sus cerebros de la preocupación por el insustancial conocimiento, generado por el hombre, de los objetivos del progreso humano.

> El curso biológico de la carrera de las mujeres tiene una estructura natural de clímax que puede ocultarse, acallarse, disimularse y negarse públicamente, pero que sigue siendo un elemento esencial de la visión que cada sexo tiene de sí mismo [...]. La joven balinesa a la que le preguntas: «¿Tu nombre es Tewa?» y que se levanta y te contesta: «Soy Men Bawa» (la madre de Bawa) está hablando en términos absolutos. Es la madre de Bawa. Puede que Bawa muera mañana, pero ella sigue siendo la madre de Bawa; sólo si él hubiese muerto sin nombre la habrían llamado sus vecinos «Men Belasin», la madre despojada. Fase tras fase en la vida de las mujeres, las historias están presentes, irrevocables, indiscutibles y terminadas. Esto confiere una base natural para que la niña haga hincapié en ser más que en hacer. El niño aprende que debe actuar como un chico, hacer cosas, demostrar que es un chico, y demostrarlo una y otra vez, mientras que la niña aprende que es una niña y que todo lo que tiene que hacer es evitar actuar como un chico[23].

Y así sigue, hasta que una siente la tentación de decir: «Bueno, ¿y qué? Has nacido, creces, eres fecundada, tienes una criatura, la criatura crece; esto es cierto en todas las culturas, se haya registrado o no, en las que conocemos a través de nuestra existencia y en las recónditas que sólo conocen los antropólogos viajados. ¿Pero es eso todo lo que las mujeres pueden esperar de la vida hoy en día?»

Cuestionar una definición de la naturaleza de las mujeres tan completamente fundada en su diferencia biológica con el varón no supone negar la importancia de la biología. La biología femenina, el «curso de la carrera biológica», tal vez sea invariable —la misma para las mujeres de la Edad de Piedra hace veinte mil años, de las mujeres de Samoa que viven en islas remotas y de las mujeres estadounidenses del siglo XX— pero la naturaleza de la relación humana con la biología *sí que ha cambiado*. Nuestro creciente conocimiento, la creciente potencia de la inteligencia humana, nos ha proporcionado una conciencia de los propósitos y los objetivos que va más allá de las sencillas necesidades biológicas, del hambre, la sed y la actividad sexual. Ni siquiera esas necesidades sencillas de los hombres y mujeres de hoy son las mismas que las de las culturas de la Edad de Piedra o de los Mares del Sur, porque ahora forman parte de un modelo más complejo de vida humana.

Por supuesto, como antropóloga, Margaret Mead lo sabía. Y junto a todas sus palabras en las que ensalza el rol femenino hay otras palabras que describen las maravillas de un mundo en el que las mujeres serían capaces de desarrollar plenamente sus capacidades. Pero esta descripción casi siempre queda oculta tras la advertencia terapéutica, la superioridad manipuladora, que caracteriza a demasiados especialistas en ciencias sociales en Estados Unidos. Cuando esta advertencia se combina con lo que tal vez sea una sobrevaloración del poder de las ciencias sociales, no sólo para interpretar la cultura y la personalidad, sino para ordenar nuestras vidas, sus palabras adquieren el aura de una cruzada de los justos —una cruzada contra el cambio. Se suma a otros científicos sociales funcionales en su insistencia en que nos adaptemos a la sociedad

[22] *Ibíd.*, págs. 125 y ss.

[23] *Ibíd.*, págs. 135 y ss.

tal como la conocemos, en que vivamos nuestras vidas en el marco de las definiciones culturales convencionales de los roles masculino y femenino. Esta actitud queda explícita en las últimas páginas de *Masculino y femenino*.

> Darle a cada sexo lo que le corresponde, un reconocimiento pleno de sus peculiares vulnerabilidades y de sus necesidades de protección, significa ver más allá de las semejanzas superficiales que se dan en el último periodo de la infancia, cuando tanto los niños como las niñas, que han obviado los problemas de la adaptación sexual, se muestran tan ávidos de aprender y tan capaces de aprender las mismas cosas [...]. Pero cualquier adaptación que minimice una diferencia, una vulnerabilidad en uno de los sexos, una fortaleza diferencial en el otro, disminuye su posibilidad de complementarse mutuamente y equivale —simbólicamente— a consagrar la receptividad constructiva de la hembra y la vigorosa actividad exterior del macho [de la especie humana], lo que acaba por acallarlos a los dos en una versión más apagada de la vida humana, en la que cada uno niega la plenitud de la humanidad que cada uno podría haber tenido[24].
>
> Ningún don humano es lo suficientemente fuerte como para florecer plenamente en una persona que vive bajo la amenaza de perder su pertenencia a un sexo [...]. Independientemente de la intención con la que nos embarquemos en un programa de desarrollo de hombres y mujeres para que hagan sus aportaciones plenas y especiales a los complejos procesos de la civilización —en la medicina y en el derecho, en la pedagogía y en la religión, en las artes y las ciencias— la tarea será muy difícil [...].
>
> Enumerar los dones de las mujeres tiene un valor muy dudoso si llevar a las mujeres a los campos que se han definido como masculinos asusta a los varones, priva de capacidad sexual a las mujeres, acalla y distorsiona la aportación que éstas podrían hacer, bien porque su presencia excluya a los hombres de su ocupación bien porque cambie la calidad de los hombres que se dediquen a ella [...]. Es un disparate ignorar los signos que nos advierten que los términos actuales en los que las mujeres se sienten atraídas por sus propias curiosidades e impulsos que han desarrollado al pasar por el mismo sistema educativo que los chicos [...] son perjudiciales tanto para los hombres como para las mujeres[25].

El papel de Margaret Mead como portavoz profesional de la feminidad habría sido menos relevante si las mujeres estadounidenses hubieran

[24] *Ibíd.*, págs. 274 y ss.
[25] *Ibíd.*, págs. 278 y ss.

seguido el ejemplo de su propia vida en lugar de hacer caso de lo que decía en sus libros. Margaret Mead tuvo una existencia llena de desafíos y la vivió con orgullo, aunque a veces con timidez, como mujer. Ha ampliado las fronteras del pensamiento y ha contribuido a la superestructura de nuestro conocimiento. Ha puesto de manifiesto las facultades femeninas, que van mucho más allá de traer criaturas al mundo; se abrió camino en lo que sigue siendo en gran medida un «mundo de hombres», sin negar que fuera una mujer; de hecho, proclamó en su obra un conocimiento excepcional de la mujer con el que ningún antropólogo varón pudo competir. Después de tantos siglos de autoridad masculina nunca cuestionada, lo lógico era que alguien proclamara la autoridad femenina. Pero las grandes visiones humanas de acabar con las guerras, curar las enfermedades, enseñar la convivencia a las razas, construir estructuras nuevas y hermosas en las que la gente viva, son algo más que «otras maneras de tener hijos».

No es fácil luchar contra unos prejuicios tan arraigados. Como especialista en ciencias sociales y como mujer, asestó algunos golpes a la imagen estereotipada de la mujer, que tal vez perduren mucho más allá de la existencia de la antropóloga. En su insistencia de que las mujeres son seres humanos —seres humanos únicos, no varones a los que les faltara algo— dio un paso más allá que Freud. Y sin embargo, debido a que sus observaciones se basaron en las analogías corporales de Freud, reprimió su propia visión de las mujeres al ensalzar el misterioso milagro de la feminidad, que la mujer realiza por el simple hecho de ser mujer, al hacer que sus pechos crezcan y que la sangre menstrual fluya y que el bebé mame de sus pechos hinchados. Al advertir a las mujeres que buscaban su realización más allá de su rol biológico de que corrían el peligro de convertirse en brujas desexuadas, volvió a describir con todo lujo de detalles una elección innecesaria. Convenció a las mujeres más jóvenes de que renunciaran a una parte de su humanidad que las mujeres habían conquistado con gran esfuerzo, antes que perder su feminidad. Al final, hizo precisamente aquello contra lo que advertía, recrear en su trabajo el círculo vicioso que rompió a través de su propio ejemplo:

> Podemos subir por la escala que comienza con las sencillas diferencias físicas, pasa por las distinciones complementarias que subrayan excesivamente el papel de la diferencia entre los sexos y lo hace erróneamente extensivo a otros aspectos de la vida, hasta llegar a los estereotipos de actividades tan complejas como las que están implicadas en la utilización formal del intelecto, en la artes y en el gobierno, así como en la religión.

> En todos estos complejos logros de la civilización, estas actividades que son la gloria de la humanidad y de las que depende nuestra esperanza de supervivencia en este mundo que hemos construido, se ha dado esta tendencia a hacer definiciones artificiales que circunscriben una determinada actividad a un sexo y, al negar las potencialidades reales de los seres humanos, limitan no sólo a hombres y mujeres por igual, sino también y en la misma medida, cercenan el desarrollo de la propia actividad [...].
>
> Se trata de un círculo vicioso al que no es posible asignarle un principio ni un fin, en el que la sobrevaloración por parte de los hombres de los roles de las mujeres o la sobrevaloración por parte de las mujeres de los roles de los hombres conducen a que un sexo u otro se arrogue una parte de nuestra humanidad que tanto nos ha costado conquistar, la desprecie o incluso renuncie a ella. Quienes querrían romper el círculo son a su vez producto de él, expresan algunos de sus defectos en cada uno de sus ademanes y sólo les llegan las fuerzas para desafiarlo, pero no para romperlo. Pero una vez identificado, una vez analizado, debería ser posible crear un clima de opinión en el que los demás, un poco menos producto del oscuro pasado porque se han criado con una luz en la mano que puede alumbrar tanto hacia atrás como hacia delante, tal vez den a su vez el siguiente paso[26].

Es posile que la protesta femenina fuera un paso necesario tras la protesta masculina por parte de algunas de las feministas. Margaret Mead fue una de las primeras mujeres que destacaron de forma prominente en la vida estadounidense después de que se conquistaran los derechos de las mujeres. Su madre era especialista en ciencias sociales, su abuela maestra; tenía referentes privados de mujeres que eran plenamente humanas y tuvo una educación equivalente a la de cualquier hombre. Y fue capaz de mantenerse firme en sus convicciones: es bueno ser mujer, no hace falta copiar a los hombres, puedes respetarte a ti misma como mujer. Planteó una sonora protesta femenina, en su vida y en su trabajo. Y se dio un paso adelante cuando incitó a mujeres modernas emancipadas a que eligieran, con su libre capacidad de discernir, tener criaturas, gestarlas con una orgullosa conciencia que negaba el dolor, darles el pecho con cariño y dedicarse en cuerpo y alma a su cuidado. Fue un paso adelante en la apasionada travesía —que fue posible gracias a ella— de las mujeres con estudios, que pudieron decir «sí» a la maternidad como propósito humano consciente y no como carga impuesta por la carne. Porque, por supuesto, el movimiento de parto y lactancia naturales que Margared Mead contribuyó a inspirar no fue en absoluto un regreso a la maternidad primitiva de la madre tierra. Era un llamamiento a las mujeres estadounidenses independientes, con estudios y decididas —y a sus equivalentes en Europa occidental y en Rusia— porque les abría la puerta a experimentar el parto, no como hembras animales carentes de alma, un objeto manipulado por el tocólogo, sino como personas plenas, capaces de controlar su propio cuerpo con su mente consciente. El trabajo de Margaret Mead, tal vez menos importante que el control de la natalidad y otros derechos que permitieron que las mujeres accedieran a una mayor igualdad con respecto a los varones, contribuyó a humanizar el sexo. Fue preciso que una científica estadounidense superventas recreara en la vida moderna de Estados Unidos incluso un simulacro de las condiciones en las que los hombres de las tribus primitivas imitaban celosamente la maternidad provocándose una hemorragia. (El marido moderno acude a los ejercicios de respiración con su esposa cuando ésta se prepara para el parto natural.) Pero ¿llegó a exagerar los méritos de las mujeres?

Tal vez no fuera culpa suya que se la interpretara tan literalmente que la procreación se convirtió en un culto, una carrera, excluyendo cualquier otro empeño creativo, hasta que las mujeres se dedicaron a tener criaturas porque no conocían otra forma de crear. A menudo los funcionalistas de segunda fila y las revistas femeninas la citaban fuera de contexto. Quienes encontraron en su obra la confirmación de sus propios prejuicios y temores no reconocidos ignoraban, no sólo la complejidad del conjunto de su obra, sino el ejemplo de su compleja vida. Con todas las dificultades que seguramente tuvo que vencer, siendo pionera por ser mujer en el campo del pensamiento abstracto, que era un ámbito masculino (un comentario de una sola frase sobre *Sexo y temperamento* indica el resentimiento al que con frecuencia tuvo que hacer frente: «Margaret, ¿has encontrado ya una cultura en la que sean los hombres los que tienen los bebés?»), nunca abandonó el arduo camino de su propia realización, que tan pocas mujeres han recorrido desde entonces. Les dijo a las mujeres más de cuatro veces que no abandonaran ese camino. Si sólo oyeron sus otras palabras de aviso y aceptaron su glorificación de la feminidad, tal vez fuera porque no estaban tan seguras de sí mismas y de sus capacidades humanas como lo estaba ella.

Margaret Mead y los funcionalistas de segunda fila eran conscientes de las dificultades, de los riesgos, que entrañaba romper unos corsés sociales sólidamente arraigados[27]. Esta conciencia fue su justificación para

[26] *Ibíd.*, págs. 276-285.

[27] Margaret Mead, introducción a *From the South Seas,* Nueva York, 1939, página xiii. «De nada servía permitir a los niños que desarrollaran valores diferentes de los de su sociedad...»

complementar sus teorías sobre el potencial de las mujeres con el consejo de que éstas no compitieran con los hombres sino que hiciera que se respetara su condición única como mujeres. Pero aquel no era un consejo nada revolucionario; no trastocó la imagen tradicional de la mujer, como tampoco lo hizo el pensamiento freudiano. Tal vez su intención fuera subvertir esa vieja imagen; pero en realidad lo que consiguieron fue conferirle a la mística su autoridad científica.

Irónicamente, en la década de 1960, Margaret Mead empezó a lanzar la voz de alarma por el «regreso a la mujer de las cavernas» —la retirada de las mujeres estadounidenses al limitado ámbito doméstico, mientras el mundo se estremecía al borde de un holocausto tecnológico. En un extracto de un libro titulado *American Women: The Changing Image* que se publicó en el *Saturday Evening Post* (3 de marzo de 1962), preguntaba:

> ¿Por qué, a pesar de nuestros progresos en materia tecnológica, hemos regresado a la imagen de la Edad de Piedra? [...]. La mujer ha vuelto, cada una a su cueva particular, y espera ansiosamente que su pareja y sus criaturas regresen, protege celosamente a su pareja de otras mujeres, sin prácticamente tener conciencia de ningún atisbo de vida más allá del umbral de su puerta [...]. De esta batida en retirada hacia la fecundidad, no hay que culpar sólo a la mujer. Es el clima de opinión que se ha desarrollado en este país...

Aparentemente, Margaret Mead no identifica, o tal vez no reconozca, su propio papel como principal arquitecta de ese «clima de opinión». Aparentemente ha pasado por alto gran parte de su propio trabajo, que contribuyó a convencer a varias generaciones de mujeres estadounidenses capaces «de dedicar su vida entera, en un desesperado estilo de mujeres de las cavernas, al limitado ámbito doméstico —primero en sus ensoñaciones propias de cualquier escolar en busca de roles que las hagan atractivamente ignorantes, luego como madres y finalmente como abuelas [...], restringiendo sus actividades a la preservación de sus propias existencias privadas y con frecuencia aburridas».

Aunque al parecer Margaret Mead está tratando ahora de sacar a las mujeres de casa, sigue otorgando una impronta sexual a todo lo que una mujer hace. Al tratar de atraerlas hacia el mundo moderno de la ciencia como «madres-maestras de científicos infantiles», sigue traduciendo en términos sexuales las nuevas posibilidades que se les abren a las mujeres y los nuevos problemas a los que han de hacer frente como miembros de la raza humana. Pero ahora «esos roles que históricamente les han

correspondido a las mujeres» se amplían para incluir las responsabilidades políticas del desarme nuclear —«para cuidar no sólo de sus propias criaturas, sino también de las del enemigo». Por lo tanto, partiendo de la misma premisa y examinando el mismo conjunto de pruebas antropológicas, ahora llega a un rol ligeramente distinto para las mujeres, por lo que cabría preguntarse seriamente en qué se basa para decidir cuáles son los roles que debería desempeñar una mujer —y qué hace que le resulte tan sencillo cambiar las reglas del juego entre una década y la siguiente.

Otros especialistas en ciencias sociales han llegado a la desconcertante conclusión de que «ser mujer no es ni más ni menos que ser humana»[28]. Pero se ha abierto una brecha cultural en la mística de la feminidad. Para cuando unos pocos especialistas en ciencias sociales estaban descubriendo los defectos del «rol femenino», los educadores y directores de centros de enseñanza en Estados Unidos ya se lo habían apropiado como una puerta mágica. En lugar de educar a las mujeres para que accedieran al grado mayor de madurez que se requiere para participar en la sociedad moderna —con todos los problemas, los conflictos y el duro esfuerzo que esto supone, tanto para los educadores como para las mujeres— empezaron a educarlas para que «desempeñaran su rol de mujer».

[28] Marie Jahoda y Joan Havel, «Psychological Problems of Women in Different Social Roles – A Case History of Problem Formulation in Research», *Educational Record,* vol. 36, 1955, págs. 325-333.

Capítulo 7

Los educadores sexistas

Seguramente pasaron diez o quince años antes de que los educadores empezaran a darse cuenta —me refiero a los educadores chapados a la antigua. A los nuevos educadores sexistas les sorprendió que a nadie le sorprendiera, les chocó que a nadie le chocara.

El trauma, el misterio, para los ingenuos que tenían grandes esperanzas en la enseñanza superior para las mujeres, fue que más mujeres estadounidenses que nunca accedían al *college,* pero eran menos que nunca las que continuaban sus estudios después del *college* para llegar a ser físicas, filósofas, poetisas, médicas, abogadas, mujeres de estado, pioneras sociales o incluso profesoras universitarias en los *colleges*. Son menos las mujeres que, en las últimas promociones que se han graduado en los *colleges,* han seguido adelante para llegar a destacar en alguna carrera o profesión, que las de las promociones que se graduaron antes de la Segunda Guerra Mundial, la Gran Escisión. Cada vez eran menos las mujeres matriculadas en los *colleges* que se preparaban para alguna carrera o profesión que requiriera algo más que un compromiso meramente ocasional. Dos de cada tres chicas que ingresaban en un *college* lo abandonaban antes de terminar. En la década de 1950, las que seguían, incluso las más capaces, no mostraban ninguna intención de querer llegar a ser nada más que amas de casa y madres de los barrios residenciales. De hecho, a los enseñantes de los *colleges* de Vassar, Smith y Barnard, que recurrían a medios desesperados para suscitar el interés de las estudiantes en *cualquier cosa* que el *college* les pudiera aportar, las muchachas les parecían de repente incapaces de tener ninguna ambición, visión o pasión excepto la de un anillo de bo-

das. Aparentemente, ese afán era el que las tenía casi desesperadas ya desde el primer curso.

Por lealtad hacia esta ilusión cada vez más fútil —la importancia de la educación superior para las mujeres— los profesores universitarios más puristas al principio guardaron silencio. Pero la manera en que las mujeres estadounidenses desaprovechaban dicha educación superior o se resistían a ella acabó por traslucir en las estadísticas[1]: a través de la marcha de directores, eruditos y educadores varones de los *colleges* femeninos; de la desilusión, la perpleja frustración o el frío cinismo de los que se quedaban; y por último del escepticismo vigente en *colleges* y universidades acerca del valor de una inversión académica en una muchacha o mujer, independientemente de lo capaz o ambiciosa que ésta fuera. Algunos *colleges* femeninos quebraron; algunos profesores universitarios pertenecientes a universidades mixtas dijeron que una de cada tres plazas de *college* ya no debía desperdiciarse reservándosela a una mujer; el presidente del Sarah Lawrence, un *college* femenino con elevados valores

[1] Mabel Newcomer, *A Century of Higher Education for Women,* Nueva York, 1959, págs. 45 y ss. La proporción de mujeres entre las estudiantes de *college* en Estados Unidos ascendió del 21 por 100 en 1870 al 47 por 100 en 1920; descendió al 35,2 por 100 en 1958. Cinco *colleges* femeninos habían cerrado, 21 habían pasado a ser mixtos y 2 se habían convertido en *colleges* junior. En 1956, tres de cada cinco mujeres de los *colleges* mixtos estaban matriculadas en cursos de secretariado, enfermería, economía doméstica o pedagogía. Menos de uno de cada diez doctorados lo sacaba una mujer, frente a uno de cada seis en 1920 y al 13 por 100 en 1940. Desde antes de la Primera Guerra Mundial, los porcentajes de mujeres estadounidenses que conseguían titulaciones profesionales no habían sido tan bajos durante tanto tiempo como en este periodo. La medida del retroceso de las mujeres estadounidenses también puede expresarse en términos de su fracaso a la hora de desarrollar su propio potencial. Según *Womanpower,* de todas las mujeres jóvenes y *capaces* de estudiar en un *college,* sólo dos de cada cuatro está matriculada en uno, frente a uno de cada dos hombres; sólo una de cada 300 mujeres capaces de sacarse un doctorado lo hace, frente a uno de cada 30 varones. Si la situación actual se mantiene, las mujeres estadounidenses pronto se hallarán entre las más «atrasadas» del mundo. Estados Unidos es probablemente la única nación en la que la proporción de mujeres que acceden a la educación superior ha descendido en los últimos veinte años; se ha incrementado de forma continua en Suecia, Gran Bretaña y Francia, así como en las naciones asiáticas emergentes y en los países comunistas. Ya en la década de 1950, era mayor la proporción de mujeres francesas que la de estadounidenses que estaban cursando estudios superiores; la proporción de mujeres francesas presentes en las profesiones se había más que duplicado en cincuenta años. Sólo en la profesión médica la proporción de mujeres francesas es cinco veces superior a la de mujeres estadounidenses; el 70 por 100 de los doctores de la Unión Soviética son mujeres, frente al 5 por 100 en Estados Unidos. Véase Alva Myrdal y Viola Klein, *Women's Two Roles – Home and Work,* Londres, 1956, págs. 33-64.

intelectuales, habló de abrir la institución a los varones; el presidente de Vassar predijo el final de todos los grandes *colleges* femeninos estadounidenses que habían sido pioneros en la lucha por el acceso de las mujeres a la educación superior.

Cuando leí las primeras y cautas alusiones a lo que estaba sucediendo, en el informe preliminar del estudio psicológico-sociológico-antropológico realizado por la Mellon Foundation sobre las chicas de Vassar en 1956, pensé: «¡Cielos, lo que se ha debido de deteriorar Vassar!»

> Es poco frecuente un marcado compromiso con una actividad o carrera distintas de la de ama de casa. Muchas estudiantes, acaso un tercio de ellas, tienen interés por los estudios y las carreras, por ejemplo la enseñanza. Sin embargo, son pocas las que prevén seguir adelante con una carrera si ello es incompatible con las necesidades familiares [...]. Sin embargo, en comparación con periodos anteriores, por ejemplo la «era feminista», a pocas estudiantes les interesa desarrollar carreras difíciles, como el derecho o la medicina, independientemente de las presiones personales o sociales. Del mismo modo, existen pocos ejemplos de personas como Edna St. Vincent Millay, completamente comprometida con su arte desde el periodo de la adolescencia y que ha resistido a todos los intentos por hacer que renunciara a él...[2].

Un informe posterior afirmaba:

> Las estudiantes de Vassar [...] siguen convencidas de que los males de la sociedad poco a poco se corregirán sin que ello requiera ninguna intervención directa, o casi ninguna, por parte de las estudiantes de *college* [...]. Las chicas de Vassar en general no esperan ser famosas, contribuir de forma duradera a la sociedad, ser pioneras en ningún campo ni perturbar de ninguna otra manera el sosegado orden de las cosas [...]. La soltería no sólo se considera como una tragedia personal, sino que la descendencia se estima algo esencial para una vida plena y la estudiante de Vassar está convencida de que estaría dispuesta a adoptar criaturas, si fuera necesario, para fundar una familia. En síntesis, su futura identidad está ampliamente marcada por el rol proyectado de esposa-madre [...]. Al describir las cualidades que ha de tener el marido ideal, la mayoría de las chicas de Vassar son bastante explícitas en cuanto a que prefieren un hombre que asuma el papel más importante, es decir el de dirigir su propia carrera y el de tomar la mayoría de

[2] Mervin B. Freedman, «The Passage through College», en *Personality Development During the College Years,* ed. Nevitt Sanford, *Journal of Social Issues,* vol. XII, núm. 4, 1956, págs. 15 y ss.

> las decisiones relativas a los asuntos ajenos al ámbito doméstico [...]. La idea de que la mujer debería intentar usurpar las prerrogativas de los hombres es en su opinión un concepto de mal gusto que trastocaría seriamente su propio rol proyectado de compañera que ayuda y de complemento leal del hombre de la casa[3].

Fui testigo del cambio, un cambio muy real, cuando volví a mi propio *college* en 1959 para convivir durante una semana con las estudiantes en la residencia universitaria de Smith, y cuando luego entrevisté a chicas de *colleges* y universidades de todo Estados Unidos.

Un querido profesor de psicología, a punto de jubilarse, se quejaba:

> Son bastante listas. Ahora tienen que estar aquí, que ingresar aquí. Pero sencillamente no se permiten a sí mismas que las cosas les interesen. Da la sensación de que sienten que eso será un obstáculo cuando se casen con el joven ejecutivo y críen a todos sus hijos en un barrio residencial. No pude programar mi seminario final para las estudiantes de honor de último curso. Demasiadas despedidas de soltera lo impidieron. Ninguna de aquellas muchachas consideraba el seminario lo suficientemente importante como para postponer aquellos eventos.

Está exagerando, pensé yo.

Cogí una copia del periódico del *college* que antaño editaba yo. La estudiante que se encargaba de ello en aquel momento describía una clase de política en la que quince de las veinte asistentes estaban haciendo punto «con la concentración de estatua de una Madame Defarge. La profesora, más por desafío que en serio, anunció que la civilización occidental estaba llegando a su fin. Las estudiantes tomaron sus cuadernos y escribieron: "Civ. occid.: llegando a su fin", todo ello sin que se les escapara un solo punto».

Por qué necesitarán semejante cebo, me pregunté, recordando cómo solíamos reunirnos después de clase, debatiendo sobre lo que el profesor hubiera dicho —de teoría económica, de filosofía política, de historia de la civilización occidental, de sociología 21, de la ciencia y la imaginación o incluso de Chaucer. «¿Qué asignaturas le interesan a la gente ahora?», le pregunté a una rubia de último curso que llevaba birrete y toga. «¿Tal vez la física nuclear? ¿El arte moderno? ¿Las civilizaciones

[3] John Bushnel, «Student Culture at Vassar», en *The American College,* ed. Nevitt Sanford, Nueva York y Londres, 1962, págs. 509 y ss.

de África?» Mirándome como si fuera algún dinosaurio prehistórico, me contestó:

> Las chicas ya no necesitan interesarse por cosas como ésas. No queremos carreras. Nuestros padres esperan de nosotras que ingresemos en un *college*. Todo el mundo lo hace. En casa te consideran una paria socialmente si no lo haces. Pero una chica que se interesara en serio por cualquier cosa que estudiara —por ejemplo que quisiera seguir adelante e investigar— sería un bicho raro, no sería femenina. Supongo que todo el mundo quiere llegar a la graduación con un anillo de diamantes en el dedo. Eso es lo importante.

Descubrí una ley no escrita que prohibía las «conversaciones de café» sobre asignaturas y las conversaciones intelectuales en algunas residencias de *college*. En el campus, las chicas daban la sensación de andar siempre con prisas, corriendo. Nadie, excepto algunos miembros del claustro de enseñantes, se reunía a charlar en los cafés o en la tienda de la esquina. Nosotras solíamos pasarnos las horas sentadas discutiendo sobre la verdad, el arte por el arte, la religión, el sexo, la guerra y la paz, Freud y Marx y sobre todas las cosas que iban mal en el mundo. Una estudiante de primer curso me dijo impasible:

> Nunca perdemos el tiempo con eso. No nos reunimos a charlar sobre cosas abstractas. Hablamos fundamentalmente de nuestras citas. En cualquier caso, yo paso tres días a la semana fuera del campus. Hay un chico que me interesa. Quiero estar con él.

Una estudiante de último curso que vestía un impermeable reconocía, como si tuviera una especie de adicción secreta, que le gustaba merodear por las estanterías de la biblioteca y «sacar libros que me interesan».

> En primero aprendes a considerar la biblioteca con desdén. Sin embargo, más adelante —la verdad es que te das cuenta de que al año siguiente ya no estarás en el *college*. De repente te gustaría haber leído más, charlado más, cursado las materias más difíciles que te saltaste. Así sabrías lo que te interesa. Pero supongo que esas cosas dejan de importar cuando estás casada. Te interesa tu hogar y enseñarle a tus hijos a nadar y a patinar, y por las noches hablas con tu marido. Creo que seremos más felices de lo que las estudiantes de *college* solían serlo.

Las chicas se comportaban como si el *college* fuera un intervalo que hubiera que pasar impacientemente, eficazmente, aburridas pero como

un asunto que había que resolver para que pudiera empezar la vida «real». Y la vida real era casarse y vivir en una casa de un barrio residencial con tu marido y tus hijos. ¿Era natural ese aburrimiento, ese hastío tan profesional? ¿Era real esa preocupación con el matrimonio? Descubrí que las chicas que con mucha labia negaban cualquier interés serio por sus estudios aludiendo al «cuando esté casada» no solían estar seriamente interesadas por ningún hombre en particular. Las que se apresuraban en terminar su trabajo en el *college* para tener tres días a la semana fuera del campus a veces no tenían una pareja de verdad que quisieran conservar.

En mis tiempos, las chicas populares que pasaban muchos fines de semana en Yale se tomaban tan en serio su trabajo como las «cerebritos». Aun cuando estuvieras enamorada, temporalmente o en serio, durante la semana en el *college* te dedicabas a la vida intelectual —y te daba la sensación de que ésta te absorbía, te requería esfuerzo, a veces emocionante, siempre real. ¿Será posible que a esas chicas que ahora tienen que trabajar mucho más duro, que han de tener muchos más méritos para llegar a ingresar en un *college* de esas características ante la creciente competencia, realmente les aburra la vida intelectual?

Poco a poco me di cuenta de la tensión, la protesta casi huraña, el esfuerzo deliberado —o deliberadamente evitado— que se ocultaba tras aquellas frías fachadas suyas. Su aburrimiento no era exactamente lo que parecía ser. Era una defensa, un rechazo a implicarse. Al igual que una mujer que inconscientemente piensa que el sexo es un pecado no está presente, está en otra parte cuando se presta a practicarlo, aquellas chicas están en otra parte. Se prestan a practicarlo, pero se defienden a sí mismas ante las pasiones impersonales de la mente y del espíritu que el *college* pueda instilar en ellas —las peligrosas pasiones no sexuales del intelecto.

Una bonita estudiante de segundo curso me explicaba:

> La cosa es que hay que ser templada, muy sofisticada. No mostrar demasiado entusiasmo por tu trabajo ni por nada. La gente que se toma las cosas demasiado en serio se gana la compasión o el escarnio de las demás. Es como querer cantar y empeñarte tanto que haces que los demás se sientan incómodos. Una excentricidad.

Otra chica añadía:

> Puede que les des pena. Creo que puedes hacer tu trabajo seriamente y que no te desprecien por ser una total intelectual, si de vez en cuando te paras a pensar si no te estarás pasando de histérica. Pero como lo haces sin tomártelo muy en serio, no pasa nada.

Una muchacha que llevaba un pin de la asociación estudiantil en su jersey color rosa dijo:

> Tal vez deberíamos tomárnoslo más en serio. Pero nadie quiere graduarse y meterse en algo que no le pueda servir. Si tu marido va a ser un hombre de empresa, no puedes tener demasiados estudios. La esposa es importantísima en la carrera de su marido. No te puede interesar demasiado el arte ni nada parecido.

Una joven que había renunciado a la matrícula de honor en historia me comentó:

> Me encantaba. Me entusiasmaba tanto con mi trabajo que a veces me iba a la biblioteca a las ocho de la mañana y no salía hasta las diez de la noche. Incluso llegué a pensar que quería cursar estudios de postgrado o de derecho y utilizar de verdad mi cabeza. De repente, me asusté por lo que podría pasar. Quería vivir una vida rica y plena. Quería casarme, tener hijos, tener una casa bonita. De repente me pregunté para qué me estaba calentando las meninges. Así que este año estoy tratando de llevar una vida más equilibrada. Sigo las asignaturas, pero no leo ocho libros ni estoy deseando leer el noveno. Lo dejo de vez en cuando y voy al cine. Lo otro era más duro, más emocionante. No sé por qué lo dejé. Tal vez sólo fuera que me desanimé.

Al parecer el fenómeno no está confinado a ningún *college* en particular; se repite entre las muchachas de cualquier *college* o departamento de un *college* que sigue exponiendo a sus estudiantes a la vida intelectual. Una estudiante de primer curso de una universidad del Sur me dijo:

> Desde que era niña me fascinaba la ciencia. Quería especializarme en bacteriología e investigar en el campo del cáncer. Ahora me he pasado a economía doméstica. Me he dado cuenta de que no quiero meterme en algo tan profundo. Si siguiera por ahí, acabaría siendo una de esas personas enteramente dedicada a su trabajo. Estaba tan enganchada durante los dos primeros años que nunca salía del laboratorio. Me encantaba, pero me estaba perdiendo un montón de cosas. Si las chicas salían a nadar por la tarde, yo me quedaba a trabajar con mis citologías y mis portaobjetos. Aquí no hay chicas en bacteriología; en el laboratorio somos sesenta chicos y yo. No podía seguir hablando con las chicas que no entienden de ciencia. La economía doméstica no me interesa tanto como la bacteriología, pero comprendo que era mejor para mí que cambiara y que saliera con la gente. Me di cuenta de que no tenía que tomarme las cosas tan en serio. Volveré a casa y trabajaré en unos grandes almacenes hasta que me case.

Lo que me resulta totalmente incomprensible no es que esas chicas eviten a toda costa implicarse en la vida intelectual sino que, por este hecho, se empañe la educación o se le eche la culpa a la «cultura estudiantil», como hacen algunos educadores. La única lección que una muchacha difícilmente podía evitar aprender, si pasó por un *college* entre 1945 y 1960, es que *no* debía interesarse, interesarse en serio, por nada que no fuera casarse y tener hijos, si quería ser normal, feliz, estar adaptada, ser femenina, tener un marido triunfador, unos hijos triunfadores y una vida sexual normal, femenina, adaptada y provechosa. Tal vez una parte de aquella lección la hubiera aprendido en casa, y otra del resto de sus compañeras de *college,* pero también la aprendió, indiscutiblemente, de quienes estaban comprometidos con desarrollar su inteligencia crítica y creativa: sus profesores de *college*.

Un cambio sutil y casi imperceptible se ha producido en la cultura académica en relación con las mujeres estadounidenses en los últimos quince años: el nuevo sexismo que aplican sus educadores. Bajo la influencia de la mística de la feminidad, algunos presidentes y profesores de *college* encargados de la educación de las mujeres han empezado a preocuparse más por la capacidad futura de sus estudiantes de llegar al orgasmo sexual que por la utilización futura por parte de éstas de un intelecto bien formado. De hecho, algunos de los principales educadores de mujeres empezaron a ocuparse, conscientemente, de proteger a las estudiantes de la tentación de recurrir a su espíritu crítico y creativo —a través del ingenioso método de educarlo para que *no* sea ni crítico ni creativo. Así, la educación superior ha aportado su grano de arena al proceso a través del cual las mujeres estadounidenses de este periodo han sido moldeadas cada vez más de acuerdo con su función biológica, y cada vez menos con vistas al ejercicio pleno de sus capacidades individuales. Las chicas que ingresaban en un *college* apenas podían zafarse del batiburrillo de textos de Freud y Margaret Mead que les imponían, ni evitar la asignatura de «Matrimonio y vida familiar», con su adoctrinamiento funcional acerca de «cómo desempeñar el papel de mujer».

El nuevo sexismo que impregnaba la educación de las mujeres no se limitaba, sin embargo, a ninguna materia ni departamento académico en particular. Estaba implícito en todas las ciencias sociales; pero más aún, pasó a formar parte de la propia educación, no sólo porque el profesor de inglés o el orientador académico o el presidente del *college* leyeran a Freud y a Mead, sino porque la educación era el objetivo principal de la nueva mística— la educación de las chicas estadounidenses, mixta con la de los chicos, o equivalente a la de éstos. Aunque los freudianos y los funcionalistas tuvieran razón, los educadores eran culpables de desfeminizar a las mujeres norteamericanas, de condenarlas a la frustración como amas de casa y madres o al celibato que imponía una carrera, a vivir sin orgasmos. Era una acusación condenatoria; muchos presidentes de *colleges* y teóricos de la pedagogía confesaron su culpa sin rechistar y cayeron en tendencia sexista. Hubo, por supuesto, algunas protestas, por parte de educadores a la antigua usanza que todavía creían que la mente era más importante que el tálamo matrimonial, pero solían estar a punto de jubilarse y no tardaron en ser sustituidos por enseñantes más jóvenes y con mayor adoctrinamiento sexista, o estaban tan metidos en sus materias específicas que tenían poco que decir en relación con la política general de las instituciones académicas.

El clima educativo general estaba maduro para la nueva tendencia sexista, con su énfasis en la adaptación. El viejo propósito de la educación, el desarrollo de la inteligencia a través de un enérgico dominio de las principales disciplinas intelectuales, ya habían caído en desgracia entre los especialistas en educación infantil. El Teachers College de Columbia era el terreno abonado natural para el funcionalismo pedagógico. Dado que la psicología, la antropología y la sociología impregnaban todo el ambiente erudito, la educación a favor de la feminidad también se difundió desde Mills, Stephens y las escuelas para señoritas (cuya base era más tradicional que teórica) hacia los más destacados bastiones de la Ivy League femenina*, los *colleges* que fueron pioneros en Estados Unidos de la educación superior para las mujeres y que se caracterizaban por sus exigentes estándares intelectuales.

En lugar de abrir nuevos horizontes y mundos más amplios que dieran mayores oportunidades a las mujeres, el educador sexista aparecía en los centros para enseñarles cómo adaptarse en el mundo del hogar y de las criaturas. En lugar de enseñarles verdades que contrarrestaran los prejuicios populares del pasado o el pensamiento crítico ante el que el prejuicio no es capaz de sobrevivir, el educador sexista entregaba a las mujeres un sofisticado caldo de prescripciones y presentimientos carentes de espíritu crítico, mucho más vinculante para la mente y perjudicial para el futuro que todas las obligaciones y constricciones del pasado. Esto lo hacían, conscientemente y por una serie de razones la mar de útiles, en su mayor parte unos educadores que creían sinceramente en la mística tal como se la habían entregado los especialistas en ciencias sociales. Aunque un profesor universitario o un presidente de *college* no

* Conjunto de instituciones universitarias del noreste de Estados Unidos, de gran prestigio académico y social. *[N. de la T.]*

consideraran que aquella mística fuera un consuelo positivo, una confirmación de sus propios prejuicios, no tenían ninguna razón para *no* creer en ella.

Las pocas presidentas y profesoras de *college* o siguieron la pauta o vieron cómo se cuestionaba su autoridad —como enseñantes y como mujeres. Si eran solteronas, si no habían tenido criaturas, la mística les prohibía hablar como mujeres. *(Modern Women: The Lost Sex* incluso les prohibía enseñar.) La brillante erudita que no se había casado pero que había inspirado a muchas generaciones de estudiantes femeninas de *college* a que fueran en pos de la verdad quedó relegada a la condición de profesora de mujeres. No se la nombraba presidenta del *college* femenino cuya tradición intelectual había llevado hasta su nivel más elevado; la educación de las chicas se le confiaba a un hombre apuesto y prototipo del esposo, más adecuado para adoctrinar a las chicas para que desempeñaran el rol femenino que les correspondía. El erudito con frecuencia abandonaba el *college* femenino para dirigir algún departamento de una gran universidad, donde los potenciales futuros doctores afortunadamente para él eran varones para los cuales el atractivo de la erudición, la búsqueda de la verdad, no se consideraba un elemento de disuasión cara a la plenitud sexual.

En términos de la nueva mística, la mujer erudita resultaba sospechosa, sencillamente por el hecho de serlo. No trabajaba sólo para mantener su hogar; se la consideraba necesariamente culpable de asumir una responsabilidad no femenina, de seguir trabajando en su campo durante los duros, agotadores y mal pagados años del doctorado. En defensa propia de vez en cuando utilizaba alguna blusa con puntillas u otra versión inocua de la protesta femenina. (En las convenciones de psicoanalistas, un observador señaló en cierta ocasión que las mujeres psicoanalistas se camuflan bajo coquetos sombreros con adornos florales elegantemente femeninos que habrían hecho que cualquier ama de casa corriente de barrio residencial pareciera claramente masculina.) Ya fueran doctoras en filosofía o en medicina, aquellos sombreros y aquellas vaporosas blusas decían: «Que nadie cuestione nuestra feminidad.» Pero el hecho es que sí que se cuestionaba. Un famoso *college* femenino adoptó en defensa propia el eslogan: «No educamos a las mujeres para que sean eruditas; las educamos para que sean esposas y madres.» (Las propias chicas se hartaron tanto de repetir aquel lema completo que lo sintetizaron mediante la abreviación «WAM»*).

* Iniciales de «Wives And Mothers», esposas y madres. *[N. de la T.]*

En el diseño del currículo sexista, no todo el mundo fue tan lejos como Lynn White, que había sido presidente del Mills College, pero si partías de la premisa de que a las mujeres ya no había que educarlas como a los varones, sino para que aprendieran su rol de mujeres, casi tenías que acabar impartiendo su currículo —que equivalía a sustituir la química del *college* por una asignatura de cocina avanzada.

El educador sexista empieza aceptando la responsabilidad de la educación en la frustración, general y sexual, de las mujeres de Estados Unidos.

> En mi escritorio tengo una carta de una joven madre, que lleva ya unos cuantos años fuera del *college:*
>
> «He acabado dándome cuenta de que me han educado para ser un hombre de éxito y que ahora he de aprender por mí misma a ser una mujer de éxito». La irrelevancia básica de gran parte de lo que pasa por educación de las mujeres en Estados Unidos difícilmente podría expresarse de una manera más sintética [...]. El fracaso de nuestro sistema educativo a la hora de tener en cuenta esas diferencias básicas entre los modelos de vida del hombre y de la mujer medios es, al menos en parte, responsable de la profunda insatisfacción e inquietud que afecta a millones de mujeres [...].
>
> Da la sensación de que, si las mujeres han de recuperar el respeto de sí mismas, tienen de invertir la táctica del primer feminismo, que negaba con indignación las diferencias inherentes a las tendencias intelectuales y emocionales de hombres y mujeres. Las mujeres sólo podrán salvarse a sí mismas, a sus propios ojos, del convencimiento de ser inferiores, si reconocen la importancia de dichas diferencias e insisten en ella[4].

El educador sexista equipara con lo masculino nuestra «creatividad cultural ampliamente sobrevalorada», «nuestra aceptación carente de crítica del "progreso" como algo positivo en sí mismo», el «individualismo egoísta», la «innovación», la «construcción abstracta», el «pensamiento cuantitativo» —cuyo terrorífico símbolo es por supuesto o el comunismo o la bomba atómica. Contra éstos, y equiparados con lo femenino, se hallan «el sentido de las personas, de lo inmediato, de las relaciones cualitativas intangibles, una aversión por los datos estadísticos y las cantidades», «lo intuitivo», «lo emocional» y todas las fuerzas que «cuidan» y «conservan» lo que es «bueno, auténtico, hermoso, útil y sagrado».

[4] Lynn White, *Educating Our Daughters,* Nueva York, 1950, págs. 18-48.

Una educación superior feminizada podría incluir materias como la sociología, la antropología y la psicología. («Se trata de estudios a los que poco preocupa el genio coronado de laureles del hombre fuerte», alaba el pedagogo protector de la feminidad. «Se consagran a la exploración de las serenas y modestas fuerzas de la sociedad y de la mente. [...] Incluyen la preocupación femenina por la conservación y el cuidado»). Sería poco probable que incluyeran ni las ciencias puras (puesto que la teoría abstracta y el pensamiento cuantitativo son poco femeninos) ni las bellas artes, que son masculinas, «llameantes y abstractas». Las artes aplicadas o menores, sin embargo, son femeninas: la cerámica, las artesanías textiles, trabajos realizados más por la mano que por la mente. «A las mujeres les gusta la belleza tanto como a los hombres, pero quieren una belleza que esté relacionada con el proceso de la vida [...]. La mano es tan admirable y digna de respeto como el cerebro.»

El educador sexista cita con tono aprobador las palabras del cardenal Tisserant: «A las mujeres habría que educarlas para que supieran discutir con sus esposos.» Descartemos del todo la formación profesional para las mujeres, insiste: todas las mujeres han de ser educadas para ser amas de casa. Incluso la economía doméstica y las ciencias del hogar tal como se enseñan en la actualidad en el *college* son masculinas porque «se les ha dado un nivel de formación profesional»[5].

He aquí una educación genuinamente femenina:

> Cabría profetizar con confianza que, a medida que las mujeres empiecen a hacer sentir sus deseos particulares en relación con el currículo, los *colleges* femeninos y las instituciones de enseñanza mixtas no se limitarán a ofrecer una materia troncal sobre la Familia, sino que de ésta saldrán ramas curriculares relacionadas con los alimentos y la nutrición, los textiles y el vestido, la salud y la enfermería, la planificación de casas y el interiorismo, el diseño de jardines y la botánica aplicada, así como el desarrollo infantil [...]. ¿Acaso es imposible impartir un curso de iniciación a los alimentos que resulte tan apasionante y tan difícil de aplicar una vez acabado el *college* como una asignatura de filosofía postkantiana? [...] Olvidémonos de hablar de proteínas, hidratos de carbono y cosas por el estilo, salvo inadvertidamente, como por ejemplo cuando señalamos que una col de Bruselas excesivamente hervida no sólo es inferior en cuanto a su sabor y textura, sino que también tiene un menor contenido en vitaminas. ¿Por qué no estudiar la teoría y la preparación de una paella vasca* o de un *shish kebab* bien marinado, de unos riñones de cordero salteados con Jerez, de un curry como es debido, la utilización de las especias o incluso algo tan sofisticado y a la vez tan sencillo como servir alcachofas frías con leche fresca?[6].

Al educador sexista apenas le impresiona el debate que cuestiona que el currículo del *college* deba contaminarse o diluirse con asignaturas como la cocina o las manualidades, que pueden enseñarse con provecho en el instituto. Que se les enseñen a las chicas en el instituto, y «con mayor énfasis e imaginación» en el *college* nuevamente. Los chicos también deberían recibir algún tipo de educación «orientada a la familia», pero no en el provechoso tiempo lectivo del *college;* las manualidades al principio del instituto son suficientes para «capacitarlos en los años futuros para que les guste afanase ante un banco de trabajo en el garaje o en el jardín, rodeados de un círculo admirado de criaturas [...] o ante la barbacoa»[7].

Este tipo de educación, en nombre de la necesidad de adaptarse en la vida, se convirtió en una realidad en muchos campus, tanto de instituto como de *college*. No se ideó para invertir el crecimiento de las mujeres, pero sin duda contribuyó a ello. Cuando los educadores estadounidenses finalmente investigaron el derroche de nuestros recursos naturales en inteligencia creativa, se dieron cuenta de que los Einstein, Schweitzer, Roosevelt, Edison, Ford, Fermis y Frost perdidos eran mujeres. Del 40 por 100 más brillante de estudiantes estadounidenses que terminaron el instituto, sólo la mitad ingresó en un *college:* de la mitad que no siguió, *los dos tercios eran chicas*[8]. Cuando el Dr. James B. Conant recorrió el país para tratar de averiguar qué era lo que estaba pasando con los institutos en Estados Unidos, descubrió que demasiados estudiantes estaban cursando estudios prácticos excesivamente fáciles que no representaban ningún reto intelectual para ellos. Nuevamente, la mayoría de los que deberían haber estado estudiando física, álgebra avanzada, geometría analítica y cuatro años de un idioma —y que no lo estaban haciendo— eran chicas. Tenían la inteligencia necesaria, un don especial que no dependía del sexo, pero también tenían la actitud sexista de que ese tipo de estudios «no era femenino».

---

[5] *Ibíd.,* pág. 76.

* «Basque paella» *[sic]* en el original. *[N. de la T.]*

[6] *Ibíd.,* págs. 77 y ss.

[7] *Ibíd.,* pág. 79.

[8] Véase Dael Wolfle, *America's Resources of Specialized Talent,* Nueva York, 1954.

En ocasiones alguna chica quería cursar una asignatura de las difíciles, pero un orientador pedagógico o algún profesor le aconsejaba que no lo hiciera porque era perder el tiempo —como ocurrió por ejemplo en un excelente instituto de la parte oriental del país con una chica que quería ser arquitecta. Su orientador le recomendó vivamente que no presentara solicitudes de admisión en ninguna escuela de arquitectura, con el argumento de que había pocas mujeres en la profesión y de que de todos modos nunca lo conseguiría. Ella se empeñó y presentó la solicitud en dos universidades que imparten el título de arquitectura; ambas, para su gran sorpresa, la aceptaron. Luego su orientador le dijo que, aunque la hubieran aceptado, las mujeres no tenían ningún futuro en la arquitectura; se pasaría la vida ante una mesa de delineante. Le recomendaron que fuera a un *college* junior* donde los estudios serían mucho más fáciles que los de arquitectura y donde aprendería todo lo que necesitaba saber para cuando se casara[9].

La influencia de aquella orientación sexista era tal vez más insidiosa a nivel de instituto que en los *colleges,* porque muchas chicas que la sufrieron nunca llegaron a ir al *college.* He conseguido un programa de contenidos de uno de esos cursos de adaptación a la vida que ahora se enseña en los primeros años de secundaria en el condado residencial en el que yo vivo. Titulado «La chica fetén», ofrece «consejos sobre lo que hay que hacer y lo que no para salir con un chico» a niñas de once, doce y trece años —a modo de reconocimiento temprano o forzado de su función sexual. Aunque muchas todavía no tienen nada con lo que rellenar un sujetador, se les dice maliciosamente que no lleven jersey sin ponérselo y que se aseguren de llevar braguitas para que los chicos no les noten las formas por debajo de las faldas. No es de sorprender que en segundo, muchas chicas listas de este instituto sean más que conscientes de su función sexual, que todas las asignaturas les aburran y que no tengan más ambición que la de casarse y tener hijos. Pero es inevitable preguntarse (particularmente cuando alguna de estas muchachas se queda embarazada en segundo curso y se casa con quince o dieciséis años de edad) si no se las ha educado demasiado pronto para su función sexual, mientras sus otras capacidades se pasan totalmente por alto.

Esta mutilación, a la que se somete a las muchachas capacitadas, de todo lo que sea un desarrollo no vinculado a su rol sexual es general en todo el país. Del 10 por 100 de graduados mejor clasificados en los institutos de Indiana en 1955, sólo el 15 por 100 de los chicos no prosiguieron su educación; el 36 por 100 de las chicas la interrumpieron[10]. En los mismísimos años en los que la educación académica se ha convertido en una necesidad para casi todo el mundo que quiera desempeñar una función real en nuestra efervescente sociedad, *la proporción de mujeres entre los estudiantes de college ha descendido y sigue cayendo año tras año.* En la década de 1950, las mujeres también abandonaban el *college* a un ritmo mayor que los hombres; sólo el 37 por 100 de las mujeres se graduaron, frente al 55 por 100 de los varones[11]. En la década de 1960, la misma proporción de varones abandonaba el *college*[12]. Pero en esta época de dura competencia para tener plaza en un *college,* la chica (una por cada dos chicos) que ingresa en un *college* está sometida «a una selección más dura» y es menos probable que se la expulse del *college* por fracaso académico. Como dice David Riesman, las mujeres abandonan bien para casarse bien porque temen que demasiados estudios se conviertan en un «obstáculo para el matrimonio». La edad media de las primeras nupcias en los últimos quince años ha descendido, alcanzando el nivel más bajo de la historia de este país, el más bajo de todos los países del mundo occidental, casi tan bajo como el que solía ser habitual en los llamados países subdesarrollados. En las nuevas naciones de Asia y África, con el advenimiento de la ciencia y de la enseñanza, las mujeres contraen matrimonio cada vez más tarde. En la actualidad, en parte gracias al sexismo funcional de la educación de las mujeres, la tasa anual de crecimiento de la población de Estados Unidos se cuenta entre las más altas del mundo —casi tres veces la de las naciones de la Europa occidental, casi el doble de la de Japón y pisándole de cerca los talones a África y a India[13].

* En Estados Unidos, el *junior college* es un centro de enseñanza post-secundaria de dos cursos que ofrece formación académica y profesional. Suele ser con frecuencia un primer paso hacia un *college* o una universidad. *[N. de la T.]*

[9] Citado en una intervención de la jueza Mary H. Donlon en las actas de la «Conference on the Present Status and Prospective Trends of Research on the Education of Women» [Conferencia sobre la situación actual y las tendencias previsibles de la investigación sobre la educación de las mujeres], Washington, D.C., American Council on Education, 1957.

[10] Véase «The Bright Girl: A Major Source of Untapped Talent», *Guidance Newsletter,* Science Research Associates Inc., Chicago, Illinois, mayo de 1959.

[11] Véase Dael Wolfle, *op. cit.*

[12] John Summerskill, «Dropouts from College», en *The American College,* página 631.

[13] Joseph M. Jones, «Does Overpopulation Mean Poverty?», Washington, Center for International Economic Growth, 1962. Véase también *United Nations Demographic Yearbook,* Nueva York, 1960, págs. 580 y ss. Ya en 1958, en Estados Unidos

Los educadores sexistas han desempeñado un doble papel en esta tendencia: educando activamente a las muchachas de manera a preparlas para su función sexual (que tal vez cumplirían sin esta educación, de una manera que tendría menos probabilidad de impedir su crecimiento en otras direcciones); y renunciando a su responsabilidad en relación con la educación de las mujeres, en el sentido estrictamente intelectual. Con o sin estudios, las mujeres probablemente desempeñen su rol biológico y vivan la experiencia del amor sexual y de la maternidad. Pero sin unos estudios, ni las mujeres ni los hombres tienen muchas probabilidades de desarrollar intereses profundos que vayan más allá de su función biológica.

Los estudios deberían y pueden conseguir que una persona «tenga unas miras amplias y esté abierta a nuevas experiencias, tenga un pensamiento inpendiente y disciplinado, esté profundamente comprometida con el desempeño de alguna actividad productiva, se guíe por unas convicciones basadas en la comprensión del mundo y en su propia integración de la personalidad»[14]. La principal barrera para semejante crecimiento en las jóvenes es su propia y rígida imagen preconcebida del rol de la mujer, que los educadores sexistas refuerzan, bien de manera explícita bien no asumiendo su propia capacidad y responsabilidad para romper dicha imagen.

Este callejón sin salida del sexismo queda de manifiesto en las tremendas profundidades del estudio de mil páginas, *The American College,* en el que los «factores motivacionales para el ingreso en el *college*» se analizan a través del caso de 1.045 muchachos y 1.925 muchachas. El estudio reconoce que es la necesidad de ser independientes y de encontrar su identidad en la sociedad, no fundamentalmente a través de su rol sexual sino a través del trabajo, la que hace que los chicos se desarrollen en el *college*. La falta de crecimiento de las chicas en el *college* se explica a través del hecho de que, para una chica, la identidad es exclusivamente sexual; en su caso, hasta los propios eruditos consideran que el *college* no es la clave para el desarrollo de una identidad más amplia, sino una «vía de expresión de los impulsos sexuales» disimulado.

se estaban casando más chicas de 15 a 19 años de edad que de ningún otro grupo de edad. En todas las demás naciones avanzadas, y en muchas de las subdesarrolladas, la mayoría de las jóvenes contraían matrimonio entre los 20 y los 24 o después de los 25. El modelo estadounidense de matrimonio a edad adolescente sólo se daba en países como Paraguay, Venezuela, Honduras, Guatemala, México, Egipto, Irak y las islas Fidji.

[14] Nevitt Sanford, «Higher Education as a Social Problem», en *The American College,* pág. 23.

El tema identitario para los muchachos es principalmente una cuestión ocupacional y vocacional, mientras que la definición de sí mismas para las muchachas depende más directamente del matrimonio. Cierto número de diferencias se derivan de esta distinción. La identidad de las chicas se centra más exclusivamente en su rol sexual —de quién seré la esposa, qué tipo de familia tendremos; en cambio la autodefinición del chico se forma en torno a dos núcleos; será marido y padre (su identidad vinculada a su rol sexual) pero también será fundamentalmente un trabajador. A ello le sigue una diferencia relacionada con este hecho y que resulta particularmente importante en la adolescencia: la identidad ocupacional es en gran medida una cuestión de elección personal que puede iniciarse a una edad temprana y a la que pueden dedicarse todos los recursos de una planificación racional y meditada. El chico puede empezar a pensar en este aspecto identitario y a planificarlo a una edad temprana [...]. La identidad sexual, tan crítica para el desarrollo femenino, no permite realizar ese esfuerzo tan consciente o metódico. Es un tema misterioso y romántico, cargado de ficción, mística e ilusión. Una chica puede aprender algunas habilidades y actividades superficiales relacionadas con el rol femenino, pero se la considerará falta de gracia y poco femenina si sus esfuerzos por alcanzar la feminidad son demasiado abiertamente conscientes. El verdadero núcleo del asentamiento femenino —vivir en la intimidad con el hombre al que ama— es una perspectiva de futuro para la que no hay posibilidad de ensayar. Vemos que los y las adolescentes se plantean el futuro de manera diferente; los chicos están planificando activamente y poniendo a prueba sus identidades laborales futuras, aparentemente tamizando alternativas en un esfuerzo por encontrar el rol que mejor se adapte a sus particulares habilidades e intereses, a sus características de temperamento y a sus necesidades. En cambio las chicas están mucho más sumidas en las fantasías, particularmente con los chicos y la popularidad, con el matrimonio y el amor.

Al parecer el sueño del *college* sirve de sustituto de una preocupación más directa con el matrimonio: las chicas que no se plantean ir al *college* son más explícitas en su deseo de casarse y tienen un sentido más desarrollado de su propio rol sexual. Son más conscientes y están más directamente preocupadas por la sexualidad [...]. Considerar la fantasía como una vía de expresión de los impulsos sexuales sigue la concepción psicoanalítica general de que los impulsos cuya expresión directa se impide buscarán algún modo encubierto de satisfacción[15].

[15] Elizabeth Douvan y Carol Kaye, «Motivational Factors in College Entrance», en *The American College,* págs. 202-206.

Por lo tanto, no les sorprendió que el 70 por 100 de las estudiantes de primer curso de una universidad del Medio Oeste contestara a la pregunta: «¿Qué esperas conseguir del *college?*» entre otras cosas «a mi hombre». También interpretaron respuestas que indicaban un deseo de «marcharse de casa», de «viajar» y otras relacionadas con posibles ocupaciones que daban la mitad de las chicas y que simbolizaban la «curiosidad por los misterios sexuales».

> El *college* y viajar son alternativas a un interés más claro por la sexualidad. Las chicas que no prosiguen estudios después del instituto tienen más tendencia a asumir un rol sexual adulto en matrimonios tempranos y tienen una concepción más desarrollada de sus impulsos sexuales y de su rol sexual. En cambio las chicas que ingresan en el *college* aplazan la realización y el asentamiento directos de su identidad sexual, al menos durante un tiempo. Durante ese periodo, la energía sexual se transforma y se satisface a través de un sistema de fantasías que gira en torno al *college,* al glamour de la vida del *college* y a la sublimación de la experiencia sensual general[16].

¿Por qué los educadores consideran a las chicas, y sólo a las chicas, desde esa perspectiva tan completamente sexual? Los muchachos adolescentes también tienen necesidades sexuales imperiosas cuya satisfacción puede quedar aplazada por asistir al *college*. Pero a los educadores no les preocupa la fantasía sexual en el caso de los muchachos, les preocupa la «realidad». Y de los chicos se espera que alcancen la autonomía personal y su identidad «comprometiéndose en el ámbito de nuestra cultura que ostenta el mayor valor moral —el mundo del trabajo— en el que alcanzarán reconocimiento como personas a través de sus logros y de su potencial». Aun cuando las propias imágenes y objetivos profesionales de los chicos no sean realistas al principio —y este estudio pone de manifiesto que no lo son—, los educadores sexistas reconocen que, en el caso de los chicos, los motivos, objetivos, intereses y los prejuicios infantiles pueden cambiar. También reconocen que, en la mayoría de los casos, la última oportunidad crucial de cambio se produce en el *college*. Pero aparentemente de las chicas no se espera que cambien, ni se les da la oportunidad de hacerlo. Ni siquiera en los *colleges* mixtos, en los que unas pocas chicas reciben la misma educación que los chicos. En lugar de estimular lo que los psicólogos han sugerido que podría ser un deseo «latente» de autonomía en las chicas, los educadores sexistas estimulan

[16] *Ibíd.,* págs. 208 y ss.

su fantasía sexual de satisfacer todos sus deseos de éxito, estatus social e identidad de manera vicaria a través de un hombre. En lugar de desafiar la infantil, rígida y estrecha concepción del rol de la mujer, tan llena de prejuicios, la alimentan ofreciéndoles un popurrí de materias de las artes liberales, que sirven exclusivamente para darles un barniz de esposa, o de programas tan limitados como el de la «dietética institucional», muy por debajo de sus capacidades y que sólo sirve de «medida provisional» de relleno entre el *college* y el matrimonio.

Como los propios educadores admiten, la formación de las mujeres en los *colleges* no suele prepararlas para su acceso al mundo de los negocios o profesional a un nivel significativo, ni cuando se gradúan ni más adelante; no está orientada a unas posibilidades de carrera que justificarían la planificación y el esfuerzo necesarios para una formación profesional de nivel superior. En el caso de las mujeres, los educadores sexistas dicen en tono aprobador que el *college* es el lugar adecuado para encontrar a un hombre. Presumiblemente, si el campus es «el mejor mercado matrimonial del mundo», como observaba cierto educador, ambos sexos se ven afectados. En los campus de los *colleges* actuales, según coinciden tanto profesores como estudiantes, las chicas son las agresoras en la caza matrimonial. Los chicos, casados o no, están ahí para estirar sus mentes, para encontrar su propia identidad, para completar su programa de vida; las chicas sólo acuden para cumplir su función sexual.

La investigación pone de manifiesto que el 90 por 100 o más del creciente número de esposas estudiantes que se vieron motivadas a casarse por «la fantasía y la necesidad de adaptarse» está literalmente apoyando a sus maridos mientras éstos cursan sus estudios en el *college*[17]. La chica que abandona el instituto o el *college* para casarse y tener un bebé, o para acceder a un puesto de trabajo que permita costear los estudios de su marido, queda privada del tipo de crecimiento intelectual y de la comprensión que se supone que proporciona la educación superior, con la misma rotundidad con la que el trabajo infantil impedía el desarrollo físico de las criaturas. También se le impide preparar y planificar de forma realista una carrera o un compromiso de que utilizará sus facultades y tendrá alguna importancia para la sociedad y para sí misma.

Durante el periodo en el que los educadores sexistas se dedicaron a la adaptación sexual y a la feminidad de las mujeres, los economistas re-

[17] Esther Lloyd-Jones, «Women Today and Their Education», *Teacher's College Record,* vol. 57, núm. 1, octubre de 1955; y núm. 7, abril de 1956. Véase igualmente Opal David, *The Education of Women – Signs for the Future,* Washington, D.C., American Council on Education, 1957.

gistraron un nuevo cambio revolucionario en el empleo en Estados Unidos: por debajo del flujo y reflujo de los momentos de bonanza y de recesión, descubrieron que se había producido un descenso absoluto y acelerado de las posibilidades de empleo para las personas sin estudios y sin una cualificación profesional. Pero cuando los economistas del Gobierno que realizaron el estudio sobre la «mano de obra femenina» visitaron los campus de los *colleges,* vieron que a las chicas no les afectaba la probabilidad estadística de que se fueran a pasar veinticinco años o más de su vida adulta ocupando empleos fuera del hogar. Incluso siendo prácticamente seguro que la mayoría de las mujeres ya no dedicarán la vida entera a ser amas de casa a jornada completa, los educadores sexistas les han dicho que no planifiquen una carrera por miedo a dificultar su adaptación sexual.

Hace unos cuantos años, la educación sexista acabó por infiltrarse en un famoso *college* femenino que en el pasado había hecho gala con orgullo del gran número de graduadas que seguían adelante y acababan ocupando cargos relevantes en el mundo de la educación, de las leyes y de la medicina, de las artes y de las ciencias, en el gobierno y en el campo del bienestar social. Este *college* contaba con una presidenta que había sido feminista y que tal vez estuviera empezando a sentirse culpable cuando pensaba en todas aquellas mujeres que habían cursado los mismos estudios que los varones. Un cuestionario, remitido a alumnas de todas las edades, ponía de manifiesto que la amplia mayoría de ellas estaba satisfecha con aquellos estudios carentes de sexismo; pero una minoría se quejaba de que, a través de aquellos estudios, habían adquirido una conciencia excesiva de los derechos de las mujeres y de su igualdad con los varones, se habían interesado demasiado por las carreras y tenían la incómoda sensación de que debían hacer algo por la comunidad, que al menos debían seguir leyendo, estudiando, desarrollando sus propias capacidades e intereses. ¿Por qué no se las había educado para ser felices amas de casa y madres?

La presidenta del *college,* sintiéndose culpable —personalmente culpable por ser presidenta de un *college,* además de tener un montón de hijos y un marido triunfador; culpable también por haber sido una ardiente feminista en su época y por haber progresado notablemente en su carrera antes de casarse; acosada por los terapéuticos especialistas en ciencias sociales que la acusaban de pretender moldear a aquellas jóvenes de acuerdo con su propia imagen imposible, poco realista, desfasada, enérgica, autoexigente, visionaria y escasamente femenina—, introdujo un curso funcional sobre el matrimonio y la familia, obligatorio para todas las estudiantes de segundo curso.

Las circunstancias que condujeron a la decisión del *college,* al cabo de dos años, de *renunciar* a aquel curso se guardan en el más absoluto de los secretos. Nadie relacionado oficialmente con el *college* está dispuesto a hablar. Pero un educador de un establecimiento cercano a éste, él mismo un cruzado del funcionalismo, dijo con cierto desdén por aquella inocente idea equivocada que obviamente se habían quedado espeluznados al ver lo pronto que se casaban las chicas que se matriculaban en aquel curso funcional. (La promoción de 1959 de aquel *college* contó con un número récord de 75 mujeres casadas, casi un cuarto de las chicas que todavía seguían matriculadas.) Me dijo con toda tranquilidad:

> ¿Por qué habría de molestarles que las chicas se casaran un poco pronto? No hay nada malo en un matrimonio a edad temprana, si se tiene la preparación adecuada. Supongo que no pueden superar la vieja idea de que las mujeres han de estudiar para desarrollar sus mentes. Lo niegan, pero es inevitable sospechar que siguen creyendo que las mujeres han de tener una carrera. Lamentablemente, la idea de que las mujeres ingresan en el *college* para conseguir marido es un anatema para algunos educadores.

En el *college* en cuestión, se ha vuelto a impartir la asignatura de «Matrimonio y familia» como parte de la materia de sociología, orientada al análisis crítico de esas instituciones sociales cambiantes, y no a la acción funcional ni a la terapia de grupo. Pero en la institución vecina, mi profesor informante es el segundo al mando de un floreciente departamento de «educación para la vida familiar», que en la actualidad está preparando a cientos de estudiantes graduadas para que impartan cursos de matrimonio funcional en los *colleges,* escuelas de magisterio, *colleges* junior o locales* así como en los institutos de todo el país. Da la sensación de que estos nuevos educadores sexistas se ven realmente a sí mismos como cruzados —cruzados contra los viejos valores no terapéuticos y no funcionales del intelecto, contra los viejos estudios que requieren el mismo esfuerzo por parte de chicos y chicas, que se limitan a la vida de la mente y a la búsqueda de la verdad y que nunca trataron de ayudar a la chicas a que cazaran a los hombres, a que tuvieran orgasmos ni a que se adaptaran. Como comentaba mi informante:

* En Estados Unidos, el *college* local (denominado *community college),* que puede ser de un condado, una ciudad o una comunidad local y se caracteriza por contar con financiacón local, ofrece estudios de educación universitaria de grado y de postgrado. *[N. de la T.]*

> Estas chicas están preocupadas por salir con alguien y por la actividad sexual, por cómo llevarse bien con los chicos, por si es adecuado tener relaciones prematrimoniales. Tal vez una chica esté tratando de tomar una decisión acerca de cuál será la asignatura principal que curse; está pensando en una carrera y también está pensando en el matrimonio. Creas una situación con la técnica del *role-playing* para ayudarla a avanzar —para que vea el efecto que esto tiene en los hijos. Se da cuenta de que no tiene que sentirse culpable por no ser más que una simple ama de casa.

A menudo hay un tono de defensa, cuando a un educador sexista se le pide que defina, para las personas no iniciadas, el «enfoque funcional». Uno de ellos le dijo a una periodista:

> Los grandes discursos son estupendos —las generalizaciones intelectuales, los conceptos abstractos, las Naciones Unidas—, pero en algún punto tenemos que empezar a hacer frente a los problemas de las relaciones interpersonales a una escala más modesta. Hemos de dejar de estar tan centrados en el profesorado y centrarnos más en el estudiantado. No se trata de lo que nosotros creamos que necesitan, sino de lo que ellos creen que necesitan. Ése es el enfoque funcional. Entras en un aula y tu objetivo ya no es abordar un determinado contenido sino crear un ambiente que haga que tus estudiantes se sientan a gusto y puedan hablar libremente de sus relaciones interpersonales, en términos básicos y no a través de ampulosas generalizaciones.
>
> Las chicas en la adolescencia tienden a ser muy idealistas. Creen que pueden adquirir un conjunto diferente de valores, casarse con un chico de un entorno distinto al suyo, y que eso no tendrá consecuencias posteriormente. Hacemos que se den cuenta de que sí que las tiene para que no caigan a la ligera en matrimonios mixtos o en otras trampas[18].

La periodista preguntó por qué las asignaturas de «Elección de pareja», «Adaptación al matrimonio» y «Educación para la vida familiar» se enseñaban en los *colleges,* si el profesor se compromete a no enseñar, si no hay material que deba aprenderse o impartirse y si el único objetivo es ayudar a la estudiante a que comprenda sus problemas y emociones personales. Tras hacer el seguimiento para *Mademoiselle* de una serie de cursos matrimoniales, concluía: «Sólo en Estados Unidos es posible oír a un estudiante universitario decirle a otro con total ingenuidad: "Tenías que haber estado en clase hoy. Hemos hablado del *role-playing* masculino y un par de personas realmente se han abierto y han entrado en el terreno personal."»

[18] Mary Ann Guitar, «College Marriage Courses – Fun or Fraud?», *Mademoiselle,* febrero de 1961.

La clave del *role-playing,* una técnica adaptada de la terapia de grupo, consiste en conseguir que las y los estudiantes comprendan los problemas «desde los sentimientos». Sin duda se suscitan emociones más turbadoras que las que suelen darse en un aula de *college* habitual cuando un profesor los invita a que interpreten a través del *role-playing* los sentimientos de «un chico y una chica en su noche de bodas».

Hay un aire pseudoterapéutico cuando el profesor escucha interminablemente los tímidos discursos del alumnado sobre sus sentimientos personales («verbalización») con la esperanza de suscitar un «planteamiento de grupo». Pero aunque el curso funcional no equivale a una terapia de grupo, sin duda constituye un adoctrinamiento de opiniones y valores a través de la manipulación de las emociones de quienes participan; y bajo ese disfraz de manipulación, deja de estar sujeto al pensamiento crítico que se exige en otras disciplinas académicas.

El alumnado acepta como el evangelio los variopintos fragmentos de los libros de texto que explican a Freud o citan a Margaret Mead; no tienen el marco de referencia que les proporcionaría el estudio real de la psicología o de la antropología. De hecho, al vedar de manera explícita las habituales actitudes críticas de los estudios de *college,* estos cursos matrimoniales pseudocientíficos transmiten lo que no suele ser más que la opinión popular, la sanción de la ley científica. La opinión puede estar de moda en ese momento o estar ya obsoleta en los círculos psiquiátricos, pero con frecuencia no es más que un prejuicio reforzado mediante la jerga psicológica o sociológica y por unos datos estadísticos bien seleccionados para dar la apariencia de una verdad científica incuestionable.

El debate sobre el coito prematrimonial suele conducir a la conclusión científica de que no es bueno. Un profesor argumenta su posición contraria al coito previo al matrimonio con datos estadísticos seleccionados para poner de manifiesto que la experiencia sexual prematrimonial tiende a dificultar la adaptación matrimonial. El estudiante no conocerá el resto de datos que refutan esta argumentación; si el profesor los conoce, en el curso de matrimonio funcional podrá sentirse libre de descartarlos por no funcionales. («Nuestra sociedad está enferma. Los estudiantes necesitan un tipo de conocimiento definitivo y preciso».) Es «conocimiento» funcional que «sólo una mujer excepcional puede mantener su compromiso con una carrera». Por supuesto, dado que la mayoría de

las mujeres del pasado no tenían carrera, las pocas que sí la tenían eran todas «excepcionales» —un matrimonio mixto es «excepcional» y las relaciones sexuales prematrimoniales son «excepcionales» para una chica. Todos ellos son fenómenos cuya incidencia se sitúa por debajo del 51 por 100. Con frecuencia da la sensación de que la base en la que se sustenta toda la educación funcional es: lo que hace hoy el 51 por 100 de la población debería hacerlo mañana el 100 por 100 de la misma.

Por lo tanto, el educador sexista promueve una adaptación de las muchachas disuadiéndolas de todo lo que no sea su compromiso «normal» con el matrimonio y la familia. Una de esas educadoras va más allá del *role-playing* figurado; lleva al aula a verdaderas madres que han sido antiguas trabajadoras para que hablen de lo culpables que se sentían cuando dejaban a los niños por la mañana. De alguna manera, las estudiantes no tienen demasiadas ocasiones de oír a una mujer que ha roto con éxito las normas convencionales —la joven doctora cuya hermana se encargaba de su consulta cuando nacieron sus hijos, la madre que adaptaba sin problema los turnos del sueño de sus bebés a su horario de trabajo, la feliz chica protestante que se casó con un católico, la mujer sexualmente serena cuya experiencia prematrimonial no pareció afectar a su matrimonio. Los casos «excepcionales» no le preocupan en la práctica al funcionalista, aunque suele reconocer escrupulosamente que *se trata* de excepciones. (El «niño excepcional», en la jerga educativa, lleva una connotación de discapacidad: el ciego, el tullido, el retrasado, el genio, el que se rebela contra los convencionalismos —cualquiera que sea diferente de la masa, que tenga rasgos únicos— todos ellos cargan con una vergüenza común: ser «excepcionales».) De algún modo, la estudiante comprende que no quiere ser una «mujer excepcional».

El conformismo se integra de muchas maneras en la educación para facilitar la adaptación a la vida. Aprender a adaptarse sin más no supone ningún o casi ningún reto intelectual ni requiere la aplicación de ninguna disciplina en particular. El curso matrimonial es la «maría» en casi todos los campus, independientemente de lo empeñado que esté el profesorado en tratar de hacer que la asignatura sea más difícil imponiendo un gran volumen de lecturas y la redacción de trabajos semanales. Nadie espera que las historias de caso (que cuando se leen sin la intención de hacer un uso serio de ellas son poco más que culebrones psiquiátricos), el *role-playing,* hablar de sexo en clase o escribir redacciones personales conduzca al pensamiento crítico; ése no es el objetivo de la preparación funcional para el matrimonio.

Esto no significa que el estudio de una ciencia social, en sí mismo, produzca conformismo en la mujer o en el hombre. Es difícil que tenga

ese efecto cuando se estudia desde el punto de vista crítico y ello venga motivado por los fines habituales de una disciplina intelectual, o cuando se domina para su utilización profesional. Pero para las chicas a las que la nueva mística les prohíbe el compromiso tanto profesional como intelectual, el estudio de la sociología, la antropología o la psicología suele ser meramente «funcional». Y en el propio curso funcional, las chicas se toman el batiburrillo de textos de Freud y de Mead, los datos estadísticos sobre sexualidad o los planteamientos del *role-playing,* no sólo literalmente y fuera de contexto, sino personalmente, como si tuvieran que cumplirlo en sus propias vidas. Al fin y al cabo, ése es el objetivo de la educación para la adaptación a la vida. Puede ocurrir entre adolescentes en casi todos los cursos que contienen material emocional básico. Ocurrirá con toda seguridad cuando el material se utilice deliberadamente, no para construir el pensamiento crítico, sino para remover emociones personales. La terapia, en la tradición psicoanalítica ortodoxa, requiere la supresión del pensamiento crítico (resistencia intelectual) para que las emociones adecuadas afloren y puedan trabajarse. En la terapia, es posible que esto funcione. Pero ¿funciona la educación, confundida con la terapia? Es difícil que un curso llegue a ser crucial en la vida de ningún hombre o ninguna mujer, pero cuando se ha decidido que el objetivo genuino de la educación de las mujeres debería ser, no el crecimiento intelectual, sino la adaptación sexual, algunas cuestiones pueden resultar francamente cruciales.

Cabría preguntarse: si una educación orientada al crecimiento de la mente humana debilita la feminidad, ¿debilitará una educación orientada a la feminidad el crecimiento de la mente? ¿Qué es la feminidad, que puede ser destruida por una educación que haga crecer la mente, o inducida a no permitir el crecimiento de la mente?

Incluso cabría hacer una pregunta en términos freudianos: ¿Qué ocurre cuando el sexo se convierte, no sólo en el ello para las mujeres, sino también en el ego y en el superego; cuando la educación, en lugar de desarrollar el yo, se centra en desarrollar las funciones sexuales? ¿Qué ocurre cuando la educación reconoce nueva autoridad a los «debería» femeninos —que ya cuentan con la autoridad de la tradición, los convencionalismos, los prejuicios y la opinión popular— en lugar de darles a las mujeres el poder del pensamiento crítico, la independencia y la autonomía para cuestionar la autoridad ciega, vieja o nueva? En Pembroke, el *college* femenino de la Brown University en Providence, R.I., una psicoanalista invitada dirigió recientemente una sesión en boga sobre «qué significa ser mujer». Las estudiantes se mostraron desconcertadas cuando Margaret Lawrence, la psicoanalista invitada, dijo, en llano in-

glés no freudiano, que era bastante estúpido decirles a las mujeres de hoy en día que su principal lugar era el hogar, cuando la mayor parte del trabajo que solían hacer las mujeres se realizaba ahora fuera de casa y cuando el resto de las personas de la familia pasaban la mayor parte de su tiempo fuera de casa. ¿No sería mejor que las educaran para unirse al resto de la familia, allá en el mundo exterior?

De alguna manera, aquello no era lo que las muchachas esperaban oír de una psicoanalista. A diferencia de la lección habitual, funcionalista y sexista, trastocaba un «debería» femenino convencional. También suponía que debían empezar a tomar algunas decisiones por sí mismas, sobre sus estudios y su futuro.

La lección funcional es mucho más relajante para la insegura estudiante de segundo curso que todavía no ha dejado completamente atrás la infancia. No desafía los confortables y seguros convencionalismos; le da palabras sofisticadas para aceptar el punto de vista de sus padres, la opinión popular, sin tener que imaginar planteamientos propios. También la reconforta con respecto a que no tendrá que trabajar en el *college;* que puede vaguear, seguir sus impulsos. No tiene que aplazar el placer presente en nombre de objetivos futuros; no tiene que leer ocho libros para un trabajo de historia ni matricularse en la difícil asignatura de física. Podría darle un complejo de masculinidad. Al fin y al cabo, el libro decía lo siguiente, ¿no?:

> El precio que hay que pagar por la capacidad intelectual de las mujeres se debe en gran medida a la pérdida de cualidades femeninas de valor [...]. Todas las observaciones indican que la mujer intelectual está masculinizada; en ella, el conocimiento cálido e intuitivo se ha convertido en un pensamiento frío e improductivo[19].

Una chica no tiene que ser muy perezosa ni muy insegura para aceptar la insinuación. Pensar es al fin y al cabo un trabajo duro. De hecho, tendría que pensar fríamente y con intensidad en su cálido e intuitivo conocimiento para desafiar tan autorizada afirmación.

No es de sorprender que varias generaciones de chicas estadounidenses estudiantes de *college,* de fino intelecto y valiente espíritu, recibieran el mensaje de los educadores sexistas y abandonaran a toda prisa el *college* y la carrera para casarse y tener hijos antes de volverse tan «intelectuales» que, Dios no lo quiera, no serían capaces de disfrutar de la sexualidad «de una manera femenina».

[19] Helen Deutsch, *op. cit.,* vol. 1, pág. 290.

Aun sin ayuda de los educadores sexistas, la chica que crece con cerebro y espíritu en Estados Unidos no tarda en aprender a tener cuidado de por dónde va, a «ser como los demás», a no ser ella misma. Aprende a no trabajar demasiado duro, a no pensar con demasiada frecuencia, a no hacer demasiadas preguntas. En los institutos y en los *colleges* mixtos, las chicas tienden a no tomar la palabra en clase por miedo a que las tilden de «cerebritos». Este fenómeno ha quedado de manifiesto a través de múltiples estudios[20]; cualquier chica o mujer brillante puede dar fe de ello a través de su propia experiencia. Las muchachas de Bryn Mawr tienen un término especial para describir la manera en la que hablan cuando hay chicos alrededor, comparada con la manera de hablar que se permiten a sí mismas cuando no temen mostrar su inteligencia. En los *colleges* mixtos, los demás consideran a las chicas —y las chicas se consideran a sí mismas— en términos de su función sexual como novias o futuras esposas. «Busco mi seguridad en él», es lo que hacen en lugar de encontrarse a sí mismas y cada acto de auto-traición inclina todavía más la balanza, alejándola de la identidad y acercándola al desprecio pasivo de sí mismas.

Por supuesto, hay excepciones. El estudio de la Mellon mostró que algunas estudiantes de Vassar de último curso, en comparación con las de primero, registraban un enorme crecimiento en cuatro años —el tipo de crecimiento hacia la identidad y la autorrealización que los científicos saben ahora que se produce en personas de entre veinte y treinta años, o incluso de entre treinta y cuarenta, cuarenta y cincuenta o cincuenta y sesenta, mucho después de que se haya terminado su fase de crecimiento físico. Pero muchas chicas no mostraban indicio alguno de crecimiento. Éstas eran las que conseguían resistirse con éxito a implicarse en el mundo de las ideas, del trabajo académico del *college,* en las disciplinas intelectuales y los grandes valores. Se resistían al desarrollo intelectual, al desarrollo de su persona, en pro de su «feminidad», de no resultar demasiado intelectuales, demasiado distintas de las demás chicas. No es que aquello interfiriera con sus intereses sexuales; de hecho, a los psicólogos les dio la sensación de que en muchas de estas chicas, «el interés por los hombres y por el matrimonio es una forma de defensa contra el desarrollo intelectual». Para este tipo de chicas, ni siquiera el sexo es real, sino sencillamente una forma de conformismo. El educador sexista no halla-

[20] Mirra Komarovsky, *op. cit.,* pág. 70. Algunos estudios de investigación señalan que el 40 por 100 de las estudiantes de college «se hacen las ignorantes» con los hombres. Salvando a aquellas que no se sienten excesivamente abrumadas por su propia inteligencia, la gran mayoría de las chicas estadounidenses que tienen una inteligencia superior a la normal obviamente aprenden a ocultarla.

ría tacha en este tipo de adaptación. Pero, a la vista de otras pruebas, cabría preguntar si semejante adaptación no enmascara una incapacidad para crecer que acaba convirtiéndose en una tara humana.

Hace varios años un equipo de psicólogos californianos que habían estado siguiendo el desarrollo de 140 brillantes jóvenes observó de repente una brusca caída en las curvas de coeficiente intelectual de algunos registros de adolescentes. Cuando investigaron aquel hecho, observaron que, si bien la mayoría de las curvas de los jóvenes permanecían al mismo nivel, año tras año, las curvas que presentaban aquella caída correspondían todas a chicas. La caída no tenía nada que ver con los cambios fisiológicos de la adolescencia; no se observaba en todas las muchachas. Pero en los registros de aquellas chicas cuya inteligencia caía de repente, se observaban reiteradas afirmaciones del tipo: «no es muy hábil que una chica quiera ser demasiado lista». En un sentido muy real, aquellas chicas se habían detenido en su crecimiento mental, a los catorce o quince años de edad, por conformismo con la imagen femenina[21].

El hecho es que las chicas de hoy en día y las personas responsables de su educación se encuentran ante una elección. Tienen que decidir entre la adaptación, el conformismo, la evitación del conflicto y la terapia, y la individualidad, la identidad humana, la educación en su sentido más auténtico, con todos los dolores del crecimiento. Pero no tienen que hacer frente a la elección equivocada que describen los educadores sexistas, con sus serias advertencias contra la pérdida de la feminidad y la frustración sexual. Porque el perspicaz psicólogo que estudió a las chicas de Vassar descubrió algunas pruebas sorprendentes acerca de las estudiantes que optaban por implicarse de verdad en sus estudios. Al parecer las estudiantes que mostraban mayores indicios de crecimiento eran más «masculinas» en el sentido de ser menos pasivas y convencionales; pero eran más «femeninas» en cuanto a su vida emocional interior y su capacidad de dar satisfacción a dicha vida. También sacaban puntuaciones más altas, mucho más altas que la de las estudiantes de primer curso, en algunos baremos que por lo general se considera que miden las neurosis. El psicólogo comentaba: «Hemos considerado que este aumento de las puntuaciones en esos baremos son una prueba de que se está produciendo una educación»[22]. Descubrió que

[21] Jean Macfarlane y Lester Sontag, investigación de la que se informó a la Comisión sobre la Educación de las Mujeres, Washington, D.C., 1954 (manuscrito mimeografiado).

[22] Harold Webster, «Some Quantitative Results», en *Personality Development During the College Years*, ed. Nevitt Sanford, *Journal of Social Issues*, 1956, vol. 12, núm. 4, pág. 36.

las chicas con conflictos mostraban un crecimiento mayor que aquellas que se adaptaban, que no deseaban ser independientes. Las menos adaptadas eran también las más desarrolladas —«ya preparadas para cambios todavía más notables y una mayor independencia». Al sintetizar el estudio de Vassar, su director no pudo pasar por alto la paradoja psicológica: la educación de las mujeres las hace menos femeninas, menos adaptadas, pero las hace crecer.

> Ser menos «femenina» está estrechamente relacionado con tener mayor nivel de estudios y más madurez [...]. No obstante, es interesante observar que la Sensibilidad Femenina, que tal vez tenga raíces en la fisiología y en las identificaciones tempranas, no decrece durante los cuatro años; los intereses «femeninos» y el comportamiento conforme al rol femenino, es decir, convencionalismo y pasividad, pueden interpretarse como adquisiciones más tardías y más superficiales y, por lo tanto, más susceptibles de decrecer a medida que la persona madura y adquiere mayor nivel de estudios [...].
>
> Cabría decir que, si nuestro objetivo fuera únicamente la estabilidad, acertaríamos diseñando un programa para mantener a las estudiantes de primer curso tal como son, en lugar de tratar de incrementar su nivel de estudios, su madurez y su flexibilidad con respecto al comportamiento de su rol sexual. Las estudiantes de último curso son menos estables porque hay mucho más que estabilizar, están menos seguras de sus identidades porque se les presentan más posibilidades[23].

No obstante, en su graduación, aquellas mujeres sólo estaban «a mitad de camino» en su crecimiento hacia la autonomía. Su destino dependía de «si ahora llegan a una situación en la que pueden seguir creciendo o si encuentran algún medio rápido pero regresivo para aliviar esa tensión». La huida hacia el matrimonio es la vía más fácil y rápida de aliviar esa tensión. Para el educador, dedicado al crecimiento de las mujeres hacia la autonomía, semejante matrimonio resulta «regresivo». Para el educador sexista, es la feminidad realizada.

Un terapeuta de otro *college* me citó casos de chicas que nunca se habían comprometido, ni con los estudios ni con ninguna otra actividad del *college*, y que estarían «destrozadas» si sus padres no las dejaran abandonar el *college* para casarse con el chico en el que encontraban su «seguridad». Cuando esas chicas, con apoyos, acababan dedicándose a estudiar —o incluso empezaban a tener una sensación de identidad cuando

[23] Nevitt Sanford, *Personality Development During the College Years, Journal of Social Issues*, 1956, vol. 12, núm. 4.

participaban en alguna actividad como el gobierno estudiantil o el periódico de la escuela— dejaban de tener esa desesperada necesidad de «seguridad». Acababan el *college,* trabajaban, salían con chicos jóvenes más maduros y se están casando ahora con un planteamiento emocional bastante distinto.

A diferencia del educador sexista, este terapeuta profesional consideraba que la chica que sufre hasta el punto de llegar a hundirse en el último curso y que tiene que hacer frente a una decisión personal sobre su propio futuro, que se encuentra cara a cara con un conflicto irreconciliable entre los valores, intereses y capacidades que sus estudios le han dado y el rol convencional de ama de casa, sigue siendo más «sana» que la chica adaptada, tranquila y estable en la que los estudios no han hecho «mella» en absoluto y que pasa sin sobresaltos de su papel de hija de sus padres al de esposa de su marido, convencionalmente femenino, sin siquiera vivir nunca el despertar de la dolorosa identidad individual.

Y sin embargo el hecho es que hoy en día la mayoría de las chicas no permiten que la educación haga «mella» en ellas; echan ellas mismas el freno antes de acercarse tanto a su identidad. Aquello lo observaba yo también en las chicas de Smith y en aquellas a las que entrevisté de otros *colleges*. El estudio de Vassar dejaba claro que, en el momento en que las chicas empiezan a sentir los conflictos, los crecientes dolores de la identidad, dejan de crecer. De una manera más o menos consciente, detienen su propio crecimiento para desempeñar el rol femenino. O, por decirlo en otras palabras, eluden otras experiencias que conducen al crecimiento. Hasta ahora esa atrofia o evasión del crecimiento se ha considerado como parte de la adaptación femenina normal. Pero cuando el estudio de Vassar hizo el seguimiento de aquellas mujeres después de su último año de *college* —tras la vuelta a la vida fuera de la institución, cuando la mayoría de ellas estaban desempeñando el rol femenino convencional— advirtió los siguientes hechos:

1. Tras veinte o veinticinco años fuera del *college,* aquellas mujeres alcanzaban puntuaciones inferiores en la «Escala de Desarrollo» que cubría todo el espectro del crecimiento mental, emocional y personal. No perdían todo el crecimiento que habían alcanzado en el *college* (las antiguas alumnas puntuaban más alto que las de primer curso) pero, a pesar de estar preparadas para seguir creciendo a los veintiún años, no lo hacían.
2. Aquellas mujeres estaban en su mayoría adaptadas como amas de casa de barrio residencial, madres aplicadas y mujeres activas en su comunidad. Pero, a excepción de las mujeres de carrera profesionales, no habían seguido desarrollando intereses profundos propios. Al parecer tenían alguna razón para pensar que dejar de crecer estaba relacionado con la falta de intereses personales profundos, la falta de un compromiso individual.
3. Las mujeres que mayores problemas le planteaban al psicólogo, veinte años más tarde, eran las más convencionalmente femeninas —las que no tenían interés, ni siquiera en los años de *college,* por nada que no fuera encontrar un marido[24].

En el estudio de Vassar hay un grupo de estudiantes que en el último curso no presentaban ningún conflicto que les llevara al borde de la crisis ni abandonaban su propio crecimiento para refugiarse en el matrimonio. Se trataba de estudiantes que se estaban preparando para una profesión; durante el *college* se les habían despertado unos intereses lo suficientemente profundos como para comprometerse con una carrera. El estudio revelaba que prácticamente todas aquellas estudiantes con ambiciones profesionales tenían previsto casarse, pero que el matrimonio era para ellas una actividad en la que elegían participar libremente y no algo necesario para tener la sensación de una identidad personal. Aquellas estudiantes tenían un sentido claro de su objetivo y un grado de independencia y de confianza en sí mismas superior al de la mayoría. Podían estar prometidas o profundamente enamoradas, pero no sentían que tuvieran que sacrificar su propia individualidad o sus ambiciones de carrera si deseaban casarse. Con aquellas jóvenes, los psicólogos no tuvieron la impresión, que sí les suscitaron tantas otras, de que su interés por los hombres y el matrimonio fuera una forma de defensa contra el desarrollo intelectual. Su interés por algún hombre en particular era real. Al mismo tiempo, dicho interés no interfería con sus estudios.

Pero el grado hasta el cual la mística de la feminidad les ha lavado el cerebro a los educadores en Estados Unidos quedó de manifiesto cuando el director del estudio del Vassar describió ante un panel de colegas de profesión a una chica de este tipo que «no sólo saca las mejores notas sino en cuyo caso existe una elevada probabilidad de que realice a continuación una carrera académica o profesional».

> La madre de Julie B. es profesora y erudita y la fuerza motora de la familia [...]. La madre riñe al padre por ser demasiado permisivo. Al padre no le importa que su esposa y su hija tengan gustos e ideas refi-

[24] Mervin B. Freedman, «Studies of College Alumni», en *The American College,* pág. 878.

nados, aunque él no los comparta. Julie se convierte en una muchacha que nunca está en casa, inconformista, que domina a su hermano mayor, pero tiene remordimientos si no hace los trabajos que le mandan o si alguna nota le hace bajar la media. Está empeñada en hacer las prácticas y en llegar a ser profesora. Su hermano mayor es ahora profesor de *college* y la propia Julie, que a su vez es estudiante de postgrado, está casada con un estudiante de postgrado de ciencias naturales.

Cuando era estudiante de primero presentamos los resultados de su entrevista, sin interpretación, a un grupo de psiquiatras, psicólogos y especialistas en ciencias sociales. Era nuestra idea de una chica realmente prometedora. Una pregunta habitual: «¿Qué es lo que pasa con ella?» La opinión generalizada: necesitaría una psicoterapia. De hecho, se prometió con su científico en ciernes en segundo curso y fue adquiriendo cada vez mayor conciencia de ser una intelectual y un bicho raro, pero aun así no podía descuidar su trabajo. «Ojalá pudiera catear alguna», decía.

Un educador tiene que ser muy atrevido hoy en día para atacar la tendencia sexista, porque ha de desafiar, básicamente, la imagen convencional de la feminidad. Esa imagen dice que las mujeres son pasivas, dependientes, conformistas, incapaces de tener un pensamiento crítico o de realizar aportaciones originales a la sociedad; y siguiendo la mejor tradición de la profecía de la autorrealización, la educación sexista sigue conformándolas de esa manera, como en tiempos pasados, cuando la falta de educación académica las hacía ser así. Nadie pregunta si una mujer pasivamente femenina, simple y dependiente —en un pueblo primitivo o en un barrio residencial— disfruta de mayor felicidad, de mayor plenitud sexual, que una mujer que en el *college* se compromete con unos intereses serios más allá del hogar. Nadie, hasta hace muy recientemente, cuando los rusos orbitaron alrededor de la luna y lanzaron hombres al espacio, se preguntaba si la adaptación debía ser el objetivo de la educación. De hecho, los educadores sexistas, tan empeñados en la adaptación de las mujeres, podían citar alegremente los hechos más ominosos referentes a las amas de casa estadounidenses —el vacío, la ociosidad, el aburrimiento, el alcoholismo, su adicción a las drogas, la desintegración en la obesidad, la enfermedad y la desesperación después de los cuarenta, cuando habían cumplido su función sexual— sin desviarse un ápice de su cruzada para educar a todas las mujeres con ese fin exclusivamente.

Así que el educador sexista dispone de los treinta años que las mujeres probablemente vivirán después de los cuarenta para desarrollar tres alegres propuestas:

1. Un curso de «Normativa y ordenación para el ama de casa» para ayudarles a gestionar, cuando sean viudas, sus seguros, impuestos e inversiones.
2. Los hombres podrían jubilarse antes para hacer compañía a sus esposas.
3. Una breve aventura por «los servicios comunitarios voluntarios, la política, las artes o similar», aunque, puesto que la mujer no tendrá preparación para ello, el principal valor será la terapia personal. «Por elegir un solo ejemplo, una mujer que quiere una experiencia verdaderamente nueva podría iniciar una campaña para librar a su ciudad o a su país del nauseabundo eccema de nuestro mundo moderno, la valla publicitaria.

Las vallas publicitarias seguirán existiendo y se multiplicarán como bacterias, infectando el paisaje, pero al menos recibirá un curso potente de educación para adultos sobre política local. Luego puede relajarse y dedicarse a las actividades de las antiguas alumnas de la institución en la que se graduó. Muchas mujeres que se acercan a la mediana edad han hallado nuevo vigor y entusiasmo identificándose con la vida permanente de su *college* y expandiendo sus instintos maternales, ahora que sus propios hijos ya son mayores, para abarcar a las nuevas generaciones de estudiantes que residen en su campus[25].

También podría realizar un trabajo a tiempo parcial, pero no debe quitarle el empleo a los hombres, que tienen que mantener a sus familias y, de hecho, no tendrá ni las habilidades ni la experiencia necesarias para realizar un trabajo «interesante».

existe una gran demanda de mujeres de confianza y con experiencia que puedan ayudar a las mujeres más jóvenes en sus responsabilidades familiares en los días acordados o por las tardes, para que éstas puedan desarrollar bien sus intereses comunitarios bien trabajos a tiempo parcial por su cuenta [...]. No hay razón para que las mujeres cultivadas y de buena familia, que en cualquier caso probablemente hayan realizado durante años la mayor parte de sus propias tareas domésticas, rechacen arreglos de este tipo[26].

Si la mística de la feminidad no ha acabado por completo con su sentido del humor, una mujer podría morirse de la risa ante tan cándida des-

[25] Lynn White, *op. cit.*, pág. 117.
[26] *Ibíd.*, págs. 119 y ss.

cripción de la vida para la que la ha preparado su costosa educación sexista: una reunión ocasional de antiguas alumnas y hacer las tareas domésticas de otra familia. La triste realidad es que, en la era de Freud, del funcionalismo y de la mística de la feminidad, pocos educadores escapan de semejante distorsión sexista de sus propios valores. Max Lerner[27] e incluso Riesman en *The Lonely Crowd* sugerían que las mujeres no necesitan buscar su propia autonomía a través de una contribución productiva a la sociedad —es preferible que ayuden a sus maridos a que perseveren en la suya, desempeñando su papel. De esta manera la educación sexista ha segregado a las últimas generaciones de mujeres estadounidenses capaces de una manera tan firme como la educación, segregada pero equivalente, segregó a los negros norteamericanos capaces privándoles de la oportunidad de desarrollar sus capacidades en la corriente principal de la vida en Estados Unidos.

Decir que en esta era de conformismo los *colleges* en el fondo no educaron a nadie no explica nada. El informe Jacob[28], que dirigía esta acusación a los *colleges* de Estados Unidos en general, e incluso la acusación más sofisticada de Sanford y su grupo, no reconocen que el fracaso de los *colleges* a la hora de educar a las mujeres para que tuvieran una identidad más allá de su rol sexual fue sin duda un factor crucial en cuanto a perpetuar, cuando no a generar, ese conformismo contra el que ahora protestan los educadores. Porque resulta imposible educar a las mujeres para que se dediquen tan pronto y tan completamente a su rol sexual —mujeres que, como decía Freud, pueden ser muy activas a la hora de conseguir un fin pasivo— sin arrastrar a los hombres a tan confortable trampa. Efectivamente, los educadores sexistas indujeron en las mujeres una falta de identidad, que se resolvía fácilmente con un matrimonio a edad temprana. Y un compromiso prematuro con cualquier papel —ya sea el matrimonio o la vocación— excluye la adquisición de experiencias, la prueba y el error y los éxitos en distintos ámbitos de actividad, necesarios para que una persona alcance la madurez plena y la identidad individual.

Los educadores sexistas admitieron el peligro de amputar el crecimiento de los chicos a través de una domesticidad temprana. Como dijo recientemente Margaret Mead:

> La domesticidad temprana siempre ha sido característica de los más salvajes, de los más campesinos y de los más pobres del medio urbano [...]. Si hay criaturas, significa, por supuesto, que el trabajo del trimestre que tiene escribir el padre se mezclará con los biberones de la criatura [...]. El matrimonio cuando uno es estudiante constituye una domesticidad tan temprana para los muchachos jóvenes que éstos no tienen oportunidad de desarrollarse intelectualmente de manera plena. No tienen oportunidad de dedicar todo su tiempo, no necesariamente al estudio en el sentido de quedarse encerrados en la biblioteca, sino en el sentido de que los estudiantes casados no tienen tiempo para experimentar, para pensar, para pasarse toda la noche debatiendo, desarrollándose como individuos. Esto no vale sólo para los intelectuales, sino también para los muchachos que van a ser los futuros hombres de estado del país, los abogados, los médicos y toda clase de profesionales[29].

¿Y qué hay de las muchachas que nunca escribirán sus trabajos del trimestre por culpa del biberón? Debido a la mística de la feminidad, pocas personas consideran que sea una tragedia que se metan así en la trampa de esa pasión única, esa ocupación única, ese rol único para toda la vida. Los educadores avanzados de principios de la década de 1960 tienen sus propias y alegres fantasías sobre posponer los estudios de las mujeres hasta que hayan tenido los hijos: con ello reconocen que se han resignado de manera casi unánime a un matrimonio temprano, práctica que no ha disminuido.

[27] Max Lerner, *America As a Civilization,* Nueva York, 1957, págs. 608-611: «La clave de la cuestión no radica en la incapacidad biológica ni económica de las mujeres, sino en su sensación de estar atrapadas entre un mundo de hombres en el que no tienen voluntad real de prosperar y en un mundo propio en el que les resulta difícil realizarse [...]. Cuando Walt Whitman exhortaba a las mujeres a que "dejaran los juguetes y la ficción y se lanzaran, como hacen los hombres, a la vida real, independiente y tormentosa", estaba pensando —como muchos de sus contemporáneos— en un igualitarismo equivocado [...]. Si la mujer ha de descubrir su identidad, debe empezar por fundar su confianza en sí misma, en su feminidad, más que en el movimiento para el feminismo. Margaret Mead ha señalado que el ciclo de la vida biológica de la mujer presenta algunas fases claramente definidas, desde la menarquía hasta la menopausia, pasando por el nacimiento de sus criaturas; y que en esas fases de su ciclo vital, al igual que en sus ritmos corporales básicos, puede sentirse segura en su feminidad y no necesita afirmar su potencia como lo tiene que hacer un hombre. Del mismo modo, mientras los múltiples roles que tiene que desempeñar en la vida son apabullantes, los puede desempeñar sin distracción si sabe que su rol fundamental es el de mujer [...]. Sin embargo, su principal función sigue siendo la de crear un estilo de vida para sí y para el hogar en el que es la creadora y la sustentadora de la vida.»

[28] Véase Philip E. Jacob, *Changing Values in College,* Nueva York, 1957.

[29] Margaret Mead, «New Look at Early Marriages», entrevista en *U.S. News and World Report,* 6 de junio de 1960.

Pero al elegir la feminidad en lugar del doloroso crecimiento hacia la identidad plena, al no alcanzar nunca el núcleo duro de la identidad que no procede de la fantasía sino de dominar la realidad, esas chicas están condenadas a sufrir en último término ese sentimiento aburrido y difuso de ausencia de propósito, de inexistencia, de no implicación con el mundo que puede llamarse *anomia*, de falta de identidad, o sencillamente experimentado como el malestar que no tiene nombre.

Aun así, es demasiado fácil convertir los estudios en chivo expiatorio. Cualesquiera que sean los errores de los educadores sexistas, otros educadores han librado una vana y frustrante batalla en la retaguardia tratando de hacer que las mujeres capaces «se planteen nuevos objetivos y crezcan para alcanzarlos». En el último análisis, millones de mujeres capaces de este país libre eligen, por sí mismas, no utilizar la puerta que los estudios les podrían haber abierto. La elección —y la responsabilidad— de la carrera de vuelta al hogar ha sido, al fin y al cabo, de ellas.

CAPÍTULO 8

La elección equivocada

Ninguna mística impone su propia aceptación. Para que la mística de la feminidad haya «lavado el cerebro» a las mujeres estadounidenses, privándolas de sus propósitos humanos no sexuales durante más de quince años, ha tenido que satisfacer necesidades reales de quienes la utilizaron con otras personas y de quienes la aceptaron para sí mismas. Es posible que aquellas necesidades no fueran las mismas en todas las mujeres ni en todos los proveedores de la mística. Pero, en aquel momento en particular en Estados Unidos, había muchas necesidades que nos convirtió en pan comido para la mística; necesidades tan imperativas que abandonamos el pensamiento crítico, como se suele hacer frente a una verdad intuitiva. El problema es que, cuando la necesidad es lo bastante acuciante, la intuición también llega a mentir.

Justo antes de que la mística de la feminidad se divulgara en Estados Unidos, hubo una guerra, que seguía a una depresión y que terminó con la explosión de una bomba atómica. Tras la soledad de la guerra y la atrocidad de la bomba, contra la aterrorizadora incertidumbre, la fría inmensidad del mundo cambiante, tanto mujeres como hombres buscaron la reconfortante realidad del hogar y de las criaturas. En las trincheras, los soldados habían clavado con chinchetas retratos de Betty Grable, pero las canciones que pedían oír eran nanas de cuna. Y cuando salieron del ejército eran demasiado mayores para volver a casa con sus mamás. Las necesidades de sexo y de amor son innegablemente reales en los hombres y en las mujeres, en los niños y en las niñas, pero ¿por qué en aquel momento tanta gente tenía la sensación de que eran las *únicas* necesidades?

Todos nos sentíamos vulnerables, nostálgicos, solitarios y asustados. Varias generaciones diferentes sintieron simultáneamente un ansia acumulada de matrimonio, de hogar y de criaturas; un ansia que, en la prosperidad de la Norteamérica de la posguerra, todo el mundo pudo de repente satisfacer. Los jóvenes veteranos a los que aquella guerra había hecho madurar más de la cuenta para su edad pudieron satisfacer su solitaria necesidad de amor y de cariño materno recreando su hogar de la infancia. En lugar de salir con muchas chicas hasta acabar el *college* y tener una profesión, se podían casar a cuenta del *GI bill** y dispensar a sus propios bebés el tierno amor maternal que ellos mismos ya no tenían edad para recibir. Luego estaban los hombres algo mayores: aquellos que tenían en torno a veinticinco años de edad, cuyo matrimonio había quedado aplazado por la guerra y que ahora sentían que tenían que recuperar el tiempo perdido; y los hombres en torno a la treintena, a los que primero la depresión y luego la guerra habían impedido casarse o que, si estaban casados, no habían podido disfrutar de las comodidades del hogar.

Para las chicas, aquellos años solitarios añadieron una necesidad imperiosa adicional a su afán de amor. Aquellas que se casaron en la década de 1930 vieron cómo sus maridos se iban a la guerra; las que crecieron en la década de 1940 temían, con razón, que tal vez nunca conseguirían llegar a tener el amor, el hogar y los hijos a los que muy pocas mujeres renunciaban voluntariamente. Cuando los hombres regresaron del frente, se produjo una precipitada avalancha de matrimonios. Los solitarios años en los que los maridos o los futuros maridos estaban movilizados o podían ser enviados a un bombardeo hicieron a las mujeres particularmente vulnerables a la mística de la feminidad

Se les dijo que la fría dimensión de soledad que la guerra había añadido a sus vidas era el precio necesario que tenían que pagar por una carrera, por cualquier interés fuera del hogar. La mística describía con todo lujo de detalles la elección: el amor, el hogar y las criaturas o bien otros objetivos y propósitos en la vida. Dada esa disyuntiva, ¿a quién le habría de sorprender que tantas mujeres estadounidenses eligieran el amor como único propósito?

El *baby-boom* de los años de la inmediata posguerra se produjo en todos los países. Pero en la mayoría de las demás naciones, no quedó impregnado de la mística de la realización femenina. En otros países no condujo al *baby-boom* todavía mayor de la década de 1950, con el aumento de los matrimonios y los embarazos de adolescentes y el incremento del tamaño de las familias. El número de mujeres estadounidenses con tres o más criaturas se multiplicó por dos en veinte años. Y, después de la guerra, las mujeres con estudios se pusieron al frente de todas las demás en la carrera por tener más bebés[1]. (La generación anterior a la mía, la de las mujeres nacidas entre 1910 y 1919, fueron las que más reflejaron el cambio. Entre sus veinte y sus treinta años, la baja tasa de embarazos hizo que se empezara a dar la voz de alarma con el argumento de que los estudios iban a acabar con la raza humana; después de cumplidos los treinta, de repente se produjo un abrupto *incremento* de los embarazos, a pesar de la menor capacidad biológica que hace que la tasa de embarazos vaya descendiendo con la edad.)

Después de las guerras siempre nacen más bebés. Pero la explosión demográfica actual en Estados Unidos se debe en gran parte a los matrimonios de adolescentes. El número de bebés nacidos de adolescentes aumentó en un 165 por 100 entre 1940 y 1957, según los datos de la compañía de seguros Metropolitan Life Insurance. Las chicas que normalmente habrían ido al *college* pero que lo abandonan o renuncian a ingresar en él porque se casan (las edades más frecuentes para contraer matrimonio actualmente entre las chicas estadounidenses son dieciocho y diecinueve años; la mitad de todas las mujeres estadounidenses están casadas antes de cumplir los veinte años) son fruto de la mística. Abandonan la educación sin dudarlo lo más mínimo, convencidas de verdad

* *GI bill* o «Proyecto de ley de los veteranos» es el nombre popular de la *Servicemen's Readjustment Act* (Ley de readaptación de militares), de 1944, que preveía fondos para la formación universitaria o profesional de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial, denominados popularmente GI's, así como un subsidio de desempleo y préstamos para la adquisición de una vivienda o la creación de empresas. *[N. de la T.]*

[1] Véase el *United Nations Demographic Yearbook*, Nueva York, 1960, págs. 99-118 y págs. 476-490; pág. 580. La tasa anual de crecimiento de la población en EE.UU. en los años 1955-1959 fue mucho más alta que la de otros países occidentales, y más alta que la de India, Japón, Burma y Paquistán. De hecho, el incremento demográfico de EE.UU. (1,8) superó la tasa mundial (1,7). La tasa en Europa fue del 0,8; de la URSS el 1,7; de Asia el 1,8; de África el 1,9 y de Sudamérica el 2,3. El incremento en los países subdesarrollados se debía por supuesto en gran medida a los avances médicos y a la caída de la tasa de mortalidad; en Estados Unidos, se debió casi enteramente al incremento de la tasa de natalidad, los matrimonios tempranos y el incremento del tamaño de las familias. La tasa de natalidad siguió creciendo en EE.UU. desde 1950 hasta 1959 mientras que disminuía en países como Francia, Noruega, Suecia, la URSS, India y Japón. EE.UU. fue la única de las llamadas naciones «avanzadas», y una de las pocas naciones del mundo, donde en 1958 más chicas se casaron entre los 15 y los 19 años de edad que a ninguna otra edad. Ni siquiera el resto de países que mostraban un incremento de las tasas de natalidad —Alemania, Canadá, Reino Unido, Chile, Nueva Zelanda y Perú— presentaba este fenómeno de los matrimonios adolescentes.

de que «se realizarán» como esposas y madres. Supongo que una chica hoy en día que sabe por las estadísticas, o sencillamente a través de la observación, que si espera a terminar el *college* para casarse o si se forma para tener una profesión, la mayoría de los hombres se habrán casado con otras mujeres, tiene tan buenas razones para temer que posiblemente se pierda la oportunidad de realizarse como mujer como la guerra se la dio a las mujeres en la década de 1940. Pero esto no explica por qué abandonan el *college* para apoyar a sus maridos mientras que los chicos siguen adelante con sus estudios.

No ha ocurrido en otros países. Ni siquiera en los países en los que, durante la guerra, murieron muchos más hombres y muchas más mujeres se vieron obligadas a perder para siempre la oportunidad de realizarse a través del matrimonio, éstas regresaron corriendo al hogar presas del pánico. Y en el resto de países hoy en día, las chicas tienen tanta ansia de estudiar como los chicos, conscientes de que ése es el camino hacia el futuro.

La guerra hizo que las mujeres fueran particularmente vulnerables a la mística, pero la guerra, con todas sus frustraciones, no fue la única razón por la que regresaron al hogar. Tampoco puede explicarse por «el problema del servicio doméstico», mera excusa que la mujer con estudios suele darse sí misma. Durante la guerra, cuando las cocineras y asistentas se fueron a trabajar a la industria bélica, el problema del servicio doméstico era todavía mayor de lo que lo ha sido en años recientes. Pero en aquella época, las mujeres decididas solían idear soluciones domésticas poco convencionales para poder mantener sus responsabilidades profesionales. (Conocí a dos mujeres que fueron madres jóvenes durante la guerra y que aunaron fuerzas mientras sus maridos estaban en Europa. Una de ellas, actriz, se encargaba de los bebés de las dos por la mañana, mientras la otra proseguía sus estudios de licenciatura; la segunda se ocupaba de ellos por la tarde, cuando la primera tenía ensayo o función. También conocí a una mujer que le había cambiado el turno de los días y las noches a su bebé para que durmiera cuando lo dejaba en casa de la vecina mientras ella cursaba sus estudios de medicina.) Y entonces, en las ciudades, se vio la necesidad de que hubiera guarderías y centros de día para los hijos de las mujeres trabajadoras y se crearon recursos para ello.

Pero en los años de la feminidad de la posguerra, incluso las mujeres que podían permitirse y que podían encontrar una niñera para todo el día o una muchacha optaron por ocuparse de la casa y de los niños personalmente. Y en las ciudades, en la década de 1950, desaparecieron las guarderías y los centros de día para las criaturas de las madres

trabajadoras; la mera sugerencia de su necesidad hizo que muchas amas de casa con estudios y los proveedores de la mística pusieran el grito en el cielo[2].

Por supuesto, al acabar la guerra, los veteranos regresaron y volvieron a ocupar sus empleos y a ocupar los bancos de los *colleges* y universidades en los que durante un tiempo se habían sentado en gran medida las chicas. Durante un breve periodo hubo una viva competencia y el resurgimiento de los viejos prejuicios antifemeninos en los negocios y en las profesiones hizo difícil que una mujer mantuviera su empleo o se promocionara en su trabajo. Esto sin duda provocó que muchas mujeres se apresuraran a buscar la protección del matrimonio y del hogar. Las sutiles discriminaciones a las que las mujeres se vieron sometidas, por no hablar de la brecha salarial entre hombres y mujeres, sigue siendo hoy en día una regla tácita, y sus efectos son casi tan devastadores y difíciles de combatir como la flagrante oposición a la que han de hacer frente las feministas. Así por ejemplo, una investigadora de la revista *Time* no puede aspirar a ser escritora, independientemente de su capacidad; la regla tácita dicta que los hombres sean escritores y editores y las mujeres investigadoras. Ella no se enfada, le gusta su trabajo y le gusta su jefe. No está en cruzada a favor de los derechos de las mujeres; no es un caso que haya que denunciar al gremio de periodistas. Pero aun así resulta desalentador. Si nunca va a llegar a ninguna parte, ¿para qué seguir?

Las mujeres solían abandonar amargadas los campos que habían elegido cuando, dispuestas y capaces para acceder a un mejor puesto de trabajo, se lo daban a un hombre en su lugar. En algunos empleos, la mujer tenía que contentarse con hacer el trabajo mientras el hombre recibía el reconocimiento. Y si conseguía un trabajo mejor, tenía que hacer frente al rencor y a la hostilidad del hombre. Porque la carrera por progresar en las grandes organizaciones, en cualquier profesión en Estados Unidos, es tan terriblemente competitiva para los varones que la competencia de las mujeres es en cierto modo la gota que colma el vaso —aunque es más fácil de contrarrestar aludiendo sencillamente a esa ley tácita. Durante la guerra, las capacidades de las mujeres y la competencia inevitable fueron bienvenidas; después de la guerra las mujeres tuvieron que hacer frente a esa cortés aunque impenetrable cortina de hostilidad. Resultaba más fácil para una mujer amar y ser amada y tener una excusa para no competir con los hombres.

---

[2] Véase «The Woman with Brains (continued)», *New York Times Magazine,* 17 de enero de 1960, en relación con las ofendidas cartas en respuesta a un artículo de Marya Mannes, «Female Intelligence – Who Wants It?», *New York Times Magazine,* 3 de enero de 1960.

Aun así, durante la Depresión, las chicas capaces y decididas se sacrificaron, lucharon contra los prejuicios e hicieron frente a la competencia con el fin de avanzar en sus carreras, aunque hubiera menos empleos por los que competir.

Pocas de ellas pensaron que hubiera conflicto entre su carrera y el amor. En los prósperos años de la posguerra había mucho empleo, muchos puestos en las profesiones; no había verdadera necesidad de abandonarlo todo por amor y por el matrimonio. Las chicas con menores niveles de estudios al fin y al cabo no abandonaban las fábricas para volver a servir. La proporción de mujeres en la industria ha aumentado de forma continua desde la guerra, pero ése no ha sido el caso de las mujeres en las carreras o profesiones que requieren una formación, un esfuerzo y un compromiso personal[3]. «Vivo por y para mi marido y mis hijos», me dijo una mujer sincera perteneciente a mi propia generación. «Así es más fácil. En este mundo actual es más fácil ser mujer, si le sacas partido a lo que eso significa.»

[3] Véase National Manpower Council, *Womanpower,* Nueva York, 1957. En 1940, más de la mitad de todas las mujeres empleadas en Estados Unidos tenían menos de 25 años de edad, y un quinto de ellas más de 45. En la década de 1950, la participación máxima en el empleo remunerado se da en mujeres de 18 y 19 años y en las de más de 45, la gran mayoría de las cuales desempeña trabajos que requieren escasa cualificación. La nueva preponderancia de mujeres casadas mayores entre la mano de obra se debe en parte a que muy pocas mujeres entre los veinte y los cuarenta trabajan ahora en Estados Unidos. Dos de cada cinco de todas las mujeres empleadas tienen ahora más de 45 años de edad y son en su mayoría esposas y madres que trabajan a tiempo parcial en puestos no cualificados. Los datos sobre los millones de mujeres estadounidenses que trabajan fuera de casa inducen a error por más de un motivo: de todas las mujeres empleadas sólo un tercio tiene un empleo a jornada completa, un tercio trabaja a jornada completa sólo una parte del año —por ejemplo, dependientas ocasionales de los grandes almacenes en los periodos navideños— y un tercio trabaja a tiempo parcial, una parte del año. Las mujeres profesionales son, principalmente, una menguante minoría de mujeres solteras; las esposas y madres de mayor edad sin cualificación, así como las mujeres sin cualificación de 18 años de edad, se concentran en la parte inferior de la escala de cualificaciones y de salarios, en las fábricas, los servicios, el comercio y el trabajo administrativo. Teniendo en cuenta el crecimiento demográfico y la creciente profesionalización del trabajo en Estados Unidos, el fenómeno desconcertante no es el incremento, tan ampliamente difundido aunque escasamente significativo, del número de mujeres estadounidenses que trabajan ahora fuera de casa, sino el hecho de que dos de cada tres mujeres estadounidenses adultas *no* trabajen fuera de casa, y que haya cada vez más millones de mujeres jóvenes que no estén capacitadas ni formadas para trabajar en ninguna profesión. Véase también Theodore Caplow, *The Sociology of Work,* 1954, y Alva Myrdal y Viola Klein, *Women's Two Roles – Home and Work,* Londres, 1956.

En este sentido, lo que les ocurrió a las mujeres forma parte de lo que nos ocurrió a todas y a todos en los años de la posguerra. Encontramos excusas para no hacer frente a los problemas que en otros tiempos tuvimos el valor de abordar. El espíritu norteamericano cayó en un extraño letargo; tanto hombres como mujeres, asustados liberales, desilusionados radicales, conservadores desconcertados y frustrados por el cambio: toda la nación dejó de crecer. Todos nosotros volvimos a la cálida claridad del hogar, tal como era cuando éramos niños y dormíamos apaciblemente en el piso de arriba mientras nuestros padres leían o jugaban al bridge en el salón o se balanceaban en sus mecedoras en el porche delantero en las noches de verano en nuestras ciudades natales.

Las mujeres volvieron al hogar del mismo modo que los hombres se sobreponían a la bomba, se olvidaban de los campos de concentración, aprobaban la corrupción y se sumían en un impotente conformismo; del mismo modo que los pensadores evitaban los complejos problemas más amplios del mundo de la posguerra. Era más fácil, más seguro, pensar en el amor y en el sexo que en el comunismo, en McCarthy o en la bomba descontrolada. Era más fácil buscar las raíces sexuales freudianas del comportamiento del ser humano, sus ideas y sus guerras, que mirar con ojo crítico su sociedad y actuar de manera constructiva para corregir lo que se había hecho mal. Había una especie de repliegue personal, incluso por parte de quienes eran capaces de ver más lejos, los más enérgicos; bajábamos los ojos y, en lugar de mirar al horizonte, clavábamos la mirada en nuestros propios ombligos.

Ahora, en retrospectiva, somos capaces de ver todo esto. Entonces era fácil construir la necesidad de amor y de sexo integrándola en el fin último, el propósito de la vida, eludiendo la responsabilidad personal con la verdad a través de un compromiso con el «hogar» y la «familia» que lo abarcaba todo. Para los trabajadores sociales, los psicólogos y los numerosos asesores «familiares», la terapia de orientación psicoanalítica para tratar los problemas de sexo, personalidad y relaciones personales de pacientes privados era más segura y más lucrativa que escarbar a demasiada profundidad en busca de las causas comunes del sufrimiento humano. Si ya no querías pensar en la humanidad en su conjunto, al menos podías «ayudar» a las personas individualmente sin crearte problemas. Irwin Shaw, que en cierta época había aguijoneado la conciencia estadounidense acerca de los grandes temas de la guerra, la paz y los prejuicios raciales, escribía ahora sobre sexo y adulterio; Norman Mailer y los jóvenes escritores *beatnik* limitaban su espíritu revolucionario al sexo, el placer y las drogas y a hacerse publicidad a base de utilizar un vocabulario soez. Para los escritores era más fácil y estaba más de moda

pensar sobre psicología que sobre política, sobre las razones privadas que sobre los fines públicos. Los pintores se refugiaron en un expresionismo abstracto que hacía alarde de disciplina y glorificaba la evasión del significado. Los dramaturgos reducían el propósito humano a un sinsentido amargo y pretencioso: «el teatro del absurdo». El pensamiento freudiano confirió a todo este proceso de huida su dimensión de infinito y tentador misterio intelectual: el proceso dentro del proceso, el significado dentro del significado, hasta que el propio significado desaparecía y el mundo exterior, impotente y aburrido, prácticamente dejaba de existir. Un crítico teatral dijo, en uno de esos infrecuentes destellos de revulsión frente al mundo teatral de Tennessee Williams, que era como si no quedara ninguna realidad para el hombre excepto sus perversiones sexuales y el hecho de que amara y odiara a su madre.

La manía freudiana de la cultura estadounidense, independientemente de la práctica psicoterapéutica en sí, también satisfizo una necesidad real en las décadas de 1940 y 1950: la necesidad de una ideología, un propósito nacional, una aplicación de la mente a los problemas de la gente. Los propios psicoanalistas han sugerido recientemente que la falta de ideología o de propósito nacional bien pudiera ser en parte responsable del vacío personal que conduce a muchos hombres y mujeres a la psicoterapia; en realidad están buscando una identidad que la terapia por sí sola nunca puede darles. El renacimiento religioso en Estados Unidos coincidió con la avalancha del psicoanálisis y tal vez se produjera por la misma razón —detrás de la búsqueda de una identidad o de un refugio, la ausencia de un propósito mayor. Resulta significativo que hoy en día muchos sacerdotes dediquen gran parte de su tiempo a hacer psicoterapia —aconsejando pastoralmente— a los miembros de sus congregaciones. ¿Eluden con ello también las preguntas más trascendentes, la verdadera búsqueda?

Cuando, a finales de la década de 1950, estaba haciendo mis entrevistas en los campus de los *colleges,* tanto capellanes como sociólogos referían el «afán por la propiedad privada» de las generaciones más jóvenes. Una de las principales razones de la tendencia a contraer matrimonio a edad temprana era, según ellos, que los jóvenes no hallaban otro valor auténtico en la sociedad contemporánea. Para los críticos sociales profesionales es fácil culpar a la generación más joven de su cínica preocupación por el placer personal y la seguridad material —o de la vacía negatividad del movimiento *beatnik.* Pero si sus padres, profesores y predicadores habían renunciado a tener propósitos más elevados que la adaptación emocional personal, el éxito material y la seguridad, ¿qué propósito más elevado se les podía inculcar a los jóvenes?

Los cinco hijos, el traslado a los barrios residenciales, el bricolaje en casa e incluso la tendencia *beatnik* respondían a las necesidades de vida hogareña; también ocuparon el lugar de esas necesidades y propósitos más elevados que antaño movieron a las personas más ardientes de este país. «Me aburre la política [...] y de todos modos, no hay nada que se pueda hacer al respecto.» Cuando un dólar era demasiado barato, y demasiado caro, para dedicarle una vida, y toda tu sociedad daba la sensación de no preocuparse prácticamente por nada más, por la familia y sus amores y problemas —porque eso, por lo menos, era de verdad de la buena. Y tragarse literalmente a Freud nos hizo pensar que era más importante de lo que en realidad lo era para el conjunto de la sociedad sufriente, del mismo modo que repetir como loros las frases freudianas engañaba a los individuos sufrientes haciéndoles creer que estaban curados, cuando por debajo de la superficie ni siquiera se habían enfrentado a sus verdaderos problemas.

Bajo el microscopio freudiano, sin embargo, empezó a emerger un concepto muy distinto de la familia. El complejo de Edipo y la rivalidad entre hermanos se convirtieron en expresiones del ámbito doméstico. La frustración era un peligro para la infancia del calibre de la escarlatina. La «madre» era señalada como dispensadora de atenciones especiales. De repente se descubrió que a la madre se le podía echar la culpa de casi todo. Detrás de todos los historiales —de perturbación de la criatura; de alcoholismo, suicidio, esquizofrenia, psicopatía o neurosis del adulto; de impotencia o de homosexualidad del varón; de frigidez o de promiscuidad de la mujer; de úlcera, asma y otros trastornos de cualquier estadounidense —podía encontrarse detrás a una madre. Una mujer frustrada, reprimida, perturbada, martirizada, nunca satisfecha, infeliz. Una esposa exigente, meticona y malhumorada. Una madre distante, sobreprotectora o dominante. La Segunda Guerra Mundial puso de manifiesto que millones de hombres estadounidenses eran psicológicamente incapaces de hacer frente al shock de la guerra, de enfrentarse a la vida lejos de sus «mamás». No cabía duda de que algo «pasaba» con las mujeres estadounidenses.

Por desafortunada coincidencia, aquel ataque contra las madres se produjo aproximadamente hacia la misma época en la que las mujeres estadounidenses estaban empezando a hacer uso de los derechos de su emancipación, a ir en números crecientes al *college* y a las escuelas de formación profesional, a promocionarse en la industria y en las profesiones, compitiendo inevitablemente con los varones. Las mujeres acababan de empezar a desempeñar un papel en la sociedad estadounidense que dependía no de su sexo sino de sus capacidades individuales. Se veía

a simple vista, y fue obvio para los soldados que volvieron del frente, que aquellas mujeres estadounidenses eran realmente más independientes, más resueltas, más asertivas a la hora de expresar su voluntad y su opinión, menos pasivas y menos femeninas que, por ejemplo, las chicas alemanas y japonesas de las que los soldados se jactaban de que «hasta nos lavaban la espalda». Sin embargo, era menos obvio que aquellas mujeres fueran distintas de sus madres. Tal vez por ello, por alguna extraña distorsión de la lógica, todas las neurosis pasadas y presentes de las criaturas se achacaron a la independencia e individualidad de esta nueva generación de muchachas norteamericanas —independencia e individualidad que las amas de casa y madres de la generación anterior nunca habían tenido.

Las pruebas eran irrefutables: los datos de las bajas psiquiátricas durante la guerra y las madres que aparecían en sus historiales; los primeros datos de Kinsey sobre la incapacidad de las mujeres estadounidenses de alcanzar el orgasmo sexual, especialmente de las mujeres con estudios; el hecho de que tantas mujeres *estuvieran* frustradas y lo pagaran con sus maridos y sus hijos. Cada vez más hombres en Estados Unidos se sentían ineptos, impotentes. Muchas de las primeras generaciones de mujeres de carrera echaban de menos el amor y los hijos y sentían y sufrían el rencor de los hombres con los que competían. Cada vez más hombres, mujeres, niños y niñas estadounidenses acudían a los hospitales y clínicas mentales y al psiquiatra. Y todo ello se le anotaba en la cuenta a la frustrada madre estadounidense, «masculinizada» por su educación, impedida, por insistir en su igualdad e independencia, de realizarse sexualmente como mujer.

Todo ello encajaba tan claramente con el planteamiento freudiano que nadie se paró a investigar cómo eran en realidad aquellas madres de antes de la guerra. Es cierto que estaban frustradas. Pero las madres de los inadaptados soldados, de los varones de la posguerra inseguros e impotentes, no eran mujeres de carrera independientes y con estudios, sino «mamás» abnegadas, dependientes y amas de casa martirizadas.

En 1940, menos de un cuarto de las mujeres estadounidenses trabajaban fuera de casa; las que lo hacían estaban en su mayoría solteras. Un minúsculo 2,5 por 100 de las que eran madres eran «mujeres de carrera». Las madres de los veteranos con edades comprendidas entre los 18 y los 30 años en 1940 habían nacido en el siglo XIX o a principios del XX y habían crecido antes de que las mujeres en Estados Unidos tuvieran derecho al voto y gozaran de la independencia, de la libertad sexual y de las oportunidades de estudiar o de tener una carrera que existían en la década de 1920. Aquellas «mamás» no eran para nada ni feministas ni productos del feminismo, sino mujeres estadounidenses que llevaban la vida femenina tradicional del ama de casa y madre. ¿Fueron realmente los estudios, los sueños de carrera, la independencia, los que hicieron que las «mamás» se sintieran frustradas y lo pagaran con sus hijos? Incluso un libro que contribuyó a construir la nueva mística —*Their Mothers' Sons* de Edward Strecker— confirma el hecho de que las «mamás» no eran ni mujeres de carrera ni feministas ni utilizaban sus estudios, caso de que los tuvieran; vivían para sus hijos, no tenían intereses más allá del hogar, los hijos, la familia y su propia belleza. De hecho, encajan perfectamente en la imagen misma de la mística de la feminidad.

Ésta es la «mamá» a la que el Dr. Strecker, como consultor de la Dirección General de Salud Pública del Ejército y la Marina, halló culpable en los historiales de la amplia mayoría del millón ochocientos veinticinco mil hombres que se habían librado del servicio militar debido a trastornos psiquiátricos, de los seiscientos mil por razones neuropsiquiátricas y de otros quinientos mil que trataron de eludir la leva —casi tres millones de hombres de los quince millones a los que correspondía servir en el ejército y que causaron baja por psiconeurosis, con frecuencia al cabo de tan sólo un par de días después de ser reclutados, porque carecían de la suficiente madurez, «de capacidad para enfrentarse a la vida, para convivir con otras personas, para pensar y para valerse por sí mismos».

> Una mamá es una mujer cuyo comportamiento maternal viene motivado por la búsqueda de una recompensa emocional a los golpes que la vida le ha dado a su propio ego. En su relación con sus hijos, cada acto y prácticamente cada respiración están diseñados de manera inconsciente única y exclusivamente para absorber a sus hijos desde el punto de vista emocional y para atarlos a ella con firmeza. Para alcanzar este fin, ha de moldear a sus hijos según un modelo de comportamiento inmaduro [...]. Las madres de los hombres y mujeres capaces de hacer frente a la vida no son aptas para ser el tipo de mamá tradicional. Lo más probable es que la mamá sea dulce, abnegada y que adore a sus hijos [...], nunca deja de preocuparse y no se ahorra ningún esfuerzo a la hora de elegir la ropa de sus hijos ya mayorcitos. Supervisar los rizos de sus melenas, la selección de amigos y compañeros, los deportes que practican y sus actitudes y opiniones sociales. Todo, absolutamente todo, lo piensa por ellos [...]. Esta dominación resulta a veces dura y arbitraria, pero es casi siempre suave, persuasiva y en cierto modo artera [...]. El más frecuente es el método indirecto mediante el cual de alguna manera a la criatura se le hace sentir que ha disgustado a mamá y que ésta trata de ocultar ese disgusto. El método

suave es infinitamente más eficaz a la hora de bloquear las manifestaciones del pensamiento y de la acción juveniles [...].

La mamá «abnegada», cuando se la presiona, probablemente llegue a reconocer que pueda parecer acabada y de hecho está un poco cansada, pero afirma alegremente: «¿Y qué?» [...]. La implicación de esto es que no le importan ni su aspecto ni sus sentimientos, porque en su corazón late la entregada alegría del servicio. Desde el amanecer hasta bien entrada la noche, halla su felicidad en «hacer para sus hijos». La casa les pertenece. Tiene que estar «precisamente así»; las comidas al momento, calientes y apetecibles. Hay comida lista a cualquier hora [...]. A la ropa no le falta ni un botón en esa ordenada casa. Todo está en su sitio. Mamá sabe dónde está. Sin quejarse, contenta, coloca las cosas donde corresponde después de que los niños las hayan esparcido por aquí y por allá, por todas partes [...]. Cualquier cosa que los niños necesiten o quieran, mamá se la dará. Es el hogar perfecto [...]. Incapaz de encontrar un remanso de paz comparable a ése en el mundo exterior, es bastante probable que uno o más individuos de la prole regresen al feliz hogar, como si fuera el útero materno[4].

La «mamá» también puede ser «la bonita alocada», con su culto a la belleza, la ropa, los cosméticos, los perfumes, los peinados, la dieta y el ejercicio, o «la pseudo-intelectual que está eternamente matriculada en cursos y yendo a conferencias, sin estudiar en profundidad ninguna materia ni informarse exhaustivamente sobre ella, sino oyendo hablar un mes de higiene mental, el siguiente de economía, de arquitectura griega o de escuelas infantiles». Así eran las «mamás» de los hijos que no podían ser hombres ni en el frente ni en casa, ni en la cama ni fuera, porque en realidad lo que querían era ser bebés. Todas aquellas mamas tenían una cosa en común:

> la satisfacción emocional, casi la sensación de saciedad, que obtiene de tener a sus niños chapoteando alrededor en una especie de fluido amniótico psicológico en lugar de dejar que se marchen del útero materno a nado dando las vigorosas y decisivas brazadas de la madurez [...]. La madre, ella misma inmadura, engendra inmadurez en sus hijos y éstos se ven totalmente condenados a unas vidas de insuficiencia e infelicidad tanto a nivel personal como social...[5].

[4] Edward Strecker, *Their Mother's Sons,* Filadelfia y Nueva York, 1946, páginas 52-59.

[5] *Ibíd.*, págs. 31 y ss.

Hago referencia extensamente al Dr. Strecker porque, curiosamente, fue una de las autoridades psiquiátricas que con más frecuencia se citaba en el aluvión de artículos y discursos de la posguerra que condenaban a las mujeres estadounidenses por haber perdido su feminidad —y les instaban a que volvieran corriendo a casa y dedicarán sus vidas a sus hijos. De hecho, la moral de los casos de Strecker era precisamente la opuesta: aquellos hijos inmaduros tenían madres que dedicaban *demasiado* su vida a los hijos, madres que tenían que conseguir que sus hijos siguieran siendo bebés pues de lo contrario su propia vida carecería de sentido, madres que a su vez nunca alcanzaron o a las que nunca se animó a que alcanzaran la madurez: «El estado o la cualidad de madurez, el discernimiento, el desarrollo pleno [...], la independencia de pensamiento y de acción» —la cualidad de ser plenamente humanas. Que no es exactamente lo mismo que la feminidad.

Los hechos se ven engullidos por una mística de una manera muy parecida, supongo, al extraño fenómeno por el cual la hamburguesa comida por un perro se convierte en perro y la hamburguesa comida por un ser humano se convierte en ser humano. Los hechos relacionados con las neurosis de los soldados se convirtieron, en la década de 1940, en la «prueba» de que las mujeres estadounidenses habían sido apartadas de la realización femenina por una educación orientada al desarrollo de su carrera, su independencia, su igualdad con los hombres y su «autorrealización a cualquier precio» —aun cuando la mayoría de aquellas mujeres frustradas fueran sencillamente amas de casa. Por alguna fascinante paradoja, la mística de la feminidad utilizó perversamente la contundente prueba del daño psicológico que unas madres frustradas que habían dedicado toda su vida a satisfacer las necesidades de sus hijos causaban a niños y niñas para arengar a la nueva generación de muchachas para que regresaran al hogar y dedicarán *su* vida a satisfacer las necesidades de sus hijos.

Nada hacía la hamburguesa más apetitosa que los primeros datos de Kinsey, que ponían de manifiesto que la frustración sexual de las mujeres estaba relacionada con su educación. Se repetía machaconamente el horrible hecho de que entre el 50 y el 85 por 100 de las mujeres que se habían educado en un *college* nunca habían tenido un orgasmo sexual, mientras que menos de un quinto de las mujeres que habían pasado por el instituto referían el mismo problema. *Modern Woman: The Lost Sex* interpretaba estos primeros datos de Kinsey en los siguientes términos:

> Entre las mujeres con un nivel de estudios primarios o inferior, la incapacidad total para alcanzar el orgasmo disminuía hasta desapare-

cer. El Dr. Kinsey y sus colegas informaban de que una reacción orgásmica de prácticamente el 100 por 100 se hallaba entre las mujeres negras sin estudios [...]. La regla psicosexual que empieza a dibujarse es pues la siguiente: a mayor nivel de estudios de la mujer, mayor es la probabilidad de que tenga trastornos sexuales, más o menos agudos...[6].

Prácticamente transcurrió una década hasta que se publicó el informe Kinsey completo sobre las mujeres, que contradecía radicalmente aquellos primeros resultados. ¿Cuántas mujeres son conscientes, incluso ahora, de que los 5.940 historiales de mujeres estadounidenses de Kinsey ponían de manifiesto que el número de mujeres que alcanzaban orgasmos en su matrimonio, y el número de mujeres que alcanzaban el orgasmo casi el 100 por 100 de las veces, *estaba efectivamente* relacionado con el nivel de estudios, pero que cuanto mayor era éste, mayor era su probabilidad de alcanzar la plenitud sexual. Las mujeres que sólo habían llegado hasta la educación primaria tenían más probabilidades de no tener nunca un orgasmo en su vida, mientras que las mujeres que terminaban el *college* y que seguían con estudios de licenciatura o de formación profesional, tenían más probabilidades de tener un orgasmo completo casi en el 100 por 100 de las ocasiones. Según palabras de Kinsey:

> Observamos que el número de mujeres que alcanzan el orgasmo en un periodo de cinco años es claramente más elevado entre aquellas que tienen estudios [...]. En todos los periodos del matrimonio, desde el primero hasta por lo menos el decimoquinto año, un número mayor de mujeres de la muestra con un menor nivel de estudios ha manifestado una total incapacidad para alcanzar el orgasmo en el coito marital, y la misma incapacidad ha manifestado un número pequeño de las mujeres con mayor nivel de estudios [...].
>
> Estos datos no coinciden con los resultados de un cálculo previo que no se llegó a publicar y que hicimos hace algunos años. A partir de una muestra más pequeña y basándonos en un método de cálculo menos adecuado, al parecer hallamos que un número superior de mujeres con un nivel de estudios bajo respondía al orgasmo en el coito marital. Es preciso corregir ahora esos resultados...[7].

Sin embargo, la mística, alimentada por los primeros datos incorrectos, no se corrigió tan fácilmente.

Y luego estaban los espeluznantes datos y casos de niños abandonados y rechazados porque sus madres trabajaban. ¿Cuántas mujeres son conscientes, incluso ahora, de que los bebés de esos casos que se dieron a conocer, que se descarriaron por falta de afecto materno, no eran niños de madres de la clase media con estudios que los dejaban a cargo de otras personas durante algunas horas del día para ejercer su profesión o escribir un poema, o para librar una batalla política, sino criaturas verdaderamente abandonadas: niños expósitos de madres solteras y padres alcohólicos, criaturas que nunca habían tenido un hogar ni recibido amorosos cuidados. Cualquier estudio que mostrara que las madres trabajadoras eran responsables de la delincuencia juvenil, de las dificultades escolares o de los trastornos emocionales de sus hijos pasaba a los titulares. Recientemente, la Dra. Lois Meek Stolz, psicóloga por la Universidad de Stanford, ha analizado todas las pruebas de esos estudios. Ha descubierto que, actualmente, se puede decir *cualquier cosa* —buena o mala— de los hijos de madres trabajadoras apoyando la afirmación en *algún* resultado de investigación. Sin embargo, no hay pruebas definitivas de que las criaturas sean menos felices, gocen de peor salud o estén peor adaptadas *porque* sus madres trabajan[8].

Los estudios que ponen de manifiesto que las mujeres trabajadoras son madres más felices, mejores y más maduras no reciben excesiva publicidad. Dado que la delincuencia juvenil va en aumento y que más mujeres trabajan o «cursan estudios para realizar algún tipo de trabajo intelectual», según un estudio seguramente existe una relación directa de causa a efecto. Salvo que las pruebas señalan que no la hay. Hace varios años, se dio mucha publicidad a un estudio que comparaba grupos correlativos de chavales delincuentes y no delincuentes. O entre otras cosas, se descubrió que no había más delincuencia ni absentismo escolar

[6] Farnham y Lundberg, *Modern Woman: The Lost Sex,* pág. 271. Véase también Lynn White, *Educating Our Daughters,* pág. 90: «Los resultados preliminares del pormenorizado estudio sobre los hábitos sexuales en Estados Unidos que está realizando en la Universidad de Indiana el Dr. A. C. Kinsey indican que existe una correlación inversa entre la educación y la capacidad de una mujer de alcanzar habitualmente la experiencia orgásmica en su matrimonio. Según los datos actuales, que hay que admitir que son orientativos, cerca del 65 por 100 de los coitos maritales de mujeres con estudios de *college* no les conducen al orgasmo, situación que se da en el 15 por 100 de mujeres casadas que no han superado la enseñanza primaria.»

[7] Alfred C. Kinsey *et al.,* personal del Institute for Sex Research, Universidad de Indiana, *Sexual Behavior in the Human Female,* Filadelfia y Londres, 1953, págs. 378 y ss.

[8] Lois Meek Stolz, «Effects of Maternal Employment on Children: Evidence from Research, *Child Development,* vol. 31, núm. 4, 1960, págs. 749-782.

entre los hijos de madres que trabajaran regularmente fuera de casa que entre los de aquellas que eran únicamente amas de casa. Sin embargo, unos titulares espectaculares advertían que una proporción significativamente mayor de delincuentes eran hijos de madres que trabajaban de forma discontinua. Este descubrimiento hizo sentirse culpables y desgraciadas a las madres con estudios que habían renunciado a unas carreras serias pero que conseguían mantenerse en sus campos de interés trabajando a tiempo parcial, por su cuenta o en empleos temporales que combinaban con periodos en casa. «Durante años he elegido intencionadamente empleos temporales y a tiempo parcial, tratando de organizar mi vida laboral de la mejor manera posible para los chicos», decía una madre citada en el *New York Times*, «¡y ahora resulta que he estado haciendo lo peor que podía hacer!»[9].

De hecho aquella madre, una mujer con una formación profesional que vivía en un cómodo barrio de clase media, se estaba equiparando con las madres de aquel estudio que, como luego se supo, no sólo vivían en circunstancias socioeconómicas difíciles sino que en muchos casos habían sido ellas mismas delincuentes juveniles. Y con frecuencia sus maridos padecían trastornos emocionales.

Los investigadores que realizaron aquel estudio sugerían que los hijos de aquellas mujeres tenían conflictos emocionales porque su madre se sentía motivada a trabajar esporádicamente fuera de casa «no tanto para complementar la renta familiar como para evadirse de las responsabilidades del hogar y de la maternidad». Pero otro especialista, analizando los mismos datos, pensó que la causa fundamental tanto del empleo esporádico de la madre como de la delincuencia del hijo era la inestabilidad emocional de la madre y del padre. Cualquiera que fuera la razón, la situación no era en modo alguno comparable con la de la mayoría de las mujeres con estudios que se vieron reflejadas en ella. De hecho, como lo pone de manifiesto la Dra. Stolz, muchos estudios malinterpretaron como una «prueba» de que las mujeres no pueden combinar una carrera con su maternidad el hecho de que, a igualdad del resto de factores, los hijos de madres que trabajan porque así lo desean tienen menos probabilidades de padecer trastornos, de tener dificultades escolares o de «carecer de la percepción de su valía personal» que los hijos de las amas de casa.

Dos estudios tempranos de hijos de madres trabajadoras se hicieron en una época en la que pocas mujeres casadas trabajaban, en guarderías de día que utilizaban las madres trabajadoras que no tenían marido por defunción, divorcio o deserción de éste. Aquellos estudios los hicieron trabajadores sociales y economistas para ejercer presión con el fin de que se acometieran reformas como la de las pensiones de las madres. Esos mismos trastornos y la mayor tasa de mortalidad de esas criaturas no se han encontrado en estudios realizados en esta última década, en la que, de los millones de mujeres casadas que trabajan, sólo una de cada ocho no vive con su marido.

En uno de estos estudios recientes, sobre una muestra de 2.000 madres, las únicas diferencias significativas eran que más madres-amas de casa que madres trabajadoras afirmaban que «los niños me ponen nerviosa»; y aparentemente las amas de casa tenían «más hijos». Un famoso estudio realizado en Chicago, que aparentemente ponía de manifiesto que más madres de delincuentes trabajaban fuera de casa resultó demostrar que era mayor el número de delincuentes que procedían de familias desestructuradas. Otro estudio realizado con 400 jóvenes que padecían trastornos graves (de una población de 16.000 escolares) mostró que, en los casos en que la familia no estaba desestructurada, la proporción de madres de jóvenes con problemas que eran amas de casa era tres veces mayor que la proporción de las que trabajaban fuera de casa.

Otros estudios ponían de manifiesto que los hijos de madres trabajadoras tenían menor probabilidad de ser o bien extremadamente agresivos o extremadamente inhibidos, menor probabilidad de tener malos resultados escolares o de carecer de «la percepción de su propia valía» que los hijos de amas de casa, y que las madres que trabajaban tenían mayor probabilidad que las amas de casa de declararse «encantadas» de haberse quedado embarazadas y menor probabilidad de vivir conflictivamente su «rol de madre».

También había al parecer una relación más próxima y más positiva con las criaturas entre las madres trabajadoras satisfechas con su trabajo que entre las madres amas de casa o las madres a las que no les gustaba su trabajo. Y un estudio realizado en la década de 1930 con madres que habían estudiado en un *college,* mejor preparadas para elegir un trabajo que les gustara, no dejaba traslucir ningún efecto adverso del empleo de éstas en su adaptación marital y emocional, ni en el número ni en la gravedad de los problemas de sus hijos. En general, las mujeres que trabajan sólo compartían dos características: había más probabilidad de que tuvieran un mayor nivel de estudios y de que vivieran en una ciudad[10].

[9] H. F. Southard, «Mothers' Dilemma: To Work or Not?», *New York Times Magazine,* 17 de julio de 1960.

[10] Stolz, *op. cit.* Véase igualmente Myrdal y Klein, *op. cit.,* págs. 125 y ss.

En nuestra propia época, sin embargo, en la que hordas de mujeres con estudios se han convertido en amas de casa de barrio residencial, ¿cuál de entre ellas no se sentía preocupada por el hecho de que su hijo se hiciera pis en la cama, se chupara el dedo, comiera demasiado, no quisiera comer, fuera retraído, no tuviera amigos, no supiera estar solo, fuera agresivo o tímido, leyera despacio, leyera demasiado, careciera de disciplina, fuera muy rígido, inhibido, exhibicionista, sexualmente precoz o carente de interés sexual, y que algo de todo ello pudiera ser el signo de una incipiente neurosis? Tal vez no se tratara de una anomalía o de auténtica delincuencia, pero al menos serían seguramente signos del fracaso de sus progenitores, augurio de una futura neurosis. Y a veces lo eran. La paternidad, y especialmente la maternidad, bajo el foco freudiano, tenía que convertirse en un trabajo a tiempo completo y en una carrera cuando no en un culto religioso. Un paso en falso podía conducir al desastre. Sin carreras, sin ningún compromiso más allá del de su hogar, las madres podían dedicar cada momento de su tiempo a sus hijos; podían centrar toda su atención en detectar los signos de una incipiente neurosis —y acaso también producirla.

Por supuesto, en cada historial siempre se pueden encontrar hechos significativos sobre la madre, particularmente si se buscan hechos, o recuerdos, de los cinco primeros años de vida, supuestamente cruciales. En Estados Unidos, al fin y al cabo, la madre siempre está presente; se *supone* que ha de estar presente. El hecho de que siempre esté presente, y de que siempre lo esté en su calidad exclusiva de madre, ¿estará relacionado de alguna manera con las neurosis de sus hijos? Muchas culturas transmiten sus conflictos a los hijos a través de las madres, pero en las culturas modernas del mundo civilizado no hay muchas que eduquen a sus mujeres más fuertes y capaces para que los hijos de éstas se conviertan en su propia carrera.

No hace mucho tiempo, el Dr. Spock confesó, con cierta incomodidad, que los niños rusos cuyas madres solían tener algún propósito de vida más allá de la maternidad —que trabajan en los campos de la medicina, la ciencia, la educación, la industria, el gobierno y las artes— parecían en cierta medida más estables, adaptados y maduros que los niños estadounidenses, cuyas madres a tiempo completo no hacen nada más que preocuparse por ellos. ¿Podía darse el caso de que las mujeres rusas fueran de alguna manera mejores madres porque tuvieran un propósito serio en su propia vida? Al menos, decía el bueno del Dr. Spock, esas madres están más seguras de sí mismas como madres. A diferencia de las madres estadounidenses, no muestran esa dependencia con respecto a la última opinión de los expertos, a la última moda en materia de cuidado de las criaturas[11]. No cabe duda de que debe de ser una terrible carga para el Dr. Spock el saber que hay 13.500.000 madres tan inseguras de sí misas que crían a sus hijos siguiendo al pie de la letra lo que pone en su libro —y que acuden a él en busca de ayuda cuando el libro no funciona.

Ningún titular de periódico recogió la creciente preocupación de los psiquiatras por el problema de la «dependencia» de los niños y de los jóvenes estadounidenses. El psiquiatra David Levy, en un famosísimo estudio sobre la «sobreprotección maternal», analizó con exhaustivo detalle el caso de veinte madres que habían causado perjuicio a sus hijos hasta un grado patológico debido a «la infantilización, indulgencia y sobreprotección de la madre»[12]. Un caso típico era el de un muchacho de doce años de edad que había tenido «pataletas infantiles a los once cuando su madre se negaba a untarle la mantequilla en el pan. Seguía pidiéndole ayuda para vestirse [...]. Resumió muy claramente sus exigencias en la vida diciendo que su madre seguiría untándole la mantequilla en el pan hasta que se casara, y después ya lo haría su esposa...».

Todas aquellas madres —según los indicadores fisiológicos, tales como el flujo menstrual, la cantidad de leche y las señales tempranas de un «tipo de comportamiento maternal»— solían tener una base de instinto femenino o maternal fuerte, si es que se puede describir de esa manera. Todas excepto dos de las veinte, como lo describe el propio Dr. Levy, eran responsables, estables y agresivas: «el rasgo activo o agresivo del comportamiento responsable se consideraba un tipo de comportamiento típicamente maternal; caracterizaba las vidas de 18 de las 20 madres sobreprotectoras desde la infancia». En ninguna de ellas había el menor atisbo de rechazo inconsciente de la criatura ni de la maternidad.

¿Qué era lo que había causado que aquellas veinte mujeres fuertemente maternales (evidentemente la fuerza, incluso la agresión, dejan de ser masculinas cuando un psiquiatra las considera como parte del instinto maternal) produjeran unos hijos tan patológicamente infantiles? Desde luego, el «niño era utilizado como medio para satisfacer un ansia de amor fuera de lo común». Aquellas madres se arreglaban un poco, se pintaban los labios cuando el muchacho estaba a punto de regresar de la escuela, como lo hace una esposa para su marido o una chica para el chico con el que ha quedado, porque no tenía otra vida más allá del niño. La

[11] Benjamin Spock, «Russian Children Don't Whine, Spabble or Break Things – Why?», *Ladies' Home Journal,* octubre de 1960.

[12] David Levy, *Maternal Overprotection,* Nueva York, 1943.

mayoría de ellas, decía Levy, habían renunciado a sus ambiciones de carrera. La «sobreprotección maternal» la causaba en realidad la fuerza de aquellas madres, su energía femenina básica —responsable, estable, activa y agresiva— que producía una patología en el niño cuando la madre tenía bloqueado el acceso a «otros canales de expresión».

La mayoría de aquellas madres también tenían a su vez madres dominantes y padres sumisos, y sus maridos también habían sido los obedientes hijos de madres dominantes; en términos freudianos, la castración se respiraba en el ambiente. Los hijos y sus madres recibieron terapia psicoanalítica durante años, lo que, según se esperaba, rompería el ciclo patológico. Pero cuando, transcurridos unos años después del estudio original, otro personal investigador revisó el caso de aquellas mujeres y de los niños a los que habían sobreprotegido patológicamente, los resultados no fueron exactamente los esperados. En la mayoría de los casos, la psicoterapia no había sido eficaz. Sin embargo, milagrosamente, algunos de los niños no se convirtieron en adultos con patologías; no por la terapia, sino porque circunstancialmente la madre había tenido algún interés o actividad en su propia vida y sencillamente había dejado de vivir la vida del niño en su lugar. En otros pocos casos, el niño sobrevivió porque, recurriendo a sus propias capacidades, se había creado un espacio de independencia en el que la madre no tenía cabida.

Algunos especialistas en ciencias sociales han propuesto otras claves del verdadero problema de la relación madre-hijo en Estados Unidos sin siquiera relacionarlas con la mística. Un sociólogo llamado Arnold Green descubrió de manera casi accidental otra dimensión de esta relación entre el nutricio amor maternal, o su ausencia, y la neurosis.

Al parecer en la ciudad industrial de Massachusetts en la que Green se crió, una generación entera se educó en condiciones psicológicas que deberían haber resultado traumáticas: la presencia de una autoridad paterna irracional, vengativa, incluso brutal, y una total falta de «amor» entre padres e hijos. Los padres, inmigrantes polacos, trataron de aplicar las rígidas normas del viejo mundo pero sus hijos norteamericanos no las respetaban. El escarnio, la rabia y el desprecio de los hijos hicieron que los desconcertados padres recurrieran a una «autoridad vengativa, personal e irracional que ya no tiene fundamento en las esperanzas y ambiciones futuras de los hijos».

> Exasperados y aterrorizados ante la perspectiva de perder todo control sobre sus americanizados retoños, los padres aplican el puño y el látigo de una manera más bien indiscriminada. En las hileras de casas de ladrillos rojos, el sonido de los golpes, los gritos, los alaridos, las vejaciones, los gemidos de dolor y de odio son tan habituales que los transeúntes apenas les prestan atención[13].

Desde luego, allí se hallaban las semillas de futuras neurosis, tal como las entienden todos los buenos progenitores postfreudianos de Estados Unidos. Pero para sorpresa de Green, cuando volvió a su ciudad y comprobó como sociólogo las neurosis que, de acuerdo con el manual, seguramente debían de abundar por doquier, no encontró ningún caso de rechazo en el Ejército debido a una psiconeurosis entre la comunidad local polaca, y en el comportamiento abierto de toda una generación de aquella localidad no halló «expresión alguna de ansiedad, culpabilidad, reticencias a contestar, hostilidad reprimida —los distintos síntomas que se describen como típicos del carácter neurótico básico». Green estaba estupefacto. ¿Por qué aquellos niños no habían desarrollado neurosis, por qué aquella autoridad paterna brutal e irracional no los machacó?

No habían tenido aquel amor nutricio constante y atento que los supuestos psicólogos infantiles les reclaman a las madres de la clase media para sus hijos; sus madres, igual que sus padres, trabajaban todo el día en la fábrica; los dejaban al cuidado de hermanas o hermanos mayores, corrían libres por los campos y los bosques y evitaban a sus padres siempre que podían. En aquellas familias, toda la tensión recaía en el trabajo más que en los sentimientos personales; «el respeto, y no el amor, es el vínculo que une». Las muestras de afecto no estaban totalmente ausentes, decía Green, «pero tenían poco que ver con las definiciones del amor entre padres e hijos que podían encontrarse en las revistas femeninas de la clase media».

Al sociólogo se le ocurrió que tal vez fuera la ausencia de este omnipresente amor nutricio materno la que explicara por qué aquellos niños no sufrían los síntomas neuróticos que se suelen encontrar en las criaturas de las familias de clase media. La autoridad de los progenitores polacos, por brutal e irracional que fuera, era «externa al núcleo de la identidad», en palabras del propio Green. Los padres y las madres polacos carecían de la técnica para «absorber la personalidad de la criatura» y de la oportunidad de hacerlo. Tal vez, sugería Green, la «ausencia de amor» y la «autoridad irracional» no causen neurosis por sí mismas, sino sólo en un determinado contexto de «absorción de la personalidad» —el colchón físico y emocional de la criatura que genera aquella ciega dependencia con respecto al padre y a la madre que encontramos entre las hijas y los

[13] Arnold W. Green, «The Middle-Class Male Child and Neurosis», *American Sociological Review,* vol. II, núm. 1, 1946.

hijos de familias de la clase media urbana estadounidense blanca con estudios superiores.

¿Es la «falta de amor» la causa de neurosis, o lo es el cuidado de los padres y madres de la clase media, que «absorben» el yo independiente de la criatura y crean en él una excesiva necesidad de amor? Los psicoanalistas siempre se han centrado en las semillas de las neurosis; Green quería «descubrir qué hay en ser un progenitor moderno de clase media que abona el terreno de la neurosis de sus retoños, independientemente de cómo esté plantada la semilla individual».

Como de costumbre, la punta de la flecha señalaba de forma inequívoca a la madre. Pero a Green no le interesaba ayudar a la madre estadounidense moderna a adaptarse a su rol; en realidad descubrió que ésta carecía de «rol» real alguno como mujer en la sociedad moderna.

> Se casa y tal vez tenga una criatura sin tener un rol definido y una serie de funciones que cumplir, como antes [...]. Se siente inferior al hombre porque, comparativamente, ha estado y está más limitada. En general se ha exagerado el alcance de la actual emancipación de las mujeres [...].
>
> A través de un «buen» casamiento, la chica de clase media alcanza un estatus social mucho más elevado que el que le granjearía una carrera propia. Pero el periodo de coqueteo irreal con una carrera, o el hecho de embarcarse en una, la dejan mal parada para la carga de limpiar la casa, cambiar pañales y preparar las comidas y cenas [...]. La madre tiene poco que hacer, dentro o fuera del hogar; es la única compañera del hijo único. El «cuidado infantil científico» moderno promueve una supervisión constante y una preocupación difusa acerca de la salud de la criatura, el consumo de espinacas y el desarrollo del ego; esto se complica por el hecho de que se dedica mucha energía a procurar que muy temprano la criatura se suelte a andar y a hablar y aprenda a asearse sola, porque en un entorno tan intensamente competitivo los padres y las madres de clase media están constantemente comparando, desde el día en que nace su criatura, el desarrollo de ésta con el de la criatura de los vecinos.

Según especula Green, tal vez las madres de clase media

> hayan hecho del «amor» el elemento de suprema importancia en su relación con la criatura, el de ellas hacia la criatura y el de la criatura hacia ellas, en parte debido al complejo amoroso de nuestra época, que está particularmente ramificado en la clase media, y en parte como compensación por los muchos sacrificios que han hecho por la criatura. Las necesidades de amor que tienen las niñas y los niños se experimentan precisamente porque han sido condicionadas para necesitar ese amor [...] condicionadas a una ciega dependencia emocional [...]. En la raíz de las neurosis modernas más características se halla, no la necesidad del amor materno y paterno, sino la constante amenaza de perderlo después de que la criatura se haya visto condicionada a necesitarlo; mamá no te quiere si no te comes las espinacas, no dejas de escupir la leche o no te bajas del sofá. En la medida en que la personalidad de la criatura ha sido absorbida, este tipo de trato acabará sumiéndola en el pánico [...]. En un niño o niña de estas características, cualquier mirada desaprobadora puede producir más terror que veinte minutos de azotaina al pequeño Stanislaus Wokcik.

A Green sólo le preocupaban las madres desde el punto de vista de la incidencia de éstas en sus hijos e hijas. Pero se le ocurrió que la «absorción de la personalidad» sola no podía al fin y al cabo explicar la neurosis. Porque de lo contrario, dice Green, las mujeres de clase media de la generación anterior habrían sufrido todas esas neurosis y nadie las observó en aquellas mujeres. Desde luego la personalidad de la chica de clase media de finales del siglo XIX estaba «absorbida» por sus progenitores, por las exigencias de «amor» y por una obediencia que no se cuestionaba. Sin embargo, «la tasa de neurosis en aquellas condiciones probablemente no fuera demasiado elevada», concluye el sociólogo, porque aunque la propia personalidad de la mujer había sido «absorbida», lo había sido de forma coherente «en un rol que cambiaba relativamente poco desde la infancia hasta la adolescencia, la edad del cortejo y, finalmente, el matrimonio»; nunca podía ser su propia persona.

El chico moderno de clase media, por otra parte, se ve obligado a competir con otros, a triunfar —lo que requiere cierto grado de independencia, de firmeza de propósito, de agresividad y de autoafirmación. Por consiguiente, en el muchacho, la necesidad alimentada por la madre de que todo el mundo lo quiera, la incapacidad de erigir sus propios valores y propósitos resultan neuróticas, pero no en la muchacha.

Esta hipótesis planteada por un sociólogo en 1946 resulta provocadora, pero nunca penetró demasiado en los círculos interiores de la teoría social, nunca impregnó los baluartes de la mística de la feminidad, a pesar de la creciente conciencia a nivel nacional de que algo les pasaba a las madres estadounidenses. Incluso este sociólogo, que consiguió mirar más allá de la mística y ver a los hijos desde una perspectiva distinta de la de su necesidad de más amor materno, sólo se centró en el problema de los hijos varones. Pero ¿acaso la implicación real de aquello no era que el papel del ama de casa estadounidense de clase media obliga a muchas madres a sofocar, a absorber la personalidad tanto de sus hijos

como de sus hijas? Muchas personas se dieron cuenta del trágico desperdicio de hijos estadounidenses criados de modo que eran incapaces de triunfar, de tener valores individuales, de acometer acciones independientes; pero no les pareció tan trágico el desperdicio de hijas, o el de las madres a las que esto había sucedido en las generaciones anteriores. Si una cultura no espera madurez humana de sus mujeres no ve su carencia como un desperdicio, o como una posible fuente de neurosis o de conflicto. El insulto, el verdadero reflejo en la definición que hace nuestra cultura del papel de las mujeres, es que como nación sólo nos hemos dado cuenta de que algo pasaba con las mujeres cuando hemos visto los efectos de ese algo en sus hijos varones.

¿Hemos de sorprendernos por el hecho de que malinterpretáramos lo que realmente iba mal? ¿Cómo podíamos entenderlo, desde la estática perspectiva del funcionalismo y de la adaptación? Los educadores y los sociólogos aplaudieron cuando la personalidad de la muchacha de clase media quedó «sistemáticamente» absorbida desde la infancia hasta la edad adulta por su «rol como mujer». Larga vida al rol, si está al servicio de la adaptación. El desperdicio de identidad humana no se consideraba un fenómeno que hubiera que estudiar en las mujeres —sólo la frustración causada por «las incoherencias culturales en el condicionamiento del rol», términos en los que la gran especialista en ciencias sociales Ruth Benedict describía la difícil situación de las mujeres estadounidenses. Ni siquiera las propias mujeres, que sentían el sufrimiento, la impotencia de su falta de identidad, entendieron aquel sentimiento; se convirtió en el malestar que no tiene nombre. Y la vergüenza y la culpabilidad les hicieron que se volvieran hacia sus criaturas para eludir el problema. Así se cierra el círculo de madres a hijos e hijas, generación tras generación.

El ataque sin tregua a las mujeres, que se ha convertido en un deporte nacional en Estados Unidos en los últimos años, tal vez proceda también de las mismas causas escapistas que enviaron a hombres y mujeres de vuelta a la seguridad del hogar. El amor de una madre se considera sagrado en Estados Unidos, pero a pesar de toda la reverencia y el reconocimiento de boquilla que se le hace, la mamá es un objetivo de lo más seguro, ya se interpreten sus fracasos de forma correcta o incorrecta. A nadie se le ha incluido en una lista negra ni se le ha despedido por atacar a «la mujer estadounidense». Aparte de las presiones psicológicas que ejercen las madres y las esposas, ha habido un montón de presiones no sexuales en Estados Unidos en la última década —la comprometida e incesante competencia, el trabajo anónimo y a menudo sin sentido en una

gran organización— que también han impedido que algunos hombres se sintieran hombres. Era más seguro echarles la culpa a su esposa y a su madre que reconocer el fracaso de uno mismo o del sacrosanto estilo de vida norteamericano. Los hombres no siempre bromeaban cuando decían que sus mujeres tenían suerte de poder quedarse en casa todo el día. También resultaba reconfortante racionalizar la febril competitividad diciéndose a sí mismos que participaban en ella «por el bien de la esposa y de los hijos». Y de aquella manera los hombres recrearon su propia infancia en los barrios residenciales y convirtieron a sus esposas en madres. Los hombres se tragaron la mística sin rechistar. Les prometía madres para el resto de su vida, a la vez como una razón de su ser y como una excusa para sus fracasos. ¿Acaso es tan extraño que unos muchachos que se criaron con un exceso de amor materno se conviertan en hombres que nunca tienen suficiente?

¿Pero por qué se quedaron las mujeres sentadas y calladas ante aquella descarga de reproches? Cuando una cultura ha levantado una barrera tras otra contra las mujeres como seres individuales; cuando una cultura ha erigido barreras legales, políticas, sociales, económicas y educativas para que las propias mujeres acepten la madurez —incluso después de que la mayoría de esas barreras hayan sido derribadas, sigue siendo más fácil para una mujer buscar refugio en el santuario del hogar. Es más fácil vivir a través de su marido y de sus hijos que abrirse su propio camino en el mundo. Porque es hija de esa misma madre que le hizo tan difícil crecer tanto a su hija como a su hijo. Y la libertad es algo que asusta. Asusta crecer por fin y liberarse de esa dependencia pasiva. ¿Por qué habría de preocuparse una mujer por ser algo más que una esposa y una madre si todas las fuerzas de su cultura le dicen que no tiene que crecer, que es mejor que no crezca?

Y así la mujer estadounidense hizo la elección equivocada. Corrió de vuelta al hogar para vivir únicamente en función del sexo, entregando su individualidad a cambio de su seguridad. Su marido entró al hogar tras ella y la puerta se cerró, dejando fuera el mundo exterior. Empezaron a vivir la bonita mentira de la mística de la feminidad; ¿pero acaso alguno de los dos podía de verdad creer en ella? Al fin y al cabo, ella era una mujer estadounidense, producto irreversible de una cultura que casi ha llegado a otorgarle una identidad individual. Al fin y al cabo, él era un hombre estadounidense, cuyo respeto por la individualidad y la libertad de elección son el orgullo de su nación. Fueron a la escuela juntos; él sabe quién es ella. ¿Acaso la sumisa disposición de él a encerar el suelo y a fregar los platos cuando llega a casa cansado en el tren de las 6:55 de la tarde les oculta a ambos su culpable conciencia de la realidad que se

esconde detrás de la bonita mentira? ¿Qué hace que sigan creyendo en ella, a pesar de los signos de advertencia que han surgido por doquier en su parcela del barrio residencial? ¿Qué hace que las mujeres se queden en casa? ¿Qué fuerza en nuestra cultura es lo suficientemente poderosa para escribir «Ocupación: sus labores» en letras tan grandes que todas las demás posibilidades que se les presentan a las mujeres prácticamente han quedado anuladas?

Las bonitas imágenes domésticas que nos miran desde todas partes y que impiden que una mujer utilice sus propias capacidades en el mundo deben estar al servicio de poderosas fuerzas en esta nación. La preservación de la mística de la feminidad en este sentido podría tener implicaciones que en absoluto son sexuales. Si empezamos a pensar en ello, en el fondo Estados Unidos depende en gran medida de la dependencia pasiva de las mujeres, de su feminidad. La feminidad, si es que queremos seguir llamándola así, convierte a las mujeres estadounidenses en objetivo y en víctimas del camelo sexual.

Capítulo 9

El camelo sexual

Hace unos meses, cuando empezaba a encajar las piezas del rompecabezas que constituye el regreso de las mujeres al hogar, tuve la sensación de que algo se me escapaba. Podía identificar las vías a través de las cuales el pensamiento sofisticado daba vueltas una y otra vez sobre sí mismo para perpetuar una imagen obsoleta de la feminidad; me daba cuenta de cómo esa imagen se entretejía con el prejuicio y las frustraciones erróneamente interpretadas para ocultar el vacío de la «Ocupación: sus labores» a las propias mujeres.

Pero ¿qué era lo que movía toda aquella maquinaria? Si, a pesar de la innombrable desesperación de tantas amas de casa estadounidenses, a pesar de las oportunidades que se les brindan a todas las mujeres ahora, son tan pocas las que tienen un propósito en la vida distinto del de ser esposa y madre, alguien, algo muy poderoso, tiene que estar moviendo los hilos. La energía que mueve al movimiento feminista era demasiado dinámica para haberse agotado poco a poco; algo más poderoso que el infravalorado poder de las mujeres debió de apagar el interruptor o de desviar esa energía.

Hay algunos hechos vitales que son tan obvios y prosaicos que nunca hablamos de ellos. Sólo los niños preguntan de repente: «¿Por qué los personajes de los libros nunca van al baño?» ¿Por qué no se dice nunca que la verdadera función crucial, el papel realmente importante que las mujeres desempeñan como amas de casa es el de *comprar más cosas para la casa?* En todo el discurso de la feminidad y del rol femenino, nos olvidamos que el asunto que de verdad interesa en América es el negocio. Pero perpetuar la condición del ama de casa, el crecimiento de la

mística de la feminidad, tiene sentido (e interés) si pensamos que las mujeres son las principales clientas de los negocios en Estados Unidos. De alguna manera, en algún lugar, a alguien se le tiene que haber ocurrido que las mujeres comprarán más cosas si se las mantiene en ese estado de infrautilización, de anhelo inexpresable, de una energía de la que no pueden deshacerse, si son amas de casa.

No tengo ni idea de cómo llegamos a este punto. En la industria, la toma de decisiones no es un proceso tan sencillo, tan racional, como lo sugieren quienes creen en las teorías históricas de la conspiración. Estoy segura de que los presidentes de General Foods, de General Electrics y de General Motors, así como los de Macy's y Gimbel's y todo el abanico de directores de todas las empresas que producen detergentes y fabrican batidoras eléctricas, estufas rojas con los ángulos redondeados, pieles sintéticas, ceras, tintes para el pelo, patrones para coser en casa y modelos para hacerse una misma los muebles, cremas para las manos ásperas y blanqueadores para que las toallas queden deslumbrantes e inmaculadas, nunca se han sentado alrededor de una mesa de conferencias de caoba en Madison Avenue o en Wall Street ni han expresado su voto acerca de la siguiente moción: «Caballeros, propongo, por el interés general, que lancemos una campaña concertada de cincuenta mil millones de dólares para detener este peligroso movimiento de abandono del hogar de las mujeres. Tenemos que conseguir que sigan siendo amas de casa; sobre todo, no lo olvidemos nunca.»

Un vicepresidente afirma meditativamente: «Son demasiadas las mujeres que están accediendo a la educación académica. No quieren quedarse en casa. Eso no es sano. Si todas van a ser científicas y cosas por el estilo, no tendrán tiempo para ir de compras. Pero ¿qué podemos hacer para que se queden en casa? ¡Ahora quieren tener una carrera!»

«Las liberaremos para que hagan sus carreras en el hogar», sugieren el nuevo ejecutivo con gafas de concha y el doctor en psicología. «Conseguiremos que crear un hogar resulte creativo.»

Por supuesto, las cosas no ocurrieron exactamente de esta manera. No fue una conspiración económica dirigida contra las mujeres. Fue un producto colateral del hecho de que últimamente estemos confundiendo los medios con los fines; sencillamente, algo que les ocurrió a las mujeres cuando el negocio de producir y de vender y de invertir en los negocios por lucro —que es simplemente la manera en que nuestra economía está organizada para responder eficazmente a las necesidades del hombre— empezó a confundirse con el propósito de nuestra nación, con el fin mismo de la vida. La subversión de las vidas de las mujeres en Estados Unidos en provecho de los negocios no es más sorprendente que la subversión de las ciencias del comportamiento humano en provecho del negocio de engañar a las mujeres acerca de sus verdaderas necesidades. Harían falta economistas muy hábiles para imaginar qué mantendría a flote nuestra boyante economía si el mercado de las amas de casa empezara a decaer, del mismo modo que un economista tendría que imaginar qué hacer si no hubiera amenaza de guerra.

Es fácil darse cuenta de por qué ha sucedido. Me enteré de *cómo* había sucedido cuando fui a ver a un hombre que cobra aproximadamente un millón de dólares anuales por los servicios profesionales que presta manipulando las emociones de las mujeres estadounidenses en beneficio de las necesidades de las empresas. Este peculiar caballero empezó por la planta baja del negocio de la persuasión oculta en 1945 y fue subiendo. La sede de su instituto para la manipulación motivacional es una aristocrática mansión al norte de Westchester. Las paredes de una sala de baile de dos pisos de alto están forradas de estanterías de acero que contienen mil y pico estudios para la industria y las empresas comerciales, con 300.000 «entrevistas en profundidad» individuales, en su mayoría a amas de casa estadounidenses[1].

Me permitió acceder a lo que quería ver y dijo que podía utilizar cualquier información que no fuera confidencial de alguna empresa específica. No había nada que fuera preciso ocultarle a nadie, nada por lo que sentirse avergonzado —sólo, en una página tras otra de aquellos estudios en profundidad, una perspicaz y alegre conciencia de la naturaleza vacía, carente de propósito, de creatividad, incluso de alegría sexual, de la vida que llevaban la mayoría de las amas de casa estadounidenses. Me dijo sin rodeos que aquellos utilísimos factores de persuasión ocultos me demostraban lo útil que resultaba mantener a las mujeres estadounidenses en su rol de amas de casa— el reservorio que creaban su falta de identidad y de propósito, y que se prestaba a ser manipulado para convertirlo en dólares en el punto de venta.

Si se las manipula adecuadamente («si esa palabra no le asusta a usted», me dijo él), a las amas de casa estadounidenses se les puede dar un sentido de identidad, de propósito, de creatividad, una autorrealización, incluso la alegría sexual de la que carecen —a través de la compra de co-

[1] El material de investigación en el que se basa este capítulo fue producido por el personal del Institute for Motivational Research [Instituto para la Investigación Motivacional], dirigido por el Dr. Ernest Dichter. Fue puesto a mi disposición por cortesía del Dr. Dichter y sus colegas, y está archivado en el Instituto en Croton-on-Hudson, Nueva York.

sas. De repente me di cuenta de la trascendencia del dato de que las mujeres representan el 75 por 100 del poder adquisitivo en Estados Unidos. De repente vi a las mujeres estadounidenses como *víctimas* de ese espantoso don, ese poder en el punto de venta. Los planteamientos que tan liberalmente compartió conmigo resultaron ser reveladores de muchas cosas...

El dilema del mundo de los negocios quedó explicado con detalle en un estudio realizado en 1945 para el editor de una de las principales revistas femeninas, acerca de las actitudes de las mujeres frente a los electrodomésticos. El mensaje se consideraba de interés para todas las empresas que, con la guerra a punto de finalizar, iban a tener que sustituir los contratos de guerra por ventas a los consumidores. Era un estudio sobre «la psicología del cuidado del hogar»; «la actitud de una mujer hacia los electrodomésticos está íntimamente relacionada con su actitud hacia las tareas domésticas en general», advertía.

A partir de una muestra de 4.500 esposas (de clase media, con estudios de instituto o de *college),* clasificaban a las mujeres estadounidenses en tres categorías: el tipo de la «Auténtica Ama de Casa», la «Mujer de Carrera» y la «Creadora de Hogar Equilibrada». Aunque el 51 por 100 de las mujeres correspondían a la categoría de «Auténtica Ama de Casa» («Desde el punto de vista psicológico, las tareas domésticas son el principal interés de este tipo de mujer. Ésta se siente absolutamente orgullosa y satisfecha con mantener un hogar confortable y bien atendido para su familia. Consciente o inconscientemente, siente que es indispensable y que nadie puede realizar por ella su trabajo. No siente ningún o prácticamente ningún deseo de tener un empleo fuera del ámbito doméstico y, si lo tiene, es que ha sido forzada a ello por las circunstancias o la necesidad»), era obvio que el grupo estaba disminuyendo y probablemente seguiría haciéndolo al poder acceder ahora las mujeres a nuevos campos, intereses y a unos estudios.

Sin embargo, el mayor mercado de los electrodomésticos era este grupo de la «Auténtica Ama de Casa», aunque ésta sentía cierta «reticencia» a aceptar nuevos aparatos que tenía que saber manejar y dominar. (Incluso puede darse el caso de que le parezca que [los electrodomésticos] dejarán en desuso la forma tradicional y desfasada de hacer las cosas que siempre le ha ido tan bien.) Al fin y al cabo, las tareas domésticas eran la justificación de toda su existencia. («No creo que pueda hacerme más fáciles las tareas domésticas», dijo una Auténtica Ama de Casa, «porque no creo que una máquina pueda sustituir el trabajo duro».)

El segundo tipo —la Mujer de Carrera o Aspirante a Mujer de Carrera— estaba compuesto por una minoría, pero extremadamente «peligrosa» desde el punto de vista de los vendedores; a los anunciantes se les avisaba de que no les convenía permitir que ese grupo creciera. Porque este tipo de mujeres, que no necesariamente son trabajadoras, «no creen que el lugar de la mujer sea fundamentalmente el hogar». («Muchas de las mujeres de este grupo de hecho nunca han trabajado, pero su actitud es la de: "Creo que las tareas domésticas son una espantosa pérdida de tiempo. Si mis hijos más jóvenes fueran mayores y yo pudiera salir de casa libremente, utilizaría mejor el tiempo. Si alguien pudiera encargarse de la comida y de la ropa de toda la familia, estaría encantada de poder salir y buscar un empleo"».) La cuestión que hay que tener en cuenta en relación con las Mujeres de Carrera, según el estudio, es que, aunque compran electrodomésticos modernos, no son el tipo ideal de cliente. *Son demasiado críticas.*

El tercer tipo —la «Creadora de Hogar Equilibrada»— es, «desde el punto de vista del mercado, el tipo ideal». Tiene algunos intereses fuera de casa, o ha tenido un empleo antes de dedicarse exclusivamente al hogar; «acepta de buen grado» la ayuda que le pueden prestar los aparatos mecánicos —pero «no espera de ellos que hagan lo imposible» porque necesita utilizar su propia capacidad ejecutiva a la hora de «gestionar una casa bien llevada».

La moralina del estudio quedaba explícita: «Puesto que la Creadora de Hogar Equilibrada representa el mercado en su expresión de mayor potencial futuro, el fabricante de electrodomésticos se beneficiaría si consiguiera que cada vez más mujeres fueran conscientes de lo deseable que es pertenecer a ese grupo. Enseñarles, a través de la publicidad, que es posible tener intereses fuera del hogar y estar más alerta a unas influencias intelectuales más amplias (sin convertirse en Mujer de Carrera). El arte de ser buena ama de casa debería ser el objetivo de cualquier mujer normal».

El problema —que, si fue identificado en aquella época por un ejecutante de la persuasión oculta para la industria de los electrodomésticos, desde luego lo fue también por otros con productos para el hogar— era que «toda una generación nueva de mujeres está siendo educada para trabajar fuera del hogar. Además, está quedando patente un creciente deseo de emancipación». La solución, sin más, era animarlas a que fueran amas de casa «modernas». La Mujer de Carrera o Aspirante a Mujer de Carrera a la que no le gusta nada limpiar, pasar el polvo, planchar o lavar la ropa, tiene menos interés por una nueva enceradora, por un nuevo detergente para la lavadora. A diferencia de la «Auténtica Ama de Casa» y

de la «Creadora de Hogar Equilibrada» que prefieren tener suficientes electrodomésticos y hacer las tareas domésticas ellas mismas, la Mujer de Carrera seguramente «prefiere tener muchacha —las tareas domésticas consumen demasiado tiempo y energía». Sin embargo compra electrodomésticos, tenga o no criada, pero «es más probable que se queje del servicio que éstos ofrecen» y que «resulte más difícil vendérselos».

Era demasiado tarde —era imposible— convertir a aquellas modernas Mujeres de Carrera o Aspirantes a Mujeres de Carrera en Auténticas Amas de Casa, pero el estudio señalaba, en 1945, la salida para el grupo de Creadoras de Hogar Equilibradas: la carrera en casa. El objetivo era conseguir que «quieran nadar y guardar la ropa [...], ahorrar tiempo, que las cosas les resulten más cómodas, que no haya ni suciedad ni desorden, saber controlar a las máquinas, pero todo ello sin renunciar a la sensación de logro y orgullo personal de una casa bien llevada, fruto de "hacer las cosas una misma". Como dijo una joven ama de casa: "Es bonito ser moderna, es como dirigir una fábrica en la que tuvieras todas las máquinas más avanzadas"».

Pero no era tarea fácil, ni para los fabricantes ni para los anunciantes. Nuevos artilugios capaces de hacer prácticamente todas las tareas domésticas abarrotaban el mercado; cada vez hacía falta más ingenio para generar entre las mujeres estadounidenses esa «sensación de logro» y aun así conseguir que el trabajo doméstico fuera su principal propósito de vida. Los estudios, la independencia, una creciente individualidad, todo lo que las preparaba para otros propósitos tenía que ser constantemente contrarrestado, canalizado hacia el hogar.

Los servicios del manipulador se hicieron cada vez más valiosos. Éste, en las últimas encuestas, ya no entrevistaba a mujeres profesionales; no estaban en casa durante el día. Las mujeres de sus muestras eran deliberadamente Auténticas Amas de Casa o Creadoras de Hogar Equilibradas, las nuevas amas de casa de los barrios residenciales. Al fin y al cabo, los productos para el hogar y de consumo están todos orientados a las mujeres; el 75 por 100 de todos los presupuestos publicitarios de productos de consumo se gastan para atraer a las mujeres; es decir, las amas de casa, las mujeres que están disponibles durante el día para que las entrevisten, las mujeres que tienen tiempo para ir de compras. Por supuesto sus entrevistas en profundidad y sus tests proyectivos, «laboratorios vivientes», estaban diseñados para impresionar a sus clientes, pero casi siempre contenían los astutos planteamientos de un hábil especialista en ciencias sociales, planteamientos a los que se les podía sacar provecho.

A sus clientes les decía que tenían que hacer algo con esa creciente necesidad de las mujeres estadounidenses de hacer algún trabajo creativo —«la principal necesidad insatisfecha del ama de casa moderna». Así por ejemplo, en un informe escribió:

> Hay que esforzarse todo lo posible por vender X Mix, como base sobre la que se utiliza el esfuerzo creativo de la mujer.
>
> El llamamiento debe subrayar el hecho de que X Mix ayuda a la mujer a expresar su creatividad porque le evita todo el trabajo pesado. Al mismo tiempo es preciso hacer hincapié en las manipulaciones de cocina, la diversión asociada a las mismas, que te hacen sentir que hacer repostería con X Mix es hacer repostería de verdad.

Pero vuelve a aparecer el dilema: ¿cómo hacer que se gaste el dinero en un producto preparado (X Mix) que le evita parte del trabajo pesado de preparar un dulce diciéndole «que puede utilizar su energía donde realmente hace falta» y al mismo tiempo evitar que se sienta «demasiado ocupada para hacer dulces»? («No utilizo el producto porque no hago repostería. Da mucho quehacer. Vivo en un apartamento muy amplio y entre tenerlo limpio, cuidar de mi hijo y mi trabajo a tiempo parcial no tengo tiempo para la repostería».) ¿Y qué hacer con su «sensación de decepción» cuando las galletas salen del horno y en realidad no son más que masa y no hay ninguna sensación de logro creativo? («¿Por qué habría de hacer mis propias galletas cuando hay tantas cosas tan buenas en el mercado que sólo hace falta calentar? No tiene ningún sentido tomarse toda la molestia de preparar la masa una misma, luego de engrasar el molde y luego de meterlo en el horno».) ¿Qué hacer cuando la mujer no tiene la sensación que tenía su madre, cuando *había que* preparar el bizcocho desde el principio? («Cuando lo hacía mi madre, tenías que tamizar la harina tú misma y añadir los huevos y la mantequilla, y sabías que habías hecho algo de lo que de verdad te podías sentir orgullosa».)

El problema tiene solución, afirmaba el informe:

> Utilizando X Mix, la mujer puede demostrarse a sí misma lo que vale como esposa y como madre, no sólo haciendo repostería sino pasando más tiempo con su familia [...]. Por supuesto, también hay que dejar claro que los alimentos horneados en casa son en todos los aspectos preferibles a aquellos que se compran en la pastelería.

Ante todo, hay que darle a X Mix un «valor terapéutico», restándole importancia a las recetas fáciles y ensalzando en cambio «el estimulante esfuerzo de hacer repostería». Desde el punto de vista publicitario, esto supone subrayar que «con X Mix en casa, serás una mujer diferente [...] una mujer más feliz».

Además, al cliente se le decía que una frase en su anuncio, «y haces ese bizcocho de la forma más sencilla y con el menor esfuerzo posible» suscitaba «una respuesta negativa» en las amas de casa estadounidenses —porque daba demasiado en el blanco de su «culpabilidad subyacente». («Puesto que nunca han sentido que realmente estén esforzándose lo suficiente, sin duda es un error decirles que preparar algo al horno con X Mix es lo que requiere el menor esfuerzo».) Suponiendo, sugiere el publicista, que esta abnegada esposa y madre no esté en la cocina preparando con afán una tarta o un pastel para su marido y sus hijos «sencillamente para satisfacer su propia ansia de dulces». El propio hecho de que hacer repostería sea un trabajo propio del ama de casa le ayuda a disipar cualquier duda que pudiera tener acerca de sus verdaderas motivaciones.

Pero incluso existen maneras de manipular el sentimiento de culpa del ama de casa, dice el informe:

> Cabría la posibilidad de sugerir a través del anuncio que no aprovechar enteramente las 12 aplicaciones de X Mix equivale a limitar el esfuerzo que haces por darle placer a tu familia. Con ello podemos conseguir una transferencia de culpabilidad. Más que sentirse culpable por utilizar X Mix para preparar sus postres, haríamos que la mujer se sintiera culpable si no aprovecha esta oportunidad de dar gusto a su familia de 12 maneras distintas. «No desaproveches tus habilidades; no te limites a ti misma».

A mediados de la década de 1950, las encuestas referían con satisfacción que la Mujer de Carrera («la mujer que reclamaba la igualdad, casi una identidad en todos los ámbitos de la vida, la mujer que reaccionaba contra la "esclavitud doméstica" con indignación y vehemencia») había desaparecido, había sido sustituida por una mujer «menos mundana, menos sofisticada» cuya actividad en la PTA hacía que tuviera «mucho contacto con el mundo fuera de su hogar», pero que hallara «en las tareas domésticas un medio de expresión de su feminidad y de su individualidad». No es como la anticuada y abnegada ama de casa; se considera igual al hombre. Pero sigue sintiéndose «perezosa, negligente y obsesionada por la culpa» porque no tiene bastante trabajo que hacer. El publicista tiene que manipular sus «ansias de creatividad» satisfaciéndolas a través de la compra de su producto.

> Tras una resistencia inicial, ahora tiende a aceptar el café instantáneo, los alimentos congelados, los precocinados y los productos que le ahorran esfuerzo como parte de su rutina. Pero necesita una justificación y la encuentra en la idea de que «utilizando alimentos congelados tengo más tiempo para realizar otras tareas importantes como madre y esposa moderna».
>
> La creatividad es la respuesta dialéctica de la mujer moderna al problema de su nueva posición en el hogar. Tesis: soy un ama de casa. Antítesis: odio el trabajo pesado. Síntesis: ¡soy creativa!
>
> Esto significa fundamentalmente que, aunque el ama de casa pueda comprar por ejemplo alimentos enlatados y con ello ahorre tiempo y esfuerzo, no se limita a eso. Tiene una gran necesidad de «optimizar» el contenido de la lata, demostrando con ello su participación personal y su preocupación por dar satisfacción a su familia.
>
> La sensación de creatividad también está al servicio de otro fin: es una vía de expresión de los talentos liberados, del mejor gusto, de una imaginación más libre, de la mayor iniciativa de la mujer moderna. Le permite utilizar en casa *todas las facultades de las que podría hacer gala en una carrera fuera de casa.*
>
> El anhelo de oportunidades y de momentos creativos es un aspecto fundamental de las motivaciones de compra.

El único problema, advierten las encuestas, es que la mujer «intenta utilizar su propio raciocinio y su propio juicio. No se entretiene juzgando según las normas colectivas o de la mayoría. Está desarrollando normas independientes». («¡Qué me importan los vecinos! No quiero vivir según sus normas ni compararme con ellos en cada cosa que hago».) Ahora ya no siempre le afecta el mensaje de «no ser menos que los vecinos» —el publicista debe apelar a su *propia* necesidad de vivir.

> Apela a esa sed [...]. Dile que estás añadiendo más sal, más disfrute a su vida, que ahora está a su alcance probar nuevas experiencias y que tiene derecho a probar esas experiencias. De una manera todavía más positiva, deberías transmitirle que le estás dando «lecciones de vida».

«Limpiar la casa debería ser divertido», se le recomendaba al fabricante de un artículo de limpieza que se disponía a anunciarlo. Aunque tal vez ese producto fuera menos eficaz que la aspiradora, permitía al ama de casa utilizar en mayor medida su propia energía para hacer el trabajo. Además, le daba al ama de casa la ilusión de que se había convertido en «una profesional, una experta a la hora de determinar qué aparatos de limpieza utilizar para tareas específicas».

> Esta profesionalización es una defensa psicológica del ama de casa contra el hecho de ser una «limpiadora» general y una sirvienta de poca categoría para su familia, en una época de emancipación general del trabajo.

> El papel de experta cumple una doble función emocional: (1) le ayuda al ama de casa a conseguir un estatus y (2) sale de la órbita de su hogar, entra en el mundo de la ciencia moderna en su búsqueda de nuevas y mejores maneras de hacer las cosas.
>
> Como consecuencia de ello, nunca ha existido un clima psicológico más favorable para los electrodomésticos y productos para el hogar. El ama de casa moderna [...] se muestra de hecho agresiva en sus esfuerzos por encontrar esos productos para el hogar que, en su experta opinión, realmente responden a sus necesidades. Esta tendencia explica la popularidad de distintas ceras y pulimentos para distintas superficies de la casa, de la creciente utilización de abrillantadores para el suelo y de la variedad de mopas e instrumentos de limpieza para suelos y paredes.

La dificultad radica en transmitirle esa «sensación de logro», de «ensalzamiento del ego» de la que la han convencido que debe buscar en la «profesión» de ama de casa, cuando en realidad su «tarea, que requiere mucho tiempo, el cuidado de la casa, no sólo no tiene fin sino que es una tarea para la que la sociedad emplea a los individuos y grupos de menor nivel, menos cualificados, más explotados [...]. Cualquiera que tenga una espalda lo suficientemente fuerte (y un cerebro lo suficientemente pequeño) puede realizar estas tareas de escasa categoría». Pero incluso esa dificultad puede manipularse para venderle más cosas:

> Una de las maneras que tiene la mujer para elevar su propio prestigio como limpiadora de su hogar es a través del uso de productos especializados para tareas especializadas [...].
>
> Cuando utiliza un producto para lavar la ropa, otro para la vajilla, un tercero para las paredes, un cuarto para el suelo, un quinto para las persianas, etc., en lugar de un producto para todo, se siente en menos como una trabajadora no cualificada y más como una ingeniera, una experta.
>
> Una segunda manera de incrementar su propia valía es «hacer las cosas a mi manera» —crear un papel de experta para sí misma diseñando sus propios «trucos del oficio». Por ejemplo, puede ser algo así: «Siempre pongo un poco de lejía en mi colada —incluso en la de color— ¡para que se quede limpia *de verdad!*»

Ayúdala a «justificar su tarea no cualificada diseñándole un rol de protectora de la familia —la exterminadora de millones de microbios y gérmenes», recomendaba este informe. «Resalta su papel de cerebro de la familia [...], ayúdala a ser una experta en lugar de una trabajadora no cualificada [...], convierte las tareas domésticas en un asunto de conocimiento y habilidad en lugar de ser un esfuerzo físico aburrido y continuo.» Una vía eficaz para hacerlo es sacar un *nuevo* producto. Porque, al parecer, existe una creciente oleada de amas de casa «que están deseando que aparezcan nuevos productos que no sólo reduzcan su carga de trabajo diaria, sino que de hecho orienten su interés emocional e intelectual hacia el mundo de los desarrollos científicos fuera del hogar».

Una se queda boquiabierta de admiración ante la ingenuidad de todo ello —el ama de casa puede participar en la mismísima ciencia por el mero hecho de comprar algo nuevo, o algo viejo a lo que se le haya dado una personalidad totalmente nueva.

> Además de incrementar su estatus profesional, un *nuevo* aparato o producto de limpieza hace que aumente la sensación que tiene la mujer de seguridad económica y de lujo, exactamente del mismo modo que lo hace un nuevo modelo de automóvil en el caso del hombre. Esto es lo que ha contestado el 28 por 100 de las mujeres encuestadas, que están de acuerdo con esa sensación particular: «Me gusta probar cosas nuevas. Acabo de utilizar un nuevo líquido detergente y, en cierto modo, me hace sentir como una reina.»

La cuestión de hacer que la mujer utilice la cabeza e incluso participe en el proceso científico a través de las tareas domésticas tiene, sin embargo, sus inconvenientes. La ciencia no debería quitarles a las mujeres una parte demasiado grande del trabajo pesado, sino que debe concentrarse en crear la *ilusión* de esa sensación de logro que las amas de casa al parecer necesitan.

Para demostrar este particular, se les pasó un test en profundidad a 250 amas de casa: se les pedía que eligieran entre cuatro métodos imaginarios de limpieza. El primero era un sistema de eliminación del polvo y de la suciedad totalmente automático que operaba de forma continua de manera semejante a la calefacción de la casa. En el segundo, el ama de casa tenía que pulsar un botón para que se pusiera en marcha. El tercero era portátil, por lo que tenía que moverlo por la casa y orientarlo hacia una determinada zona para que la limpiara. El cuarto era un aparato absolutamente nuevo y moderno con el que podía quitar la suciedad ella misma. Las mujeres se decantaron por esta última opción. Si tiene aspecto de «nuevo y moderno», prefiere utilizar el que le permite trabajar a ella, decía el informe. «Una razón definitiva es su deseo de ser parte implicada en la limpieza, no sólo quien le da al botón.» Como observaba un ama de casa: «En cuanto a un sistema de limpieza mágico en el que sólo haya que pulsar un botón, en fin, ¿qué pasaría con mi parte del trabajo, con mi sensación de logro, y qué haría yo con mis mañanas?»

Este fascinante estudio revelaba de paso que un electrodoméstico concreto —que durante mucho tiempo se había considerado uno de los que más trabajo ahorraban— de hecho hacía que «las labores domésticas fueran más difíciles de lo necesario». De la respuesta del 80 por 100 de las amas de casa se deducía que, una vez que la mujer tenía el aparato encendido, se «sentía obligada a limpiar lo que en realidad no era necesario». De hecho el electrodoméstico era el que dictaba la extensión y el tipo de limpieza que había que hacer.

¿Habría entonces que animar al ama de casa a que volviera a la económica y sencilla escoba que le permitía limpiar sólo aquello que ella estimara necesario? No, decía el informe, por supuesto que no. Sólo había que darle a esa escoba anticuada el «estatus» de electrodoméstico como «aparato necesario que ahorra esfuerzo» para el ama de casa moderna «y luego indicar que, por supuesto, el ama de casa moderna las tendría las dos».

Nadie —ni siquiera los investigadores en profundidad— negaba que el trabajo doméstico fuera interminable, y que su aburrida repetición no daba ni pizca de satisfacción, que no requería el conocimiento experto del que tanto alarde se hacía. Pero el carácter interminable de todo ello era una ventaja desde el punto de vista del vendedor. El problema era mantener a raya la constatación subyacente que asomaba peligrosamente en «miles de entrevistas en profundidad que hemos llevado a cabo para docenas de productos de limpieza doméstica de distinto tipo, la constatación de que, como decía un ama de casa, "¡Es un asco! Lo tengo que hacer, así que lo hago. Es un mal necesario, y ya está"». ¿Qué hacer? Desde luego, sacar más y más productos, dar unas instrucciones cada vez más complicadas, hacer que de verdad el ama de casa precise «ser una experta». (Según indicaba el informe, lavar la ropa tiene que convertirse en algo más que meter las prendas en una máquina y echarle el jabón. Hay que seleccionar cuidadosamente la ropa, pues a la de un tipo se le dará el tratamiento A, a la de otro el tratamiento B y otra se lavará a mano. El ama de casa puede «sentirse muy orgullosa de saber cuál de todos los productos de aquel arsenal utilizar en cada ocasión».)

Capitalizar —proseguía el informe— la «culpabilidad [de las amas de casa] con respecto a la suciedad oculta» de modo que ponga su casa patas arriba en una operación de «limpieza general» que le dará una «sensación de realización» durante unas cuantas semanas. («Los periodos de limpieza a fondo son los momentos en los que está más dispuesta a probar nuevos productos y la publicidad sobre la "limpieza general" le promete que se sentirá realizada».)

El vendedor también tiene que subrayar la alegría que reporta realizar cada tarea individual, recordando que «casi todas las amas de casa, incluso las que odian a muerte su trabajo, paradójicamente hallan una vía de escape de su eterno destino a través de él al aceptarlo —"al tirarme a él de cabeza", como dicen ellas».

> Perdiéndose en su trabajo —rodeada de todos los aparatos, cremas, polvos y jabones— se olvida durante un rato de lo pronto que tendrá que volver a emprender la misma tarea. En otras palabras, un ama de casa se permite a sí misma olvidar durante un momento lo deprisa que se vuelve a llenar el fregadero de platos, lo deprisa que se vuelve a ensuciar el suelo, y aprovecha ese momento de realización de una tarea como momento de placer tan puro como si acabara de rematar una obra de arte maestra que permaneciera para siempre como monumento conmemorativo suyo.

Éste es el tipo de experiencia creativa que el vendedor de cosas puede darle al ama de casa. Según las palabras de una de ellas:

> No me gustan en absoluto las tareas del hogar. Soy un ama de casa espantosa. Pero de vez en cuando me animo y me pongo a ello en cuerpo y alma [...]. Cuando tengo algún material de limpieza nuevo, por ejemplo cuando salió Glass Wax o esos abrillantadores de muebles de silicona, eso me puso las pilas e iba por la casa sacándole brillo a todo. Me encanta ver las cosas brillar. Me siento tan bien cuando veo los destellos del cuarto de baño...

Y por eso el manipulador recomendaba:

> Identifique su producto con las recompensas físicas y espirituales que obtiene de la sensación casi religiosa de seguridad básica que le inspira su hogar. Hable de sus «sentimientos livianos, felices, serenos», de su «profunda sensación de logro» [...]. Pero recuerde que en realidad no quiere que la adulen por el mero hecho de la adulación [...]. Y recuerde también que su estado de ánimo no siempre es «jovial». Está cansada y un poco seria. Unos adjetivos o colores superficialmente alegres no reflejarán sus sentimientos. Reaccionará de manera mucho más favorable a mensajes sencillos, cálidos y sinceros.

En la década de 1950 se descubrió el revolucionario mercado adolescente. Las adolescentes y las jóvenes casadas empezaron a figurar de forma prominente en las encuestas. Se descubrió que las jóvenes esposas que sólo habían ido al instituto y que nunca habían trabajado eran más

«inseguras», menos independientes y más asequibles a la hora de venderles cosas. A aquellas jóvenes se les podía decir que, comprando los productos adecuados, podían alcanzar el estatus de la clase media, sin empleo ni estudios. Volvía a funcionar el lema comercial de no ser menos que los vecinos; la individualidad e independencia que las mujeres estadounidenses habían ido conquistando con los estudios y el trabajo fuera de casa no planteaban problema con las recién casadas adolescentes. De hecho, según señalaban las encuestas, si el modelo de «la felicidad a través de las cosas» podía establecerse cuando aquellas mujeres todavía eran lo suficientemente jóvenes, se las podía animar con toda seguridad a que salieran y buscaran un empleo a tiempo parcial para ayudar a sus maridos a pagar todas las cosas que ellas compraban. La cuestión fundamental entonces era convencer a las adolescentes de que «la felicidad a través de las cosas» ya no era la prerrogativa de las mujeres ricas o con talento; todas podían gozar de ella, si aprendían «la manera adecuada», la manera en que lo hacían las demás, si aprendían lo bochornoso que podía resultar ser diferente.

Según constaba en uno de estos informes:

> El 49 por 100 de las recién casadas son adolescentes y más muchachas se casan a los 18 años que a cualquier otra edad. Esta formación temprana de una familia da lugar a que un gran número de gente joven esté a punto de asumir sus propias responsabilidades y de tomar sus propias decisiones de compra [...].
>
> Pero el hecho más importante es de naturaleza psicológica: hoy en día el matrimonio no sólo es la culminación de una vinculación romántica; de una manera más consciente y más claramente intencionada que en el pasado, también es una decisión de crear una asociación estableciendo un hogar confortable equipado con un gran número de productos deseables.
>
> Hablando con veintenas de parejas jóvenes y de futuras casadas, hemos observado que, como norma general, sus conversaciones y sueños se centraban en una proporción altísima en sus futuras casas y muebles, en ir de compras «para hacernos una idea», en hablar de las ventajas y desventajas de distintos productos [...].
>
> La esposa moderna recién casada está profundamente convencida del valor único del amor matrimonial, de las posibilidades de encontrar la verdadera felicidad en el matrimonio y de realizar su destino personal en él y a través de él.
>
> Pero el periodo actual de compromiso sólo es hasta cierto punto una fase romántica, embriagadora y de ensoñaciones. Probablemente quepa decir con cierta seguridad que el periodo de compromiso tiende a ser un ensayo de los deberes materiales y de las responsabilidades del matrimonio. Mientras llega el día de la boda, las parejas trabajan duro, ahorran para poder comprar cosas concretas e incluso empiezan a pagar cosas a plazos.
>
> ¿Cuál es el significado más profundo de esta nueva combinación de una fe casi religiosa en la importancia y la belleza de la vida de casados con un actitud basada en el consumo? [...]
>
> La esposa moderna recién casada persigue como objetivo consciente aquello que su abuela consideró en muchos casos como un destino ciego y su madre como una forma de esclavitud: pertenecer a un hombre y tener un hogar e hijos propios, elegir entre todas las carreras posibles la carrera de esposa-madre-ama de casa.

El hecho de que la joven esposa busque ahora en su matrimonio la total «plenitud», de que espere «demostrar lo que vale» y encontrar «el significado fundamental» de la existencia en su hogar, y participar a través de su hogar en «las interesantes ideas de la era moderna, en el futuro» tiene unas enormes «aplicaciones prácticas», se les decía a los anunciantes. Porque todos estos significados que busca en su matrimonio, incluso el temor de «quedarse atrás», puede canalizarse hacia la adquisición de productos. Por ejemplo, a un fabricante de plata de ley, un producto que resulta muy difícil de vender, le dijeron:

> Asegúrele que sólo podrá sentirse plenamente segura en su nuevo papel si tiene cosas de plata [...], que simbolizan su éxito como mujer moderna. Ante todo, represente de forma teatral la alegría y el orgullo que sentirá cuando se dedique a limpiar la plata. Estimule el orgullo por el logro. «Qué orgullo se siente con una tarea tan breve que resulta tan divertida...»

Este informe, que se centraba en las adolescentes muy jóvenes, proporcionaba más consejos. Las jóvenes querrán lo que quieran «las otras», aun cuando sus madres no lo quieran. («Como dijo una de nuestras adolescentes: "Toda la pandilla ha empezado a tener sus propios juegos de plata de ley. Nos encanta —comparar los modelos y revisar juntas los anuncios. Mi propia familia nunca tuvo nada de plata y creen que estoy haciendo ostentación porque me gasto el dinero en ello —les parece que el chapado está igual de bien. Pero a los chicos les parece que están totalmente fuera de onda"».) Capte a ese público en las escuelas, iglesias, hermandades y clubs sociales; cáptelo a través del profesorado de economía doméstica, de las líderes de grupos, de los programas televisivos y de los anuncios para adolescentes. «Éste es el gran mercado del futuro y la publicidad boca a boca, junto con la presión del propio grupo,

no sólo es la influencia más poderosa que se puede ejercer sino, en ausencia de tradiciones, la más necesaria.»

En cuanto a la esposa más independiente y de más edad, esa desafortunada tendencia a utilizar materiales que requieren pocos cuidados —acero inoxidable, platos de plástico, servilletas de papel— puede abordarse haciéndola sentirse culpable por los efectos que esto tendrá en sus hijos. («Como nos dijo una joven esposa: "Estoy fuera de casa todo el día, por lo que no puedo ni preparar ni servir las comidas como me gustaría. No me agrada que las cosas sean así —mi marido y mis hijos se merecen un tratamiento mejor. A veces pienso que sería preferible que tratáramos de arreglárnoslas con un único sueldo y de tener una verdadera vida de hogar, pero siempre necesitamos tantas cosas..."».) Este sentimiento de culpa, sostenía el informe, puede aprovecharse para hacer que vea los productos, la plata, como un medio para mantener la cohesión de la familia; le da un «valor psicológico añadido». Y lo que es más, el producto incluso puede satisfacer la necesidad de identidad de la esposa: «Sugiérale que se convierte *realmente* en una parte de *ti,* que te refleja *a ti*. Que no le asuste sugerir místicamente que la plata de ley se adaptará a cualquier casa y a cualquier persona.»

La industria de las pieles tiene dificultades, sugería otro informe, porque las jóvenes de instituto y de *college* identifican los abrigos de piel con algo «inútil» y propio de una «mujer mantenida». Una vez más la recomendación era captar a las muy jóvenes antes de que hubiesen asumido aquellas desafortunadas connotaciones. («Al iniciar a las más jóvenes en experiencias positivas con las pieles, aumentan las probabilidades de facilitarles el camino hacia la adquisición de prendas de piel en su adolescencia.») Hay que señalar que «llevar una prenda de piel de hecho consolida la feminidad y la sexualidad de una mujer». («Es el tipo de cosas que una chica está deseando. Significa algo. Es femenino.» «Estoy educando adecuadamente a mi hija. Siempre quiere ponerse "el abrigo de mamá". Querrá tener uno. Es una auténtica mujercita».) Pero hay que tener presente que «el visón ha introducido en el mercado de la piel un simbolismo femenino negativo». Desgraciadamente, dos de cada tres mujeres consideraban que las que llevaban visones eran «predadoras [...] explotadoras [...] dependientes [...] socialmente improductivas».

Hoy en día la feminidad no puede ser tan explícitamente predatoria, explotadora, decía el informe; tampoco puede tener las viejas y desfasadas «connotaciones de destacar de la masa y de egoísmo». Por lo tanto es preciso limitar la «orientación al ego» de las pieles y sustituirla con la nueva feminidad del ama de casa, para la cual la orientación al ego debe traducirse en unidad, en orientación a la familia.

> Empiece a crear la sensación de que la piel es una necesidad —una necesidad deliciosa [...] dándole de ese modo a la consumidora permiso moral para comprar algo que de momento sienta que está orientado al ego [...]. Refuerce el carácter de la feminidad de la piel, desarrollando algunos de los siguientes símbolos de estatus y de prestigio [...] una mujer emocionalmente feliz [...] esposa y madre que se gana el afecto y el respeto de su marido y de sus hijos debido al tipo de persona que es y al tipo de rol que desempeña [...].
>
> Sitúe las pieles en un contexto familiar; muestre el placer y la admiración por una prenda de piel que le han regalado los miembros de su familia, su esposo y sus hijos; el orgullo de ellos por el aspecto de su madre, al poseer una prenda de piel. Diseñe prendas de piel que puedan ser regalos «de familia», permita que toda la familia disfrute de esa prenda en Navidades, etc., reduciendo de ese modo su orientación al ego para la propietaria y haciendo que se desvanezca su sentimiento de culpa por su supuesta autoindulgencia.

Es decir, que la única manera en la que se suponía que la joven ama de casa podía expresarse a sí misma sin sentirse culpable por ello consistía en comprar productos para el-hogar-y-la-familia. Cualquier impulso creativo que tuviera también debía estar orientado al hogar-y-la-familia, como otro sondeo informaba a la industria de la costura en casa.

> Actividades como la de coser adquieren un nuevo significado y una nueva condición. Coser ya no se asocia a la necesidad absoluta [...]. Además, con la elevación moral de las actividades del hogar, la costura, al igual que la cocina, la jardinería y la decoración de interior, se identifica con un medio de expresar la creatividad y la individualidad y también como un medio para alcanzar la «calidad» que dicta un nuevo nivel de gusto.

Las mujeres que cosían, descubrió este sondeo, son las amas de casa activas, enérgicas, inteligentes y modernas, las nuevas mujeres estadounidenses modernas orientadas al hogar que tienen una gran necesidad insatisfecha de realización de su propia individualidad, la cual debe satisfacerse a través de alguna actividad en el hogar. El gran problema de la industria de la costura en casa era que la «imagen» de la costura resultaba demasiado «aburrida»; de algún modo no daba pie a la sensación de estar creando algo importante. Cuando vende sus productos, la industria debe hacer hincapié en la «perdurable creatividad» de la costura.

Pero incluso coser no puede llegar a ser demasiado creativo, demasiado individual, según el consejo que se le da a un fabricante de patrones. Sus patrones requerían cierta inteligencia para poder seguirlos y de-

jaban mucho margen a la expresión individual; el fabricante tenía problemas precisamente por ese motivo, porque sus patrones suponían que una mujer «sabría lo que le gusta y probablemente tendría unas ideas definidas». Le recomendaron que ampliara la «personalidad de su moda, excesivamente limitada» y que se buscara un «conformismo con la moda», que apelara a la «mujer insegura con la moda», al «elemento conformista en la moda», a quien siente «que no es muy hábil vestirse de una manera demasiado diferente». Porque, por supuesto, el problema del fabricante no era satisfacer la necesidad de individualidad, de expresión o de creatividad de la mujer, sino vender más patrones —cosa que se consigue mejor fomentando el conformismo.

Una y otra vez, las encuestas analizaban sagazmente las necesidades, e incluso las frustraciones secretas, del ama de casa estadounidense; y cada vez, si esas necesidades se manipulaban adecuadamente, ésta podía ser inducida a comprar más «cosas». En 1957, un estudio informaba a unos grandes almacenes que su papel en este nuevo mundo era no sólo «vender» bienes al ama de casa sino satisfacer la necesidad de ésta de «educarse» —satisfacer su anhelo, sola en su casa, de sentirse parte del mundo en transformación. Los almacenes podrían venderle más cosas, decía el informe, si comprendían que la verdadera necesidad que está tratando de satisfacer yendo de compras no es nada que pueda comprar allí.

> La mayoría de las mujeres tienen no sólo una necesidad material sino una tendencia psicológica compulsiva a visitar los grandes almacenes. Viven comparativamente en situación de aislamiento. Su panorama y sus experiencias son limitados. Saben que existe una vida más amplia más allá de su horizonte y temen que la vida les pase de largo.
>
> Los grandes almacenes rompen ese aislamiento. La mujer que entra en unos grandes almacenes de repente siente que sabe lo que está pasando en el mundo. Los grandes almacenes, más que las revistas, la televisión o cualquier otro medio de comunicación de masas, es la principal fuente de información acerca de los distintos aspectos de la vida para la mayoría de las mujeres...

Los grandes almacenes deben satisfacer muchas necesidades, prosigue este informe. En primer lugar, las amas de casa «necesitan aprender y progresar en la vida».

> Simbolizamos nuestra posición social a través de los objetos con los que nos rodeamos. Una mujer cuyo marido estaba ganando 6.000 dólares hace unos cuantos años y que ahora gana 10.000 necesita aprender todo un nuevo conjunto de símbolos. Los grandes almacenes son sus mejores maestros en la materia.

Por otra parte, existe una necesidad de logro que la nueva ama de casa moderna satisface a través de las «gangas».

> Hemos observado que en nuestra economía de la abundancia, la preocupación por los precios no es tanto una necesidad económica como psicológica para la mayoría de las mujeres [...]. Cada vez más, una «ganga» significa, no que «ahora puedo comprar algo que no podría permitirme si el precio fuera mayor», sino fundamentalmente que «estoy haciendo un buen trabajo como ama de casa; estoy contribuyendo al bienestar de la familia del mismo modo que lo hace mi marido cuando trabaja y trae el dinero a casa».

El precio en sí apenas importa, decía el informe:

> Puesto que comprar es el único momento álgido de una relación complicada, basada en gran medida en el anhelo de la mujer de saber cómo llegar a ser una mujer más atractiva, una mejor ama de casa, una madre excelente, etc., utilice esa motivación en todas sus promociones y anuncios. Aproveche cualquier oportunidad para explicar cómo su tienda le ayudará a desempeñar satisfactoriamente sus roles más preciados en la vida [...].
>
> Si los grandes almacenes son la escuela de vida de las mujeres, los anuncios son los libros de texto. Ellas muestran una inagotable avidez por esos anuncios que les dan la ilusión de que están en contacto con lo que está pasando en el mundo de los objetos inanimados, objetos a través de los cuales expresan tantas cosas de tantos de sus impulsos...

Nuevamente, en 1957, un estudio informaba muy acertadamente de que, a pesar de los «muchos aspectos positivos» de la «nueva era centrada en el hogar», desgraciadamente eran demasiadas las necesidades que ahora se centraban en el hogar —y que el hogar no era capaz de satisfacer. ¿Era eso motivo de alarma? En absoluto; hasta esas necesidades son objeto de manipulación:

> La familia no siempre es la cubeta de oro psicológica al final del arco iris que promete la vida moderna tal como en ocasiones se ha representado. De hecho, hoy en día se le están planteando a la familia exigencias psicológicas que ésta no es capaz de satisfacer [...].
>
> Afortunadamente para los productores y anunciantes de Estados Unidos (y también para la familia y para el bienestar psicológico de nuestra ciudadanía), gran parte de ese vacío puede colmarse, y se está colmando, mediante la adquisición de bienes de consumo.

> Cientos de productos cumplen todo un conjunto de funciones psicológicas que los productores y anunciantes deberían conocer y aprovechar para el desarrollo de enfoques de venta más eficaces. Del mismo modo que, en cierta época, producir sirvió como vía de escape de las tensiones sociales, es ahora el consumo el que cumple esa función.

La adquisición de cosas hace que se desvanezcan esas necesidades que en realidad el hogar y la familia no pueden satisfacer —la necesidad de las amas de casa de «algo que va más allá de ellas mismas y con lo que se puedan identificar», «una sensación de estar moviéndose con los demás hacia los fines que dan significado y propósito a la vida», «un fin social indiscutido al que cada individuo pueda dedicar sus esfuerzos».

> Profundamente arraigada en la naturaleza humana se halla la necesidad de ocupar un lugar significativo en el seno de un grupo que se esfuerza por alcanzar fines sociales importantes. Siempre que esto falta, el individuo sufre desasosiego. Lo cual explica por qué, cuando hablamos a la gente a lo largo y a lo ancho de este país, una y otra vez oímos preguntas del tipo: «¿Qué significa todo esto?», «¿Adónde voy?», «¿Por qué no tenemos la impresión de que las cosas valgan la pena cuando todos trabajamos tanto y tenemos tantas malditas cosas con las que jugar?».
>
> La cuestión es: ¿puede su producto colmar este vacío?

«La necesidad frustrada de privacidad en la vida familiar» en esta era de «unidad» era otro deseo secreto que un estudio en profundidad reveló. Sin embargo, esta necesidad bien podía utilizarse para vender un segundo coche...

> Además del coche del que toda la familia disfruta junta, está el coche para el marido o la mujer —«Solo en el coche, uno puede recibir la bocanada de aire fresco que tanto necesita y puede llegar a considerar el automóvil como su castillo o el instrumento de la privacidad reconquistada». O la pasta de dientes, el jabón o el champú «individual» o «personal».

Otro sondeo informaba de que se estaba produciendo una desconcertante «desexualización de la vida matrimonial» a pesar del gran énfasis en el matrimonio, la familia y el sexo. El problema era el siguiente: ¿cómo proveer aquello que el informe diagnosticaba denominándolo «ausencia de chispa sexual»? La solución fue la siguiente: el informe recomendaba a los vendedores que «volvieran a introducir la libido en la publicidad». A pesar de la sensación de que los fabricantes están tratando de venderlo todo a través del sexo, el sexo tal como lo encontramos en los anuncios de televisión y en los de las revistas nacionales es demasiado comedido, decía el informe, demasiado recatado. «El consumismo» está desexualizando la libido estadounidense porque «no ha sabido reflejar las poderosas fuerzas vitales que hay en cada individuo y que van mucho más allá de las relaciones entre los sexos». Al parecer, los vendedores han sexuado el sexo fuera del ámbito del sexo.

> La mayor parte de la publicidad moderna refleja y exagera burdamente nuestra tendencia nacional actual a desvalorizar, simplificar y aguar los apasionados aspectos turbulentos y electrizantes de las pulsiones vitales de la humanidad [...]. Nadie sugiere que la publicidad pueda o deba volverse obscena ni salaz. El problema radica en el hecho de que, por su timidez y falta de imaginación, se encuentra ante el peligro de empobrecer su contenido de libido y por consiguiente de convertirse en algo irreal, inhumano y tedioso.

¿Cómo recuperar la libido, restaurar la espontaneidad perdida, el impulso, el amor por la vida, la individualidad de los que al parecer carece el sexo en Estados Unidos? En un momento de despiste, el informe concluye que «el amor a la vida, así como al otro sexo, debería no verse afectado por otros motivos externos [...] hay que conseguir que la esposa sea, más que un ama de casa [...] una mujer...».

Un día, estando yo inmersa en los distintos enfoques que estos informes habían estado transmitiéndoles a los anunciantes estadounidenses durante los últimos quince años, me invitaron a comer con el hombre que dirige esta operación de investigación motivacional. Me había resultado de tanta ayuda al mostrarme las fuerzas comerciales que se hallaban tras la mística de la feminidad que tal vez yo pudiera serle de utilidad a él. Ingenuamente le pregunté por qué, ya que le había parecido tan difícil darles a las mujeres una auténtica sensación de creatividad y de realización a través del trabajo doméstico y tratar de mitigar su culpabilidad, desilusión y frustración a través de la adquisición de más «cosas» —por qué no las habían animado a que compraran cosas que les sirvieran para aquello para lo que valían, de modo que tuvieran tiempo para salir de casa y perseguir objetivos verdaderamente creativos en el mundo exterior.

«Pero si la hemos ayudado a redescubrir el hogar como expresión de su creatividad», contestó. «La ayudamos a considerar el hogar moderno como el estudio del artista, el laboratorio del científico. Además —dijo encogiéndose de hombros—, la mayor parte de los fabricantes

con los que tratamos producen cosas que tienen que ver con las labores del hogar.»

«En una economía de libre mercado —prosiguió— hemos de desarrollar la necesidad de nuevos productos. Y para hacerlo tenemos que liberar a las mujeres para que deseen esos nuevos productos. Les ayudamos a redescubrir que ser ama de casa es más creativo que competir con los hombres. Esto se puede manipular. Les vendemos lo que deberían querer, aceleramos el inconsciente, hacemos que éste avance. El gran problema es liberar a la mujer para que no tema lo que le pueda suceder si no tiene que pasar tanto tiempo cocinando y limpiando.»

«A eso me refiero precisamente —dije yo—. ¿Por qué el anuncio del preparado para hacer repostería no le dice a la mujer que podría utilizar el tiempo que se ahorra estudiando astronomía?»

«No costaría tanto —contestó él—. Unas pocas imágenes, la astrónoma encuentra a su hombre, la astrónoma como heroína, mostrar el glamour de una mujer astrónoma [...]. Pero no —concluyó, volviéndose a encoger de hombros—, el cliente se asustaría demasiado. Quiere vender un producto preparado para hacer tartas. La mujer ha de querer permanecer en la cocina. El fabricante quiere volver a suscitar su interés por la cocina y le enseñamos cómo hacerlo de la manera adecuada. Si le dice que todo lo que puede ser es esposa y madre, le escupirá a la cara. Pero le enseñamos a decirle que cocinar es una tarea creativa. Si le decimos a la mujer que se haga astrónoma, tal vez se aleje demasiado de la cocina. Además —añadió—, si lo que quiere es que se haga una campaña para liberar a las mujeres y que sean astrónomas, tiene que encontrar a alguien, como la Asociación Nacional para la Educación, que la financie.»

Hay que reconocerles a los investigadores motivacionales el mérito de su perspicacia con respecto a la realidad de la vida y las necesidades de las amas de casa —una realidad que con frecuencia no eran capaces de ver sus colegas de la sociología y la terapia psicológica académicas, que observaban a las mujeres a través del velo freudiano-funcionalista. En beneficio propio, y en el de sus clientes, los manipuladores descubrieron que millones de amas de casa estadounidenses supuestamente felices tenían necesidades complejas que el-hogar-y-la-familia o el-amor-y-las-criaturas, no podían satisfacer. Pero debido una moral que sólo piensa en los dólares, a los manipuladores se les puede acusar de utilizar sus planteamientos para venderles a las mujeres cosas que, por muy ingeniosas que sean, nunca satisfarán las necesidades cada vez más desesperadas de éstas. Son culpables de convencer a las amas de casa de que se queden en casa, entontecidas delante del televisor, con sus necesidades humanas no sexuales sin nombrar, sin satisfacer, empujadas a comprar cosas gracias al camelo sexual.

Es difícil acusar a los manipuladores y a sus clientes de las empresas estadounidenses de haber creado la mística de la feminidad. Pero sin duda son sus más poderosos perpetuadores; son sus millones los que han cubierto el país de imágenes persuasivas que adulan al ama de casa estadounidense, distraen su sentimiento de culpa y disfrazan su creciente sensación de vacío. Lo han hecho con tanto éxito, utilizando las técnicas y los conceptos de la ciencia social moderna, y traduciéndolos a esos anuncios televisivos y de prensa engañosamente sencillos, hábiles y ofensivos, que cualquier observador actual de la escena estadounidense acepta como un hecho cierto que la gran mayoría de las mujeres estadounidenses carecen de otra ambición que no sea la de ser amas de casa. Si no son los únicos responsables de enviar a las mujeres de vuelta al hogar, desde luego son responsables de mantenerlas allí. Es difícil evitar su inagotable arenga en esta era de la comunicación de masas; han marcado a fuego las mentes de todas las mujeres con el sello de la mística de la feminidad, y las mentes de sus maridos, hijos y vecinos. Han convertido la mística en parte de la trama de su vida diaria, hostigando a la mujer por no ser mejor ama de casa, por no amar lo suficiente a su familia, por envejecer.

> ¿Puede una mujer sentirse bien si prepara la comida en una cocina que está sucia? Hasta ahora, ninguna cocina podía mantenerse siempre verdaderamente limpia. Ahora las nuevas cocinas RCA de Whirlpool tienen puertas de horno que se levantan, cajones para la parrilla que pueden limpiarse en el fregadero, bandejas deslizantes que se extraen fácilmente [...] Es la primera gama de modelos que cualquier mujer puede mantener absolutamente limpios con facilidad [...] y conseguir que todo lo que cocine sepa mejor.
>
> El amor se expresa de muchas formas. Amar es dar y aceptar. Es proteger y elegir [...] sabiendo lo que es más seguro para tus seres queridos. Su papel higiénico es papel Scott siempre [...]. Ahora en cuatro colores y en blanco.

Con qué habilidad distraen su necesidad de realizarse convirtiéndola en fantasías sexuales que le prometen la eterna juventud, que alivian su sensación de que el tiempo está pasando. Incluso le dicen que puede detener el tiempo:

> ¿Será su mamá... o no? Es tan divertida como los niños y parece tan joven como ellos. Su naturalidad, la manera en que el cabello le bri-

lla y refleja la luz, como si hubiera descubierto el secreto de detener el tiempo. Y en cierto sentido lo ha conseguido...

Con creciente habilidad, los anuncios ensalzan su «rol» de ama de casa estadounidense, sabiendo que la propia falta de identidad de ese rol la hará adquirir ciegamente cualquier cosa que le vendan.

> ¿Quién es ella? Se emociona tanto como su hija de seis añitos con el primer día de clase. Cuenta sus días por los trenes que ha ido a esperar, las comidas que ha preparado, los dedos a los que ha puesto tiritas, y 1.001 detalles. Podría ser tú, que necesitas un tipo de ropa especial para tu ajetreada y gratificante vida.
>
> ¿Eres tú esa mujer? Que le proporciona a sus hijos la diversión y las posibilidades que quiere para ellos. Que los lleva a todas partes y les ayuda a hacer cosas. Que dedica la parte que se espera de ella a los asuntos de la parroquia y de la comunidad. Que desarrolla sus talentos para ser más interesante. Puedes ser la mujer que quieres ser con un Plymouth todo para ti [...] Ve a donde quieras, cuando quieras, en un hermoso Plymouth que es tuyo y de nadie más...

Pero una nueva cocina o un papel higiénico más suave no hacen que una mujer sea mejor esposa o madre, por mucho que ella piense que es lo que necesita ser. Teñirse el pelo no puede detener el tiempo; comprar un Plymouth no le dará una nueva identidad; fumar Marlboro no le conseguirá una invitación para irse a la cama con alguien, aun cuando piense que eso es lo que quiere. Pero esas promesas incumplidas pueden mantenerla permanentemente sedienta de cosas, y evitar que adivine jamás lo que de verdad quiere o necesita.

Un anuncio a toda página en el *New York Times* (10 de junio de 1962) estaba «¡Dedicado a la mujer que consagra su vida a estar a la altura de su potencial!». Debajo de la fotografía de una hermosa mujer vestida con un traje de noche, adornada con joyas y acompañada por dos hermosas criaturas, podía leerse: «El único programa plenamente integrado de cuidado de la piel y maquillaje nutritivos —diseñado para elevar la belleza de una mujer hasta su más alta cumbre. La mujer que utiliza "Última" tiene una profunda sensación de plenitud. Un nuevo tipo de orgullo. Porque esta lujosa Colección Cosmética es el *non plus ultra*... más allá no hay nada.»

Todo esto resulta sumamente ridículo cuando comprendes lo que se pretende. Tal vez el ama de casa no pueda echarle la culpa a nadie más que a sí misma si permite que los manipuladores la adulen o la amenacen para que compre cosas que no satisfacen ni las necesidades de su familia ni las suyas propias. Pero si los anuncios de prensa y televisivos constituyen un caso claro de advertencia de descargo de responsabilidad, el mismo camelo sexual disfrazado en el contenido editorial de una revista o de un programa de televisión resulta a la vez menos ridículo y más insidioso. Aquí el ama de casa es a menudo una víctima inconsciente. He escrito para algunas de las revistas en las que el camelo sexual está inextricablemente unido al contenido editorial. Consciente o inconscientemente, los editores saben lo que el anunciante quiere.

> La esencia de la revista X es el servicio —el servicio total a la mujer completa que es el ama de casa estadounidense; servicio en todas las áreas de mayor interés para los anunciantes, que también son hombres de negocios. Le ofrece al anunciante un gran número de amas de casa serias, conscientes y dedicadas. Mujeres más interesadas por el hogar y los productos para el hogar. Mujeres más dispuestas a pagar y con capacidad para hacerlo...

Nunca hace falta escribir ninguna nota, nunca hace falta pronunciar ninguna frase en las reuniones editoriales; los hombres y mujeres que toman las decisiones editoriales suelen sacrificar sus propios y elevados principios en aras del dólar del anunciante. Con frecuencia, como lo ha revelado recientemente el director de *McCall's*[2], la influencia de los anunciantes es todo menos sutil. El tipo de hogar representado en las páginas dedicadas al «servicio» sigue la pauta que marcan de manera rotunda los chicos de la publicidad.

Y sin embargo, toda empresa tiene que conseguir beneficios con sus productos; cualquier revista o cadena necesita la publicidad para sobrevivir. Pero aun cuando el beneficio sea el único motivo, y la única vara de medir el éxito, me pregunto si los medios de comunicación no se estarán equivocando cuando le dan al cliente lo que creen que el cliente quiere. Me pregunto si el reto y las oportunidades para la economía y para las propias empresas de Estados Unidos no radicarán a largo plazo en permitir que las mujeres crezcan, en lugar de protegerlas con el suero de la eterna juventud que las mantiene vacías y sedientas de consumo.

El verdadero crimen, independientemente de lo lucrativo que pueda resultar para la economía estadounidense, es la cruel y creciente aceptación del consejo del manipulador de recurrir a gente «cada vez más joven» —los anuncios televisivos en los que los niños cantan o recitan incluso antes de haber aprendido a leer, los grandes y hermosos anuncios

[2] Harrison Kinney, *Has Anybody Seen My Father?*, Nueva York, 1960.

casi tan facilones como la cartilla, las revistas diseñadas deliberadamente para convertir a las adolescentes en amas de casa compradoras de cosas incluso antes de que se hayan convertido en mujeres:

> Lee la revista X de cabo a rabo [...]. Aprende a comprar, a cocinar y a coser y todo aquello que una mujer joven debería saber. Planifica su guardarropa en torno a las propuestas de la revista X, sigue los consejos de belleza y de alterne con los hombres de la revista X [...], consulta la revista X en busca de las últimas modas para adolescentes [...] y, ¡hay que ver lo que compra a partir de esos anuncios de la revista X! Los hábitos de compra empiezan en la revista X. Es más fácil EMPEZAR a tener un hábito de consumo que DEJAR de tenerlo. (Sepa cómo la publicación única de la revista X, la revista X edición escolar, introduce tus anuncios en las aulas de economía doméstica de los institutos.)

Como si de una cultura primitiva se tratara, en la que se sacrificaran a las niñas a los dioses tribales, sacrificamos a nuestras niñas a la mística de la feminidad, preparándolas cada vez más eficazmente a través del camelo sexual para que se conviertan en consumidoras de las cosas a cuya lucrativa venta se dedica nuestra nación. Recientemente se publicaron dos anuncios en una revista informativa de ámbito nacional, dirigidos no sólo a chicas adolescentes sino también a los ejecutivos que producen y venden cosas. Uno de ellos mostraba la fotografía de un muchacho:

> Voy a ir a la luna [...] ¡y tú no puedes ir porque eres una niña! Hoy en día los niños crecen más deprisa y sus intereses cubren un abanico muy amplio —desde los patines hasta los cohetes. La empresa X también ha crecido, y ofrece un amplio abanico de productos electrónicos para aplicaciones públicas, industriales y espaciales.

En el otro anuncio aparecía el rostro de una niña:

> ¿Ha de crecer una niña capacitada para convertirse en ama de casa? Los expertos pedagogos consideran que el don de una gran inteligencia está reservado a tan sólo una de cada cincuenta criaturas en nuestro país. Cuando esa criatura es una niña, inevitablemente surge una pregunta: «¿Acaso vamos a desperdiciar tan valioso don si se convierte en ama de casa?» Dejemos que estas niñas tan capacitadas contesten a la pregunta por sí mismas. Más del 90 por 100 de ellas contrae matrimonio, y a la mayoría les parece que el trabajo de ama de casa es un reto y una recompensa suficientes al que dedicar plenamente toda su inteligencia, su tiempo y su energía [...]. En sus papeles cotidianos de enfermera, educadora, economista y simple ama de casa, constantemente está buscando formas de mejorar la vida de su familia [...]. Millones de mujeres, que compran para la mitad de las familias de Estados Unidos, lo hacen coleccionando cupones X.

Si esa capacitada niña crece y se convierte en ama de casa, ¿puede siquiera el manipulador conseguir que los cupones de supermercado consuman toda su inteligencia humana, su energía humana, en el siglo en el que viva, mientras ese muchacho va a la luna?

No subestimes nunca el poder de una mujer, dice otro anuncio. Pero ese poder se ha subestimado y se sigue subestimando en Estados Unidos. O más bien, sólo se aprecia en la medida en que puede ser manipulado con fines comerciales. La inteligencia y energía humanas de las mujeres en realidad no cuentan. Y sin embargo, existen, para ser utilizadas para algún propósito más elevado que el del trabajo doméstico y la adquisición de bienes —o para ser derrochadas. Tal vez sólo una sociedad enferma, que no está dispuesta a hacer frente a sus propios problemas e incapaz de concebir objetivos y propósitos a la altura de la capacidad y del conocimiento de sus miembros, opte por ignorar la fuerza de las mujeres. Tal vez sólo una sociedad enferma o inmadura opte por convertir a las mujeres en «amas de casa» y no en personas. Tal vez sólo unos hombres y mujeres inmaduros y enfermos, que no están dispuestos a hacer frente a los grandes desafíos de la sociedad, pueden recluirse durante tanto tiempo, sin sentir una insoportable desazón, en ese hogar gobernado por las cosas y convertirlo en el único objetivo de la existencia.

Capítulo 10

Las tareas domésticas se expanden para rellenar el tiempo disponible

Con la visión que bailaba ante mis ojos de la feliz ama de casa moderna tal como la describían las revistas y la televisión, los sociólogos funcionalistas, los educadores sexistas y los manipuladores, decidí ir en busca de una de esas criaturas místicas. Igual que Diógenes con su lámpara, recorrí en mi calidad de reportera un barrio residencial tras otro en busca de una mujer capaz y con estudios que se sintiera realizada como ama de casa. Primero acudí a los centros de salud mental y a las clínicas de orientación de los barrios residenciales, a psicoanalistas locales acreditados, a médicos residentes locales reconocidos y, tras anunciarles mi propósito, les pedí que me guiaran, no hacia las amas de casa neuróticas y frustradas, sino hacia mujeres capaces, inteligentes y con estudios que fueran amas de casa y madres adaptadas y a jornada completa.

«Conozco a muchas amas de casa de ese tipo que se han realizado como mujeres», me dijo un psicoanalista. Le pedí que me nombrara a cuatro y fui a visitarlas.

Una de ellas, después de cinco años de terapia, ya no era una mujer compulsiva, pero tampoco era un ama de casa a jornada completa; se había hecho programadora informática. La segunda era una mujer gloriosamente exuberante, con un estupendo marido que había triunfado y tres inteligentes hijos desbordantes de vida. A lo largo de toda su vida de casada había ejercido como psicoanalista profesional. La tercera, entre un embarazo y otro, seguía adelante muy en serio con su carrera de bailari-

na. Y la cuarta, después de la psicoterapia, estaba asumiendo un compromiso cada vez mayor en política.

Volví a informar a mi guía y le dije que, aunque las cuatro daban la sensación de ser mujeres «realizadas», ninguna de ellas era ama de casa a jornada completa e incluso una de ellas pertenecía a su propia profesión. «Es una mera coincidencia con esas cuatro», me dijo. Pero me pregunté si aquello realmente *era* una coincidencia.

En otra comunidad, me dirigieron hacia una mujer que, según mi informante, se había realizado verdaderamente como ama de casa («hasta hornea su propio pan»). Descubrí que durante la época en la que sus cuatro hijos tenían menos de seis años y ella escribía «Ocupación: sus labores» en la casilla del censo, había aprendido un nuevo idioma (y se había sacado el título que la acreditaba para enseñarla) y había aprovechado su formación musical anterior primero tocando como organista voluntaria en la iglesia y luego enseñando como profesional remunerada. Poco después de entrevistarla yo, aceptó un empleo en la enseñanza.

En muchos casos, sin embargo, las mujeres a las que entrevistaba encajaban perfectamente con la nueva imagen de la realización femenina —tenían cuatro, cinco o seis hijos, horneaban su propio pan, ayudaban a construir la casa con sus propias manos, cosían toda la ropa de sus hijos. Aquellas mujeres no habían soñado con tener una carrera, no habían tenido visiones de un mundo con más horizonte que el de su hogar; toda su energía la dedicaban a sus vidas como amas de casa y madres; su única ambición, su único sueño ya realizado. Pero ¿se sentían realizadas aquellas mujeres?

En una urbanización de familias de elevado nivel de renta en la que realicé entrevistas, había veintiocho esposas. Algunas eran graduadas de *college* que tenían entre treinta y cuarenta y pocos años; las esposas más jóvenes normalmente habían abandonado el *college* para casarse. Sus maridos, en una proporción bastante elevada, se dedicaban a trabajos profesionales que constituían para ellos un reto. Sólo una de aquellas esposas trabajaba profesionalmente; la mayoría había hecho la carrera de la maternidad, combinándola con alguna actividad en la comunidad. Diecinueve de las veintiocho habían dado a luz de parto natural (en aquel lugar, hace unos años, era frecuente que, cuando salían a cenar a casa de alguien, mujeres y maridos se sentaran en el suelo y practicaran juntos los correspondientes ejercicios de relajación). Veinte de las veintiocho habían amamantado a sus hijos. Muchas de aquellas mujeres, en torno a los cuarenta, estaban embarazadas. La mística de la realización femenina se seguía tan al pie de la letra en aquella comunidad que si una niña decía: «Cuando sea mayor, voy a ser médico», su madre la corregía: «No, cariño, eres una niña. Vas a ser esposa y madre, como mamá».

Pero ¿cómo era mamá realmente? Dieciséis de las veintiocho se estaban psicoanalizando o estaban recibiendo terapia psicoanalítica. Dieciocho tomaban tranquilizantes; varias habían tratado de suicidarse; y alguna había sido hospitalizada durante periodos variables, por depresión o con un diagnóstico sin concretar de algún estado psicótico. («Le sorprendería el número de esas felices mujeres de los barrios residenciales que simplemente se chiflan una noche y se ponen a correr desnudas dando gritos por la calle», dijo el médico local, que no era psiquiatra y al que habían llamado para atender emergencias de ese tipo.) De las mujeres que habían dado el pecho a sus hijos, una había seguido, desesperadamente, hasta que el niño estaba tan desnutrido que su médico tuvo que intervenir a la fuerza. Doce tenían aventuras extramaritales reales o imaginarias.

Aquellas eran refinadas e inteligentes mujeres estadounidenses, a las que cabía envidiar por sus casas, sus maridos, sus hijos y sus dotes personales de mente y alma. ¿Por qué tantas de ellas eran mujeres compulsivas? Más tarde, cuando vi aquel modelo repetido una y otra vez en barrios residenciales similares, comprendí que difícilmente podía tratarse de una coincidencia. Aquellas mujeres se parecían principalmente en un aspecto: todas tenían en común una inteligencia y unas facultades poco habituales, alimentadas por, al menos, los inicios de una educación superior —y la vida que estaban llevando como amas de casa de barrio residencial les negaba la plena utilización de su capacidad.

Fue en aquellas mujeres en las que primero empecé a observar los signos reveladores del malestar que no tiene nombre; sus voces eran apagadas y planas, o nerviosas y alteradas; estaban apáticas y aburridas o frenéticamente «atareadas» con la casa o la comunidad. Hablaban de «realizarse» desde la perspectiva de la esposa-y-madre de la mística, pero ansiaban desesperadamente poder hablar de ese otro «malestar», con el que daban la sensación de estar verdaderamente familiarizadas.

Una mujer había encabezado la búsqueda de buenos maestros para el atrasado sistema docente de su comunidad; había participado durante un curso en el consejo rector de la escuela. Cuando todos sus hijos estaban ya escolarizados, a los treinta y nueve años de edad, se puso a pensar seriamente en su futuro: ¿debía volver al *college,* sacarse un título de maestría y convertirse en docente profesional? Pero luego, de repente, había decidido dejarlo estar —en lugar de aquello, tuvo un hijo ya tarde, el quinto. Oí ese tono apagado en su voz cuando me dijo que ahora había abandonado sus actividades en la comunidad para «volver a tomar las riedas de la casa».

Percibí ese mismo tomo apagado y triste en la voz de una mujer algo mayor, cuando me dijo:

> Estoy buscando algo que me satisfaga. Creo que lo más maravilloso del mundo sería trabajar, ser útil. Pero no sé hacer nada. Mi marido no cree que las esposas deban trabajar. Daría ambos brazos porque mis hijos volvieran a ser pequeños y tenerlos en casa. Mi marido me dice que me busque algo con que entretenerme y que no necesito trabajar. Así que ahora juego al golf, casi todos los días, sola. Cuando caminas por el campo, tres o cuatro horas diarias, al menos consigues conciliar el sueño por la noche.

Entrevisté a otra mujer en la enorme cocina de una casa que ella misma había ayudado a construir. Estaba ocupada amasando la harina de su famoso pan hecho en casa; un vestido que estaba haciéndole a su hija estaba a medio terminar sobre la máquina de coser; en una esquina había un telar. Tirados por todo el suelo de la casa, desde la puerta de entrada hasta la cocina, había pinturas y juguetes de los niños: en aquella costosa casa moderna, como en muchas de las casas de planta abierta de aquella época, no había puerta entre la cocina y el cuarto de estar. Aquella madre tampoco tenía ningún sueño, ni deseo, ni pensamiento, ni frustración propios que la indujeran a separarse de sus hijos. Estaba embarazada de su séptimo hijo; su felicidad era completa, me dijo, cuando pasaba los días con sus hijos. Tal vez ella fuera una feliz ama de casa.

Pero justo antes de irme le dije, como si se me hubiera quedado la idea rondando en la cabeza, que suponía que estaba bromeando cuando me había comentado que envidiaba a su vecina, que era diseñadora profesional y la madre de tres criaturas. «No, no estaba bromeando», me contestó; y aquella ama de casa serena, que amasaba el pan que siempre hacía ella personalmente, se echó a llorar. «La envidio terriblemente», me dijo. «Sabe lo que quiere hacer. Yo no lo sé. Nunca lo he sabido. Cuando estoy embarazada y los bebés son pequeños, por fin soy *alguien*, una madre. Pero luego se hacen mayores. No puedo seguir teniendo bebés toda la vida, así sin más.»

Aunque nunca encontré ninguna mujer que encajara con esa imagen de «feliz ama de casa», observé otra cosa en aquellas mujeres capaces que estaban viviendo sus vidas bajo la protectora sombra de la mística de la feminidad. Estaban muy *ocupadas* —ocupadas haciendo la compra, llevando a los niños en el coche a todas partes, utilizando sus friegaplatos y secadoras y batidoras eléctricas, ocupadas arreglando el jardín, encerando el suelo, abrillantando los muebles, ayudando a los niños a hacer los deberes, haciendo una colecta para personas con problemas de salud mental y haciendo miles de pequeñas faenas. A lo largo de mis entrevistas con aquellas mujeres, empecé a carme cuenta de que había algo peculiar relacionado con el *tiempo* que llevan hoy en día las labores del hogar.

En una calle de un barrio residencial había dos casas de estilo colonial, cada una de ellas con un cuarto de estar grande y confortable, una pequeña biblioteca, un comedor aparte y una gran cocina muy alegre, cuatro dormitorios, unos cuatro mil metros cuadrados de jardín con césped y, en cada familia, un marido que iba y venía todos los días entre la casa y el trabajo y tres criaturas en edad escolar. Ambas casas estaban muy bien cuidadas, con la ayuda de una asistenta que iba dos días a la semana; pero la cocina y el resto de tareas domésticas las hacía la esposa, que en ambos casos estaba próxima a la cuarentena, era inteligente, gozaba de buena salud, era atractiva y tenía estudios.

En la primera casa, la Sra. W., un ama de casa a jornada completa, estaba ocupada la mayor parte del día cocinando, limpiando, haciendo la compra, haciendo de chófer y cuidando de los niños. En la casa de enfrente la Sra. D., una microbióloga, hacía todas estas tareas antes de marcharse al laboratorio a las nueve de la mañana o cuando volvía a casa a las cinco y media de la tarde. En ninguna de las dos familias estaban las criaturas mal atendidas, aunque las de la Sra. D. tenían algo más de confianza en sí mismas. Ambas mujeres tenían una notable vida social. La Sra. W., el ama de casa, hacía un montón de trabajo rutinario para la comunidad, pero no «tenía tiempo» de participar en ningún comité político, opción que le habían ofrecido con frecuencia por ser una mujer inteligente y capaz. Como mucho, aceptaba presidir un comité para organizar un baile o una fiesta de la PTA. La Sra. D., la científica, no hacía trabajos rutinarios para la comunidad, pero, además de su trabajo y de la casa, tocaba en un activo quinteto de cuerda (la música era su principal interés además de la ciencia) y tenía un puesto político en una organización de cooperación internacional cuya labor le interesaba desde el *college*.

¿Cómo era posible que dos casas del mismo tamaño, y dos familias del mismo tamaño, con condiciones de renta, de ayuda externa y estilos de vida prácticamente idénticos le exigieran tanto más tiempo a la Sra. W. que a la Sra. D.? Y la verdad es que la Sra. W. nunca estaba ociosa. Nunca tenía tiempo por la noche para «leer sencillamente», como lo solía hacer la Sra. D.

En un amplio y moderno edificio de apartamentos de una gran ciudad del Este del país había dos pisos de seis habitaciones cada uno, am-

bos ligeramente desordenados, excepto justo después de que se marchara la asistenta o antes de que se celebrara alguna fiesta. Tanto la familia de los G. como la de los R. tenían tres criaturas de menos de diez años de edad, una de las cuales todavía era un bebé. Ambos maridos tenían entre treinta y cuarenta años de edad y los dos realizaban un exigente trabajo profesional. Pero el Sr. G., cuya esposa es un ama de casa a jornada completa, tenía el cometido de hacer muchas más tareas domésticas cuando llegaba a casa por la noche, o los fines de semana (y las hacía), que el Sr. R., cuya esposa era una ilustradora *free-lance* y que, evidentemente, tenía que hacer la misma cantidad de tareas domésticas en las horas que no pasaba delante del tablero de dibujo. Por alguna razón, la Sra. G. no conseguía terminar las tareas del hogar antes de que su marido llegara a casa por las noches y para entonces ella estaba tan cansada que era él el que tenía que relevarla. ¿Por qué la Sra. R., para la cual las labores domésticas no eran su trabajo principal, conseguía liquidarlas en mucho menos tiempo?

Observé este modelo una y otra vez mientras entrevistaba a mujeres que se definían a sí mismas como «amas de casa», y las comparé con las pocas que ejercían una profesión, a jornada completa o parcial. El mismo modelo se daba incluso cuando tanto el ama de casa como la profesional tenían muchacha interna, aunque casi siempre las «amas de casa» optaban por hacer todo el trabajo doméstico personalmente, a jornada completa, aunque se pudieran permitir pagar a dos muchachas. Pero también descubrí que muchas amas de casa a jornada completa frenéticamente ocupadas se quedaban estupefactas cuando se daban cuenta de que podían liquidar en una hora las tareas domésticas que solían llevarles seis —o que seguían sin hacer a la hora de la cena— en cuanto se ponían a estudiar o a trabajar, o tenían algún otro interés serio fuera del hogar.

Jugando con la pregunta de cómo puede expandirse una hora de labores del hogar para rellenar seis horas (la misma casa, el mismo trabajo, la misma esposa), volví a la paradoja básica de la mística de la feminidad: ésta había surgido para glorificar el papel de la mujer como ama de casa en el momento preciso en el que habían caído las barreras que impedían su plena participación en la sociedad, en el momento preciso en el que la ciencia y la educación y su propio ingenio había hecho posible que una mujer fuera al mismo tiempo esposa y madre y que también participara activamente en el mundo fuera del ámbito doméstico. La glorificación del «rol femenino» daba, pues, la sensación de ser proporcional a la reticencia de la sociedad a la hora de tratar a las mujeres como seres humanos completos; porque cuanto menos real es la función que

tiene ese rol, más se decora con detalles insignificantes para ocultar su oquedad. Este fenómeno ha sido observado, en términos generales, en los anales de las ciencias sociales y de la historia —por ejemplo el concepto en el que se tenía a las mujeres en la Edad Media o el pedestal artificial en el que se colocó a las mujeres en la era victoriana—, pero para la mujer estadounidense emancipada puede resultar traumático descubrir que se aplica en un grado concreto y extremo a la situación del ama de casa en Estados Unidos hoy en día.

¿Surgió la nueva mística de una feminidad distinta pero igual porque el crecimiento de las mujeres en Estados Unidos ya no podía reprimirse con la vieja mística de la inferioridad femenina? ¿Podía impedirse a las mujeres que desarrollaran su plena capacidad *equiparando* su rol en el ámbito doméstico al rol del hombre en la sociedad? «El lugar de la mujer es el hogar» ya no podía decirse con tono de desprecio. Las tareas domésticas, fregar los platos y cambiar pañales tenía que ensalzarse en la nueva mística de modo que equivaliera a escindir átomos, penetrar en el espacio exterior, crear un arte que ilumina el destino de la humanidad y ser pionero en las fronteras de la sociedad. Ocultar el hecho de que esto no es más que el principio tenía que convertirse en el fin mismo de la propia vida.

Cuando lo analizas desde esta óptica, la decepción de la mística de la feminidad se hace bastante patente:

1. Cuanto más se priva a una mujer de una función en la sociedad acorde con su propia capacidad, más se expande su trabajo en casa, como madre y como esposa —y más se resistirá a acabar su trabajo doméstico o de madre y a dejar de tener una función. (Obviamente, la naturaleza humana también aborrece el vacío, incluso en el caso de las mujeres.)
2. El tiempo que requiere cualquier mujer para hacer las tareas domésticas varía en proporción inversa a la envergadura del desafío que le suponga otro trabajo al que pueda dedicarse. Sin intereses externos, la mujer se ve prácticamente obligada a dedicar cada momento a la tarea trivial de cuidar de la casa.

El sencillo principio de que «el trabajo se expande para llenar el tiempo disponible» lo formuló en primer lugar el inglés C. Northcote Parkinson a partir de su experiencia con la burocracia administrativa durante la Segunda Guerra Mundial. La ley puede reformularse fácilmente para aplicársela al ama de casa estadounidense: las tareas de casa se expanden para llenar el tiempo disponible o la maternidad se expande para

llenar el tiempo disponible o incluso la actividad sexual se expande para llenar el tiempo disponible. Ésta es, sin cuestionamiento posible, la verdadera explicación del hecho de que incluso con todos los electrodomésticos que ahorran tiempo, el ama de casa estadounidense moderna probablemente le dedique más tiempo a las labores del hogar que su abuela. También explica en parte nuestra preocupación nacional con el sexo y el amor, y la persistencia del *baby-boom*.

Obviando de momento las implicaciones sexuales, que son amplias, consideremos algunas de las dinámicas de la propia ley como explicación del derroche de energía femenina en Estados Unidos. Retrocedamos varias generaciones: he sugerido que la verdadera causa tanto del feminismo como de la frustración de las mujeres era la oquedad del rol de ama de casa. Las principales tareas y decisiones de la sociedad se producían fuera del ámbito doméstico y las mujeres sintieron la necesidad de participar en esa labor o lucharon por el derecho a hacerlo. Si las mujeres hubiesen seguido utilizado su educación recientemente adquirida para encontrar una nueva identidad en esa labor fuera del hogar, la mecánica de la tarea del ama de casa habría ocupado el mismo lugar subsidiario en su vida como el coche y el jardín y el banco de trabajo en la vida de un hombre. La maternidad, la condición de esposa, el amor sexual, las responsabilidades familiares, habrían adquirido sin más una nueva importancia emocional, como ocurrió en el caso de los varones. (Muchos observadores han señalado la nueva satisfacción que a los varones estadounidenses les da cuidar de sus hijos —ahora que su propia semana laboral se ha acortado— sin ese toque de rabia que las mujeres cuyos hijos *son* su trabajo aparentemente sienten.)

Pero cuando la mística de la realización femenina envió a las mujeres de vuelta a casa, las tareas domésticas tuvieron que expandirse para convertirse en una carrera a jornada completa. El amor sexual y la maternidad tenían que convertirse en toda la vida, tenían que rellenar, tenían que agotar las energías creativas de las mujeres. La propia naturaleza de la responsabilidad familiar tenía que expandirse para ocupar el lugar de la responsabilidad frente a la sociedad. Como empezó a ocurrir, cada electrodoméstico que ahorraba trabajo introdujo un nivel de elaboración en las tareas domésticas que requería mucho trabajo. Cada avance científico que podía haberles ahorrado a las mujeres la pesadez de cocinar, limpiar y lavar, dejándole así más tiempo para otros fines, impuso en cambio un montón de nuevas tareas inútiles, hasta que el trabajo doméstico no sólo se expandió para ocupar el tiempo disponible sino que apenas podía llevarse a cabo en dicho tiempo.

La secadora de ropa automática no le ahorra a la mujer las cuatro o cinco horas semanales que solía dedicar a tender la ropa si, por ejemplo, pone la lavadora y la secadora todos los días. Al fin y al cabo, sigue teniendo que cargar y vaciar la máquina ella misma, seleccionar la ropa y guardarla. Como decía una joven madre: «Ahora podemos cambiar las sábanas dos veces a la semana. La semana pasada, cuando se me rompió la secadora, no cambié las sábanas durante ocho días. Todo el mundo se quejó. Todos nos sentimos sucios. Yo me sentí culpable. Qué tontería, ¿verdad?»[1].

El ama de casa estadounidense moderna dedica mucho más tiempo a lavar, secar y planchar que su madre. Si tiene un congelador eléctrico o una batidora, dedica más tiempo a la cocina que otra mujer que no tenga esos electrodomésticos que ahorran tiempo. El congelador, por el mero hecho de existir, consume tiempo: las judías, cultivadas en el jardín, deben prepararse para ser congeladas. Si tienes una batidora eléctrica, tienes que utilizarla: esas elaboradas recetas con puré de castañas, berros y almendras llevan más tiempo que unas chuletas de cordero a la plancha.

Según un estudio realizado en el Bryn Mawr College justo después de la guerra, en una típica familia campesina estadounidense las tareas domésticas consumían 60,55 horas semanales; en las ciudades de menos de 100.000 habitantes requerían 78,35 horas; en las ciudades de más de 100.000 habitantes, 80,57 horas[2]. Con todos sus electrodomésticos, las amas de casa de los barrios residenciales y de las ciudades dedican más tiempo a las labores domésticas que la atareada esposa de un granjero. Esa esposa del granjero, por supuesto, tiene un montón de trabajo adicional que hacer.

En la década de 1950, los sociólogos y economistas domésticos referían la incredulidad y las desconcertantes incoherencias en relación con la cantidad de tiempo que las mujeres estadounidenses seguían dedicando a las tareas domésticas. Un estudio tras otro ponía de manifiesto que las amas de casa estadounidenses dedicaban casi la misma cantidad o más de horas al día a esas labores que las mujeres de hacía treinta años, a pesar de que las casas eran más pequeñas y fáciles de cuidar y a pesar de que tenían siete veces más bienes de equipo en electrodomésticos. Sin embargo, había algunas excepciones. Las mujeres que trabajaban muchas horas semanales fuera de casa —bien en trabajos remunerados bien haciendo labores comunitarias— hacían las tareas domésticas, a las que

[1] Jhan y June Robbins, «Why Young Mothers Feel Trapped», *Redbook*, septiembre de 1960.

[2] Departamento Universitario Carola Woerishoffer de Economía Social y de Investigación Social, «Women During the War and After», Bryn Mawr College, 1945.

el ama de casa a jornada completa dedicaba sesenta horas semanales, en la mitad de tiempo. Aun así aparentemente hacían todas las tareas que realizaba el ama de casa —comidas, compra, limpieza, cuidado de las criaturas— pero incluso con una jornada laboral de treinta y cinco horas semanales, su semana laboral sólo se prolongaba hora y media diaria con respecto a la del ama de casa. El que tan extraño fenómeno suscitara tan pocos comentarios se debía al número relativamente limitado de mujeres en aquella situación. Porque el fenómeno todavía más extraño, cuya auténtica importancia se empeñó en ocultar la mística de la feminidad, era el hecho de que, a pesar del crecimiento de la población estadounidense y del traslado de esa población del medio rural al urbano con el crecimiento en paralelo de la industria y de las profesiones en el país, en los primeros cincuenta años del siglo XX la proporción de mujeres estadounidenses que trabajaban fuera de casa apenas creció, mientras que la proporción de mujeres estadounidenses con una profesión de hecho descendió[3]. De representar prácticamente la mitad de la fuerza profesional de la nación en 1930, la proporción de mujeres cayó a tan sólo el 35 por 100 en 1960, a pesar del hecho de que el número de graduadas de *college* casi se había triplicado. El fenómeno era el gran incremento en el número de mujeres con estudios que habían optado por ser simples amas de casa.

Y sin embargo, para el ama de casa de barrio residencial y de las ciudades, el hecho cierto sigue siendo que cada vez más trabajos de los que solían realizarse en casa han salido del ámbito doméstico: enlatar, cocer pan, tejer y coser ropa, educar a las criaturas, cuidar de los enfermos y de las personas mayores. Es posible que las mujeres sean capaces de invertir el curso de la historia —o de hacerse la ilusión de que pueden invertirlo— horneando su propio pan, pero la ley no les permite educar a sus propios hijos en casa y pocas mujeres podrían equiparar su supuesto conocimiento de medicina general con la pericia profesional de un médico y los recursos de un hospital a la hora de tratar en casa a una criatura que tuviera amígdalas o una neumonía.

Por consiguiente, existe un fundamento real para la queja de tantas amas de casa: «Me siento en cierto modo tan vacía, tan inútil, como si no existiera.» «A veces me siento como si el mundo pasara de largo delante de mi puerta mientras yo estoy sentada mirando.» Esta sensación misma de vacío, esta incómoda negación del mundo fuera del ámbito doméstico, suele inducir al ama de casa a hacer todavía más esfuerzo, un trabajo doméstico todavía más frenético para mantener el futuro fuera de su vista. Y las elecciones que el ama de casa hace para llenar ese vacío —aunque aparentemente las haga por razones lógicas y necesarias— la atrapan todavía más en una trivial rutina doméstica.

La mujer con dos hijos, por ejemplo, aburrida y ociosa en su apartamento de la ciudad, se ve empujada a través de su sensación de futilidad y de vacío a trasladarse, «por el bien de los niños», a una casa espaciosa de un barrio residencial. Esa casa se tarda más en limpiar y las rutinas relacionadas con hacer la compra, cuidar el jardín, hacer de chófer y el bricolaje consumen tanto tiempo que, durante una temporada, da la sensación de que el vacío ha desaparecido. Pero cuando la casa está amueblada y los niños están en el colegio, y cuando ha cuajado la presencia de la familia en la comunidad, ya no queda «nada a lo que aspirar», como lo expresaba una mujer a la que entrevisté. La sensación de vacío vuelve a aparecer y por eso tiene que volver a decorar el cuarto de estar o encerar el suelo de la cocina con mayor frecuencia de la necesaria —o tener otro bebé. Cambiarle los pañales al bebé, junto con el resto de las tareas domésticas, tal vez la tenga corriendo tan deprisa que realmente necesitará la ayuda de su marido en la cocina por las noches. Pero nada de todo ello es tan real, tan necesario, como pueda parecer.

Uno de los grandes cambios que se han producido en Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial ha sido el explosivo éxodo hacia los barrios residenciales, esas horribles e interminables áreas de expansión que se están convirtiendo en un problema nacional. Los sociólogos señalan que un rasgo característico de esos barrios residenciales es el hecho de que las mujeres que en ellos viven tienen mayor nivel de estudios que las mujeres de la ciudad y que la gran mayoría de ellas son amas de casa a jornada completa[4].

[3] Theodore Caplow señala en *The Sociology of Work*, pág. 234, que con la rápida expansión de la economía desde 1900 y la urbanización extremadamente veloz de Estados Unidos, el incremento del empleo de mujeres, que pasa del 20,4 por 100 en 1900 al 28,5 por 100 en 1950, es sumamente modesto. Diversos estudios recientes del tiempo que las amas de casa estadounidenses dedican a las tareas domésticas, que confirman mi descripción del efecto Parkinson, han sido resumidos por Jean Warren, «Time: Resource or Utility», *Journal of Home Economics*, vol. 49, enero de 1957, págs. 21 y ss. Alva Myrdal y Viola Klein en *Women's Two Roles – Home and Work* citan un estudio francés que ponía de manifiesto que las mujeres trabajadoras reducían el número de horas dedicadas a las tareas domésticas a 30 horas semanales, frente a la jornada completa del ama de casa. La semana laboral de una madre trabajadora con tres hijos se componía de 35,2 horas dedicadas al trabajo y 48,3 horas de tareas domésticas; el ama de casa a tiempo completo dedicaba 77,7 horas a las tareas domésticas. La madre con un empleo o profesión a tiempo completo, que también se encargara de las labores del hogar y de las criaturas, sólo trabajaba una hora más al día que el ama de casa a jornada completa.

[4] Robert Wood, *Suburbia, Its People and Their Politics*, Boston, 1959.

A primera vista, cabría sospechar que el propio crecimiento y la existencia de esos barrios residenciales hacen que las mujeres estadounidenses modernas y con estudios se conviertan en amas de casa a jornada completa y lo sigan siendo. ¿O acaso la explosión de los barrios residenciales de la posguerra se produjo, al menos en parte, como consecuencia de la coincidencia de la elección de millones de mujeres estadounidenses que «deseaban realizarse en el hogar?». Entre las mujeres a las que entrevisté, la decisión de trasladarse a los barrios residenciales «por el bien de los niños» solía seguir a la decisión de abandonar su empleo o su profesión y convertirse en ama de casa a jornada completa, generalmente tras el nacimiento de la primera criatura, o de la segunda, dependiendo de la edad de la mujer en el momento del azote de la mística. En el caso de las esposas más jóvenes, claro está, la mística golpeó tan pronto que la elección del matrimonio y la maternidad como carrera a jornada completa descartó cualquier opción de estudiar para ejercer una profesión, y el traslado a los barrios residenciales se produjo en el momento del matrimonio o en cuanto la mujer ya no tenía que ir a trabajar para ayudar a su marido a terminar el *college* o la carrera de derecho.

Las familias en las que la esposa pretende perseguir un objetivo profesional definido tienen menos probabilidad de trasladarse a los barrios residenciales. En la ciudad, por supuesto, hay más y mejores empleos para mujeres con estudios; más universidades, a veces gratuitas, con cursos nocturnos dirigidos a varones que trabajan durante el día y que suelen ser más adecuados que el programa convencional diurno para una joven madre que quiere terminar el *college* o hacer una licenciatura. También hay mejor oferta de cuidadoras y de asistentas a jornada completa o parcial, de guarderías, centros de día y actividades lúdicas extraescolares. Pero estas consideraciones sólo son significativas para la mujer que tiene responsabilidades fuera del ámbito doméstico.

En la ciudad también queda menos espacio para que las tareas domésticas se expandan y rellenen el tiempo disponible. La sensación de estar «contando las horas» impacientemente surge enseguida en el ama de casa urbana capaz y con estudios a pesar de que, cuando sus bebés son pequeños, el tiempo esté más que lleno de ocupaciones —pasear el cochecito por el parque, sentarse en el banco del área de juegos porque los niños no pueden jugar fuera solos. Aun así, en el apartamento de ciudad no queda sitio para un congelador doméstico, no hay jardín en el que cultivar judías. Y todas las organizaciones en la ciudad son muy grandes; las bibliotecas ya están construidas; personas profesionales gestionan las guarderías y los programas extraescolares.

No es, pues, de sorprender que muchas esposas jóvenes estén a favor de trasladarse a un barrio residencial lo antes posible. Igual que las vacías llanuras de Kansas que tentaban al inquieto inmigrante, los barrios residenciales, por su novedad y por la falta de servicios estructurados, planteaban, al menos al principio, un desafío sin límites a la energía de las mujeres estadounidenses con estudios. Las mujeres que eran lo suficientemente fuertes e independientes aprovecharon la oportunidad para liderar esas comunidades e innovar en ellas. Pero, en la mayoría de los casos, se trataba de mujeres educadas antes de la era de la realización femenina. La capacidad de la vida de barrio residencial de colmar a la mujer estadounidense capaz y con estudios, o de aprovechar de verdad y plenamente su potencial, depende al parecer de su propia autonomía o grado de autorrealización previos —es decir, de su fortaleza para resistir las presiones que la inducen al conformismo, para resistir a la permanente realización de tareas que llenan el tiempo en la casa del barrio residencial y en la comunidad, y encontrar o inventarse el mismo tipo de compromiso serio fuera de casa que habría tenido en la ciudad. Semejante compromiso en los barrios residenciales, al menos al principio, probablemente se hiciera de forma voluntaria, pero era un reto y era necesario.

En cambio, cuando la mística se impuso, una nueva hornada de mujeres llegó a los barrios residenciales. Buscaban un santuario; estaban perfectamente dispuestas a aceptar la comunidad del barrio tal como la encontraran (su único problema era «cómo encajar en ella»); estaban perfectamente dispuestas a llenar sus días con la trivialidad de las tareas domésticas. Las mujeres de aquel tipo, y la mayoría de las que yo entrevisté, eran de la generación de estudiantes de *college* posterior a 1950 y se negaban a ocupar cargos políticos en las organizaciones de la comunidad; sólo estaban dispuestas a participar en colectas para la Cruz Roja, la March of Dimes* o los Scouts o a supervisar a un grupo de Scouts o a encargarse de tareas de escasa responsabilidad en la PTA. Su resistencia a asumir responsabilidades serias en la comunidad suele explicarse con un «no puedo robarle tiempo a mi familia». Pero gran parte de su tiempo lo dedican a tareas rutinarias y sin sentido. El tipo de trabajo comunitario que eligen hacer no constituye ningún desafío para su inteligencia, ni cumple, en ocasiones, una verdadera función. Tampoco obtienen demasiada satisfacción personal con él, pero llena su tiempo.

* Fundación caritativa originalmente estadounidense cuya misión es mejorar la salud de los recién nacidos evitando los problemas en el nacimiento y que promueve la investigación con este fin. *[N. de la T.]*

Y así, cada vez más, en los nuevos barrios residenciales dormitorio, los verdaderos trabajos interesantes de voluntariado —dirigir las guarderías cooperativas, las bibliotecas gratuitas, ocupar un cargo en el consejo rector de la escuela, en las concejalías y, en algunos barrios, incluso la presidencia de la PTA— los realizan varones[5]. El ama de casa que no «tiene tiempo» de asumir alguna responsabilidad seria en la comunidad, como la mujer que no «tiene tiempo» para realizar una carrera profesional, elude el compromiso serio a través del cual podría finalmente realizarse; lo elude ensalzando la importancia de su rutina doméstica hasta que acaba estando verdaderamente atrapada en ella.

Las dimensiones de la trampa parecen físicamente inalterables, porque se diría que el hecho de que los días del ama de casa estén tan atareados es una necesidad ineludible. ¿Pero acaso no es esa trampa doméstica una ilusión, a pesar de su realidad tan sólida, una ilusión creada por la mística de la feminidad? Tomemos, por ejemplo, el plano abierto del «rancho» contemporáneo o de la casa de dos pisos, cuyo precio oscila entre 14.990 dólares y 54.990 dólares, de los que se han construido millones desde Roslyn Heights hasta Pacific Palisades. Dan la ilusión de ofrecer más espacio por menos dinero. Pero la mujer a la que le venden una casa así casi *tiene* que vivir la mística de la feminidad. No hay ni paredes ni puertas de verdad; la mujer en su maravillosa cocina electrónica nunca llega a estar separada de sus hijos. Nunca tiene que sentirse sola ni por un minuto, nunca necesita estar a solas. Puede olvidarse de su propia identidad en esas ruidosas casas de plano abierto. El plano abierto también ayuda a expandir el trabajo doméstico para llenar el tiempo disponible. En lo que prácticamente viene a ser un solo espacio por el que se circula libremente, en lugar de muchas habitaciones separadas por paredes y escaleras, el desorden continuo requiere estar recogiendo cosas todo el tiempo. Un hombre, por supuesto, está fuera de casa la mayor parte del día. Pero la mística de la feminidad le prohíbe hacer lo mismo a la mujer.

Una amiga mía, una buena escritora que se convirtió en ama de casa a jornada completa, le encargó a un arquitecto que le diseñara su casa de barrio residencial según sus propias especificaciones, durante una época en la que ella se definía a sí misma como ama de casa y había dejado de escribir. La casa, que costó unos 50.000 dólares, era casi literalmente una gran cocina. Había un estudio separado para su marido, que era fotógrafo, y cubículos para dormir, pero no había ningún lugar en el que pudiera salir de la cocina o alejarse de los niños durante las horas de trabajo. La espléndida combinación de caoba y acero inoxidable de los armarios de la cocina, hechos a medida, y de sus electrodomésticos, era realmente de ensueño, pero cuando vi aquella casa me pregunté dónde iba a poner la máquina de escribir si es que alguna vez decidía volver a ejercer.

Llama la atención los pocos lugares que hay en esas casas tan espaciosas y en esos desparramados barrios residenciales, donde puedas estar a solas. Un estudio realizado por un sociólogo entre esposas de barrios residenciales de elevado nivel de ingresos que se habían casado jóvenes y que, después de quince años de vivir para sus hijos, de PTA, de bricolaje, jardinería y barbacoas, se habían dado cuenta de que querían hacer algún trabajo de verdad que sintieran como suyo, se encontraron con que las que habían tomado alguna determinación al respecto con frecuencia se habían vuelto a trasladar a la ciudad[6]. Pero entre las mujeres con las que yo hablé, aquel momento de verdad personal tenía más probabilidad de haber quedado marcado por la adición de una habitación con una puerta a su casa de plano abierto, o sencillamente por la colocación de una puerta en una de las habitaciones de la casa, «para que pueda tener algún lugar propio, sólo una puerta cerrada entre mí y los chicos cuando quiero pensar» —o trabajar o estudiar o estar sola.

Sin embargo, la mayoría de las amas de casa estadounidenses no cierran esa puerta. Tal vez les asuste, al fin y al cabo, estar solas en esa habitación. Como dijo otro especialista en ciencias sociales, el dilema del ama de casa estadounidense es que no tiene suficiente privacidad para poder tener auténticos intereses personales, pero aunque tuviera más tiempo y más espacio propios, no sabría qué hacer con ellos[7]. Si convierte el matrimonio y la maternidad en una carrera, como se lo dicta la mística de la feminidad, si se convierte en la ejecutiva de la casa —y tiene bastantes hijos para tener un negocio nada despreciable que gestionar—, si emplea esa fortaleza humana, que la mística le prohíbe emplear en ningún otro lugar, gestionando una casa perfecta, supervisando

[5] Véase «Papa's Taking Over the PTA Mama Started» [Papá se ha hecho el amo en la PTA que Mamá fundó], *New York Herald Tribune,* 10 de febrero de 1962. En la convención nacional de 1962 de las Parent-Teacher Associations, se señaló que el 32 por 100 de los 46.457 presidentes de estas asociaciones eran ahora varones. En algunos estados el porcentaje de presidentes varones es todavía mayor, entre otros en Nueva York (33 por 100), Connecticut (45 por 100) y Delaware (80 por 100).

[6] Nanette E. Scofield, «Some Changing Roles of Women in Suburbia: A Social Anthropological Case Study», anales de la New York Academy of Sciences, vol. 22, núm. 6, abril de 1960.

[7] Mervin B. Freedman, «Studies of College Alumni», en *The American College,* págs. 872 y ss.

a sus hijos y compartiendo la carrera de su marido con un detalle tan omnipresente que sólo le quedan unos minutos que dedicar al trabajo comunitario y ningún tiempo para intereses más elevados y más serios, ¿quién habría de decir que ésa no es una forma tan importante, tan buena de pasar una vida, como dominar los secretos de los átomos o de las estrellas, componer sinfonías o ser pionera de un nuevo concepto en el gobierno o en la sociedad?

Para la mujer francamente capaz, que tiene la capacidad de crear cultural y biológicamente, la única racionalización posible es convencerse a sí misma —como la nueva mística trata de convencerla con tanto empeño— de que los más ínfimos detalles físicos del cuidado infantil son realmente, místicamente creativos; que sus hijos se verán trágicamente privados de algo si no está presente en cada minuto; que la cena que sirve a la esposa del jefe es tan crucial para la carrera de su marido como el caso que él defiende ante los tribunales o el problema que resuelve en el laboratorio. Y porque el marido y los hijos pronto estarán fuera de casa la mayor parte del día, debe seguir teniendo criaturas, o de algún modo convertir las minucias de las tareas domésticas en algo en sí mismo lo suficientemente importante, lo suficientemente necesario, lo suficientemente difícil, lo suficientemente creativo, como para justificar su mismísima existencia.

Si toda la existencia de una mujer debe justificarse de esta manera, si el trabajo del ama de casa es realmente tan importante, tan necesario, ¿por qué habría de sorprenderse nadie de que la actual esposa de Einsten esperara que su marido dejara a un lado esa inerte teoría de la relatividad y la ayudara con un trabajo que supuestamente es la esencia de la vida misma: ponerle los pañales al bebé y no olvidarse de enjuagar el pañal sucio en el váter antes de echarlo al cubo de los pañales, y luego encerar el suelo de la cocina?

La prueba más deslumbrante de que, independientemente de lo elaborado que esté, «Ocupación: sus labores» no es un sustituto adecuado para un trabajo que realmente plantee un desafío, lo suficientemente importante para que la sociedad lo pague con su propia moneda, surgió de la comedia de la «unidad». A las mujeres que actuaban en aquella obrita moralista se les dijo que tendrían los papeles de protagonistas, que sus papeles eran tan importantes como los que interpretaban sus maridos en el ámbito público. ¿Acaso no era natural que, puesto que estaban desempeñando un papel tan vital, las mujeres insistieran en que sus maridos compartieran las tareas domésticas? Desde luego fue un sentimiento de culpa tácito, un darse cuenta tácitamente de la trampa en la que estaban sus esposas, lo que hizo que tantos hombres accedieran, con distinto grado de complacencia, a las demandas de sus esposas. Pero el hecho de que sus maridos compartieran las labores del hogar no llegó realmente a compensar a las mujeres de que las hubieran apartado de aquel mundo más amplio. Si acaso, al quitarles una parte todavía mayor de sus funciones, incrementó su sensación de vacío personal. Necesitaban compartir vicariamente una parte cada vez mayor de las vidas de sus hijos y de sus maridos. La unidad era un magro sustituto de la igualdad: la glorificación del rol de las mujeres era un magro sustituto de su libre participación en el mundo como personas individuales.

El verdadero vacío que subyace en la rutina del ama de casa estadounidense ha sido puesto de manifiesto de muchas maneras. En Minneapolis, recientemente, un maestro de escuela llamado Maurice K. Enghausen leyó una historia en el periódico local acerca de la larga semana laboral del ama de casa actual. Este soltero de treinta y seis años de edad, tras declarar en una carta al editor que «cualquier mujer que dedica a eso tantas horas es terriblemente lenta, se organiza muy mal el tiempo o es simplemente una incompetente», se ofreció a asumir el trabajo de cualquier hogar y demostrar cómo se podía hacer.

Hordas de iracundas amas de casa lo desafiaron a que lo demostrara. Entró en casa de el Sr. y la Sra. Robert Dalton, con cuatro hijos de edades comprendidas entre dos y siete años. En un solo día, limpió la primera planta, lavó tres cargas de ropa y las tendió para que se secaran, planchó toda la ropa, incluida la ropa interior y las sábanas, preparó la comida a base de sopa y emparedados y una gran cena en el jardín trasero, cocinó dos bizcochos, preparó dos ensaladas para el día siguiente, vistió, desvistió y bañó a los niños, limpió la madera y refregó el suelo de la cocina. La Sra. Dalton declaró que era todavía mejor cocinero que ella. «En cuanto a la limpieza», dijo, «yo soy más escrupulosa, pero tal vez sea innecesario».

Enghausen explicó que había cuidado de su casa durante siete años y había sacado algún dinerito durante sus años de *college* haciendo labores domésticas en otras casas. Dijo que «ojalá enseñar a 115 estudiantes fuera tan sencillo como ocuparse de cuatro criaturas y una casa [...]; sigo pensando que las tareas domésticas no son la interminable rutina de la que se quejan las mujeres»[8].

Este comentario, expresado periódicamente por los hombres en círculos privados y públicos, ha quedado confirmado a través de un re-

[8] Murria T. Pringle, «Women Are Wretched Housekeepers», *Science Digest*, junio de 1960.

ciente estudio de productividad. Este estudio, que registraba cada movimiento que realizaba un grupo de amas de casa, concluía que la mayor parte de la energía que se invierte en las tareas domésticas es innecesaria. Una serie de estudios exhaustivos patrocinados por la Michigan Heart Association de la Universidad de Wayne reveló que «las mujeres se esforzaban más del doble de lo necesario en el trabajo», derrochando energía por costumbre y por tradición en movimientos inútiles y pasos innecesarios.

La desconcertante cuestión del «cansancio del ama de casa» arroja luz adicional. En recientes convenciones médicas los especialistas comunican que no son capaces de curarla ni de descubrir sus causas. En una reunión del Colegio Norteamericano de Tocólogos y Ginecólogos, un médico de Cleveland afirmó que las madres que no pueden superar esa «sensación de cansancio» y que se quejan de que sus médicos no dan con nada que las ayude, no están ni enfermas ni mal adaptadas, sino realmente cansadas. «No es necesario ningún psicoanálisis ni un chequeo a fondo», dijo el Dr. Leonard Lovshin de la Cleveland Clinic. «Tiene un trabajo diario de dieciséis horas, una semana laboral de siete días [...]. Como es concienzuda, se implica en los grupos de exploradores y exploradoras, en la PTA, en colectas de caridad para enfermos de corazón, en labores de la parroquia, en llevar a los niños a música y a ballet.» Pero, lo que es bastante sorprendente —observaba— es que ni la carga de trabajo del ama de casa ni su fatiga dan la sensación de verse afectadas por el número de hijos que tenga. Muchas de estas pacientes sólo eran madres de una o dos criaturas. «Una mujer con una criatura se preocupa cuatro veces más que la que tiene cuatro, y acaba siendo lo mismo», decía el Dr. Lovshin.

Algunos médicos, al no encontrar ninguna patología orgánica en esas madres aquejadas de cansancio crónico, les decían: «Está todo en su cabeza»; otros les daban píldoras, vitaminas, o inyecciones contra la anemia, la hipotensión, la escasa actividad metabólica, o las ponían a dieta (el ama de casa media tiene un sobrepeso de entre seis y ocho kilogramos aproximadamente), les prohibían la bebida (hay aproximadamente un millón de amas de casa alcohólicas declaradas en Estados Unidos) o les daban tranquilizantes. Todos esos tratamientos resultaban inútiles —decía el Dr. Lovshin— porque aquellas madres estaban auténticamente cansadas[9].

Otros médicos, que opinaban que aquellas madres dormían las horas precisas o más horas de las necesarias, decían que la causa fundamental

[9] Véase *Time*, 20 de abril de 1959.

no era el cansancio sino el aburrimiento. El problema se hizo tan agudo que las revistas femeninas lo abordaron con mucho bombo —desde la perspectiva del eterno optimismo de la mística de la feminidad. En un aluvión de artículos que se publicaron a finales de la década de 1950, los «remedios» que se sugerían solían ir en la dirección de más-alabanzas-y-reconocimiento-por-parte-del-marido, aun cuando los médicos entrevistados en aquellos artículos indicaran con suficiente claridad que la causa del mal radicaba en el rol de «madre-ama de casa». Pero las revistas sacaban sus conclusiones habituales: eso es y siempre será lo que le toca a la mujer, y lo que tiene que hacer es apañarse lo mejor que pueda. Así, *Redbook* («Why Young Mothers Are Always Tired» [Por qué las madres jóvenes siempre están cansadas], septiembre de 1959) informa de los descubrimientos del estudio Baruch sobre el cansancio crónico de las pacientes:

> El cansancio de cualquier tipo es señal de que algo no va bien. El cansancio físico protege el organismo de daños causados por un exceso de actividad en cualquier parte del cuerpo. El cansancio nervioso, por otra parte, suele ser un aviso de peligro para la personalidad. Esto se observa muy claramente en la paciente que se queja amargamente de ser «una simple ama de casa», de que está desperdiciando su talento y sus estudios dedicándose a las tediosas tareas domésticas y perdiendo su atractivo, su inteligencia y de hecho su identidad misma como persona, explica el Dr. Harley C. Sands, uno de los codirectores del proyecto Baruch. En la industria los trabajos más cansados son aquellos que sólo ocupan parcialmente la atención del trabajador, pero que al mismo tiempo le impiden concentrarse en ninguna otra cosa. Muchas jóvenes esposas dicen que lo que les preocupa es ese estado de blanco mental a la hora de cuidar de la casa y de los niños. «Al cabo de un rato tu mente se queda en blanco», dicen. «No eres capaz de concentrarte en nada. Es como si fueras sonámbula.»

La revista también cita a un psiquiatra del John Hopkins en relación con que el principal factor que produce fatiga crónica en las pacientes es la «monotonía que no está puntuada por ningún triunfo ni desastre mayores», y que observa que esto «resume el testimonio de muchas madres jóvenes». Incluso cita los resultados de un estudio de la Universidad de Michigan, en el que de 524 mujeres a las que se les preguntó «cuáles son algunas de las cosas que te hacen sentir "útil e importante"», casi ninguna contestó «las tareas del hogar»; de entre las mujeres que tenían un puesto de trabajo, «la inmensa mayoría, casadas y solteras, sentía que el trabajo era más satisfactorio que las tareas domésticas». A ese respecto,

la revista interviene con un comentario editorial: «Esto, por supuesto, no significa que una carrera sea la alternativa al cansancio para una madre joven. Si acaso, la madre trabajadora puede llegar a tener más preocupaciones que la joven matrona vinculada a su hogar.» La feliz conclusión de la revista era que: «Puesto que la demanda de tareas domésticas y de la crianza de los hijos no es demasiado flexible, no existe una solución completa a los problemas de cansancio crónico. Sin embargo, muchas mujeres pueden limitar el cansancio si dejan de exigirse demasiado a sí mismas. Si una mujer trata de comprender de forma realista lo que puede— hacer, conseguirá, —y, lo que es más importante, lo que no a largo plazo, ser mejor esposa y madre aunque esté cansada.»

Otro artículo de este tipo («Is Boredom Bad for You?» [¿Es malo el aburrimiento para ti?], *McCall's,* abril de 1957) preguntaba: «¿Es de verdad el cansancio crónico de las mujeres mero aburrimiento?», y contestaba: «Sí. El cansancio crónico de muchas amas de casa se debe a la reiteración de sus labores, a la monotonía del entorno, al aislamiento y a la falta de estímulo. Sus pesadas y tediosas tareas del hogar, según se ha descubierto, no son suficientes para explicar su cansancio [...]. Cuanto más supera tu inteligencia las necesidades de tu trabajo, mayor es tu aburrimiento. Esto llega hasta tal punto que los empleadores avezados nunca contratan a personas mejor dotadas para los trabajos rutinarios [...]. Es este aburrimiento, y además, por supuesto, las frustraciones diarias, los que hacen que el trabajo del ama de casa media resulte emocionalmente más cansado que el de su marido». El remedio: «disfrutar sinceramente de alguna parte del trabajo, como la cocina, o tener algún incentivo, como la perspectiva de una fiesta y, sobre todo, que el hombre te alabe, son los mejores antídotos contra el aburrimiento doméstico».

Para las mujeres a las que yo entrevisté, al parecer el problema no era que se les exigiera demasiado, sino demasiado poco. «Me entra una especie de sopor cuando llego a casa de vuelta de hacer recados», me dijo una mujer. «Es como si en realidad no tuviera nada que hacer, aunque haya un montón de faena en la casa. Así que tengo una botella de vermú en la nevera y me sirvo un poco para sentir que hago algo. O para aguantar hasta que Don llegue a casa.»

A otras mujeres les da por comer cuando estiran las tareas domésticas para rellenar el tiempo disponible. La obesidad y el alcoholismo, como las neurosis, suelen asociarse a modelos de personalidad que tienen su origen en la infancia. Pero ¿acaso explica esto por qué tantas amas de casa estadounidenses en torno a los cuarenta años de edad tienen el mismo aspecto aburrido y sin vida? ¿Explica su falta de vitalidad, la terrible monotonía de sus vidas, el picoteo furtivo entre comidas, la bebida, los tranquilizantes y las pastillas para dormir? Aun teniendo en cuenta las distintas personalidades de esas mujeres, tiene que haber algo en la naturaleza de su trabajo, de las vidas que llevan, que las induce a evadirse por esas vías.

Esto no es menos cierto del trabajo del ama de casa estadounidense de lo que lo es del trabajo de la mayoría de los hombres estadounidenses, en las líneas de montaje o en las oficinas de las grandes empresas: un trabajo en el que el hombre no utiliza plenamente sus capacidades le produce una vacía y desocupada necesidad de escape —televisión, tranquilizantes, alcohol, sexo. Pero los maridos de las mujeres a las que entrevisté a menudo realizaban trabajos que requerían capacidad, responsabilidad y decisión. Observé que cuando esos hombres cargaban además con la responsabilidad de alguna faena doméstica, se la quitaban de encima en mucho menos tiempo del que al parecer les llevaba a sus mujeres. Pero, por supuesto, ése no era nunca para ellos el trabajo que justificaba sus vidas. Ya fuera porque lo abordaban con más energía, sencillamente para liquidarlo cuanto antes, o porque el trabajo doméstico no tenía que consumir una parte tan grande de su energía, lo hacían más deprisa y a veces incluso daba la sensación de que lo disfrutaban más.

Los críticos sociales, durante la era de la unidad, solían quejarse de que las carreras de los hombres sufrían por culpa de todas aquellas tareas domésticas. Pero la mayoría de los maridos de las mujeres a las que entrevisté no daban la sensación de permitir que dichas tareas interfirieran en sus carreras. Cuando los maridos acometían esa pequeña parte del cuidado de la casa por las noches y los fines de semana —porque sus mujeres tenían sus propias carreras o porque éstas habían convertido el trabajo doméstico en semejante carrera que estaban demasiado pasivas, dependientes e impotentes para conseguir realizarlo, o incluso porque las esposas le dejaban las tareas domésticas al marido por venganza—, éste no se expandía.

Pero observé que las tareas del hogar tendían a expandirse para rellenar el tiempo disponible en el caso de unos cuantos maridos que al parecer estaban utilizando dichas tareas como excusa para no hacer frente al desafío de su propia carrera. «Ojalá no insistiera en pasarle la aspiradora a toda la casa los martes por la noche. No es necesario y él podría dedicar ese tiempo a trabajar en su libro», me decía la mujer de un profesor de *college*. Ella, que era una trabajadora social muy capacitada, había organizado toda su vida profesional de modo a encontrar vías para ocuparse de la casa y de los hijos sin necesidad de contratar ayuda externa. Con la ayuda de su hija, ella misma hacía toda la limpieza de la casa los sábados, y no hacía falta pasar la aspiradora los martes.

Hacer el trabajo que eres capaz de hacer es una señal de madurez. No son las exigencias de las labores del hogar y del cuidado de los hijos, ni la ausencia de servicio doméstico, lo que impide que la mayoría de las mujeres estadounidenses crezcan y asuman el trabajo que son capaces de hacer. En una época anterior, cuando había mucho servicio doméstico, la mayoría de las mujeres de clase media que lo contrataban no utilizaban su libertad para participar más activamente en la sociedad; estaban reducidas al ocio por su «rol femenino». En países como Israel o Rusia, en los que se espera de las mujeres que sean algo más que simples amas de casa, prácticamente no hay servicio doméstico, y sin embargo no se desatiende ni el cuidado de la casa, ni a los hijos ni el amor.

Es la mística de la realización femenina, y la inmadurez que ésta alimenta, las que impiden que las mujeres hagan el trabajo del que son capaces. No es de extrañar que mujeres que han vivido durante diez o veinte años dentro de esa mística, o que se adaptaron a ella tan jóvenes que nunca han tenido la experiencia de la independencia, sientan temor ante la prueba del trabajo de verdad en el mundo y se agarren a su identidad como amas de casa —aun cuando, con ello, se condenen a sí mismas a sentirse «vacía, inútil, como si no existiera». Que esa ama de casa puede, debe, crecer para llenar el tiempo disponible cuando no tiene otro propósito en la vida parece algo bastante obvio. Al fin y al cabo, sin otro propósito de vida, si el trabajo doméstico se hiciera en una hora y los niños estuvieran en la escuela, a la brillante y enérgica ama de casa le resultaría insoportable la oquedad de sus días.

Así que una mujer de Scarsdale despidió a su muchacha, e incluso realizando ella misma todas las tareas de casa y el trabajo comunitario habitual, no fue capaz de consumir en ello toda su energía. «Resolvimos el problema», explicaba refiriéndose a ella misma y a una amiga que había intentado suicidarse. «Ahora vamos a la bolera tres mañanas por semana. De lo contrario, nos volveríamos locas. Al menos ahora podemos conciliar el sueño por la noche.» «Siempre te puedes librar de ello de alguna manera», oí que una mujer le decía a otra mientras almorzaban en Schrafft's y hablaban de qué hacer con las «tardes libres» que su médico les había prescrito que se tomaran de su labor de amas de casa. Los alimentos dietéticos y los gimnasios se han convertido en negocios lucrativos en esa fútil batalla por quitarse la grasa que el ama de casa estadounidense no puede convertir en energía humana. Resulta descorazonador pensar que las mujeres de este país inteligentes y con estudios se ven obligadas a «librarse de» su energía humana creativa ingiriendo un polvo que tiene la consistencia de la tiza y peleándose con una máquina. Pero a nadie le sorprende pensar que deshacerse de esa energía humana creativa en lugar de utilizarla para algún propósito más elevado en la sociedad es la esencia misma de ser ama de casa.

Vivir de acuerdo con la mística de la feminidad depende de una inversión de la historia, una devaluación del progreso humano. Hacer que las mujeres regresen al hogar, no como los nazis, es decir mediante una orden, sino a través de una «propaganda orientada a restaurar el sentido de prestigio y autoestima de una mujer como tal, de las madres actuales o futuras [...] de mujeres que viven como mujeres», significaba que las mujeres tenían que resistir a su propio «desempleo tecnológico». Las fábricas de enlatado y las tahonas no cerraron, pero incluso los creadores de la mística sintieron la necesidad de defenderse de la pregunta: «¿Acaso, al sugerir que las mujeres deberían, por su propia voluntad, recuperar algunas de sus funciones en torno al hogar, como cocinar, conservar los alimentos o decorar, no estamos cambiando el sentido de las manecillas del reloj del progreso?»[10].

El progreso no es progreso, explicaban; en teoría, la liberación de las mujeres de la pesada carga de las tareas domésticas las libera permitiéndoles cultivar fines más elevados, pero «tal como se entienden dichos fines, muchos son los llamados y pocos los elegidos, tanto entre los hombres como entre las mujeres». Por consiguiente, que todas las mujeres regresen a ese trabajo en el hogar que todas ellas son capaces de hacer sin dificultad —y que la sociedad lo orqueste de manera que ese prestigio de las mujeres «se traslade enfáticamente a aquellas a las que se reconoce que sirven a la sociedad más plenamente como mujeres».

Durante quince años y más, se ha desarrollado una campaña de propaganda, tan unánime en esta nación democrática como en la más eficaz de las dictaduras, para reconocer el «prestigio» de las mujeres como amas de casa. Pero ¿es posible recrear ese sentido de individualdad en las mujeres, que antaño se basó en el trabajo necesario y en la realización en el hogar, a través de unas labores del hogar que ya no son realmente necesarias o que ya no precisan demasiadas capacidades, en un país y en una época en los que las mujeres finalmente pueden sentirse libres para avanzar hacia algo más? No es bueno para las mujeres, cualquiera que sea la razón, pasar los días dedicadas a un trabajo que no avanza al mismo tiempo que lo hace el mundo que la rodea, a un trabajo que no requiere realmente su energía creativa. Las propias mujeres están descubriendo que, aunque siempre hay «alguna manera de librarse de ello», no hallarán la paz hasta que no empiecen a *utilizar* sus capacidades.

[10] Farnham y Lundberg, *Modern Women: The Lost Sex,* pág. 369.

Desde luego hay muchas mujeres en Estados Unidos que son felices actualmente siendo amas de casa, y algunas que utilizan plenamente sus capacidades en su rol de amas de casa. Pero la felicidad no es lo mismo que la alegría de una utilización plena de tus capacidades. Como tampoco la inteligencia, la capacidad humana, es algo estático. Las tareas domésticas, independientemente de cómo se expandan para rellenar el tiempo disponible, apenas llegan a utilizar las capacidades de una mujer de inteligencia humana media o normal, y mucho menos las del 50 por 100 de la población femenina cuya inteligencia en la infancia estaba por encima de esa media.

Hace unas cuantas décadas, algunas instituciones dedicadas a las personas con retraso mental descubrieron que las labores del hogar eran particularmente idóneas para que las realizaran muchachas con alguna discapacidad mental. En muchas ciudades hubo una gran demanda de pacientes de dichas instituciones, para trabajar en servicio doméstico, y eso que entonces las tareas domésticas eran mucho más difíciles que ahora.

Algunas decisiones básicas, como las relacionadas con la crianza de los hijos, la decoración de interior, la planificación del menú, el presupuesto, la enseñanza y el ocio por supuesto hacen intervenir la inteligencia. Pero, como explicaba uno de los pocos expertos en hogar y familia que se dio cuenta del verdadero absurdo de la mística de la feminidad, la mayor parte de las tareas domésticas, la parte que todavía consume más tiempo, «puede realizarla perfectamente cualquier criatura de ocho años de edad».

> El papel del ama de casa es, por lo tanto, análogo al del presidente de una corporación que querría no sólo determinar las políticas y diseñar los planes generales, sino también dedicar la mayor parte de su tiempo y energía a actividades tales como barrer la fábrica y engrasar las máquinas. La industria, por supuesto, tiene demasiado interés en aprovechar las capacidades de su personal como para derrocharlas de esa manera.
>
> La auténtica satisfacción de «crear un hogar», la relación personal con el marido y los hijos, el ambiente de hospitalidad, cultura, calidez o seguridad que una mujer le confiere al hogar, son fruto de su personalidad, no de su escoba ni de su cocina ni de la palangana de fregar los platos. El que una mujer tuviera una gratificante sensación de total creación a través de las múltiples y pesadas tareas repetitivas que son su pan de cada día sería tan irracional como que un trabajador de una línea de montaje se alegrara de haber creado un automóvil por haber apretado una tuerca. Es difícil entender cómo recoger después de la comida tres veces al día y escribir las listas de la compra (3 limones, 2 sobres de sopa preparada, 1 lata de jabón en polvo), llegar a quitar las pelusas del radiador con la punta de goma dura de la aspiradora, vaciar las papeleras y pasar el suelo de los cuartos de baño día tras día, semana tras semana, año tras año, suman apenas un montón de minucias que, uniendo cabos, no llegan a ninguna parte[11].

Cierto número de los fenómenos sexuales más desagradables de esta era pueden interpretarse ahora como el resultado inevitable de esa absurda obligación impuesta a millones de mujeres de pasar sus días dedicadas a un trabajo que podría realizar una criatura de ocho años de edad. Porque, independientemente de lo que se racionalice la «carrera del hogar y la familia» para justificar tan extraordinario derroche de mano de obra femenina capaz, de lo ingeniosos que sean los manipuladores a la hora de acuñar nuevos términos científicos altisonantes como «lubrilator» y otros por el estilo para hacer creer que meter la ropa en la lavadora es un acto comparable al de descifrar el código genético, de lo mucho que se expanda la tarea doméstica para rellenar el tiempo disponible, ésta sigue resultando un magro desafío para la mente humana. Ese vacío mental se ha visto inundado por una interminable serie de libros sobre cocina para gourmets, tratados sobre el cuidado infantil y, sobre todo, consejos sobre las técnicas del «amor marital», el acto sexual. Éstos también plantean escasos desafíos para la mente adulta. Sus resultados casi se podían haber predicho. Para gran consternación de los varones, sus esposas se convirtieron de repente en «expertas», en unas sabelotodo, cuya inquebrantable superioridad en casa, un ámbito que ambos ocupaban, no tenía rival, y con la que resultaba muy difícil de convivir. Como dijo Russell Lynes, las esposas empezaron a tratar a sus maridos como sirvientes a tiempo parcial —o como el último electrodoméstico[12]. Con un simple curso de economía doméstica o de matrimonio y familia bajo el brazo y ejemplares de los libros del Dr. Spoke y del Dr. Van de Velde uno junto a otro en la estantería, con todo ese tiempo, esa energía y esa inteligencia dedicados al marido, a los hijos y a la casa, la joven esposa estadounidense —fácilmente, inevitablemente, desastrosamente— empezó a dominar la familia de una manera todavía más total de lo que lo había hecho su «mamá».

[11] Edith M. Stern, «Women Are Household Slaves», *American Mercury,* enero de 1949.

[12] Russell Lynes, «The New Servant Class», en *A Surfeit of Honey,* Nueva York, 1957, págs. 49-64.

Capítulo 11

Las ávidas de sexo

Yo no realicé un estudio para el instituto Kinsey. Pero cuando estaba tras la pista del malestar que no tiene nombre, las amas de casa de los barrios residenciales a las que entrevisté solían darme una respuesta sexual explícita a una pregunta que no estaba en absoluto dirigida a su vida sexual. Les preguntaba acerca de sus intereses y ambiciones, lo que hacían o lo que les gustaría hacer, no necesariamente como esposas o madres, sino cuando no estaban dedicadas a sus maridos, a sus hijos o a la casa. La pregunta incluso podía ser cómo estaban aprovechando sus estudios. Pero algunas de aquellas mujeres sencillamente daban por hecho que les estaba interrogando acerca del sexo. ¿Sería a fin de cuentas el malestar que no tiene nombre un problema sexual? Podría haber llegado a pensarlo, salvo que cuando aquellas mujeres hablaban de sexo, había una nota disonante, un extraño matiz de irrealidad en sus palabras. Hacían misteriosas alusiones o claras insinuaciones; les encantaba que les preguntara acerca del sexo; aun cuando no les preguntara, solían enorgullecerse de recordar todos los detalles de alguna aventura sexual. No se las inventaban: aquellas aventuras eran absolutamente reales. ¿Pero qué hacía que sonaran tan poco sexuales, tan poco reales?

Una madre de treinta y ocho años de edad con cuatro criaturas me dijo que el sexo era la única cosa que la hacía «sentirse viva». Pero algo se había torcido; su marido ya no le aportaba esa sensación. Lo hacían de manera mecánica y él había perdido todo el interés. Estaba empezando a sentir desprecio por él en la cama. «Necesito el sexo para sentirme viva, pero en realidad a él no lo siento nunca», me dijo.

En tono plano y práctico que reforzaba esa sensación de irrealidad, una mujer de treinta años madre de cinco criaturas, que estaba tejiendo tranquilamente un jersey, me dijo que estaba pensando en marcharse, tal vez a México, para vivir con un hombre con el que estaba teniendo una aventura. No lo amaba, pero pensaba que si se entregaba a él «por completo» tal vez encontraría el sentimiento que ahora sabía que era «la única cosa importante en la vida». ¿Y los niños? Pensaba vagamente que se los llevaría con ella —a él no le importaría. ¿Cuál era ese sentimiento que estaba buscando? Lo había encontrado al principio con su marido, suponía. Al menos recordaba que cuando se había *casado* con él —tenía dieciocho años entonces— se había sentido «tan feliz que me quería morir». Pero él no «se entregó por completo» a ella; estaba totalmente entregado a su trabajo. Así que encontró ese sentimiento durante un tiempo, creía ella, con sus hijos. Poco después de destetar a su quinto retoño, a los tres años de edad, tuvo su primera aventura. Descubrió «que volvía a tener otra vez esa maravillosa sensación de entregar todo mi ser a alguien». Pero la aventura no podía durar: él tenía demasiados hijos y ella también. Cuando rompieron, él le dijo a ella: «Me has aportado tal sensación de identidad.» Y ella se preguntó: «¿Y qué hay de mi identidad?» Así que aquel verano se marchó durante un mes, dejando a los críos con su marido. «Estaba buscando algo, no estoy segura de qué era, pero la única manera de alcanzar esa sensación es cuando estoy enamorada de alguien.» Tuvo otra aventura, pero esa vez la sensación no apareció. Así que con aquel último tenía ganas de marcharse del todo. «Ahora que sé cómo alcanzar esa sensación», dijo sin dejar de hacer punto tranquilamente, «sencillamente seguiré probando hasta que la vuelva a encontrar».

Se marchó a México con aquel hombre misterioso y sin rostro, y se llevó a sus cinco hijos; pero al cabo de seis meses había vuelto, con los niños y todo. Obviamente, no había encontrado su sensación «fantasma». Y fuera lo que fuera lo que ocurrió, no era bastante en realidad para que llegara a afectar a su matrimonio, que siguió como antes. Pero ¿cuál era esa sensación que esperaba obtener del sexo? ¿Y por qué, de alguna manera, siempre estaba fuera de su alcance? ¿Se convierte el sexo en algo irreal, en una fantasía, cuando una persona lo necesita para sentirse «viva», para sentir «mi propia identidad»?

En otro barrio residencial hablé con una atractiva mujer que estaba próxima a cumplir los cuarenta y que tenía intereses «culturales», aunque un tanto imprecisos y poco definidos. Empezaba cuadros que no terminaba, recolectaba dinero para conciertos a los que no acudía, decía que «todavía no había encontrado su medio». Descubrí que se había metido en una especie de búsqueda de un estatus sexual que tenía las mismas pretensiones imprecisas e indefinidas que sus mariposeos culturales y que, de hecho, era parte de éstos. Se jactó de las proezas intelectuales y del prestigio profesional del hombre que, según insinuó, quería acostarse con ella. «Te hace sentirte orgullosa, como realizada. No tratas de ocultarlo. Quieres que todo el mundo se entere, cuando estás con un hombre de su categoría», me dijo. Otra cuestión era saber cuántas ganas tenía ella de acostarse con ese hombre, con o sin prestigio profesional. Más tarde supe por sus vecinos que se había convertido en el hazmerreír de la comunidad. Todo el mundo de hecho «se había enterado», pero las proposiciones sexuales de ella eran tan impersonales y predecibles que sólo un marido novato se las habría tomado lo suficientemente en serio como para actuar en consecuencia.

Pero la necesidad sexual evidentemente insaciable de una mujer más joven, madre de cuatro criaturas, en aquel mismo barrio residencial, difícilmente podían tomarse en broma. Su avidez sexual, que de alguna manera nunca quedaba satisfecha aventura tras aventura, se entremezclaba con mucho «magreo extramarital» indiscriminado, como habría dicho Kinsey, y tuvo consecuencias reales y desastrosas en al menos otros dos matrimonios. Aquellas mujeres y otras como ellas, las ávidas sexuales de los barrios residenciales, vivían literalmente encerradas entre los estrechos límites de la mística de la feminidad. Eran inteligentes pero estaban extrañamente «incompletas». Habían renunciado a tratar de expandir las tareas domésticas o el trabajo en la comunidad para rellenar el tiempo disponible; y entonces habían probado con el sexo. A pesar de ello, seguían sin sentirse realizadas. Sus maridos no las satisfacían, decían, y las aventuras matrimoniales tampoco les servían de mucho más. Desde el punto de vista de la mística de la feminidad, si una mujer tiene una sensación de «vacío» personal, si se siente insatisfecha, la causa tiene que ser sexual. Pero entonces, ¿por qué nunca la satisface el sexo?

Al igual que las estudiantes de *college* utilizaban la fantasía sexual de la vida matrimonial para protegerse de los conflictos, de los crecientes sufrimientos y del esfuerzo que suponía un compromiso personal con la ciencia, el arte o la sociedad, ¿están imprimiendo esas mujeres casadas a su insaciable avidez sexual las energías agresivas que la mística de la feminidad les prohíbe utilizar para fines humanos más elevados? ¿Están utilizando el sexo o la fantasía sexual para satisfacer unas necesidades que no son sexuales? ¿Es ése el motivo por el cual su actividad sexual, aun siendo real, parece más bien una fantasía? ¿Por el que, aun cuando tienen un orgasmo, se sienten «insatisfechas»? ¿Se ven inducidas a esta avidez sexual nunca satisfecha porque, en sus matrimonios, no han en-

contrado la plenitud sexual que la mística de la feminidad les había prometido? ¿O es ese sentimiento de identidad personal, de plenitud, que buscan en el sexo algo que el sexo por sí solo no puede dar?

El sexo es la única frontera abierta a las mujeres que siempre han vivido dentro de los confines de la mística de la feminidad. En los últimos quince años, la frontera sexual se ha visto obligada a ampliarse, tal vez más allá de los límites de lo posible, para rellenar el tiempo disponible, para llenar el vacío creado por la negación de unos objetivos y unos propósitos más elevados para la mujer estadounidense. La creciente avidez sexual de las mujeres estadounidenses se ha documentado *ad nauseam* —a través de Kinsey, de los sociólogos y novelistas de los barrios residenciales, los medios de comunicación, los anuncios, la televisión, las películas y las revistas femeninas que le hacen el juego a ese voraz apetito femenino por las fantasías sexuales. No es exagerado afirmar que varias generaciones de mujeres estadounidenses capaces han sido reducidas con éxito a la condición de criaturas sexuales, de ávidas sexuales. Pero evidentemente, algo ha fallado.

En lugar de satisfacer la promesa de infinito gozo orgásmico, el sexo en los Estados Unidos de la mística de la feminidad se está convirtiendo en una extraña compulsión nacional carente de alegría, cuando no en una burla llena de desprecio. Las novelas repletas de sexo son cada vez más explícitas y cada vez más aburridas; el matiz sexual de las revistas femeninas tiene una tristeza enfermiza; la interminable riada de manuales que describen nuevas técnicas sexuales sugiere una interminable falta de excitación. Este tedio sexual se trasluce en el tamaño siempre creciente de los pechos de las *starlettes* de Hollywood, en la repentina aparición del falo masculino como «ardid» publicitario. El sexo se ha despersonalizado, al verse desde la óptica de estos exagerados símbolos. Pero de todo el conjunto de extraños fenómenos sexuales que han aparecido en la era de la mística de la feminidad, los más irónicos son éstos: ha aumentado la frustrada avidez sexual de las mujeres estadounidenses y se han intensificado sus conflictos en relación con la feminidad pues han pasado de aspirar a tener una actividad independiente a buscar su plena realización a través de su rol sexual en el hogar. Y en la medida en que las mujeres estadounidenses han centrado su atención en la persecución exclusiva, explícita y agresiva de la plenitud sexual, o en la interpretación de una fantasía sexual, el desinterés sexual de los varones estadounidenses y su hostilidad hacia las mujeres también han aumentado.

He encontrado pruebas de estos fenómenos por todas partes. Como ya he dicho, hay un aire de exagerada irrealidad en torno al sexo actualmente, ya se describa éste en las lascivas páginas de una novela popular o en los cuerpos curiosos y casi asexuados de las mujeres que posan para las fotografías de mundo de la moda. Según Kinsey, en las últimas décadas no ha aumentado la «exteriorización» sexual. Pero en la década pasada se incrementó enormemente la preocupación norteamericana por el sexo y las fantasías sexuales[1].

En enero de 1950, y nuevamente en enero de 1960, un psicólogo estudió todas las referencias al sexo en periódicos, revistas, programas de televisión, obras de teatro, canciones populares, novelas superventas y libros de no ficción. Descubrió un enorme incremento de las referencias explícitas a los deseos y a las expresiones sexuales (incluidos «la desnudez, los órganos sexuales, la escatología, las "obscenidades", la lascivia y el acto sexual»). Éstas constituían más del 50 por 100 de las referencias registradas a la sexualidad humana, situándose el «coito extramatrimonial» (incluidos «la fornicación, el adulterio, la promiscuidad sexual, la prostitución y las enfermedades venéreas») en segundo lugar. En los medios de comunicación estadounidenses las referencias al sexo se habían multiplicado por más de dos veces y media en 1960 con respecto a 1950,

[1] Varios historiadores sociales han comentado la preocupación de Estados Unidos por los temas sexuales desde el punto de vista masculino. «Desde los romanos, ninguna otra civilización le había dado tanta importancia al sexo como Estados Unidos», dice Max Lerner *(America as A Civilization,* pág. 678). David Riesman en *The Lonely Crowd* (New Haven, 1950, págs. 172 y ss.) llama al sexo «la última frontera»: «Más que nunca, al disminuir la preocupación por el empleo, el sexo está presente en la conciencia del tiempo diurno y del tiempo de juego. No sólo las antiguas clases ociosas, sino las nuevas masas ociosas, lo consideran un bien de consumo [...]. Una razón del cambio es que las mujeres ya no son objetos para el ávido consumidor sino consumidoras por derecho propio [...]. Hoy en día, millones de mujeres, liberadas por la tecnología de muchas tareas domésticas, ayudadas por la tecnología en sus aventuras románticas, se han convertido en pioneras, junto a los hombres, en las fronteras del sexo. A medida que se convierten en avezadas consumidoras, también crece la ansiedad de los hombres por miedo a no ser capaces de satisfacer a las mujeres...» Son fundamentalmente los médicos clínicos los que han observado que los hombres son menos ávidos ahora que sus esposas como «consumidores» sexuales. El difunto Dr. Abraham Stone, al que entrevisté poco antes de su muerte, comentaba que las esposas se quejan cada vez más de unos maridos sexualmente «incompetentes». El Dr. Karl Menninger informa que por cada mujer que se queja de la excesiva sexualidad de su marido, hay doce que lo hacen de la apatía o impotencia del suyo. Estos «problemas» se citan en los medios de comunicación de masas, como prueba adicional de que las mujeres estadounidenses están perdiendo su «feminidad» —y proporcionando con ello nueva munición para la mística. Véase John Kord Lagemann, «The Male Sex», *Redbook,* diciembre de 1956.

un incremento de 509 a 1.341 alusiones sexuales «toleradas» en los 200 medios estudiados. Las llamadas «revistas masculinas» no sólo alcanzaban nuevos excesos en su preocupación por órganos sexuales femeninos específicos, sino que floreció un aluvión de revistas abiertamente dirigidas a la homosexualidad. El más sorprendente de los nuevos fenómenos sexuales fue sin embargo la reforzada y obviamente «insaciable» lascivia de las novelas superventas y de las publicaciones periódicas de ficción, cuyo público es principalmente femenino.

A pesar de aprobar profesionalmente esta actitud «permisiva» con respecto al sexo en comparación con su previa e hipócrita negación, el psicólogo se sintió inclinado a especular:

> Las descripciones de órganos sexuales [...] son tan frecuentes en las novelas modernas que uno se pregunta si han pasado a ser un requisito para que una obra de ficción aparezca en las listas de superventas. Puesto que las viejas y recatadas descripciones del acto sexual al parecer han perdido la capacidad de excitar, e incluso las desviaciones sexuales se han convertido en algo habitual en la ficción moderna, aparentemente el paso lógico actual es la descripción detallada de los propios órganos sexuales. Es difícil imaginar cuál será el siguiente paso hacia una mayor salacidad[2].

Entre 1950 y 1960 el interés de los varones por los detalles del acto sexual palideció ante la avidez de las mujeres —tanto por cómo se describe en estos medios como por su público. Ya antes de 1950, los salaces detalles del acto sexual que podían encontrarse en las revistas masculinas eran superados en número por aquellos que contenían las novelas superventas que compraban principalmente las mujeres.

Durante ese mismo periodo, las revistas femeninas mostraron una creciente preocupación por el sexo con un disfraz más bien enfermizo[3]. Contenidos vinculados con la «salud» como «Hacer que el matrimonio funcione», «¿Puede salvarse este matrimonio?» o «Dígame, Doctor» describían los detalles sexuales más íntimos disfrazados con tono moralizador de «problemas», y las mujeres los leían con la misma predisposición con la que habían leído las historias de casos en sus manuales de psicología. El cine y el teatro dejaban traslucir una creciente preocupación por el sexo enfermizo o pervertido, y cada nueva película o cada nueva obra era un poco más sensacionalista que la anterior en su afán por hacer que el público se escandalizara o se estremeciera.

Al mismo tiempo podía verse, casi en paralelo, la sexualidad humana reducida a sus límites psicológicos más estrechos en los innumerables estudios sociológicos sobre el sexo en los barrios residenciales y en las investigaciones de Kinsey. Los dos informes Kinsey, de 1948 y 1953, trataban la sexualidad humana como un juego por conseguir una posición social en el que el objetivo era el mayor número de «manifestaciones», de orgasmos alcanzados, ya fuera a través de la masturbación, de las erecciones nocturnas durante el sueño, de las relaciones sexuales con animales o de las distintas posturas con el otro sexo, en relaciones pre, extra o post matrimoniales. Aquello de lo que los investigadores de Kinsey informaron, y la manera en que informaron de ello, en medida no menor que las novelas, revistas, obras de teatro y otras, repletas de alusiones sexuales, eran todo ello síntomas de una creciente despersonalización, inmadurez, tristeza y absurdo espurio de nuestra excesiva preocupación por el sexo.

Aquella espiral de «lujuria, morbo y lascivia» sexual no era precisamente un signo de sana afirmación de las relaciones humanas, y ello se hizo manifiesto cuando la imagen del varón corriendo tras las faltas de las mujeres dejó paso a una nueva imagen de la mujer cazando a los hombres. Daba la sensación de que hacían falta extremos exagerados, pervertidos, de las situaciones sexuales para excitar tanto al protagonista como a la audiencia. Tal vez el mejor ejemplo de esta perversa vuelta atrás fuera la película italiana *La dolce vita,* que con todas sus pretensiones artísticas y simbólicas, fue un éxito en Estados Unidos debido a la excitación sexual, ampliamente anunciada, que provocaba. Aunque era una estampa de la sociedad y del sexo en Italia, esta película en particular resultó ser, por las principales características de su preocupación sexual, devastadoramente pertinente para el público estadounidense.

Como era cada vez más el caso en las novelas, obras de teatro y películas estadounidenses, la avidez sexual la padecían principalmente las mujeres, que se describían en ellas como criaturas sexuales tontas, ya llevaran demasiada o demasiado poca ropa (la estrella de Hollywood) o como parásitos histéricos (la novia del periodista). Además, estaba la chica rica y promiscua que necesitaba el estímulo perverso del lecho tomado prestado de la prostituta, las mujeres ávidas de sexo en la orgía del castillo en la que se jugaba al escondite a la luz de las velas y, por último, la divorciada que hacía su serpenteante *strip tease* ante un público solitario, aburrido e indiferente.

[2] Albert Ellis, *The Folklore of Sex,* Nueva York, 1961, pág. 123.

[3] Véase la divertida parodia «The Pious Pornographers», de Ray Russell, en *The Permanent Playboy,* Nueva York, 1959.

De hecho, todos los hombres estaban o demasiado aburridos o demasiado ocupados para que aquello les molestara. El protagonista indiferente y pasivo iba de una mujer ávida de sexo a otra: era un Don Juan, un homosexual encubierto, atraído en sus fantasías por una niñita asexuada, que quedaba fuera de su alcance, justo en la otra orilla. Los exagerados extremos de las situaciones sexuales desembocan finalmente en una despersonalización que genera un abotargado aburrimiento —tanto en el protagonista como en el público. (El propio tedio del sexo despersonalizado probablemente explique también la caída de la audiencia de los teatros de Broadway, las películas de Hollywood y la novela americana.) Mucho antes de las escenas finales de *La dolce vita* —cuando se van todos a mirar a ese enorme e hinchado pez muerto— el mensaje de la película ya ha quedado claro: «la buena vida» es aburrida.

La imagen de la agresiva hembra ávida de sexo también aparece en novelas como *Peyton Place* o *El informe Chapman* —que conscientemente alimentan el hambre femenina de fantasías sexuales. Ya signifique o no esta imagen de ficción de la hembra extremadamente lujuriosa que las mujeres estadounidenses se habían convertido en unas ávidas de sexo en la vida real, lo que sí se comprueba es que tienen un insaciable apetito de libros que traten del coito —un apetito que, en la ficción y en la vida real, no da la sensación de que siempre compartan los hombres. Esta discrepancia entre la preocupación sexual de los hombres y de las mujeres estadounidenses —en la ficción o en la realidad— probablemente tenga una explicación sencilla. Las amas de casa de los barrios residenciales, en particular, suelen sentir más la avidez que la satisfacción sexual, no sólo por los problemas de los niños que vuelven a casa del colegio, los coches aparcados en la entrada durante horas o las habladurías del servicio, sino sencillamente porque los hombres no están tan disponibles. Los hombres en general dedican la mayor parte de su tiempo a afanes y pasiones que no son sexuales, y tienen menos necesidad de que el sexo se expanda para rellenar el tiempo disponible. Por ello, desde la adolescencia hasta su madurez, las mujeres estadounidenses están condenadas a pasar la mayor parte de su vida mateniendo fantasías sexuales. Incluso cuando la aventura sexual —o el «magreo extramatrimonial», cuyo aumento detectó Kinsey— es real, nunca es tan real como la mística le ha hecho creer a la mujer.

Como dice el autor de *The Exurbanites:*

> Mientras su pareja puede estar, y probablemente esté, implicada en algún asunto bastante intrascendente para él, acompañado, por supuesto, de florituras verbales pensadas para hacerle creer a ella justamente lo contrario, ella a menudo está atrapada, bastante en serio, en lo que considera que es el verdadero amor de su vida. Consternada por las deficiencias de su matrimonio, confusa y descontenta, enfadada y con frecuencia humillada por el comportamiento de su marido, está preparada psicológicamente para el hombre que hará hábil y juiciosamente gala de sus encantos, su ingenio y sus dotes de seductor [...]. Así que, en las fiestas en la playa, en las fiestas de las noches del sábado, en los largos trayectos en automóvil de un lugar a otro —ocasiones todas ellas en las que las parejas naturalmente se dividen— pueden pronunciarse las primeras palabras, prepararse el terreno, conjurarse las primeras fantasías, intercambiarse las primeras miradas llenas de intenciones, el primer beso desesperado. Y con frecuencia, más tarde, cuando la mujer se da cuenta de que lo que era importante para ella era intrascendente para él, sucede que se echa a llorar y luego se enjuga las lágrimas y vuelve a buscar a su alrededor[4].

Pero ¿qué ocurre cuando una mujer basa toda su identidad en su rol sexual; cuando necesita el sexo para «sentirse viva»? Por decirlo sin rodeos, le impone a su propio cuerpo, a su condición de hembra, unas exigencias imposibles, y lo mismo hace con su marido y la condición de macho de éste. Un asesor matrimonial me comentó que muchas de las jóvenes esposas de barrio residencial que acudían a él tenían «enormes exigencias con respecto al amor y al matrimonio; pero no hay excitación, no hay misterio, a veces no pasa casi literalmente nada».

> Es algo para lo que la han preparado y educado, toda esa información y preocupación con respecto al sexo, ese modelo claramente desarrollado al que tiene que entregarse para convertirse en esposa y madre. No hay nada que descubrir entre dos extraños, un hombre y una mujer, seres individuales, que se encuentran el uno al otro. Todo está previsto de antemano, es un guión que se ha venido siguiendo sin la lucha, la belleza, el misterioso sobrecogimiento ante la vida. Y por eso ella le dice a él, haz algo, hazme sentir algo, pero ella misma no tiene poder para provocarlo.

Un psiquiatra afirma que ha visto con frecuencia cómo el sexo «se marchita a través de una muerte lenta» cuando las mujeres, o los hombres, utilizan la familia «para suplir a través de la proximidad y el afecto la incapacidad de alcanzar los objetivos y las satisfacciones que podrían

[4] A. C. Spectorsky, *The Exurbanites,* Nueva York, 1955, pág. 223.

encontrar en la comunidad más amplia»[5]. A veces, me decía, «queda tan poca vida real que al final hasta el sexo acaba deteriorándose y se muere poco a poco, y pasan los meses sin ningún deseo, a pesar de que son gente joven». El coito «tiende a convertirse en algo mecánico y despersonalizado, un alivio físico que hace que los miembros de la pareja se sientan todavía más solos después del acto sexual que antes. La expresión de sentimientos de ternura pierde espontaneidad. El sexo se convierte en la arena en la que se libra la batalla por la dominación y el control. O se convierte en una rutina monótona y hueca, que se hace de manera programada».

Aun cuando el sexo no les satisface, estas mujeres perseveran en su interminable búsqueda. Para la mujer que vive de acuerdo con la mística de la feminidad, no hay vía que conduzca al logro ni al estatus social ni a la identidad, excepto la sexual: el logro de la conquista sexual, el estatus de objeto sexual deseable, la identidad de esposa y madre sexualmente satisfecha. Y sin embargo, porque el sexo no acaba realmente de satisfacer esas necesidades, intenta reforzar su nada con cosas, hasta que con frecuencia el sexo mismo, y el marido y los hijos en los que descansa su identidad sexual, se convierten en posesiones, en cosas. Una mujer que es a su vez un mero objeto sexual acaba viviendo en un mundo de objetos, incapaz de alcanzar en otros la identidad individual de la que ella misma carece.

¿Es la necesidad de algún tipo de identidad o de logro la que empuja a las amas de casa de los barrios residenciales a insinuarse tan abiertamente a desconocidos y vecinos (y que convierte a los maridos en «piezas del mobiliario» en sus propias casas)? En una reciente novela sobre el adulterio en estos barrios, el autor dice a través de un carnicero que se beneficia a las solitarias esposas del vecindario:

> ¿Sabes lo que es América? Es una gran palangana jabonosa llena de aburrimiento [...] y ningún marido puede entender lo que es esa palangana jabonosa. Y una mujer no se lo puede explicar a otra mujer porque todas tienen las manos metidas en el mismo aburrimiento jabonoso. Por eso, lo único que tiene que hacer un hombre es ser comprensivo. Sí, preciosa, lo sé, lo sé, llevas una vida miserable, toma unas flores, toma un perfume, toma un «te quiero», quítate las bragas [...]. Tú y yo somos piezas del mobiliario en nuestras propias casas. Pero si llamamos a la puerta de al lado, ¡ay!, en la puerta de al lado somos héroes. Todas andan buscando una aventura porque lo han aprendido en los libros y en las películas. ¿Acaso hay algo más romántico que un hombre dispuesto a correr el riesgo de que tu marido le pegue un tiro para conseguirte? [...] Lo único excitante de ese tipo es que es un desconocido [...], que ella no es su dueña. Se dice a sí misma que está enamorada y está dispuesta a arriesgar su hogar, su felicidad, su orgullo, todo, sólo para estar con ese desconocido que la llena una vez a la semana [...]. Siempre que hay un ama de casa también hay una potencial querida para un desconocido[6].

Kinsey, a partir de sus entrevistas a 5.940 mujeres, observó que las esposas estadounidenses, particularmente las de la clase media, después de diez o quince años de matrimonio dicen tener un deseo sexual mayor que el que sus maridos aparentemente satisfacen. Una de cada cuatro, antes de cumplir los cuarenta, ya ha tenido alguna aventura extramarital —normalmente bastante esporádica. Algunas dan la sensación de ser insaciablemente capaces de tener «orgasmos múltiples». Un número creciente se dedica al «magreo extramatrimonial», más característico de la adolescencia. Kinsey también observó que el deseo sexual de los maridos estadounidenses, especialmente entre los grupos con estudios de la clase media, daba la sensación de desvanecerse a medida que se incrementaba el de sus esposas[7].

Pero todavía más preocupantes que los signos de un mayor apetito sexual no satisfecho entre las amas de casa estadounidenses en esta era de la mística de la feminidad son los indicios de un creciente conflicto con respecto a su propia condición de hembras. Existen pruebas de que los signos del conflicto sexual femenino, a los que se suele hacer referencia con el eufemismo de «trastornos femeninos», se presentan a una edad más temprana que nunca y se manifiestan de forma intensificada, en esta era en la que las mujeres han tratado de realizarse tan pronto y exclusivamente en términos sexuales.

El jefe del servicio ginecológico de un famoso hospital me dijo que cada vez observaba con mayor frecuencia en madres jóvenes la misma alteración del ciclo menstrual —descarga vaginal, retrasos en los periodos, irregularidades de la cantidad y la duración del flujo, insomnio, síndrome de cansancio, discapacidad física— que solía advertir en las mujeres sólo durante la menopausia. Me dijo:

[5] Nathan Ackerman, *The Psychodynamics of Family Life,* Nueva York, 1958, págs. 112-127.

[6] Evan Hunter, *Strangers When We Meet,* Nueva York, 1958, págs. 231-235.

[7] Kinsey *et al., Sexual Behavior in the Human Female,* págs. 353 y ss., pág. 426.

La cuestión es si estas madres jóvenes quedarán patológicamente destrozadas cuando pierdan su función reproductora. Veo a muchas mujeres con estas dificultades propias de la menopausia que, estoy seguro, vienen activadas por el vacío que sienten en sus vidas. Y sencillamente por haber pasado los últimos 28 años aferradas a su último hijo hasta que ya no les queda nada a lo que agarrarse. Por el contrario, las mujeres que han tenido hijos y relaciones sexuales pero que de alguna manera tienen unas personalidades mucho más entusiastas, sin tener que tratar permanentemente de racionalizar su condición de mujer dando a luz a otra criatura más y aferrándose a ella, tienen muy pocos sofocos, insomnio, nerviosismo o alteraciones.

Las que tienen trastornos femeninos son las que han negado su feminidad, o las que son patológicamente hembras. Pero advertimos estos síntomas ahora en cada vez más esposas jóvenes, mujeres entre los veinte y los treinta años de edad que están fatalmente dedicadas en exclusiva a sus hijos, que no han desarrollado otros recursos que sus hijos, y que presentan los trastornos del ciclo menstrual y las dificultades menstruales características de la menopausia [...]. A una mujer de 22 años de edad que había tenido tres criaturas y que presentaba síntomas que se suelen observar en la menopausia [...] le dije: «su único problema es que ha tenido demasiadas criaturas demasiado pronto» y lo que no le dije fue que «su personalidad no se ha desarrollado lo bastante».

En este mismo hospital, se han realizado estudios de mujeres que se recuperan de una histerectomía, mujeres con problemas menstruales y mujeres con embarazos difíciles. Las que más dolores, náuseas, vómitos, malestar físico y emocional, depresión, apatía o ansiedad padecen son las mujeres «cuyas vidas giran casi exclusivamente en torno a la función reproductiva y su gratificación a través de la maternidad. Un prototipo de esta actitud lo expresaba una mujer que decía: "Para ser una mujer, he de ser capaz de tener hijos"»[8]. Las que menos sufrían tenían unos «egos bien integrados», recursos intelectuales y tenían intereses fuera del ámbito doméstico, que atendían incluso desde el hospital, en lugar de estar preocupadas por sí mismas y sus sufrimientos.

Los tocólogos también se han dado cuenta de ello. Uno me decía:

> Es algo curioso. Las mujeres a las que les duele la espalda, las que tienen hemorragias, las que tienen embarazos y partos difíciles, son las que creen que todo su propósito en la vida es tener hijos. Las mujeres que tienen otros intereses además de los de ser meras máquinas reproductoras tienen menos problemas para traer hijos al mundo. No me pida una explicación, no soy psiquiatra. Pero todos lo hemos observado.

Otro ginecólogo hablaba de muchas pacientes en esta era de la «realización de la feminidad» que no se «realizaban» ni teniendo criaturas ni a través del coito. Según sus palabras se trataba de:

> Mujeres que se sienten muy inseguras de su sexo y necesitan tener criaturas una y otra vez para demostrar que son femeninas; mujeres que van por el cuarto o el quinto hijo porque no se les ocurre nada mejor que hacer; mujeres que tienen un carácter dominante y no hay nada más que puedan dominar; y luego tengo cientos de pacientes que son chicas de *college* que no saben qué hacer consigo mismas, y las madres las traen para que les coloquemos un diafragma. Como son inmaduras, acostarse no significa nada —es como hablar de medicina, no hay orgasmo, nada. Para ellas casarse es una evasión.

La elevada incidencia de dolores menstruales, náuseas y vómitos durante el embarazo, de depresión postparto y de malestar fisiológico y psicológico grave en la menopausia han acabado aceptándose como una parte «normal» de la biología femenina[9]. ¿Forman estos estigmas que

[8] Doris Menzer-Benaron, M. D., *et al.*, «Patterns of Emotional Recovery from Hysterectomy», *Psychosomatic Medicine,* XIX, núm. 5, septiembre de 1957, págs. 378-388.

[9] El hecho de que entre el 75 y el 85 por 100 de las madres jóvenes de Estados Unidos de hoy en día sientan emociones negativas —resentimiento, dolor, decepción, rechazo total— cuando se quedan embarazadas por primera vez se ha observado en muchos estudios. De hecho, los autores de la mística de la feminidad citan observaciones con el fin de reconfortar a las madres jóvenes con el argumento de que es «normal» que sientan ese extraño rechazo del embarazo y que el único problema real es que se «culpabilicen» por sentirse así. Así, en la revista *Redbook,* en «How Women Really Feel about Pregnancy» [Cómo se sienten las mujeres realmente en el embarazo] (noviembre de 1958), se dice que la Escuela de Harvard de Salud Pública ha comprobado que entre el 80 y el 85 por 100 de las «mujeres normales rechazan el embarazo cuando se quedan en estado»; la Long Insland College Clinic descubrió que menos de un cuarto de las mujeres se sienten «felices» al enterarse de que están embarazadas; en un estudio de New Haven se señala que sólo 17 de cada 100 mujeres se «alegran» ante la perspectiva de tener un bebé. Una voz editorial autorizada comenta lo siguiente: «El verdadero peligro que se presenta cuando un embarazo no es deseado y se acompaña de sentimientos perturbadores es que una mujer puede sentirse culpable y presa del pánico porque cree que sus reacciones no son naturales ni normales. Tanto las relaciones matrimoniales como las relaciones de la madre con la criatura pueden verse perjudicadas a consecuencia de ello [...]. A veces se requiere la intervención de un especialista en salud mental para disipar el sentimiento de culpabilidad [...]. Tampoco en ningún

marcan las fases del ciclo sexual femenino —la menstruación, el embarazo, la menopausia— parte de la naturaleza establecida y eterna de la mujer como popularmente se da por hecho, o están de alguna manera relacionados con esa elección innecesaria entre la «feminidad» y el crecimiento humano, el sexo y la identidad? Cuando una mujer es una «criatura sexual», ¿acaso no ve en cada etapa de su ciclo sexual femenino una rendición, una especie de muerte, de la mismísima razón de su existencia? Estas mujeres que abarrotan las clínicas son la personificación de la mística de la feminidad. La falta de orgasmo, los crecientes «trastornos femeninos», la promiscua e insaciable avidez sexual, la depresión después de dar a luz, el extraño empeño de las mujeres de que les quiten los órganos sexuales femeninos mediante una histerectomía sin que exista causa médica alguna para hacerlo: todo ello revela la gran mentira de la mística. Igual que la profecía de la muerte en Samarra, la mística de la feminidad, con su grito de alarma ante la pérdida de la feminidad, está causando que a las mujeres les resulte cada vez más difícil afirmar su feminidad, y a los hombres ser verdaderamente masculinos, y a ambos disfrutar del amor sexual humano.

Esa sensación de irrealidad siempre presente en mis entrevistas a las amas de casa ávidas de sexo de los barrios residenciales, esa irrealidad que impregna las novelas, obras de teatro y películas tan preocupadas por el sexo —del mismo modo que impregna las conversaciones sobre sexo en las fiestas de las casas de los barrios residenciales— de repente me di cuenta de lo que era, en una isla ostensiblemente alejada de los barrios residenciales, donde la avidez sexual está omnipresente, bajo la forma de una pura fantasía. Durante la semana, la isla es una exacerbación del barrio residencial, porque está totalmente apartada de todo estímulo exterior, del mundo del trabajo y de la política; los hombres ni siquiera vuelven a casa por la noche. Las mujeres que veraneaban en aquel lugar eran jóvenes amas de casa extremadamente atractivas. Se habían casado a una edad temprana; vivían por y para sus maridos y sus hijos; no les interesaba el mundo exterior, ajeno al ámbito doméstico. En aquella isla, a diferencia de lo que ocurría en los barrios residenciales, las mujeres no tenían manera de constituir comités ni de ampliar sus tareas domésticas para rellenar el tiempo disponible. Pero encontraron una nueva diversión con la que conseguían matar dos pájaros de un tiro, una diversión que les daba un espurio sentido de su condición sexual pero que las libraba de la aterradora necesidad de demostrarla. En aquella isla había una colonia de «chicos» salidos directamente del mundo de Tennessee Williams. Durante la semana, cuando sus maridos estaban trabajando en la ciudad, las jóvenes amas de casa celebraban orgías «salvajes», fiestas que duraban toda la noche, con aquellos chicos asexuados. En una especie de desconcierto cómico, uno de los maridos que llegó una noche en barco inesperadamente a mitad de semana para consolar a su aburrida y solitaria esposa, se preguntaba: «¿Por qué lo hacen? Tal vez tenga algo que ver con que este lugar es un matriarcado.»

Tal vez también tuviera algo que ver con el aburrimiento —sencillamente, no había nada más que hacer. Pero se parecía al sexo; eso es lo que lo hacía tan apetecible, aun cuando, por supuesto, no hubiera ningún contacto sexual. Tal vez aquellas amas de casa y sus chicos se reconocieran unas a otros. Porque, a imagen de la prostituta de *Desayuno en Tiffany's* de Truman Capote, que se pasa una noche sin sexo con un homosexual pasivo, unas y otros eran igualmente infantiles en su manera de evadirse de la vida. Y en el otro buscaban la misma seguridad no sexual.

Pero en los barrios residenciales, en los que durante la mayor parte del día prácticamente no hay hombres —ni siquiera para dar la sensación de algo sexual—, las mujeres que no tienen otra identidad que la de ser criaturas sexuales tienen que buscar en último término algo que les dé seguridad a través de la posesión de «cosas». De repente te das cuenta de por qué los manipuladores alimentan el apetito sexual en su empeño por vender productos que no son ni remotamente sexuales. Mientras las necesidades de logro e identidad de las mujeres se puedan canalizar a través de esta búsqueda de un estatus sexual, son una presa fácil para cualquier producto que supuestamente les prometa alcanzar ese estatus —un estatus que no se puede alcanzar a través del esfuerzo ni del logro personal. Y puesto que esa interminable búsqueda de estatus en cuanto objeto sexual deseable raras veces se satisface en la realidad para la mayoría de las amas de casa estadounidenses (que en el mejor de los casos pueden tan sólo intentar *parecerse* a Elizabeth Taylor), resulta muy fácil convertirla en una búsqueda de un estatus a través de la posesión de bienes.

momento una mujer normal se libra de sentirse deprimida o insegura cuado se entera de que está embarazada.» Estos artículos nunca mencionan los distintos estudios que señalan que las mujeres de otros países, más o menos avanzados que Estados Unidos, e incluso las mujeres estadounidenses «de carrera», tienen menor probabilidad de experimentar ese rechazo emocional del embarazo. La depresión del embarazo puede que sea «normal» en el caso de la madre-ama de casa de la era de la mística de la feminidad, pero no es normal en la maternidad. Como dijo Ruth Benedict, no es la necesidad biológica sino nuestra cultura la que crea el malestar físico y psicológico asociado al ciclo femenino. Véase su obra *Continuities and Discontinuities in Cultural Conditioning*.

Por eso las mujeres son las agresoras en la actividad de búsqueda de un estatus en los barrios residenciales y su búsqueda es tan falsa e irreal como su avidez sexual. Al fin y al cabo, el estatus es lo que los hombres buscan y adquieren a través de su trabajo en la sociedad. El trabajo de una mujer —el trabajo doméstico— no puede darle un estatus; porque tiene el estatus más bajo de casi todos los trabajos que se realizan en la sociedad. Una mujer tiene que adquirir su estatus de manera vicaria a través del trabajo de su marido. El propio marido, e incluso los hijos, se convierten en símbolos de ese estatus, porque cuando una mujer se define a sí misma como ama de casa, la casa y las cosas que ésta contiene constituyen, en cierto sentido, su identidad; necesita esas trampas externas para apuntalar el vacío de su ser, para que pueda sentir que es alguien. Se convierte en un parásito, no sólo porque las cosas que necesita para alcanzar su estatus proceden en último término del trabajo de su marido, sino porque tiene que dominarlo, poseerlo, debido a que carece de una identidad propia. Si su marido es incapaz de proporcionarle esas cosas que necesita para su estatus, él se convierte en objeto de su desprecio, del mismo modo que lo desprecia si no es capaz de satisfacer sus necesidades sexuales. Su propia insatisfacción consigo misma la siente como una insatisfacción con su marido y con sus relaciones sexuales. Como dice un psiquiatra: «Pide demasiada satisfacción de sus relaciones maritales. A su marido le sienta mal y pierde totalmente la capacidad de funcionar sexualmente con ella.»

¿Podría ser ésta la razón de la creciente oleada de resentimiento de los nuevos y jóvenes maridos con las chicas cuya única ambición era convertirse en sus esposas? La vieja hostilidad contra las «mamás» dominantes y las agresivas chicas de carrera puede, a largo plazo, palidecer ante la nueva hostilidad masculina contra esas chicas cuya persecución activa de la «carrera del hogar» ha dado lugar a un nuevo tipo de dominación y de agresión. Ser la herramienta, el instrumento sexual, el «hombre de la casa», no es evidentemente ningún «sueño hecho realidad» para el hombre.

En marzo de 1962, un periodista comentaba en *Redbook* un nuevo fenómeno propio de los barrios residenciales: «los padres varones jóvenes se sienten atrapados».

> Muchos maridos sienten que sus mujeres, autoridades manifiestas en materia de gestión doméstica, crianza de los hijos y amor marital, han establecido un esquema de familia tan estrictamente planificado, tan estrechamente concebido, que deja poco margen para la autoridad o el punto de vista del marido. (Un marido dijo: «Desde que me casé, siento que he perdido todas mis agallas. Ya no me siento como un hombre. Sigo siendo joven y, sin embargo, la vida no me da muchas alegrías. No quiero asesoramiento, pero a veces tengo la sensación de que algo se me está reventando por dentro».) Los maridos citaban a sus esposas como principales fuentes de frustración, por encima de sus hijos, empleadores, su situación económica, la familia, la comunidad y las amistades [...]. El padre joven ya no se siente libre de cometer sus propios errores ni de dejar oír su voz en una crisis familiar. Su mujer, que acaba de leer el capítulo VII, sabe exactamente lo que hay que hacer.

El artículo prosigue y cita a un joven trabajador social:

> La insistencia de la esposa moderna en que la mujer tiene que alcanzar por sí misma la satisfacción sexual le puede plantear un grave problema al marido. A un marido le puedes incitar, adular y engatusar para que se comporte como un amante experto. Pero si su mujer lo desprecia y lo reprende como si se hubiera mostrado incapaz de subir un baúl hasta el desván, aparecen los problemas [...]. Es alarmante observar que, cinco años después de casarse, un notable número de maridos estadounidenses ha cometido adulterio y una proporción mucho mayor se muestra seriamente inclinada a hacerlo. Con frecuencia la infidelidad es menos la búsqueda del placer que un medio de autoafirmación.

Hace cuatro años, entrevisté a una serie de esposas a lo largo de una carretera supuestamente rural en un barrio residencial de moda. Tenían todo lo que querían: bonitas casas, criaturas, atentos maridos. Hoy, en la misma carretera, hay una maraña creciente de casas de ensueño en las que, por varias y a veces inexplicables razones, las esposas viven ahora solas con los niños mientras que sus maridos —médicos, abogados, jefes contables— se han trasladado a la ciudad. Según los sociólogos, en Estados Unidos el divorcio lo piden en casi todos los casos los maridos, aunque a todas luces sea la mujer la que lo consiga[10]. Por supuesto, existen múltiples razones para divorciarse, pero la principal de entre ellas es al parecer la creciente aversión y hostilidad que los hombres sienten hacia las piedras de molino femeninas que llevan colgadas del cuello, una hostilidad que no siempre está dirigida contra sus mujeres, sino contra sus madres, contra las mujeres con las que trabajan —de hecho, contra las mujeres en general.

[10] Véase William J. Goode, *After Divorce,* Glencoe, Illinois, 1956.

Según Kinsey, la mayoría de las vías de expresión sexuales de los varones estadounidenses de clase media no se dan en su relación con sus esposas después del decimoquinto año de matrimonio; a los cincuenta y cinco años de edad, uno de cada dos hombres estadounidenses tiene relaciones sexuales extramatrimoniales[11]. Este macho ávido de sexo —la aventura de oficina, un asunto superficial o intenso, incluso el sexo por el sexo despersonalizado, que satiriza la reciente película *El apartamento*— actúa, en la mitad de los casos, sencillamente por la necesidad de escapar de una esposa devoradora. A veces el hombre busca una relación humana que se perdió cuando se convirtió en un mero apéndice de la agresiva «carrera en el hogar» de su esposa. A veces su aversión a su mujer acaba por hacerle buscar en el sexo un objeto totalmente separado de cualquier relación humana. A veces, más en la fantasía que en la práctica, busca una mujer-niña, una Lolita, como objeto sexual —para evadirse de esa mujer adulta que dedica todas sus energías agresivas, así como sus energías sexuales, a vivir a través de él. No cabe duda de que el rencor masculino contra las mujeres —e inevitablemente contra el sexo— ha aumentado enormemente en la era de la mística de la feminidad[12]. Como escribió un hombre en una carta a *Village Voice,* el periódico del Greenwich Village de Nueva York en febrero de 1962: «El problema ya no es si una persona blanca es demasiado buena para casarse con una negra o viceversa, sino si las mujeres son lo bastante buenas para casarse con los hombres, porque las mujeres están cada vez menos cotizadas.»

El símbolo público de esta hostilidad masculina es el distanciamiento de los dramaturgos y novelistas estadounidenses de los problemas del mundo y su obsesión con las imágenes de la hembra predatoria, del mar-

[11] A. C. Kinsey *et al., Sexual Behavior in the Human Male,* Filadelfia y Londres, 1948, pág. 259, págs. 585-588.

[12] El desprecio masculino hacia la mujer estadounidense, tal como se ha moldeado a sí misma de acuerdo con la mística de la feminidad, se muestra de una manera deprimentemente explícita en el número de julio de 1962 de *Esquire,* «The American Woman, A New Point of View» [La mujer estadounidense, un nuevo punto de vista]. Véase especialmente «The Word to Women – "No"» de Robert Alan Arthur, pág. 32. Malcolm Muggeridge ensalza el carácter asexuado de las mujeres estadounidenses ávidas de sexo («Bedding Down in the Colonies», pág. 84): «¡Cómo se mortifican la carne con el fin de hacerla apetitosa! Su belleza es una gran industria, su imperecedero atractivo una disciplina que a cualquier monja o atleta seguramente le parecería excesiva. Con demasiado sexo para resultar sensuales y demasiado encanto para encantar, la edad no las puede marchitar ni la costumbre ranciar su infinita monotonía.»

tirizado y pasivo héroe masculino (en versión homo o heterosexual), la heroína promiscua e infantil y los detalles físicos de atrofia sexual. Es un mundo especial, pero no tan especial como para que millones de hombres y mujeres, de chicos y chicas, no puedan identificarse con él. *Y de repente el último verano* de Tennessee Williams es un flagrante ejemplo de ese mundo.

El héroe homosexual entrado en años perteneciente a una vieja familia del Sur, obsesionado por los monstruosos pájaros que devoran tortugas marinas recién nacidas, ha malgastado su vida persiguiendo su perdida juventud dorada. Él mismo ha sido «devorado» por su madre, seductoramente femenina, del mismo modo que, al final, es literalmente devorado por una pandilla de chavales. Resulta significativo que el protagonista de esta obra nunca aparezca; no tiene rostro, ni cuerpo. El único personaje innegablemente «real» es la madre devoradora de hombres. Ella aparece una y otra vez en las obras de Williams y en las obras y novelas de sus contemporáneos, junto con sus hijos homosexuales, sus hijas ninfómanas y los vengativos y donjuanescos machos. Todas estas obras son un agonizante grito de obsesionado amor y odio hacia las mujeres. Es significativo que muchas de estas obras hayan sido escritas por autores del Sur, donde la «feminidad» que la mística venera sigue fundamentalmente intacta.

Este rencor masculino es fruto, sin duda, de un implacable odio a la mujer parásita que impide que su marido y sus hijos crezcan y los mantiene inmersos en ese enfermizo ambiente de fantasía sexual. Porque el hecho es que los hombres también están pasando ahora del vasto mundo de la realidad al atrofiado mundo de la fantasía sexual en el que sus hijas, esposas y madres se han visto obligadas a buscar su «realización». Y, para los hombres también, el sexo mismo está adquiriendo el carácter irreal de una fantasía —despersonalizada, insatisfecha y en último término inhumana.

¿Existe, a fin de cuentas, una relación entre lo que les está pasando a las mujeres en Estados Unidos y la crecientemente abierta homosexualidad masculina? Según la mística de la feminidad, la «masculinización» de la mujer estadounidense provocada por la emancipación, el acceso a la educación, la igualdad de derechos y las carreras, está produciendo una raza de hombres cada vez más «femeninos». Pero ¿es esto la auténtica explicación? De hecho, los datos de Kinsey no ponen de manifiesto ningún incremento de la homosexualidad en las generaciones que vivieron la emancipación de las mujeres. El informe Kinsey revelaba en 1948 que el 37 por 100 de los varones estadounidenses había tenido al menos una experiencia homosexual, que el 13 por 100 era predominantemente ho-

mosexual (durante al menos tres años entre los 16 y los 55 de edad) y que el 4 por 100 era exclusivamente homosexual —es decir, unos 2 millones de hombres. Pero «no había pruebas de que el grupo de homosexuales incluyera a más o menos hombres hoy que en las generaciones anteriores»[13].

Independientemente de que se haya producido o no un incremento de la homosexualidad en Estados Unidos, el hecho es que en los últimos años se ha producido un aumento de su manifestación abierta[14]. No creo que esto sea ajeno a la aceptación a nivel nacional de la mística de la feminidad. Porque la mística de la feminidad ha glorificado y perpetuado en nombre de la feminidad una inmadurez pasiva e infantil que se ha transmitido de madres tanto a hijos como a hijas. Los homosexuales masculinos —y los donjuanes cuya necesidad compulsiva de poner a prueba su potencia se debe con frecuencia a una homosexualidad inconsciente— son, no menos que las ávidas sexuales femeninas, unos Peter Pan, eternamente infantiles, a los que les da miedo crecer y que se aferran a la juventud en su continua búsqueda de una magia sexual que les dé seguridad.

Freud y los psicoanalistas señalaron el papel de la madre en la homosexualidad. Pero la madre cuyo hijo es homosexual no suele ser la mujer «emancipada» que compite con los hombres en el mundo, sino el mismísimo paradigma de la mística de la feminidad —una mujer que vive a través de su hijo, cuya feminidad utiliza para seducir virtualmente a su hijo, que ata a su hijo a ella con semejante dependencia que éste nunca puede crecer lo suficiente para amar a una mujer, ni con frecuencia puede tampoco gestionar su vida adulta por sí mismo. El amor del hombre enmascara su amor excesivo y prohibido por su madre; su odio a todas las mujeres y la revulsión que éstas le inspiran es una reacción contra la única mujer que le ha impedido hacerse hombre. Las condiciones de este exceso de amor materno-filial son complejas. Freud escribió:

> En todos los casos examinados hemos comprobado que los invertidos pasan en su infancia por una fase de fijación muy intensa aunque breve con la mujer (normalmente la madre) y, una vez superada, se identifican con la mujer y se toman a sí mismos como objeto sexual; es decir, procediendo de una manera narcisista, buscan a muchachos jóvenes que se parezcan a ellos en personas a las que desean amar como su madre los amó a ellos[15].

Extrapolando los planteamientos de Freud, cabría decir que semejante exceso de amor-odio está casi implícito en las relaciones madre-hijo —cuando el rol casi exclusivo de la primera como esposa y madre, su confinamiento al hogar, la obligan a vivir a través de su hijo. La homosexualidad masculina ha sido y es mucho más corriente que la homosexualidad femenina. El padre no se ve tentado ni obligado por la sociedad a vivir a través de su hija ni a seducir a ésta. No son muchos los hombres que se declaran abiertamente homosexuales, pero muchos de ellos han suprimido lo suficiente ese amor-odio para sentir no sólo una profunda repugnancia por la homosexualidad, sino un rechazo general y sublimado de las mujeres.

Hoy en día, cuando no sólo la carrera sino cualquier compromiso serio fuera del hogar incapacita a las mujeres para ser auténticas amas de casa —madres «femeninas», el tipo de amor madre-hijo que puede producir una homosexualidad latente o aceptada tiene mucho espacio para expandirse y rellenar el tiempo disponible. El muchacho atosigado por ese amor materno parásito no puede crecer, no sólo sexualmente, sino en ningún sentido. Los homosexuales a menudo carecen de la madurez suficiente como para terminar la escuela y comprometerse profesionalmente con cierta constancia. (Kinsey descubrió que la homosexualidad era más común entre varones que no pasan del instituto, y menos común entre los graduados de *college)*[16]. La superficial irrealidad, inmadurez, promiscuidad y falta de satisfacción humana duradera de la vida sexual homosexual suele caracterizar toda su existencia y sus intereses. Esta falta de compromiso personal con el trabajo, los estudios y la vida más allá del sexo resulta escalofriantemente «femenina». Al igual que las hijas de la mística de la feminidad, los hijos pasan la mayor parte de su vida viviendo una fantasía sexual; los tristes «gays»* posiblemente sientan cierta afinidad con la joven ama de casa ávida de sexo.

Pero la homosexualidad que se está extendiendo como una densa niebla sobre la escena estadounidense no es menos ominosa que la in-

[13] Kinsey *et al., Sexual Behavior in the Human Male,* pág. 361.

[14] Véase Donald Webster Cory, *The Homosexual in America,* Nueva York, 1960, prefacio a la segunda edición, págs. xxii y ss. También Albert Ellis, *op. cit.,* págs. 186-190. E igualmente Seward Hiltner, «Stability and Change in American Sexual Patterns», en *Sexual Behavior in American Society,* ed. Jerome Himelhoch y Sylvia Fleis Fava, Nueva York, 1955, pág. 321.

[15] Sigmund Freud, *Three Contributions to the Theory of Sex,* Nueva York, 1948, pág. 10.

[16] Kinsey *et al., Sexual Behavior in the Human Male,* págs. 61 y ss. Véase también Donald Webster Cory, *op. cit.,* págs. 97 y ss.

* Juego de palabras en el original con la palabra «gay», que en inglés significa «alegre» además de «homosexual». *[N. de la T.]*

cansable e inmadura avidez sexual de las mujeres jóvenes que son las agresoras en los matrimonios contraídos a edad temprana que se han convertido en la norma más que en la excepción. Tampoco es menos aterradora la pasividad de los jóvenes varones que acceden a casarse temprano en lugar de enfrentarse al mundo a solas. Estas víctimas de la mística de la feminidad empiezan a buscar consuelo en el sexo a una edad cada vez más temprana. En años recientes, he entrevistado a cierto número de muchachas sexualmente promiscuas pertenecientes a acomodadas familias de los barrios residenciales, incluido un número —y ese número es cada vez mayor[17]— de chicas que se casan al principio de la adolescencia porque se quedan embarazadas. Hablando con esas muchachas y con los profesionales que tratan de ayudarlas, es fácil darse cuenta de que, para ellas, el sexo no es sexo en absoluto. Ni siquiera han comenzado a experimentar una respuesta sexual, y mucho menos una «plenitud». Utilizan el sexo —el pseudo-sexo— para obviar su falta de identidad; casi nunca importa demasiado quién es el chico; la chica literalmente no lo ve cuando todavía no se percibe a sí misma. Tampoco llegará a tenerlo nunca si utiliza los argumentos facilones de la mística de la feminidad para eludir a través de la avidez sexual los esfuerzos que conducen hacia la identidad.

La práctica temprana del sexo, el matrimonio a edad temprana, siempre han sido característicos de las civilizaciones subdesarrolladas y, en Estados Unidos, de los ámbitos rurales y de los arrabales. Uno de los descubrimientos más llamativos de Kinsey, sin embargo, fue que un retraso en la actividad sexual era menos una característica vinculada al origen socioeconómico que al destino último —expresado, por ejemplo, a través del nivel de estudios. Un chico procedente de un entorno de barrio bajo que conseguía ingresar en un *college* y que luego se hacía científico o juez mostraba el mismo aplazamiento de la actividad sexual en la adolescencia que el de otros que más tarde también se hacían científicos o jueces, diferenciándose con ello de otros chavales de su mismo entorno de barrio bajo. Sin embargo, los chicos procedentes de los buenos barrios de las ciudades que no terminaban el *college* y no se hacían científicos ni jueces mostraban una actividad sexual más temprana, característica de los suburbios[18]. Independientemente de lo que esto signifique con respecto a la relación entre el sexo y el intelecto, al parecer, posponer en cierta medida la actividad sexual va a la par con el crecimiento de la actividad intelectual necesaria y resultante en una educación superior, así como con el ejercicio de las profesiones de mayor valor para la sociedad.

Entre las chicas del sondeo Kinsey, daba la sensación de existir incluso una relación entre el mayor crecimiento mental o intelectual, medido a través del nivel de estudios, y la satisfacción sexual. Las chicas que se casaban en la adolescencia —que, en los casos analizados por Kinsey, solían abandonar los estudios después del instituto— empezaban a tener relaciones sexuales cinco o seis años antes que las chicas que proseguían sus estudios en el *college* o a través de una formación profesional. Sin embargo, esta actividad sexual más temprana no conducía normalmente a experimentar un orgasmo; aquellas chicas seguían experimentando menos satisfacción sexual, en términos de orgasmos, cinco, diez y quince años después de casarse, que las que habían seguido estudiando[19]. Igual que en el caso de las muchachas promiscuas de los barrios residenciales, una preocupación sexual temprana indicaba al parecer un débil núcleo identitario que ni siquiera el matrimonio fortalecía.

¿Es ésta la verdadera causa de la compulsiva avidez sexual que observamos hoy en la promiscuidad, temprana o tardía, heterosexual u homosexual? ¿Es casualidad que los múltiples fenómenos vinculados a la despersonalización del sexo —sexo sin identidad, sexo por falta de identidad— estén creciendo de manera tan galopante en la era en la que a las mujeres estadounidenses se les dicta que vivan exclusivamente por y para el sexo? ¿Es casualidad que sus hijos e hijas tengan una identidad tan débil que a una edad cada vez más temprana recurren a una avidez sexual deshumanizada y sin rostro? Los psiquiatras han explicado que el problema clave de la promiscuidad suele ser una «baja autoestima», que a menudo da la sensación de ser fruto de un apego excesivo entre la madre y el hijo; el tipo de avidez sexual es relativamente irrelevante. Como dice Clara Thompson, refiriéndose a la homosexualidad:

> La homosexualidad abierta tal vez exprese el temor al sexo opuesto, el temor a la responsabilidad adulta [...] tal vez represente una huida de la realidad hacia la absorción en la estimulación corporal, muy semejante a las actividades autoeróticas de los esquizofrénicos, o tal vez sea un síntoma de la capacidad de destrucción de uno mismo o de los demás [...]. Las personas que tienen una baja autoestima [...] tienen tendencia a sentir apego a su propio sexo porque les produce menos te-

[17] Los nacimientos fuera del matrimonio crecieron en un 194 por 100 entre 1956 y 1962; las enfermedades venéreas entre la gente joven aumentó en un 132 por 100 *(Time,* 16 de marzo de 1962).

[18] Kinsey *et al., Sexual Behavior in the Human Male,* págs. 348 y ss., 427-433.

[19] Kinsey *et al., Sexual Behavior in the Human Male,* págs. 293, 378, 382.

mor [...]. Sin embargo, las consideraciones anteriores no conducen invariablemente a la homosexualidad, porque el temor a la desaprobación por parte de la cultura y la necesidad de actuar conforme a las normas a menudo inducen a estas personas al matrimonio. El hecho de que una persona esté casada no significa en ningún caso que sea una persona madura [...]. Se advierte que el apego madre-criatura es a veces una parte importante del cuadro [...]. La promiscuidad posiblemente sea más frecuente entre homosexuales que entre heterosexuales, pero su trascendencia en la estructura de la personalidad es muy semejante en ambos casos. En ambos, el principal interés radica en los genitales y en la estimulación del cuerpo. La persona elegida para compartir la experiencia no tiene mayor importancia. La actividad sexual es compulsiva y constituye el único interés[20].

Una actividad sexual compulsiva, ya sea homosexual o heterosexual, suele encubrir una falta de potencia en otros ámbitos de la vida. Contrariamente a lo que dicta la mística de la feminidad, la satisfacción sexual no es necesariamente una prueba de plenitud, ni en la mujer ni en el hombre. Según Erich Fromm:

> Con frecuencia los psicoanalistas ven a pacientes cuya capacidad de amar y de ser próximos a otras personas está deteriorada y que sin embargo funcionan muy bien sexualmente y de hecho convierten la satisfacción sexual en un sustituto del amor, porque su potencia sexual es el único poder en el que confían. La incapacidad de ser productivo en todos los demás ámbitos de la vida y la infelicidad resultante se ven contrarrestadas y disimuladas por sus actividades sexuales[21].

Existe un trasfondo semejante a la avidez sexual en los *colleges,* incluso cuando la potencial capacidad para ser «productivo en todos los demás ámbitos de la vida» sea elevada. Un psiquiatra consultor para el alumnado de Harvard-Radcliffe señalaba recientemente que las chicas de *college* suelen buscar la «seguridad» en relaciones sexuales intensas debido a su propio sentimiento de inadecuación cuando, probablemente por primera vez en su vida, tienen que trabajar duro, competir de verdad y pensar activamente en lugar de pasivamente —lo cual «no sólo es una experiencia desconocida, sino casi comparable con el sufrimiento físico».

[20] Clara Thompson, «Changing Concepts of Homosexuality in Psychoanalysis», en *A Study of Interpersonal Relations, New Contributions to Psychiatry,* ed. Patrick Mullahy, Nueva York, 1949, págs. 218 y ss.

[21] Erich Fromm, «Sex and Character: the Kinsey Report Viewed from the Standpoint of Psychoanalysis», en *Sexual Behavior in American Society,* pág. 307.

> Los datos significativos son una menor autoestima y una disminución del entusiasmo, la energía y la capacidad para funcionar de forma creativa. La depresión es al parecer un tipo de declaración de dependencia, de impotencia, y también un grito sofocado pidiendo ayuda. Y les ocurre en algún momento con intensidad variable a prácticamente todas las chicas durante su carrera en el *college*[22].

Todo esto tal vez represente sencillamente «la primera respuesta de una adolescente sensible e ingenua a un entorno nuevo, aterradoramente complicado y sofisticado», dice el psiquiatra. Pero si la adolescente es una chica, evidentemente, a diferencia del chico, no debería esperarse de ella que asuma el desafío, domine el trabajo duro y compita. El psiquiatra considera «normal» que la chica busque su seguridad en el «amor», aun cuando es posible que el propio chico sea «sorprendentemente inmaduro, adolescente y dependiente» —«un delgado junco, al menos desde el punto de vista de las necesidades de la chica». La mística de la feminidad oculta el hecho de que esta avidez sexual temprana, bastante inofensiva para el muchacho o la muchacha que no busca nada más que lo que ésta ofrece, no puede facilitarles a esas mujeres una «imagen más clara de sí mismas» —la autoestima que necesitan y «el vigor para tener unas vidas satisfactorias y creativas». Pero la mística no siempre le oculta al muchacho el hecho de que la dependencia que de él tiene la muchacha no es realmente sexual, y que esto tal vez reprima su crecimiento. De ahí la hostilidad del muchacho —aun cuando sucumbe inevitablemente ante la invitación sexual.

Una estudiante de Radcliffe escribió recientemente un relato de una gran sensibilidad acerca de la creciente amargura de un chico contra una chica que no es capaz de estudiar sin él —una amargura que ni siquiera se mitiga con el sexo a través del cual todas las noches se evaden del estudio juntos.

> Ella estaba doblando la esquina de una página y él quiso decirle que dejara de hacerlo; el pequeño ademán mecánico lo estaba sacando desproporcionadamente de sus casillas y se preguntó si no estaría tan tenso porque llevaban cuatro días sin hacer el amor [...]. Apuesto a que ella lo necesita ahora —pensó— y por eso está casi temblando, casi al borde de las lágrimas, y tal vez sea ése el motivo por el que me salió tan mal el examen. Pero sabía que aquello no era una excusa; sintió que

[22] Carl Binger, «The Pressures on College Girls Today», *Atlantic Monthly,* febrero de 1961.

su resentimiento se agudizaba al tiempo que se preguntaba por qué no había repasado en realidad [...]. El reloj no le iba a dejar que se olvidara nunca de la cantidad de tiempo que estaba perdiendo [...] cerró los libros de golpe y empezó a apilarlos. Eleanor alzó la mirada y él vio el terror en sus ojos [...].

«Escucha, te voy a llevar a casa ahora —le dijo—. Hay algo que necesito hacer esta noche» [...]. Recordó que tenía un largo paseo de vuelta caminando, pero cuando se inclinó precipitadamente para darle un beso, ella rodeó el cuello con los brazos y él tuvo que tirar enérgicamente para liberarse. Al fin lo soltó y, ya sin sonreír, susurró: «Hal, no te vayas.» Él vaciló. «Por favor, no te vayas, por favor [...]» Se puso de puntillas para besarlo y cuando abrió la boca él se sintió atrapado, porque si metía la lengua entre sus labios, no sería capaz de marcharse. La besó, empezando a olvidar de manera semiconsciente que tenía que irse [...], la atrajo hacia sí, oyéndola gemir con dolor y excitación. Entonces se echó hacia atrás y dijo, con voz ya fatigosa: «¿No hay algún sitio al que podamos ir?» [...].

Ella estaba mirando a su alrededor con afán y esperanza y él volvió a preguntarse cuánto del deseo de ella era pasión y cuánto necesidad de aferrarse: las chicas utilizaban el sexo para tenerte cogido, lo sabía —les costaba tan poco fingir la excitación[23].

Éstos son, por supuesto, los primeros jóvenes que crecieron bajo la mística de la feminidad, aquellos jóvenes que recurren al sexo como una vía sospechosamente fácil para consolarse cuando se encuentran con los primeros obstáculos difíciles en la carrera. ¿Por qué les cuesta tanto soportar la incomodidad, hacer un esfuerzo, postponer el placer inmediato y plantearse objetivos de futuro a largo plazo? El sexo y el matrimonio temprano son la salida más fácil; jugar a las casitas a los diecinueve años de edad te evita la responsabilidad de crecer en solitario. Y aunque un padre tratara de hacer que su hijo fuera «masculino», independiente, activo, fuerte, tanto la madre como el padre incitaban a su hija a esa dependencia pasiva, débil y atenazadora llamada «feminidad», esperando que, por supuesto, encontrara la «seguridad» en un chico, no esperando nunca que viviera su propia vida.

Y así el círculo se va cerrando. El sexo sin identidad, enaltecido por la mística de la feminidad, arroja una sombra cada vez más densa sobre la imagen que el hombre tiene de la mujer y sobre la imagen que la mujer tiene de sí misma. Cada vez se les hace más difícil a los hijos y a las hijas escapar, encontrarse a sí mismos en el mundo, amar a otra persona en una relación humana. Los millones de jóvenes que antes de cumplir los diecinueve contraen matrimonio, parodia cada vez más temprana de la avidez sexual, delatan la creciente inmadurez, dependencia emocional y pasividad de las últimas víctimas de la mística de la feminidad. La sombra del sexo sin identidad puede desvanecerse momentáneamente en una soleada casa de ensueño de un barrio residencial. Pero ¿qué les harán esas madres infantiles y esos padres inmaduros a sus criaturas, en ese paraíso de fantasía en el que el afán de placer y de bienes oculta los vínculos cada vez más laxos con la compleja realidad moderna? ¿Qué tipo de hijos y de hijas crían unas muchachas que han sido madres antes de haberle hecho nunca frente a la realidad o que han cortado sus vínculos con ella al convertirse en madres?

Existen temibles implicaciones para el futuro de nuestra nación en la parásita relajación que les estamos transmitiendo a las nuevas generaciones como consecuencia de nuestra obstinada disposición a asumir la mística de la feminidad. La tragedia de unos chicos y chicas que «representan» las fantasías sexuales de sus madres-amas de casa es sólo uno de los signos de la progresiva deshumanización que se está produciendo. Y en esta «representación» por parte de hijas e hijos, la mística de la feminidad por fin puede verse en toda su enfermiza y peligrosa obsolescencia.

[23] Sallie Bingham, «Winter Term», *Mademoiselle,* julio de 1958.

Capítulo 12

La progresiva deshumanización: un confortable campo de concentración

Las voces que ahora se lamentan del regreso de las mujeres estadounidenses al hogar nos tranquilizan diciéndonos que el péndulo ha empezado a moverse en la dirección opuesta. Pero ¿es eso cierto? Ya hay signos de que las hijas de las mujeres capaces y enérgicas que volvieron a casa para vivir de acuerdo con la imagen del ama de casa encuentran más difícil que sus madres seguir avanzando en el mundo. En los últimos quince años, se diría que se ha producido un cambio sutil y devastador en el carácter de las criaturas estadounidenses. Muchos médicos clínicos, psicoanalistas y especialistas en ciencias sociales han encontrado pruebas de algo parecido al malestar que no tiene nombre del ama de casa en una forma más patológica entre los hijos e hijas de éstas. Han observado, con creciente preocupación, una nueva y alarmante pasividad, relajación y aburrimiento en las y los jóvenes de Estados Unidos. La señal de peligro no es la competitividad que genera la liguilla de béisbol ni la competencia por ingresar en el *college,* sino un tipo de infantilismo que hace que las hijas y los hijos de las madres-amas de casa no aguanten el esfuerzo, la resistencia al dolor y a la frustración y la disciplina que se requieren para competir en el campo de béisbol o para ingresar en un *college*. También hay entre las y los jóvenes una nueva característica: andan como presas de un vacío sonambulismo o interpretando un papel, de modo que hacen lo que se supone que tienen que hacer, lo que hacen otros jóvenes, pero al hacerlo no parecen ni vivos ni reales.

En un barrio residencial del Este del país, en 1960 oí cómo un estudiante de instituto de segundo año interrumpía a un psiquiatra que aca-

baba de impartir una charla y preguntarle por «el nombre de esa píldora que puedes tomar para hipnotizarte de modo que sabes todo lo que necesitas para el examen sin estudiar». Ese mismo invierno, dos chicas de *college* que iban en un tren a Nueva York en medio de su semana de exámenes semestrales me dijeron que iban a unas fiestas a «despejarse» en lugar de estudiar para los exámenes. «La psicología ha puesto de manifiesto que cuando de verdad estás motivada, aprendes instantáneamente», explicaba una. «Si el profesor no es capaz de hacer la clase lo suficientemente interesante para que te lo aprendas sin estudiar, la culpa es suya y no nuestra.» Un muchacho brillante que había abandonado el *college* me dijo que estaba perdiendo el tiempo; «la intuición» era lo que importaba y en el *college* no le enseñaban eso. Trabajó durante unas semanas en una gasolinera y luego un mes en una librería. Después dejó de trabajar y se dedicó literalmente a no hacer nada: se levantaba, comía, se iba la cama, ni siquiera leía.

Vi esa característica del vacío sonambulismo en una muchacha de trece años de edad a la que entrevisté en un barrio residencial de Westchester para una investigación sobre la promiscuidad sexual adolescente. Apenas conseguía aprobar en el instituto aunque era inteligente; «no podía aplicarse», como dijo el orientador escolar. Daba la sensación de que siempre se aburría, carecía de interés y estaba con frecuencia aturdida. También parecía no estar muy despierta, como una marioneta de la que alguien manejara los hilos, cuando todas las tardes entraba en el coche con un grupo de chicos mayores que habían «abandonado» todos los estudios busca de «emociones».

Son muchos los observadores que han tenido esa sensación de que estos nuevos chicos, por alguna razón, no están creciendo como personas «reales». Un educador de Texas, que estaba preocupado porque los chicos de *college* no estaban realmente interesados en las asignaturas que estaban cursando como pasaporte automático hacia el trabajo adecuado, descubrió que tampoco estaban realmente interesados por nada que hicieran fuera del centro de enseñanza. Mayormente se dedicaban a «matar el tiempo». Un cuestionario reveló que no había literalmente nada que a aquellos chicos les apasionara lo suficiente, como tampoco había nada que hicieran de hecho en lo que se sintieran realmente vivos. Las ideas, el pensamiento conceptual que es exclusivo del ser humano, estaban totalmente ausentes de sus mentes y de sus vidas[1].

[1] Marjorie K. McCorquodale, «What They Will Die for in Houston», *Harper's*, octubre de 1961.

Un crítico social y un par de psicoanalistas perspicaces trataron de definir ese cambio en la generación más joven como un cambio fundamental en el carácter estadounidense. Ya fuera para mejor o para peor, ya fuera una cuestión de enfermedad o de salud, pensaban que la personalidad humana, identificable a través de un fuerte y estable núcleo de la identidad, estaba quedando sustituida por una amorfa «personalidad guiada por normas externas»[2]. En la década de 1950, David Riesman no encontró ningún chico o chica que tuviera ese sentido emergente de su propio yo que solía ser característica de la adolescencia humana, «aunque busqué jóvenes autónomos en varias escuelas públicas y en varias escuelas privadas»[3].

En el Sarah Lawrence College, donde las estudiantes habían asumido una gran responsabilidad en su propia educación y en la organización de sus propios asuntos, se descubrió que la nueva generación de estudiantes era impotente, apática e incapaz de gestionar esa libertad. Cuando les dejaban organizar sus propias actividades, no se organizaba ninguna; un currículo orientado a los intereses propios de las estudiantes ya no funcionaba porque éstas no tenían intereses propios lo suficientemente fuertes. Harold Taylor, entonces presidente del Sarah Lawrence, describía el cambio en los siguientes términos:

> Mientras que en años anteriores había sido posible contar con la fuerte motivación e iniciativa de las estudiantes para que gestionaran sus propios asuntos, formaran nuevas organizaciones e inventaran nuevos proyectos, ya fuera en materia de bienestar social o en los ámbitos intelectuales, ahora quedaba claro que para muchas estudiantes la responsabilidad de la autogestión era más una carga que había que soportar que un derecho que había que mantener. [...] Las estudiantes a las que se les daba plena libertad para gestionar sus propias vidas y para tomar sus propias decisiones con frecuencia no querían hacerlo [...]. A las estudiantes de *college* les resultaba al parecer cada vez más difícil entretenerse, habiéndose acostumbrado a depender de los entretenimientos que otros les habían preparado, en los que su papel consistía sencillamente en participar en las cosas que ya se habían programa-

[2] Véase David Riesman, *The Lonely Crowd;* también Erich Fromm, *Escape from Freedom,* Nueva York y Toronto, 1941, págs. 185-206. Igualmente Eric H. Erikson, *Childhood and Society,* pág. 239.

[3] David Riesman, introducción a *The Vanishing Adolescent* de Edgar Friedenberg, Boston, 1959.

> do [...]. Las estudiantes eran incapaces de planificar nada por sí mismas que les pareciera lo suficientemente interesante para participar en ello[4].

Los educadores, al principio, culparon de ello a la cautela y al conservadurismo de la era McCarthy, a la impotencia generada por la bomba atómica; más tarde, ante los avances soviéticos en la carrera espacial, los políticos y la opinión pública lo achacaron a la «permisividad» general de los educadores. Pero, cualesquiera que fueran sus propias debilidades, los mejores educadores sabían de sobra que estaban ante una pasividad que los niños ya tenían cuando llegaban a la escuela, una alarmante «pasividad básica que [...] plantea exigencias heroicas a aquellos que tienen que bregar con ellos diariamente dentro o fuera de la escuela»[5]. La pasividad física de la generación más joven se traducía en un deterioro muscular, que acabó alarmando a la Casa Blanca. Su pasividad emocional era visible a través del indisciplinado y barbudo aspecto *beatnick* —una forma singularmente desapasionada y sin objetivo de rebelión adolescente. Unas tasas de delincuencia juvenil tan altas como las de los arrabales empezaron a registrarse en los elegantes barrios residenciales dormitorio entre los hijos de los miembros de la sociedad que habían triunfado, que tenían estudios, que eran respetados y que se respetaban a sí mismos, hijos de la clase media que habían gozado de todas las «ventajas», de todas las «oportunidades». Una película titulada *Yo fui un Frankenstein adolescente* tal vez no les pareciera divertida a los padres de Westchester y Connecticut a los que visitó la brigada contra el vicio en 1980 porque sus hijos estaban consumiendo drogas en fiestas que daban en los cuartos de juego forrados con paneles de madera de unos y otros. O los padres del condado de Bergen, cuyos hijos fueron detenidos en 1962 por profanación masiva de las tumbas de un cementerio de un barrio residencial; o los padres de un barrio residencial de Long Island, cuyas hijas, a los trece años de edad, estaban ofreciendo un servicio prácticamente de «prostitución telefónica». Tras el vandalismo sin sentido, los disturbios en Florida durante las vacaciones de primavera, la promiscuidad, el aumento de las enfermedades venéreas y de los embarazos ilegítimos entre adolescentes, el alarmante abandono de los estudios de instituto y de *college,* se hallaba esa nueva pasividad. Porque aquellos chicos aburridos, perezosos y caprichosos, las «emociones» eran la única manera de matar la monotonía del tiempo vacío.

[4] Harold Taylor, «Freedom and Authority on the Campus», en *The American College,* págs. 780 y ss.

[5] David Riesman, introducción a *The Vanishing Adolescent* de Edgar Friedenberg.

Aquellos que estudiaban el comportamiento de los veteranos de guerra norteamericanos que fueron prisioneros en la guerra de Corea en la década de 1950 consideraban que aquella pasividad era algo más que una cuestión de aburrimiento —que señalaba un deterioro del carácter humano. Un médico del ejército, el comandante Clarence Anderson, al que se le permitió moverse libremente por los campos de prisioneros para atenderlos, observaba:

> Durante la marcha de las tropas, tanto en los campos temporales como en los permanentes, era habitual que los fuertes les quitaran el alimento a los débiles. No había disciplina para evitarlo. Muchos hombres estaban enfermos y aquellos hombres, en lugar de contar con la ayuda y los cuidados de los demás, eran ignorados, o peor aún. La disentería era habitual y causaba tal debilidad que algunos hombres no podían andar. Durante las noches de invierno, los hombres desvalidos que padecían disentería eran arrastrados por sus compañeros fuera de las cabañas, donde los dejaban morirse de frío[6].

[6] Véase Eugene Kinkead, *In Every War but One,* Nueva York, 1959. En los últimos años se ha intentado desacreditar o matizar estos descubrimientos. Pero una grabación en cinta de una charla que pronunció ante la American Psychiatric Association en 1958 el Dr. William Mayer, que había formado parte de uno de los equipos de psiquiatras y oficiales de los servicios de inteligencia del Ejército que entrevistó a los prisioneros a su regreso en 1953 y analizó los datos, condujo a que muchos pediatras y especialistas infantiles se preguntaran, utilizando la expresión del doctor Spock: «¿Son más numerosos hoy los padres extraordinariamente permisivos e indulgentes —y están debilitando el carácter de nuestros hijos?» (Benjamin Spock, «Are We Bringing Up Our Children Too "Soft" for the Stern Realities They Must Face?», *Ladies' Home Journal,* septiembre de 1960). Por muy ultrajantemente desagradable que resultara para el orgullo norteamericano, debe de haber alguna explicación para la crisis de los soldados estadounidenses prisioneros en Corea, pues el comportamiento de éstos difería no sólo del de los soldados estadounidenses en guerras anteriores sino del de los soldados de otros países en Corea. Ningún soldado estadounidense consiguió escapar de ningún campo de prisioneros enemigo, cosa que habían hecho en todas las demás guerras. La desconcertante tasa de mortalidad del 38 por 100 resultaba inexplicable, incluso para las autoridades militares, a partir de factores tales como el clima, la alimentación o la inadecuación de las instalaciones médicas en los campos, y tampoco se debió a la brutalidad ni a la tortura. «Abandonitis» fue el término que un médico utilizó para describir la enfermedad de la que murieron los norteamericanos; sencillamente se pasaban los días hechos un ovillo debajo de la manta, limitando su dieta a la ingestión de agua, hasta que morían, normalmente en un plazo de tres semanas. Esto fue al parecer un fenómeno estadounidense. Los prisioneros turcos, que también pertenecían a las fuerzas de Naciones Unidas en Corea, no perdieron hombres por enfermedad ni porque se de-

Aproximadamente el 38 por 100 de los prisioneros murieron, una tasa de mortalidad más alta que la de cualquier guerra anterior en la que había participado Estados Unidos, incluida la de Independencia. La mayoría de los prisioneros se volvieron inertes, inactivos, se metieron dentro de las pequeñas conchas que habían construido para protegerse de la realidad. No hacían nada para conseguir comida ni fuego, ni para asearse o comunicarse unos con otros. Al comandante le llamó la atención de aquellos nuevos soldados norteamericanos el siguiente hecho: «carecían [casi por completo] de lo que era un recurso tan habitual entre los antiguos yanquis», una capacidad para hacer frente a cualquier situación nueva y primitiva. Concluyó: «Esto se debía en parte —pero creo que sólo en parte— al trauma psíquico de haber sido capturados. Creo que también era resultado de algún fracaso nuevo en la formación durante la infancia y la adolescencia de nuestros jóvenes varones —una nueva blandura.» Pasando por alto el argumento propagandístico del ejército, un psicólogo del campo de la educación comentó: «No cabe duda de que ocurría algo terrible con aquellos jóvenes; no blandura, sino dureza, superficialidad, fragilidad. Yo lo llamaría fracaso del ego, un derrumbamiento de la identidad [...]. El crecimiento adolescente puede y debe conducir a una madurez humana total, definida como el desarrollo de un sentido estable del yo...»[7].

En este sentido, los prisioneros de Corea fueron el modelo de un nuevo tipo de estadounidense, evidentemente alimentado de manera «contraria a la claridad y al crecimiento», por personas que a su vez estaban «insuficientemente caracterizadas» para desarrollar «el tipo de carácter y de mente que se concibe a sí misma con demasiada claridad como para permitir que se traicione a sí misma».

El impacto que causó darse cuenta de que esta no identidad pasiva era «algo nuevo en la historia» se produjo cuando empezó a manifestarse en los muchachos, y no antes. Pero un ser apático, dependiente, infantil y sin propósito, que parece tan increíblemente inhumano cuando se identifica como el emergente prototipo del nuevo varón estadounidense, recuerda extrañamente a la familiar personalidad «femenina» tal como la define la mística. ¿No son acaso las características fundamentales de la feminidad —que Freud relaciona equivocadamente con la biología sexual— la pasividad, un ego o sentido del yo débiles, un superego o

jaran morir de hambre; se mantuvieron unidos, obedecían las órdenes de sus oficiales, se adherían a las normas sanitarias, cooperaban en el cuidado de sus enfermos y no se delataban entre sí.

[7] Edgar Friedenberg, *The Vanishing Adolescent,* págs. 212 y ss.

conciencia humana débiles, la renuncia a unos fines, ambiciones e intereses propios activos para vivir por y para de los demás, la incapacidad para el pensamiento abstracto, el rechazo a cualquier actividad dirigida al mundo exterior a favor de actividades dirigidas al mundo interior o a la fantasía?

¿Qué significa esta emergencia actual, tanto en los muchachos como en las muchachas estadounidenses, de una personalidad detenida en el nivel de la fantasía y la pasividad infantiles? Los chicos y las chicas en las que la identifiqué eran hijos e hijas de madres que vivían encerradas en los límites de la mística de la feminidad. Ellas estaban desempeñando su rol de mujer de la forma normal y aceptada. Algunas tenían capacidades por encima de la media y otras tenían un nivel de estudios por encima de la media, pero todas estaban igualmente preocupadas por sus hijos e hijas, que aparentemente eran su principal y único interés.

Una madre a la que le preocupaba enormemente que su hijo no pudiera aprender a leer, me dijo que cuando el niño llegó a casa con su primer cuaderno de notas del jardín de infancia, estaba tan «emocionada como si yo misma fuera una chiquilla, esperando que algún chico me pidiera que saliera con él el sábado por la noche». Estaba convencida de que los profesores se equivocaban cuando decían que el niño daba vueltas por el aula como sumido en una ensoñación y no era capaz de prestar atención durante el tiempo suficiente para realizar la prueba de aptitud de lectura. Otra madre dijo que no podía soportar que sus hijos tuvieran ningún problema o disgusto. Era como si los tuviera ella. Me dijo lo siguiente:

> Solía permitirles que pusieran todos los muebles patas arriba y construyeran casitas en el cuarto de estar, que permanecían así durante días, con lo que yo no tenía ni dónde sentarme a leer. No podía soportar obligarles a hacer lo que no quisieran hacer, ni siquiera tomar medicamentos cuando estaban enfermos. No podía soportar que se sintieran desgraciados o se pelearan o se enfadaran conmigo. No podía separarlos de mí, de alguna manera. Siempre me mostraba comprensiva, paciente. Me sentía culpable cuando los dejaba aunque sólo fuera una tarde. Me preocupaba de cada página de sus tareas de casa; siempre estaba concentrada en ser una buena madre. Estaba orgullosa de que Steve no se metiera en peleas con otros chicos del vecindario. Ni siquiera me daba cuenta de que algo iba mal hasta que empezó a tener tan malas notas en la escuela, a tener pesadillas con la muerte, y no quería ir al colegio porque tenía miedo de los otros chicos.

Otra mujer dijo:

> Creía que tenía que estar allí todas las tardes cuando llegaran a casa de vuelta del colegio. Leía todos los libros que les mandaban a ellos para poder ayudarles con sus deberes. En muchos años, no he sido tan feliz ni he estado tan emocionada como durante las semanas en las que estaba ayudando a Mary a preparar la ropa que se iba a llevar al *college*. Pero me enfadé muchísimo cuando no se matriculó en arte. Aquel había sido mi sueño antes de casarme, por supuesto. Tal vez sea mejor que cada una viva sus propios sueños.

No creo que sea casualidad que la creciente pasividad —y la irrealidad de ensueño— de las criaturas de hoy se haya generalizado tanto en los mismos años en los que la mística de la feminidad animaba a la amplia mayoría de las mujeres estadounidenses —incluidas las más capaces, y el creciente número de aquellas que tenían estudios— a renunciar a sus propios sueños, e incluso a su propia educación, para vivir a través de sus hijos. La «absorción» de la personalidad del niño por parte de la madre de clase media —ya patente para un perspicaz sociólogo en la década de 1940— ha aumentado inevitablemente durante estos años. Al carecer de intereses serios fuera del hogar y con unas tareas domésticas convertidas en rutinas por los electrodomésticos, las mujeres podrían dedicarse casi exclusivamente a adorar a la criatura desde la cuna hasta el jardín de infancia. Incluso cuando los chiquillos empezaban la escuela, sus madres podían compartir sus vidas, de manera vicaria y a veces literalmente. Para muchas, su relación con sus hijos se convirtió en una historia de amor o en un tipo de simbiosis.

«Simbiosis» es un término biológico; se refiere al proceso a través del cual, por simplificar, dos organismos viven como uno solo. En el caso de los seres humanos, cuando el feto está en el útero materno, la sangre de la madre lo mantiene vivo; los alimentos que ella ingiere lo hacen crecer, el oxígeno del feto procede del aire que ella respira, y es ella la que elimina sus desechos. Al principio existe una unicidad biológica entre la madre y la criatura, un proceso maravilloso y complejo. Pero esta relación termina cuando se corta el cordón umbilical y cuando el bebé viene al mundo como un ser humano separado de la madre.

A este respecto, los psicólogos infantiles analizan la existencia de una «simbiosis» psicológica o emocional entre la madre y la criatura en la que el amor materno ocupa el lugar del líquido amniótico que rodeaba y alimentaba permanentemente al feto en el útero. Esta simbiosis emocional alimenta la psique de la criatura hasta que está dispuesta a nacer psicológicamente, por así decirlo. Por eso los autores especializados en psicología —como los panegiristas literarios y religiosos del amor materno antes de la era psicológica— describen un estado en el

que madre y criatura siguen conservando una unidad mística; en realidad no son seres individuales. La «simbiosis», en manos de los divulgadores de la psicología, implicaba de una manera muy marcada que el constante y amoroso cuidado de la madre era absolutamente necesario para el crecimiento de la criatura, durante un número indeterminado de años.

Pero en años recientes el concepto de «simbiosis» se ha colado con creciente frecuencia en las historias de casos de niños perturbados. Cada vez más patologías infantiles nuevas se originan aparentemente a partir de esa relación simbiótica con la madre, que en cierto modo impide que los niños se conviertan en seres individuales. Esas criaturas perturbadas aparentemente «representan» los deseos o conflictos inconscientes de la madre —los sueños infantiles que no ha superado o a los que no ha renunciado, pero que sigue tratando de alcanzar para sí misma a través de la persona de su hijo o su hija.

El término «representar» *(acting out)* se utiliza en psicoterapia para describir el comportamiento de un paciente que no es acorde con la realidad de una determinada situación, sino que es la expresión de unos deseos o una fantasía infantiles inconscientes. Suena místico decir que los deseos infantiles inconscientes que la criatura perturbada está «representando» no son los suyos propios sino los de su madre. Pero los terapeutas pueden seguir la pista de cada fase a través de la cual la madre, que está utilizando a la criatura para alcanzar sus propios sueños infantiles, la empuja inconscientemente a un comportamiento que resulta destructivo para su crecimiento. La mujer del ejecutivo de Westchester que incitó a su hija de trece años a la promiscuidad sexual no sólo la había estado preparando para que se desarrollaran sus encantos sexuales —haciendo caso omiso de la propia personalidad de la muchacha— sino que, incluso antes de que sus pechos empezaran a desarrollarse, le había trasladado, mediante advertencias y preguntas algo insistentes, su expectativa de que la niña representara en la vida real las fantasías de prostitución de su madre.

Nunca se ha considerado patológico que las madres o los padres representen sus sueños a través de sus criaturas, excepto cuando el sueño ignora y distorsiona la realidad de éstas. Se han escrito novelas, así como historias de caso, sobre el muchacho que se convirtió en un mal hombre de negocios porque aquél era el sueño de su padre para él, cuando podía haber sido un buen violinista; o del chico que acabó en un hospital psiquiátrico para frustrar el sueño que su madre había albergado de que llegara a ser un gran violinista. Si en años recientes el proceso ha empezado a parecer patológico es porque los sueños de las madres que los hijos

representan están siendo cada vez más infantiles. Las propias madres se han vuelto más infantiles y, porque están obligadas a buscar cada vez más satisfacción a través de la criatura, son incapaces de acabar de separarse de ella. Por lo tanto, aparentemente es la criatura la que mantiene la vida de la madre en esa relación «simbiótica», destruyéndose prácticamente la criatura en ese proceso.

Esta simbiosis destructiva se construye literalmente en la mística de la feminidad. Y el proceso es progresivo. Empieza en una generación y se perpetúa en la siguiente, a grandes rasgos de esta manera:

1. Al permitir que las chicas evadan las pruebas de la realidad y los verdaderos compromisos, en la escuela y en el mundo, mediante la promesa de una realización mágica a través del matrimonio, la mística de la feminidad detiene su desarrollo en un nivel infantil carente de identidad personal, con un núcleo inevitablemente débil de la identidad.
2. Cuanto mayor sea su propio infantilismo y cuanto más débil su núcleo de la identidad, antes buscará la chica su «realización» como esposa y madre y más exclusivamente vivirá por y para su marido y sus hijos. Por lo tanto, sus vínculos con el mundo de la realidad y su propia percepción de sí misma serán progresivamente más débiles.
3. Puesto que el organismo humano tiene una imperiosa necesidad intrínseca de crecer, una mujer que evade su propio crecimiento aferrándose a la protección infantil del rol de ama de casa sufrirá —en la medida en que ese rol no le permite su propio crecimiento— una patología cada vez más severa, tanto fisiológica como emocional. Su maternidad será cada vez más patológica, tanto para ella como para sus criaturas. A mayor infantilización de la madre, menor probabilidad de que la criatura sea capaz de alcanzar su identidad humana en el mundo real. Las madres con una identidad infantil tendrán criaturas todavía más infantiles que se refugiarán todavía más pronto en la fantasía ante las pruebas de la realidad.
4. Los signos de este refugio patológico serán más aparentes en los chicos, puesto que incluso durante su infancia se espera de ellos que se comprometan con unas pruebas de la realidad de las que la mística de la feminidad les permite a las chicas evadirse a través de la fantasía sexual. Pero estas expectativas acaban haciendo que los chicos desarrollen un sentido del yo todavía más fuerte y convierten a las chicas en mayores víctimas, así como en las «Marías tifoideas»* de la progresiva deshumanización de sus propios hijos.

A través de los psiquiatras y los médicos clínicos de los barrios residenciales me enteré de cómo funciona este proceso. Un psiquiatra, Andras Angyal, lo describe, no necesariamente en relación con las mujeres, como una «evasión neurótica del crecimiento». Existen dos métodos clave para evadir el crecimiento. Uno es la «ausencia de compromiso»: un hombre vive su vida —la escuela, el trabajo, el matrimonio— dando todos los pasos sin llegar a comprometerse nunca plenamente con ninguna acción». Se ve a sí mismo vagamente como si estuviera «interpretando un papel». En apariencia, tal vez dé la sensación de estar actuando de manera normal en la vida, pero lo que en realidad está haciendo es «hacer las cosas de manera mecánica».

Angyal denomina el otro método para evadir el crecimiento el método de la «existencia vicaria». Consiste en una negación y represión sistemáticas de la propia personalidad y en un intento de suplantar a otra personalidad, una «concepción idealizada, una norma de bondad absoluta por la que uno trata de regir su vida, reprimiendo todos aquellos impulsos genuinos que son incompatibles con la norma exagerada y poco realista», o sencillamente adoptando una personalidad que es «el cliché popular de la época».

> La manifestación más frecuente de la existencia vicaria es una dependencia particularmente estructurada de otra persona, que con frecuencia se confunde con el amor. Pero unos apegos tan extremadamente intensos y tenaces carecen de todos los elementos esenciales del verdadero amor —la devoción, la comprensión intuitiva y la satisfacción por que la otra persona tenga una identidad propia y sea tal como es. Por el contrario, estos apegos son tremendamente posesivos y tienden a privar a la pareja de una «vida propia» [...]. La otra persona se necesita no como alguien con quien relacionarse; se necesita para colmar el vacío interior de uno, la nada de uno. Esa nada es en origen tan sólo una fantasía pero, con la persistente autorrepresión, llega a ser real.
>
> Todos esos intentos por adquirir una personalidad de repuesto al vivir de manera vicaria no consiguen liberar a la persona de una vaga

* Referencia a Mary Mellon (1869-1938), irlandesa emigrada a Estados Unidos, conocida como «tiphoid Mary» o María tifoidea, por haber actuado como agente transmisor sano de la fiebre tifoidea en Estados Unidos hacia el año 1907, cuando trabajaba como cocinera en casa de una familia que veraneaba en Long Island. Su apodo se aplica a cualquier persona que transmite un mal sin sufrirlo ella. *[N. de la T.]*

sensación de vacío. La represión de unos impulsos genuinos y espontáneos le deja a la persona un doloroso vacío emocional, casi una sensación de no existencia...[8].

La «ausencia de compromiso» y la «existencia vicaria», según concluye Angyal, «pueden interpretarse como intentos de resolver el conflicto entre el impulso de crecer y el temor de hacer frente a nuevas situaciones», pero aunque es posible que, temporalmente, reduzcan la presión, no resuelven realmente el problema; «su resultado, aunque no siempre su intención, es siempre una evasión del crecimiento personal».

La ausencia de compromiso y la existencia vicaria se hallan, a pesar de ello, en el núcleo mismo de nuestra definición convencional de feminidad. Ésta es la manera en que la mística de la feminidad les enseña a las jóvenes a buscar cómo «realizarse como mujeres»; ésa es la manera en que la mayoría de las mujeres estadounidenses viven en la actualidad. Pero si el organismo humano tiene una imperiosa necesidad innata de crecer, expandirse y convertirse en todo lo que pueda ser, no es de sorprender que los cuerpos y las mentes de las mujeres sanas empiecen a rebelarse a medida que tratan de adaptarse a un papel que no les permite este crecimiento. Sus síntomas, que tanto desconciertan a médicos y psicoanalistas, son la señal de alarma de que no pueden echar a perder su propia existencia, evadir su propio crecimiento, sin que se libre una batalla.

He visto a mujeres a las que entrevisté y también a mujeres de mi propia comunidad librar esa batalla y, desgraciadamente, suele ser una batalla perdida. Una joven, primero en el instituto y luego en el *college,* renunció a todos los intereses y ambiciones serios que tenía para ser «popular». Se casó a edad temprana y desempeñó el papel del ama de casa convencional, del mismo modo que había desempeñado el de una estudiante de *college* popular. No sé en qué punto perdió la pista de lo que era real y de lo que era fachada, pero cuando fue madre, a veces se tumbaba en el suelo y daba patadas con los pies presa del tipo de pataleta que no era capaz de controlar en su hija de tres años. A sus treinta y ocho, trató de suicidarse cortándose las venas de las muñecas.

Otra mujer extremadamente inteligente, que renunció a una apasionante carrera como investigadora del cáncer para convertirse en ama de casa, sufrió una depresión aguda justo antes de que naciera su bebé. Después de recuperarse se sentía tan «cercana» a él que tuvo que quedarse con él todas las mañanas en la guardería durante cuatro meses, pues de lo contrario el niño era presa de violentos llantos y pataletas. En primero el niño solía vomitar por las mañanas cuando tenía que separarse de ella. Su violencia con otros niños en las áreas de recreo casi resultaba peligrosa para él y para los demás. Cuando un vecino le quitó un bate de béisbol con el que estaba a punto de golpear a otro niño en la cabeza, su madre protestó violentamente por la «frustración» que le estaba causando a su hijo. Le resultó extremadamente difícil imponerle una disciplina.

Durante un periodo de diez años, aunque llevaba a cabo estrictamente todas las tareas de la maternidad en el barrio residencial, a excepción de esta incapacidad para tratar a sus hijos con firmeza, fue mostrándose cada vez menos viva y menos segura de su propia valía. El día antes de ahorcarse en el sótano de su impoluta casa de dos plantas, llevó a sus hijos a una revisión al pediatra y lo dispuso todo para la fiesta de cumpleaños de su hija.

Pocas mujeres de los barrios residenciales llegan al suicidio, pero sin embargo hay otra prueba de que las mujeres pagan un elevado precio emocional y físico por evadir su propio crecimiento. No son, como ahora lo sabemos, el sexo biológicamente más débil de la especie. En todos los grupos de edad mueren menos mujeres que hombres. Pero en Estados Unidos, desde los tiempos en que las mujeres asumen su rol sexual femenino como amas de casa, ya no viven con el entusiasmo, la alegría y la sensación de propósito que caracteriza la auténtica salud humana.

Durante la década de 1950, psiquiatras, psicoanalistas y médicos de todas las especialidades observaron que el síndrome del ama de casa estaba siendo al parecer cada vez más patológico. Los síntomas, moderados y carentes de diagnóstico —ampollas con hemorragia, malestar, nerviosismo y cansancio de las jóvenes amas de casa— se convirtieron en infartos coronarios, úlceras sangrantes, hipertensión y bronconeumonía; la angustia emocional sin nombre se convirtió en una crisis psicótica. Entre las nuevas madres-amas de casa, en algunos soleados barrios residenciales, sólo en esta década se produjo un incremento extraordinario de las «psicosis maternales», de las depresiones desde leves hasta con tendencias suicidas y de las alucinaciones postparto. Según los datos médicos recopilados por el Dr. Richard Gordon y su esposa Katherine (psiquiatra y psicóloga social, respectivamente), en los barrios residenciales del condado de Bergen, Nueva Jersey, durante la década de 1950, aproximadamente una de cada tres madres jóvenes sufrían depresión o crisis psicóticas postparto. Esto contrastaba con los datos médicos anteriores de crisis

[8] Andras Angyal, M. D., «Evasión of Growth», *American Journal of Psychiatry,* vol. 110, núm. 5, noviembre de 1953, págs. 358-361. Véase también Erich Fromm, *Escape from Freedom,* págs. 138-206.

psicóticas, que ascendían a uno de cada 400 embarazos, y los de depresiones menos agudas, que se daban en uno de cada 80.

> En el condado de Bergen, durante los años 1953-1957, una de cada 10 de las 746 pacientes psiquiátricas adultas eran jóvenes esposas que habían tenido una crisis postparto. De hecho, las jóvenes amas de casa (entre 18 y 44 años de edad) que sufrían, no sólo depresión postparto, sino todo tipo de trastornos psiquiátricos y psicosomáticos cada vez más severos pasaron a ser durante la década de 1950 con mucho el grupo predominante de pacientes psiquiátricos adultos. El número de esposas jóvenes con trastornos superaba en más de la mitad al de jóvenes esposos, y era tres veces más numeroso que cualquier otro grupo. (Otros estudios de pacientes tanto privados como públicos en los barrios residenciales han revelado resultados similares.) Durante toda la década de 1950, las jóvenes amas de casa también superaron cada vez más a los varones como principales víctimas de infartos coronarios, úlceras, hipertensión y neumonía bronquial. En el hospital de este condado residencial, las mujeres constituyen ahora el 40 por 100 de los pacientes de úlcera[9].

Fui a visitar al matrimonio Gordon, que había atribuido el incremento de las patologías de estas nuevas amas de casa jóvenes —que no se daba entre mujeres de áreas rurales comparables, de barrios residenciales más antiguos ni de las ciudades— a la «movilidad» de la nueva población de los barrios residenciales. Pero los maridos «móviles» no sufrían crisis con la misma intensidad que sus esposas o sus hijos. Los estudios anteriores sobre la depresión postparto habían señalado que las mujeres profesionales o de carrera en buena situación padecían en ocasiones un «conflicto de rol» cuando pasaban a ser amas de casa-madres; aquello era lo único que se esperaba que les pudiera pasar. Los Gordon señalaron que sus observaciones no indicaban que las jóvenes amas de

[9] Véase Richard E. Gordon y Catherine K. Gordon, «Social Factors in the Prediction and Treatment of Emocional Disorders of Pregnancy», *American Journal of Obstetrics and Gynecology,* 1959, 77:5, págs. 1074-1083; también Richard E. Gordon y Catherine K. Gordon, «Psychiatric Problems of a Rapidly Growing Suburb», *American Medical Association Archives of Neurology and Psychiatry,* 1958, vol. 79; «Psychosomatic Problems of a Rapidly Growing Suburb», *Journal of the American Medical Association,* 1959, 170:15; y «Social Psychiatry of a Mobile Suburb», *International Journal of Social Psychiatry,* 1960, 6:1, 2, págs. 89-99. Algunos de estos datos se divulgaron a través de una recopilación de historiales figurados titulada *The Split Level Trap,* que escribieron los Gordon en colaboración con Max Gunther (Nueva York, 1960).

casa estuvieran necesariamente expuestas a situaciones de mayor estrés que sus maridos; por alguna razón, las mujeres sencillamente mostraban una mayor tendencia a padecer estrés. ¿Podría esto significar que el papel del ama de casa-madre fuera demasiado para ellas? ¿O demasiado poco?

Aquellas mujeres no compartían las mismas semillas infantiles de la neurosis; de hecho algunas no presentaban ninguna. Pero una semejanza sorprendente que se advertía a partir de sus historiales era el hecho de que habían abandonado sus estudios a un nivel inferior a sus capacidades. Las que padecían este estado eran las que abandonaban el instituto o el *college;* con mayor frecuencia que otras mujeres comparables de su edad, habían empezado el *college* —y lo habían abandonado, generalmente al cabo de un año[10]. Muchas también procedían de «grupos étnicos más restrictivos» (italianos o judíos) o de pequeñas ciudades del sur donde «a las mujeres se las protegía y se las mantenía en un estado de dependencia». La mayoría de ellas no habían proseguido sus estudios ni habían conservado su empleo, y tampoco se habían movido en el mundo por sí mismas recurriendo a sus capacidades. Unas pocas de las que tuvieron crisis habían desempeñado trabajos relativamente poco cualificados o habían tenido algunos intereses iniciales a los que habían renunciado cuando se habían convertido en amas de casa-madres de los barrios residenciales. Pero la mayoría no había tenido otra ambición que la de casarse con un hombre que iría y vendría entre la casa y el trabajo; muchas estaban cumpliendo no sólo sus propios sueños sino también los frustrados sueños de alcanzar un estatus social de sus madres, al casarse con hombres ambiciosos y capaces. El Dr. Gordon me las describía en los siguientes términos: «No eran mujeres competentes. Nunca habían hecho nada. Ni siquiera eran capaces de organizar los comités que hacía falta montar en aquellos lugares. Nunca se les había pedido que se aplicaran, que aprendieran a hacer un trabajo y luego lo hicieran. Muchas de ellas habían abandonado los estudios. Es más fácil tener un bebé que sacar un sobresaliente. Nunca habían aprendido a gestionar la tensión, el dolor, el trabajo duro. En cuanto se hallaban ante una situación difícil, se desmoronaban.»

Tal vez porque aquellas muchachas fueran más pasivas, más dependientes que otras mujeres, aisladas entre las paredes de los barrios residenciales, a veces daba la sensación de que se volvían tan infantiles como sus criaturas. Y éstas mostraban una pasividad y un infantilismo

[10] Richard E. Gordon, «Sociodynamics and Psychotherapy», *A.M.A. Archives of Neurology and Psychiatry,* abril de 1959, vol. 81, págs. 486-503.

que parecía patológico y que se manifestaba a una edad muy temprana en los hijos varones. En la actualidad se comprueba que en las clínicas de salud mental de los barrios residenciales, la apabullante mayoría de los pacientes infantiles son chicos, frente a la dramática y por otra parte inexplicable situación inversa de que la mayoría de los pacientes adultos de todas las clínicas y consultas médicas actuales son mujeres —es decir, amas de casa. Dejando a un lado la perspectiva teórica de su profesión, un psicoanalista de Boston que tiene muchas pacientes femeninas me dijo:

> Es verdad, hay muchas más mujeres que hombres en las consultas. Acuden por razones diversas pero, si rascas un poco, encuentras esa sensación subyacente de vacío. No es inferioridad. Es casi como la nada. El hecho es que no están persiguiendo ningún objetivo propio.

Otro médico, de una clínica de salud mental de un barrio residencial, me habló de una joven madre de una niña de 16 años de edad que, desde que se habían trasladado al barrio residencial hacía siete años, se estaba dedicando en cuerpo y alma a sus criaturas, excepto por un pequeño trabajo a modo de «buena obra» en la comunidad. A pesar de la constante preocupación de la madre por su hija («pienso en ella todo el día: no tiene amigos y ¿conseguirá ingresar en el *college?*»), se le *olvidó* el día en que su hija tenía que hacer los exámenes de ingreso en el *college*.

> Su preocupación por su hija y por lo que ésta estuviera haciendo era su propia preocupación por sí misma y por lo que no estaba haciendo ella. Cuando estas mujeres padecen esta preocupación por lo que no están haciendo con su propia vida, sus hijos en realidad llegan a tener muy poco contacto con ellas. Ahora recuerdo el caso de otra criatura, de dos años de edad, con síntomas severos porque prácticamente no tiene contacto con su madre. Ella está mucho en casa, todo el día, todos los días. Tengo que educarla incluso para que tenga contacto físico con el niño. Pero esto no se resolverá hasta que la madre haga frente a su propia necesidad de autorrealización. Estar disponible para sus hijos no tiene nada que ver con la cantidad de tiempo —ser capaz de estar presente para cada criatura en términos de lo que ésta necesita puede quedar hecho en una fracción de segundo. Y una madre puede estar presente todo el día y no estar para su hijo, debido a su preocupación consigo misma. Por eso el niño retiene la respiración cuando le dan pataletas; se pone furioso; se niega a separarse de ella para ir a la guardería; incluso a los nueve años de edad un niño todavía necesita a su madre para que lo acompañe al baño, para que se acueste con él porque si no no se duerme. O se encierra en sí mismo hasta llegar a la esquizofrenia. Y ella trata desesperadamente de responder a las necesidades y a los requerimientos del niño. Pero si fuera realmente capaz de realizarse a sí misma, sería capaz de estar presente para su hijo. Tiene que estar completa ella misma, y presente ella misma, para ayudar al niño a crecer, a aprender a enfrentarse a la realidad e incluso a reconocer sus propios sentimientos.

En otra clínica, un terapeuta me habló de otra madre que estaba aterrada porque su hijo no era capaz de aprender a leer en la escuela, a pesar de que las pruebas de inteligencia daban un nivel elevado. La madre había abandonado el *college,* y se había consagrado al papel de ama de casa, y había vivido por y para el momento en que su hijo iría a la escuela y ella se realizaría a través de los estudios de él. Hasta que, gracias a la terapia, la madre pudo «separarse» del niño, éste no se percibió a sí mismo como ser individual. No podía hacer nada ni lo hacía, ni siquiera jugar, hasta que alguien se lo dijera. Ni siquiera podía aprender a leer, pues para ello necesitaba una identidad propia.

Lo extraño era que, según dijo el terapeuta, al igual que tantas otras mujeres de esa época del «rol femenino», en su empeño por ser una «mujer de verdad», una buena esposa y madre, «en realidad estaba desempeñando un rol muy masculino [...]. Estaba presionando a todos los que tenía a su alrededor —dominando las vidas de sus hijos, dirigiendo la casa con mano de hierro, revisando las maderas de la casa, pinchando a su marido para que hiciera todo tipo de bricolajes que nunca terminaba, gestionando el dinero, supervisando el ocio y los estudios— y su marido no era más que el hombre que pagaba las facturas».

En una comunidad de Westchester cuyo sistema pedagógico es mundialmente famoso, se ha descubierto recientemente que los estudiantes que acababan con excelentes notas en el instituto tenían muy mal rendimiento en el *college,* y que luego tampoco prosperaban demasiado. Una investigación reveló una causa psicológica sencilla. Durante todo su periodo de instituto, las madres habían estado literalmente haciendo los deberes y redactando los trabajos de sus retoños. Habían estado engañando a sus hijos e hijas, deteniendo su propio crecimiento mental.

Otro psicoanalista explica cómo la delincuencia juvenil tiene su origen en la representación por parte de los hijos de las necesidades de su madre, cuando el crecimiento de la madre se ha visto atrofiado.

> De forma habitual se observa que el progenitor más importante —habitualmente la madre, aunque el padre siempre está implicado de alguna manera— fomenta el comportamiento amoral o asocial de la criatura. Las necesidades neuróticas del progenitor [...] se ven satisfechas de manera vicaria a través del comportamiento de la cria-

> tura. Dichas necesidades neuróticas existen bien a consecuencia de alguna incapacidad actual para satisfacerlas en el mundo de los adultos, bien de las experiencias limitadoras que dicho progenitor haya tenido en su infancia —o, casi siempre, debido a una combinación de ambos factores[11].

Quienes han observado y tratado de ayudar a jóvenes delincuentes han visto en acción este proceso progresivo de deshumanización y han descubierto que el amor no es suficiente para contrarrestarlo. El amor simbiótico o la permisividad que han sido la expresión del amor materno durante los años de la mística de la feminidad no son suficientes para crear una conciencia social y una fuerza de carácter en la criatura. Por eso hace falta una madre madura con un sólido núcleo de la identidad, cuyas propias necesidades sexuales e instintivas estén integradas en la conciencia social. «La firmeza es señal de un progenitor que ha aprendido [...] cómo pueden alcanzarse los principales objetivos a través de algún curso de acción creativo...»[12].

Un terapeuta informaba del caso de una niña de nueve años de edad que robaba. Lo superará, decía su protectora madre, con una «permisividad fruto de su propia necesidad de satisfacción vicaria». En un momento dado, la niña le preguntó al terapeuta: «¿Cuándo va a empezar mi madre a robar por sí misma?»

Llevado hasta su extremo, este modelo de progresiva deshumanización puede observarse en casos de niños esquizofrénicos: niños «autistas» o «atípicos», como se les suele llamar. Visité una famosa clínica que llevaba casi 20 años estudiando este tipo de criaturas. Durante aquel periodo, a algunos les daba la sensación de que estaban aumentando los casos de aquellas criaturas detenidas a un nivel muy primitivo y subinfantil. Las autoridades no coinciden en la causa de esta extraña condición ni en determinar si se trata de un incremento real o simplemente aparente debido a que ahora se diagnostica con mayor frecuencia. Hasta hace poco tiempo, se pensaba de la mayoría de estas criaturas que eran retrasadas mentales. Pero ahora los médicos y los psiquiatras observan con cada vez más frecuencia esta condición, en los hospitales y en las clínicas. Y no es la misma que la de los distintos tipos orgánicos de retraso mental irreversible. Ésa puede tratarse, y a veces curarse.

[11] Adelaide M. Johnson y S. A. Szurels, «The Genesis of Antisocial Acting Out in Children and Adults», *Psychoanalytic Quarterly,* 1952, 21, págs. 323-343.

[12] *Ibíd.*

Estas criaturas suelen identificarse a sí mismas con cosas, con objetos inanimados —coches, radios, etc., o con animales como cerdos, perros o gatos. La clave del problema es al parecer que esas criaturas no han organizado ni desarrollado un yo lo bastante fuerte como para lidiar ni siquiera con la realidad infantil; no pueden distinguirse como seres separados del mundo exterior; viven en un nivel de las cosas o del impulso biológico instintivo que no cabe en absoluto en un marco humano. En cuanto a las causas, las autoridades consideran que «es preciso examinar la personalidad de la madre, que es el medio a través del cual el niño primitivo se transforma en un ser humano socializado»[13].

En la clínica infantil que visité (The James Jacskon Putnam Children's Center de Boston), el personal era muy cauto a la hora de sacar conclusiones sobre aquellas criaturas tan profundamente perturbadas. Pero uno de los médicos habló, con cierta impaciencia, de la creciente avalancha de «egos ausentes, egos frágiles, yoes escasamente desarrollados» con que se había encontrado: «Es el tipo de cosa que siempre hemos sabido, si el padre o la madre tiene un ego frágil, también lo tendrá la criatura.»

La mayoría de las madres de las criaturas que nunca desarrollaron un núcleo de la identidad humana eran a su vez «personas extremadamente inmaduras» a pesar de que, superficialmente, dieran «la impresión de estar bien adaptadas». Ellas mismas eran muy dependientes de sus madres, habían huido de esa dependencia refugiándose en un matrimonio temprano y «habían luchado heroicamente para construir y conservar la imagen que habían creado de una buena mujer, esposa y madre».

> La necesidad de ser madre, la esperanza y la expectativa de que a través de esta experiencia pueda convertirse en una persona real, capaz de tener verdaderas emociones, es tan desesperada que en sí misma puede crear ansiedad, ambivalencia y temor al fracaso. Debido a que carece totalmente de manifestaciones espontáneas de sentimientos maternales, estudia con atención todos los nuevos métodos de crianza y lee tratados sobre higiene física y mental[14].

Los omnipresentes cuidados que prodiga a su hijo se basan no en la espontaneidad sino en la adaptación a «la imagen de lo que debería ser

[13] Beata Rank, «Adaptation of the Psychoanalytical Technique for the Treatment of Young Children with Atypical Development», *American Journal of Orthopsychiatry,* XIX, 1 de enero de 1949.

[14] *Ibíd.*

una buena madre», con la esperanza de que «a través de la identificación con el niño, carne de su carne y sangre de su sangre, experimentará de manera vicaria las alegrías de una verdadera existencia, de un sentimiento genuino».

Y por ello, el niño pasa de la «inercia pasiva» a «chillar en medio de la noche» y a la ausencia de humanidad. «La criatura pasiva constituye una amenaza menor porque no le exige demasiado su madre, que se siente permanentemente amenazada por la revelación de que emocionalmente tiene poco o nada que ofrecer, de que es un fraude.» Cuando descubre que en realidad no puede hallar su propia realización a través de la criatura:

> lucha desesperadamente por controlar, ya no tal vez a su propia persona, sino a la criatura. Las peleas referentes a la higiene personal y al destete suelen ser peleas en las que ella trata de redimirse a sí misma. La criatura se convierte en la víctima real —víctima de la impotencia de su madre que, a su vez, genera en sí misma una agresión que crece hasta la destrucción. La única vía que tiene la criatura para sobrevivir es retirarse, apartarse, no sólo de esa madre peligrosa sino también del mundo en su conjunto[15].

Y de esta manera se convierte en una «cosa», en un animal o en un «errabundo incansable en busca de nadie en ningún lugar, que da vueltas por la habitación, se columpia hacia adelante y hacia atrás, camina a lo largo de las paredes como si fueran barreras que de buena gana derribaría».

En esta clínica, los médicos solían conseguir identificar un modelo similar de comportamiento que se remontaba a varias generaciones. La deshumanización era realmente progresiva.

> A la vista de estas observaciones clínicas, podemos considerar que el conflicto que hemos descubierto en dos generaciones bien podría haber existido durante otras anteriores y seguirá existiendo en las futuras, hasta que el modelo quede interrumpido a través de la intervención terapéutica o la criatura sea rescatada por una figura paterna masculina, esperanza que nuestra experiencia no nos conduciría a albergar[16].

[15] *Ibíd.*

[16] Beata Rank, Marian C. Putnam y Gregory Rochlin, M. D., «The Significance of the "Emotional Climate" in Early Feeding Difficutlies», *Psychosomatic Medicine,* X, 5 de octubre de 1948.

Pero ni la terapia ni el amor eran suficientes para ayudar a esas criaturas, si la madre seguía viviendo de manera vicaria a través de ellas. Observé este mismo modelo en muchas de las mujeres a las que entrevisté, mujeres que dominaban a sus hijas, o las educaban para una dependencia y un conformismo pasivos o que inconscientemente las inducían a tener actividades sexuales. Una de las mujeres más trágicas a las que entrevisté era la madre de esa niña «sonámbula» de 13 años de edad. Esposa de un rico ejecutivo cuya vida estaba llena de todas las trampas, vivía la verdadera imagen de la «unidad» de los barrios residenciales, sólo que no era más que una fachada. La verdadera vida de su marido era su negocio; una vida que no podía, o no quería, compartir con su esposa. Ella había intentado recobrar su sentido de la vida induciendo a su hija de 13 años a la promiscuidad. Vivía la vida pseudo-sexual de su hija, que para la niña carecía hasta tal punto de cualquier sentimiento real que ella misma se convirtió a través de ella en una «cosa».

Un buen número de terapeutas y asesores estaban tratando de «ayudar» a la madre y al padre, partiendo de la premisa, supongo, de que si las necesidades sexuales y emocionales de la madre eran satisfechas en su matrimonio por su marido, no necesitaría resolverlas a través de su hija —y esta última podría crecer saliendo de su sensación de ser una «cosa» para abrazar su condición de mujer. Debido a que el marido tenía muchos problemas propios y a que todo parecía indicar que las perspectivas de la madre eran que nunca le iba a dar suficiente amor, los asesores trataban de animar a la madre a que desarrollara algunos intereses reales en su propia vida.

Pero en el caso de otras mujeres que he conocido y que habían evadido su propio crecimiento viviendo de manera vicaria y careciendo de propósitos personales, ni siquiera los maridos más pródigos en amor han conseguido detener el progresivo deterioro de sus propias vidas y de las vidas de sus hijos. He visto lo que sucede cuando las mujeres empujan inconscientemente a sus hijas a una sexualidad demasiado temprana porque la aventura sexual era la única aventura real —o la única forma de tener un estatus o una identidad— en sus propias vidas. En la actualidad estas hijas, que representaron el sueño de sus madres o las frustradas ambiciones de éstas de la forma femenina «normal» y que se colgaron con todo su equipaje de los nuevos hombres, ambiciosos y capaces, se sienten hoy en día tan frustradas y tan poco realizadas como sus madres. No todas corren descalzas a la comisaría por miedo a perpetrar un asesinato del marido y del bebé que, según creen, las tienen encerradas en esa casa. No todos sus hijos se convierten en amenazas violentas para el vecindario y la escuela; no todas sus hijas representan las fantasías sexuales de

sus madres y se quedan embarazadas a los 14 años de edad; tampoco todas estas amas de casa empiezan a beber a las 11 de la mañana para no oír el golpeteo del friegaplatos o el ruido de la lavadora o de la secadora, que a fin de cuentas son los únicos sonidos de vida en esa casa vacía cuando los niños, uno tras otro, se marchan a la escuela.

Pero en barrios residenciales como los del condado de Bergen, las tasas de «separaciones» aumentaron en un exorbitante cien por cien durante la década de 1950, porque los capaces y ambiciosos varones seguían creciendo en la ciudad mientras sus esposas evadían el crecimiento a través de una existencia vicaria o de la ausencia de compromiso, acatando su rol femenino en el hogar. Mientras las criaturas estaban en casa, mientras el marido estaba presente, las esposas sufrían enfermedades cada vez más agudas, pero se recuperaban. Sin embargo, en el condado de Bergen, durante aquella década, se produjo un drástico incremento de los suicidios de mujeres de más de 45 años de edad y de las pacientes psiquiátricas hospitalizadas cuyos hijos se habían hecho mayores y se habían marchado de casa[17]. Las amas de casa que tuvieron que ser hospitalizadas y que no se recuperaron enseguida eran principalmente aquellas que nunca habían desarrollado sus propias capacidades trabajando fuera del hogar[18].

Las crisis generalizadas que puedan producirse a medida que un número creciente de amas de casa-madres jóvenes que son fruto de la mística de la feminidad cumplan los 40 siguen siendo materia de especulación. Pero la progresiva infantilización de sus hijos e hijas, tal como lo refleja la avalancha de matrimonios tempranos, se ha convertido en un hecho alarmante. En marzo de 1962, en una conferencia nacional de la Child Study Association, los nuevos matrimonios tempranos y las maternidades y paternidades tempranas, que anteriormente se consideraban un indicador de «mayor madurez emocional» en las generaciones más jóvenes, por fin se identificaban como señal de una creciente infantilización. Los millones de jóvenes estadounidenses que, en la década de 1960, estaban contrayendo matrimonio antes de haber cumplido los 20 años de edad delataban una inmadurez y una dependencia emocional para las que el matrimonio era un atajo mágico hacia la condición adulta, una solución mágica a unos problemas a los que no podían hacer frente por sí mismos, según coincidían los profesionales del campo de la infancia y la familia. Aquellas infantiles recién casadas y sus jóvenes maridos fueron

[17] Richard E. Gordon y Catherine K. Gordon, «Social Psychiatry of a Mobile Suburb», *op. cit.*, págs. 89-100.

[18] *Ibíd.*

diagnosticados como víctimas de la «enfermiza y triste aventura amorosa» de aquella generación «con sus propios hijos».

> Muchas chicas reconocerán que quieren casarse porque no quieren seguir trabajando. Albergan sueños en los que alguien las cuida el resto de su vida sin tener que preocuparse, disponiendo del mobiliario necesario, haciendo algunas tareas domésticas, yendo a la ciudad de compras, teniendo unos hijos felices y unos vecinos amables. El sueño de un marido parece de alguna manera menos importante, pero en las fantasías de las muchachas sobre el matrimonio suele ser un hombre que tiene la fuerza de un padre indestructible, fiable y poderoso, y la amabilidad, la generosidad y la abnegación de una buena madre. Los chicos jóvenes suelen citar como razones para querer casarse el deseo de que haya una mujer maternal en la casa y una actividad sexual siempre disponible sin problemas ni preocupaciones [...]. De hecho, lo que se supone que asegurará la madurez y la independencia es en realidad una esperanza oculta de dependencia segura, de prolongar la relación entre padres e hijos con los privilegios de ser el hijo y con el menor número posible de sus limitaciones[19].

Por toda la nación también había señales que presagiaban una creciente e incontrolable violencia entre los jóvenes progenitores y sus retoños atrapados en aquella dependencia pasiva. Un psiquiatra informaba que este tipo de esposas estaban reaccionando a la hostilidad de sus maridos convirtiéndose en seres todavía más dependientes y pasivos, hasta que a veces se volvían literalmente incapaces de moverse, de dar un paso, por sí mismas. Esto no hacía que sus maridos las trataran con más amor, sino con más rabia. ¿Y qué estaba pasando con la rabia que las esposas no se atrevían a utilizar contra sus maridos? Consideremos esta reciente noticia *(Time,* 20 de julio de 1962) sobre el «síndrome de la criatura maltratada».

> Para muchos médicos, el incidente se está convirtiendo en algo alarmantemente habitual. Una criatura, generalmente menor de tres años, llega a la consulta con fracturas múltiples —que incluyen con frecuencia una fractura craneal. Los padres expresan la debida preocupación, cuentan que la criatura se cayó de la cama o rodó por las escaleras o fue agredida por un compañero de juegos. Pero los rayos X y la experiencia conducen al médico a una conclusión distinta: la criatura ha sido maltratada por sus padres.

[19] Oscar Sternbach, «Sex Without Love and Marriage Without Responsibility», ponencia presentada ante la 38.ª conferencia anual de The Child Study Association of America, 12 de marzo de 1962, Ciudad de Nueva York (manuscrito mimeografiado).

Reuniendo documentación de 71 hospitales, un equipo de una universidad de Colorado descubrió 302 casos de criaturas maltratadas en un solo año; 33 de ellas murieron, 85 sufrían daños cerebrales permanentes. Había la misma probabilidad de que los padres, que habían llegado a «golpear y a dar puñetazos a sus criaturas, a retorcerles los brazos, a pegarles con martillos o con la hebilla de un cinturón, a quemarlas con cigarrillos o con planchas eléctricas», vivieran en un barrio residencial que en un edificio de pisos de alquiler. La American Medical Association* predijo que cuando se completen las estadísticas sobre el síndrome de la criatura maltratada, «es probable que encontremos que es una causa de muerte más frecuente que las debidas a enfermedades identificadas y exhaustivamente estudiadas como la leucemia, la fibrosis quística y la distrofia muscular».

El «progenitor» con más oportunidades de maltratar a su criatura era, por supuesto, la madre. Como una joven madre de cuatro hijos declaró al médico al tiempo que le confesaba su deseo de suicidarse:

> No veo que haya ninguna razón para seguir viviendo. No tengo nada que esperar. Jim y yo ya ni siquiera nos hablamos, excepto de las facturas y de las cosas que hay que arreglar en la casa. Sé que está furioso por sentirse tan mayor y tan atado cuando todavía es joven, y me culpa a mí de ello porque quise que nos casáramos entonces. Pero lo peor es que siento una terrible envidia de mis propios hijos. Casi los odio, porque tienen sus vidas por delante mientras que la mía está acabada.

Puede o no tratarse de una coincidencia simbólica, pero la misma semana en que los profesionales de la infancia y la familia reconocieron la verdadera gravedad de los matrimonios tempranos, el *New York Times Book Review* (domingo 18 de marzo de 1962) señalaba la popularidad nueva y sin precedentes entre los adultos estadounidenses de los libros sobre relaciones «amorosas» entre seres humanos y animales. En medio siglo no ha habido tantos libros sobre animales en las listas de superventas de Estados Unidos como en los tres últimos años (1959-1962). Así como los animales siempre han dominado la literatura para niños pequeños, con la madurez los seres humanos se interesan más por otros seres humanos. (Sólo es un símbolo, pero en el test de Rorschach, una preponderancia de imágenes animales con respecto a las humanas es señal de infantilismo.) De este modo, la progresiva deshumanización ha llevado a las mentes estadounidenses en los últimos 15 años de la adoración de la juventud a esa «aventura amorosa enfermiza» con nuestros propios hijos; de las preocupaciones por los detalles físicos de la sexualidad, ajenos a todo marco humano, a una historia de amor entre las personas y los animales. ¿Dónde acabará?

Creo que no acabará mientras la mística de la feminidad siga enmascarando el vacío del rol de ama de casa, animando a las chicas a que se evadan de su propio crecimiento a través de una existencia vicaria, a través de la ausencia de compromiso. Hemos pasado demasiado tiempo echándole la culpa o compadeciendo a las madres que devoran a sus hijos, que siembran las semillas de la progresiva deshumanización, porque nunca han crecido hasta alcanzar ellas mismas su plena humanidad. Si la madre tiene la culpa, ¿por qué no es hora de romper el modelo instando a todas estas Bellas Durmientes a que crezcan y vivan sus propias vidas? Nunca habrá suficientes Príncipes Azules, ni bastantes terapeutas, para romper ese modelo, llegados a este punto. Es tarea de la sociedad, y a fin de cuentas la de cada mujer por su cuenta. Porque la culpa no la tiene la fuerza de las madres sino su debilidad, su pasiva e infantil dependencia e inmadurez que se confunde con «feminidad». Nuestra sociedad obliga a los chicos, tanto como puede, a que crezcan, a que soporten los dolores del crecimiento, a que se eduquen para trabajar, para progresar. ¿Por qué no se obliga a las chicas a que crezcan, a que consigan como sea ese núcleo de la identidad que pondrá fin al innecesario dilema, a la elección equivocada entre feminidad y humanidad implícita en la mística de la feminidad?

Es hora de que se deje de exhortar a las madres a que «amen» a sus hijos más, y de hacer frente a la paradoja entre la exigencia de la mística de que las mujeres se consagren completamente a su hogar y a sus hijos y el hecho de que la mayoría de los problemas que ahora se tratan en las clínicas de orientación infantil sólo se resuelven ayudando a las madres a desarrollar intereses autónomos propios y cuando ya no necesitan satisfacer sus necesidades emocionales a través de sus criaturas. Es hora de que dejemos de exhortar a las mujeres a que sean más «femeninas» cuando ello genera una pasividad y dependencia que despersonalizan el sexo e imponen una imposible carga a sus maridos y una creciente pasividad a sus hijos.

No es exagerado calificar el estancado estado de millones de amas de casa estadounidenses de enfermedad, de patología que adquiere la forma de un núcleo progresivamente debilitado de la identidad humana que transmiten a sus hijos e hijas en un momento en el que los aspectos deshumanizadores de la moderna cultura de masas requieren que hom-

* Por sus siglas, A.M.A., asociación médica estadounidense. *[N. de la T.]*

bres y mujeres tengan un núcleo de la identidad fuerte, lo suficientemente fuerte para conservar la individualidad humana ante las temibles e imprevisibles presiones de nuestro entorno cambiante. La fuerza de las mujeres no es la causa de esta enfermedad, sino su remedio. Sólo cuando a las mujeres se les permita utilizar su fuerza plena, crecer al nivel de su capacidad plena, se podrá destruir la mística de la feminidad y detener la progresiva deshumanización de sus hijas e hijos. Y la mayoría de las mujeres ya no pueden utilizar su fuerza plena ni crecer al nivel de su capacidad plena si siguen siendo amas de casa.

Es urgente que comprendamos que la condición misma de ser ama de casa puede crear una sensación de vacío, de no existencia, de nada, en las mujeres. Existen aspectos del rol de ama de casa que hacen casi imposible que una mujer con una inteligencia adulta conserve su sentido de identidad humana, el sólido núcleo de la identidad humana o «yo» sin el cual un ser humano, sea hombre o mujer, no está verdaderamente vivo. Para las mujeres competentes, en los Estados Unidos de hoy, estoy convencida de que hay algo en la propia condición de ama de casa que es peligroso. En cierto sentido que no es tan exagerado como suena, las mujeres que se «adaptan» como amas de casa, que crecen queriendo ser «una simple ama de casa», corren el mismo peligro que los millones de personas que caminaron hacia su propia muerte en los campos de concentración, y los millones más que no quisieron creer que los campos de concentración existían.

De hecho, a partir de determinadas observaciones psicológicas realizadas sobre el comportamiento de los prisioneros en los campos de concentración nazis, se puede extrapolar una explicación muy chocante e incómoda de por qué una mujer puede perder tan fácilmente su sentido de la identidad siendo ama de casa. En aquellos emplazamientos, ideados para la deshumanización del ser humano, los prisioneros se convertían literalmente en «cadáveres andantes». Los que se «adaptaron» a las condiciones de los campos renunciaron a su identidad humana y caminaron casi indiferentes hacia la muerte. Resulta bastante extraño que las condiciones que destruyeron la identidad humana de tantos prisioneros no fueron ni la tortura ni la brutalidad, sino unas condiciones semejantes a aquellas que destruyen la identidad de las amas de casa estadounidenses.

En los campos de concentración, a los prisioneros se les obligaba a que adoptaran un comportamiento infantil, se les obligaba a renunciar a su individualidad y a fundirse en una masa amorfa. Su capacidad de autodeterminación, de predecir el futuro y de prepararse para él, fue sistemáticamente aniquilada. Fue un proceso gradual que ocurrió en fases prácticamente imperceptibles —pero al final, con la destrucción del respeto

adulto por uno mismo, de un marco de referencia adulto, el proceso de deshumanización quedó completado. Éste fue el proceso tal como lo observó Bruno Bettelheim, un psicoanalista y psicólogo del ámbito de la educación, mientras fue prisionero en Dachau y Buchenwald en 1939[20].

Cuando llegaban al campo de concentración, a los prisioneros se les separaba de forma traumática de sus intereses adultos pasados. Esto era en sí mismo un golpe trascendental a su identidad, mucho más fuerte del que suponía su confinamiento físico. Unos pocos, sólo unos pocos, fueron capaces de trabajar en privado en alguna cuestión que les hubiera interesado en el pasado. Pero el mero hecho de hacer esto era difícil; incluso hablar de intereses adultos más amplios, o hacer gala de cierta iniciativa por perseguirlos, despertaba la hostilidad de otros prisioneros. Los nuevos prisioneros trataban de mantener vivos sus intereses pero «los viejos prisioneros daban la sensación de preocuparse fundamentalmente por el problema de cómo vivir lo mejor posible dentro del campo».

Para los viejos prisioneros, el mundo en el campo era la única realidad[21]. Estaban limitados a unas preocupaciones infantiles referentes a la comida, la defecación y la satisfacción de las necesidades corporales primitivas; no tenían privacidad ni estímulo alguno del mundo exterior. Pero sobre todo, se veían obligados a pasar los días dedicados a faenas que les producían un enorme cansancio —no porque fueran físicamente extenuantes sino porque eran monótonas, interminables, no requerían concentración mental alguna, no había ninguna esperanza de promoción ni de reconocimiento, a veces carecían de sentido y estaban controladas por las necesidades de otras personas o por el ritmo de las máquinas. Era un trabajo que no emanaba de la propia personalidad de los prisioneros; no permitía ninguna iniciativa real, ninguna expresión del yo, ni siquiera una demarcación real del tiempo.

Y cuanto más renunciaban los prisioneros a su identidad humana adulta más preocupados estaban por el temor de que estuvieran perdiendo su potencia sexual y más se empezaban a preocupar por la satisfacción de las necesidades animales más elementales. Al principio les resultaba reconfortante entregar su individualidad y perderse a sí mismos en el anonimato de la masa —sentir que «todo el mundo estaba en el mismo barco». Pero, de una manera bastante extraña, bajo aquellas con-

[20] Bruno Bettelheim, *The Informed Heart-Autonomy in a Mass Age,* Glencoe, Illinois, 1960.

[21] *Ibíd.,* págs. 162-169.

diciones, no florecían auténticas amistades[22]. Incluso la conversación, que era el pasatiempo preferido de los prisioneros y contribuía en gran medida a hacer la vida soportable, pronto dejó de tener cualquier significado real[23]. Por ello empezó a crecer en ellos la ira. Pero la ira de los millones de personas que podía haber derribado las alambradas y las armas de las SS se volvió en cambio contra ellos mismos y contra prisioneros todavía más débiles que ellos. Entonces se sintieron aún más impotentes de lo que eran y las SS y sus alambradas les parecieron aún más inexpugnables de lo que eran.

Se dijo que, al final, el peor enemigo de los prisioneros fueron los propios prisioneros y no las SS. Porque no podían soportar ver su situación como realmente era —porque negaron la propia realidad de su problema y acabaron «adaptándose» al propio campo como si fuera la única realidad— quedaron atrapados en la prisión de sus propias mentes. Las armas de las SS no eran lo suficientemente poderosas para tener reducidos a todos los prisioneros. Fueron manipulados para taparse sí mismos; se encarcelaron a sí mismos convirtiendo el campo de concentración en el mundo entero, cerrándose para no ver el mundo más amplio del pasado, su responsabilidad por el presente y sus posibilidades de futuro. Los que sobrevivieron, los que ni murieron ni fueron exterminados, fueron aquellos que mantuvieron en algún grado esencial los valores e intereses adultos que habían constituido la esencia de su identidad pasada.

Todo esto parece terriblemente alejado de la vida fácil del ama de casa estadounidense de los barrios residenciales. ¿Pero no es en realidad su casa un confortable campo de concentración? ¿Acaso las mujeres que viven según la imagen de la mística de la feminidad no se han encarcelado a sí mismas entre las estrechas paredes de sus hogares? Han aprendido a «adaptarse» a su rol biológico. Se han convertido en mujeres dependientes, pasivas, infantiles; han renunciado a su marco de referencia adulto para vivir al nivel humano inferior de los alimentos y las cosas. El trabajo que hacen no requiere capacidades adultas; es interminable, monótono, no gratificante. Por su puesto que a las mujeres estadounidenses no las están preparando para una exterminación masiva, pero están sufriendo una lenta muerte de la mente y del espíritu. Al igual que entre los prisioneros de los campos de concentración, hay mujeres estadounidenses que se han resistido a esa muerte, que han conseguido conservar un núcleo de la identidad, que no han perdido contacto con el mundo exterior, que utilizan sus capacidades para algún propósito creativo. Son mujeres ardientes e inteligentes que se han negado a «adaptarse» como amas de casa.

[22] *Ibíd.*, pág. 231.
[23] *Ibíd.*, págs. 231 y ss.

Se ha dicho una y otra vez que los estudios han impedido a las mujeres estadounidenses «adaptarse» a su rol de amas de casa. Pero si los estudios, que están al servicio del crecimiento humano, que destilan lo que la mente humana ha descubierto y creado en el pasado y le dan al ser humano la capacidad de crear su propio futuro —si la educación ha hecho que más y más mujeres estadounidenses se sientan atrapadas, frustradas, culpables como amas de casa, sin duda esto debería interpretarse como una señal patente de que *las mujeres están por encima del rol de ama de casa.*

No es posible conservar la identidad propia adaptándose durante ningún periodo de tiempo a un marco de referencia que en sí mismo destruye dicha identidad. Es muy difícil de hecho para un ser humano mantener semejante escisión «interna» —adaptarse externamente a una realidad al tiempo que trata de mantener interiormente los valores que esa realidad niega. El confortable campo de concentración en el que se han metido las mujeres estadounidenses, o en el que otros las han hecho meterse, es sencillamente una realidad de ese tipo, un marco de referencia que niega la identidad humana adulta de la mujer. Al adaptarse a él, una mujer mutila su inteligencia para convertirse en un ser infantil, se aparta de la identidad individual para convertirse en un robot biológico anónimo dentro de una dócil masa. Pasa a ser menos que humana, víctima de las presiones externas y depreda a su vez a su marido y a sus hijos. Y cuanto más tiempo manifiesta su conformismo menos siente que existe en realidad. Busca su seguridad en las cosas, oculta el temor de perder su potencia humana poniendo a prueba su potencia sexual, vive una vida vicaria a través de las ensoñaciones de masa o a través de su marido y de sus hijos. No quiere que le recuerden el mundo exterior; se convence de que no hay nada que pueda hacer con respecto a su propia vida y al mundo que pueda cambiar las cosas. Pero independientemente de la frecuencia con que trate de decirse a sí misma que esa renuncia a la identidad personal es un sacrificio necesario en aras de sus hijos y de su marido, no está al servicio de ningún propósito real. De este modo, la energía agresiva que debería estar usando en el mundo se convierte en cambio en una terrible ira que no se atreve a dirigir contra su marido, que se avergüenza de dirigir contra sus hijos y que acaba dirigiendo contra sí misma, hasta que siente que no existe. Y sin embargo, en el confortable campo de concentración, como en el campo de verdad, algo muy fuerte en una mujer se resiste a la muerte de sí misma.

Bettelheim, que describe una experiencia inolvidable en un campo de concentración real, habla de un grupo de prisioneros desnudos —que ya no eran humanos, sino meros robots dóciles— que estaban alineados para entrar en la cámara de gas. El oficial comandante de las SS, al enterarse de que una de las mujeres prisioneras había sido bailarina, le ordenó que bailara para él. Lo hizo, y mientras estaba bailando se acercó a él, agarró su arma y lo mató de un disparo. A ella la mataron inmediatamente de otro disparo, pero Bettelheim se pregunta:

> ¿Acaso no es probable que, a pesar del grotesco entorno en el que le tocó bailar, el baile la convirtiera nuevamente en una persona? Por bailar, se destacó como individuo, le pidieron que actuara en algo que en otra época había sido la vocación que ella había elegido. Había dejado de ser un número, una prisionera despersonalizada y sin nombre, había vuelto a ser la bailarina que había sido. Transformada, aunque sólo fuera momentáneamente, respondió como su antiguo yo, destruyendo al enemigo que la quería destuir, aunque tuviera que morir en el proceso.
>
> A pesar de los cientos de miles de muertos vivientes que caminaban tranquilamente hacia sus tumbas, este ejemplo particular pone de manifiesto que, en un instante, puede recuperarse la vieja personalidad, deshacerse su destrucción, una vez que decidimos por nosotros mismos que deseamos dejar de ser unidades dentro del sistema. Al ejercer la libertad perdida que ni siquiera el campo de concentración podía robarle —decidir cómo queremos pensar y sentir sobre las condiciones de nuestra propia vida— aquella bailarina derribó las paredes de su verdadera prisión. Y esto lo pudo hacer porque estaba dispuesta a arriesgar su vida para alcanzar la autonomía una vez más[24].

La casa del barrio residencial no es un campo de concentración alemán, ni las amas de casa estadounidenses se encaminan hacia la cámara de gas. Pero están en una trampa y, para escapar, al igual que la bailarina, tienen que ejercer por fin su libertad humana y recobrar su percepción de la identidad. Tienen que negarse a no tener nombre ni personalidad, a estar manipuladas, y vivir sus propias vidas de nuevo de acuerdo con un propósito que ellas mismas hayan elegido. Tienen que empezar a crecer.

[24] *Ibíd.*, pág. 265.

Capítulo 13

La identidad sacrificada

Los especialistas en ciencias del comportamiento humano se interesan cada vez más por la necesidad humana básica de crecer, por la voluntad del ser humano de ser todo lo que tiene la capacidad es ser. Pensadores de muchos ámbitos —desde Bergson hasta Kurt Goldstein, Heinz Hartmann, Allport, Rogers, Jung, Adler, Rank, Horney, Angyal, Fromm, May, Maslow, Bettelheim, Riesman, Tillich y los existencialistas— dan por supuesta cierta tendencia al crecimiento positivo en el organismo que, desde el interior, lo lleva a un mayor desarrollo y autorrealización. Esta «voluntad de poder», «autoaserción», «dominación» o «autonomía», según las diversas apelaciones que se le dan, no supone agresión o afán competitivo en el sentido habitual; es el individuo afirmando su existencia y sus potencialidades como ser por derecho propio; es «la valentía de ser un individuo»[1]. Además, muchos de estos pensadores han propuesto un nuevo concepto del ser humano psicológicamente sano —y de la normalidad y de la patología. La normalidad se considera «la mayor excelencia de la que somos capaces». La premisa es que el ser humano es feliz, se acepta a sí mismo y goza de buena salud, sin sentimiento de culpabilidad, sólo cuando se realiza a sí mismo y se convierte en lo que puede ser.

[1] Rollo May, «The Origins and Significance of the Existential Movement in Psychology», en *Existence, A New Dimension in Psychiatry and Psychology,* ed. Rollo May, Ernest Angel y Henri F. Ellenberger, Nueva York, 1958, págs. 30 y ss. (Véanse también Erich Fromm, *Escape from Freedom,* págs. 269 y ss.; A. H. Maslow, *Motivation and Personality,* Nueva York, 1954; David Riesman, *The Lonely Crowd.)*

En el marco de este nuevo pensamiento psicológico, que trata de entender lo que hace que los seres sean humanos y define la neurosis como aquello que destruye la capacidad del ser humano para realizar su propio ser, el tiempo significativo es el futuro. A un individuo no le basta ser amado y aceptado por los demás, estar «adaptado» a su cultura. Tiene que tomarse su existencia lo suficientemente en serio como para comprometerse personalmente con la vida y con el futuro; si no colma todo su ser, sacrifica su existencia.

Durante años, los psiquiatras han tratado de «curar» los conflictos de sus pacientes haciéndoles encajar en la cultura. Pero la adaptación a una cultura que no permite la realización del ser pleno de una persona no es en absoluto un remedio, según los nuevos pensadores de la psicología.

> Entonces el paciente acepta un mundo confinado, sin conflicto, porque ahora su mundo es idéntico a la cultura. Y puesto que la preocupación sólo se produce con la libertad, el paciente supera naturalmente su ansiedad: se ve aliviado de sus síntomas porque se rinde a las posibilidades que causaron su ansiedad [...]. Sin duda cabe preguntarse en qué medida este alivio del conflicto a través de la renuncia puede tener lugar sin generar en los individuos y los grupos una desesperación encubierta, un resentimiento que más tarde estallará en forma de tendencia a la autodestrucción, porque la historia proclama una y otra vez que tarde o temprano aparecerá la necesidad del hombre de ser libre[2].

Estos pensadores tal vez no sepan la precisión con la que están describiendo el tipo de adaptación que se ha impuesto a las amas de casa estadounidenses. Lo que están describiendo como una autodestrucción oculta en el hombre es, en mi opinión, igual de destructiva en aquellas mujeres que se adaptan a la mística de la feminidad, que esperan vivir a través de sus maridos y de sus hijos, que sólo quieren ser amadas y sentirse seguras, ser aceptadas por los demás, que nunca se comprometen con su propia sociedad ni con el futuro, que nunca realizan su potencial humano. Las mujeres adaptadas, o curadas, que viven sin conflicto ni preocupación en el mundo confinado del hogar, han sacrificado su propio ser; las demás, las miserables, las frustradas, todavía tienen algo de esperanza. Porque el malestar que no tiene nombre, que tantas mujeres padecen hoy en día en Estados Unidos, viene causado por la adaptación

[2] Rollo May, «Contributions of Existential Psychotherapy», en *Existence, A New Dimension in Psychiatry and Psychology,* pág. 87.

a una imagen y no les permite convertirse en lo que ahora pueden ser. Es la creciente desesperación de las mujeres que han sacrificado su propia existencia, aunque al hacerlo también es posible que hayan evadido ese solitario y aterrador sentimiento que siempre acompaña a la libertad.

> La ansiedad aparece en el punto en el que alguna potencialidad o posibilidad emergente se le presenta al individuo, alguna posibilidad de realizarse en su existencia; pero esta misma posibilidad implica la destrucción de su seguridad presente, lo que por lo tanto genera la tendencia a negar la nueva potencialidad[3].

El nuevo pensamiento, que en ningún caso se limita a los existencialistas, no analizaría «descartándolo» el sentimiento de culpabilidad de una persona al negarse a aceptar las posibilidades intelectuales y espirituales de su existencia. No todos los sentimientos de culpabilidad humana carecen de fundamento; la culpa por haber asesinado a otra persona no debe descartarse mediante el análisis, como tampoco la culpa por el asesinato de uno mismo. Como se ha dicho de un hombre: «El paciente era culpable porque había encerrado en su interior algunas potencialidades esenciales»[4].

La incapacidad para realizar las posibilidades plenas de su existencia no se ha estudiado como patología en las mujeres, porque se considera una adaptación femenina normal, en Estados Unidos y en la mayoría de los países del mundo. Pero sería posible aplicar a millones de mujeres, adaptadas al rol de ama de casa, los planteamientos de los neurólogos y psiquiatras que han estudiado a pacientes varones que tienen porciones de su cerebro dañadas por un balazo y a esquizofrénicos que por otras razones han perdido su capacidad de relacionarse con el mundo real. De estos pacientes se considera ahora que han perdido la única seña del ser humano: la capacidad de trascender el presente y de actuar a la luz de lo posible, de la misteriosa capacidad de dar forma al futuro[5].

Precisamente esta capacidad humana única de trascender el presente, de vivir la vida en función de los propósitos que se proyectan en el futuro —de vivir, no a la merced del mundo, sino como un constructor y un diseñador de ese mundo—, constituye la distinción entre el comportamiento humano y el animal, o entre el ser humano y la máquina. En su estudio de los soldados que han sufrido daños cerebrales, el Dr. Kurt

[3] *Ibíd.*, pág. 52.
[4] *Ibíd.*, pág. 53.
[5] *Ibíd.*, págs. 59 y ss.

Goldstein observó que lo que perdían era ni más ni menos que la capacidad de un pensamiento humano abstracto: pensar en términos de «lo posible», ordenar el caos de los detalles concretos con una idea, actuar de acuerdo con un propósito. Aquellos hombres estaban atados a la situación inmediata en la que se encontraban; su sentido del tiempo y del espacio estaba drásticamente limitado; habían perdido su libertad humana[6].

Una rutina similar limita el mundo de un esquizofrénico deprimido, para el cual «cada día era una isla separada, sin pasado y sin futuro». Cuando un paciente de estas características tiene la aterradora y delirante idea de que su ejecución es inminente, ésta es «el resultado, no la causa, de su propia actitud distorsionada hacia el futuro».

> No había acción o deseo que, emanando del presente, llegara al futuro, abarcando los aburridos y monótonos días. A consecuencia de ello, cada día tenía una inusual independencia; al no conseguir estar inmerso en la percepción de ningún tipo de continuidad de la existencia, cada día la vida volvía empezar, como una isla solitaria en el mar gris del paso del tiempo [...]. Aparentemente no había ningún deseo de seguir más allá; cada día era una exasperante monotonía con las mismas palabras, las mismas quejas, hasta que uno acababa dándose cuenta de que aquel ser había perdido todo sentido de continuidad necesaria [...]. Su atención era muy breve y parecía incapaz de ir más allá de las preguntas más banales[7].

Los trabajos experimentales realizados recientemente por varios psicólogos revelan que las ovejas pueden vincular el pasado y el futuro con el presente abarcando un periodo de unos 15 minutos, y los perros de una media hora. Pero un ser humano puede traer miles de años del pasado al presente para guiar sus acciones personales y puede proyectarse en la imaginación en el futuro, no sólo durante media hora, sino durante semanas y años. Esta capacidad de «trascender los límites inmediatos del tiempo», de actuar y reaccionar y de ver la experiencia propia desde las dimensiones tanto del pasado como del futuro es la característica exclusiva de la existencia humana[8]. Los soldados cuyo cerebro había quedado dañado estaban condenados al infierno inhumano de la eterna «cotidianidad».

Las amas de casa que padecen el terror del malestar que no tiene nombre son víctimas de esta misma «cotidianidad» mortal. Como una de ellas me dijo, «puedo asumir los problemas de verdad; son los interminables y aburridos días los que me desesperan». Las amas de casa que viven de acuerdo con la mística de la feminidad no tienen un propósito personal que se proyecte en el futuro. Pero sin un propósito de estas características que ponga en juego sus capacidades plenas no pueden crecer para autorrealizarse. Sin un propósito semejante, pierden el sentido de quiénes son, pues es el propósito el que le da un modelo humano a los días de cada persona[9].

A las amas de casa estadounidenses no les han dañado el cerebro de un disparo, ni tampoco son esquizofrénicas en el sentido clínico. Pero si estas nuevas teorías son acertadas y si el impulso humano fundamental es, no la necesidad imperiosa del placer o de la satisfacción de las necesidades biológicas, sino la necesidad de crecer y de desarrollar el potencial pleno de cada persona, sus días cómodos, vacíos y sin propósito son un buen motivo para sentir un terror sin nombre. En nombre de la feminidad, han evadido las opciones que les habrían dado un propósito personal, un sentido de su propio ser. Porque, como dicen los existencialistas, los valores de la vida humana nunca se presentan automáticamente. «El ser humano puede perder su propio ser a través de sus propias opciones, cosa que un árbol o una piedra no puede hacer»[10].

---

[6] Véase Kurt Goldstein, *The Organism, A Holistic Approach to Biology Derived From Pathological Data on Man,* Nueva York y Cincinnati, 1939; también *Abstract and Concrete Behavior,* Evanston, Illinois, 1950; *Case of Idiot Savant* (con Martin Scheerer), Evanston, 1945; *Human Nature in the Light of Psychopathology,* Cambridge, 1947; *After-Effects of Brain Injuries in War,* Nueva York, 1942.

[7] Eugene Minkowski, «Findings in a Case of Schizophrenic Depression», en *Existence, A New Dimension in Psychiatry and Psychology,* págs. 132 y ss.

[8] O. Hobart Mowrer, «Time as a Determinant in Integrative Learning», en *Learning Theory and Personality Dynamics,* Nueva York, 1950.

[9] Eugene Minkowski, *op. cit.,* págs. 133-138: «Pensamos y actuamos y deseamos más allá de la muerte que, aun así, no podemos eludir. La propia existencia de fenómenos tales como el deseo de hacer algo para las generaciones futuras indica claramente nuestra actitud a este respecto. Nuestra paciente carecía al parecer totalmente de esa propulsión hacia el futuro [...]. En ese impulso personal existe un elemento de expansión; vamos más allá de los límites de nuestro propio ego y dejamos una impronta personal en el mundo que nos rodea, creando obras que se separan de nosotros para vivir sus propias vidas. Esto va acompañado de un sentimiento positivo específico que denominamos satisfacción —ese placer que acompaña toda acción acabada o cada decisión firme. Como sentimiento, es único [...]. Toda nuestra evolución individual consiste en tratar de superar lo que ya se ha hecho. Cuando nuestra vida mental se va apagando, el futuro de cierra ante nosotros.»

[10] Rollo May, «Contributions of Existential Psychotherapy», págs. 31 y ss. En la filosofía de Nietzsche, la individualidad y la dignidad humanas se nos «dan o asignan

No cabe duda de que lo que los teóricos anteriores de la psicología consideraron exclusivamente cierto con respecto al potencial sexual de la mujer —que si a ésta se le impide realizarse en su verdadera naturaleza, enferma— es también cierto con respecto a todo su potencial humano. La frustración no sólo de necesidades como las sexuales, sino de las capacidades individuales, podría conducir a la neurosis. Su ansiedad la pueden mitigar la terapia o tranquilizar las pastillas, y puede evadirse de ella temporalmente afanándose en el trabajo. Pero su malestar, su desesperación, es sin embargo un aviso de que su existencia humana está en peligro, aunque haya encontrado la plenitud, de acuerdo con los principios de la mística de la feminidad, como esposa y como madre.

No hace mucho tiempo que hemos aceptado el hecho de que hay una escala evolutiva o jerarquía de las necesidades en el hombre (y por lo tanto en la mujer), que va desde las necesidades que solemos llamar instintos porque los compartimos con los animales hasta las necesidades que surgen más tarde en el desarrollo humano. Estas necesidades tardías, las necesidades de conocimiento, de autorrealización, son tan instintivas, en un sentido humano, como las necesidades que compartimos con otros animales, relacionadas con la comida, el sexo o la supervivencia. La clara emergencia de necesidades tardías se basa al parecer en la satisfacción previa de las necesidades fisiológicas. El hombre que está extremado y peligrosamente hambriento no tiene otro interés que no sea la comida. Las capacidades que no le sirven para satisfacer su hambre pasan a un segundo plano. «Pero ¿qué ocurre con los deseos del hombre cuando hay abundancia de alimento y su estómago está crónicamente lleno? De repente otras necesidades (más elevadas) emergen y son éstas, y no las hambres fisiológicas, las que dominan el organismo»[11].

En cierto sentido, esta jerarquía evolutiva de las necesidades se separa cada vez más del nivel fisiológico que depende del entorno material y tiende hacia un nivel relativamente independiente del entorno, cada vez más autodeterminado. Pero un hombre puede obsesionarse con un nivel de necesidad inferior; los niveles superiores pueden confundirse o canalizarse por las viejas avenidas y tal vez no emerjan nunca. El progreso que conduce finalmente al nivel humano más elevado se bloquea fácilmente —se bloquea por no satisfacerse un nivel inferior, como la necesidad de comida o de sexo; también se bloquea canalizando toda la existencia en esas necesidades inferiores y negándose a reconocer que existen necesidades superiores.

En nuestra cultura, el desarrollo de las mujeres ha sido bloqueado en el nivel fisiológico, en muchos casos sin que hubiera una necesidad reconocida más elevada que la necesidad de amor o de satisfacción sexual. Incluso la necesidad de respetarse sí misma, de autoestima y de la estima de los demás —«el deseo de fuerza, de logro, de adecuación, de dominio y de competencia, de confianza frente al mundo, así como de independencia y de libertad»— no está claramente reconocida en el caso de las mujeres. Pero desde luego frustrar la necesidad de autoestima, que genera sentimientos de inferioridad, debilidad e impotencia en el hombre, puede tener el mismo efecto en la mujer. La autoestima en la mujer, al igual que en el hombre, sólo puede basarse en una capacidad, una competencia y un logro reales; en un respeto merecido de los demás y no en la adulación injustificada. A pesar de la glorificación de la «Ocupación: sus labores», si esa ocupación no requiere, o no permite, realizarse como mujer con todas sus capacidades, no puede proporcionar una autoestima adecuada, y mucho menos allanar el camino hacia un nivel superior de autorrealización.

Estamos viviendo en un periodo en el que gran parte de las necesidades humanas más elevadas se limitan a o se consideran como simbólicas representaciones de las necesidades sexuales. Cierto número de pensadores avanzados cuestionan ahora estas «explicaciones por reducción». Mientras quienes exploran con este fin las obras y las primeras etapas de la vida de un Shakespeare, de un da Vinci, de un Lincoln, un Einstein, un Freud o un Tolstoi pueden encontrar cualquier tipo de simbolismo sexual y de patología emocional, estas «reducciones» no explican la obra que vivió más allá del hombre, la creación única que fue la suya y no la de un hombre que sufría una patología similar. Pero el símbolo sexual se ve más fácilmente como un símbolo que el sexo mismo. Si la necesidad de las mujeres de una identidad, de autoestima, de logro y, en último término, de expresión de su individualidad humana única no es reconocida por ellas mismas o por otras personas en nuestra cultura, se ven obligadas a buscar la identidad y la autoestima en las únicas vías que se les ofrecen: la persecución de la plenitud sexual, la maternidad y la posesión de bienes materiales. Y, encadenadas a estos afanes, quedan detenidas a un nivel de existencia inferior, bloqueadas para alcanzar la satisfacción de sus necesidades humanas más elevadas.

como tarea que debemos resolver nosotros mismos»; en la filosofía de Tillich, si no tienes la «valentía de ser», pierdes tu propio ser; para Sartre, *eres* lo que eliges ser.

[11] A. H. Maslow, *Motivation and Personality*, pág. 83.

Por supuesto, se sabe poco de la patología o de la dinámica de estas necesidades humanas más elevadas —el afán por saber y comprender, la búsqueda de conocimiento, verdad y sabiduría, la necesidad imperiosa de resolver los misterios cósmicos— porque no son importantes clínicamente en la tradición médica basada en la curación de las enfermedades. Comparado con los síntomas de las neurosis clásicas, como las que Freud consideró que emanaban de la represión de la necesidad sexual, este tipo de psicopatología resultaría pálido, sutil y fácilmente despreciable —o se definiría como normal.

Pero es un hecho, documentado por la historia, cuando no en la clínica o en el laboratorio, que el hombre siempre ha ido en busca del conocimiento y la verdad, incluso cuando eso significaba hacer frente a los mayores peligros. Además, estudios recientes de personas psicológicamente sanas han puesto de manifiesto que esta búsqueda, esta preocupación por las grandes cuestiones, es una de las características definitorias de la salud humana. Hay algo menos que plenamente humano en quienes nunca se han comprometido con una idea, nunca se han atrevido a explorar lo desconocido, nunca han probado el tipo de creatividad de la que hombres y mujeres son potencialmente capaces. Como dice A. H. Maslow:

> Las capacidades claman ser utilizadas y sólo cesan su clamor cuando están bien utilizadas. Es decir, las capacidades también son necesidades. Utilizar nuestras capacidades no sólo es divertido sino que también es necesario. La capacidad o el órgano que no se utiliza puede convertirse en un núcleo de enfermedad o de atrofia de otro tipo, lo que causa la disminución de la persona[12].

Pero a las mujeres en Estados Unidos no se las anima a que utilicen plenamente sus capacidades, ni se espera de ellas que lo hagan. En nombre de la feminidad, se las incita a que evadan el crecimiento humano.

> El crecimiento no sólo aporta recompensas y placer, sino también muchos dolores intrínsecos y siempre será así. Cada paso adelante es un paso hacia lo desconocido y se considera potencialmente peligroso. También significa a menudo renunciar a algo familiar y bueno y satisfactorio. Significa a menudo un partir y una separación, con la consiguiente nostalgia, soledad y duelo. También significa a menudo renunciar a una vida más sencilla y más fácil y de menos esfuerzo, a cambio de una vida más exigente y más difícil. El crecimiento hacia delante se da a pesar de estas pérdidas y por lo tanto requiere valentía, fuerza en el individuo, así como protección, permiso y apoyo por parte del entorno, especialmente para el niño[13].

¿Qué ocurre si el entorno tuerce el gesto ante esa valentía y esa fuerza, si a veces prácticamente prohíbe, y de hecho raras veces fomenta, el crecimiento en la criatura que es una niña? ¿Qué ocurre si el crecimiento humano se considera contrario a la feminidad, a la realización como mujer, a la sexualidad de la mujer? La mística de la feminidad supone una elección entre «ser una mujer» o arriesgarse a los sufrimientos del crecimiento humano. Miles de mujeres, reducidas a una existencia biológica por su entorno, arrulladas por una falsa sensación de seguridad anónima en sus confortables campos de concentración, han hecho una elección equivocada. La ironía de su elección equivocada es la siguiente: la mística considera la «realización femenina» como el premio por ser tan sólo esposa y madre. Pero no es casualidad que miles de amas de casa de los barrios residenciales no hayan encontrado ese premio. Da la sensación de que la sencilla verdad es que las mujeres nunca conocerán la plenitud sexual y la experiencia cumbre del amor humano hasta que se les haya permitido y fomentado que crezcan en la medida de todas sus fuerzas como seres humanos. Porque según los nuevos teóricos de la psicología, la autorrealización, lejos de prevenir esta plenitud sexual cumbre, está inextricablemente relacionada con ella. Y hay más que una razón teórica para creer que esto es tan verdad para las mujeres como para los hombres.

A finales de la década de 1930, el profesor Maslow empezó a estudiar la relación entre la sexualidad y lo que él denominó «el sentimiento de dominación» o la «autoestima» o el «nivel del ego» en las mujeres —130 mujeres que habían hecho estudios de *college* o con una inteligencia comparable, de edades comprendidas entre veinte y veintiocho años, la mayoría de las cuales estaban casadas y procedían de un entorno urbano protestante de clase media[14]. Descubrió, contrariamente a lo que cabría esperar basándose en las teorías psicoanalíticas y en las imá-

[12] A. H. Maslow, «Some Basic Propositions of Hollistic-Dynamic Psychology», texto inédito, Brandeis University.

[13] *Ibíd.*

[14] A. H. Maslow, «Dominance, Personality and Social Behavior in Women», *Journal of Social Psychology,* 1939, vol. 10, págs. 3-39; y «Self Esteem (Dominance-Feeling) and Sexuality in Women», *Journal of Social Psychology,* 1942, vol. 16, páginas 259-294.

genes convencionales de la feminidad, que, cuanto más «dominante» es la mujer, más disfruta de su sexualidad —y mayor es su capacidad para «someterse» en un sentido psicológico, para entregarse libremente en el amor, para tener un orgasmo. No es que estas mujeres con mayor «dominación» tengan una «sexualidad más marcada, sino que, ante todo, son más completamente ellas mismas, más libres de ser ellas mismas— y esto al parecer está inextricablemente relacionado con una mayor libertad para entregarse en el amor. Aquellas mujeres no eran, en el sentido habitual del término, «femeninas», pero disfrutaban de la plenitud sexual en un grado mucho mayor que la mujer convencionalmente femenina de este mismo estudio.

Nunca he visto que las implicaciones de esta investigación se comentaran en ninguna obra de divulgación psicología que aludiera a la feminidad o a la sexualidad femenina. Tal vez en aquella época nadie se diera cuenta, ni siquiera los teóricos, del hito que marcaba. Pero sus descubrimientos dan mucho que pensar a las mujeres estadounidenses de hoy, que viven sus vidas de acuerdo con los dictados de la mística de la feminidad. Recordemos que este estudio se hizo a finales de la década de 1930, antes de que la mística se impusiera con toda su fuerza. Para aquellas mujeres fuertes, decididas y con estudios, evidentemente no había conflicto entre la fuerza que les impulsaba a ser ellas mismas y a amar. Así es como el profesor Maslow comparaba a estas mujeres con sus hermanas más «femeninas» —desde el punto de vista de ellas mismas y desde el punto de vista de su sexualidad:

> El sentimiento de un gran dominio supone una buena autoconfianza, seguridad en una misma, una gran valoración de la propia identidad, sentimientos de capacidad o superioridad generales y una ausencia de retraimiento, timidez, afectación o bochorno [...]. Un sentimiento de escaso dominio conduce a una falta de autoconfianza, de seguridad en una misma y de autoestima; en cambio se dan con profusión los sentimientos de inferioridad general y específica, retraimiento, timidez, temor y afectación [...]. La persona que se describe a sí misma como carente por completo de lo que podría llamar «confianza general en sí misma» se describirá como una persona que siente confianza en sí misma en su hogar, cuando cocina, cose o actúa como madre [...] pero casi siempre subestima en menor o mayor medida sus capacidades y atributos específicos; la persona con gran dominio suele valorar sus capacidades de forma precisa y realista[15].

[15] A. H. Maslow, «Dominance, Personality and Social Behavior in Women», *op. cit.*, págs. 3-11.

Estas mujeres con un gran dominio no eran «femeninas» en el sentido convencional, en parte porque se sentían libres para elegir y menos atadas por los convencionalismos, y en parte también porque eran más fuertes como personas que la mayoría de las mujeres.

> Estas mujeres prefieren que se las trate «como personas, no como mujeres». Prefieren ser independientes, valerse por sí mismas, y no suelen interesarles las concesiones que suponen que son inferiores, débiles o que necesitan atención especial y no pueden cuidar de sí mismas. Esto no significa que no puedan comportarse de manera convencional. Lo hacen cuando es necesario o deseable por alguna razón, pero no se toman los convencionalismos habituales en serio. Una frase común es «puedo ser simpática y amable y dependiente de los hombres como cualquiera, pero no tolero que no me tomen en serio» [...]. Para estas mujeres, en general las normas no significan nada en sí mismas. Sólo se rigen por ellas cuando las aprueban y cuando son capaces de valorar y de aprobar el propósito que hay detrás de ellas [...]. Son fuertes, resueltas y viven de acuerdo con unas normas, pero esas normas son autónomas y han llegado a ellas por sí mismas [...].
>
> Las mujeres con menor dominio son muy distintas. Por lo general [...] no se atreven a infringir las normas, aun cuando (pocas veces) las desaprueben [...]. Sus planteamientos morales y éticos suelen ser totalmente convencionales. Es decir, hacen lo que sus padres, sus profesores o su religión les han enseñado a hacer. Por lo general no cuestionan abiertamente el dictado de la autoridad y son más aptas para aprobar el *status quo* en todos los ámbitos de la vida, el religioso, el económico, el educativo y el político[16].

El profesor Maslow descubrió que, a mayor dominio, o fuerza de identidad en una mujer, menos centrada en sí misma está y más dirige sus intereses hacia fuera, hacia otras personas y hacia los problemas del mundo. Por otra parte, la principal preocupación de las mujeres femeninas más convencionales y de escaso nivel de dominio son ellas mismas y sus propias inferioridades. Desde un punto de vista psicológico, una mujer de elevado nivel de dominio se parecía más a un hombre de elevado nivel de dominio que a una mujer de escaso nivel de dominio. Por ello el profesor Maslow sugirió que o bien hay que calificar de «masculinos» tanto a mujeres como hombres de alto nivel de dominio o bien hay abandonar totalmente los términos «masculino» y «femenino», porque inducen a error.

[16] *Ibíd.*, págs. 13 y ss.

> Nuestras mujeres de alto nivel de dominio se sienten más semejantes a los hombres que a las mujeres en gustos, actitudes, prejuicios, aptitudes, filosofía y personalidad interior en general [...]. Muchas de las cualidades que en nuestra cultura consideramos «masculinas» se dan en ellas en un grado elevado, por ejemplo el liderazgo, la fuerza de carácter, un propósito social fuerte, la emancipación con respecto a las trivialidades, la ausencia de miedo, el retraimiento, etc. En general no les interesa ser meras amas de casa o cocineras, sino que quieren combinar su matrimonio con una carrera [...]. Es posible que su salario no sea mucho más alto que el de una ama de casa, pero sienten que su otro trabajo es más importante que coser, cocinar, etc.[17].

Ante todo, la mujer de elevado nivel de dominio era más libre psicológicamente, más autónoma. La mujer de bajo nivel de dominio no era libre para ser ella misma, estaba en manos de los demás. Cuanto mayor era la infravaloración de sí misma, su desconfianza en sí misma, mayor probabilidad había de que sintiera que la opinión de los demás valía más que la suya propia y de que deseara ser en mayor medida como otra persona. Estas mujeres «suelen admirar y respetar a los otros más que a sí mismas; y ese «tremendo respeto por la autoridad», esa idolatría e imitación del otro, esa total «subordinación voluntaria a los demás» y ese gran respeto por los demás, iban de la mano de los sentimientos de «odio, resentimiento, envidia, celos, recelo, desconfianza».

Mientras que las mujeres de alto grado de dominio eran libres de enfadarse, las mujeres con bajo grado de dominio no «tenían suficiente "coraje" para decir lo que piensan ni suficiente valor para mostrar su enfado cuando es necesario». Por ello, su «femenina» serenidad era equivalente de «retraimiento, sentimientos de inferioridad y una sensación general de que cualquier cosa que pudieran decir es una estupidez de la que los demás se reirían». Una mujer de estas características «no quiere ser líder excepto en sus fantasías, porque teme ponerse en primera línea, teme asumir responsabilidades y siente que sería incompetente».

Nuevamente, el profesor Maslow halló una clara relación entre la fuerza de la identidad y la sexualidad, la libertad de ser una misma y la libertad para «someterse». Descubrió que las mujeres que son «tímidas, vergonzosas, modestas, buenas, llenas de tacto, silenciosas, introvertidas, retraídas, más femeninas y más convencionales» no eran capaces de disfrutar de la misma plenitud sexual de la que gozaban libremente las mujeres de alto nivel de dominio y de autoestima.

[17] *Ibíd.*, pág. 180.

> Da la sensación de que todo impulso o deseo sexual del que nunca se haya hablado puede surgir libremente y sin inhibiciones en estas mujeres [...]. En general, el acto sexual puede tomarse, no como un rito serio con aspectos temibles y que difiere en su calidad fundamental de otros actos, sino como un juego, una diversión, un acto animal altamente placentero[18].

Además, Maslow descubrió que, incluso en los sueños y en las fantasías de las mujeres cuyo dominio estaba por encima de la media, éstas disfrutaban de la sexualidad, mientras que en las mujeres de escaso dominio los sueños sexuales siempre eran «de tipo romántico, o preocupados, distorsionados, llenos de símbolos y disimulados».

¿Acaso quienes inventaron la mística pasaron por alto estas mujeres fuertes y sexualmente pletóricas cuando definieron la pasividad y la renuncia al logro personal y a la actividad propia en el mundo como precio de la plenitud sexual femenina? Tal vez Freud y sus seguidores no vieron a este tipo de mujeres en sus consultas cuando crearon esa imagen de la feminidad pasiva. Tal vez la fuerza de la identidad que Maslow observó en los casos que estudió era un fenómeno nuevo entre las mujeres.

La mística incluso impidió que los científicos conductistas exploraran la relación entre el sexo y la identidad de las mujeres en el periodo siguiente. Pero, independientemente de las cuestiones de las mujeres, en años recientes los científicos conductistas cada vez se sienten más incómodos cuando basan su imagen de la naturaleza humana en el estudio de sus representantes enfermos o atrofiados —es decir, los pacientes de sus consultas clínicas. En este contexto, el profesor Maslow decidió estudiar a personas, muertas y vivas, que no mostraran síntomas de neurosis, psicosis o de una personalidad psicópata; personas que, desde su punto de vista, mostraban pruebas evidentes de «autorrealización», concepto que él definía como «la utilización y explotación plena de los talentos, capacidades y potencialidades. Estas personas al parecer se autorrealizan y

[18] A. H. Maslow, «Self Esteem (Dominance-Feeling) and Sexuality in Women», pág. 288. Maslow señala sin embargo que las mujeres con un «ego inseguro» simulan una «autoestima» que no tienen en realidad. Este tipo de mujeres tienen que «dominar», en el sentido habitual del término, en sus relaciones sexuales, para compensar esa «inseguridad del ego»; por ello son o bien castradoras o bien masoquistas. Como ya he señalado, este tipo de mujer debe de ser muy frecuente en una sociedad que da pocas oportunidades a las mujeres para que desarrollen una verdadera autoestima; éste fue sin duda el fundamento del mito de la mujer devoradora de hombres y de la equiparación que hace Freud de la feminidad con la castradora envidia del pene y/o con la pasividad masoquista.

dan lo mejor de sí mismas en la medida de sus capacidades [...]. Son personas que se han desarrollado o se están desarrollando en toda la dimensión de la que son capaces»[19].

Muchas de las observaciones que salieron de este estudio se aplican directamente al malestar de las mujeres de Estados Unidos en la actualidad. Para empezar, entre los personajes públicos incluidos en su estudio, el profesor Maslow sólo pudo encontrar a dos mujeres que habían llegado a realizarse: Eleanor Roosevelt y Jane Addams. (Entre los hombres figuraban Lincoln, Jefferson, Einstein, Freud, G. W. Carver, Debs, Schweitzer, Kreisler, Goethe, Thoreau, William James, Spinoza, Whitman, Frankin Roosevelt y Beethoven.) Además de las figuras públicas e históricas, estudió muy de cerca a un número pequeño de individuos sin ninguna notoriedad pública que cumplían sus criterios —todos ellos con edades comprendidas entre los 50 y los 70 años— y examinó a 3.000 estudiantes de *college,* de los cuales, según sus investigaciones, sólo 22 se estaban desarrollando en el sentido de una autorrealización; en este caso también, había pocas mujeres. De hecho, sus resultados suponían que la autorrealización, es decir, la realización plena del potencial humano, apenas estaba al alcance de las mujeres de nuestra sociedad.

El profesor Maslow puso de manifiesto a través de su estudio que las personas que se autorrealizan tienen invariablemente un compromiso, un sentido de misión en la vida que les hace vivir en un mundo humano muy amplio, un marco de referencia que va más allá de la propiedad privada y de la preocupación por los detalles insignificantes de la vida diaria.

> Estos individuos suelen tener alguna misión en la vida, alguna tarea que realizar, algún problema externo a ellos mismos que consume gran parte de sus energías [...]. En general, estas tareas son impersonales o altruistas y tienen que ver con el bien de la humanidad en general, o de una nación en general [...]. Estas personas, a las que les suelen preocupar los asuntos básicos y las cuestiones eternas, viven por lo general en un marco de referencia de máxima amplitud [...]. Trabajan en un marco de valores que es amplio y no limitado, universal y no local, y cuyo espectro temporal es el siglo y no el momento actual...[20].

Además, el profesor Maslow se dio cuenta de que la gente que se realiza a sí misma, que vive en un mundo más amplio, de algún modo y por ello mismo nunca se queda anquilosada en su disfrute de la vida cotidiana, las trivialidades que pueden convertirse en un quebranto insoportable para quienes éstas constituyen su único mundo: ... tienen la maravillosa capacidad de apreciar una y otra vez, con espíritu fresco e inocente, las bondades básicas de la vida con sobrecogimiento, deleite, sorpresa e incluso éxtasis, por muy rancias que estas experiencias se hayan vuelto para otras personas»[21].

Maslow también informaba de «la marcadísima impresión de que los placeres sexuales se hallan en su perfección más intensa y extática en las personas que se autorrealizan». Daba la sensación de que la realización de la capacidad personal en ese mundo más amplio abría nuevas perspectivas del éxtasis sexual. Y sin embargo ni el sexo, ni siquiera el amor, eran el propósito fundamental de sus vidas.

> Para las personas que se autorrealizan, el orgasmo es al mismo tiempo más importante y menos importante que para la gente corriente. A menudo es una experiencia profunda y casi mística, y sin embargo estas personas toleran más fácilmente la ausencia de sexualidad [...]. Amar a un nivel más elevado hace que las necesidades básicas, su frustración y su satisfacción resulten menos importantes, menos fundamentales, que puedan pasarse por alto más fácilmente [...]. Pero también las disfrutan más plenamente cuando las satisfacen. La alimentación se disfruta y al mismo tiempo se considera como algo relativamente poco importante en el esquema global de la vida [...]. El sexo puede disfrutarse sin reservas, disfrutarse más allá de las posibilidades de la persona corriente, incluso cuando no desempeña un papel fundamental en la filosofía de vida. Es algo que está ahí para disfrutarse, algo que se da por supuesto, algo sobre lo que construir, algo que es tan fundamental como el agua o el alimento y que puede disfrutarse tanto como éstos; pero hay que satisfacerlo y ya está[22].

En este tipo de personas, el orgasmo sexual no es siempre una «experiencia mística»; también puede resultar algo más liviano, que aporta «diversión, disfrute, euforia, sensación de bienestar, regocijo [...]. Es algo alegre, divertido, lúdico —y no fundamentalmente un esfuerzo; es básicamente una satisfacción y un disfrute». También descubrió, en contradicción tanto con el planteamiento convencional como con los teóricos esotéricos del sexo, que en las personas que se autorrealizan, la calidad tanto del amor como de la satisfacción sexual mejora con el tiempo

[19] A. H. Maslow, *Motivation and Personality,* págs. 200 y ss.
[20] *Ibíd.,* págs. 211 y ss.
[21] *Ibíd.,* pág. 214.
[22] *Ibíd.,* págs. 242 y ss.

en la relación. («Es muy habitual que estos individuos informen de que el sexo es mejor que antes y que aparentemente mejora de manera continua».) Porque, como tal, la persona, con los años, se convierte cada vez más en ella misma, es más auténtica consigo misma y también tiene al parecer relaciones cada vez más profundas y significativas con los demás, es capaz de una mayor fusión, de más amor, de una identificación más perfecta con los demás, de una mayor trascendencia de los límites de la identidad, sin renunciar nunca a su propia individualidad.

> Lo que vemos es una fusión de una gran capacidad de amar y al mismo tiempo de un gran respeto por la otra persona y de un gran respeto por uno mismo [...]. A través de unas relaciones amorosas extáticas y de máxima intensidad, estas personas siguen siendo ellas mismas y siguen siendo en último término también dueñas de sí mismas, al tiempo que se rigen por sus propias normas, sin dejar de disfrutar de la otra persona intensamente[23].

En nuestra sociedad, el amor se ha definido habitualmente, al menos para las mujeres, como una total fusión de los egos y una pérdida de la condición de seres individuales —una «unidad», una renuncia a la individualidad más que un fortalecimiento de esta. Pero en el amor de las personas que se autorrealizan, Maslow descubrió que la individualidad queda fortalecida, que «el ego en cierta medida se fusiona con otro ego, pero sin embargo en otro sentido conserva su individualidad y su fuerza de siempre. Las dos tendencias, trascender la individualidad y agudizarla y reforzarla, deben verse como complementarias y no como contradictorias».

También descubrió en el amor de las personas que se autorrealizan una tendencia a una espontaneidad completa cada vez mayor, a la desaparición de las defensas, a una creciente intimidad, honestidad y expresión individual. A estas personas les resultaba posible ser ellas mismas, sentirse naturales; podían estar psicológicamente (y físicamente) desnudas y aun así sentirse amadas y deseadas y seguras; podían permitir que se vieran sin tapujos sus defectos, debilidades y puntos débiles físicos y psicológicos. No siempre tenían que mostrar su mejor cara, disimular los

[23] *Ibíd.*, págs. 257 y ss. Maslow descubrió que las personas que se autorrealizan «tienen desarrollada en una medida poco habitual la rara capacidad de que los triunfos de su pareja le agraden en lugar de percibirlos como una amenaza [...]. Un ejemplo particularmente impresionante en este sentido es el sincero orgullo que un hombre de estas características siente por los logros de su mujer aun cuando superen a los suyos propios» *(ibíd.*, pág. 252).

dientes falsos, las canas, los signos de la edad; no tenían que «trabajarse» continuamente las relaciones; había mucho menos misterio y glamour, mucha menos reserva, disimulo y secretismo. En este tipo de gente, daba la sensación de que no había hostilidad entre los sexos. De hecho, descubrió que estas personas «realmente no hacían una distinción clara entre los roles y las personalidades de ambos sexos».

> Es decir, no asumían que la mujer fuera pasiva y el hombre activo, ni en el sexo ni en el amor ni en ningún otro ámbito. Estas personas estaban todas tan seguras de su masculinidad o feminidad que no les importaba adoptar algunos aspectos culturales del rol del sexo opuesto. Llamaba particularmente la atención que podían ser ambos amantes activos y pasivos, y esto quedaba claramente de manifiesto en el acto sexual y en el amor físico. Besar y ser besado, estar encima o abajo en el coito, tomar la iniciativa, estar callado y recibir el amor, incitar y ser incitado —todo ello se encontraba en ambos sexos[24].

Y así, mientras que desde el punto de vista convencional e incluso sofisticado, el amor masculino y femenino, activo y pasivo, son al parecer polos opuestos, entre la gente que se autorrealiza «las dicotomías se resuelven y el individuo se convierte tanto en activo como en pasivo, tanto en egoísta como en altruista, tanto en masculino como en femenino, tanto en un ser encerrado en sí mismo como en uno capaz de tomar distancia con respecto a sí mismo».

Para las personas que se autorrealizan, el amor difiere de la definición convencional del amor en otro aspecto más; no viene motivado por la necesidad, para compensar una deficiencia propia; es más puramente un amor en el sentido de un «don», una especie de «admiración espontánea»[25].

Este tipo de admiración y amor desinteresados solía considerarse como una capacidad sobrehumana, no una capacidad humana natural. Pero como dice Maslow, «los seres humanos en su mejor expresión, plenamente desarrollados, presentan muchas características que en tiempos anteriores se consideraron prerrogativas sobrenaturales».

Y ahí, en las palabras «plenamente desarrollados» se halla la clave del misterio del malestar que no tiene nombre. La trascendencia de yo, en el orgasmo sexual como en la experiencia creativa, sólo puede alcanzarla una persona que es ella misma, completa, alguien que ha realizado su propia identidad: los teóricos saben que esto es cierto para el hombre,

[24] *Ibíd.*, pág. 245.
[25] *Ibíd.*, pág. 255.

aunque nunca reflexionaron sobre sus implicaciones para las mujeres. Todos los médicos, ginecólogos, tocólogos, asesores clínicos infantiles, pediatras, consejeros matrimoniales y sacerdotes de los barrios residenciales que tratan los problemas de las mujeres lo han observado, sin ponerle nombre y sin siquiera informar de ello como un fenómeno. Lo que han visto confirma que, para la mujer, igual que para el hombre, la necesidad de alcanzar una vida plena —a través de la autonomía, la autorrealización, la independencia y la individualidad— es tan importante como la necesidad sexual, y tiene consecuencias igual de graves cuando se desatiende. Los problemas sexuales de las mujeres son, en este sentido, productos colaterales de la supresión de su necesidad básica de crecer y de desarrollar plenamente su potencial como ser humano, potencial que la mística de la realización femenina ignora.

Los psicoanalistas han sospechado durante mucho tiempo que la inteligencia de una mujer no florece plenamente cuando ella niega su naturaleza sexual; pero por la misma regla, ¿puede su naturaleza sexual florecer plenamente cuando tiene que negar su inteligencia, su mayor potencial humano? Todas las palabras que se han escrito criticando a las mujeres estadounidenses por castrar a sus maridos e hijos, por dominar a sus criaturas, por su avidez material, por su frigidez sexual o por negar su feminidad posiblemente sólo enmascaren este hecho subyacente: que las mujeres, igual que los hombres, no pueden vivir sólo en función del sexo; que su lucha por una identidad, una autonomía —esa «orientación personalmente productiva que se basa en la necesidad humana de una participación activa en una tarea creativa»— está inextricablemente unida a su realización sexual como condición para su madurez. En su intento por vivir sólo en función del sexo, de acuerdo con la imagen de la mística de la feminidad, al final tiene que «castrar» a su marido y a sus hijos que nunca pueden darle suficiente satisfacción como para compensar su falta de identidad, y que transmite a sus hijas su propia decepción no expresada, su propio desprecio de sí misma, su propio descontento.

El profesor Maslow me dijo que opinaba que la autorrealización sólo es posible para las mujeres hoy en día en Estados Unidos si una persona pudiera crecer a través de otra —es decir, si la mujer pudiera realizar su propio potencial a través de su marido y de sus hijos. «Ignoramos si esto es posible o no», dijo.

Los nuevos teóricos de la identidad, que son hombres, suelen eludir la cuestión de la autorrealización en el caso de la mujer. Desconcertados por la mística de la feminidad, dan por hecho que debe de haber alguna extraña «diferencia» que le permite a una mujer autorrealizarse viviendo a través de su marido y de sus hijos, mientras que los hombres tienen que

crecer a través de sus propias vidas. Incluso para los teóricos más avanzados de la psicología sigue siendo muy difícil ver a las mujeres como seres individuales, seres humanos que, en este sentido, no son distintos en sus necesidades de crecimiento de los hombres. La mayoría de las teorías convencionales sobre las mujeres, así como la mística de la feminidad, se basan en esta «diferencia». Pero la base actual de esta «diferencia» es el hecho de que la posibilidad de una auténtica autorrealización no ha existido para las mujeres hasta ahora.

Muchos psicólogos, entre ellos Freud, han cometido el error de dar por hecho, a partir de la observación de mujeres que no habían tenido unos estudios ni la libertad de desempeñar su papel completo en el mundo, que era propio de la naturaleza fundamental de las mujeres el ser pasivas, conformistas, dependientes, temerosas e infantiles —del mismo modo que Aristóteles, basando su imagen de la naturaleza humana en su propia cultura y en su época en particular, dio erróneamente por hecho que, sólo porque el hombre era esclavo, ésa era su naturaleza esencial y por lo tanto «era bueno para él ser esclavo».

Ahora que la educación, la libertad, el derecho a trabajar en las grandes fronteras humanas —todos los caminos a través de los cuales los hombres se han autorrealizado— están abiertos a las mujeres, sólo la sombra del pasado preservada a través de la mística de la realización femenina impide a las mujeres hallar su camino. La mística les promete a las mujeres la realización sexual si abdican de su identidad. Pero existen pruebas estadísticas contundentes de que la propia apertura de estas vías hacia su propia identidad en la sociedad para las mujeres estadounidenses ha dado lugar a un incremento real y espectacular de la capacidad de realización sexual de éstas: el orgasmo. En los años comprendidos entre la «emancipación» de las mujeres que conquistaron las feministas y la contrarrevolución sexual de la mística de la feminidad, las mujeres estadounidenses registraron un incremento década a década de los orgasmos sexuales alcanzados. Y las mujeres que más han gozado de ello han sido, sobre todo, aquellas que más han avanzado por la vía de la autorrealización, mujeres que han sido educadas para participar activamente en el ámbito público, fuera del hogar.

Los datos se encuentran en dos estudios famosos, que no se suelen citar para este fin. El primero de ellos, el informe Kinsey, se basaba en entrevistas a 5.940 mujeres que crecieron en distintas décadas del siglo XX durante las cuales se conquistó la emancipación de las mujeres y antes de la era de la mística de la feminidad. Incluso según la medición que hace Kinsey de la plenitud sexual, es decir, el orgasmo (que muchos psicólogos, sociólogos y psicoanalistas critican por su planteamiento obtuso, mecanicista y excesivamente fisiológico, así como por el hecho de que

obvia matices psicológicos básicos), su estudio pone de manifiesto un incremento espectacular de la satisfacción sexual durante esas décadas. El incremento empezó con la generación nacida entre 1900 y 1909, mujeres que maduraron y se casaron en la década de 1920 —la era del feminismo, la conquista del voto y el gran énfasis en los derechos, la independencia y las carreras de las mujeres, así como de su igualdad con los hombres, incluido el derecho a la plenitud sexual. El incremento de esposas que alcanzaban el orgasmo y el decremento de mujeres frígidas continuaron en cada generación posterior, hasta la generación más joven de la muestra de Kinsey, las que se estaban casando en la década de 1940[26].

Las mujeres más «emancipadas», mujeres que habían continuado sus estudios más allá del *college* y tenían carreras profesionales, mostraban una capacidad mucho mayor de disfrutar plenamente del sexo, de alcanzar plenamente el orgasmo, que las demás. Contrariamente a la mística de la feminidad, los datos de Kinsey ponían de manifiesto que, cuanto mayor es el nivel de estudios de la mujer, más probable es que disfrute de más orgasmos sexuales plenos con mayor frecuencia, y menor es la probabilidad de que sea frígida. El mayor disfrute sexual de las mujeres que habían terminado el *college,* comparado con el de aquellas que no habían pasado de la escuela elemental o del instituto, y el disfrute sexual todavía mayor de las mujeres que habían continuado después del *college* con una formación profesional superior, se ponía de manifiesto desde el primer año de matrimonio y seguía manifestándose en el quinto, en el décimo y en el decimoquinto año de matrimonio. Mientras que Kinsey descubrió que sólo una mujer estadounidense de cada 10 nunca había experimentado un orgasmo sexual, la mayoría de las mujeres que entrevistó no habían tenido un orgasmo completo, o al menos no todo el tiempo —a excepción de aquellas que habían cursado estudios más allá del *college*. Los datos de Kinsey también ponían de manifiesto que las mujeres que se casaban antes de los 20 años de edad tenían menos probabilidades de experimentar un orgasmo sexual, y tenían más probabilidades de disfrutar de él con menos frecuencia fuera o dentro del matrimonio, aunque empezaran a tener relaciones sexuales cinco o seis años antes que las mujeres que terminaban el *college* o los estudios de tercer grado.

Mientras que los datos de Kinsey ponían de manifiesto que, a lo largo de los años, «una proporción claramente superior de las mujeres con mayor nivel de estudios, frente a las mujeres con estudios elementales o secundarios, había tenido un orgasmo en un porcentaje más elevado en el coito marital», en términos generales el mayor disfrute del sexo no significaba una mayor incidencia del mismo en la vida de las mujeres. En conjunto, había una ligera tendencia en sentido opuesto. Y el incremento de las relaciones sexuales fuera del matrimonio era menos notable entre mujeres que tuvieran una formación como profesionales[27].

Tal vez algo de la supuesta fuerza «poco femenina», o del nivel de autorrealización que alcanzaron las mujeres con estudios que les preparaban para una carrera profesional les permitió gozar de mayor plenitud sexual en sus matrimonios que a otras mujeres —medida en términos de orgasmo— y que por lo tanto era menos probable que la buscaran fuera

[26] A. C. Kinsey *et al.*, *Sexual Behavior in the Human Female,* págs. 356 y ss.; tabla 97, pág. 397; tabla 104, pág. 403.

DÉCADA DE NACIMIENTO
Y PORCENTAJE DE COITOS MARITALES CONDUCENTES A UN ORGASMO

En el primer año del matrimonio, % de mujeres

	DÉCADA DE NACIMIENTO			
% de coitos maritales con orgasmo	Antes de 1900	1900-1909	1910-1919	1920-1929
Ninguno	33	27	23	22
1-29	9	13	12	8
30-59	10	22	15	12
60-89	11	11	12	15
90-100	37	37	38	43
Núm. de casos	331	589	834	484

En el quinto año del matrimonio, % de mujeres

	DÉCADA DE NACIMIENTO			
% de coitos maritales con orgasmo	Antes de 1900	1900-1909	1910-1919	1920-1929
Ninguno	23	17	12	12
1-29	14	15	13	14
30-59	14	13	16	19
60-89	12	13	17	19
90-100	37	42	42	36
Núm. de casos	302	489	528	130

[27] *Ibid.*, pág. 355.

del matrimonio. O tal vez sencillamente necesitaran buscar un estatus, el logro o la identidad a través del sexo. La relación entre la realización sexual de las mujeres y la autorrealización que señalan los resultados de Kinsey queda subrayada por el hecho de que, como muchos críticos han comentado, la muestra de Kinsey contenía una representación más que proporcional de mujeres profesionales, graduadas de *college,* mujeres con un «dominio» o una fuerza de su identidad inusualmente altos. La muestra de Kinsey contenía una representación menos que proporcional de la «típica» ama de casa estadounidense que consagra su vida a su marido, su hogar y sus hijos, de mujeres con escaso nivel de estudios; debido a que recurrió a personas que participaron voluntariamente, no contenía una muestra proporcionalmente representativa del tipo de mujer pasiva, sumisa y conformista que según Maslow era incapaz de disfrutar sexualmente[28]. El incremento de plenitud sexual y el decremento de la frigidez que Kinsey observó durante las décadas posteriores a la emancipación de las mujeres tal vez no se produjera en el ama de casa estadounidense «media» en la misma medida que en esa minoría de mujeres que experimentaron directamente la emancipación a través de los estudios y de su participación en las profesiones. Sin embargo, la disminución de la frigidez fue tan llamativa en esa muestra amplia, aunque no fielmente representativa, de casi 6.000 mujeres, que hasta los críticos de Kinsey la encontraron significativa.

Difícilmente puede considerarse accidental que este incremento de la realización sexual de las mujeres coincidiera con su avance hacia una participación igual en los derechos, la educación, el trabajo y las decisiones de la sociedad estadounidense. La emancipación sexual contemporánea de los hombres estadounidenses —cuando se levantó el velo del desprecio y la degradación que se identificaban con el acto sexual— sin duda estuvo relacionada con el hecho de que los nuevos hombres estadounidenses consideraran a las mujeres estadounidenses como iguales, como personas como ellos, y no sólo como objeto sexual. Obviamente, cuanto más progresaron las mujeres desde aquel estado, más se convirtió el sexo para los hombres en un aspecto de las relaciones humanas, dejando de ser un acto lascivo; y más se desarrolló la capacidad de las mujeres de amar a los hombres, en lugar de someterse, con pasivo desagrado, a su deseo sexual. De hecho, la propia mística de la feminidad —para la cual la mujer es sujeto, y no sólo objeto, del acto sexual, y que da por

[28] Véanse Judson T. Landis, «The Women Kinsey Studied»; George Simpson, «Nonsense about Women», y A. H. Maslow y James M. Sakoda, «Volunteer Error in the Kinsey Study», en *Sexual Behavior in American Society.*

hecho que su participación activa y voluntaria es fundamental para el placer del varón— no podría haberse dado sin la emancipación de las mujeres hacia la igualdad humana. Como previeron las primeras feministas, los derechos de las mujeres fomentaron realmente una mayor realización sexual, para hombres y para mujeres.

Otros estudios también han puesto de manifiesto que la educación y la independencia incrementaron la capacidad de las mujeres estadounidenses de disfrutar de una relación sexual con un hombre, afirmando con ello más plenamente su propia naturaleza sexual como mujer. Reiterados informes, antes y después de los de Kinsey, pusieron de manifiesto que entre las mujeres con estudios de *college* la tasa de divorcios era mucho menor que la media. De manera más específica, un famoso y amplísimo estudio sociológico realizado por Ernest W. Burgess y Leonard S. Cottrell indicaba que las posibilidades de que las mujeres fueran felices en su matrimonio aumentaban en proporción al nivel de preparación académica para una carrera —entre las profesoras, enfermeras profesionales, médicas y abogadas había menos matrimonios desgraciados que entre otros grupos de mujeres. Estas mujeres tenían más probabilidad de ser felices en su matrimonio que las que trabajaban en empleos administrativos cualificados que, a su vez, tenían matrimonios más felices que las mujeres que no habían trabajado antes del matrimonio o que no tenían ninguna ambición con respecto a su vocación o que tenían un empleo que no estaba relacionado con sus propias ambiciones o cuya única formación o experiencia laboral se daba en el ámbito del hogar o no requería cualificación. De hecho, cuanto mayor era el nivel de ingresos de la mujer en el momento de contraer matrimonio más probable era que fuera feliz de casada. Como dicen estos sociólogos:

> Aparentemente, en el caso de las esposas, los rasgos que marcan el éxito en el mundo de los negocios, medido a través de los ingresos mensuales, son los rasgos que caracterizan el éxito en el matrimonio. Por supuesto, cabría plantear que los ingresos miden indirectamente el nivel de estudios, puesto que el nivel de formación académica incide en la renta[29].

De 526 parejas, menos del 10 por 100 mostraron un nivel de adaptación marital «bajo» cuando la mujer había tenido un puesto de trabajo durante siete o más años, había completado estudios de *college* o profe-

[29] Ernest W. Burgess y Leonard S. Cottrell, Jr., *Predicting Success or Failure in Marriage,* Nueva York, 1939, pág. 271.

sionales y no se había casado antes de los 22 años de edad. En los casos en que las mujeres tenían un nivel de estudios *inferior al college,* menos del 5 por 100 de los matrimonios puntuaban «bajo» en nivel de felicidad. La siguiente tabla muestra la relación entre el matrimonio y el nivel de estudios de la esposa.

DATOS DE LA ADAPTACIÓN MARITAL EN FUNCIÓN DEL NIVEL DE ESTUDIOS

	ADAPTACIÓN MARITAL: PUNTUACIÓN			
Nivel de estudios de la esposa	*Muy bajo*	*Bajo*	*Alto*	*Muy alto*
Estudios de tercer grado	0,0	4,6	38,7	56,5
College	9,2	18,9	22,9	48,9
Instituto	14,4	16,3	32,2	37,1
Estudios primarios exclusivamente	33,3	25,9	25,9	14,8

A partir de estos datos se podría haber predicho que las mujeres a las que la mística animaba a que se casaran antes de los 20 años de edad, a que renunciaran a proseguir sus estudios, a tener una carrera, a ser independientes y a considerarse iguales que los hombres en provecho de su feminidad tenían unas probabilidades relativamente escasas de ser felices en su matrimonio o de alcanzar la plenitud sexual o incluso el orgasmo. Y de hecho, el grupo de esposas más jovenes estudiadas por Kinsey —la generación nacida entre 1920 y 1929, que se dio de narices con la mística de la feminidad en la década de 1940, cuando empezó la carrera de vuelta al hogar— mostraba, en su quinto año de matrimonio, una inversión muy marcada de esa tendencia hacia una mayor realización sexual en el matrimonio que se había manifestado claramente en cada década desde la emancipación de las mujeres en los años 20.

> El porcentaje de mujeres que disfrutan de un orgasmo durante toda o casi toda su vida sexual matrimonial en el quinto año de matrimonio ha crecido del 37 por 100 de las mujeres en la generación nacida antes de 1900 al 42 por 100 en las generaciones nacidas en las dos décadas siguientes. El grupo más joven, cuyo quinto año de matrimonio se cumplía a finales de la década de 1940, gozaba de orgasmos plenos en todavía menos casos (36 por 100) que las mujeres nacidas antes de 1900[30].

[30] A. C. Kinsey *et al., Sexual Behavior in the Human Female,* pág. 403.

¿Detectaría un nuevo estudio Kinsey que las esposas jóvenes que son fruto de la mística de la feminidad tienen una plenitud sexual todavía menor que sus predecesoras, más emancipadas, más independientes, con mayor nivel de estudios y más maduras en el momento de contraer matrimonio? Sólo el 14 por 100 de las mujeres del estudio de Kinsey se habían casado antes de los 20 años de edad; una clara mayoría —el 53 por 100— se había casado antes de los 25, aunque la mayoría estaban casadas. Esto representa una notable diferencia con respecto a la situación de Estados Unidos en la década de 1960, en la que el 50 por 100 de las mujeres se casan antes de los veinte años de edad.

Recientemente, Helene Deutsch, la eminente psicoanalista que fue todavía más lejos que Freud al equiparar la feminidad con la pasividad masoquista y al advertir a las mujeres de que la «actividad dirigida hacia el ámbito público» y la intelectualidad «masculinizadora» podía interferir con un orgasmo femenino pleno, hizo que toda una conferencia de psicoanalistas se sublevara cuando sugirió que tal vez se había hecho demasiado hincapié en «el orgasmo» en el caso de las mujeres. En la década de 1960, de repente ya no estaba segura de que las mujeres tuvieran que tener orgasmos reales o pudieran tenerlos. Tal vez una satisfacción más «difusa» era todo lo que se podía esperar. En realidad ella tenía pacientes que eran totalmente psicóticas y que aparentemente tenían orgasmos. Pero la mayoría de las mujeres a las que trataba al parecer no tenían orgasmos en absoluto.

¿Qué significaba aquello? ¿No podían, entonces, las mujeres tener orgasmos? ¿O había ocurrido algo durante aquellos años en que tanto hincapié se había hecho en la plenitud sexual, para impedir que las mujeres pudieran experimentar un orgasmo? Los expertos no estaban todos de acuerdo. Pero en otros contextos, que no abordaban la cuestión de las mujeres, los psicoanalistas informaban de que personas pasivas que «se sienten psicológicamente vacías» —que no consiguen «desarrollar egos adecuados», que tienen «un escaso sentido de su propia identidad»— no pueden entregarse a la experiencia de un orgasmo sexual por temor a su propia inexistencia[31]. Lanzada frenéticamente a una búsqueda sexual

[31] Sylvan Keiser, «Body Ego During Orgasm», *Psychoanalytic Quarterly,* 1952, vol. XXI, págs. 153-166: «Las personas de este grupo se caracterizan por una incapacidad para desarrollar egos adecuados [...]. Su ansiosa dedicación y su espléndido cuidado de su cuerpo delata unos sentimientos interiores de vacío y de incompetencia [...]. Estas pacientes tienen una escasa percepción de su propia identidad y siempre están dispuestas a asumir la personalidad de otro individuo. Tienen escasas convicciones personales y se adaptan fácilmente a las opiniones de los demás [...]. Son principalmente

agotadora por los divulgadores de la «feminidad» freudiana, muchas mujeres habían renunciado efectivamente a todo en beneficio del orgasmo que supuestamente estaba al final del arco iris. Lo menos que se puede decir es que dedicaron una parte enorme de sus energías y necesidades emocionales al acto sexual. Como dijo alguien sobre una mujer verdaderamente hermosa en Estados Unidos, su imagen se había difundido tanto en los anuncios de prensa y televisivos y en las películas que menudo chasco cuando la veías tal como era de carne y hueso. Sin siquiera ahondar en las turbias profundidades del inconsciente, cabe dar por hecho que era pedirle mucho al maravilloso orgasmo, no sólo que estuviera a la altura de sus beneficios excesivamente proclamados sino también que constituyera el equivalente de un sobresaliente en materia de sexo, un incremento salarial, una buena crítica la noche del estreno, un ascenso a redactor jefe o a profesor asociado y mucho menos la «experiencia de uno mismo», el sentido de identidad[32]. Como informaba un psicoterapeuta:

> Irónicamente, una de las principales razones de que tantas mujeres no alcancen una sexualidad plenamente floreciente hoy en día es que están absolutamente obcecadas con conseguirlo. Se avergüenzan tanto de no alcanzar las cumbres de la sensualidad expresiva que sabotean trágicamente sus propios deseos. Es decir, en lugar de centrarse claramente en el problema real que se está produciendo, estas mujeres se centran en un problema bastante diferente, a saber: «¡Ay, qué idiota e incompetente soy, que no soy capaz de sentir satisfacción sin dificultad!» Las mujeres de hoy en día suelen estar obsesionadas con la idea del *cómo* más que con el *qué* hacer durante el coito matrimonial. Y eso es fatal.

Si el sexo en sí mismo, como dice otro psicoanalista, está empezando a tener un tinte «depresivo» en Estados Unidos, tal vez sea porque demasiados estadounidenses —especialmente las mujeres ávidas de sexo— están trasladando a su afán sexual todas sus frustradas necesidades de autorrealización. Por decirlo claro, las mujeres estadounidenses están padeciendo una epidemia de sexo sin identidad. Nadie las ha avisado de que el sexo nunca puede ser un sustituto de la identidad personal; de que el sexo en sí mismo no puede conferir su identidad a una mujer, como tampoco a un hombre; que probablemente la mujer que se busca en el sexo no llegue a alcanzar la plenitud sexual.

La pregunta de cómo puede una persona lograr más plenamente la realización de sus propias capacidades, alcanzando con ella su identidad, se ha convertido en una preocupación importante para los filósofos y los pensadores del ámbito social y psicológico de nuestra época —y ello por una buena razón. Los pensadores de otros tiempos propusieron la idea de que la gente venía, en gran medida, definida por el trabajo que hacía. El trabajo que un hombre tenía que hacer para poder comer, para mantenerse en vida, para satiafacer las necesidades físicas de su entorno, dictaba su identidad. Y en este sentido, cuando el trabajo se considera meramente como un medio de supervivencia, la identidad humana viene dictada por la biología.

Pero hoy en día el problema de la identidad humana ha cambiado. Porque el trabajo que definía el lugar del hombre en la sociedad y su percepción de sí mismo también han cambiado el mundo del hombre. El trabajo y el progreso del conocimiento han reducido la dependencia del hombre con respecto a su entorno; su biología y el trabajo que tiene que hacer para garantizar su supervivencia biológica ya no son suficientes para definir su identidad. Esto se ve con mayor claridad en nuestra propia sociedad de la abundancia; los hombres ya no necesitan trabajar todo el día para poder comer. Tienen una libertad sin precedentes para elegir el tipo de trabajo que harán y también tienen una cantidad sin precedentes de tiempo aparte de las horas y los días que deben dedicar a ganarse la vida. Y de repente nos damos cuenta de la importancia de la crisis de identidad actual —para las mujeres y, cada vez más, para los varones. Vemos la importancia humana del trabajo, no sólo como medio para nuestra supervivencia biológica, sino también como fuente de identidad

---

este tipo de pacientes las que disfrutan el coito sólo hasta antes de llegar al orgasmo [...]. No se atreven a permitirse seguir desinhibidamente hasta el orgasmo, con la pérdida de control, de conciencia del cuerpo o la muerte que éste conlleva [...]. En caso de inseguridad acerca de la estructura y los límites de la imagen corporal, cabe decir que la piel no sirve como envoltura que define claramente la transición del yo al entorno; uno se funde gradualmente con el otro; nada le garantiza que sea una entidad distinta dotada de la fuerza necesaria para entregarse a sí misma sin poner en peligro su propia integridad.»

[32] Lawrence Kubie, «Psychiatric Implications of the Kinsey Report», en *Sexual Behavior in American Society,* págs. 270 y ss.: «A este sencillo fin biológico se superponen muchos fines sutiles de los que el propio individuo no suele tener conciencia. Algunos de éstos son alcanzables, y otros no. Cuando la mayoría de ellos pueden alcanzarse, el resultado final de la actividad sexual es un arrebol de pacífica completitud y satisfacción. Sin embargo, cuando los fines inconscientes son inalcanzables, independientemente de que se haya producido el orgasmo o no, sigue existiendo un estado post-coital de necesidad no expresada, y a veces de temor, rabia o depresión.»

y vía para trascender la identidad, como vía para la creación de identidad humana y de evolución humana.

Porque la «autorrealización» o la «plenitud individual» o la «identidad» no se encuentran mirándose al espejo en absorta contemplación de nuestra propia imagen. Quienes se han realizado más plenamente, en un sentido que puede reconocer la mente humana aunque no pueda definirse claramente, lo han hecho al servicio de un propósito humano más amplio que ellos mismos. Hombres de distintas disciplinas han utilizado palabras diferentes para describir ese proceso misterioso del que proviene el sentido de identidad. Los místicos religiosos, los filósofos, Marx y Freud, todos le dieron nombres distintos: el hombre se encuentra a sí mismo cuando se pierde a sí mismo; el hombre se define por su relación con los medios de producción; el ego, el yo, crece a través de la comprensión y el dominio de la realidad, a través del trabajo y el amor.

La crisis de identidad, que Erik Erikson y otros han señalado en el hombre estadounidense, ocurre al parecer porque carece del trabajo, la causa o el propósito que despiertan su propia creatividad —y se curaría si los encontrara[33]. Algunos nunca los encuentran, porque no residen en un trabajo de muchas horas o en el que hay que fichar. Tampoco proceden del mero ganarse el pan de cada día, de trabajar rutinariamente, de encontrar un puesto seguro como empleado en una organización. El propio argumento, que defienden Riesman y otros, de que el ser humano ya no encuentra su identidad en el trabajo definido como una fuente de ingresos, da por hecho que su identidad proviene del trabajo creativo propio que contribuye a la comunidad humana: el núcleo de la identidad adquiere conciencia, se hace real y crece a través del trabajo que hace que progrese la sociedad humana.

El trabajo, manida materia prima del economista, se ha convertido en la nueva frontera de la psicología. Los psiquiatras han utilizado durante mucho tiempo la «terapia ocupacional» con pacientes de hospitales mentales; recientemente han descubierto que, para que tenga un verdadero valor psicológico, no puede limitarse a ser una «terapia», sino que ha de ser un trabajo real que sirva a un propósito real en la comunidad. Y el trabajo no puede considerarse como la clave del malestar que no tiene nombre. La crisis de identidad de las mujeres estadounidenses empezó hace un

[33] Erik H. Erikson, *Childhood and Society,* págs. 239-283, 367-380. Véase también Erich Fromm, *Escape from Freedom* y *Man for Himself,* y David Riesman, *The Lonely Crowd.*

siglo, y una parte cada vez mayor del trabajo que es importante para el mundo, una parte cada vez mayor del trabajo que utilizaba sus capacidades humanas y a través del cual eran capaces de realizarse a sí mismas, les ha sido arrebatada.

Hasta el último siglo, e incluso durante éste, se necesitaron mujeres fuertes y capaces como pioneras en nuestro nuevo territorio; con sus maridos, dirigían las granjas y plantaciones de los asentamientos del Oeste. Aquellas mujeres eran personas respetadas y que se respetaban a sí mismas pertenecientes a una sociedad cuyo propósito pionero se centraba en el hogar. Fuerza e independencia, responsabilidad y autoconfianza, autodisciplina y valentía, libertad e igualdad formaban parte del carácter tanto de hombres como de mujeres en todas las primeras generaciones. Las mujeres que llegaron con billetes de tercera clase, de Irlanda, Italia, Rusia y Polonia, trabajaron codo con codo con sus maridos en las fábricas en las que las explotaban y en las lavanderías, aprendieron una nueva lengua y ahorraron para enviar a sus hijos e hijas al *college*. Las mujeres nunca fueron tan «femeninas», ni se las despreció tanto, en Estados Unidos como en Europa. Para los viajeros europeos, mucho antes de nuestra época, las mujeres estadounidenses eran menos pasivas, infantiles y femeninas que sus propias esposas en Francia, Alemania o Inglaterra. Por un accidente de la historia, las mujeres estadounidenses compartieron el trabajo de la sociedad durante más tiempo y crecieron con los hombres. Los estudios primarios y secundarios tanto para chicos como para chicas fueron casi siempre la norma; y en el Oeste, donde las mujeres compartieron el trabajo pionero durante más tiempo, incluso las universidades eran mixtas desde el principio

La crisis de identidad de las mujeres no empezó en Estados Unidos hasta que se dejó de necesitar la energía, la fuerza y la capacidad de las mujeres pioneras, en los hogares de la clase media de las ciudades del Este y del Medio Oeste, donde el trabajo pionero ya estaba hecho y donde los varones empezaron a construir la nueva sociedad en industrias y profesiones fuera del hogar. Pero las hijas que las mujeres pioneras se habían criado demasiado acostumbradas a la libertad y al trabajo para contentarse con el ocio y la pasiva feminidad[34].

[34] Véase Alva Myrdal y Viola Klein *(Women's Two Roles),* que señalan que el número de mujeres estadounidenses que actualmente trabajan fuera de casa es aparentemente mayor de lo que lo es en realidad porque la muestra a partir de la cual se realiza la comparación era inusualmente pequeña: hace un siglo, la proporción de mujeres estadounidenses que trabajaban fuera de casa era mucho más pequeña que en los países

No fue una mujer estadounidense, sino una sudafricana, Olive Schreiner, la que advirtió en el cambio de siglo de que la calidad y la cantidad de las funciones de las mujeres en el universo social estaban disminuyendo al mismo ritmo que la civilización estaba progresando; que si las mujeres no recuperaban sus derechos a una parte plena del trabajo reconocido y útil, sus mentes y sus músculos se debilitarían hasta convertirlas en parásitos. Sus retoños, hijos e hijas, se debilitarían progresivamente y la propia civilización se deterioraría[35].

Las feministas vieron claramente que la educación y el derecho a participar en el trabajo más avanzado de la sociedad eran las mayores necesidades de las mujeres. Lucharon por los derechos de las mujeres a una identidad humana nueva y plena, y los conquistaron. Pero qué pocas de sus hijas y nietas han elegido utilizar su educación y sus capacidades para un propósito creativo más amplio, para desempeñar un trabajo responsable en la sociedad. Cuántas de ellas se han visto decepcionadas, o

europeos. En otras palabras, el malestar de la mujer en Estados Unidos era probablemente inusualmente grave porque el distanciamiento de las mujeres estadounidenses del trabajo fundamental y de la identidad en la sociedad fue mucho más drástico —fundamentalmente debido al crecimiento y a la industrialización extremadamente rápidos de la economía del país. Las mujeres que habían crecido con los hombres en los días de la conquista del Oeste quedaron condenadas, casi de la noche a la mañana, a la *anomia* —término sociológico muy expresivo para esa sensación de no existencia o de no identidad que padece quien no tiene un lugar verdadero en la sociedad— cuando el trabajo importante salió del hogar, donde ellas se quedaron. En cambio, en Francia, donde la industrialización fue más lenta, y donde las granjas y los pequeños comercios familiares siguen siendo bastante importantes para la economía, las mujeres hace un siglo seguían trabajando en proporciones importantes —en el campo y en el comercio— y hoy en día la mayoría de las mujeres francesas no son amas de casa a tiempo completo en el sentido estadounidense de la mística, porque todavía hay un número enorme de ellas que trabaja en los campos, además de que una de cada tres, al igual que en Estados Unidos, está empleada en la industria, el comercio, las tareas administrativas y las profesiones. El crecimiento de las mujeres en Francia ha ido mucho más parejo con el crecimiento de la sociedad, dado que la proporción de mujeres francesas en las profesiones se ha multiplicado por dos en cincuenta años. Es interesante observar que la mística de la feminidad no es preponderante en Francia, como lo es aquí; existe en Francia una imagen legítima de la mujer de carrera femenina y de la intelectual femenina, y los hombres franceses al parecer responden sexualmente a las mujeres sin equiparar la feminidad ni con el glorificado vacío ni con la madre castradora devoradora de hombres. Tampoco se ha debilitado la familia —ni de hecho ni en la mística— a consecuencia del trabajo de las mujeres en la industria y las profesiones. Myrdal y Klein ponen de manifiesto que la mujer de carrera francesa sigue teniendo criaturas —pero no el número que producen actualmente las amas de casa estadounidenses con estudios.

[35] Sidney Ditzion, *Marriage, Morals, and Sex in America, A History of Ideas,* Nueva York, 1953, pág. 277.

se han defraudado a sí mismas, al aferrarse a esa feminidad superada e infantil de la «Ocupación: sus labores».

Su elección equivocada no ha sido un asunto menor. Ahora sabemos que las mujeres tienen el mismo abanico de capacidades potenciales que los hombres. Las mujeres, tanto como los hombres, sólo pueden encontrar su identidad a través de un trabajo que ponga plenamente en juego sus capacidades. Una mujer no puede encontrar su identidad a través de los demás —su marido, sus criaturas. No la puede encontrar en la aburrida rutina de las tareas domésticas. Como han dicho los pensadores de todas las épocas, sólo cuando un ser humano hace frente sin ambages al hecho de que puede sacrificar su propia vida, adquiere plena conciencia de sí mismo y empieza a tomarse en serio su existencia. A veces esta conciencia sólo la adquiere en el momento de morir. A veces se produce de una experiencia más sutil de muerte: la muerte de la identidad convertida en pasivo conformismo, en un trabajo carente de sentido. La mística de la feminidad prescribe precisamente esa muerte viviente para las mujeres. Frente a la lenta muerte de la identidad, la mujer estadounidense debe empezar a tomarse su vida en serio.

«Nos medimos con muchos raseros», dijo el gran psicólogo estadounidense William James hace casi un siglo. «Nuestra fuerza y nuestra inteligencia, nuestra salud e incluso nuestra buena suerte, son cosas que reconfortan nuestro corazón y nos hacen sentir que somos el complemento ideal de la vida. Pero más allá de todas esas cosas y capaz de bastarse a sí misma sin ellas está la percepción de la cantidad de esfuerzo que podemos hacer»[36].

Si las mujeres no hacen por fin ese esfuerzo para convertirse en todo lo que tienen en su interior, sacrificarán su propia humanidad. Una mujer hoy en día que no tiene objetivo, propósito ni ambición que dé sentido a sus días proyectándolos hacia el futuro, que la haga estirarse y crecer más allá de ese pequeño número de años en los que su cuerpo puede cumplir su función biológica, está entregándose a una especie de suicidio. Porque ese medio siglo que le espera después de dar a luz a sus hijos es un hecho que una mujer estadounidense no puede negar. Tampoco puede negar que, como ama de casa, el mundo está pasando realmente a toda velocidad por delante de su puerta mientras que ella se limita a quedarse sentada y a verlo pasar. El terror que siente es real, si ella no tiene cabida en ese mundo.

La mística de la feminidad ha conseguido enterrar vivas a millones de mujeres estadounidenses. Estas mujeres no tienen otra manera de sa-

[36] William James, *Psychology,* Nueva York, 1892, pág. 458.

lir de sus confortables campos de concentración que la de hacer por fin un esfuerzo —ese esfuerzo humano que va más allá de la biología, más allá de las estrechas paredes del hogar, para ayudar a dar forma al futuro. Sólo a través de un compromiso personal de esta naturaleza con el futuro podrán las mujeres estadounidenses liberarse de la trampa del ama de casa y alcanzar realmente su realización como esposas y madres: a través de la realización de sus posibilidades únicas como seres humanos individuales.

Capítulo 14

Un nuevo plan de vida para las mujeres

«Es fácil decirlo», observa la mujer que ha caído en la trampa del ama de casa, «pero ¿qué puedo hacer, sola en la casa, con los niños berreando y la colada por clasificar y sin abuela que se quede con los críos?». Es más fácil vivir a través de otra persona que ser plenamente tú misma. La libertad para liderar y planificar tu propia vida da miedo si nunca te has enfrentado a ella anteriormente. Da miedo cuando una mujer por fin se da cuenta de que no hay otra respuesta a la pregunta de «¿quién soy?» que la de su voz interior. Puede pasarse años en el diván del psicoanalista, trabajar su «adaptación al rol femenino», sus bloqueos a la hora de «realizarse como esposa y madre». Y aun así su voz interior posiblemente le diga: «no es eso». Incluso el mejor psicoanalista sólo puede infundirle valor para que escuche su propia voz. Cuando la sociedad demanda tan poco de las mujeres, toda mujer debe escuchar su voz interior para encontrar su identidad en un mundo cambiante. Debe crear, a partir de sus propias necesidades y capacidades, un nuevo plan de vida que combine el amor, las criaturas y el hogar que han definido la feminidad en el pasado con un empeño por tener un propósito mayor que conforme el futuro.

Hacer frente al malestar no es resolverlo. Pero una vez que una mujer le hace frente, como muchas mujeres en todo Estados Unidos lo están haciendo hoy día sin demasiada ayuda de los expertos, una vez que se pregunta «¿qué es lo que quiero hacer?», empieza a encontrar sus propias respuestas. Una vez que empieza a ver más allá de los engaños de la mística de la feminidad —y se da cuenta de que ni su marido, ni sus hijos, ni las cosas de su casa, ni el sexo, ni ser como todas las demás mu-

jeres pueden darle una identidad—, a menudo la solución le resulta mucho más fácil de lo que pensaba.

De las muchas mujeres con las que hablé en los barrios residenciales y en las ciudades, algunas acababan de empezar a hacer frente al problema, otras estaban en el proceso de resolverlo y para otras había dejado de ser un problema. En la tranquilidad de una tarde de abril, aprovechando que todos sus críos estaban en el colegio, una mujer me dijo:

> He dedicado todas mis energías a los niños, llevándolos en el coche de un lado para otro, preocupándome por ellos, enseñándoles cosas. De repente, tuve esa terrible sensación de vacío. Todo ese trabajo voluntario que había asumido —los *scouts*, la PTA, la liguilla de béisbol—, de repente tuve la sensación de que no había merecido la pena. De niña, quería ser actriz. Era demasiado tarde para volver a aquello. Me quedaba en casa todo el día, limpiando cosas que no había limpiado durante años. Pasé un montón de tiempo sencillamente llorando. Mi marido y yo hablamos de que aquello era un problema de las mujeres estadounidenses, porque renuncias a una carrera por los hijos y luego llegas un punto en el que no hay vuelta atrás. ¡Envidiaba tanto a las pocas mujeres que conocía que tenían habilidades concretas y que siguieron desarrollándolas! Mi sueño de ser actriz no era real —nunca lo había desarrollado. ¿Acaso tenía que sacrificar todo mi ser a mis hijos? Me he pasado toda la vida inmersa en otras personas y ni siquiera sabía qué tipo de persona era yo misma. Ahora creo que tener otra criatura no resolvería ese vacío durante mucho tiempo. No hay vuelta atrás, has de seguir adelante. Tiene que haber algún camino real que pueda tomar por mí misma.

Aquella mujer acababa de iniciar la búsqueda de su identidad. Otra mujer había conseguido llegar al otro lado y ahora podía mirar atrás y darse cuenta claramente del problema. Tenía una casa llena de color, cómoda pero sin pretensiones, pero ella técnicamente ya no era una «simple ama de casa». Le pagaban por el trabajo que hacía como pintora profesional. Me dijo que cuando dejó de tratar de amoldarse a la imagen convencional de la feminidad, por fin empezó a *disfrutar* de ser una mujer. Me contó:

> Solía esforzarme mucho por seguir encajando en esa bonita imagen de mí misma como esposa y madre. Todos mis hijos nacieron de parto natural. A todos les di el pecho. Una vez me enfadé mucho con una mujer mayor en una fiesta cuando dije que dar a luz era lo más importante en la vida, el comportamiento animal básico, y ella me contestó: «¿Y no quiere ser algo más que un animal?»

Sí que quieres algo más, pero no sabes lo que es. Por eso todavía te metes más en las tareas del ama de casa. Pero éstas no constitiyen un desafío suficiente, no haces más que planchar los vestidos de las niñas, y por eso te buscas vestidos con volantes que necesitan todavía más plancha, y horneas tu propio pan y te niegas a comprar un friegaplatos. Crees que si consigues convertirlo en un desafío suficiente, entonces, de alguna manera, estarás satisfecha; pero no es así.

Casi tuve una aventura. Solía sentirme muy insatisfecha con mi marido. Solía molestarme cuando no me ayudaba con las tareas de casa. Insistía en que fregara los platos, limpiara el suelo, todo. No nos peleábamos, pero a veces, en medio de la noche, no te puedes engañar.

Tenía la sensación de que no era capaz de controlar este sentimiento de querer algo más de la vida. Así que acudí a un psiquiatra. Éste siguió empeñado en hacer que disfrutara del hecho de ser femenina, pero no sirvió para nada. Y luego acudí a alguien que aparentemente me hizo descubrir quién era yo y olvidarme de esa bonita imagen femenina. Me di cuenta de que estaba furiosa conmigo misma, furiosa con mi marido, porque había abandonado los estudios.

Solía meter a los niños en el coche y ponerme a rodar porque no podía soportar estar sola en casa. Seguía queriendo hacer algo, pero me daba miedo intentarlo. Un día, en una carretera secundaria, vi a un artista pintando y me salió como una voz que no pude controlar y que dijo: «¿Da usted clases de pintura?»

Solía ocuparme de la casa y de los niños durante todo el día y, una vez que acababa de fregar los platos por la noche, me ponía a pintar. Luego ocupé el dormitorio que íbamos a utilizar para el siguiente bebé —cinco hijos era parte de mi bonita imagen— y puse allí mi estudio. Recuerdo que una noche estaba trabajando y trabajando y de repente eran las dos de la madrugada y había terminado. Miré el cuadro y fue como encontrarme a mí misma.

Soy incapaz de pensar en lo que estaba tratando de hacer con mi vida antes, tratando de encajar en una imagen de una mujer pionera de antaño. No tengo que demostrar que soy una mujer cosiendo mi propia ropa. Soy una mujer y soy yo misma, y compro la ropa hecha y me encanta. He dejado de ser esa maldita madre paciente, cariñosa y perfecta. No les cambio a los chicos la ropa todos los días de arriba abajo, y se han acabado los volantes. Pero tengo la sensación de tener más tiempo para disfrutar de ellos. Ya no dedico tantas horas a las tareas domésticas, pero están acabadas antes de que mi marido vuelva a casa. Hemos comprado un friegaplatos.

Cuanto más tardas en fregar los platos, menos tiempo tienes para otras cosas. Hacer siempre lo mismo una y otra vez no resulta creativo. ¿Por qué habría de sentirse una mujer culpable por librarse de ese trabajo repetitivo? No hay ningún mérito en fregar los platos, en frotar los

suelos. El Dacrón, los friegaplatos, la ropa que no requiere plancha: es estupendo, es por ahí por donde tenemos que ir. Éste es nuestro tiempo, nuestro único tiempo en la tierra. No podemos seguir desperdiciándolo. Mi tiempo es todo lo que tengo y esto es lo que quiero hacer con él.

Ahora no necesito convertir mi matrimonio en semejante comedia, porque es real. De alguna manera, en el momento en que empecé a percibirme a mí misma, adquirí conciencia de mi marido. Antes, era como si fuera parte de mí, no un ser humano individual. Creo que hasta que no dejé de intentar ser femenina no empecé a disfrutar de ser mujer.

Y luego hubo otras que iban a trompicones, conscientes del problema pero sin estar seguras de qué hacer con él. La presidenta de un comité de recaudación de fondos de un barrio residencial me dijo:

Envidio a Jean, que se queda en casa y hace el trabajo que quiere hacer. Yo no he abierto mi caballete en dos meses. Sigo dedicándole mucho tiempo a unos comités que no me importan lo más mínimo. Es lo que hay que hacer para llevarse bien con la gente de aquí. Pero no me hace sentir tranquila por dentro, como me siento cuando pinto. Un artista de la ciudad me dijo: «Deberías tomarte a ti misma más en serio; puedes ser artista y ama de casa y madre, las tres cosas a la vez.» Creo que lo único que me retiene es que eso supondría mucho esfuerzo.

Una joven de Ohio me dijo:

Últimamente he sentido esa necesidad. He sentido que sencillamente teníamos que tener una casa mayor, ampliar ésta o trasladarlos a un barrio mejor. Inicié una frenética ronda de actividades sociales, pero aquello era como vivir para algo que no hacía más que interferir en tu vida.

Mi marido opina que ser una buena madre es la carrera más importante que existe. Yo creo que es todavía más importante que una carrera. Pero no creo que todas las mujeres sean únicamente madres. Disfruto de mis criaturas, pero no me gusta pasar todo el tiempo con ellas. Sencillamente no tengo su edad. Podría hacer que las labores del hogar me ocuparan más tiempo. Pero no hace falta pasar la aspiradora más de dos veces a la semana. Mi madre barría todos los días.

Siempre quise tocar el violín. Cuando estaba en el *college,* las chicas que estudiaban música en serio eran peculiares. De repente es como si una voz interior me dijera: ha llegado la hora, nunca tendrás otra oportunidad. Me sentía incómoda, practicando a los cuarenta. Me cansa y me duele el hombro, pero me hace sentir la unidad con algo más grande que yo. De repente el universo se convierte en algo real y tú eres parte de él. Te sientes como si de verdad existieras.

Sería un error por mi parte ofrecer a las mujeres respuestas fáciles y prácticas a este problema. No hay respuestas sencillas en Estados Unidos hoy día; es difícil, doloroso y tal vez cada mujer necesite mucho tiempo para encontrar su propia respuesta. En primer lugar, debe decir rotundamente que «no» a la imagen del ama de casa. Esto no significa, por supuesto, que se tenga que divorciar de su marido, que tenga que abandonar a sus hijos o que renunciar a su hogar. No tiene que elegir entre el matrimonio y la carrera; ésa ha sido la elección equivocada de la mística de la feminidad. De hecho, contrariamente a lo que esta mística insinúa, no es tan difícil compaginar el matrimonio y la maternidad con el tipo de propósito personal para toda la vida que en un momento dado se llamó «carrera». Sencillamente hace falta establecer un nuevo plan de vida —desde la perspectiva de toda nuestra existencia como mujeres.

El primer paso de ese plan es considerar las tareas domésticas como lo que son —no una carrera, sino algo que hay que hacer lo más rápida y eficazmente posible. Una vez que una mujer deja de empeñarse en que cocinar, lavar y planchar sea «algo más», puede decir «no, no quiero una cocina con los ángulos redondeados, no quiero cuatro tipos de jabones diferentes»; puede decir «no» a todas esas fantasías de masa de las revistas femeninas y de la televisión, «no» a los investigadores en profundidad y a los manipuladores que están tratando de dirigir su vida. Luego puede utilizar la aspiradora y el friegaplatos y todos los electrodomésticos, e incluso el puré de patatas de sobre, para lo que de verdad sirven, es decir, para ahorrar un tiempo que puede invertir en actividades más creativas.

El segundo paso, y tal vez el más difícil para los productos de la educación sexista, es ver el matrimonio como lo que de verdad es, apartando el velo de la excesiva glorificación impuesta por la mística de la feminidad. Muchas mujeres con las que he hablado estaban extrañamente insatisfechas con sus maridos, continuamente irritadas con sus hijos, cuando para ellas el matrimonio y la maternidad era la culminación de sus vidas. Pero cuando empezaron a utilizar sus distintas capacidades con un propósito propio en la sociedad, no sólo hablaron de una nueva sensación de «vivacidad» o de «completitud» en su interior, sino de una nueva diferencia, aunque difícil de definir, en la manera en que se sentían con respecto a sus maridos y a sus hijos. Muchas se hacían eco de las palabras de esta mujer:

> Lo curioso es que, ahora que he creado espacio para mí misma, disfruto más de mis hijos. Antes, cuando estaba dedicando todo mi ser a ellos, tenía la sensación de estar siempre en busca de algo a través de ellos. No podía disfrutar sencillamente de ellos como lo hago ahora, como si fueran una puesta de sol, algo fuera de mí, separado. Antes me sentía tan atada por ellos que trataba de evadirme en mi mente. Tal vez una mujer tenga que *ser ella misma* para conseguir estar realmente *con* sus hijos.

La esposa de un abogado de Nueva Inglaterra me dijo:

> Pensé que estaba acabada. Había llegado al final de la infancia, me había casado, había tenido una criatura y era feliz en mi matrimonio. Pero de alguna manera estaba desconsolada, porque daba por hecho de que aquello era el final. Una semana me dedicaba a la tapicería, la siguiente a la pintura dominguera. Mi casa estaba inmaculada. Dedicaba demasiado tiempo a entretener a mi hijo. Él no necesitaba toda esa compañía adulta. Una mujer adulta jugando con una criatura todo el día, desintegrándose en un centenar de direcciones para rellenar el tiempo, cocinando platos elaborados que nadie necesitaba, y luego furiosa porque no se los comían —pierdes tu sentido común de persona adulta, toda tu percepción de ti misma como ser humano.
>
> Ahora estoy estudiando historia, un curso por año. Requiere esfuerzo, pero no he dejado de hacerlo ni una sola noche en dos años y medio. Pronto estaré enseñando. Me encanta ser esposa y madre, pero sé que cuando el matrimonio es el objetivo de tu vida, porque no tienes otra misión, se convierte en una cosa miserable y de pacotilla. ¿Quién dijo que las mujeres tienen que estar contentas, divertidas, entretenidas? Lo que tienes que hacer es trabajar. No hace falta que tengas un empleo. Pero has de enfrentarte a algo tú misma, y llevarla a buen término, para sentirte viva.

Una hora diaria, un fin de semana o incluso una semana libre de la maternidad no es una respuesta al malestar que no tiene nombre. Esa «hora libre de la madre»[1] que recomiendan los expertos en infancia y familia o los desconcertados médicos como antídoto para el cansancio del ama de casa o para la sensación de estar atrapada, da automáticamente por hecho que la mujer es «una simple ama de casa», una madre para siempre jamás. Una persona plenamente implicada en su trabajo puede disfrutar de «tiempo libre». Pero las madres con las que hablé no se sentían mágicamente aliviadas por la «hora libre»; de hecho, con frecuencia renunciaban a ella con el menor pretexto, bien fuera por sentirse culpables o por aburrimiento. Una mujer que no tiene propósito propio en la sociedad, una mujer que no se puede permitir pensar sobre el futuro porque no está haciendo nada para darse a sí misma una identidad real en él, seguirá sintiendo la misma desesperación en el presente —independientemente del número de «horas libres» que se tome. Incluso una mujer muy joven hoy en día tiene que verse ante todo como un ser humano, no como una madre a la que le sobra tiempo, y hacer un plan de vida teniendo en cuenta sus propias capacidades, un compromiso propio con la sociedad, con el que pueda integrar sus responsabilidades como esposa y como madre.

Una mujer a la que entrevisté, educadora de salud mental que durante muchos años fue «una simple ama de casa» en su comunidad de un barrio residencial, lo resume así: «Recuerdo mi propia sensación de que la vida no estaba lo suficientemente llena para mí. No estaba empleándome a mí misma a fondo en términos de mis capacidades. No era bastante crear un hogar. No puedes volver a meter al genio en la botella. No puedes negar tu mente inteligente sin más; tienes que ser parte del esquema social».

Y mirando más allá de los árboles de su jardín a la tranquila y vacía calle del barrio residencial, añadió:

> Si llamas a cualquiera de esas puertas, ¿cuántas mujeres encontrarás cuyas capacidades están siendo utilizadas? Las encontrarás bebiendo o sentadas y hablando con otras mujeres y viendo a los niños jugar porque no pueden soportar estar solas, o mirando la televisión o leyendo un libro. La sociedad todavía no se ha puesto al día con las mujeres, todavía no ha encontrado una manera de utilizar las capacidades y energías que tienen las mujeres, excepto para traer hijos al mundo. A lo largo de los últimos quince años, creo que las mujeres han estado huyendo de sí mismas. La razón por la que las jóvenes se han tragado esa cosa de la feminidad es porque creen que si vuelven atrás y buscan toda su satisfacción en el hogar, será más fácil. Pero no será así. A lo largo del camino una mujer, si es que está dispuesta a hacerse frente a sí misma, ha de tratar de comprenderse plena y objetivamente para encontrarse a sí misma como persona.

La única manera que tiene una mujer, tanto como un hombre, de encontrarse a sí misma, de saberse a sí misma como persona, es teniendo un trabajo creativo propio. No hay otra manera. Pero un empleo, cualquier empleo, no es la solución —de hecho, puede ser parte de la tram-

[1] Véase «Mother's Choice: Manager or Martyr», y «For a Mother's Tour», *New York Times Magazine,* 14 de enero de 1962 y 18 de marzo de 1962.

pa. Aquellas mujeres que no busquen empleos a la altura de sus capacidades reales, que no se permitan desarrollar los intereses y objetivos de toda una vida, que requieren unos estudios y una formación serios, que se pongan a trabajar a los veinte o a los cuarenta para «ayudar en casa» o simplemente para matar el tiempo, están caminando, con casi la misma seguridad que aquellas que se quedan en la trampa del ama de casa, hacia un futuro inexistente.

Si un empleo ha de ser la vía de salida de la trampa para una mujer, debe tratarse de un empleo que pueda realizar de manera seria como parte de un plan de vida, un trabajo en el que pueda crecer como parte de la sociedad. Las comunidades de los barrios residenciales, particularmente las comunidades nuevas, donde los modelos sociales, culturales, pedagógicos, políticos y de ocio todavía no están firmemente establecidos, ofrece numerosas oportunidades para las mujeres capaces e inteligentes. Pero ese trabajo no necesariamente es un «empleo». En los barrios residenciales de Westchester, Long Island y Filadelfia, hay mujeres que han fundado clínicas de salud mental, centros de arte, campamentos de día. En las grandes ciudades y en las pequeñas, las mujeres, desde Nueva Inglaterra hasta California, han sido pioneras de nuevos movimientos en la política y en la educación. Aunque este trabajo no se ha planteado como un «empleo» o una «carrera», muchas veces ha resultado ser tan importante para las distintas comunidades que ahora se paga a profesionales para que lo hagan.

En algunos barrios residenciales y comunidades quedan pocos trabajos que requieran inteligencia para personas no profesionales —a excepción de los pocos puestos de liderazgo que la mayoría de las mujeres en la actualidad no asumen por carecer de la independencia, la fuerza y la confianza en sí mismas necesarias. Si la comunidad tiene una elevada proporción de mujeres con estudios, simplemente no hay bastantes puestos de este tipo vacantes. A consecuencia de ello, el trabajo en la comunidad suele expandirse en una especie de estructura autosuficiente de comités y burocracia, en el sentido más puro de la ley de Parkinson, hasta el punto de que su verdadero propósito da la sensación de ser tan sólo el de mantener ocupadas a las mujeres. Las tareas rutinarias de este tipo no resultan satisfactorias para las mujeres maduras ni ayuda a las inmaduras a crecer. Eso no significa que hacer de supervisora de un grupo de *scouts* o participar en un comité de una PTA u organizar una cena en la que todo el mundo trae algo que ha preparado, no sea un trabajo útil; para una mujer inteligente y competente, sencillamente no es suficiente.

Una mujer a la que entrevisté se había metido en un torbellino de actividades útiles para la comunidad. Pero éstas no la conducían a ninguna

parte en relación con su propio futuro, ni tampoco aprovechaban su excepcional inteligencia. De hecho, su inteligencia daba la sensación de estar deteriorándose; sufría el malestar que no tiene nombre con creciente gravedad hasta que dio el primer paso hacia un compromiso serio. Hoy en día es una «profesora cualificada», y una serena esposa y madre.

> Al principio, me apunté al Comité de recaudación de fondos del hospital, al Comité de administrativos voluntarios de la clínica. Iba de madre acompañante en las excursiones de los niños. Estaba aprendiendo a tocar el piano por 30 dólares semanales y pagaba a una canguro para poder tocar para mí misma. Preparé el sistema decimal Dewwy para la biblioteca que habíamos fundado, hacía de supervisora de un grupo de *scouts* y estaba en la PTA. El desembolso económico que suponían todas aquellas cosas que sólo necesitaba para llenar mi vida suponía una parte nada despreciable del sueldo de mi marido. Y aun así seguía sin llenar mi vida. Yo me sentía malhumorada y deprimida. Me echaba a llorar sin ninguna razón. Ni siquiera me pude concentrar para acabar de leer una novela policiaca.
>
> Estaba ocupadísima, corriendo de la mañana a la noche, y a pesar de ello nunca tenía ninguna sensación real de satisfacción. Crías a tus hijos, claro, pero ¿cómo puede eso justificar tu vida? Tienes que tener un objetivo último, algún fin a largo plazo que te siga moviendo. Las actividades de la comunidad son objetivos a corto plazo; haces un proyecto; y se acabó; luego tienes que ir en busca de otro. En el trabajo para la comunidad, dicen que no tienes que molestar a las madres jóvenes con bebés. Es una faena que han de hacer las de mediana edad cuyos hijos ya han crecido. Pero son precisamente las que están atadas por los niños las que necesitan hacerlo. Cuando no estás atada por los niños, déjalo —lo que necesitas es trabajar de verdad.

Debido a la mística de la feminidad (y tal vez al simple temor humano al fracaso como cuando se compite, sin privilegio sexual ni excusa), lo que más le cuesta a una mujer cuando está tratando de liberarse de la trampa es dar el salto de aficionada a profesional. Pero incluso cuando una mujer no necesita trabajar para comer, sólo conseguirá encontrar su identidad si realiza un trabajo que tenga verdadero valor para la sociedad[2] —trabajo por el que, generalmente, nuestra sociedad paga. Tener

[2] La idea de que el trabajo debe ser «real» y no sólo una «terapia» o un montón de tareas inútiles para proporcionar una base para la identidad se convierte en algo cada vez más explícito en las teorías del yo, aun cuando no hagan referencia específica a las mujeres. Por lo tanto, cuando define los comienzos de la «identidad» en el niño, Erik-

una remuneración es, por supuesto, más que una gratificación— supone un compromiso definitivo. Por temor a ese compromiso, cientos de amas de casa de barrio residencial capaces y con estudios de hoy se engañan a sí mismas con eso de que podían haber sido escritoras o actrices, o mariposear con el arte o la música en el limbo de los diletantes del «enriquecimiento personal», o se presentan a puestos de recepcionistas o de vendedoras, trabajos muy por debajo de sus capacidades reales. Ésas también son vías de evadir el crecimiento.

El progresivo aburrimiento que el trabajo voluntario genera entre las mujeres estadounidenses, y su preferencia por los trabajos remunerados, independientemente del nivel de éstos, se ha atribuido al hecho de que ahora hay profesionales realizando la mayor parte de los trabajos que las comunidades demandan y que requieren cierta inteligencia. Pero el hecho de que las mujeres no se hicieran ellas mismas profesionales, su reticencia en los últimos veinte años a comprometerse con un trabajo, remunerado o no, que requiriera iniciativa, liderazgo y responsabilidad, se debe a la mística de la feminidad. Esa actitud de ausencia de compromiso entre las jóvenes amas de casa ha sido confirmada por un estudio reciente realizado en el condado de Westchester[3]. En un barrio residencial de elevado nivel de renta, más del 50 por 100 de un grupo de amas de casa de entre 25 y 35 años de edad con maridos que ganaban más de 25.000 dólares anuales, querían trabajar: el 13 por 100 inmediatamente, el resto en un plazo de entre 5 y 15 años. De aquellas que tenían pensado ponerse a trabajar, tres de cada cuatro se sentían insuficientemente preparadas. (Todas aquellas mujeres tenían estudios de *college,* pero sólo una de ellas tenía una licenciatura; un tercio de ellas se había casado a los 20 años o antes.) Aquellas mujeres no necesitaban trabajar por cuestión económica, sino por lo que el antropólogo que hizo el estudio denominó «la necesidad psicológica de ser económicamente productivas». Obviamente, el trabajo voluntario no satisfacía esa necesidad: aunque el 62 por 100 de aquellas mujeres estaba realizando algún trabajo voluntario, era de los que duraban «un día o menos». Y aunque querían trabajos y se sentían insuficientemente preparadas, del 45 por 100 de ellas que estaba asistiendo a algún curso, pocas estaban estudiando para conseguir un título universitario. El elemento de fantasía de sus planes de trabajo quedaba demostrado por «los pequeños negocios que abren y cierran con triste regularidad». Cuando una asociación de alumnas patrocinó un foro en dos sesiones en aquel barrio residencial sobre «Cómo las mujeres de mediana edad pueden volver a trabajar», asistieron 25 mujeres. A modo de primer paso, a cada mujer se le pidió que volviera a la segunda sesión con un *curriculum vitae*. Dicho *curriculum* requería que se le dedicara algún tiempo de reflexión y, como dijo el investigador, «sinceridad en el propósito». Sólo una mujer se lo tomó lo suficientemente en serio como para escribir el suyo.

En otro barrio hay un centro de orientación que en los primeros años del movimiento por la salud mental abrió verdaderas posibilidades a la inteligencia de las mujeres con estudios de *college* de aquella comunidad. Por supuesto, nunca llegaron a hacer terapia, pero en los primeros años administraban el centro y dirigían los grupos de discusión didácticos de padres y madres. Ahora que la «educación para la vida familiar» se ha profesionalizado, hay profesionales administrando el centro y dinamizando los grupos de discusión, que suelen venir de la ciudad, y tienen maestrías o doctorados en este campo. Sólo hay muy pocos casos en los que las mujeres que «se encontraron a sí mismas» en el trabajo del centro de orientación se metieron en esta nueva profesión y se sacaron sus propios títulos de maestría y de doctorado. La mayoría de ellas se retiró cuando seguir hubiese significado romper con el rol de ama de casa y comprometerse de manera seria con una profesión.

Irónicamente, el único tipo de trabajo que le permite a una mujer competente desarrollar de manera plena sus capacidades y alcanzar su identidad en la sociedad en un plan de vida que pueda compaginar su trabajo con el matrimonio y la maternidad es el tipo de trabajo que precisamente prohibía la mística de la feminidad; el compromiso de toda una vida con un arte o con la ciencia, con la política o con una profesión. Semejante compromiso no está vinculado a un empleo ni a una localidad específicos. Permite variar a lo largo de los años —un trabajo remunerado a jornada completa en una comunidad, un trabajo a tiempo parcial en otra, el ejercicio de una habilidad profesional en un trabajo voluntario serio o un periodo de estudio durante el embarazo o al principio de la ma-

son dice en *Childhood and Society* (pág. 208) que: «El niño al crecer debe percibir, en cada fase, una estimulante sensación de realidad de la conciencia de que su manera individual de dominar la experiencia (la síntesis de su ego) es una variante muy válida de una identidad de grupo y está en consonancia con su espacio-tiempo y con su plan de vida. A estos niños no se les puede engañar con vacías adulaciones y con condescendientes expresiones de ánimo. Tal vez tengan que aceptar que se les estimule artificialmente la autoestima en lugar de otra cosa mejor, pero la identidad de su ego sólo se refuerza a través de un reconocimiento sincero y coherente de sus logros reales —es decir, a través logros que tienen un significado en la cultura.»

[3] Nanette E. Scofield, «Some Changing Roles of Women in Suburbia: A Social Anthropological Case Study», anales de la New York Academy of Sciences, vol. 22, 6 de abril de 1960.

ternidad, cuando no se puede realizar un trabajo a tiempo completo. Es un hilo conductor continuo, que mantiene vivo el trabajo, el estudio y los contactos en ese campo, en cualquier parte del país.

Las mujeres que yo encontré y que habían hecho y mantenido vivos compromisos a largo plazo de este tipo no padecían el malestar que no tiene nombre. Tampoco vivían de acuerdo con la imagen del ama de casa. Pero la música, el arte o la política no ofrecieron una solución mágica a aquellas mujeres que no quisieron o no pudieron comprometerse seriamente. Las «artes» son aparentemente, a primera vista, la respuesta ideal para una mujer. Al fin y al cabo, se pueden practicar en casa. No requieren necesariamente esa temida profesionalidad, son adecuadamente femeninas y ofrecen al parecer un espacio sin límites para el crecimiento y la identidad personales, sin necesidad de competir en la sociedad para ser remuneradas. Pero he observado que, cuando las mujeres no se toman la pintura o la cerámica lo suficientemente en serio como para convertirse en profesionales —para que les paguen por su trabajo o para enseñárselo a otras personas, así como para ser reconocidas como iguales por otros profesionales—, tarde o temprano dejan de mariposear; la pintura dominguera, la cerámica en los ratos de ocio, no aportan esa necesitada sensación de identidad cuando no tienen valor para nadie. La aficionada o la diletante cuyo propio trabajo no es lo suficientemente bueno para que nadie pague para oírlo o verlo o leerlo no adquiere un verdadero estatus a través de él en la sociedad, ni una identidad personal real. Éstos están reservados a aquellas personas que han hecho el esfuerzo y han adquirido el conocimiento y la pericia necesarios para convertirse en profesionales.

Por supuesto, surgen una serie de problemas prácticos a la hora de comprometerse en serio profesionalmente. Pero de alguna manera esos problemas sólo parecen insuperables para aquellas mujeres que siguen medio sumidas en los falsos dilemas y culpabilidades de la mística de la feminidad —o para aquellas cuyo deseo de «algo más» es sólo fantasía, y que no están dispuestas a hacer el esfuerzo necesario. Eran muchas las mujeres que me decían que el paso crítico para ellas era sencillamente ir por primera vez a la agencia de empleo de antiguas alumnas o enviar el formulario para sacarse el título de enseñante o arreglar citas con anteriores contactos laborales en la ciudad. Es sorprendente la de obstáculos y racionalizaciones que la mística de la feminidad puede inventarse para impedir que una mujer haga esa visita o escriba esa carta.

Una mujer de un barrio residencial conocida mía había trabajado en otra época en un periódico, pero estaba segura de que no podría volver a conseguir un trabajo de ese tipo; había estado demasiado tiempo apartada. Y, por supuesto, en realidad no podía dejar a sus hijos (que, para aquel entonces, estaban en la escuela todo el día). Resultó que cuando por fin se decidió a hacer algo al respecto, encontró un excelente puesto de trabajo en su antiguo campo después de tan sólo dos desplazamientos a la ciudad. Otra mujer, una trabajadora social del ámbito psiquiátrico, dijo que no podía aceptar un empleo normal de agencia, sólo trabajos voluntarios sin plazos, que pudiera llevar a cabo cuando le pareciera, porque no podía pagar a una mujer que le fuera a limpiar. De hecho, si hubiese contratado a una asistenta, cosa que muchas de sus vecinas estaban haciendo con mucho menos motivo, habría tenido que comprometerse al tipo de tareas que habrían constituido una verdadera prueba de su capacidad. Obviamente, esa prueba la asustaba.

Un gran número de amas de casa de los barrios residenciales abandonan o no se meten en una actividad voluntaria, artística o un empleo cuando lo que se necesita es precisamente un compromiso más serio. La líder de la PTA no se presentará a directora del consejo escolar. A la líder de la League of Women Voters le asusta pasar a formar parte de la dura corriente principal de su partido político. «Las mujeres no consiguen destacar en la política», dice. «No estoy dispuesta a ir a pegar sellos.» Por supuesto, le requeriría más esfuerzo conseguir un puesto político en su partido venciendo los prejuicios y la competencia de los varones.

Algunas mujeres aceptan un empleo pero no hacen el nuevo plan de vida necesario para ello. Entrevisté a dos mujeres competentes que estaban las dos aburridas de ser amas de casas y que consiguieron un empleo en el mismo instituto de investigación. Les encantaba su trabajo que les planteaba cada vez más desafíos y pronto las promocionaron. Pero, teniendo las dos entre treinta y cuarenta años de edad y después de diez años como amas de casa, su sueldo era muy pequeño. La primera mujer, que se dio claramente cuenta del futuro que le abría este trabajo, se gastó prácticamente todo el sueldo en pagar a una mujer de la limpieza que acudía tres veces a la semana. La segunda, que consideraba que su trabajo sólo estaba justificado si «ayudaba a los gastos familiares», no gastó ningún dinero en ayuda doméstica. Tampoco se planteó pedirle ni a su marido ni a sus hijos que la ayudaran con las tareas pesadas de la casa, ni ahorrar tiempo haciendo la compra por teléfono o mandando la ropa a la lavandería. Al cabo de un año de absoluto agotamiento, abandonó su trabajo. La primera mujer, que hizo todos los cambios y sacrificios necesarios en su ámbito doméstico, tiene hoy, a sus 38 años de edad, uno de los puestos de mayor responsabilidad en ese instituto y contribuye de manera sustancial a los ingresos de su familia, muy por encima de lo que le

paga a su asistenta a tiempo parcial. La segunda, después de dos semanas de «descanso», volvió a su antigua desesperación pero se ha convencido a sí misma de que será más «leal» con su marido y con sus hijos si encuentra un trabajo que pueda hacer en casa.

La imagen de la feliz ama de casa haciendo trabajo creativo en el hogar —pintando, esculpiendo, escribiendo— es uno de los semi-engaños de la mística de la feminidad. Hay hombres y mujeres que son capaces de hacerlo; pero cuando un hombre trabaja en casa, su mujer se ocupa de los niños para que no le molesten o lo que sea. Para una mujer no es tan fácil; si se plantea su trabajo en serio, con frecuencia tiene que encontrar algún lugar fuera de casa para hacerlo, pues de lo contrario corre el riesgo de convertirse en un ogro para sus hijos en su impaciente exigencia de privacidad. Su atención está dividida y su concentración se verá interrumpida, en su trabajo y como madre. Un trabajo serio de nueve a cinco, con una clara separación entre el ámbito profesional y el ámbito doméstico, requiere mucha menos disciplina y suele resultar menos solitario. Algunos de los estímulos y de las nuevas amistades que derivan de formar parte del mundo profesional pueden perderse en el caso de la mujer que trata de encajar su carrera dentro de los confines físicos de su vida de ama de casa.

Una mujer tiene que decir «no» a la mística de la feminidad muy claramente para mantener la disciplina y el esfuerzo que requiere cualquier compromiso profesional. Porque la mística no es un mero constructo intelectual. Hay mucha gente muy interesada, o que cree estar muy interesada, en la «Ocupación: sus labores». Por mucho tiempo que tarden las revistas femeninas, los sociólogos, los educadores y los psicoanalistas en corregir los errores que perpetúan la mística de la feminidad, una mujer tiene que enfrentarse a ellos ahora, y a los prejuicios, los temores erróneos y los dilemas innecesarios de los que se hacen eco su marido, sus amistades y vecinos, tal vez su pastor, sacerdote o rabino o la profesora del jardín de infancia de su criatura o el bienintencionado trabajador social de la clínica de orientación o sus propias e inocentes criaturas. Pero la resistencia, proceda de donde proceda, es mejor verla en su esencia.

Incluso la resistencia tradicional de la ortodoxia religiosa está hoy enmascarada a través de las técnicas de manipulación de la psicoterapia. A las mujeres de origen católico o judío ortodoxo no les es fácil romper con la imagen del ama de casa; está ensalzada en los cánones de su religión, en los supuestos de su propia infancia y de la de su marido y en las definiciones dogmáticas que su iglesia ofrece del matrimonio y de la maternidad. La facilidad con la que el dogma se puede disfrazar de principio psicológico de la mística puede verse en estas «Directrices de un

guión para debates con parejas casadas», de la oficina para la vida familiar de la archidiócesis de Nueva York. Tres o cuatro parejas casadas componen un panel y, tras ensayar con un «sacerdote moderador», son instruidas para hacer la pregunta: «¿Puede una mujer trabajadora constituir un desafío para la autoridad del marido?»:

> La mayoría de las parejas participantes están convencidas de que no hay nada raro ni malo en que la esposa trabaje [...]. No oponerse a esta idea. Sugerir en lugar de ser dogmático [...]. Las parejas del panel deben señalar que la recién casada que está contenta con un trabajo de nueve a cinco debería reflexionar sobre lo siguiente:
>
> a. Es posible que esté socavando sutilmente el sentido de vocación de su marido como proveedor de recursos y cabeza de familia. El competitivo mundo de los negocios puede inculcar en la joven esposa trabajadora actitudes y hábitos que le dificulten su adaptación al liderazgo de su marido [...].
>
> c. Al final de una jornada laboral, lo que tiene para ofrecerle a su marido es una mente y un cuerpo cansado en un momento en el que lo que él busca es el alegre estímulo y el fresco entusiasmo de su esposa [...].
>
> d. Para algunas recién casadas, la tensión de la doble tarea de mujer de negocios y ama de casa a tiempo parcial puede ser uno de los varios factores que contribuyen a la esterilidad...

Una mujer católica a la que entrevisté abandonó el Comité de dirección de la League of Women Voters cuando, además de enfrentarse al disgusto del sacerdote y de su propio marido, el psicólogo infantil dijo que las dificultades de su hija en la escuela se debían a su actividad política. «Para una mujer católica resulta más difícil mantenerse emancipada», me comentó. «Dejé todo aquello. Era mejor para todo el mundo implicado si me limitaba a ser una ama de casa.» En ese momento sonó el teléfono y tuve ocasión de escuchar sin quererlo pero con gran interés media hora de estrategia política de alto nivel, evidentemente no para la League sino para el Partido Demócrata local. La política «retirada» volvió a la cocina para acabar de preparar la cena y confesó que ahora realizaba su actividad política a escondidas en casa, «como una alcohólica o una drogadicta, pero tengo la sensación de que no puedo dejarlo».

Otra mujer, de tradición judía, abandonó su profesión médica cuando se convirtió en la esposa de un médico, dedicándose a criar a sus cuatro hijos. Su marido no se mostró demasiado contento cuando ella se puso a repasar para retomar sus exámenes de la carrera de medicina en el momento en el que el menor de sus hijos empezó a ir a la escuela. Mu-

jer tranquila y poco asertiva, realizó un esfuerzo casi increíble para conseguir su licencia después de 15 años de inactividad. Me dijo como disculpándose: «No puedes dejar de sentir interés sin más. Yo lo intenté, pero no pude.» Y confiesa que cuando la llaman por la noche por alguna urgencia, sale de casa con el mismo sentido de culpabilidad que si fuera a encontrarse con un amante.

Incluso para una mujer de tradición menos ortodoxa, el arma más poderosa de la mística de la feminidad es el argumento de que, trabajando fuera de casa, está rechazando a su marido y a sus hijos. Si, por cualquier razón, la niña se pone enferma o el marido tiene problemas propios, la mística de la feminidad, voces insidiosas en la comunidad e incluso la propia voz interior de la mujer condenarán su «rechazo» del rol de ama de casa. Es en ese momento cuando el compromiso de una mujer consigo misma y con la sociedad muere cuando estaba a punto de nacer o cae en vía muerta.

Una mujer me dijo que abandonó su trabajo en la televisión para convertirse en una «simple ama de casa» porque su marido de repente decidió que sus problemas en su propia profesión se debían a la incapacidad de ella para «desempeñar el rol femenino»; estaba tratando de «competir» con él; quería «llevar los pantalones». Ella, como la mayoría de las mujeres hoy en día, se mostró vulnerable a aquellas acusaciones —un psiquiatra lo denomina el «síndrome de culpabilidad de la mujer de carrera». Por ello empezó a dedicar todas las energías que un día había puesto en su trabajo a ocuparse de su familia —y a mostrar un molesto interés crítico por la carrera de su marido.

Sin embargo, en su tiempo libre en el barrio residencial, consiguió sin darle mucha importancia un enorme éxito local como directora de un grupo de teatro experimental. Esto, además de la crítica atención que le prestaba a la carrera de su marido, resultó mucho más destructivo para el ego de él y le supuso una irritación mucho más constante a él y a sus hijos que el trabajo profesional en el que ella competía impersonalmente con otros profesionales en un mundo alejado del hogar. Un día, cuando estaba dirigiendo un ensayo del grupo de teatro, a su hijo lo atropelló un automóvil. Se culpó del accidente y renunció al grupo de teatro, decidiendo esta vez definitivamente que se limitaría a ser una «simple ama de casa».

Inmediatamente, padeció un caso severo del malestar que no tiene nombre; su depresión y dependencia convirtió la vida de su marido en un infierno. Buscó ayuda psicoanalítica y, alejándose del enfoque no directivo de los psicoanalistas ortodoxos, su terapeuta prácticamente le ordenó que volviera al trabajo. Empezó a escribir una novela seria, por fin

con el tipo de compromiso que había eludido, incluso cuando tenía un trabajo. Absorbida por el libro, dejó de preocuparse por la carrera de su marido; sin darse cuenta, dejó de imaginar un segundo accidente cada vez que su hijo estaba fuera de su vista. A pesar de ello, aunque ya había llegado demasiado lejos para abandonar, a veces se preguntaba si no acabaría haciendo picadillo su matrimonio.

Contrariamente a lo que dicta la mística, su marido —que reaccionó ante el contagioso ejemplo de su compromiso o ante el espacio para respirar que el fin de su histérica dependencia les aportaba, o por razones propias independientes de todo aquello— se puso a trabajar en serio en el equivalente de esa novela en su propia carrera. Por supuesto, siguieron teniendo problemas, pero no los de siempre; cuando se liberaron de sus propias trampas, de alguna manera la relación que mantenían empezó de nuevo a crecer.

Aun así, en todo tipo de crecimiento hay riesgos. Conocí una mujer en mis entrevistas cuyo marido se había divorciado de ella al poco tiempo de ponerse ella a trabajar. Su matrimonio se había convertido en algo extremadamente destructivo. El sentido de identidad que la mujer alcanzó a través de su trabajo probablemente redujera su disposición a aceptar esa destrucción y tal vez precipitara el divorcio, pero también la capacitó mejor para sobrevivir.

No obstante, en otros casos, hubo mujeres que me dijeron que las violentas objeciones de sus maridos desaparecieron cuando tomaron finalmente la decisión y se pusieron a trabajar. ¿Habían magnificado las objeciones que pondría su marido para evadir ellas mismas la decisión? Los maridos a los que entrevisté en este mismo contexto se sorprendían a veces al sentir el «alivio» de dejar de ser el día y la noche en la vida de sus esposas; pasaban a ser objeto de menos crítica y de menos exigencias insaciables y ya no tenían que sentirse culpables de la insatisfacción de sus esposas. Como me dijo un hombre: «No sólo se ha aliviado la carga económica —y eso, francamente, es un alivio—, sino que toda la carga de la existencia parece más liviana desde que Margaret se puso a trabajar.»

Sin embargo, hay maridos cuya resistencia no se vence tan fácilmente. El marido que es incapaz de soportar que su esposa diga «no» a la mística de la feminidad suele estar él mismo bajo la seducción de la infantil fantasía de tener una madre siempre presente, o está tratando de revivir esa fantasía a través de sus hijos. Para una mujer es difícil decirle a semejante marido que no es su madre y que sus hijos estarán mejor sin su constante atención. Tal vez si se convierte más auténticamente en sí misma y se niega a seguir representando esa fantasía de él, el marido de

repente se despierte y vuelva a verla *a ella.* Y entonces tal vez se ponga a buscar otra madre.

Otro riesgo que corre la mujer cuando está tratando de liberarse de la trampa del ama de casa es la hostilidad de otras amas de casa. Del mismo modo que el hombre que evade el crecimiento en su propio trabajo está resentido contra el crecimiento de su esposa, la mujer que vive vicariamente a través de su marido y de sus hijos está resentida contra la mujer que tiene una vida propia. En las cenas, en la fiesta de la guardería o en el día de puertas abiertas de la PTA, una mujer que es algo más que una simple ama de casa puede esperarse unas cuantas puyas de sus vecinas del barrio residencial. Ya no tiene tiempo para estar de cháchara ante interminables tazas de café en el rincón del desayuno; ya no puede compartir con otras esposas esa cómoda ilusión de que «estamos todas en el mismo barco»; su mera presencia hace que el barco se tambalee. Y puede esperar que su hogar, su marido y sus criaturas tengan que someterse a una inspección que va más allá de la curiosidad habitual en busca del menor indicio de «malestar». Sin embargo, este tipo de hostilidad suele enmascarar una secreta envidia. La más hostil de las «felices amas de casa» puede ser la primera que le pida a su vecina que tiene una nueva carrera consejo sobre cómo avanzar ella.

Para la mujer que avanza, siempre hay una sensación de pérdida que acompaña el cambio: los viejos amigos, las tranquilizantes y familiares rutinas que se pierden, las nuevas que todavía no están claras. Es mucho más fácil para una mujer decir «sí» a la mística de la feminidad y no arriesgarse al dolor de avanzar, que tener la voluntad de hacer el esfuerzo. La «ambición» es tan necesaria como la propia capacidad, si es que está dispuesta a liberarse de la trampa del ama de casa. «Ambición», al igual que «carrera», es una palabra a la que la mística de la feminidad ha cargado con una connotación espantosa. Cuando Polly Weaver, editora de la sección *«Colleges* y carreras» de la revista *Mademoiselle,* hizo una encuesta en 1956 con 400 mujeres sobre el tema de la «ambición» y de la «competitividad»[4], la mayoría de ellas se sentían «culpables» de ser ambiciosas. Según las palabras de la señorita Weaver, trataban de «convertirlo en algo estimulante, no mundano y egoísta como comer. Nos sorprendimos [...] ante el número de mujeres que se empeñan en trabajar de la mañana a la noche en un empleo o para la comunidad o la parroquia, por ejemplo, pero que no quieren cobrar ni un centavo de ese trabajo. No quieren dinero, posición social, poder, influencia ni reconocimiento [...]. ¿Se están engañando a sí mismas estas mujeres?».

[4] Polly Weaver, «What's Wrong with Ambition?», *Mademoiselle,* septiembre de 1956.

La mística induce a las mujeres a renunciar a la ambición para sí mismas. El matrimonio y la maternidad son el objetivo; después de eso, se supone que las mujeres sólo han de ser ambiciosas para sus maridos y criaturas. Muchas mujeres que de hecho «se engañan a sí mismas» inducen al marido y a los hijos a alcanzar esa ambición propia no reconocida. Sin embargo, entre las mujeres que contestaron a la encuesta de *Mademoiselle,* muchas eran francamente ambiciosas —y no daba la sensación de que se lamentaran especialmente por ello.

> Las mujeres ambiciosas que han contestado a nuestro cuestionario tienen escasos remordimientos por haber tenido que renunciar a los buenos amigos de siempre, a las meriendas familiares en el campo y al tiempo libre para leer del que nadie habla. Han obtenido más que aquello a lo que han renunciado, según dicen, y citan nuevas amistades, el mundo más amplio en el que se mueven, los momentos de gran de crecimiento que han vivido trabajando con personas brillantes y con talento y, principalmente, la satisfacción de trabajar a plena máquina, resoplando y resonando como una olla a presión. De hecho, algunas mujeres ambiciosas felices hacen que las personas que las rodean —marido, hijos, colegas de trabajo— se sientan felices [...]. Una mujer muy ambiciosa tampoco es feliz delegando plenamente su prestigio en el éxito de su marido [...]. Para una mujer activa y ambiciosa, la ambición es el hilo conductor que recorre su vida desde el principio hasta el final, cuestionándola y capacitándola a ella para imaginar su vida como una obra de arte y no como una colección de fragmentos...

Para las mujeres a las que yo entrevisté y que habían sufrido y resuelto el malestar que no tiene nombre, satisfacer una ambición propia, enterrada desde hace mucho tiempo o totalmente nueva, trabajar a plena capacidad, tener una sensación de logro, era como encontrar la pieza que faltaba en el rompecabezas de sus vidas. El dinero que ganaban solía hacer las cosas más fáciles para toda la familia, pero ninguna de ellas mantenía que esto fuera la única razón por la que trabajaban, ni el principal beneficio que obtenían de ello. Habían recuperado esa sensación de estar completas y de ser plenamente parte del mundo —de «dejar de ser una isla para pasar a formar parte del continente». Sabían que aquello no era fruto sólo del trabajo, sino de una serie de cosas —su matrimonio, su hogar, sus criaturas, su trabajo, sus vínculos cambiantes y crecientes con la comunidad. Volvían a ser seres humanos y no «simples amas de casa». Aquellas mujeres eran las afortunadas. Algunas tal vez tuvieran

esa ambición por algún rechazo de la infancia, por una adolescencia de patito feo, por sentirse infelices en su matrimonio o por haberse divorciado o haber enviudado. Es al mismo tiempo una ironía y una acusación de la mística de la feminidad que con frecuencia obligaba a las infelices, a los patitos feos, a encontrarse a sí mismas, mientras que las chicas que encajaban en la imagen se convirtieron en amas de casa «felices» y adaptadas y nunca han averiguado quiénes son. Pero decir que esa «frustración» puede ser beneficiosa para una chica sería errar el tiro; dicha frustración no debería ser el precio de la identidad para una mujer, ni es en sí misma la clave. La mística ha impedido que tanto las chicas monas como las feas, que podían haber escrito poemas como Edith Sitwell, descubrieran sus propios dones; ha impedido que esposas felices e infelices, que podían haberse encontrado a sí mismas como lo hizo Ruth Benedict con la antropología, descubrieran jamás su propio campo. Y de repente la última pieza del rompecabezas encaja en su sitio.

Hay un elemento sin el cual ni siquiera la más frustrada encontró, salvo excepciones, la salida de la trampa. E, independientemente de cuál hubiera sido su experiencia de la infancia, independientemente de la suerte que hubiera tenido en el matrimonio, había un elemento que producía frustración en todas las mujeres de aquella época que trataban de adaptarse a la imagen del ama de casa. Había un elemento que compartían todas aquellas que conocí y que finalmente hallaron su camino.

La clave de la trampa es, por supuesto, la educación. La mística de la feminidad ha hecho que, para las mujeres, los estudios superiores resulten sospechosos, innecesarios e incluso peligrosos. Pero creo que la educación, y sólo la educación, ha salvado y puede seguir salvando a las mujeres estadounidenses de los peligros más graves de la mística de la feminidad.

En 1957, cuando me pidieron que diseñara un cuestionario para alumnas dirigido a mis propias compañeras de promoción del *college* quince años después de su graduación de Smith, aproveché la oportunidad, pensando que podría desmontar la creciente convicción de que los estudios volvían a las mujeres «masculinas», les dificultaba alcanzar la plenitud sexual y les causaba frustraciones y conflictos innecesarios. Descubrí que los críticos tenían razón a medias; los estudios eran peligrosos y frustrantes —pero sólo cuando las mujeres no los utilizaban.

De las 200 mujeres que contestaron a aquel cuestionario en 1957, el 89 por 100 eran amas de casa. Habían pasado por todas las frustraciones posibles que la educación puede provocar en las amas de casa. Pero cuando se les preguntaba: «¿Qué dificultades ha encontrado usted a la hora de desempeñar su rol como mujer? [...]. ¿Cuáles son las principales satisfacciones y frustraciones de su vida actual? [...]. ¿Cómo ha cambiado usted por dentro? [...]. ¿Cómo se siente al ir haciéndose mayor? [...]. ¿Qué le gustaría haber hecho de otra manera?...», descubrimos que su problema real, como mujeres, no se debía a su educación académica. En general, lamentaban una sola cosa: no haberse tomado los estudios lo suficientemente en serio, no haber planificado el aprovecharlos de manera seria.

Del 97 por 100 de aquellas mujeres que se casaron —normalmente unos tres años después de terminar el *college*— sólo el 3 por 100 se había divorciado; del 20 por 100 al que le había interesado otro hombre desde el matrimonio, la mayoría «no hicieron nada al respecto». Como madres, el 86 por 100 planificó los alumbramientos de sus criaturas y disfrutó de su embarazo; el 70 por 100 dio el pecho a sus bebés durante un periodo comprendido entre uno y nueve meses. Tuvieron más criaturas que sus madres (2,94 de media), pero sólo el 10 por 100 se había sentido «martirizado» en su calidad de madre. Aunque el 99 por 100 contestó que el sexo era sólo «un factor entre muchos» en su vida, ni sentían que la sexualidad fuera algo con lo que tuvieran que acabar cuanto antes ni estaban apenas empezando a sentir la satisfacción sexual de ser una mujer. Aproximadamente el 85 por 100 dijo que el sexo «mejora con la edad», pero también les parecía «menos importante de lo que solía ser». Compartían la vida con sus maridos «tan plenamente como puede hacerlo un ser humano con otro», pero el 75 por 100 admitía inmediatamente que no podían compartirlo todo.

La mayoría (el 60 por 100) no podía afirmar honradamente, al referir su principal ocupación como ama de casa, que le pareciera «totalmente satisfactoria». Sólo dedicaban por término medio unas cuatro horas diarias a las tareas domésticas y no las «disfrutaban». Tal vez fuera cierto que su nivel de estudios les hacía sentirse frustradas en su rol de amas de casa. Educadas académicamente antes de la era de la mística de la feminidad, muchas de ellas habían hecho frente a un corte radical de su identidad emergente a través de ese rol de ama de casa. Y sin embargo la mayoría de aquellas mujeres seguía creciendo dentro del marco de la condición de ama de casa de barrio residencial —tal vez debido a la autonomía, la sensación de propósito y el compromiso con valores más elevados que su educación le había inculcado.

Aproximadamente el 79 por 100 había encontrado alguna manera de perseguir los objetivos que la educación académica le había dado, principalmente dentro de los confines físicos de sus comunidades. A pesar de las viejas caricaturas de Helen Hokinson, su asunción de la responsabilidad comunitaria era, en general, un acto de madurez, un compromiso

que utilizaba y renovaba la fuerza de la identidad. Para aquellas mujeres, la actividad dentro de la comunidad siempre llevaba el sello de la innovación y de la individualidad más que del conformismo, de la búsqueda de un estatus o de la huida. Fundaron guarderías cooperativas en los barrios residenciales donde no existían; crearon comedores para adolescentes y bibliotecas en las escuelas donde los niños no leían sencillamente porque no había buenos libros. Crearon innovadores programas pedagógicos que acabaron integrándose al currículo. Una de ellas se implicó personalmente consiguiendo 13.000 firmas para un referéndum popular sobre la eliminación de la política del sistema escolar. Otra habló públicamente a favor de la eliminación de la segregación racial en las escuelas del Sur. Otra consiguió que los niños blancos acudieran a una escuela que practicaba *de facto* la segregación racial en el Norte. Otra consiguió que el órgano legislativo de un estado del Oeste aprobara una asignación presupuestaria para las clínicas de salud mental. Otra creó programas de arte en los museos para escolares en cada una de las tres ciudades en las que había vivido desde que se había casado. Otras iniciaron o dirigieron en los barrios residenciales grupos corales, teatros cívicos y grupos de estudio de la política exterior. El 30 por 100 de ellas participaban activamente en la política de partidos locales, en niveles que iban desde los comités hasta la asamblea legislativa del Estado. Más del 90 por 100 decía que leía el periódico a fondo todos los días y votaba con regularidad. Obviamente, nunca veían un programa de televisión durante el día y al parecer casi nunca jugaban al bridge ni leían revistas femeninas. De los libros que habían leído aquel año, entre 15 y 300 cada una, la mitad no eran *best-sellers*.

La mayoría de aquellas mujeres, que se acercaban a los cuarenta años de edad, no tenían reparos en decir que les estaban saliendo canas y que su «piel tenía un aspecto apagado y cansado», y a pesar de ello afirmar, sin lamentarse demasiado de la juventud perdida: «tengo una creciente sensación de realización, de serenidad y de fuerza interior», «me he convertido más en mi yo verdadero».

«¿Cómo ve usted su vida una vez que sus hijos se hayan hecho mayores?», se les preguntaba en el cuestionario. La mayoría de ellas (el 60 por 100) tenía planes concretos de trabajo o de estudio. Pensaban acabar por fin sus estudios, porque muchas de las que no tenían ambiciones de carrera en el *college* las tenían ahora. Unas pocas habían alcanzado «las profundidades de la amargura», habían estado «al borde de la desilusión y la desesperación» tratando de vivir como simples amas de casa. Otras pocas confesaron con añoranza que «llevar mi casa y criar a cuatro hijos en realidad no requiere ni mis estudios ni la capacidad que en otra época al parecer tuve. Ojalá pudiera combinar la maternidad con una carrera». Y las más apesadumbradas eran las que decían: «Nunca he llegado a descubrir qué tipo de persona soy. Desaproveché el *college* tratando de encontrarme en la vida social. Ahora pienso que ojalá me hubiese metido en algo con suficiente profundidad para tener una vida creativa propia.» Pero la mayoría sabía, ahora, quiénes eran y qué era lo que querían hacer; y el 80 por 100 lamentaba no haber planificado en serio *utilizar* su educación académica para un trabajo profesional. La valoración pasiva e incluso la participación activa en los asuntos de la comunidad ya no serían suficientes cuando sus hijos fueran un poco mayores. Muchas mujeres decían que estaban planteándose enseñar; afortunadamente para ellas, la gran necesidad de profesorado les daba una oportunidad para volver a subirse al tren. Otras preveían dedicar unos años a proseguir sus estudios antes de tener una cualificación en los campos que habían elegido.

Estas 200 graduadas de Smith tienen a sus equivalentes entre mujeres de todo el país, mujeres inteligentes y capaces que están luchando para liberarse de la trampa del ama de casa, o que en realidad nunca llegaron a caer en la trampa gracias a sus estudios. Pero estas graduadas de 1942 pertenecieron al grupo de las últimas mujeres estadounidenses con estudios antes de la mística de la feminidad.

En otro cuestionario al que contestaron casi 10.000 graduadas de Mount Holyoke en 1962 —con ocasión de su 125° aniversario— se puede observar el efecto de la mística en mujeres que cursaron estudios en las últimas dos décadas. Las alumnas de Mount Holyoke presentaban una tasa de matrimonio aproximadamente igual de alta y de divorcio igual de baja (2 por 100 en total). Pero antes de 1942, la mayoría se habían casado a los 25 o más tarde; después de 1942, la edad de contraer matrimonio cayó drásticamente y el porcentaje de aquellas que tenían cuatro o más hijos creció de manera espectacular. Antes de 1942, los dos tercios o más de las graduadas habían continuado sus estudios; esa proporción había ido cayendo lentamente. En las promociones recientes, eran pocas las que habían conseguido títulos superiores en artes, ciencias, derecho, medicina o pedagogía en comparación con el 40 por 100 de 1937. Un número radicalmente menor de ellas también compartía aparentemente la perspectiva más amplia de un compromiso nacional o internacional; la participación en los clubs de política local había caído al 12 por 100 ya en la promoción de 1952. A partir de 1942, pocas de las graduadas presentaban alguna afiliación profesional. La mitad de todas las alumnas de Mount Holyoke habían trabajado en algún momento, pero ya no estaban trabajando, principalmente porque habían elegido «el rol de ama de casa». Algu-

nas se habían reinsertado en el mercado laboral —para complementar la renta familiar y también porque les gustaba trabajar. Pero en las promociones de a partir de 1942, en las que la mayoría de las mujeres eran ahora amas de casa, prácticamente la mitad no tenía ninguna intención de volver a trabajar.

El área menguante del compromiso con el mundo fuera del ámbito doméstico a partir de 1942 es un claro indicio del efecto de la mística de la feminidad en las mujeres con estudios. Al haber visto el desesperado vacío, el sentimiento de «estar atrapada» de muchas mujeres jóvenes que se educaron bajo la mística para ser «una simple ama de casa», me doy cuenta de la importancia de la experiencia de mis compañeras de clase. Debido a su educación académica, muchas fueron capaces de combinar un compromiso serio propio con el matrimonio y la familia. Pudieron participar en las actividades de la comunidad que requerían inteligencia y responsabilidad, y avanzar, con unos pocos años de preparación, hacia el trabajo social o la enseñanza profesionales. Pudieron conseguir empleos como profesoras suplentes o como trabajadoras sociales a tiempo parcial para financiar los cursos que necesitaban para titularse. Con frecuencia habían crecido hasta el punto en el que ya no querían volver a los campos en los que habían trabajado después del *college,* e incluso podían adentrarse en un nuevo campo gracias al núcleo de autonomía que su educación académica les había inculcado.

Pero ¿qué hay de las jóvenes de hoy que nunca han tenido ocasión de probar la educación superior, que abandonaron el *college* para casarse o que contaban las horas en las aulas a la espera de que apareciera su «príncipe azul»? ¿Qué harán a los 40? Las amas de casa de todos los barrios residenciales y ciudades están demandando más estudios hoy en día, como si un curso, cualquier curso, les pudiera dar la identidad que andan buscando. Pero los cursos que hacen, y los cursos que se les ofrecen, raramente tienen como fin un uso real de la materia en la sociedad. Todavía más que la educación académica de la que se evadió a los 18 años de edad a través de la fantasía sexual, la educación que una mujer puede recibir a los 40 está impregnada, contaminada, diluida por la mística de la feminidad.

Distintos cursos para aprender a jugar al golf, al bridge, a tejer alfombras de nudo, a cocina para gourmets, a coser, están orientados, supongo yo, a que esos conocimientos los utilicen en la práctica unas mujeres que permanecen dentro de la trampa del ama de casa. Los cursos denominados intelectuales que se ofrecen en los centros de educación para adultos habituales —cursos de iniciación al arte, de cerámica, de escritura de relatos cortos, de francés conversacional, de grandes libros, de

astronomía en la era espacial— sólo buscan el «enriquecimiento personal». El estudio, el esfuerzo, incluso los deberes que hay que hacer en un compromiso a largo plazo son aspectos que no se esperan de un ama de casa.

De hecho, muchas mujeres que cursan esas materias necesitan desesperadamente unos estudios serios; pero si nunca han tenido ocasión de saber lo que es, no saben cómo ni dónde buscarlos, y ni siquiera comprenden que tantos cursos de educación para adultos resulten insatisfactorios sencillamente porque no son serios. La dimensión de realidad esencial, incluso para un «enriquecimiento personal», queda excluida, casi por definición, de un curso diseñado específicamente para «amas de casa». Esto es cierto, aun cuando la institución que imparte el curso sea de máximo nivel. Recientemente, Radcliffe anunció la creación de un «Instituto para esposas de ejecutivos» (al que supuestamente seguirá un «Instituto para esposas de científicos», un «Instituto para esposas de artistas» o un «Instituto para esposas de profesores de *college*»). La esposa del ejecutivo o la esposa del científico, a sus 35 o 40 años de edad, cuyos hijos están todos en la escuela, no va a recibir la ayuda que necesita en su camino hacia su nueva identidad aprendiendo a participar con un conocimiento más detallado y de forma vicaria en el mundo de su marido. Lo que necesita es que la formen para realizar un trabajo creativo propio.

Entre las mujeres que entrevisté, la educación académica era la clave del malestar que no tiene nombre sólo si formaba parte de un nuevo plan de vida y si la intención era utilizarla de manera seria en la sociedad, ya fuera profesionalmente o como aficionada. Sólo podían encontrar este tipo de educación en los *colleges* y universidades oficiales. A pesar de la ilusión generada por la mística de la feminidad en las chicas y en sus educadores, unos estudios abandonados a los 18 o los 21 son mucho más difíciles de realizar a los 31, a los 38 o a los 41, tratándose de una mujer que tiene marido, tres o cuatro hijos y una casa que atender. En el *college* o en la universidad, tendrá que hacer frente a los prejuicios que ha creado la mística de la feminidad. Independientemente de lo breve que haya sido su ausencia del campo de prácticas académico, tendrá que demostrar una y otra vez que su propósito es serio para ser readmitida. Entonces tendrá que competir con las ingentes hordas de jóvenes que ella y otras como ella han sobreproducido en esta era. No es fácil para una mujer adulta ir a cursos dirigidos a adolescentes, ser tratada como una adolescente otra vez, tener que demostrar que merece que se la tome tan en serio como a una adolescente. Una mujer tiene que poner en juego un gran ingenio y soportar mucho rechazo y muchas desilusiones,

para encontrar unos estudios que respondan a sus necesidades, y también tiene que encajarlos en el resto de sus responsabilidades como esposa y madre.

Una mujer a la que entrevisté, que nunca había ido al *college,* decidió, tras pasar por la psicoterapia, realizar dos cursos anuales en una universidad cercana que, afortunadamente, tenía un turno de noche. Al principio no tenía ni idea de adónde la llevaría aquello, pero al cabo de dos años, decidió especializarse en historia y prepararse para enseñarla en el instituto. Sacaba buenas notas aunque a menudo se impacientaba con aquel ritmo tan lento y con la cantidad de tareas que tenía que hacer. Pero al menos, estudiar con un propósito la hacía sentirse mejor que cuando solía leer historias de misterio o revistas en el parque donde jugaban los niños. Sobre todo, la estaba llevando a algo real para el futuro. Pero al ritmo de dos cursos al año (que entonces costaban 420 dólares, y dos noches por semana de clases), habría tardado 10 años en conseguir la licenciatura. El segundo año, no le sobraba el dinero y sólo pudo matricularse en un curso. No podía solicitar un préstamo para estudiantes a menos que se matriculara a tiempo completo, cosa que no podía hacer hasta que el menor de sus hijos no empezara la primaria. A pesar de todo, consiguió aguantar de aquella manera durante cuatro años, al tiempo que observaba que cada vez más amas de casa de sus clases abandonaban los estudios por cuestiones de dinero o porque «todo aquello iba a llevarles demasiado tiempo».

Luego, cuando su hijo menor estuvo en primero, se matriculó como estudiante a tiempo completo en el *college* normal, donde el ritmo era todavía más lento porque los estudiantes eran «menos serios». No pudo soportar la idea de los años que le iba a llevar alcanzar una maestría (titulación que necesitaría para enseñar historia en los institutos de aquel Estado), por lo que se pasó a una especialización en magisterio. Desde luego no habría continuado aquellos estudios caros y tortuosos si, para entonces, no hubiese tenido un plan de vida claro para utilizarlos, un plan que los necesitara. Tras centrarse en la enseñanza elemental, consiguió un préstamo de la administración para pagar parte de su matrícula ordinaria (que superaba ahora los 1.000 dólares anuales), y con ello en dos años habrá terminado.

Incluso frente a tan enormes obstáculos, son cada vez más las mujeres que, prácticamente sin ayuda por parte de la sociedad y con el estímulo tardío y resentido de los propios educadores, están volviendo a los centros de enseñanza a cursar los estudios que necesitan. Su determinación delata la fuerza humana infravalorada de las mujeres y su urgente necesidad de utilizarla. Pero sólo las más fuertes, después de casi veinte años de mística de la feminidad, pueden avanzar por sí mismas. Porque no se trata tan sólo del problema privado de cada mujer individual. Hay implicaciones de la mística de la feminidad a las que hay que enfrentarse a escala nacional.

El malestar que no tiene nombre —que es sencillamente el hecho de que a las mujeres estadounidenses se les impide crecer en la medida de sus capacidades humanas plenas— está cobrándose un peaje mucho mayor sobre la salud física y mental de nuestro país que cualquier otra enfermedad. Consideremos la elevada incidencia de los derrumbamientos emocionales de las mujeres en las «crisis de rol» entre los veinte y los treinta y entre los treinta y los cuarenta años de edad; el alcoholismo y los suicidios entre los cuarenta y los cincuenta, y entre los cincuenta y los sesenta; la monopolización por parte de las amas de casa del tiempo de los médicos. Consideremos la preponderancia de los matrimonios adolescentes, la creciente tasa de embarazos ilegítimos y, lo que es todavía más grave, la patología de la simbiosis madre-criatura. Consideremos la alarmante pasividad de las y los adolescentes estadounidenses. Si seguimos produciendo millones de madres jóvenes que detienen su crecimiento y sus estudios sin haber alcanzado su identidad, sin un núcleo fuerte de valores humanos que transmitir a sus hijos e hijas, estamos cometiendo, sencillamente, un genocidio, que empieza con el entierro colectivo de las mujeres estadounidenses y acaba con la progresiva deshumanización de sus retoños.

Estos problemas no los puede resolver la medicina, ni siquiera la psicoterapia. Necesitamos reformar drásticamente la imagen cultural de la feminidad de modo que ésta permita a las mujeres alcanzar la madurez, la identidad, la plenitud del ser, sin conflicto con su plenitud sexual. Es preciso que los educadores y los padres —y los sacerdotes, los editores de revistas, los manipuladores y los asesores orientadores— hagan un esfuerzo masivo por detener la tendencia al matrimonio temprano, por evitar que las chicas dejen de crecer porque quieren ser una «simple ama de casa», evitarlo insistiendo, con la misma atención que esos padres y educadores dan a partir de la infancia a los niños varones, en que las niñas desarrollen los recursos de la individualidad, unos objetivos que les permitirán encontrar su propia identidad.

Por supuesto, a un educador no le es más fácil decir «no» a la mística de la feminidad que a cualquier mujer, sea niña o adulta. Incluso los educadores más avanzados, seriamente preocupados por las desesperadas necesidades de las amas de casa con los restos de su vida entre las manos, vacilan a la hora de detener la oleada de matrimonios tempranos. Se han visto intimidados por los oráculos del psicoanálisis de divulga-

ción y siguen temblando de culpabilidad con el mero pensamiento de interferir en la realización sexual de una mujer. El argumento de retaguardia que ofrecen los oráculos que, en algunos casos, se hallan en los propios campus de los *colleges,* es que, puesto que la vía principal hacia la identidad para una mujer es el matrimonio y la maternidad, unos intereses o compromisos serios con respecto a la educación académica que puedan entrar en conflicto con su rol como esposa y madre deben posponerse hasta que haya superado la edad fértil. Esta advertencia la hizo en 1962 una consultora psiquiátrica de la Universidad de Yale —que se había planteado admitir a las mujeres en los mismos estudios universitarios que impartía a los varones.

> Muchas mujeres jóvenes —cuando no la mayoría— al parecer son incapaces de mantener unos intereses intelectuales futuros a largo plazo hasta que han superado las fases más básicas de su propio crecimiento sano como mujeres [...]. Para realizarlo adecuadamente, el trabajo de la madre a la hora de criar a los hijos y de conformar la vida de su familia debería acaparar todos los recursos de las mujeres, los emocionales y los intelectuales, y sobre todo sus habilidades. Cuanto mejor sea su formación, más oportunidades tendrá de realizar bien el trabajo, siempre y cuando no haya en su camino obstáculos emocionales: es decir, siempre y cuando haya sentado una buena base para el desarrollo de una feminidad adulta, y que durante el transcurso de su educación superior no esté sometida a presiones que afecten adversamente a dicho desarrollo [...]. Imponerle objetivos que entran en conflicto, subrayarle que una carrera y una profesión en el mundo masculino deberían ser el primer elemento a considerar a la hora de planificar su vida, puede afectar adversamente el desarrollo pleno de su identidad [...]. De todas las libertades sociales que conquistaron sus abuelas, valora ante todo la libertad de ser una mujer sana y realizada, y no quiere sentirse culpable ni en conflicto por ello [...]. Esto significa que, en el contexto del matrimonio, pueden realizar trabajos duros, pero raras veces «carreras»...[5].

La cuestión es que una muchacha que desperdicia —porque los desperdicia— sus años de *college* sin adquirir intereses serios, y después desperdicia sus primeros años laborales pasando el tiempo mientras encuentra a su hombre, está jugando peligrosamente con las posibilidades de desarrollar una identidad propia, así como con las posibilidades de realizarse sexualmente y de gozar de una maternidad plenamente aceptada. Los educadores que animan a una mujer a postponer el desarrollo de intereses más elevados hasta que sus hijos sean mayores están haciendo que a ella le resulte prácticamente imposible adquirir dichos intereses. Para una mujer que se ha definido a sí misma enteramente como esposa y madre durante diez o quince o veinte años, no resulta tan fácil encontrar una nueva identidad a los treinta y cinco, a los cuarenta o a los cincuenta. Aquellas que son capaces de hacerlo son, por decirlo francamente, las que se comprometen en serio con sus estudios anteriores, las que en algún momento quisieron tener una carrera o la ejercieron, las que aportan al matrimonio y a la maternidad un sentido de su propia identidad —y no las que de alguna manera esperan alcanzarla más adelante. Un estudio reciente con cincuenta mujeres graduadas de *college* en un barrio residencial y en una ciudad del Este del país, realizado al año siguiente de que el hijo mayor hubiese salido de la casa familiar, puso de manifiesto que, con muy pocas excepciones, las únicas mujeres que tuvieran algún interés que quisieran perseguir —a través de un trabajo, de actividades para la comunidad o de las artes— lo habían adquirido en el *college*. Aquellas que carecían de intereses de este tipo no los estaban adquiriendo entonces; dormían hasta tarde en sus «nidos vacíos» y sólo esperaban el momento de morir[6].

[5] Edna G. Rostow, «The Best of Both Worlds», *Yale Review,* marzo de 1962.

[6] Ida Fisher Davidoff y May Elish Markewich, «The Postparental Phase in the Life Cycle of Fifty College-Educated Women», tesis doctoral inédita, Teachers College, Columbia University, 1961. Aquellas 50 mujeres con estudios habían sido amas de casa y madres a jornada completa durante los años en los que sus hijos estaban escolarizados. Al abandonar el hijo más joven el hogar, entre las mujeres que padecían un profundo malestar porque no tenían intereses profundos fuera del hogar, se encontraban unas pocas que de hecho presentaban una capacidad y unos logros notables; aquellas mujeres habían dirigido trabajos comunitarios pero se sentían como si fueran «farsantes», «fraudes», porque se habían ganado el respeto «por un trabajo que podría hacer un niño de diez años». La propia orientación de los autores, pertenecientes la escuela del ajuste funcional, les induce a deplorar el hecho de que la educación les hubiera dado a aquellas mujeres unos objetivos «poco realistas» (un número sorprendente de ellas, que ahora tenían entre 50 y 70 años de edad, seguían lamentando no haberse hecho médicas). Sin embargo, aquellas mujeres que habían perseguido unos intereses —que en todos los casos se habían despertado en el *college*— y que en aquel momento estaban trabajando o intervenían en política o en las artes, no se sentían como «farsantes», y ni siquiera habían padecido el supuesto malestar de la menopausia. A pesar de la angustia que vivían las que carecían de ese tipo de intereses, ninguna de ellas, después de los años fértiles, quería regresar a sus estudios; sencillamente les quedaban demasiados pocos años para justificar el esfuerzo. Así que se mantuvieron en su «rol femenino», haciendo de madres de sus propios padres mayores u ocupándose de animales de compañía, plantas o sencillamente «de otras personas, a modo de *hobby*», que ocupaban el lugar de sus hijos.

Los educadores de cada *college* femenino, de cada universidad, de cada *college* junior o local, deben hacer todo lo posible para que las mujeres se comprometan para el resto de su vida (ya sea a través de un «plan de vida», de una «vocación» o de un «propósito de vida» si es que esa denostada palabra de *carrera* tiene demasiadas connotaciones vinculadas con la soltería) con un campo de pensamiento, con un trabajo verdaderamente importante para la sociedad. Deben esperar tanto de las chicas como de los chicos que se tomen algún campo lo suficientemente en serio como para querer ahondar en él para el resto de su vida. Esto no significa abandonar la educación liberal para las mujeres en beneficio de cursos profesionales para aprender el «cómo» de las cosas. La educación liberal, tal como se imparte en los mejores *colleges* y universidades, no

Es interesante la interpretación de las dos educadoras especialistas en vida familiar (que a su vez cuando fueron un poco mayores se hicieron asesoras matrimoniales profesionales): «Para aquellas mujeres de nuestro grupo que tenían elevadas aspiraciones o unas importantes dotes intelectuales o ambas cosas, la discrepancia entre algunos de los valores subrayados en nuestra sociedad orientada al éxito y al logro y las oportunidades reales que se les presentan a las mujeres mayores y sin una formación resultaba especialmente alarmante [...]. La puerta que se le abría a una mujer con una habilidad determinada se le cerraba a otra que no tenía formación, aunque se planteara intentar encontrar un lugar para ella en el mercado del empleo remunerado. Sin embargo, aparentemente la mayoría era consciente de los obstáculos existentes en la realidad de la situación laboral. No se sentían ni preparadas para el tipo de trabajo que les pudiera resultar atractivo ni dispuestas a invertir el tiempo ni la energía necesaria para una formación, en vista del limitado número de años activos que tenían por delante [...]. Había que manejar la falta de presión resultante de su escasa responsabilidad [...]. Al haberse terminado la tarea fundamental de la maternidad, daba la sensación de que se reducían las satisfacciones que aportaban el trabajo voluntario, que antes había sido una vía de expresión secundaria [...]. Las actividades culturales de los barrios residenciales eran limitadas [...]. Incluso en la ciudad, la educación para adultos [...] daba la sensación de ser una "ocupación inútil" que no conducía a ninguna parte [...]. Por ello, algunas personas se quejaban de algunas cosas: "Es demasiado tarde para desarrollar una nueva habilidad que conduzca a una carrera." "Si hubiese perseguido algún tema en concreto, habría utilizado mi potencial plenamente."» Pero las autoras observan con tono de aprobación que «la amplia mayoría en cierto modo se ha ajustado a su lugar en la sociedad»: «Debido a que nuestra cultura les exige a las mujeres ciertas renuncias en cuanto a su actividad y limita su abanico de participación en la corriente de la vida, en este punto ser mujer parecería más bien una ventaja que un inconveniente. Durante toda su vida, como mujer, le habían fomentado que fuera sensible a los sentimientos y a las necesidades de los demás. Su vida, en momentos estratégicos, había exigido abnegación. Había tenido amplias oportunidades para "ensayar" esta última renuncia [...] de una larga lista de renuncias que habían empezado muy pronto en su vida. Toda su vida de mujer le había ido dando una habilidad que ahora era libre de utilizar plenamente sin necesitar mayor preparación...»

sólo forma la mente sino que proporciona un núcleo indeleble de valores humanos. Pero la educación liberal debe planificarse para un uso serio, no simplemente para un uso diletante o una apreciación pasiva. Del mismo modo que los chicos en Harvard, Yale, Columbia o Chicago pasan del tronco de artes liberales a estudiar arquitectura, medicina, derecho o ciencias, es preciso animar a las chicas a que sigan adelante, a que hagan un plan de vida. Se ha demostrado que las chicas con este tipo de compromiso tienen menos prisa por correr al matrimonio, menos pánico ante la necesidad de encontrar a un hombre y son más responsables de su comportamiento sexual[7]. La mayoría de ellas se casa, por supuesto, pero sobre una base mucho más madura. En esos casos sus matrimonios no son una vía de escape sino un compromiso compartido por dos personas que se convierte en parte de su compromiso consigo mismas y con la sociedad. Si, de hecho, las chicas reciben una educación que las induzca a asumir este tipo de compromiso, la cuestión del sexo y de cuándo casarse perderá su abrumadora importancia[8]. Es el hecho de que las mujeres no tengan una identidad propia el que hace que el sexo, el amor, el matrimonio y los hijos parezcan ser los únicos hechos esenciales en la vida de una mujer.

Frente a la mística de la feminidad con sus poderosos instrumentos ocultos de disuasión, los educadores deben darse cuenta de que no pueden inspirar a las jóvenes mujeres un compromiso serio con su propia educación académica sin tomar algunas medidas extraordinarias. Los pocos intentos que se han hecho hasta la fecha apenas abordan el problema. El nuevo Institute for Independent Study de Mary Bunting, en Radcliffe, está muy bien para aquellas mujeres que ya saben lo que quieren hacer, que han proseguido sus estudios hasta el doctorado o que ya son activas en las artes y que sólo necesitan tomarse algún respiro de la maternidad para volver a la corriente principal. Lo que es todavía más importante es que la presencia de esas mujeres en el campus, mujeres que

[7] Nevitt Sanford, «Personality Development During the College Years», *Journal of Social Issues,* 1956, vol. 12, núm. 4, pág. 36.

[8] El revuelo que se produjo en la opinión pública en la primavera de 1962 acerca de la virginidad sexual de las chicas de Vassar es un ejemplo ilustrativo de ello. Me da la sensación de que la auténtica pregunta, desde el punto de vista del educador, es saber si estas chicas estaban alcanzando a través de su educación los objetivos serios para la existencia que sólo una educación puede darles. Si son responsables de su comportamiento sexual y se puede confiar en ellas en este sentido. La presidenta Blanding, de hecho, desafío la mística diciendo con atrevimiento que si las chicas no estaban en el *college* para recibir una educación, más valía que se marcharan. El hecho de que su afirmación causara tanto revuelo es una prueba del alcance de la educación sexista.

tienen criaturas y maridos y que aun así están profundamente comprometidas con su propio trabajo, sin duda ayudará a borrar la imagen de la mujer de carrera soltera y proyectarla a algunas de las estudiantes de segundo curso de Radcliffe fuera del «clima de nula expectativa»* que les permite alcanzar el nivel más elevado de excelencia académica de la nación para luego utilizarlo exclusivamente en el matrimonio y la maternidad. Esto es lo que Mary Bunting tenía en mente. Y se puede hacer en otros lugares, de maneras todavía más sencillas.

Sería conveniente que todos los *colleges* y universidades que quieran animar a las mujeres a que cursen unos estudios serios reclutaran para sus facultades a todas las mujeres que puedan encontrar que han compaginado el matrimonio y la maternidad con la vida intelectual —incluso cuando ello signifique darles permisos de maternidad o romper la vieja regla de no contratar a la esposa del profesor asociado, aunque ésta tenga su propio y respetable título de maestría o de doctorado. En cuanto a las mujeres académicas que no estén casadas, es preciso dejar de tratarlas como si fueran leprosas. La verdad pura y simple es que se han tomado su existencia en serio, y han realizado plenamente su potencial humano. Es muy posible, y con frecuencia es un hecho, que otras mujeres que viven de acuerdo con la imagen de la opulenta unidad pero que se han sacrificado, las envidien. Las mujeres, tanto como los hombres, que están arraigadas en el trabajo humano están arraigadas en la vida.

Es ante todo esencial que los propios educadores digan «no» a la mística de la feminidad y se enfrenten al hecho de que el único interés de educar a las mujeres es educarlas hasta el límite de su capacidad. Las mujeres no necesitan cursos de «matrimonio y familia» para casarse y crear familias; no necesitan cursos de tareas domésticas para crear hogares. Pero deben estudiar la ciencia, descubrir en la ciencia; deben estudiar el pensamiento del pasado para crear nuevo pensamiento; deben estudiar la sociedad para ser pioneras en la sociedad. Los educadores también deben renunciar a estos compromisos de «cada cosa a su tiempo». La organización en capas independientes de «los estudios», «el sexo», «el matrimonio», «la maternidad», «los intereses para el último tercio de la existencia», no resolverán la crisis de rol. Las mujeres deben ser educadas hacia una nueva integración de los roles. Cuanto más se fomente que

* Traducción de la expresión original inglesa «climate of inexpectation», que utilizó la directora del Instituto de Estudios Independientes en cuestión en referencia a que entonces se daba por supuesto que las mujeres, independientemente de su nivel de formación o de estudios, no eran capaces de realizar nada que tuviera cierta trascendencia profesional. *[N. de la T.]*

diseñen este nuevo plan de vida —conciliando un compromiso serio y para toda la vida con la sociedad con el matrimonio y la maternidad—, menos frustraciones y conflictos innecesarios sentirán como esposas y madres y menos elecciones equivocadas a falta de una imagen plena de la identidad de la mujer harán sus hijas.

Me di perfecta cuenta de esto investigando la prisa de las muchachas estudiantes de *college* por casarse a edad temprana. Las pocas que no tenían ese agobio desesperado por «conseguir marido» y que se comprometían con intereses serios a largo plazo —obviamente sin preocuparse de que por ello perderían su «feminidad»— tenían casi todas madres, u otras imágenes privadas de mujeres, que estaban comprometidas con algún propósito serio. («Mi madre es maestra», «La mejor amiga de mi madre es médica; siempre da la sensación de estar tan ocupada y tan feliz».)

Los estudios en sí mismos pueden ayudar a proporcionar esta nueva imagen —así como encender en las chicas la chispa para que creen la suya propia— en cuanto deje de transigir y de contemporizar con la vieja imagen del «rol de la mujer». Tanto para las mujeres como para los hombres, la educación académica es y debe ser la matriz de la evolución humana. Si las mujeres estadounidenses de hoy día están por fin liberándose de la trampa del ama de casa en busca de una nueva identidad, es sencillamente porque tantas mujeres han tenido ocasión de probar la educación superior —una prueba incompleta, sin orientarse a nada concreto, pero aun así lo suficientemente poderosa para incitarlas a seguir.

Porque esa última y fundamental batalla *puede* librarse en la mente y en el espíritu de la propia mujer. Aun careciendo de una imagen privada, muchas chicas en Estados Unidos que han recibido una educación académica sencillamente como personas tuvieron una percepción lo suficientemente fuerte de sus posibilidades humanas como para desarrollarlas superando la vieja feminidad, superando esa búsqueda de seguridad en el amor de un hombre, para encontrar una nueva identidad. Una graduada de Swarthmore, que comenzaba su periodo de prácticas, me dijo que, al principio, cuando sentía que cada vez se estaba haciendo más «independiente» en el *college*, le preocupaba mucho el tema de salir con chicos y de casarse, y quería «cazar a un chico». «Intenté resignarme a ser femenina. Luego me interesó lo que estaba haciendo y deje de preocuparme», dijo.

> Es como si hubieses hecho algún tipo de cambio. Empiezas sintiendo tu competencia cuando haces cosas. Como un bebé que aprende a caminar. Tu mente empieza a expandirse. Encuentras tu propio

campo. Y eso es algo maravilloso. El amor por el trabajo bien hecho y la sensación de que ahí hay algo y que puedes confiar en ello. Compensa todos los sinsabores. Dicen que el hombre tiene que sufrir para crecer, y tal vez algo parecido tenga que pasarles a las mujeres. Dejas de tener miedo a ser tú misma.

Es preciso tomar medidas drásticas para reeducar a aquellas mujeres a las que la mística de la feminidad engañó o estafó. Muchas de las mujeres a las que yo entrevisté, que se sentían «atrapadas» como amas de casa han empezado en los últimos años a liberarse de la trampa. Pero hay otras tantas que están dando marcha atrás, porque no descubrieron a tiempo lo que querían hacer o porque no fueron capaces de encontrar una manera de hacerlo. Prácticamente en todos los casos, utilizar los recursos educativos existentes requería demasiado tiempo, demasiado dinero. Pocas amas de casa pueden permitirse estudiar a tiempo completo. Incluso si el *college* las admite a tiempo parcial —y muchos no lo harán— son pocas las mujeres que consiguen aguantar la lentitud del ritmo de los estudios universitarios de *college* habituales que se extienden a lo largo de 10 o más años. En la actualidad algunas instituciones están dispuestas a apostar por las amas de casa, pero ¿seguirán estándolo cuando la marea de sus retoños que estudiarán en el *college* alcance su nivel más alto? Los programas piloto que se han iniciado en el Sarah Lawrence y en la Universidad de Minnesota empiezan a señalar el camino, pero no abordan el problema temporal y económico que, para tantas mujeres, es el que no consiguen resolver.

Lo que hace falta ahora es un programa de educación nacional, semejante al *GI bill**, para aquellas mujeres que quieran proseguir o retomar su educación académica —y que estén dispuestas a comprometerse a aprovecharla para el desempeño de una profesión. Una ley de este tipo facilitaría a mujeres debidamente cualificadas el pago de las matrículas y un subsidio adicional para hacer frente a otros gastos tales como los libros de texto, los desplazamientos e incluso, en caso necesario, una ayuda para las tareas domésticas. Una medida de este tipo costaría mucho menos que el *GI bill*. Permitiría que las madres utilizaran los recursos educativos existentes a tiempo parcial y pudieran estudiar y llevar a cabo proyectos de investigación individuales en casa durante los años en los que no pudieran asistir regularmente a clase. Todo el concepto de la educación de las mujeres se reorientaría, pasando de los cuatro años de *college* a un plan de vida en función del cual una mujer podría proseguir

* Véase nota del capítulo 8, pág. 236. *[N. de la T.]*

su educación académica sin que ello entrara en conflicto con su matrimonio, su marido o sus criaturas.

Los veteranos de la Segunda Guerra Mundial, a los que el conflicto había hecho madurar, necesitaron estudios académicos para encontrar su identidad en la sociedad. Como no estaban para perder el tiempo, sorprendieron a sus profesores y se sorprendieron a sí mismos por sus resultados académicos. Cabe contar con que las mujeres que han madurado durante la moratoria de su servicio como amas de casa obtendrán los mismos resultados. Su desesperada necesidad de educación y la desesperada necesidad de esta nación de las reservas sin explotar de inteligencia femenina en todas las profesiones justifican estas medidas de emergencia[9].

Para aquellas mujeres que no fueron al *college,* o que lo abandonaron demasiado pronto, para aquellas que no están interesadas en su campo anterior o que nunca se tomaron en serio su educación, yo sugeriría en primer lugar una reinmersión intensiva y concentrada, sencillamente en materia de humanidades —sin compendios ni selecciones como las que se prevén para estudiantes de primer o segundo curso, sino un estudio intensivo como los experimentos pedagógicos que ha llevado a cabo la compañía telefónica Bell o la Ford Foundation para jóvenes ejecutivos que se habían acomodado tan completamente al rol de hombre de empresa que no tenían las competencias de iniciativa y visión que se requerían en los puestos ejecutivos de mayor responsabilidad. Para las mujeres, esto podría hacerse a través de un programa nacional, siguiendo las líneas del movimiento danés de los institutos populares, que empezaría por volver a atraer a las amas de casa a la corriente principal del pensamiento con un curso intensivo de verano de seis semanas, una especie de «terapia de choque» intelectual. Contaría con una subvención para que pudiera salir de casa y alojarse en la residencia de un *college,* que no tiene otro uso en verano. O también podría ir a un centro metropolitano, para un programa igualmente intensivo en el verano, de cinco días a la semana durante seis u ocho semanas, previéndose igualmente un campamento de día para sus hijos.

[9] La imposibilidad de realizar estudios de medicina, ciencia y derecho a tiempo parcial y de realizar prácticas a tiempo parcial en las principales universidades ha impedido que muchas mujeres con grandes capacidades lo intentaran. Pero en 1962, la Harvard Graduate School of Education [Escuela Universitaria de Magisterio de Harvard] derribó esta barrera para incitar a las amas de casa más capacitadas a que se hicieran profesoras. En Nueva York también se anunció un plan que, teniendo en cuenta las responsabilidades de la maternidad, permitía a las médicas realizar a tiempo parcial su residencia para la especialización en psiquiatría y su trabajo de postgrado.

Supongamos que este tratamiento pedagógico de choque despertara en mujeres capaces propósitos que requirieran el equivalente de un programa de *college* de cuatro años de duración conducente a una ulterior formación para el ejercicio de profesión. Este programa de *college* podría completarse en cuatro años o menos, sin tener que asistir a clase a tiempo completo, mediante una combinación de esos periodos de verano y lecturas recomendadas, trabajos y proyectos que pudieran hacerse durante el invierno en casa. También podrían combinarse con cursos complementarios que se siguieran por televisión o en *colleges* y universidades locales, con conferencias tutoriales a mediados de año o cada mes. Los cursos irían sumando créditos y conducirían a títulos homologados. Haría falta diseñar algún sistema de «equivalencia», de modo que una mujer no pudiera conseguir un crédito por un trabajo que no cumpliera los requisitos, sino que se lo tendría que ganar mediante un trabajo verdaderamente serio, aunque lo hiciera por etapas, en distintos lugares y saltándose las normas académicas convencionales.

Cierto número de universidades cierran automáticamente sus puertas a las amas de casa por el hecho de no permitir los estudios o las prácticas a tiempo parcial. Tal vez hayan tenido mala experiencia con los diletantes. Pero el trabajo de *college* a tiempo parcial, ya sea universitario o en prácticas, orientado a un plan serio, es el único tipo de educación académica que puede evitar que un ama de casa se convierta en una diletante; es la única vía a través de la cual una mujer que tenga marido e hijos puede acceder a unos estudios o continuarlos. También podría ser la solución más práctica desde el punto de vista de la universidad. Dado que las instalaciones ya están saturadas por las presiones demográficas, tanto las universidades como las mujeres se beneficiarían de un programa de estudios que no requiriera la presencia regular en las aulas. Mientras que resulta perfectamente lógico que la Universidad de Minnesota desarrolle su excelente Plan para la Educación Continua de las Mujeres[10] en sus instalaciones universitarias habituales, un plan de este tipo no le servirá a una mujer que tenga que volver a empezar sus estudios de cero para descubrir qué es lo que quiere hacer. Pero las instalaciones existentes, en cualquier institución, pueden utilizarse para rellenar los huecos una vez que una mujer ya ha iniciado su plan de vida.

Los *colleges* y las universidades también necesitan un nuevo plan de vida —para convertirse en instituciones para toda la vida para sus estudiantes; para ofrecerles orientación, ocuparse de sus resultados y realizar el seguimiento de sus estudios de especialización, u ofrecerles cursos de actualización, independientemente de dónde se cursen. La lealtad y el apoyo económico del antiguo alumnado sería mucho mayor si, en lugar de meriendas para recaudar fondos y una reunión sentimental cada 5 de junio, una mujer pudiera acudir a su *college* en busca de educación continua y de orientación. Las antiguas alumnas del Barnard pueden, y lo hacen, volver y apuntarse, gratuitamente, a cualquier curso en cualquier momento si tienen las calificaciones necesarias para ello. Todos los *colleges* podrían organizar cursos de verano para mantener al alumnado al tanto de los desarrollos en sus respectivos campos durante los primeros años de la maternidad. Podrían admitir a estudiantes a tiempo parcial y ofrecer cursos de ampliación para las amas de casa que no pudieran ir a clases presenciales regularmente. Podrían recomendarles programas de lectura, trabajos o proyectos que podrían hacer en casa. También podrían diseñar un sistema a través del cual las alumnas podrían realizar proyectos en materia de pedagogía, salud mental, sociología y ciencias políticas en sus propias comunidades que les dieran créditos homologados para una titulación. En lugar de recaudar fondos, que las mujeres voluntarias participen en prácticas profesionales supervisadas y que los créditos homologados sirvan para remunerar a los médicos en prácticas. Del mismo modo, cuando una mujer ha realizado cursos en una serie de instituciones distintas, tal vez debido al itinerario geográfico de su marido, y conseguido créditos académicos de la comunidad a través de las agencias, hospitales, bibliotecas o laboratorios, su *college* de origen, o tal vez algún centro nacional organizado por distintos *colleges*, podría hacerle pasar los exámenes orales, los comunes y las pruebas adecuadas para su titulación. El concepto de «educación continua» ya es una realidad para los hombres en muchos campos. ¿Por qué no para las mujeres?

No hablamos de estudios para preparar una carrera en lugar de la maternidad, ni de estudios que conduzcan a carreras temporales antes de la maternidad, ni de estudios que hagan que las mujeres sean «mejores esposas y madres», sino de una educación académica que podrán utilizar como miembros plenos de la sociedad.

«Pero ¿cuántas mujeres estadounidenses quieren realmente hacer algo más con su vida?», pregunta el cínico. Un extraordinario número de amas de casa de Nueva Jersey contestaron a una propuesta de formación intensiva de actualización en matemáticas para antiguas estudiantes de *college* que quisieran comprometerse a llegar a ser profesoras de matemáticas. En enero de 1962, una sencilla noticia en el *New York Times* anunciaba que Esther Raushenbush, del Sarah Lawrence, había conse-

[10] Virginia L. Senders, «The Minnesota Plan for Women's Continuing Education», en «Unfinished Business – Continuing Education for Women», *The Educational Record,* American Council on Education, octubre de 1961, págs. 10 y ss.

guido una donación para ayudar a mujeres maduras a que terminaran sus estudios o sus prácticas de licenciatura a tiempo parcial, de modo que pudieran compaginarlo con sus obligaciones como madres. La respuesta desbordó literalmente la pequeña centralita de este *college*. En un plazo de veinticuatro horas, la señorita Raushenbush había contestado a más de 100 llamadas telefónicas. «Aquello fue como la lotería en tiempos de la depresión», dijo la operadora. «Era como si tuvieran que apuntarse inmediatamente para no perder la ocasión.» La señorita Raushenbush, al igual que Virginia Senders en Minnesota, al entrevistar a las mujeres que presentaron su solicitud para el programa, estaba convencida de que su necesidad era real. Aquellas mujeres no estaban «rechazando neuróticamente» a sus maridos ni a sus hijos; no necesitaban psicoterapia, sino que necesitaban más educación académica —con urgencia— y de una forma que pudieran recibirla sin desatender a sus maridos y a sus familias.

La educación y la reeducación de las mujeres estadounidenses con un fin serio no la pueden realizar una o dos instituciones con visión de futuro; esto debe realizarse a una escala mucho mayor. Y nadie que repita, incluso por conveniencia o tacto, los clichés de la mística de la feminidad, se pone al servicio de este fin. Es equivocado decir, como lo están proclamando hoy algunas de las principales educadoras, que por supuesto las mujeres tienen que utilizar sus estudios pero no, ¡faltaría más!, en carreras en las que compitan con los hombres[11]. Cuando las mujeres se

[11] Mary Bunting, «The Radcliffe Institute for Independent Study», *ibíd.*, págs. 19 y ss. La presidenta de Radcliffe refleja la mística de la feminidad cuando lamenta «la utilización que las primeras graduadas de *college* hicieron de sus avanzadas educaciones. Con excesiva frecuencia, aunque comprensiblemente, se convirtieron en cruzadas y reformistas, apasionadas, valientes y capaces a la hora de expresar sus ideas, pero a veces también haciéndolo en un volumen demasiado elevado. Un estereotipo de las mujeres con estudios creció en la opinión pública dando lugar a un prejuicio a la vez contra el estereotipo y los propios estudios». En el mismo contexto, afirma: «El que no hayamos hecho ningún intento respetable por satisfacer las necesidades educativas especiales de las mujeres en el pasado es la prueba más clara del hecho de que nuestros objetivos pedagógicos se han orientado exclusivamente a los modelos profesionales de los hombres. Sin embargo, al cambiar esa orientación, nuestro objetivo no debería ser el de preparar y animar a las mujeres a que compitan con los hombres. Las mujeres, porque no suelen ser las principales proveedoras de alimentos, tal vez resulten más útiles como pioneras, trabajando en los caminos secundarios, haciendo las tareas poco habituales a las que los hombres no pueden arriesgarse. Siempre hay sitio en los márgenes, incluso cuando la competencia en el mercado intelectual es muy dura.» El que las mujeres utilicen su educación hoy en día fundamentalmente «en los márgenes» es fruto de la mística de la feminidad y de los prejuicios contra las mujeres que ésta enmascara;

tomen sus estudios y sus capacidades en serio y los pongan a funcionar, en último término tendrán que competir con los hombres. Para una mujer es mejor competir personalmente en la sociedad, como lo hacen los varones, que competir por el dominio en su propia casa con su marido, competir con sus vecinas por un estatus vacuo, y asfixiar tanto a su hijo que éste sea incapaz de competir. Veamos la siguiente noticia sobre la última terapia ocupacional en Estados Unidos para la reprimida necesidad femenina de competir:

> Es un típico día de semana en Dallas. Papá está trabajando. El bebé está echándose su siesta de la mañana. En una habitación contigua, el hermano (tres años) está cabalgando sobre un nuevo caballito de madera y la hermana (cinco años) está mirando los dibujos animados en la televisión. ¿Y mamá? Mamá está a unos pocos metros, inclinada sobre la línea de tiro de la pista número 53, con la cadera girada hacia la izquierda para dirigir la bola azul y blanco con vetas de mármol hacia el punto de impacto entre los bolos uno y tres. Mamá está jugando a los bolos. Ya sea en Dallas o en Cleveland, en Alburquerque o en Spokane, enérgicas amas de casa han soltado el trapo del polvo y la aspiradora y han llevado a los niños a las nuevas boleras, donde unas niñeras a tiempo completo están preparadas para ocuparse de las criaturas en unas guarderías equipadas al completo.
>
> El gerente de la bolera de Alburquerque dice: «¿En qué otro lugar puede competir una mujer una vez que se casa? Necesitan competir igual que lo necesitan los hombres [...]. ¡Qué duda cabe de que es mejor que ir a casa a fregar los platos!»[12].

Seguramente no venga a cuento observar que las boleras y los supermercados cuentan con guarderías, mientras que las escuelas y los *colleges* y los laboratorios científicos y las oficinas del gobierno carecen de ellas. Pero viene mucho más a cuento decir que, si una competente mujer estadounidense no utiliza su energía y capacidad humanas en algún propósi-

cabe preguntarse si algún día se superarán las barreras que todavía quedan, cuando incluso los educadores siguen desanimando a las mujeres capaces de que se conviertan en «cruzadas y reformistas, apasionadas, valientes y capaces a la hora de expresar sus ideas» —lo suficientemente alto para que se las oiga.

[12] *Time,* noviembre de 1961. Véase igualmente «Housewives at the $2 Window», *New York Times Magazine,* 1 de abril de 1962, que describe cómo ahora en las boleras se ofrecen servicios de canguro y «clínicas» para amas de casa de los barrios residenciales.

to sensato (que necesariamente significa competir, porque en nuestra sociedad existe la competencia en cualquier propósito serio), derrochará su energía a través de síntomas neuróticos, de ejercicio improductivo o de «amor» destructivo.

También ha llegado la hora de dejar de dar difusión, a fuerza de hablar de ella, a la idea de que las mujeres en Estados Unidos ya no tienen batallas que librar, que los derechos de las mujeres ya se han conquistado. Es ridículo decir a las jóvenes que se callen cuando entran en un campo nuevo, o en uno viejo, para que los hombres no noten que están allí. En casi todos los campos profesionales, en los negocios, en las artes y las ciencias, a las mujeres se las sigue tratando como ciudadanas de segunda clase. Les haríamos un gran favor si les dijéramos a las chicas que tienen pensado trabajar en la sociedad que estén preparadas para esta sutil e incómoda discriminación, si les dijéramos que no se callaran con la esperanza de que ésta desaparezca, sino que luchen contra ella. Una chica no debería esperar tener privilegios especiales debido a su sexo, pero tampoco debería «adaptarse» al prejuicio y a la discriminación.

Por consiguiente, debe aprender a competir, no como mujer sino como ser humano. Mientras no haya un gran número de mujeres que salgan de los márgenes y entren en la corriente principal, la sociedad no proporcionará lo necesario para su nuevo plan de vida. Pero cada muchacha que consigue terminar la carrera de derecho o de medicina y que se saca su maestría o su doctorado y luego ejerce su profesión ayuda a otras a avanzar. Cada mujer que lucha contra las barreras que quedan para alcanzar la plena igualdad, que están enmascarados por la mística de la feminidad, facilita el camino de la mujer siguiente. La propia existencia de la Comisión presidencial sobre la Condición de la mujer, bajo la presidencia de Eleanor Roosevelt, crea un clima en el que es posible visualizar y hacer algo para combatir la discriminación contra las mujeres, no sólo en cuanto a salarios sino en relación con los sutiles obstáculos a la igualdad de oportunidades. Incluso en la política, las mujeres tienen que contribuir, no como «amas de casa» sino como ciudadanas. Seguramente sea dar un paso en la dirección adecuada cuando una mujer protesta contra las pruebas nucleares bajo la bandera de «Mujeres en huelga por la paz». Pero ¿por qué la ilustradora profesional que encabeza el movimiento dice que es una «simple ama de casa» y sus seguidoras insisten en que, una vez que se detengan las pruebas, se quedarán tranquilamente en casa con sus criaturas? Incluso en los bastiones urbanos de las grandes maquinarias de los partidos políticos las mujeres pueden —y están empezando a— cambiar las insidiosas reglas no escritas que les permiten hacer las tareas domésticas de la política mientras los hombres toman las decisiones[13].

Cuando suficientes mujeres hagan planes orientados a sus verdaderas capacidades y reivindiquen los permisos de maternidad e incluso las maternidades sabáticas, las guarderías gestionadas por profesionales y los demás cambios que puedan ser necesarios en las normas, no tendrán que sacrificar el derecho a competir y a contribuir honrosamente, como tampoco tendrán que sacrificar el matrimonio y la maternidad. No es bueno seguir explicando con detalle las innecesarias elecciones que hacen que la mujer se resista inconscientemente bien al compromiso bien a la maternidad[14] —y que impiden que se reconozcan los cambios sociales necesarios. No se trata tampoco de que las mujeres naden y guardan la ropa. Una mujer está discapacitada por su sexo y discapacita a la sociedad, bien copiando servilmente el modelo de promoción masculina en las profesiones, bien negándose del todo a competir con los hombres. Pero con la idea de hacer un nuevo plan de vida propio, puede responder a su compromiso con una profesión y a la política y al matrimonio y a la maternidad con la misma seriedad.

Las mujeres que lo han hecho, a pesar de las funestas advertencias de la mística de la feminidad, son en cierto sentido «mutantes», la imagen de lo que las mujeres estadounidenses pueden llegar a ser. Cuando no trabajaban o no podían trabajar a tiempo completo para ganarse la vida, dedicaban horas a tiempo parcial a un trabajo que de verdad les interesaba. Como el tiempo era fundamental, solían prescindir de los detalles inútiles y consumidores de tiempo tanto de sus tareas domésticas como de su trabajo profesional.

---

[13] Véanse las observaciones de la parlamentaria del Estado Dorothy Bell Lawrence, republicana de Manhattan, que se recogen en el *New York Times* del 8 de mayo de 1962. Esta parlamentaria, que fue la primera mujer elegida líder de distrito en el Partido Republicano en la ciudad de Nueva York, explicaba: «Estaba haciendo yo todo el trabajo, así que le dije al presidente del condado que quería ser presidenta. Me contestó que iba contra las normas que una mujer ostentara el puesto, pero luego cambió las normas». En el movimiento de «reforma» demócrata en Nueva York, las mujeres también están empezando a ocupar puestos de mando acordes con su trabajo, y están empezando a desaparecer los viejos y segregados «grupos de mujeres auxiliares» y «comités de mujeres».

[14] Un número nada despreciable de mujeres de entre las que entrevisté, que, como recomienda la mística, habían renunciado por completo a sus propias ambiciones para convertirse en esposas y madres, me refirieron que habían tenido reiterados abortos espontáneos. En varios casos, la mujer no consiguió volver a quedarse embarazada del segundo o tercer hijo que tanto había deseado hasta que no volvió al trabajo que había abandonado o a la universidad.

Lo supieran o no, estaban siguiendo un plan de vida. Tenían criaturas antes o después de hacer las prácticas, entre dos becas. Si no disponían de una ayuda permanente en los primeros años de vida de la criatura, abandonaban sus empleos y cogían un trabajo a tiempo parcial que tal vez no estuviera muy bien remunerado pero que les permitía seguir avanzando en su profesión. Las profesoras innovaron en las PTA e hicieron sustituciones; las médicas cogieron empleos clínicos o de investigación cerca de casa; las editoras y escritoras empezaron a trabajar *free-lance*. Aunque el dinero que ganaban no fuera necesario para pagar los alimentos o la ayuda doméstica (y en muchos casos lo era), demostraron de manera tangible que eran capaces de contribuir. No se consideraban «afortunadas» por ser amas de casa; competían en la sociedad. Sabían que el matrimonio y la maternidad eran parte esencial de la existencia, pero no toda su vida.

Aquellas «mutantes» sufrieron —y superaron— la «discontinuidad cultural en el condicionamiento de rol», la «crisis de rol» y la crisis de identidad. Tuvieron problemas, por supuesto, y problemas difíciles —hacer malabarismos con sus embarazos, encontrar niñeras y asistentas, tener que renunciar a un buen puesto cuando trasladaban a sus maridos. También tuvieron que sufrir mucha hostilidad por parte de otras mujeres —y muchas tuvieron que convivir con el resentimiento activo de sus maridos. Y debido a la mística, muchas sufrieron los innecesarios dolores de la culpa. Era, y todavía es, necesario tener una extraordinaria fuerza de propósito para ir en pos del plan de vida de una cuando la sociedad no espera que una mujer lo tenga. Sin embargo, a diferencia de las amas de casa atrapadas cuyos problemas se multiplican con los años, estas mujeres resolvieron sus problemas y siguieron avanzando. Resistieron los lavados de cerebro y las manipulaciones de masas y no renunciaron a sus valores propios y con frecuencia dolorosos a cambio de la comodidad de conformarse. No se refugiaron en la propiedad privada, sino que hicieron frente a los desafíos del mundo real. Y ahora saben con toda seguridad quiénes son.

Estaban haciendo, acaso sin verlo claramente, lo que cualquier hombre y cualquier mujer deben hacer ahora para avanzar al ritmo cada vez más explosivo de la historia y encontrar o conservar su identidad individual en nuestra sociedad de masas. La crisis de identidad de hombres y mujeres no puede resolverla una generación para la siguiente; en nuestra sociedad en acelerado cambio, hay que hacerle frente de manera continua, y se resuelve sólo para volver a hacerle frente en el espacio de una sola vida. Un plan de vida debe estar abierto al cambio, a medida que surgen nuevas posibilidades en la sociedad y en una misma o en uno mismo. Ninguna mujer en Estados Unidos hoy en día que empieza la búsqueda de su identidad puede estar segura de cuánto tiempo le llevará encontrarla. Ninguna mujer inicia esta búsqueda hoy sin lucha, sin conflicto y sin hacer de tripas corazón. Pero las mujeres que conocí, que estaban avanzando por ese desconocido camino, no lamentaron los sufrimientos, los esfuerzos, los riesgos.

A la luz de la larga lucha de las mujeres por la emancipación, la reciente contrarrevolución sexual en Estados Unidos ha sido tal vez una crisis final, un extraño intervalo sin respiración antes de que la larva se convirtiera en crisálida al madurar —una moratoria durante la cual muchos millones de mujeres se metieron en el congelador y dejaron de crecer. Dicen que algún día la ciencia hará posible que el cuerpo humano viva más tiempo congelando su crecimiento. Últimamente las mujeres estadounidenses han estado viviendo mucho más tiempo que los hombres —atravesando lo que quedaba de sus vidas como muertas vivientes. Tal vez los hombres puedan vivir más tiempo en Estados Unidos cuando las mujeres lleven una parte mayor de la carga de la lucha con el mundo, en lugar de ser ellas a su vez una carga. Creo que la energía que han derrochado seguirá siendo destructiva para sus maridos, para sus criaturas y para ellas mismas hasta que no la utilicen en su propia batalla con el mundo. Pero cuando las mujeres, y cuando los hombres, emerjan de su existencia biológica para darse cuenta de su individualidad humana, aquellos restos de mitades de vida tal vez se conviertan en sus años de mayor plenitud[15].

[15] La esperanza de vida de las mujeres estadounidenses —75 años— es la mayor del mundo. Pero, como señalan Myrdal y Klein en *Women's Two Roles,* hay una percepción creciente de que, en los seres humanos, la edad cronológica difiere de la edad biológica: «a los 70 años de edad cronológica, las diferencias con la edad biológica pueden ser tan grandes como entre dos edades cronológicas, de 50 y de 90 años». Los nuevos estudios sobre el envejecimiento humano ponen de manifiesto que las personas que tienen mayor nivel de estudios y que viven unas vidas más complejas y activas, con intereses profundos y abiertas a nuevas experiencias y aprendizajes, no «envejecen» en la misma medida que otras. Un pormenorizado estudio de 300 biografías (véase Charlotte Buhler, «The Curve of Life as Studied in Biographies», *Journal of Applied Psychology,* XIX, agosto de 1935, págs. 405 y ss.) revela que en la segunda mitad de la vida, la productividad de la persona se vuelve independiente de su equipamiento biológico y, de hecho, suele ser superior a su eficacia biológica —*es decir, si la persona ha salido de su existencia biológica.* Cuando los «factores espirituales» habían dominado en la actividad, el pico de la productividad se producía en la segunda parte de la vida; en los casos en los que los «hechos físicos» eran decisivos en la vida de la persona, el pico se alcanzaba antes y la curva psicológica era entonces más parecida a la biológica. El análisis de mujeres con estudios citado anteriormente revelaba unas molestias mucho menores en la menopausia de lo que se considera «normal» en Estados Unidos. Mu-

Entonces habrá cicatrizado la ruptura en la imagen, y las hijas no tendrán que verse al borde del abismo a los veintiuno o a los cuarenta y uno. Cuando la plenitud de sus madres convenza a las niñas de que quieren ser mujeres, no tendrán que «resignarse» a ser femeninas; podrán crecer y crecer hasta que sus propios esfuerzos les digan quiénes son. No necesitarán la mirada de un chico o de un hombre para sentirse vivas. Y cuando las mujeres no necesiten vivir a través de sus maridos ni de sus criaturas, los hombres no temerán el amor y la fuerza de las mujeres, ni necesitarán la debilidad de otra persona para demostrar su propia masculinidad. Finalmente podrán verse mutuamente tal como son. Y tal vez ése sea el siguiente paso en la evolución humana.

¿Quién sabe lo que podrán llegar a ser las mujeres cuando por fin sean libres de convertirse en sí mismas? ¿Quién sabe lo que la inteligencia de las mujeres podrá aportar cuando pueda alimentarse sin negar el amor? ¿Quién sabe qué posibilidades ofrecerá el amor cuando hombres y mujeres compartan no sólo a sus hijos, el hogar y el jardín, no sólo la realización de roles biológicos, sino las responsabilidades y las pasiones del trabajo que crean el futuro humano y el conocimiento humano pleno de quienes son? La búsqueda de sí mismas por parte de las mujeres acaba de empezar. Pero ha llegado la hora de que las voces de la mística de la feminidad dejen de ahogar la voz interior que está empujando a las mujeres a convertirse en seres completos.

chas de aquellas mujeres cuyos horizontes no habían quedado confinados a las tareas del hogar, puramente físicas, y a su rol biológico, no se sentían «viejas» después de cumplir los cincuenta o los sesenta. Muchas de ellas comentaban sorprendidas que habían padecido muchas menos molestias en la menopausia de lo que la experiencia de sus madres les había hecho temer. Therese Benedek sugiere (en «Climacterium: A Developmental Phase», *Psychoanalytical Quarterly,* XIX, 1950, pág. 1) que la menor intensidad de las molestias, y la explosión de energía creativa que las mujeres pueden experimentar ahora en la menopausia, se debe al menos en parte a su «emancipación». Los datos de Kinsey señalan aparentemente que las mujeres que se han emancipado de una existencia puramente biológica a través de la educación experimentan la máxima plenitud sexual mucho después en la vida de lo que cabría esperar, y de hecho siguen experimentándola entre los cuarenta y los cincuenta y pasada la menopausia. Tal vez el mejor ejemplo de esto sea Colette, esa mujer francesa verdaderamente emancipada que vivió y amó y escribió haciendo tan poco caso de su edad cronológica que, en su 80° cumpleaños, dijo: «Ojalá tuviera 58, porque a esa edad a una todavía la desean y una está llena de esperanza cara al futuro.»

Epílogo

Cuando *La mística de la feminidad* estaba en imprenta y mi hija pequeña estaba en la escuela todo el día, decidí que iba a volver a la escuela yo también a sacarme el doctorado. Armada con el anuncio de mi editorial, una copia de mi título académico universitario *summa cum laude* y un expediente académico de hacía 20 años, así como con el informe de la New World Foundation sobre el proyecto pedagógico que había ideado y dirigido en el condado de Rockland, fui a ver al director del departamento de psicología social de Columbia. Era un hombre tolerante y amable pero, desde luego, a mis cuarenta y dos años, después de todos aquellos indisciplinados años míos de ama de casa, me dijo que debía comprender que no sería capaz de hacer frente a las dificultades de un estudio universitario a tiempo completo para un doctorado, y que además requería dominar la estadística. «Pero si he utilizado la estadística en todo el libro», le indiqué. Me miró impasible. «Veamos, querida», me dijo, «¿para qué quieres calentarte la cabeza haciendo un doctorado, en cualquier caso?».

Empecé a recibir cartas de otras mujeres que se habían dado cuenta del engaño de la mística de la feminidad, que querían dejar de hacer los deberes de sus criaturas y empezar a hacer los suyos propios; también les habían dicho que en realidad no eran capaces de hacer nada más que mermelada de fresa casera o ayudar a sus hijos con la aritmética de cuarto. Aquello no era suficiente para tomarte en serio como persona. La sociedad tenía que cambiar, de alguna manera, para que las mujeres fueran personas. No era posible seguir viviendo como una «simple ama de casa». ¿Pero de qué otra manera se podía vivir?

Recuerdo que me bloqueé en ese punto, incluso cuando estaba escribiendo *La mística de la feminidad.* Tenía que escribir el último capítulo,

dándole una solución al «malestar que no tiene nombre», sugiriendo nuevos modelos, una salida al conflicto, de modo que las mujeres pudieran utilizar sus capacidades plenamente en la sociedad y encontrar su propia identidad humana existencial, compartiendo su acción, sus decisiones y desafíos sin por ello renunciar al hogar, a las criaturas, al amor ni a su propia sexualidad. Mi mente se quedó en blanco. Tienes que decir «no» a la antigua manera de hacer las cosas antes de que puedas empezar a encontrar los nuevos «síes» que necesitas. Darle un nombre al malestar que no tiene nombre era el primer paso necesario. Pero no era suficiente.

Personalmente, no podía seguir funcionando como ama de casa de barrio residencial por más tiempo, aunque hubiese querido. Para empezar, me convertí en una leprosa en mi propio barrio residencial. Mientras sólo escribía artículos ocasionales que la gente nunca leía, el hecho de escribir durante horas cuando los chicos estaban en la escuela no era un estigma peor que, por ejemplo, beber a solas por las mañanas. Pero ahora que me comportaba como una verdadera escritora e incluso me habían entrevistado para la televisión, el pecado era demasiado público, no podía ser perdonado. Mujeres de otros barrios residenciales me escribían cartas como si fuera Juana de Arco, pero prácticamente tuve que huir de mi propio jardín, invadido por la maleza, para evitar que me quemaran en la hoguera. Aunque habíamos sido bastante populares, a mi marido y a mí dejaron de invitarnos a las cenas de nuestros vecinos. A mis hijos los echaron de los coches de otras madres que llevaban por turnos a todos los niños a clase de arte y de ballet. Las otras madres se ponían furiosas cuando yo ahora llamaba a un taxi cuando era mi turno, en lugar de llevarlos en coche. Tuvimos que volver a trasladarnos a la ciudad, donde los chicos pudieron hacer sus cosas sin que yo les hiciera de chofer y donde yo podía estar en casa durante algunas de las horas que entonces dedicaba a ir y a venir. Ya no podía soportar ser un bicho raro, sola en mi barrio residencial.

Al principio, la extraña hostilidad que mi libro —y más tarde el movimiento— aparentemente suscitó entre algunas mujeres me sorprendió y me desconcertó. Ni siquiera al principio sufrí la hostilidad que había esperado de los varones. Muchos hombres compraron *La mística de la feminidad* para sus mujeres y les instaron a que volvieran a estudiar o a trabajar. Muy pronto me di cuenta de que probablemente habría millones de mujeres que se habían sentido como yo, como un bicho raro, absolutamente solas, como amas de casa de los barrios residenciales. Pero si tenías miedo de hacer frente a tus verdaderos sentimientos sobre el marido y los hijos por y para quien supuestamente vivías, alguien como yo, que había abierto la caja de Pandora, representaba una amenaza.

No culpaba a las mujeres del temor que sentían. Yo misma estaba bastante asustada. En realidad no es posible diseñar un nuevo modelo de vida tu sola. Siempre he temido a la soledad más que a ninguna otra cosa. La ira a la que no me había atrevido a hacer frente en mí misma durante todos los años en los que traté de jugar a la amita de su casa indefensa con mi marido —y durante los que me fui sintiendo más desvalida a medida que jugaba a ese juego— estaba empezando a brotar ahora, con renovada virulencia. Por miedo a estar sola, casi pierdo mi respeto a mí misma tratando de aferrarme a un matrimonio que ya no se basaba en el amor sino en un odio dependiente. Para mí resultó más fácil iniciar el movimiento de mujeres que era necesario para cambiar la sociedad que cambiar mi propia vida personal.

Tuve la sensación de que había llegado la hora de escribir aquel segundo libro, pero no pude encontrar ningún otro modelo en la sociedad más allá de la mística de la feminidad. Sí que encontré unas cuantas mujeres individuales que hacían denodados esfuerzos por adaptarse a las normas del *Good Housekeeping,* trataban de criar niños según las pautas del Dr. Spock mientras trabajaban a tiempo completo y se sentían culpables por ello. Y se celebraban conferencias sobre la oferta de educación continua para las mujeres, porque todas aquellas madres amas de casa a tiempo completo que se estaban haciendo mayores, cuyas criaturas estaban ahora en el *college,* estaban empezando a ser un problema —bebían, tomaban demasiadas pastillas, se suicidaban. Montones de publicaciones especializadas se dedicaban al debate de «las mujeres y sus opciones» —las «fases» de las vidas de las mujeres. Las mujeres, según nos decían, pueden ir a la escuela, trabajar un poco, casarse, cuidar de los niños quince o veinte años y luego volver a la escuela y trabajar: ningún problema, no tenía por qué haber conflictos de rol.

Las mujeres que proponían esta teoría se contaban entre las pocas excepciones que habían alcanzado puestos de máximo nivel porque de alguna manera *no* habían estado fuera del mercado durante quince o veinte años. Y aquellas mismas mujeres les estaban recomendando a las mujeres que estaban volviendo en masa a sus programas de educación continua que en realidad no podían esperar conseguir verdaderos empleos y una formación profesional después de haber pasado quince años metidas en casa; la cerámica o el trabajo profesional voluntario: ésas eran las posibilidades de adaptación más realistas.

Palabrería, aquello no era más que palabrería. En 1965, el esperado informe de la Comisión presidencial sobre la Condición de la mujer expuso con detalle los salarios discriminatorios que percibían las mujeres (la mitad del salario medio de los varones) y la tasa cada vez menor de

mujeres en profesiones y puestos ejecutivos. La Comisión recomendaba que se exhortara a las mujeres a que utilizaran sus capacidades en la sociedad y sugería que se crearan centros de atención infantil y otros servicios para permitir que las mujeres conciliaran maternidad y trabajo. Pero Margaret Mead, en su introducción al informe, decía efectivamente que si las mujeres iban a querer todas tomar grandes decisiones y hacer grandes descubrimientos, ¿quién se iba a quedar en casa poniendo tiritas en las rodillas del niño o escuchando los problemas del marido? (Sin que tuviera la menor importancia que, con la ayuda de su marido e incluso antes de que las rodillas de su criatura estuvieran en la escuela todo el día, ella misma estaba haciendo grandes descubrimientos antropológicos y tomando grandes decisiones. Tal vez las mujeres que han conseguido ser mujeres «excepcionales» no se identifiquen realmente con las demás mujeres. Para ellas, hay tres clases de personas: los hombres, las demás mujeres, y ellas mismas; su propia condición de mujeres excepcionales depende de que las demás mujeres se queden calladas y no hagan que se tambalee el barco.)

El informe de la Comisión presidencial quedó debidamente enterrado en burocráticos archivadores. En aquel verano de 1965 conseguí redactar un tercio del libro que quería escribir sobre cómo superar la mística de la feminidad; para entonces ya sabía que no había nuevos modelos, sólo nuevos problemas que las mujeres no iban a ser capaces de resolver a menos que la sociedad cambiara. Y todos los discursos e informes y la Comisión y los programas de educación continua no eran más que ejemplos de formulismo —tal vez incluso un intento de bloquear el avance de un movimiento real por parte de las mujeres mismas para cambiar la sociedad.

Tenía la sensación de que era preciso que sucediera algo más que los discursos. «Lo único que ha cambiado hasta ahora es nuestra propia conciencia», escribí, cerrando aquel segundo libro, que nunca terminé, porque la siguiente frase decía: «Lo que necesitamos es un movimiento político, un movimiento social como el de los negros». Tenía que pasar a la acción. En el avión a Washington, mientras me preguntaba qué hacer, vi a un estudiante que leía un libro titulado *El primer paso hacia la revolución es la concienciación,* y aquello fue como un presagio.

Iba a Washington porque se había aprobado una ley, el Título VII de la Ley de Derechos Civiles de 1964, que prohibía la discriminación por razón de sexo en el empleo junto con la discriminación por razón de raza. La parte de la discriminación por razón de sexo la había añadido a modo de broma y de maniobra de dilatación un congresista sureño, Howard Smith de Virginia. En las primeras conferencias de prensa después

de la entrada en vigor de la ley, el administrador encargado de promulgarla bromeó sobre la prohibición de la discriminación por razón de sexo. «Les dará a los hombres las mismas oportunidades de ser conejitos del *Playboy»,* dijo.

En Washington encontré un efervescente movimiento «clandestino» de mujeres en el gobierno, la prensa y los sindicatos, que se sentían impotentes para detener el sabotaje de aquella ley que supuestamente acabaría con la discriminación por razón de sexo que impregnaba toda la industria y las profesiones, todas las fábricas, escuelas y oficinas. Algunas de aquellas mujeres sentían que yo, como escritora conocida, podría captar la atención del público.

Un día, una joven y distinguida abogada que trabajaba para la agencia que no estaba ocupándose de que se respetara la ley contra la discriminación por razón de sexo cerró cuidadosamente la puerta de su despacho y me dijo con lágrimas en los ojos: «Nunca pensé que me pudieran llegar a preocupar tanto las mujeres. A mí me gustan los hombres. Pero me está saliendo una úlcera de estómago, de ver cómo están siendo traicionadas las mujeres. Tal vez no volvamos a tener nunca más una oportunidad como esta ley. Betty, tiene usted que fundar una NNACP* para las mujeres. Es usted la única que tiene la suficiente libertad para hacerlo.»

Yo no era una mujer de organización. Ni siquiera había pertenecido a la League of Women Voters. Sin embargo, en junio se celebraba en Washington una reunión de los miembros de la Comisión estatal sobre la Condición de la mujer. Pensé que, entre las mujeres que allí representaran a los diferentes Estados, constituiríamos el núcleo de una organización que al menos podría convocar una conferencia de prensa y dar la voz de alarma entre mujeres de todo el país.

Pauli Murray, una eminente abogada negra, acudió a aquella reunión, así como Dorothy Haener y Caroline Davis de la UAW**, y Kay Clarenbach de la Comisión del Gobernador de Wisconsin, Katherine Conroy de Communications Workers of America y Aileen Hernández, a la sazón miembro de la Comisión de Igualdad de oportunidades en el empleo. Les pedí que vinieran a mi habitación de hotel una noche. La ma-

---

* Siglas de la *National Association for the Advancement of Colored People* (Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color), organización estadounidense de derechos civiles que defiende a las minorías étnicas. *[N. de la T.]*

** Siglas de la United Auto Workers, sindicato del sector del automóvil, la automoción y la aeronáutica, y uno de los más importantes y diversificados de Estados Unidos. *[N. de la T.]*

yoría de ellas no pensaba que las mujeres necesitaran un movimiento como los negros, pero todas estaban furiosas por el sabotaje del Título VII. Llegamos al consenso de que la conferencia seguramente podría iniciar acciones respetables para insistir en la aplicación de la ley.

Me fui a la cama aliviada pensando que probablemente no habría que organizar un movimiento. A las seis de la mañana me llamó una de las mujeres simbólicamente más relevantes de la administración Johnson, instándome a que no hiciera que se tambaleara el barco. A las ocho el teléfono volvió a sonar: esta vez era una de las hermanas reticentes de la noche anterior, ahora enfadada, realmente enfadada. «Nos han dicho que esta conferencia no tiene poder para iniciar ninguna acción, ni siquiera tiene derecho a presentar una resolución. Así que tenemos una mesa para comer todas juntas a mediodía y fundar una organización.» En la comida todas contribuimos con un dólar. Escribí la palabra «NOW» en una servilleta de papel; nuestro grupo se llamaría la National Organization *for* Women [Organización Nacional *para* las Mujeres], dije, «porque los hombres deberían pertenecer a ella». Luego escribí la primera frase de la declaración de principios de NOW, que nos comprometía a «acometer las *acciones* necesarias para que se incluya a las mujeres en la corriente principal de la sociedad norteamericana ya, ejerciendo todos los privilegios y responsabilidades que de ella se derivan, en una asociación auténticamente igualitaria con los hombres».

Los cambios necesarios para lograr la igualdad eran, y siguen siendo, verdaderamente revolucionarios. Suponen una revolución del rol sexual de hombres y mujeres que reestructurará todas nuestras instituciones: la crianza de los hijos, la educación, el matrimonio, la familia, la arquitectura del hogar, la práctica de la medicina, el trabajo, la política, la economía, la religión, la teoría psicológica, la sexualidad humana, la moral y la propia evolución de la raza.

Ahora veo que el movimiento de mujeres a favor de la igualdad es sencillamente la primera etapa necesaria de una revolución mucho más amplia en los roles sexuales. Nunca me lo planteé en términos de clase ni de raza: las mujeres, como clase oprimida, luchando para derrocar a los hombres, como clase de los opresores, o para quitarles el poder. Sabía que el movimiento tenía que incluir a los hombres como miembros en pie de igualdad, aunque en una primera etapa las mujeres tendrían que tomar el mando.

Sólo hay una vía para que las mujeres alcancen su potencial humano pleno: participando en la corriente principal de la sociedad, dejando oír su propia voz en todas las decisiones que den forma a esa sociedad. Para que las mujeres tengan una identidad plena y gocen de libertad, deben ser

económicamente independientes. Derribar las barreras que las han mantenido apartadas de los empleos y las profesiones reconocidos por la sociedad fue el primer paso, pero no era suficiente. Sería necesario cambiar las reglas del juego para reestructurar las profesiones, el matrimonio, la familia y el hogar. La manera en que se estructuran las oficinas y los hospitales, según las rígidas, sectarias, desiguales e infranqueables líneas secretaria/ejecutivo, enfermera/médico, encarna y perpetúa la mística de la feminidad. Pero la parte económica nunca estaría completa a menos que se le asignara de alguna manera un valor en dólares al trabajo que las mujeres realizan en el hogar, al menos en términos de seguridad social, pensiones y otras prestaciones. Y las tareas domésticas y la crianza de los hijos tendrían que ser compartidas de una forma más igualitaria por el marido, la esposa y la sociedad.

La igualdad y la dignidad humanas no están al alcance de las mujeres si éstas no son capaces de ganar dinero. Cuando las jóvenes radicales se adhirieron al movimiento, dijeron que insistir tanto en el empleo y la educación era una claudicación «aburrida» o «reformista» o «capitalista». Pero muy pocas mujeres pueden permitirse ignorar los hechos económicos elementales de la existencia. Sólo la independencia económica puede permitirle a una mujer casarse por amor y no por afán de un estatus o de un apoyo económico, o romper un matrimonio carente de amor, intolerable y humillante, o alimentarse, vestirse, descansar y trasladarse si no tiene pensado casarse. Pero la importancia del trabajo para las mujeres va más allá de lo económico. ¿De qué otra manera pueden las mujeres participar en la acción y en las decisiones de una sociedad industrial avanzada si no tienen la formación y las oportunidades y capacidades que provienen de participar en ella?

Las mujeres también tienen que hacer frente a su naturaleza sexual y no negarla ni ignorarla como habían hecho las primeras feministas. La sociedad debe reestructurarse para que las mujeres, que son las personas que dan a luz, puedan hacer elegir de manera humana y responsable si tienen o no criaturas y cuándo, y que eso no les impida participar en la sociedad por derecho propio. Esto suponía el derecho al control de la natalidad y a un aborto sin peligro; el derecho a los permisos de maternidad y a los centros de atención infantil si las mujeres no querían retirarse completamente de la sociedad adulta durante los años fértiles; y el equivalente de una *GI bill* para las mujeres que querían volver a estudiar si habían optado por quedarse en casa con los hijos. Porque me parecía que la mayoría de las mujeres seguirían optando por tener hijos, aunque no tantos si su crianza ya no era su única vía para tener un estatus y un apoyo económico —una participación vicaria en la vida.

No podía definir la «liberación» para las mujeres en términos que negaran la realidad sexual y humana de nuestra necesidad de amar a un hombre, e incluso a veces de depender de él. Lo que había que cambiar eran los obsoletos roles sexuales femenino y masculino que deshumanizaban el sexo y hacían casi imposible que hombres y mujeres hicieran el amor y no la guerra. ¿Cómo podíamos siquiera conocernos o amarnos mutuamente mientras siguiéramos desempeñando aquellos roles que nos impedían conocernos a nosotros mismos o ser nosotros mismos? ¿Acaso los hombres, igual que las mujeres, no seguían encerrados en solitario aislamiento y alienación, independientemente del número de acrobacias sexuales a las que sometieran a sus cuerpos? ¿Acaso no estaban los hombres muriendo demasiado jóvenes, al reprimir temores y lágrimas y su propia ternura? Tenía la sensación de que los hombres no eran realmente el enemigo —eran víctimas como nosotras, padecían una mística de la masculinidad anticuada que les hacía sentirse innecesariamente incompetentes cuando no había osos que matar.

En estos últimos años de acción, he visto cómo yo misma y otras mujeres nos hacíamos más fuertes y más moderadas, nos tomábamos más en serio, y sin embargo empezábamos a divertirnos de verdad porque habíamos dejado de desempeñar los viejos roles. Descubrimos que podíamos confiar las unas en las otras. Amo a las mujeres con las que llevé a cabo las aventureras y alegres acciones de aquellos años. Nadie se dio cuenta de nuestro lamentable estado inicial, nuestra falta de dinero, nuestra falta de experiencia.

¿Qué fue lo que nos dio la fuerza y el valor necesario para hacer lo que hicimos, en nombre de las mujeres estadounidenses, en nombre de las mujeres del mundo? Fue, por supuesto, que estábamos haciéndolo para nosotras mismas. No era caridad para otros pobres; nosotras, las mujeres de clase media que iniciamos esto, éramos todas pobres, en un sentido que va más allá de los dólares. Era difícil, incluso para unas amas de casa cuyos maridos no eran pobres, conseguir el dinero para el billete de avión que las llevaría a las reuniones de NOW. Era difícil, para unas mujeres que trabajaban, conseguir que les dieran un día libre en su trabajo o robarle el precioso tiempo del fin de semana a sus familias. Nunca trabajé tan duro por dinero, nunca estuve tantas horas sin dormir o sin comer o incluso sin ir al baño, como en aquellos primeros años del movimiento de mujeres.

En la Nochebuena de 1966, me citaron para testificar ante un juez en Foley Square: las líneas aéreas estaban indignadas porque les habíamos acusado repetidas veces de que estaban cometiendo una discriminación por razón de sexo al obligar a las azafatas a jubilarse a los treinta años de

edad o cuando se casaran. (Me preguntaba por qué aplicaban aquellas medidas tan drásticas. Era impensable que creyeran que los hombres utilizaban las compañías aéreas porque las azafatas eran vírgenes. Y luego me di cuenta de la cantidad de dinero que se ahorraban esas compañías al despedir a aquellas hermosas azafatas antes de que tuvieran tiempo de acumular incrementos salariales, tiempo de vacaciones y derechos de jubilación. ¡Y hay que ver lo que me encanta ahora cuando las azafatas me abrazan en un avión y me dicen que no sólo están casadas y tienen más de treinta años, sino que incluso pueden tener hijos y seguir volando!)

Sentí cierta urgencia de la historia, que le estaríamos fallando a la siguiente generación si eludíamos la cuestión del aborto ahora. También sentí que teníamos que conseguir la Enmienda a la Constitución para la Igualdad de Derechos, a pesar del argumento de los dirigentes sindicales de que acabaría con las leyes de «protección» para las mujeres. Tuvimos que tomar la antorcha de la igualdad de manos de unas solitarias y amargadas mujeres ya mayores que habían estado luchando solas por una enmienda que se había quedado estancada en el Congreso durante casi cincuenta años desde que las mujeres se encadenaran a la verja de la Casa Blanca solicitando el voto.

En nuestro primer piquete de huelga ante la verja de la Casa Blanca («Derechos y no rosas»), el Día de la madre de 1967, tiramos montones de delantales, flores y máquinas de escribir de mentira. Arrojamos al suelo fardos de periódicos ante la Comisión de Igualdad de oportunidades en el empleo en señal de protesta contra su rechazo a hacer cumplir la ley de Derechos Civiles contra las ofertas de empleo discriminatorias por razón de sexo, que se anunciaban con: «Se necesita empleado» (para los buenos puestos de trabajo) y «Se necesita empleada» (para empleos para chicas del tipo eficaz y fiable). Se suponía que esto era ahora tan ilegal como escribir en un anuncio «Se necesita persona blanca para empleo» o «Se necesita persona de color para empleo». Comunicamos que, en nombre de las mujeres, íbamos a demandar al gobierno federal por no hacer que se cumpliera la ley de igualdad (y luego llamamos a los miembros de nuestra base «clandestina» pertenecientes al Departamento de Justicia para ver si era posible hacerlo) —y lo hicimos.

Di conferencias en escuelas privadas del Sur para señoritas y pronuncié discursos de apertura en *colleges* poco conocidos de economía doméstica —así como en Yale, UCLA y Harvard— para financiar mis desplazamientos cuando tocaba organizar las reuniones de NOW (nunca teníamos dinero para pagar a personal administrativo). Nuestro único despacho real en aquellos años era mi apartamento. No era posible man-

tener al día la correspondencia. Pero cuando mujeres como Wilma Heide desde Pittsburgh o Karen De Crow en Syracuse, Eliza Paschall en Atlanta, Jacqui Ceballos —y tantas más— estaban tan decididas a celebrar reuniones de NOW que nos llamaban por conferencia cuando no contestábamos a sus cartas, lo único que podíamos hacer era que se convirtieran en organizadoras de secciones locales de NOW.

Recuerdo tantos apeaderos por el camino: ir a almorzar al Oak Room, reservado para caballeros, del Hotel Plaza, con cincuenta afiliadas de NOW y exigir que nos sirvieran... Testificar ante el Senado contra el nombramiento al Tribunal Supremo de un juez sexista llamado Carswell que había rechazado la vista del caso de una mujer que había sido despedida porque tenía hijos en edad preescolar... Observar los primeros síntomas de un movimiento clandestino de mujeres en el movimiento estudiantil cuando me pidieron que liderara una charla de grupo en el Congreso Nacional de Estudiantes en College Park, Maryland, en 1968... Después de que se pusiera fin a una resolución para liberar a las mujeres de la tarea de mimeografiar haciendo escarnio de la misma en una convención del SDS*, escuché la petición de las jóvenes radicales que querían tener un grupo independiente para la liberación de las mujeres —porque si realmente iban a intervenir en las reuniones del SDS, tal vez no llegarían a casarse... Ayudar a Sheila Tobias a planificar la sesión intermedia de Cornell sobre las mujeres en 1968, que inició los primeros programas de estudios de mujeres (¡cuántas universidades los tienen ahora!)... Convencer a la junta de NOW de que debíamos celebrar un Congreso para la Unidad de las Mujeres con las jóvenes radicales a pesar de las diferencias de ideología y de estilo... ¡Tantos apeaderos!

Admiraba el olfato de las jóvenes radicales cuando abandonaban la retórica de la lucha de los sexos / lucha de clases y encabezaban acciones como organizar piquetes delante del concurso de belleza de Miss Estados Unidos en Atlantic City. Pero los medios de comunicación empezaron a dar publicidad, en términos cada vez más sensacionalistas, a la retórica y a las acciones más exhibicionistas de «acabemos con los hombres», «acabemos con el matrimonio», «acabemos con lo de tener hijos». Aquellas que predicaban la andrógina lucha de los sexos/lucha de clases amenazaban con hacerse con la dirección de la delegación de Nueva York de NOW y con la organización a nivel nacional, así como con echar a las mujeres que querían la igualdad pero que también querían seguir amando a sus esposos y a sus hijos. La *Política sexual* de Kate Millet fue

* Siglas del sindicato estudiantil Students for a Democratic Society (Estudiantes por una sociedad democrática). *[N. de la T.]*

aclamada como la ideología de la lucha de de los sexos/lucha de clases por aquellas que se proclamaban ser las radicales del movimiento de mujeres. Después de que la facción que proclamaba su odio a los hombres reventara el segundo Congreso para la Unidad de las Mujeres con un discurso de odio e incluso de violencia, oí a una joven radical decir: «Si yo fuera un agente de la CIA y quisiera reventar este movimiento, esto es exactamente lo que haría.»

Ya en 1970, estaba empezando a quedar claro que el movimiento de mujeres era algo más que una moda pasajera, era el movimiento de la década a favor de un cambio social y político básico que más aprisa estaba creciendo. El movimiento de los negros había sido tomado por los extremistas; el movimiento estudiantil estaba paralizado debido a su afán por mantener una estructura carente de liderazgo y por la creciente alienación que suponía la extremista retórica del odio. Alguien también estaba tratando de tomar el mando de nuestro movimiento —o de pararlo, inmovilizarlo, escindirlo— bajo la guisa de la retórica radical y de un fetichismo semejante contrario a todo liderazgo y estructura. «Es inútil especular sobre si son agentes de la CIA o están enfermas o en un viaje privado hacia el poder, o si sencillamente son estúpidas», me advirtió una dirigente negra. «Si no dejan de perturbaros, sencillamente tenéis que luchar contra ellas.»

Yo tenía la sensación de que el movimiento de mujeres tenía que alejarse de la política sexual. Al principio pensé que era una broma —aquellos artículos extrañamente carentes de gracia sobre los orgasmos clitorales que liberarían a las mujeres de su dependencia sexual del pene masculino, y el discurso «concienciado» de que las mujeres debían insistir ahora en ponerse encima cuando estuvieran en la cama con un hombre. Luego me di cuenta, como en cierta ocasión escribió Simone de Beauvoir, que aquellas mujeres estaban en parte representando sexualmente su rebelión y su resentimiento por estar «debajo» en la sociedad en general, por depender de los hombres para poder definirse como personas. Pero su resentimiento estaba siendo manipulado y convertido en una orgía de odio entre los sexos que podía minar el poder que ahora tenían para cambiar las condiciones que tanto les molestaban. No estoy segura de lo que motiva a quienes promulgan ferozmente, o manipulan, el odio de los hombres en el movimiento de mujeres. Aparentemente algunas de las perturbadoras procedían de grupos de extrema izquierda, otras al parecer utilizaban el movimiento de mujeres para hacer proselitismo del lesbianismo, y otras estaban articulando honestamente la ira legítima y por demasiado tiempo soterrada de las mujeres a través de una retórica de la lucha de los sexos/lucha de clases, que según mi punto de vista se basaba

en una falsa analogía con ideologías obsoletas o irrelevantes sobre la lucha de clases o la segregación de las razas. A las que odiaban a los hombres se les dio una publicidad muy superior proporcionalmente a su número en el movimiento, debido a la sed de sensacionalismo de los medios de comunicación. Muchas mujeres en el movimiento pasan por un periodo temporal de gran hostilidad contra los hombres cuando empiezan a adquirir conciencia de su situación; cuando empiezan a actuar para cambiar su situación, superando lo que yo llamo el infantilismo pseudoradical. Pero esa retórica de odio a los hombres perturba cada vez a más mujeres en el movimiento, además de mantener a muchas mujeres fuera del él.

En el avión rumbo a Chicago, preparándome para retirarme como presidenta de NOW, sintiéndome impotente para luchar contra las que promulgaban el odio a los hombres abiertamente y negándome a encabezarlas, de repente supe lo que tenía que hacer. Una mujer de Florida había escrito para recordarme que el 26 agosto de 1970 se cumplía el 50° aniversario de la enmienda constitucional que concedía el voto a las mujeres. Necesitábamos convocar una acción nacional —una huelga de mujeres para llamar la atención sobre los temas pendientes en materia de igualdad: igualdad de oportunidades en el empleo y en la educación, el derecho al aborto y a disponer de centros de atención infantil, el derecho a nuestra propia cuota de poder político. Aquello volvería a unir a las mujeres en una acción seria —a mujeres que nunca habían estado próximas a un grupo de «liberación de las mujeres». (NOW, el mayor de estos grupos y el único que contaba con una estructura nacional, sólo tenía 3.000 asociadas en treinta ciudades en 1970). Recuerdo que, para transmitir esta nueva visión a la convención de NOW en Chicago, advirtiendo de los peligros de abortar el movimiento de mujeres, hablé durante casi dos horas y la audiencia se puso en pie para aplaudirme. Las bases de NOW se pusieron a organizar la huelga del 26 agosto. En Nueva York, muchas mujeres acudieron a los cuarteles generales temporales como voluntarias para hacer lo que hiciera falta; prácticamente no volvían a casa por la noche.

El alcalde Lindsey no quiso cerrar la Quinta Avenida para nuestra marcha y recuerdo iniciar aquella marcha con los cascos de los caballos de la policía tratando de mantenernos confinadas a la acera. Recuerdo mirar hacia atrás y dar saltitos para llegar a ver por encima de las cabezas de las manifestantes. Nunca había visto tantas mujeres; ocupaban tantas manzanas por detrás que no se podía ver el final. Agarré con un brazo a mi querida jueza Dorothy Kenyon (que, a sus ochenta y dos años, insistió en caminar junto a mí en lugar de ir en el coche que le habíamos preparado), y con el otro a una joven que iba del otro lado. A las demás

que encabezaban las filas les dije: «¡Agarraos del brazo, ocupemos la calle!» Nos bajamos de la acera y caminamos hasta llenar toda la Quinta Avenida. Éramos tantas que no pudieron detenernos; ni siquiera lo intentaron. Fue, como dicen, la primera gran acción a nivel nacional de las mujeres (también caminaron con nosotras cientos de hombres) desde que las mujeres habían conquistado el voto 50 años atrás. Los periodistas que habían bromeando acerca de las «quemadoras de sostenes» escribieron que nunca habían visto a mujeres tan hermosas como las orgullosas y alegres manifestantes que se habían congregado aquel día. Porque aquel día las mujeres estaban hermosas.

El 26 agosto, de repente pasó a tener relevancia política y glamour el ser feminista. Al principio, la política había dado la sensación de ser algo totalmente independiente de lo que estábamos haciendo en el movimiento de mujeres. A los políticos normales —de izquierdas, de centro y de derechas; republicanos, demócratas e independientes— desde luego no les interesaban las mujeres. En 1968, había aportado en vano mi testimonio en las convenciones de ambos partidos políticos, tratando de que se incluyera al menos una palabra sobre las mujeres en las plataformas del Partido Republicano o del Partido Demócrata. Cuando Eugene McCarthy, el principal patrocinador de la Enmienda para la Igualdad de Derechos, anunció que iba a presentarse a las elecciones presidenciales para poner fin a la guerra de Vietnam, empecé a conectar mi propia política, al menos, con el impulso de las mujeres a favor de la igualdad. Llamé a Bella Abzug y le pregunté qué podía hacer para apoyar a McCarthy. Pero ni siquiera las otras mujeres que trabajaban para él pensaban que los temas de mujeres tuvieran relevancia política, y muchas socias de NOW me criticaron por hacer abiertamente campaña a favor de McCarthy.

En la convención de NOW de 1970 en Chicago, dije que teníamos la responsabilidad humana como mujeres de poner fin a la guerra de Vietnam. Ni mujeres ni hombres debían ser reclutados para luchar en una guerra obscena e inmoral como la de Vietnam, pero teníamos que asumir la misma responsabilidad que los hombres para ponerle fin. Dos años antes, en 1968, estando delante del Hotel Conrad Hilton de Chicago donde se celebraba la Convención Demócrata Nacional, había visto cómo unos agentes con casco aporreaban a aquellos jóvenes melenudos, entre ellos a mi propio hijo. Empecé a comprender que aquellos jóvenes, que decían que no tenían que echar napalm a los niños de Vietnam y Camboya para demostrar que eran hombres, estaban desafiando la mística de la masculinidad del mismo modo que nosotras habíamos desafiado la nuestra. Aquellos jóvenes, y también sus mayores, eran la otra mitad de lo que estábamos haciendo.

Y durante aquel verano de 1970, empecé a tratar de organizar un *caucus* político de mujeres; más tarde, se mantuvo unido el tiempo suficiente para conseguir que Bella Abzug fuera elegida al Congreso. Ella y Gloria Steinem se unieron a mí como convocantes de la marcha del 26 de agosto de la Huelga de las Mujeres por la Igualdad. Muchísimas mujeres que antes tenían miedo se unieron a nosotras aquel día; nosotras, y el mundo, de repente nos dimos cuenta de las posibilidades del poder político de las mujeres. Aquel poder se puso a prueba por primera vez en Miami en el verano de 1972 cuando, por primera vez, las mujeres desempeñaron un papel fundamental en las convenciones políticas. A pesar de que, por su inexperiencia, tal vez no fuera demasiado difícil que Nixon o McGovern absorbieran en sus comisiones a las dirigentes del *caucus,* o que las infiltraran los agentes del Watergate, provocaron cambios en la arena política. Consiguieron compromisos por parte de ambos partidos sobre la atención infantil, la educación preescolar y los programas extraescolares. Y Shirley Chisholm siguió luchando en la campaña del Partido Demócrata hasta el final. En 1976, mi predicción es que incluso los Republicanos tendrán a una mujer presentándose con intenciones serias de alcanzar la vicepresidenta, cuando no la presidencia.

Por ello, la mayor parte de la agenda de la Fase 1 de la revolución de los roles sexuales —que es como yo entiendo ahora el movimiento de mujeres a favor de la igualdad— se ha superado, o está en proceso de terminar. El Congreso aprobó la Enmienda para la Igualdad de Derechos sin que apenas se levantara un solo murmullo en ninguna de las cámaras después de que organizáramos el National Women's Political Caucus*. El principal opositor al enmienda, Emanuel Celler, había sido sustituido en el Congreso por una de las múltiples mujeres jóvenes que, en aquellos días, iban incluidas en las listas electorales en lugar de estar comprobando códigos postales. El Tribunal Supremo había dictaminado que ningún estado podía negarle a una mujer su derecho a elegir su propia maternidad ni a abortar. Se habían presentado más de 1.000 demandas que obligaban a las universidades y a las empresas a aplicar acciones positivas y a poner fin a la discriminación por razón de sexo y al resto de condiciones que impedían que las mujeres alcanzarán los puestos de mayor nivel. La Compañía Estadounidense de Teléfonos y Telégrafos se vio obligada a pagar 15 millones de dólares de indemnización a mujeres que anteriormente ni siquiera habían solicitado puestos mejores que los de telefonista porque aquellos puestos no eran para mujeres. Todas las asociaciones profesionales, oficinas de los periódicos, cadenas de televisión, la Iglesia, las empresas, los hospitales y las escuelas en casi todas las ciudades tienen un *caucus* de mujeres o un grupo que interviene ante las condiciones concretas que mantienen discriminadas a las mujeres.

Últimamente, me han pedido que dirija sesiones de concienciación para los hombres que planifican la formación de los asesores-orientadores de Nueva York y Minnesota, para sacerdotes en Missouri, para la Academia de las Fuerzas Armadas de Colorado e incluso para banqueros de inversión. (También he organizado la First Women's Bank & Trust Company* para ayudar a las mujeres a que controlen su propio dinero y utilicen su poder económico.) El Departamento de Estado ha dicho que no se puede echar a ninguna mujer del Servicio de Asuntos Exteriores sólo porque esté casada y que a las secretarias no se les puede pedir que sirvan café. Las mujeres están empezando a cambiar la práctica misma de la medicina, fundando clínicas de autoayuda que permiten que las mujeres asuman la responsabilidad activa de sus propios cuerpos. Las conferencias psicoanalíticas me piden a mí y a otras mujeres del movimiento que les ayudemos a cambiar su definición de lo femenino y lo masculino. Hay mujeres que están siendo ordenadas ministras y rabinas y diáconas, aunque el Papa dice que todavía no pueden decir misa. Y las monjas y los sacerdotes cuya rebelión ecuménica está en la línea de fuego de la revolución de los roles sexuales se preguntan: «¿Dios es masculino?»

El movimiento de mujeres ya no es simplemente una posibilidad norteamericana. Me han pedido que ayude a organizar grupos en Italia, Brasil, México, Colombia, Suecia, Francia, Israel, Japón, India e incluso en Checoslovaquia y otros países socialistas. Espero que de aquí al año que viene celebremos nuestra primera conferencia mundial de feministas, tal vez en Suecia.

La Oficina del Censo de Estados Unidos advierte de un drástico descenso de la tasa de natalidad, que yo imputo tanto a las nuevas aspiraciones de las mujeres como a la píldora. El movimiento de mujeres es ahora lo bastante fuerte como para sacar a la luz las diferencias ideológicas reales: creo que mi punto de vista sobre la revolución de los roles sexuales emergerá como la creencia de quienes están en la corriente principal y que los grupos marginales que promulgan el odio a los hombres se desvanecerán, tras haber representado una fase en el tiempo o incluso una

* *Caucus* político nacional de mujeres, conocido por sus siglas (NWPC). *[N. de la T.]*

* Primer Banco de Crédito de Mujeres. *[N. de la T.]*

diversión planificada. Por supuesto, no sería realista no esperar que las fuerzas amenazadas por el movimiento de mujeres traten de organizarse o de provocar un contragolpe —como lo están haciendo ahora en muchos Estados para impedir la ratificación de la Enmienda para la Igualdad de Derechos. Por ejemplo, los empleadores de Ohio les dieron una semana libre a las mujeres, las metieron en autobuses y cruzaron la frontera del Estado, y luego las alojaron en moteles en un intento por presionar al órgano legislativo de Kentucky para que no aprobara la Enmienda. Pero recuerdo que las compañías alcoholeras gastaron millones de dólares para evitar la ratificación del derecho de las mujeres al voto en Tennessee 50 años atrás. Y hoy en día, ¿quién está financiando la campaña para detener la última ley del movimiento de mujeres a favor de la igualdad? No una conspiración de hombres que quieren mantener discriminadas a las mujeres; se trata más bien de una conspiración de aquellos cuyo poder, o cuyos beneficios, se basan en la manipulación de los temores y de la rabia impotente de mujeres pasivas. Las mujeres —el último y más amplio grupo de personas en esta nación que ha reclamado el control de su propio destino— cambiarán la naturaleza misma del poder político en este país.

En la década transcurrida desde la publicación de *La mística de la feminidad,* el movimiento de mujeres me ha cambiado totalmente la vida, también, no con menos intensidad y alegría que las vidas de otras mujeres que me paran para hablarme de ellas. No podía seguir llevando aquella existencia esquizofrénica mía: sacando a otras mujeres de lo salvaje mientras yo me aferraba a un matrimonio que destruía mi respeto a mí misma. Acabé por encontrar el valor para divorciarme en mayo de 1969. Ahora estoy menos sola de lo que lo estaba cuando me aferraba a la falsa seguridad de mi matrimonio. Creo que el siguiente gran tema para el movimiento de mujeres es la reforma básica del matrimonio y del divorcio.

Mi vida sigue cambiando, con Emily que se va a Radcliffe este otoño, con Daniel sacándose el doctorado en Princeton y con Jonathan explorando nuevas vías personales. He acabado mi primer periodo como profesora invitada de sociología en la Temple University y he escrito mi propia columna sin censura para *McCall's.* Me he trasladado a un rascacielos espacioso y mágico de Nueva York, rodeado de cielo abierto, del río y de puentes hacia el futuro. He iniciado una comuna de fin de semana de personas adultas para las que el matrimonio no ha funcionado —una familia extendida de elección, cuyos miembros están ahora explorando nuevas formas de matrimonio.

Cuanto más me convierto en mí misma —y cuanta más fuerza, apoyo y amor he conseguido tomar de otras mujeres del movimiento y he

conseguido dar—, más alegre y real me siento amando a un hombre. He percibido un gran alivio en las mujeres este año cuando expliqué con detalle mi verdad personal: que los supuestos de tu propia identidad, la igualdad e incluso el poder político no significan que dejes de necesitar amar y ser amada por un hombre, o que te dejen de importar tus criaturas. Habría perdido mi propio afecto por el movimiento de mujeres si al final no hubiera sido capaz de admitir la ternura.

Una nota a pie de página mística: me daba mucho miedo volar. Después de escribir *La mística de la feminidad,* de repente dejó de darme miedo y, ahora vuelo en aviones atravesando el océano y en taxis aéreos monomotor por encima de las colinas de Virginia Occidental. Creo que, existencialmente, una vez que empiezas a vivir de verdad tu vida y a hacer tu trabajo, y a amar, ya no te asusta morir. A veces, cuando me doy cuenta de lo mucho que vuelo, creo que existe la posibilidad de que muera en un accidente aéreo. Pero espero que no ocurra demasiado pronto, porque las piezas de mi propia vida de mujer con hombre se están recomponiendo siguiendo un nuevo modelo de sexo humano y de política humana. Ahora puedo escribir ese nuevo libro.

Creo que la energía encerrada en esos roles obsoletos masculino y femenino es el equivalente social de la energía física encerrada en el ámbito de $E = MC^2$ —la fuerza que liberó el holocausto de Hiroshima. Creo que las energías sexuales encerradas han ayudado a alimentar, más de lo que nadie se cree, la terrible violencia que ha puesto en erupción a esta nación y al mundo durante estos últimos diez años. Si no me equivoco, la revolución de los roles sexuales liberará esas energías del servicio que le hace a la muerte y hará verdaderamente posible que los hombres y mujeres se dediquen a «hacer el amor, no la guerra».

Índice

PRESENTACIÓN, *Amelia Valcárcel* 7

METAMORFOSIS: DOS GENERACIONES DESPUÉS 17

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DEL DÉCIMO ANIVERSARIO 41

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS 47

CAPÍTULO PRIMERO. El malestar que no tiene nombre 51

CAPÍTULO 2. La feliz ama de casa, heroína 71

CAPÍTULO 3. La crisis de identidad de las mujeres 107

CAPÍTULO 4. La apasionada travesía 119

CAPÍTULO 5. El solipsismo sexual de Freud 145

CAPÍTULO 6. El letargo funcional, la protesta femenina y Margaret Mead 171

CAPÍTULO 7. Los educadores sexistas 199

CAPÍTULO 8. La elección equivocada 235

CAPÍTULO 9. El camelo sexual 261

CAPÍTULO 10. Las tareas domésticas se expanden para rellenar el tiempo disponible 289

CAPÍTULO 11. Las ávidas de sexo 315

CAPÍTULO 12. La progresiva deshumanización: un confortable campo de concentración 343

Capítulo 13. La identidad sacrificada 373
Capítulo 14. Un nuevo plan de vida para las mujeres 405
Epílogo 449

Colección Feminismos

1. *Las Románticas (Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850),* Susan Kirkpatrick.
2. *El infinito singular,* Patrizia Violi.
3. *Antropología y feminismo,* Henrietta L. Moore (5.ª ed.).
4. *Deseo y ficción doméstica,* Nancy Armstrong.
5. *Musa de la razón (La democracia excluyente y la diferencia de los sexos),* Geneviève Fraisse.
6. *Dialéctica de la sexualidad (Género y sexo en la filosofía contemporánea),* Alicia H. Puleo.
7. *Yo, tú, nosotras,* Luce Irigaray.
8. *Equidad y género (Una teoría integrada de estabilidad y cambio),* Janet Saltzman.
9. *Alicia ya no (Feminismo, Semiótica, Cine),* Teresa de Lauretis.
10. *El niño de la noche (Hacerse mujer, hacerse madre),* Silvia Vegetti Finzi.
11. *El estudio y la rueca (De las mujeres, de la filosofía, etc.),* Michèle Le Dœuff.
12. *Las madres contra las mujeres (Patriarcado y maternidad en el mundo árabe),* Camille Lacoste-Dujardin.
13. *El poder del amor (¿Le importa el sexo a la democracia?),* Anna Jónnasdóttir.
14. *La construcción sexual de la realidad (Un debate en la sociología contemporánea de la mujer),* Raquel Osborne (2.ª ed.).
16. *Sapos y culebras y cuentos feministas (Los niños de preescolar y el género),* Bronwyn Davies.
17. *Fortunas familiares (Hombres y mujeres de la clase media inglesa, 1780-1850),* Leonore Davidoff y Catherine Hall.
18. *Vindicación de los Derechos de la Mujer,* Mary Wollstonecraft (3.ª ed.).
19. *Los otros importantes,* Whitney Chadwick y Isabelle de Courtivron (eds).
20. *La construcción del sexo (Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud),* Thomas Laqueur.
23. *Fundamentos del patriarcado moderno. Jean Jacques Rousseau,* Rosa Cobo.
24. *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios,* Jane Flax.
25. *La ciudad de las pasiones terribles (Narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano),* Judith R. Walkowitz.
26. *El matrimonio de Raffaele Albanese (Novela antropológica),* Luisa Accati.
27. *Hacia una teoría feminista del Estado,* Catharine A. MacKinnon.

28. *Ciencia,* cyborgs *y mujeres (La reinvención de la naturaleza),* Donna J. Haraway.
30. *La herejía lesbiana (Una perspectiva feminista de la revolución sexual lesbiana),* Sheila Jeffreys.
31. *Maternidad y políticas de género,* Gisela Bock y Pat Thane (eds.).
32. *Ecofeminismos,* Barbara Holland-Cunz.
33. *Las filósofas (Las mujeres protagonistas en la historia del pensamiento),* Giulio de Martino y Marina Bruzzese (2.ª ed.).
35. *Figuras de la madre,* Silvia Tubert (ed.).
36. *Lo que quiere una mujer. (Historia, política, teoría. Escritos, 1981-1995),* Alessandra Bocchetti (2.ª ed.).
38. *La política de las mujeres,* Amelia Valcárcel (4.ª ed.).
39. *Andamios para una nueva ciudad (Lecturas desde la antropología feminista),* Teresa del Valle.
40. *El pensamiento filosófico de Lou Andreas-Salomé,* Arantzazu González.
41. *Tiempo de feminismo (Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad),* Celia Amorós (3.ª ed.).
42. *Pasado próximo (Mujeres romanas de Tácita a Sulpicia),* Eva Cantarella.
43. *Figuras del padre,* Silvia Tubert (ed.).
45. *El siglo de las mujeres,* Victoria Camps (4.ª ed.).
46. *Las mujeres y el cine (A ambos lados de la cámara),* E. Ann Kaplan.
47. *Nueva crítica feminista de arte (Estrategias críticas),* Katy Deepwell (ed.).
48. *El malestar en la desigualdad,* María Jesús Izquierdo.
49. *La misoginia en Grecia,* Mercedes Madrid.
52. *La loca del desván (La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX),* Sandra M. Gilbert y Susan Gubar.
53. *Trabajo social feminista,* Lena Dominelli y Eileen McLeod.
54. *Mujeres de los márgenes (Tres vidas del siglo XVII),* Natalie Zenon Davis.
55. *Historia de la violación (Siglos XVI-XX),* Georges Vigarello.
56. *La mujer española y otros escritos,* Emilia Pardo Bazán.
57. *Si Aristóteles levantara la cabeza (Quince ensayos sobre las ciencias y las letras),* María Ángeles Durán.
58. *Lo femenino y lo sagrado,* Catherine Clément y Julia Kristeva.
59. *La justicia y la política de la diferencia,* Iris Marion Young.
60. *Género, identidad y lugar (Un estudio de las geografías feministas),* Linda McDowell.
61. *Galería de escritoras isabelinas (La prensa periódica entre 1833 y 1895),* Íñigo Sánchez Llama.
62. *El cuerpo-palabra de las mujeres (Los vínculos ocultos entre el cuerpo y los afectos),* Gabriella Buzzatti y Anna Salvo.
63. *Misoginia y defensa de las mujeres (Antología de textos medievales),* Robert Archer.
64. *En el corazón de la libertad (Feminismo, sexo e igualdad),* Drucilla Cornell.
65. *Vida del espíritu y tiempo de la polis (Hannah Arendt entre filosofía y política),* Simona Forti.
66. *Género, espacio y poder (Para una crítica de las Ciencias Políticas),* Mino Vianello y Elena Caramazza.
67. *Ensayos sobre la igualdad sexual,* John Stuart Mill y Harriet Taylor Mill.
68. *Mecanismos psíquicos del poder (Teorías sobre la sujeción),* Judith Butler.
69. *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria,* María Encarna Sanahuja Yll.
70. *Feminismo y modernidad en Oriente Próximo,* Lila Abu-Lughod (ed.).
71. *Herederas y Heridas (Sobre las élites profesionales femeninas),* María Antonia García de León.
72. *La voz de las invisibles (Las víctimas de un mal amor que mata),* Esperanza Bosch y Victoria A. Ferrer.
73. *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931),* Susan Kirkpatrick.
74. *Democracia feminista,* Alicia Miyares.
75. *Mi vida hasta ahora,* Betty Friedan.
76. *Movimientos de mujeres en América Latina (Estudio teórico comparado),* Maxine Molyneux.
77. *Los dos gobiernos: la familia y la ciudad,* Geneviève Fraisse.
78. *Del sexo al género (Los equívocos de un concepto),* Silvia Tubert (ed.).
79. *¿Tiene sexo la mente? (Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna),* Londa Schiebinger.
80. *Excluidas y marginales (Una aproximación antropológica),* Dolores Juliano (2.ª ed.).
81. *Más allá del hombre económico (Economía y teoría feminista),* Marianne A. Ferber y Julie A. Nelson (eds.).
82. *Ni putas Ni sumisas,* Fadela Amara (5.ª ed.).
83. *Madres que trabajan (Dilemas y estrategias),* Constanza Tobío.
84. *Veinte años de políticas de igualdad,* Judith Astelarra (2.ª ed.).
85. *El segundo sexo,* Simone de Beauvoir (2.ª ed.).
86. *Mujer y constitución normativa,* María Luisa Balaguer.
87. *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres,* Celia Amorós (3.ª ed.).
88. *El tecnofeminismo,* Judy Wajcman.
89. *Antropología del género (Culturas, mitos y estereotipos sexuales),* Aurelia Martín Casares (2.ª ed.).
90. *Mujeres, globalización y derechos humanos,* Virginia Maquieira (ed.) (2.ª ed.).
91. *Políticas de igualdad en España y en Europa (Afinando la mirada),* María Bustelo y Emanuela Lombardo (eds.) (2.ª ed.).
92. *Cuando las mujeres hayan desaparecido (La eliminación de las niñas en India y Asia),* Bénédicte Manier.
93. *Mujeres y familia en el Marruecos modernizado,* Elena H. Corrochano.
94. *Descolonizando el feminismo (teorías y prácticas desde los márgenes),* Liliana Suárez Navaz y Rosalva Aída Hernández Castillo (eds.).
95. *La segunda brecha digital,* Cecilia Castaño (dir.).
96. *Feminismo en el mundo global,* Amelia Valcárcel (2.ª ed.).
97. *Discurso sobre la felicidad,* Madame du Châtelet (5.ª ed.).
98. *Vetas de Ilustración (Reflexiones sobre feminismo e Islam),* Celia Amorós.
99. *El movimiento feminista en los años 70,* Carmen Martínez Ten, Purificación Gutiérrez López y Pilar González Ruiz (eds.).
100. *La mística de la feminidad,* Betty Friedan.
101. *Madres coraje contra Franco,* Mercedes Yusta.